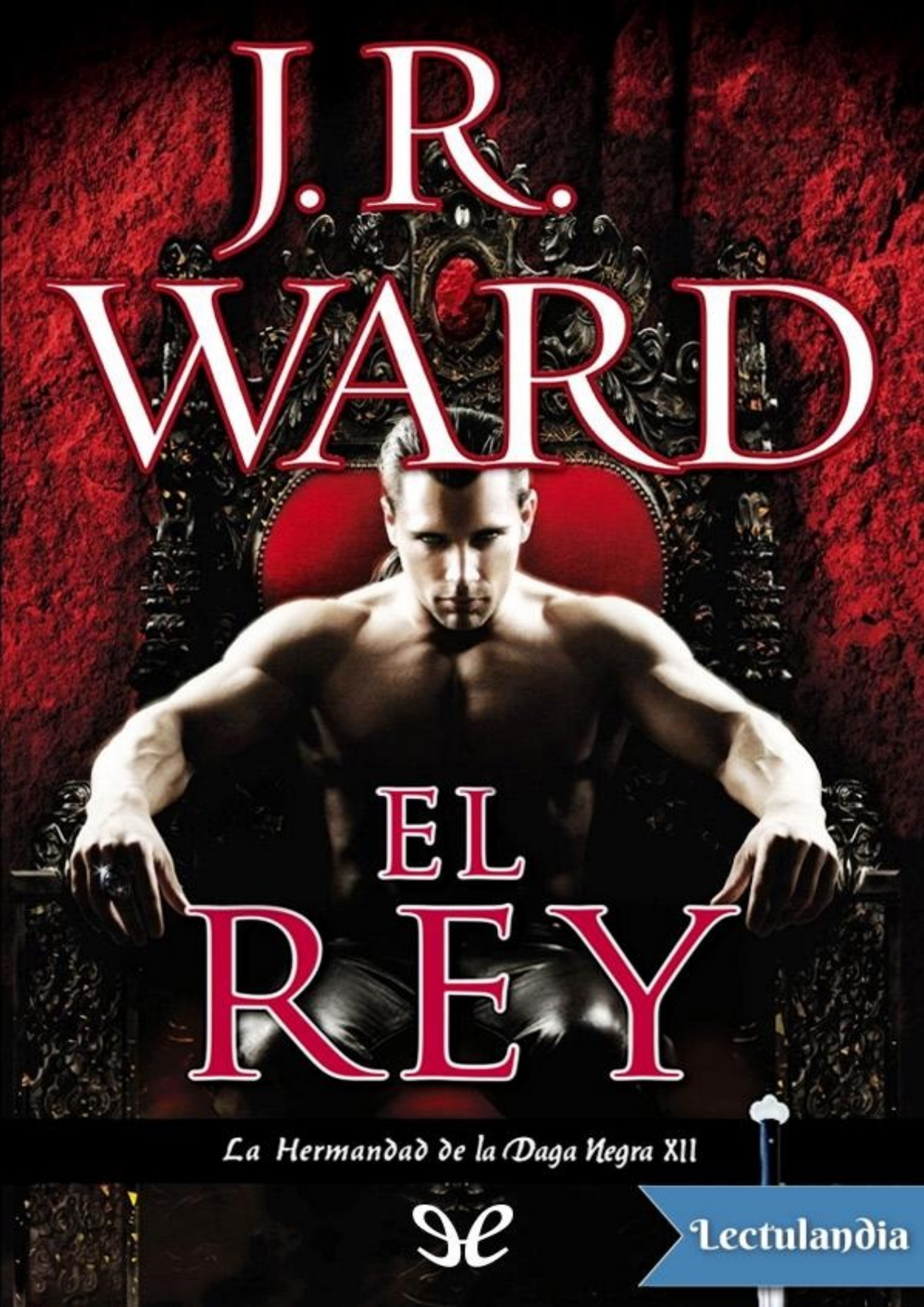

Lectulandia

Larga vida al rey…

Después de haberle dado la espalda al trono durante siglos, Wrath, hijo de Wrath, finalmente asumió el cargo de su padre con la ayuda de su amada compañera. Pero la corona pronto le empieza a pesar. Mientras la guerra con la Sociedad Restrictiva prosigue con furia y la amenaza de la Pandilla de Bastardos se hace cada vez más real, Wrath se ve obligado a tomar decisiones que pondrán todo —y a todos— en peligro.

Beth Randall creía que sabía a lo que se exponía cuando se unió al último vampiro de sangre pura del planeta. No iba a ser un camino fácil. Pero cuando decide que quiere un hijo no está preparada para la respuesta de Wrath, ni para la distancia que se abre entre ellos.

La pregunta ahora es: ¿triunfará el amor o se impondrá el deber de la herencia?

Lectulandia

J. R. Ward

El rey

La hermandad de la Daga Negra-12

ePub r1.0
fenikz 02.07.16

Título original: *The King*
J. R. Ward, 2014
Traducción: Patricia Torres

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EN MEMORIA DE
JONAH, ALIAS «THE BOO»,
ALIAS «EL MEJOR DE WRITERDOG».
QUE EN PAZ DESCANSES, NOS VEREMOS DE NUEVO
AL FINAL DE MI CAMINO XXX;
Y
W. GILLETTE BIRD, JR.

Agradecimientos



¡MI INMENSA GRATITUD PARA LOS LECTORES DE LA SAGA DE LA HERMANDAD DE LA DAGA NEGRA!

MUCHÍSIMAS GRACIAS, POR TODO SU APOYO Y ORIENTACIÓN, A STEVEN AXELROD, KARA WELSH, CLAIRE ZION Y LESLIE GELBMAN. GRACIAS TAMBIÉN A TODA LA GENTE DE NEW AMERICAN LIBRARY, ESTOS LIBROS SON UN VERDADERO TRABAJO DE EQUIPO.

CON TODO MI AMOR AL EQUIPO WAUD, VOSOTROS SABÉIS QUIÉNES SOIS. ESTO SENCILLAMENTE NO PODRÍA OCURRIR SIN VOSOTROS.

NADA DE ESTO SERÍA POSIBLE TAMPOCO SIN MI QUERIDO MARIDO, QUE ES MI CONSEJERO, CUIDA DE MÍ Y, ADEMÁS, ES UN VISIONARIO; MI MARAVILLOSA MADRE, QUE ME HA DADO TANTO AMOR QUE NUNCA PODRÉ RECOMPENSARLA LO SUFICIENTE; MI FAMILIA (TANTO LA DIRECTA COMO LA ADOPTIVA) Y MIS QUERIDOS AMIGOS.

AH, Y GRACIAS TAMBIÉN A MI NUEVA AYUDANTE, NAAMAH.

Glosario de Términos y Nombres Propios



ahstrux nohtrum (n.). Guardia privado con licencia para matar. Solo puede ser nombrado por el rey.

ahvenge (n.). Acto de retribución mortal, ejecutado por lo general por un amante masculino.

chrih (n.). Símbolo de una muerte honorable, en Lengua Antigua.

cohntehst (n.). Conflicto entre dos machos que compiten por el derecho a aparearse con una hembra.

Dhunhd (n. pr.). El Infierno.

doggen (n.). Miembro de la clase servil en el mundo de los vampiros. Los doggen conservan antiguas tradiciones para el servicio a sus superiores. Tienen vestimentas y comportamientos muy formales. Pueden salir durante el día, pero envejecen relativamente rápido. Su esperanza de vida es de aproximadamente quinientos años.

ehros (n.). Elegidas entrenadas en las artes amatorias.

Elegidas, las (n.). Vampiresas criadas para servir a la Virgen Escribana. Se consideran miembros de la aristocracia, aunque sus intereses son más espirituales que temporales. Tienen poca, o ninguna, relación con los machos, pero pueden aparearse con miembros de la Hermandad, si así lo dictamina la Virgen Escribana, a fin de perpetuar su clase. Algunas tienen la habilidad de vaticinar el futuro. En el pasado se usaban para satisfacer las necesidades de sangre de miembros solteros de la Hermandad y en los últimos tiempos esta práctica ha vuelto a cobrar vigencia.

esclavo de sangre (n.). Vampiro hembra o macho que ha sido subyugado para satisfacer las necesidades de sangre de otros vampiros. La práctica de mantener esclavos de sangre ha sido prohibida recientemente.

exhile dhoble (n.). Gemelo malvado o maldito, el que nace en segundo lugar.

ghardian (n.). El que vigila a un individuo. Hay distintas clases de ghardians, pero la más poderosa es la de los que cuidan a una hembra sehcluded.

glymera (n.). Núcleo de la aristocracia equivalente, en líneas generales, a la crema y nata de la sociedad inglesa de los tiempos de la Regencia.

hellren (n.). Vampiro macho que se ha apareado con una hembra y la ha tomado por compañera. Los machos pueden tomar varias hembras como compañeras.

Hermandad de la Daga Negra (n. pr.). Guerreros vampiros muy bien entrenados que protegen a su especie de la Sociedad Restrictiva. Como resultado de una crianza selectiva dentro de la raza, los miembros de esta Hermandad poseen inmensa fuerza física y mental, así como la facultad de curarse rápidamente. En su mayor parte no son hermanos de sangre, y son iniciados en la Hermandad por nominación de otros miembros. Agresivos, autosuficientes y reservados por naturaleza, viven separados de los civiles y tienen poco contacto con miembros de las otras clases, excepto cuando necesitan alimentarse. Son protagonistas de leyendas y objeto de reverencia dentro del mundo de los vampiros. Solo pueden ser asesinados por medio de heridas graves, como disparos o puñaladas en el corazón y lesiones similares.

hyslop (n. o v.). Término referente a un error de cálculo que por lo general compromete las operaciones mecánicas o la posesión de un vehículo u otro medio motorizado de transporte. Por ejemplo, dejar las llaves en un coche mientras está aparcado en el exterior de la casa familiar durante la noche, y que ese descuido provoque el robo del mismo.

leahdyre (n.). Persona poderosa y con influencias.

leelan (n.). Palabra cariñosa que se puede traducir como «querido/a».

lewlhen (n.). Regalo.

lheage (n.). Apelativo respetuoso usado por un esclavo sexual para referirse a su amo o ama.

Lhenihan (n. pr.). Bestia mítica famosa por sus proezas sexuales. En el argot moderno, se emplea este término para hacer referencia a un macho de un tamaño y una energía sexual sobrenaturales.

lys (n.). Herramienta de tortura empleada para sacar los ojos.

mahmen (n.). Madre. Es al mismo tiempo una manera de decir «madre» y un término cariñoso.

mhis (n.). Especie de niebla con la que se envuelve un determinado entorno físico; produce un campo de ilusión.

nalla o **nallum** (n.). Palabra cariñosa que significa «amada» o «amado».

newling (n.). Muchacha virgen.

Ocaso, el (n. pr.). Reino intemporal donde los muertos se reúnen con sus seres queridos para pasar la eternidad.

Omega, el (n. pr.). Malévola figura mística que busca la extinción de los vampiros debido a una animadversión contra la Virgen Escribana. Vive en un reino intemporal y posee enormes poderes, aunque no tiene el poder de la creación.

periodo de fertilidad (n.). Momento de fertilidad de las vampiresas. Por lo general dura dos días y viene acompañado de intensas ansias sexuales. Se presenta aproximadamente cinco años después de la «transición» de una hembra y de ahí en adelante tiene lugar una vez cada década. Todos los machos tienden a sentir la necesidad de aparearse si se encuentran cerca de una hembra que esté en su periodo de fertilidad. Puede ser una época peligrosa, pues suelen estallar múltiples conflictos y luchas entre los machos contendientes, particularmente si la hembra no tiene compañero.

phearsom (adj.). Término referente a la potencia de los órganos sexuales de un macho. La traducción literal sería algo como «digno de penetrar a una hembra».

Primera Familia (n. pr.). El rey y la reina de los vampiros y todos los hijos nacidos de esa unión.

princeps (n.). Nivel superior de la aristocracia de los vampiros, superado solamente por los miembros de la Primera Familia o las Elegidas de la Virgen Escribana. Se debe nacer con el título; no puede ser otorgado.

pyrocant (n.). Se refiere a una debilidad crítica en un individuo. Dicha debilidad puede ser interna, como una adicción, o externa, como un amante.

rahlman (n.). Salvador.

restrictor. m. Humano sin alma que, como miembro de la Sociedad Restrictiva, persigue a los vampiros para exterminarlos. A los restrictores hay que apuñalarlos en

el pecho para matarlos; de lo contrario, son inmortales. No comen ni beben y son impotentes. Con el tiempo, su cabello, su piel y el iris de sus ojos pierden pigmentación hasta que acaban siendo rubios, pálidos y de ojos incoloros. Huelen a talco para bebé. Tras ser iniciados en la Sociedad por el Omega, conservan su corazón extirpado en un frasco de cerámica.

rythe (n.). Forma ritual de salvar el honor, concedida por alguien que ha ofendido a otro. Si es aceptado, el ofendido elige un arma y ataca al ofensor u ofensora, quien se presenta sin defensas.

sehclusion (n.). Estatus conferido por el rey a una hembra de la aristocracia, como resultado de una solicitud de la familia de la hembra. Coloca a la hembra bajo la dirección exclusiva de su ghardian, que por lo general es el macho más viejo de la familia. El ghardian tiene el derecho legal de determinar todos los aspectos de la vida de la hembra y puede restringir a voluntad toda relación que ella tenga con el mundo.

shellan (n.). Vampiresa que ha elegido compañero. Por lo general las hembras no toman más de un compañero, debido a la naturaleza fuertemente territorial de los machos que tienen compañera.

Sociedad Restrictiva (n. pr.). Orden de cazavampiros convocados por el Omega, con el propósito de erradicar la especie de los vampiros.

symphath (n.). Subespecie de la raza de los vampiros que se caracteriza, entre otros rasgos, por la capacidad y el deseo de manipular las emociones de los demás (con el propósito de realizar un intercambio de energía). Históricamente han sido discriminados y en ciertas épocas han sido víctimas de la cacería de los vampiros. Están en vías de extinción.

trahyner (n.). Palabra que denota el respeto y cariño mutuo que existe entre dos vampiros machos. Se podría traducir como «mi querido amigo».

transición (n.). Momento crítico en la vida de un vampiro, cuando él, o ella, se convierte en adulto. De ahí en adelante debe beber la sangre del sexo opuesto para sobrevivir y no puede soportar la luz del sol. Generalmente ocurre a los veinticinco años. Algunos vampiros, en particular los machos, no sobreviven a su transición. Antes de la misma, los vampiros son físicamente débiles, no tienen conciencia ni impulsos sexuales y tampoco pueden desmaterializarse.

Tumba, la (n. pr.). Cripta sagrada de la Hermandad de la Daga Negra. Se usa como sede ceremonial y también para guardar los frascos de los restrictores. Las iniciaciones, los funerales y las acciones disciplinarias contra miembros de la Hermandad son algunas de las ceremonias que allí se realizan. Solo pueden entrar a

ella los miembros de la Hermandad, la Virgen Escribana y los candidatos que van a ser iniciados.

vampiro (n.). Miembro de una especie distinta del Homo sapiens. Los vampiros tienen que beber sangre del sexo opuesto para sobrevivir. La sangre humana los mantiene vivos, pero la fuerza no dura mucho tiempo. Tras la transición, que ocurre a los veinticinco años, no pueden salir a la luz del día y deben alimentarse de la vena regularmente. Los vampiros no pueden «convertir» a los humanos por medio de un mordisco o una transfusión de sangre, aunque en algunos casos raros son capaces de procrear con otras especies. Los vampiros pueden desmaterializarse a voluntad, aunque deben ser capaces de calmarse y concentrarse para hacerlo, y no pueden llevar consigo nada pesado. Tienen la capacidad de borrar los recuerdos de los humanos, siempre que estos sean a corto plazo. Algunos vampiros pueden leer la mente. Su expectativa de vida es superior a los mil años y, en algunos casos, incluso más.

Virgen Escribana, la (n. pr.). Fuerza mística que hace las veces de consejera del rey, guardiana de los archivos de los vampiros y dispensadora de privilegios. Vive en un reino intemporal y tiene enormes poderes. Fue capaz de un único acto de creación, que empleó para dar existencia a los vampiros.

wahlker (n.). Individuo que ha muerto y ha regresado al mundo de los vivos desde el Ocaso. Son muy respetados y reverenciados por sus tribulaciones.

whard (n.). Equivalente al padrino o la madrina de un individuo.

PRÓLOGO



Siglo XVII, Viejo Continente

—«¡*Larga vida al rey!*».

Al oír aquel grito profundo y grave, Wrath, hijo de Wrath, tuvo el instinto de mirar a su alrededor en busca de su padre…, con la esperanza de que no hubiese fallecido y el gran legislador estuviese todavía con ellos.

Pero, claro, su amado padre seguía muerto y descansando en el Ocaso.

¿Cuánto tiempo más duraría esta triste búsqueda?, se preguntó Wrath. Era tan inútil, en especial cuando era él quien llevaba encima las vestiduras sagradas del rey de los vampiros, y cuando las fajas incrustadas de joyas, la capa de seda y las dagas ceremoniales adornaban su cuerpo. Sin embargo, a él no le importaban nada aquellas pruebas de su reciente coronación…, o tal vez era su corazón el que permanecía inmutable ante todo lo que ahora lo definía.

Querida Virgen Escribana, sin su padre él se encontraba tan solo, incluso a pesar de estar rodeado de gente que le servía.

—¿Mi lord?

Mientras recuperaba la compostura de su expresión, Wrath se giró. En el umbral de la cámara real se encontraba su consejero más cercano, cual columna de humo, aquella figura alta y delgada envuelta en ropajes oscuros.

—Es un honor saludaros —murmuró el macho, al tiempo que hacía una reverencia—. ¿Estáis listo para recibir a la hembra?

No.

—Desde luego.

—¿Damos, entonces, inicio a la procesión?

—Sí.

Cuando su consejero volvió a inclinarse y se retiró, Wrath empezó a pasearse por

el salón forrado de paneles de madera de roble. La luz de las velas se agitaba gracias a las corrientes de aire que se colaban por las paredes de piedra del castillo y el fuego que chisporroteaba en la inmensa chimenea parecía ofrecer solo luz, pero no calor.

En realidad, no tenía deseos de tener una shellan, o compañera, como parecía inevitable que ocurriera. Para ello hacía falta amor y él no tenía amor que ofrecer a nadie.

Por el rabillo del ojo, Wrath vio un destello de luz y, para pasar el tiempo antes de que tuviera lugar su temido encuentro, se acercó a mirar las joyas que yacían desplegadas sobre el escritorio de madera tallada. Diamantes, zafiros, esmeraldas, perlas…, la belleza de la naturaleza capturada y retenida por oro forjado.

Las más valiosas eran los rubíes.

Al estirar la mano para tocar aquellas piedras del color de la sangre, Wrath pensó que era demasiado pronto para esto. El hecho de ser rey, este apareamiento arreglado, las miles de exigencias distintas que tenía que satisfacer ahora y sobre las cuales entendía tan poco.

Necesitaba más tiempo para aprender de su padre…

Cuando reverberó por el salón el primero de tres fuertes golpes, Wrath dio gracias por que nadie lo hubiera visto estremecerse.

El segundo golpe fue igual de fuerte.

Al tercero tendría que responder.

Wrath cerró los ojos y sintió que le costaba respirar a causa del dolor que atravesaba su pecho. Quería tener a su padre junto a él; esto debía ocurrir más adelante, cuando él fuera mayor, y no estuviera bajo la tutela de un cortesano. El destino, sin embargo, había privado a aquel gran hombre de un futuro que le pertenecía y, a su vez, había sometido al hijo a una especie de asfixia, a pesar de que tenía alrededor suficiente aire para respirar.

No puedo hacerlo, pensó Wrath.

Y, sin embargo, cuando cesó la reverberación del tercer golpe a los paneles de la puerta, Wrath enderezó los hombros y trató de imitar la forma en que su padre siempre hablaba.

—Adelante.

Al oír su orden, la pesada puerta se abrió de par en par y sus ojos se encontraron con un séquito completo de cortesanos, cuyas sombrías togas eran idénticas a la que usaba el consejero que los precedía a todos. Pero eso no fue lo que llamó su atención. Detrás del grupo de aristócratas venían otros individuos de tremenda estatura y ojos entrecerrados…, y esos fueron los que empezaron a cantar en un rugido concertado.

Honestamente, Wrath sentía miedo de la Hermandad de la Daga Negra.

Siguiendo la tradición, el consejero declaró con voz fuerte y clara:

—Mi lord, tengo una ofrenda que brindaros. ¿Me autorizáis a proceder con la

presentación?

Como si aquella noble muchacha fuera un objeto. Pero, claro, la tradición y las normas sociales establecían que su propósito era la procreación y, en la corte, ella sería tratada como lo sería cualquier yegua premiada.

¿Cómo iba a hacer él esto? Wrath no sabía nada sobre el acto sexual y, sin embargo, si aprobaba a la hembra, tendría que afrontar aquella actividad en algún momento después de la medianoche de mañana.

—Sí —se oyó decir.

Los cortesanos entraron por la puerta en parejas y luego se separaron hasta formar un círculo alrededor del perímetro del salón. A continuación el canto se hizo más fuerte.

Los magníficos guerreros de la Hermandad entraron entonces en una especie de marcha, con sus formidables cuerpos cubiertos por vestiduras de cuero negro y armas que colgaban de distintos arneses. La cadencia de sus voces y el movimiento de sus cuerpos era tan sincronizado que parecían uno solo.

A diferencia de los miembros de la glymera, los guerreros no se separaron, sino que se quedaron hombro contra hombro, pecho contra pecho, en una formación cerrada que no permitía ver nada de lo que había entre ellos.

Pero Wrath podía sentir el aroma.

Y el cambio que sintió en su interior fue instantáneo e inmutable. En un abrir y cerrar de ojos, la naturaleza lenta y pesada de la vida dio paso a una aguda conciencia…, una conciencia que, a medida que los Hermanos se acercaban, fue madurando hasta convertirse en una sensación de irritación y agresividad que desconocía, pero que no estaba dispuesto a pasar por alto.

Al inspirar de nuevo, un poco más de aquella fragancia penetró en sus pulmones, su sangre y su alma. Pero lo que él estaba oliendo no eran los aceites con los que la hembra había sido frotada, ni los perfumes que habían aplicado a la ropa que cubría su forma. Era el olor de la piel que estaba debajo de todo aquello, la delicada combinación de elementos femeninos que él sabía que eran únicos y exclusivos de ella y nadie más.

La Hermandad se detuvo frente a él y, por primera vez, Wrath no sintió aquella sensación de reverencia por su aura letal. No. Mientras sus colmillos se alargaban dentro de su boca, sintió que su labio superior comenzaba a levantarse para lanzar un rugido.

Wrath llegó a dar incluso un paso hacia delante, dispuesto a acabar con aquellos machos uno por uno para poder llegar hasta lo que ellos le estaban ocultando.

El consejero se aclaró la garganta, como si quisiera recordarle a la audiencia allí reunida su importancia.

—Señor, el linaje de esta hembra os la ofrece para que tengáis la bondad de considerarla con miras a la procreación. En caso de que deseéis inspeccionar…

—Déjennos solos —gritó Wrath—. De inmediato —agregó, mientras se formaba

a su alrededor un silencio de perplejidad que él no tuvo inconveniente en pasar por alto.

El consejero bajó la voz.

—Mi lord, si tuvierais la bondad de dejarme terminar la presentación…

El cuerpo de Wrath se movió por voluntad propia, girando sobre los talones hasta quedar frente a aquel macho.

—Largo. Ya.

Detrás de él se oyó una risita que provenía de la Hermandad, como si les gustara que aquel señorito fuera puesto en su lugar por el soberano. El consejero, sin embargo, no estaba contento. Pero a Wrath no le importó.

Tampoco había nada más de qué hablar: el cortesano tenía mucho poder, pero no era el rey.

Los machos de toga gris salieron del salón, haciendo venias, y luego quedaron solo los Hermanos. Ellos dieron de inmediato un paso al costado y…

En medio de ellos apareció una forma delgada y envuelta en ropajes negros de la cabeza a los pies. Comparada con los guerreros, la prometida era de talla mediana, de huesos mucho más delgados y complexión menuda, y sin embargo esa fue la presencia que lo sacudió.

—Mi lord —dijo uno de los Hermanos con respeto—, esta es Anha.

Con esa simple y más apropiada introducción, los guerreros desaparecieron y lo dejaron solo con la hembra.

El cuerpo de Wrath volvió a tomar el control, escudriñándola con sus caóticos sentidos, mientras daba vueltas alrededor de ella a pesar de que ella no se movía. Querida Virgen Escribana, Wrath no quería nada de esto, ni esta reacción ante la presencia de la hembra, ni el deseo que se arremolinaba ahora en su entrepierna, ni la agresividad que había mostrado ante los demás.

Pero, sobre todo, él nunca había pensado que…

Mía.

Fue como el estallido de un rayo en el cielo nocturno, algo que cambió su paisaje interno y grabó una cuchillada de vulnerabilidad en su pecho. E incluso con eso, Wrath pensó: «Sí, esto es lo correcto». El antiguo consejero de su padre realmente se preocupaba por sus intereses. Esta hembra era lo que él necesitaba para soportar la soledad: incluso sin ver su cara, ella lo hacía sentir la fuerza de su propio sexo, y aquella figura menuda y frágil lo llenaba por dentro, mientras que la necesidad de protegerla le ofrecía la prioridad y la concentración que tanta falta le hacían.

—Anha —dijo entre dientes, al tiempo que se detenía frente a ella—. Háblame.

Ahí hubo un largo silencio y luego la voz de ella, suave y dulce, pero temblorosa, entró en los oídos de Wrath. Cerrando los ojos, el rey sintió cómo se mecía sobre sus pies, mientras aquella voz resonaba a través de su sangre y sus huesos, el sonido más adorable que jamás hubiese escuchado.

Sin embargo, Wrath frunció de pronto el ceño al darse cuenta de que no tenía ni

idea de qué era lo que ella había dicho.

—¿Qué has dicho?

Por un momento, las palabras que salieron de debajo de aquel velo parecieron no tener sentido. Pero luego su cerebro verificó una a una las sílabas:

—¿Deseáis ver a otra?

Wrath frunció el ceño pues no entendía. ¿Por qué querría…?

—No me habéis quitado nada de encima —oyó que ella respondía, como si él hubiese expresado en voz alta sus pensamientos.

Enseguida se dio cuenta de que ella estaba temblando y sus vestiduras repetían el movimiento, lo que explicaba aquel pesado tufillo a miedo que percibía en el olor de la hembra.

Estaba tan excitado que el deseo había nublado su conciencia, pero eso requería rectificación.

Así que Wrath se dirigió hacia el trono y levantó la inmensa y pesada silla de madera tallada para llevarla hasta el otro lado del salón, mientras sentía cómo su voluntad de que ella se sintiera cómoda le concedía una fuerza superior.

—Siéntate.

Ella prácticamente se desplomó sobre el sillón de cuero y cuando clavó sus manos enguantadas sobre los apoyabrazos, Wrath se imaginó sus nudillos poniéndose blancos, como si se estuviera aferrando a la vida.

Wrath se arrodilló frente a ella y levantó la vista para mirarla, mientras pensaba que, aparte de su intención de poseerla, lo único que deseaba era no verla asustada nunca.

Jamás.

♯ ♯ ♯

Bajo las múltiples capas de sus pesadas vestiduras, Anha se estaba asfixiando por el calor. O tal vez fuera el terror lo que cerraba su garganta.

Ella no deseaba este destino. No lo había buscado. Se lo cedería a cualquiera de las jóvenes hembras que tanto la habían envidiado a lo largo de los años: desde el momento de su nacimiento, se la habían prometido al hijo del rey como su primera compañera, y debido a ese supuesto honor, había sido criada por otros, enclaustrada y aislada de todo contacto. Educada en medio de un confinamiento solitario, no conoció el amor de una madre o la protección de un padre y creció a la deriva, en un mar de serviles desconocidos que la trataban como un objeto precioso y no un ser vivo.

Y ahora, en el momento culminante, en el momento para el cual había sido criada…, todos esos años de preparación parecían haber sido en vano.

El rey no estaba feliz: había expulsado a todos los que estaban en el salón en que se encontraban y no le había quitado ni uno solo de los velos que tenía encima, tal

como debía haberlo hecho si quería aceptarla de alguna manera. En lugar de eso se paseaba a su alrededor, mientras la fuerza de su agresividad cargaba el aire.

Y lo más probable es que ella lo hubiese contrariado aún más con su temeridad. No se suponía que nadie le hiciera sugerencias al rey…

—Siéntate.

Anha obedeció y dejó que sus débiles rodillas se aflojaran bajo el peso de su cuerpo. Y aunque esperaba estrellarse contra el suelo frío y duro, cayó sobre un gran asiento acolchado que recibió su cuerpo cuando se desplomó.

El chirrido de las tablas del suelo le informaba de que el rey estaba otra vez dando vueltas a su alrededor, con aquellos pasos pesados y aquella presencia tan magnífica que ella podía percibir su tamaño aunque no pudiera ver nada. Mientras su corazón palpitaba y el sudor le bajaba por el cuello y los senos, ella esperaba el siguiente movimiento del rey…, y temía que fuera violento. Por ley, él podía hacer con ella lo que quisiera. Podía matarla o arrojársela a la Hermandad para que hicieran uso de ella. Podía desvestirla, quitarle la virginidad y luego rechazarla, con lo cual le arruinaría la vida para siempre.

O simplemente podía desvestirla y darle su aprobación, pero respetando su virtud hasta la ceremonia de la noche siguiente. O incluso, quizás…, tal como lo había imaginado en sus sueños más vanos…, él podría mirarla brevemente y recubrirla con regalos de telas suntuosas, lo que indicaría su intención de incluirla entre sus shellans, con lo cual su vida en la corte sería más fácil.

Había oído demasiadas cosas acerca de los cortesanos como para esperar un poco de amabilidad de su parte. Y era muy consciente de que, a pesar de que iba a aparearse con el rey, estaba sola. No obstante, si tuviera alguna dosis de poder, aunque fuera pequeña, tal vez podría apartarse de todo aquello hasta cierto punto y dejarles las maquinaciones sobre la corte y el reinado a hembras más ambiciosas y avaras que ella…

De pronto se detuvieron los pasos y oyó el quejido de las tablas del suelo justo delante de ella, como si él hubiese cambiado de posición.

Este era el momento y ella sintió cómo su corazón se congelaba, como si no quisiera atraer la atención de la daga de Su Majestad…

En un segundo sintió que le quitaban la capucha y una gran corriente de aire frío llegó hasta sus pulmones.

Anha se sobresaltó al ver lo que había frente a ella.

El rey, el soberano, el representante supremo de la raza vampira… estaba de rodillas frente a la silla que le había alcanzado para que se sentara. Y eso ya habría sido suficientemente impactante, pero, de hecho, su actitud aparentemente suplicante no fue lo que más la impresionó.

El rey era increíblemente bello y aunque había intentado prepararse para muchísimas cosas, nunca se le había ocurrido que podría encontrarse frente a una visión tan magnífica.

Tenía los ojos del color de las pálidas hojas de la primavera y estos brillaban como la luz de la luna sobre un lago mientras la observaba. Y su rostro era el más apuesto que hubiese contemplado en la vida, aunque tal vez ese no era ningún cumplido, teniendo en cuenta que nunca antes se le había permitido poner sus ojos en un macho. Y su pelo era tan negro como las alas de un cuervo y le caía por su ancha espalda.

Pero eso tampoco fue lo que penetró con más intensidad en su conciencia.

Lo que más la impactó fue la preocupación que vio en la expresión del rey.

—No tengas miedo —dijo él con una voz que era al mismo tiempo sedosa y áspera—. Nadie te hará daño jamás porque yo estoy aquí.

Anha sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos. Y luego su boca se abrió y brotaron estas palabras:

—Mi lord, no deberíais arrodillaros.

—¿Y de qué otra manera podría saludar a una hembra como vos?

Anha trató de responder, pero al sentirse observada de esa manera por el rey, su cabeza se llenó de confusión; este poderoso macho que se inclinaba ante ella no parecía real. Para asegurarse de una vez por todas de que sí lo era, levantó la mano y la movió buscando cerrar la distancia que había entre ellos…

¿Qué estaba haciendo?

—Perdonadme, mi lord…

Él atrapó su mano y el impacto de su piel contra la de él la hizo jadear. ¿O fueron los dos los que jadearon?

—Tócame —le ordenó él—. En donde sea.

Cuando él la soltó, ella puso su mano temblorosa sobre la mejilla de él. Estaba tibia y suave.

El rey cerró los ojos y se inclinó hacia delante, mientras todo su cuerpo se estremecía.

Al ver que él se quedaba así, ella sintió una oleada de poder; pero no era una demostración de arrogancia ni de ambición egoísta. Solo sentía que había logrado apoyar un pie en lo que hasta ahora parecía una caída sin fondo.

¿Cómo era posible algo así?

—Anha… —dijo él entre dientes, como si su nombre fuera una invocación mágica.

No se dijeron nada más porque todo el lenguaje parecía de repente innecesario; los discursos y las palabras eran incapaces de transmitir aunque fuera una mera idea, mucho menos una definición, del vínculo que los estaba uniendo.

Finalmente ella bajó los ojos.

—¿No deseáis ver más de mí?

El rey dejó escapar un rugido ronco.

—Te veré toda entera…, y eso no será lo único que haga.

El aroma de la excitación masculina se hizo más denso en el aire y, de manera

increíble, el cuerpo de ella respondió enseguida a aquella llamada. Pero, claro, esa sensual agresividad de él estaba bajo el control de su particular voluntad: él no iba a poseerla de inmediato. No, parecía que iba a respetar su virtud hasta honrarla con una ceremonia de apareamiento apropiada.

—La Virgen Escribana respondió mis plegarias de forma milagrosa —susurró ella, mientras parpadeaba entre lágrimas. Todos esos años de preocupación y de espera, el yunque que había colgado durante tres décadas sobre su cabeza…

El rey sonrió.

—Si yo hubiese sabido que podía existir una hembra como tú, yo mismo le habría suplicado a la madre de la raza. Pero yo no tenía fantasías, y eso está bien. No habría hecho nada más que sentarme a esperar a que te cruzaras en mi destino, desperdiciando el tiempo.

Y con esas palabras el rey se levantó y se dirigió hacia un lugar donde había un montón de ropajes. Todos los colores del arcoíris estaban allí representados y ella había aprendido desde muy tierna edad a saber qué significaba cada color en la jerarquía de la corte.

El rey eligió para ella el rojo. El color más valioso de todos, la señal de que ella sería la favorita entre todas sus hembras.

La reina.

Y ese honor debería haberle bastado. Solo que al pensar en las múltiples hembras que él poseería, ella sintió que se le rompía el corazón.

Cuando el rey regresó a donde estaba ella, debió de percibir su tristeza porque preguntó:

—¿Qué te aflige, leelan?

Anha sacudió la cabeza y se dijo que no tenía derecho a sufrir por tener que compartirlo. Ella…

El rey negó con la cabeza.

—No. Solo serás tú.

Anha se estremeció.

—Mi lord, esa no es la tradición…

—¿Y acaso no soy el soberano de todo? ¿Acaso no puedo ordenar la vida y la muerte de mis súbditos? —Al ver que ella asentía, una expresión de dureza cubrió su cara e hizo que ella sintiera compasión por cualquiera que tratara de contrariarlo—. Entonces yo seré quien determine cuál es la tradición. Y solo tú serás para mí.

Las lágrimas volvieron a inundar los ojos de Anha. Ella deseaba creerle, y sin embargo eso parecía imposible, a pesar de que él la hubiese envuelto, todavía totalmente vestida, con seda del color de la sangre.

—Mi lord, me honráis —dijo ella, mirándolo a la cara.

—No lo suficiente —contestó él, y enseguida, con un movimiento rápido, atravesó el salón hasta una mesa sobre la que había un surtido de gemas preciosas.

El regalo de las joyas fue lo último en lo que Anha pensó cuando él le levantó la

capucha, pero ahora sus ojos se sorprendieron con aquel despliegue de riqueza. Ciertamente ella no merecía esas cosas. No hasta que le diera un heredero.

Lo cual, de repente, ya no parecía una tarea tan difícil.

Cuando el rey regresó a su lado, ella se sobresaltó. Rubíes, tantos que no pudo contarlos; de hecho, se trataba de una bandeja entera…, entre los que se encontraba el anillo saturnino que, según sabía, siempre había adornado la mano de la reina.

—Acepta estas y confía en mí —dijo el rey, al tiempo que volvía a postrarse a los pies de ella.

Anha sintió que la cabeza le daba vueltas.

—No, no, estas son para la ceremonia…

—Ceremonia que tendremos aquí y ahora —dijo, al tiempo que le tendía la mano —. Dame tu mano.

Anha sintió cómo le temblaban todos los huesos mientras le obedecía y dejó escapar un gemido cuando el rubí saturnino se enroscó alrededor del dedo corazón de su mano derecha. Al mirar la gema, vio cómo la luz de las velas se reflejaba contra sus múltiples caras, centelleando con la misma belleza con que el amor enciende el corazón desde dentro.

—Anha, ¿me aceptas como tu rey y compañero, hasta que lleguen ante ti las puertas del Ocaso?

—Sí —se oyó decir ella con sorprendente fuerza.

—Entonces yo, Wrath, hijo de Wrath, te tomo como mi shellan, para protegerte y cuidarte a ti y al hijo que podamos tener, con la misma certeza con que cuidaré de mi reino y sus ciudadanos. Serás mía para siempre. Tus enemigos son mis enemigos ahora, tu linaje se mezclará con el mío y solo conmigo compartirás tus amaneceres y anocheceres. Este vínculo nunca será deshecho por ninguna fuerza interna o externa… y —ahí hizo una pausa— a lo largo de todos mis días habrá una y solo una hembra para mí y tú serás la única reina.

Y con esas palabras levantó la otra mano y los dos entrelazaron todos sus dedos.

—Nadie nos separará. Nunca.

Aunque Anha no lo sabía en ese momento, en los años futuros, mientras el destino seguía su camino transformando el presente en historia pasada, regresaría a este instante una y otra vez. Más adelante reflexionaría sobre cómo esa noche los dos estaban perdidos y el hecho de verse el uno al otro fue lo que les dio la fuerza necesaria para seguir adelante.

Años más tarde, mientras dormía al lado de su compañero en su cama matrimonial y lo oía roncar suavemente, ella sabría que lo que le había parecido un sueño había sido en realidad un milagro viviente.

Y mucho más tarde, en la noche en que ella y su amado fueron asesinados, cuando sus ojos se aferraron al rincón donde había escondido a su heredero, su futuro, la única cosa que era más grande que ellos dos…, ella pensaría en que todo esto estaba predestinado. Tanto la tragedia como la fortuna, todo había sido

prefigurado y había comenzado ahí, en ese instante, cuando los dedos del rey se entrelazaron con los suyos y los dos se fundieron el uno en el otro para toda la eternidad.

—¿Quién se ocupará de ti esta noche y el día antes de la ceremonia pública? —preguntó el rey.

Ella no quería dejarlo.

—Debo regresar a mis aposentos.

El rey frunció el ceño. Pero luego la soltó y se tomó un tiempo para adornarla con los rubíes hasta que las joyas quedaron colgando de sus orejas y su cuello y sus dos muñecas.

El rey tocó la piedra más grande, la que colgaba sobre el corazón de ella y, cuando sus párpados se cerraron, ella supuso que él debía de estar pensando en algo erótico: tal vez la estaba imaginando sin ropa, sin que nada más que su piel constituyera el marco de aquellas joyas doradas de destellos diamantinos que soportaban esas increíbles gemas rojas.

La última pieza del conjunto era la corona misma y el rey la levantó de su bandeja de terciopelo y se la puso sobre la cabeza, antes de sentarse para contemplarla.

—Tú brillas más que todo eso —dijo.

Anha se miró. Rojo, rojo, por todas partes, el color de la sangre, el color de la vida misma. De hecho, no podía imaginar el valor de las gemas, pero no era eso lo que la conmovía. En ese momento, él le estaba rindiendo unos honores legendarios y, mientras pensaba en eso, Anha deseó que algo así pudiera mantenerse entre ellos para siempre.

Sin embargo, eso no sería posible; y a los cortesanos no les iba a gustar nada de esto, pensó después.

—Te llevaré a tus aposentos.

—Ay, mi lord, no deberíais molestaros…

—No hay nada más que me interese esta noche, te lo aseguro.

Ella no pudo contener una sonrisa.

—Como deseéis, mi lord.

Solo que Anha no estaba segura de poder ponerse de pie con todas aquellas…

En efecto, Anha no logró levantarse y el rey corrió a agarrarla entre sus brazos, alzándola del suelo como si no pesara más que una paloma.

Y enseguida atravesó el salón, abrió la puerta cerrada de una patada y salió al pasillo. Allí estaban todos; el corredor estaba lleno de aristócratas y miembros de la Hermandad de la Daga Negra, ante lo cual Anha giró instintivamente la cabeza contra el cuello de Wrath.

Mientras la educaban para entregársela al rey, siempre se había sentido como un objeto, y sin embargo, esa sensación se había desvanecido al encontrarse a solas con él. Pero ahora, expuesta a las miradas invasivas de los otros, volvía a desempeñar

ese papel y se sentía vista como una posesión y no una igual.

—¿A dónde vais? —preguntó uno de los aristócratas al ver que el rey pasaba de largo sin saludarlos.

Wrath siguió caminando, pero era evidente que aquel cortesano no iba a permitir que lo privaran de lo que ni siquiera era su derecho.

El macho se plantó entonces en el camino del rey.

—Mi lord, es costumbre que…

—Yo la cuidaré en mis propios aposentos esta noche y todas las demás.

La sorpresa cubrió aquel rostro afilado y encogido.

—Pero, mi lord, ese honor solo le corresponde a la reina, y aunque vos hubierais poseído a esta hembra, no será oficial hasta…

—Nos hemos apareado propiamente. Yo mismo realicé la ceremonia. Ella es mía y yo soy suyo y estoy seguro de que no queréis interponeros en el camino de un hombre enamorado y su hembra; mucho menos en el del rey y la reina, ¿verdad?

Se oyó un sonido de dientes que entrechocaban, como si alguien hubiese abierto la boca involuntariamente y la hubiese vuelto a cerrar enseguida con prisa.

Al mirar más allá del hombro de Wrath, el macho vio las sonrisas de los Hermanos, como si los guerreros estuvieran de acuerdo con la actitud agresiva del rey. ¿Y los otros togados? Tampoco tenían cara de aprobación. Más bien de impotencia, súplica y rabia sutil.

Ellos sabían quién tenía el poder y sabían que no les pertenecía.

—Deberíais ir acompañado, mi lord —dijo uno de los Hermanos—. No por costumbre, sino por los tiempos que corren. Incluso en esta fortaleza es adecuado que la Primera Familia esté custodiada.

El rey asintió después de un momento.

—Está bien. Seguidme, pero… —dijo y su voz se volvió más un ronquido— no debéis tocarla de ninguna manera. Si lo hacéis, os arrancaré ese apéndice que representa una ofensa física para ella.

Una sensación de respeto verdadero y cierto afecto suavizaron la voz del Hermano:

—Como deseéis, mi lord. ¡Hermandad, venid!

De inmediato las dagas salieron del arnés que cruzaba sus pechos y sus afiladas hojas negras resplandecieron con la luz de las antorchas que bordeaban el pasillo. Mientras los dedos de Anha se clavaban en las preciosas vestiduras del rey, los Hermanos soltaron un grito de guerra y levantaron las dagas sobre su cabeza.

Con una coordinación que habían alcanzado después de pasar muchas horas juntos, cada uno de los grandiosos guerreros se puso de rodillas formando un círculo y enterró la punta de su daga en el suelo.

Bajando la cabeza, dijeron luego al unísono algo que ella no pudo entender.

Y sin embargo toda aquella retahíla era para ella: los guerreros le estaban jurando lealtad como su reina.

Eso era lo que iba a suceder a la noche siguiente, en frente de la glymera, pero ella prefería que hubiera ocurrido aquí. Cuando los guerreros levantaron la mirada, brilló un destello de respeto que iba dirigido a ella.

—Tenéis toda mi gratitud —se oyó decir entonces Anha— y todo mi respeto para vuestro rey.

En segundos, ella y su compañero quedaron rodeados por aquellos tremendos guerreros que, después de aceptar su gratitud, comenzaron a trabajar de inmediato. Flanqueado por todos los lados, tal como ella había estado cuando iba a serle presentada, Wrath prosiguió su marcha.

Más allá del hombro de su compañero, a través de la barrera que formaban los Hermanos, Anha vio cómo iba quedando atrás el grupo de cortesanos, a medida que ellos se alejaban por el pasillo.

El consejero que estaba al frente, con las manos sobre las caderas y el ceño fruncido, no parecía nada feliz.

Anha sintió un estremecimiento de miedo.

—Shh —le susurró Wrath en el oído—. No te preocupes. Seré gentil contigo ahora.

Anha se sonrojó y volvió a hundir la cabeza contra el grueso cuello del rey. Él tenía la intención de poseerla tan pronto llegaran a su destino y su cuerpo sagrado entraría dentro del de ella para sellar visceralmente su unión.

Anha se sorprendió al ver que ella también lo deseaba. Inmediatamente. Con brutalidad…

Y sin embargo, cuando estuvieron de nuevo a solas, acostados en una fantástica cama de plumas y seda…, Anha agradeció que él fuera tan paciente y gentil como había prometido.

Esa fue la primera de las muchas, muchas veces en que su hellren no la decepcionó.

CAPÍTULO 1



Manhattan, Meatpacking District, en la actualidad

—Dame tu boca —ordenó Wrath.

Beth echó la cabeza hacia atrás y se metió entre los brazos de su compañero.

—¿La quieres? Entonces, tómala.

El gruñido que brotó de aquel inmenso pecho fue un recordatorio de que su hombre no era, en realidad, un hombre. Era el último vampiro de raza pura que quedaba en el planeta, y cuando se trataba de ella y el sexo, él era muy capaz de caer sobre ella como una bola de demolición.

Y no precisamente en el estúpido sentido postizo de Miley Cyrus…, y siempre y cuando Beth estuviera de acuerdo, claro. Aunque, en realidad, ¿cuándo tenía una mujer la oportunidad de estar con un macho de más de dos metros de estatura, un cuerpo formidable forrado totalmente en cuero negro, que casualmente tenía unos ojos de un verde pálido que brillaban como la luna y un pelo negro que le caía hasta el poderoso trasero?

La palabra *no* no solo no formaba parte de su vocabulario; era un concepto que le resultaba desconocido.

El beso que recibió fue brutal y así era como ella lo quería: con la lengua de Wrath penetrando hasta el fondo de su boca, mientras la empujaba hacia atrás por la puerta abierta de su escondite secreto.

¡Pum!

El mejor sonido del mundo. Bueno, sí, en realidad el segundo mejor sonido, pues el primero era el que su hombre hacía cuando estaba dentro de ella.

De solo pensarlo, Beth sintió que su vagina se abría aún más.

—Ay, mierda —dijo él dentro de su boca, cuando deslizó una mano entre los muslos de Beth—. Esto es lo que quiero, *sí*… Estás lista para mí, leelan.

No era una pregunta. Porque él sabía la respuesta, ¿no?

—Puedo olerte —le gruñó entonces al oído, mientras deslizaba los colmillos por la garganta de Beth—. Y es lo más hermoso del mundo, aparte de saborearte.

Esa voz ronca, la tensión de esas caderas y esa polla inmensa que ejercía presión sobre ella… Beth tuvo un orgasmo ahí mismo.

—Joder, necesitamos hacer esto más a menudo —dijo él entre dientes, mientras ella se frotaba contra su mano, moviendo las caderas—. ¿Por qué diablos no venimos aquí todas las noches?

Pensar en el caos que los esperaba en Caldwell distrajo a Beth por un momento, pero luego él empezó a hacerle un masaje con los dedos, por encima de la costura de los vaqueros, justo sobre la parte más sensible de su cuerpo, mientras penetraba su boca con la lengua, de la misma manera en que lo hacía cuando…, ay, sí.

Vaya, mira lo que tengo, sorpresa, sorpresa… De repente toda la historia relacionada con el hecho de que él fuera el rey, y el intento de asesinato, y la Pandilla de Bastardos simplemente se desvaneció de su mente.

Wrath tenía razón. ¿Por qué demonios no sacaban tiempo para disfrutar de este pedacito de cielo con más frecuencia?

Entregándose al sexo, Beth metió las manos entre el pelo de Wrath, cuya increíble suavidad contrastaba con la dureza de su rostro, la fuerza de su cuerpo formidable y su voluntad de acero. Ella nunca había sido de esas chicas estúpidas que soñaban con un príncipe azul, o una boda de cuento de hadas ni ninguna de esas mierdas de los musicales de Disney. Pero incluso alguien que no había tenido la ilusión, ni la intención, de firmar jamás un certificado de matrimonio, nunca habría podido imaginarse estando con Wrath, hijo de Wrath, el rey de una raza que, hasta donde ella sabía en ese entonces, no era más que una fantasía de Halloween.

Sin embargo ahí estaba, loca por un asesino que tenía vocabulario de camionero, un linaje real tan largo como su brazo y suficiente carácter como para hacer que Kanye West pareciera un acomplejado.

Bueno, Wrath no era tan egocéntrico, aunque, sí, probablemente haría desaparecer a Taylor Swift en un instante, pero eso era porque el rap y el hip-hop eran su música preferida y no porque fuera un hombre agresivo.

Conclusión, su hellren era un tío convencido de tener siempre razón y el trono que ocupaba implicaba que ese defecto de personalidad era reverenciado como si fuera ley natural.

Y hablando de una tormenta perfecta. La buena noticia era que ella era la única excepción, la única persona que podía tranquilizarlo cuando se encrespaba como un dragón. Así era con todos los Hermanos y sus compañeras: los miembros de la Hermandad de la Daga Negra, el grupo de élite de guerreros y asesinos de la raza, no eran famosos por tener precisamente buen carácter. Aunque, claro, nadie quiere a un

montón de flojos en la línea de fuego de ninguna guerra, en especial cuando los chicos malos eran de la calaña de los miembros de la Sociedad Restrictiva.

Y de esos malditos Bastardos.

—No voy a llegar a la cama —gimió Wrath—. Necesito estar dentro de ti ya.

—Entonces fóllame en el suelo —dijo Beth, al tiempo que chupaba el labio inferior de Wrath—. Sabes cómo hacerlo, ¿no?

Más gruñidos y un gran cambio en la orientación del planeta, mientras Wrath la levantaba del suelo y la depositaba sobre la madera brillante. El *loft* que Wrath solía usar como apartamento de soltero parecía salido de una película: tenía un techo tan alto como una catedral, el decorado de una bodega vacía y la pintura negro mate de una Uzi. No se parecía en nada a la mansión de la Hermandad en la que vivían, y ahí estaba la gracia.

A pesar de lo hermoso que era aquel lugar, lleno de laminillas de oro y candelabros de cristal y muebles antiguos, la verdad era que se podía volver un poco pesado…

Riiiiiiip.

Con ese sonido, Beth perdió otra prenda más de su guardarropa, a pesar de que Wrath parecía muy orgulloso de su obra. Enseñando unos colmillos tan largos como dagas y tan blancos como la nieve, se dispuso a convertir la camisa de seda de Beth en un trapo de limpieza, haciendo volar los botones a todas partes mientras la desgarraba para dejar al aire sus senos.

—Fíjate —dijo entonces Wrath, mientras se desprendía de sus gafas de sol y sonreía exponiendo todo su armamento dental—. Ya no hay nada que se interponga…

Cerniéndose sobre ella, ancló la boca a uno de sus pezones, mientras bajaba las manos hacia la cinturilla de los vaqueros negros de Beth. A pesar de todo, Wrath tuvo la gentileza de desabotonarla y bajar la cremallera, pero ella sabía lo que vendría después…

Con un violento tirón, Wrath convirtió en jirones lo que hasta ese momento habían sido un par de Levi’s con apenas dos semanas de uso.

Pero a ella no le importó. Ni a él.

Ay, Dios, cuánto necesitaba esto.

—Tienes razón, ha pasado demasiado tiempo —siseó ella, mientras Wrath se encargaba de su propia bragueta, reventando los botones para liberar una erección que a ella todavía le quitaba el aliento.

—Lo siento —dijo Wrath entre dientes, al tiempo que la agarraba por el cuello y se montaba sobre ella.

Cuando Beth abrió sus piernas para él, sabía exactamente qué motivaba aquella disculpa.

—No te disculpes… ¡Dios!

La manera salvaje como la poseyó era exactamente lo que ella deseaba, al igual que el orgasmo que le produjo, mientras aquel pesado cuerpo se estrellaba contra el

de ella, y su culo desnudo golpeaba contra el suelo a medida que él la embestía, y sus piernas se esforzaban por rodearlo para que él pudiera entrar todavía más hondo. Era una dominación total, con aquel cuerpo inmenso moviéndose como un pistón erótico que iba cada vez más rápido y más fuerte.

Pero a pesar de lo bien que estaba todo esto, Beth sabía cómo llevar las cosas un nivel más allá.

—¿Todavía no tienes sed? —preguntó arrastrando las palabras.

Se produjo una parálisis total.

Como si lo hubiese golpeado un rayo gélido. O tal vez un camión.

Cuando levantó la cabeza, los ojos de Wrath brillaban con tal intensidad que Beth sabía que, si miraba hacia el suelo, podría ver su propia sombra.

Entonces enterró las uñas en los hombros de su hombre, arqueó la espalda para acercarse a él y giró la cabeza hacia un lado.

—¿No quieres nada de beber?

Los labios de Wrath se abrieron para dejar al descubierto sus colmillos, al tiempo que dejaba escapar un siseo de cobra.

El mordisco fue algo parecido a una cuchillada, pero el dolor se desvaneció rápidamente en un dulce delirio que llevó a Beth a otra dimensión. Flotando y firme al mismo tiempo, ella gimió y hundió los dedos entre el pelo de su compañero para acercarlo todavía más mientras él succionaba su garganta y se perdía dentro de su sexo.

Beth tuvo un orgasmo, al igual que él.

Sí.

Dios, ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hicieron el amor? Al menos un mes, lo cual era algo inusual en ellos, y Beth se daba cuenta de lo mucho que los dos lo necesitaban. Pero tantas exigencias a su alrededor los limitaban. El estrés contaminaba todas sus horas y recibían tanta mierda tóxica que no tenían tiempo de procesarla el uno con el otro.

Como cuando Wrath recibió un tiro en el cuello. ¿Realmente habían hablado del tema? Claro, habían celebrado su recuperación juntos, pero ella todavía se estremecía cada vez que un doggen abría una botella de vino en el comedor, o cuando los Hermanos se quedaban jugando al billar hasta tarde.

¿Quién iba a pensar que una bola de billar estrellándose contra un taco sonaba exactamente igual que un disparo?

Ella no lo sabía. Por lo menos no hasta que Xcor decidió meter una bala en la yugular de Wrath.

Y esa no era la clase de educación que ella estaba buscando…

Sin ninguna razón aparente, las lágrimas inundaron sus ojos, enredándose primero en sus pestañas y deslizándose luego por sus mejillas, al mismo tiempo que la recorría otro orgasmo.

Y luego la imagen de Wrath herido ocupó toda su visión.

La mancha de sangre en el chaleco antibalas. La sangre que empapaba su camiseta sin mangas. La sangre sobre su piel.

El peligro había llegado a su puerta y la horrible realidad ya no era un monstruo hipotético en su armario mental, sino un grito que desgarraba su alma.

Para ella, el rojo era el color de la muerte.

Wrath se quedó paralizado por segunda vez y levantó la cabeza.

—¿Leelan?

Al abrir los ojos, Beth sintió un pánico súbito al ver que no podía verlo bien, que ese rostro que ella buscaba en cualquier lugar ya no estaba ahí, que esa confirmación visual de su vida ya no estaría más ahí.

Solo que lo único que tenía que hacer era parpadear. Parpadear, parpadear, parpadear…, y Wrath regresó a ella, nítido como el mediodía.

Y eso la hizo llorar más. Porque su amado estaba ciego y aunque, en su opinión, eso no lo convertía en un minusválido, sí lo privaba de algunas cosas fundamentales y eso no era justo.

—Ay, mierda, te hice daño…

—No, no… —Beth le rodeó la cara con las manos—. No pares.

—Debimos haber ido a la cama…

La mejor manera de que Wrath volviera a concentrarse en lo que estaba haciendo era arquear el cuerpo debajo de él, cosa que Beth hizo, ondulando y moviendo las caderas para que su clítoris se frotara contra él. Y, bueno, parece que la fricción tuvo efecto y lo dejó sin palabras.

—No pares —volvió a decir ella, tratando de volverlo a llevar hacia su vena—. No pares jamás.

Pero Wrath se contuvo y le quitó el pelo de la cara.

—No pienses en eso.

—No lo estoy haciendo.

—Sí, sí lo estás haciendo.

No había razón para definir qué era «eso»: planes de traición; Wrath amarrado a ese escritorio tallado y asfixiado por su posición; un futuro desconocido y que no auguraba nada bueno.

—No me voy a ir a ningún lado, leelan. No te preocupes por nada. ¿Me entiendes?

Beth quería creerle. Necesitaba creerle. Pero temía que se tratara de una promesa más difícil de cumplir que de hacer.

—¿Beth?

—Hazme el amor. —Era la única verdad que ella podía esgrimir para no reventar aquella burbuja—. Por favor.

Wrath la besó una vez. Dos. Y luego empezó a moverse de nuevo.

—Siempre, leelan. Siempre.

‡ ‡ ‡

La mejor noche del mundo.

Cuando Wrath se quitó de encima de su shellan una hora después, no podía respirar, tenía sangre en la garganta y su polla de acero finalmente se había convertido en un espagueti mojado.

Pero conociendo la energía de aquella maldita cosa, tenía apenas cinco, o quizás diez minutos antes de que el Señor Felicidad empezara a sonreír de nuevo.

La gran cama que reposaba en el centro del enorme espacio del *loft* había sufrido algunas mejoras desde que su Beth se había apareado con él y, mientras se estiraba sobre la espalda, Wrath tuvo que admitir que hacer el amor sobre la cama era mucho mejor que hacerlo en el suelo. Dicho esto, pensó que las sábanas en realidad eran innecesarias, pues habría podido freír un huevo en su pecho después del ejercicio físico que acababa de hacer. Y nada de mantas. Las almohadas habían salido volando rápidamente en la medida en que la cama carecía de cabecera, pero la ventaja era contar con apoyos en cualquier punto cardinal.

A veces le gustaba poner un pie sobre el suelo y apoyarse con fuerza en él.

Beth dejó escapar un suspiro más largo y satisfactorio que un soneto shakesperiano y el pecho de Wrath se infló como un globo.

—¿Te gustó? —preguntó arrastrando las palabras.

—Dios. Sí.

Más sonrisas. Era como ver *La Máscara* otra vez, solo Jim Carrey y esa sonrisa Profident todo el tiempo. Y ella tenía razón: el sexo había estado fantástico. La había follado en el suelo hasta que llegaron cerca del colchón. Y luego, como el caballero que era, la había puesto sobre la cama… y se la había follado otras tres veces. ¿O cuatro?

Podía hacer eso toda la noche…

Pero de la misma manera en que un eclipse hace desaparecer la luna, aquel estado de relajación cósmica desapareció súbitamente y se llevó toda la buena energía con él.

Wrath ya no disponía de sus noches enteras. No cuando se trataba de estar con su hembra.

—¿Wrath?

—Estoy aquí, leelan —murmuró él.

Mientras Beth se daba la vuelta para quedar de lado, Wrath pudo sentir cómo lo miraba, y aunque su visión finalmente había renunciado a ver formas difusas y había terminado por abandonarlo por completo, pudo imaginarse aquel pelo negro, largo y grueso y los ojos azules de Beth y su hermoso rostro.

—No, no estás aquí.

—Estoy bien.

Mierda, ¿qué hora era? ¿Habría pasado más de una hora? Probablemente. Cuando estaba haciendo el amor con Beth, podía perder la cuenta de los días.

—La una pasada —dijo ella con voz suave.

—Mierda.

—¿Quieres hablar? Wrath…, ¿podrías decirme en qué estás pensando?

Ay, diablos, ella tenía razón. Wrath había estado distrayéndose mucho últimamente. Se retiraba a un lugar de reflexión donde no podía alcanzarlo el caos, ni ninguna cosa mala, pero se trataba de un viaje individual.

—Simplemente no estoy listo para volver al trabajo.

—No te culpo. —Beth se acercó a la boca de Wrath y frotó sus labios contra los de él—. ¿Podemos quedarnos un poco más?

—Sí. —Pero no lo suficiente…

Una alarma sonó en la muñeca de Wrath.

—Mierda. —Wrath sacudió la cabeza—. El tiempo vuela, ¿no?

Y las responsabilidades lo estaban esperando. Tenía peticiones que revisar. Proclamas que escribir. Y los correos de su buzón, esos malditos correos electrónicos que la glymera se sacaba todas las noches del culo…, aunque la verdad es que habían venido disminuyendo últimamente…, señal de que ese montón de imbéciles estaban comunicándose mucho entre ellos. Lo cual no era una buena noticia.

Wrath volvió a soltar un taco.

—No sé cómo lo hacía mi padre. Noche tras noche. Año tras año.

Solo para que lo mataran brutalmente cuando aún era muy joven.

Al menos cuando Wrath el viejo ocupaba su trono, las cosas estaban estables: sus ciudadanos lo amaban y él los amaba a ellos. No había planes de traición cocinándose en ningún salón oscuro. El enemigo provenía de fuera, no de dentro.

—Lo siento —dijo Beth—. ¿Estás seguro de que no hay nada que puedas aplazar?

Wrath se sentó en la cama y se echó el pelo hacia atrás. Mientras miraba al vacío, sin ver nada, deseaba estar fuera peleando.

Pero esa no era una opción para él. De hecho, lo único que tenía en su agenda era regresar a Caldie y volver a encadenarse a ese maldito escritorio. Su destino había sido sellado hacía muchos, muchos años, cuando su madre había entrado en su periodo de fertilidad y su padre había hecho lo que debe hacer un hellren… y, contra toda probabilidad, habían concebido un heredero, que había nacido y se había criado hasta ver cómo los restrictores mataban a sus padres ante sus ojos aún funcionales de pretrans.

Todavía lo recordaba con nitidez.

El defecto ocular solo empezó a manifestarse después de que Wrath sufriera el cambio. Pero esa debilidad, al igual que el trono, eran parte de su legado. La Virgen Escribana había diseñado un plan de crianza que fortalecía los rasgos más deseables de los machos y las hembras, y creaba un sistema de castas que conformaba la

jerarquía social. Era un buen plan, pero solo hasta cierto punto. Como solía suceder con la Madre Naturaleza, la ley de las consecuencias imprevistas había decidido hacer una jugarreta y así era como este rey, de «perfecto» linaje, había terminado ciego.

Frustrado, Wrath se levantó bruscamente de la cama y… naturalmente apoyó el pie sobre una almohada en lugar del suelo. Al sentir que perdía el equilibrio, estiró los brazos para tratar de agarrarse a algo, pero como no sabía dónde estaba…

Cuando Wrath se estrelló contra el suelo, sintió un horrible dolor en el costado izquierdo, pero eso no fue lo peor. Enseguida oyó cómo Beth se apresuraba a levantarse para ayudarlo.

—¡No! —gritó, y se echó hacia atrás para que ella no pudiera alcanzarlo—. Yo puedo.

Al sentir cómo su voz rebotaba en el espacio abierto, Wrath deseó poder estrellar su cabeza contra una ventana.

—Lo siento —murmuró, mientras se echaba el pelo hacia atrás.

—No pasa nada.

—No quise gritarte así.

—Has estado muy estresado. Y esas cosas pasan.

Por Dios, como si estuvieran hablando de que no se le había puesto dura durante el sexo.

Cuando Wrath comenzó con toda esa mierda de ser rey, había tomado una decisión y se había comprometido a defender la corona, a ser el líder, a ponerse en la piel de su padre, bla, bla, bla. Pero la realidad es que esta era una maratón que iba a durar toda su vida… y ya estaba flaqueando, después de solo dos años. O tres. Los que fueran.

¿En qué año estamos?

Todos sabían que él siempre había tenido mal carácter, pero el hecho de permanecer encerrado en la cárcel de su ceguera, acompañado solamente por exigencias que no deseaba satisfacer, lo ponía frenético.

No, espera, esa sería una forma muy moderada de definir lo que sentía…, pero en cualquier caso tenía que ver con su personalidad. Su vocación era el combate, no gobernar desde una silla.

El padre había sido un macho afecto a los códigos, pero el hijo era más bien cercano a la espada.

—¿Wrath?

—Perdón, ¿qué has dicho?

—Te pregunté si querías comer algo antes de irnos.

Wrath se imaginó regresando a la mansión, con doggens por todas partes, y los Hermanos entrando y saliendo, y sus shellans por ahí…, y sintió que no podía respirar. Los quería mucho a todos, pero, maldición, allí no había ninguna privacidad.

—Gracias, pero comeré algo mientras estoy trabajando.

Hubo un largo silencio.

—Está bien.

Wrath se quedó en el suelo mientras ella se vestía y escuchó cómo sus vaqueros subían por aquellas piernas tan largas y sensuales como un canto funerario.

—¿Te molesta que me ponga tu camiseta? —preguntó Beth—. Mi blusa quedó destrozada.

—Sí, no hay problema.

La tristeza de Beth olía igual que la lluvia en otoño y se sentía así de fría.

Joder, con la de personas que querían ser rey, pensó Wrath mientras se ponía de pie.

¡Qué locura!

Si no hubiera sido por el legado de su padre, y por todos esos vampiros que habían amado de verdad a su viejo, él habría salido huyendo sin mirar atrás. Pero ya no podía escapar. Su padre había sido un rey para los libros de historia, un macho que no solo ostentaba la autoridad por el derecho que le daba el trono, sino porque inspiraba una sincera devoción.

¿Y si él perdía la corona? Sería como orinar sobre la tumba de su padre.

Cuando la mano de su shellan se deslizó sobre la suya, Wrath se sobresaltó.

—Aquí está tu ropa —dijo ella y se la puso en las manos—. Y yo tengo tus gafas.

Con un movimiento rápido, Wrath la atrajo hacia él y la apretó contra su cuerpo desnudo. Beth era una hembra alta, pero aun así apenas le llegaba al pecho, así que cerró los ojos y la abrazó con fuerza.

—Quiero que sepas algo —dijo contra el pelo de Beth.

Al sentir que ella se quedaba inmóvil, trató de inventarse algo que valiera la pena oír. Unas palabras que reflejaran, aunque fuera mínimamente, lo que estaba sintiendo en el pecho.

—¿Qué? —susurró ella.

—Lo eres todo para mí.

La frase no era nada del otro mundo, pero aun así Beth suspiró y se fundió con él como si hubiera sido lo único que deseaba oír.

Algunas veces tienes suerte.

Y mientras seguía abrazándola, Wrath pensó que eso era algo que debía recordar. Porque mientras tuviera a esta hembra a su lado, sería capaz de superar cualquier cosa.

CAPÍTULO 2



Caldwell, Nueva York

—¡Larga vida al rey!

Mientras Abalone, hijo de Abalone, decía estas palabras, trataba de calibrar la respuesta de los tres machos que habían venido a golpear a su puerta, habían entrado en su casa y ahora estaban en su biblioteca, mirándolo como si le estuvieran tomando medidas para mandar hacer su sudario.

En realidad no era así. Abalone estaba vigilando solo una expresión, la de aquel guerrero con el rostro desfigurado que se había quedado tras los otros, recostado contra el papel de pared de seda, con sus botas de combate sólidamente apoyadas sobre el tapete persa.

Los ojos del macho estaban ocultos por aquel ceño fruncido que arrojaba una sombra tal sobre los iris que no había manera de saber de qué color eran: si azules, marrones o verdes. Tenía un cuerpo enorme que, incluso en posición de descanso, representaba una amenaza frontal, una granada con un seguro defectuoso. Y ¿cuál había sido su reacción a lo que él acababa de decir?

No había habido ningún cambio en sus rasgos: el labio leporino seguía viéndose apenas como un corte y el ceño seguía igual. El macho no expresaba ninguna emoción.

Pero la mano con la que sostenía la daga se había abierto totalmente para luego cerrarse en un puño.

Claramente el aristócrata Ichan y el abogado Tyhm, quienes habían traído al guerrero, habían mentido. Esta no era una «conversación sobre el futuro». No, algo así sugeriría que Abalone tenía algo que decir.

Esto era una advertencia a todo su linaje, una llamada a la que solo se podía

responder de una manera.

Y sin embargo, aquellas palabras habían salido de su boca y ya no había nada que pudiera cambiar eso.

—¿Estáis seguro de vuestra respuesta? —le preguntó Ichan arqueando una ceja.

Ichan era un ejemplar típico de su clase social y económica, refinado hasta el punto de la feminidad a pesar de su sexo, vestido con un traje completo y corbata, y perfectamente peinado. A su lado, Tyhm, el abogado, tenía un aspecto parecido, solo que más delgado, como si sus considerables proezas mentales consumieran toda su ingesta calórica.

Y los dos, al igual que el guerrero, parecían dispuestos a esperar a que cambiara la respuesta que acababan de recibir.

Los ojos de Abalone se posaron sobre un viejo pergamino enmarcado que colgaba de la pared, junto a las puertas dobles. No alcanzaba a leer los diminutos caracteres en Lengua Antigua desde el otro lado del salón, pero no tenía necesidad de acercarse. Los conocía de memoria.

—No tenía conciencia de que me hubieseis hecho una pregunta —dijo Abalone.

Ichan sonrió fingidamente y caminó un poco alrededor, mientras acariciaba un recipiente de plata lleno de manzanas rojas, la colección de relojes Cartier que reposaban sobre una mesita auxiliar y el busto de bronce de Napoleón que había sobre el escritorio, junto a la gran ventana.

—Estamos, desde luego, interesados en vuestra posición. —El aristócrata se detuvo frente a un dibujo a tinta que reposaba en un atril—. Esta es vuestra hija, ¿verdad?

Abalone sintió que el pecho se le cerraba.

—Está a punto de ser presentada en sociedad, ¿cierto? —Ichan miró por encima de su hombro—. ¿Cierto?

Abalone quería apartar al macho de aquella imagen.

De todas las cosas que consideraba «suyas», su preciosa hija, la única hija que habían tenido él y su shellan, era la luna de su cielo nocturno, la dicha que llenaba sus horas cotidianas, su brújula para el futuro. Y él quería muchas cosas para ella; pero no en los términos de la glymera. No, él quería para ella lo que su shellan y él habían encontrado: al menos hasta que su hembra fue llamada al Ocaso.

Deseaba que su hija encontrara el amor verdadero con un macho honorable que la cuidara.

¿Y si no le permitían ser presentada en sociedad? Eso nunca ocurriría.

—Lo siento —dijo Ichan arrastrando las palabras—. ¿Acaso me habéis contestado y no he oído vuestra respuesta?

—Va a ser presentada pronto, sí.

—Sí. —El aristócrata volvió a sonreír—. Sé que os preocupáis mucho por su futuro. Como padre que soy, puedo ponerme en vuestro lugar… Cuando se tienen hijas, uno necesita asegurarse de que se apareen bien.

Abalone contuvo la respiración hasta que el hombre siguió su perezoso paseo por el salón.

—Pero ¿no creéis que disponemos de un cierto grado de seguridad gracias a las demarcaciones tan claras que existen en nuestra sociedad? La crianza correctiva ha producido un grupo superior de individuos y nosotros debemos, por respeto a la tradición y por sentido común, preservar nuestras asociaciones con miembros semejantes de nuestra raza. ¿Podéis imaginaros a vuestra hija casada con un cualquiera?

Aquella última palabra quedó flotando en el aire, con la fuerza de un improperio y la amenaza de un arma cargada.

—No, claro que no os lo imagináis —se respondió Ichan.

En realidad, Abalone no estaba tan seguro. ¿Y si el macho la amara lo suficiente? Pero ese no era el motivo de aquella discusión, ¿o sí?

Ichan se detuvo para mirar los óleos que colgaban frente a la vasta colección familiar de primeras ediciones. Naturalmente, eran retratos de los ancestros y los más prominentes se hallaban sobre la gran chimenea de mármol.

Un famoso macho en la historia de la raza y en el linaje de Abalone. El Noble Redeemer, como se le conocía entre la familia.

El padre de Abalone.

Ichan señaló con un amplio gesto de la mano no solo el salón, sino la casa entera con todo su contenido y las personas que vivían bajo ese techo.

—Todo esto vale la pena conservarlo y la única manera de que eso ocurra es que se respeten las Leyes Antiguas. Los principios que nosotros, la glymera, buscamos preservar son la base misma de lo que esperáis ofrecerle a vuestra hija. Sin ellos, ¿quién sabe dónde podría terminar?

Abalone cerró sus ojos por un momento.

Pero eso no hizo que el aristócrata asumiera un tono de voz más gentil.

—Ese rey del que acabáis de hablar con tanto respeto… se ha apareado con una mestiza.

Abalone abrió los párpados. Como todos los miembros del Consejo, había sido informado de la unión real, pero eso era todo.

—Pensé que se había apareado con Marissa, hija de Wallen.

—Pues no fue así. La ceremonia tuvo lugar justo un año antes de los ataques y se suponía que el rey había honrado la promesa de aparearse con la hermana de Havers. Pero surgieron sospechas cuando Marissa se unió después a un Hermano. Más tarde, supimos a través de Tyhm —dijo señalando al abogado— que Wrath había tomado a otra hembra, que *no* pertenece a nuestra raza.

Hubo una pausa, como si Abalone tuviera ahora la oportunidad de asombrarse ante aquella revelación. Pero al ver que su interlocutor no se inmutaba, Ichan se inclinó hacia delante y dijo en voz baja, como si le estuviera hablando a un retrasado mental:

—Si tienen un descendiente, el heredero al trono será un cuarto humano.

—Nadie tiene una sangre totalmente pura —murmuró Abalone.

—¿Qué le vamos a hacer? Sin embargo, estaréis de acuerdo en que hay una tremenda diferencia entre tener parientes humanos lejanos… y un rey que lleva en su sangre una cuota significativa de esa horrible raza. Pero aun si eso no os ofende, y estoy seguro de que no es así, las Leyes Antiguas establecen un mandato. El rey debe ser un macho de sangre pura, y Wrath, hijo de Wrath, no puede ofrecernos un heredero.

—Suponiendo que eso sea cierto…

—Lo es.

—¿Qué esperáis de mí?

—Solo quiero que seáis consciente de la situación. No soy más que un ciudadano preocupado.

Entonces, ¿para qué venir con refuerzos armados?

—Bueno, os agradezco que me hayáis informado…

—El Consejo va a tener que tomar medidas.

—¿En qué sentido?

—Pronto habrá una votación.

—¿Para rechazar a un heredero?

—Para derrocar al rey. Su autoridad es tal que puede cambiar las leyes en cualquier momento, anular esa cláusula y debilitar aún más la raza. El rey debe ser depuesto de manera legítima lo más pronto posible. —El aristócrata miró de reojo hacia donde estaba el retrato de la hija de Abalone—. Confío en que durante la sesión especial del Consejo, vuestro linaje esté bien representado por vuestro sello y vuestro escudo.

Abalone miró al guerrero que seguía recostado contra la pared. El macho apenas parecía respirar, pero estaba lejos de estar dormido.

¿Cuándo tiempo pasaría antes de que la ruina cayera sobre su familia si él no comprometía su voto? ¿Y qué forma tomaría esa desgracia?

Abalone pensó en su hija, llorando la muerte de su padre y quedando en el abandono durante el resto de la vida. Y en él mismo siendo torturado y luego asesinado de una manera espantosa.

Querida Virgen Escribana, los ojos entrecerrados de aquel guerrero estaban fijos en él como si fuera un objetivo.

—¡Larga vida a un rey apropiado! —dijo Ichan—. Sería mejor así.

Y con esas palabras, el emperifollado «ciudadano preocupado» se despidió y salió del salón con el abogado.

Abalone sintió que el corazón se le salía del pecho cuando se quedó solo con el guerrero… y después de un momento de tenso silencio, el macho salió de su parálisis y se acercó al recipiente lleno de manzanas.

Con una voz baja de fuerte acento, dijo:

—Supongo que puedo tomar una, ¿verdad?

Abalone abrió la boca, pero lo único que pudo emitir fue un graznido.

—¿Es eso un sí? —se oyó que murmuraba el guerrero.

—En efecto. Sí.

El guerrero se llevó la mano al arnés del pecho y sacó una daga cuya hoja plateada parecía tan larga como el brazo de un macho adulto. Con un movimiento rápido, lanzó la daga al aire, donde brilló con la luz, y con la misma seguridad la atrapó de nuevo por la empuñadura y la clavó en una de las manzanas.

Todo esto sin quitarle los ojos de encima a Abalone.

Después de sacar su manzana del recipiente, sus ojos se dirigieron al dibujo.

—Es muy hermosa. Por ahora.

Abalone se interpuso entre los ojos del guerrero y el cuadro, listo para sacrificarse si era necesario. No quería que aquel macho mirara siquiera la pintura, mucho menos que la comentara… o hiciera algo mucho peor.

—Hasta pronto, entonces —dijo el guerrero y salió con la manzana en alto, incrustada en la daga.

Cuando Abalone oyó que la puerta principal se cerraba, no pudo evitar desplomarse sobre el sofá de seda mientras el corazón se le salía del pecho. Aunque las manos le temblaban, logró sacar un cigarrillo de la caja de cristal y encenderlo con un pesado mechero también de cristal.

Después de inhalar profundamente, se quedó mirando el dibujo de su hija y sintió verdadero terror por primera vez en su vida.

—Querida Virgen Escribana…

Había indicios de agitación desde hacía un año: corrían rumores acerca de que el rey estaba perdiendo el favor de cierta parte de la aristocracia; que había habido un intento de asesinato; que se había formado una camarilla que estaba preparada para tomar medidas. Y, claro, había habido una reunión del Consejo a la que había asistido Wrath con toda la Hermandad y en la que les había planteado una amenaza frontal.

Había sido la primera vez que veían al rey desde…, bueno, desde antes de que Abalone pudiera recordar. De hecho, no podía recordar que alguien hubiese tenido alguna audiencia con el soberano. Siempre había proclamas, desde luego, y edictos que habían impulsado unas medidas progresistas que, en opinión de Abalone, se necesitaban desde hacía tiempo.

Pero otros no estaban de acuerdo con él.

Y obviamente estaban preparados para forzar la respuesta de aquellos cuya forma de pensar no coincidía con la de ellos.

Dirigiendo ahora los ojos hacia el retrato de su padre, trató de hallar algo de coraje en su yo interno, algún fundamento en el cual apoyarse y luchar por lo que sabía que era lo correcto: ¿qué tenía de malo que Wrath se hubiese apareado con una mestiza si la amaba? Muchas de las Leyes Antiguas que él estaba reformando eran discriminantes, y al menos su elección de shellan demostraba que el rey estaba

dispuesto a poner en práctica sus propias ideas de modernización.

Sin embargo, el rey también tenía rasgos anticuados. Dos aristócratas habían sido asesinados recientemente. Montrag y Elan. Los dos habían muerto de manera violenta en su casa. Y los dos habían estado asociados con la oposición.

Estaba claro que Wrath no se iba a quedar sin hacer nada mientras se planeaban complots contra él. La mala noticia era que sus enemigos de la corte también estaban tomando medidas y habían reunido su propio ejército.

Abalone metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó su iPhone. Buscó un número entre sus contactos, inició una llamada y se quedó escuchando el sonido del teléfono.

Cuando respondió una voz masculina, tuvo que aclararse la garganta.

—Necesito saber si os han visitado.

Su primo no vaciló.

—Sí, así es.

Abalone soltó una maldición.

—No quiero ser parte de esto.

—Nadie quiere. Pero tienen una justificación legal —dijo su primo respirando profundamente—. ¿La historia sobre el heredero? La gente está reaccionando.

—Pero no está bien. Wrath ha estado haciendo cosas buenas, nos está llevando hacia la modernidad. Abolió la esclavitud de sangre e instaló una casa para hembras que han sufrido abusos y sus hijos. Ha sido justo y tiene a todo el mundo en cuenta en sus proclamas…

—Pero podrán con él, Abalone. Lo van a derrotar porque todavía quedan muchos a los que les asquea la noción de una reina mestiza y un heredero de sangre diluida. —Su primo bajó la voz todavía más—. No os decantéis por el bando equivocado, primo. Ellos están dispuestos a hacer lo que sea necesario para garantizar una votación unánime cuando llegue el momento y la ley es como es.

—Pero el rey la puede cambiar. Me sorprende que no lo haya hecho.

—No cabe duda de que ha tenido cosas más urgentes de que ocuparse que esos viejos libros llenos de polvo. Y, francamente, incluso si él vuelve a redactar la cláusula, no estoy seguro de que encuentre suficiente apoyo.

—Pero puede tomar represalias contra la aristocracia.

—¿Y qué puede hacer? ¿Matarnos a todos? Y luego ¿qué?

Cuando Abalone colgó, se quedó mirando los ojos de su padre. Su corazón le decía que la raza estaba en buenas manos con Wrath, incluso a pesar de que el rey se hubiera aislado en muchos sentidos. Pero su primo tenía mucha razón.

Después de un rato, hizo otra llamada que le revolvió el estómago. Cuando le respondieron, ni siquiera se molestó en hacer ningún preámbulo.

—Tenéis mi voto —dijo con voz ronca.

Antes de que Ichan pudiera felicitarlo por su buen juicio, Abalone colgó. Y corrió hacia una papelera para vomitar.

Lo único peor que no tener ningún legado… era no estar a la altura del que te había sido entregado.

‡ ‡ ‡

Cuando Xcor salió de la casa del aristócrata, se molestó al ver que Ichan, el representante del Consejo, y Tyhm, el abogado, lo estaban esperando a la luz de la luna.

—Creo que fuimos lo suficientemente persuasivos —declaró Ichan.

Hablaba con tanto orgullo que parecía que ya hubiese puesto su maldito culo sobre el trono.

Xcor miró hacia la mansión de estilo Tudor. A través de las ventanas, se podía ver que el macho al que se habían enfrentado estaba hablando por teléfono y fumándose un cigarrillo como si sus pulmones necesitaran más nicotina que oxígeno. Luego hizo una pausa y se quedó mirando fijamente algo. Un momento después, con los hombros caídos en gesto de derrota, volvió a llevarse el móvil al oído.

El teléfono de Ichan sonó y él sonrió al sacarlo de su bolsillo.

—¿Sí? ¡Qué bien que hayáis llamado…! —Hubo una pausa—. Ah, creo que es muy acertado por vuestra parte… ¿Sí? ¿Hola?

Ichan guardó el móvil mientras se encogía de hombros.

—Ni siquiera me voy a ofender por el hecho de que me haya colgado.

Otro más que caía en su plan.

Xcor agarró la manzana y la sacó de la hoja de la daga. Con mano segura, empezó a quitarle la piel roja, dándole vueltas y vueltas hasta que una espiral de piel quedó colgando debajo de su cuchillo.

Aunque no tenía nada que ver con su estrategia favorita, que era la de recurrir al asesinato, este nuevo enfoque legal para forzar una abdicación iba muy bien. Tenían que visitar a otra media docena de miembros de las familias importantes y luego llegaría la hora de hacerlo oficial en el Consejo. ¿Y después? Los asesinatos tendrían que llegar; no cabía duda de que alguno o incluso todos los aristócratas con los que estaban tratando tendrían ilusiones monárquicas.

Sin embargo, eso se arreglaría fácil y ahí tendría lo que deseaba.

—… comer?

Al ver que Ichan y Tyhm lo estaban mirando, Xcor se dio cuenta de que acababan de invitarlo a comer.

Xcor dejó caer la piel de la manzana sobre la nieve que yacía a sus pies. No cabía duda de que el *dandy* que vivía dentro tendría sirvientes que se encargarían de recogerla, aunque teniendo en cuenta lo alterado que estaba, tal vez él mismo se aventurara a dar un paseo por su elegante jardín y la vería con sus propios ojos.

Las amenazas funcionaban mejor cuando se hacían a varios niveles.

—Ahora me espera el campo de batalla —dijo Xcor, mientras cortaba una sección

de la manzana y enseñaba los colmillos. Luego se llevó el cuchillo a la boca junto con el trozo.

El crujido de sus mandíbulas tuvo el efecto deseado.

—Sí, desde luego, muy cierto —dijo Ichan, y el ritmo de sus palabras recordó a una bailarina girando sobre las puntas y dirigiéndose hacia la orquesta.

¡Qué bonito!

Y luego hubo una pausa, como si Xcor tuviera que responder a la despedida. Al ver que solo levantaba una ceja, los otros dos se desmaterializaron como si tuvieran cada uno una emergencia en su respectiva mansión.

Eran tan irrelevantes estos peones; Xcor ya había acabado con algunos y no cabía duda de que, bien uno, bien los dos que acababan de irse terminarían encontrando la tumba mientras estaban a su servicio.

Dentro de la gran casa, el miembro del Consejo al que habían visitado todavía tenía la cabeza en su sitio, pero no por mucho tiempo. Alguien entró en la habitación y, quienquiera que fuera, era evidentemente alguien a quien el aristócrata no quería perturbar, porque se enderezó enseguida, sonrió y estiró los brazos. Cuando vio a la joven hembra que se le acercaba, Xcor se imaginó que debía de ser la hija.

Era hermosa, es cierto; el dibujo le hacía justicia.

Pero no le llegaba ni a la suela de los zapatos a su Elegida.

Los recuerdos inundaron la cabeza de Xcor. Imágenes de una piel blanca, un pelo rubio y unos ojos que eran capaces de paralizarlo tanto como una bala se enredaron en sus pensamientos hasta que él mismo terminó dando un traspié.

No, por más hermosa y joven que fuera la hija, no era más que un eco lejano de la belleza si se la comparaba con su inalcanzable Elegida.

—Debes parar esto —se dijo en medio de la brisa helada—. No más.

Toda una orden, en efecto, pero de todas maneras le tomó varios minutos calmarse lo suficiente para concentrarse y desmaterializarse desde el jardín.

Un instante después, Xcor se encontraba por fin en su elemento: el callejón que estaba frente a él era una cloaca urbana, la nieve que lo cubría estaba sucia después de que pasaran por allí los innumerables camiones de entrega que surtían la media docena de restaurantes baratos de la zona. A pesar de las ráfagas heladas que soplaban en la época decembrina, el hedor de la carne y las verduras en descomposición era suficiente para irritar las mucosas.

Xcor tomó aire para buscar el asqueroso olor dulzón de su enemigo.

Había nacido deforme y había sido abandonado por la hembra que lo había llevado en su vientre. Criado en el campamento del Sanguinario, lo habían afilado como un cuchillo en medio de aquel foso de agresión y dolor sádico, y así le habían quitado toda debilidad hasta convertirlo en un ser tan letal como una daga.

Su lugar natural era el teatro del combate.

Y no estuvo solo durante mucho tiempo.

Xcor giró la cabeza y apoyó su peso en las piernas. Un grupo de humanos entró

en su campo visual cuando doblaron la esquina. Cuando ellos lo vieron, se detuvieron y dieron marcha atrás.

Xcor entornó los ojos y siguió caminando en dirección opuesta…

—¿Qué cojones estás haciendo? —le gritaron.

Xcor dio media vuelta y observó a los cinco sujetos. Iban vestidos con la ropa que identificaba a los humanos que se sentían más duros: chaquetas de cuero, gorras adornadas con calaveras negras, pañuelos atados al cuello.

Era evidente que querían encontrarse con alguien más.

Pero esa no era la clase de enemigo a la que él quería enfrentarse. Para comenzar, los humanos eran muy inferiores físicamente, era como morder una manzana. En segundo lugar, lo más probable es que llamaran la atención de otros miembros de su especie, ya fuera deliberadamente a través del temido teléfono de emergencias o de forma involuntaria, por el ruido que alertaba a los transeúntes.

—¡Qué cojones estás haciendo!

Si guardaba silencio, tal vez toda la escena se convirtiera en un musical. ¡Qué susto!

—Seguid vuestro camino —les dijo Xcor en voz baja.

—¿Y tú quién cojones eres? ¿Un maldito extranjero?

Xcor no estaba seguro de lo que habían dicho. Su acento era difícil de descifrar. Además, no tenía ningún interés en esforzarse por entenderles…

Pero de pronto apareció un coche de la nada, cuyos neumáticos perdieron tracción cuando el conductor apretó los frenos.

Se oyeron disparos que resonaron en medio de la noche y dispersaron al grupo, entre otros a él.

Lugar y momento equivocados, pensó Xcor cuando sintió que una bala penetraba en su hombro y el dolor subía hasta su cabeza, haciendo que no pudiera desmaterializarse.

No quería participar en la estúpida refriega de aquellas ratas sin cola. Pero parecía que iba a tener que hacerlo.

No estaba dispuesto a morir como resultado de una bala humana.

CAPÍTULO 3



Interestatal 87, más conocida como Carretera del Norte

¡Oh, ese olor a coche nuevo!

Una combinación de tapetes recién salidos de fábrica, aceite todavía viscoso en las bisagras y pegamento que aún se estaba secando.

A Sola Morte le encantaba montar en coches nuevos, motivo por el cual siempre adquiría su Audi A4s mediante *leasing*. Cada tres años tenía uno nuevo; a veces incluso con más frecuencia si había algún programa que le permitiera saltarse uno o dos meses.

Así que, sí, estaba en terreno conocido… excepto por el hecho de estar disfrutando de ese trozo de cielo desde el maletero del coche en el que la habían metido a la fuerza.

No era así como planeaba terminar la noche, pero a veces el libre albedrío está de vacaciones cuando más lo necesitas.

La pregunta ahora era cómo sobrevivir al secuestro y regresar a casa.

Teniendo en cuenta su trabajo como ladrona, estaba acostumbrada a improvisar en situaciones peligrosas. No tenía exactamente las mismas habilidades que MacGyver; no podía construir una pistola automática de nueve milímetros con cinta aislante, un tubo de pasta de dientes, doce centavos y un mechero Bic. Pero sí era lo suficientemente inteligente como para explorar su entorno con las manos, en busca de una llave de ruedas, una caja de herramientas…, una lata de refresco olvidada. Cualquier cosa que pudiera usar como arma.

Cuando la raptaron de su casa, no tenía encima más que la parka que cubría ahora su espalda y la esperanza de que quienquiera que la hubiese capturado la sacara de

allí antes de que su abuela bajara las escaleras y se viera envuelta en todo aquello. Y así fue. La mala noticia era que no llevaba el móvil encima.

Y hasta el momento su búsqueda manual por el maletero no había arrojado ningún resultado.

Tampoco tenía ni idea de hacia dónde la llevaban. Considerando el ruido del chasis y la ausencia de baches, debían de ir por la autopista desde hacía un buen rato.

Joder, le dolía la cabeza.

¿Con qué diablos la habían golpeado? ¿Con un martillo?

Haciendo un esfuerzo por levantar la columna vertebral, Sola tanteó debajo de su espalda, pensando que tal vez estaba acostada sobre el compartimento de la rueda de repuesto… y las herramientas. Pero no sintió ningún corte en el tapete. Tal vez había que levantar la tabla completa. Mierda.

Sola levantó las manos por encima de la cabeza para volver a revisar las paredes y sintió primero el tapete áspero y luego la ondulación del lugar donde iban las ruedas…, enseguida palpó la red que se suponía que mantenía las compras en su lugar…, un trozo de papel doblado que podría haber sido un mapa, un recibo o una lista de las «Diez maneras de torturar a un secuestrado»…

Luego Sola flexionó las rodillas sobre el pecho y se giró en medio de aquel espacio tan diminuto, empujando con las manos y los pies y dejando la cabeza en un ángulo realmente difícil.

—Por Dios… —gruñó, mientras se detenía un segundo para tomar aire—. Desde luego no valgo para el Circo del Sol.

Tras volver a retorcerse, finalmente obtuvo su premio: la capacidad de registrar el lado opuesto…

—Vaya, vaya…

Sola metió los dedos en un hundimiento del tapete y siguió la ranura cuadrada hasta que encontró un pasador a cada lado. Después de quitar la tapa del compartimento, encontró…

¿Una caja de herramientas? ¿Un equipo de primeros auxilios?

¿El billete ganador de la lotería en la forma de una Smith & Wesson cargada?

Mientras exploraba solo mediante el tacto, tratando de descifrar la forma y la textura de lo que estaba dentro, se dio cuenta de lo mucho que apreciaba el sentido de la vista.

—Te tengo —siseó cuando enterró las uñas en la caja y trató de abrirla.

Cuando por fin lo hizo, se dio cuenta de que había un asa sobre la tapa. ¡Qué idiota!

Fue fácil abrir el pasador y dentro…

El cilindro tenía cerca de veinte centímetros de largo y casi cuatro de ancho. En un lado había una tapa con algo rugoso en la parte superior y ¿dentro? ¡Fuegos artificiales!

Esta bengala era su única oportunidad.

Sola apretó la bengala en su puño y se concentró en tratar de adivinar dónde iba a terminar, aparte de en la morgue, desde luego. El problema era que no tenía ni idea de cuánto tiempo de viaje llevaban, pero si la estaban llevando a casa de Benloise, entonces debían de estar cerca de su destino. Porque West Point no estaba tan lejos de Caldie.

Y esto era obra de Benloise.

Era la revancha del narcotraficante por la pequeña incursión que ella había hecho a su casa y por la nueva decoración. Lo cual, a su vez, había sido su forma de mandarlo a la mierda por un problema con un pago.

Y eso había tenido que ver con Assail.

Sola cerró los ojos, aunque no podía ver nada, y pensó en aquel hombre, recordándolo todo: desde ese pelo negro brillante hasta sus ojos profundos y ese cuerpo que habría podido pertenecer a un atleta…, y no a un narcotraficante que probablemente iba a apropiarse de toda la orilla este y convertirla en su territorio.

Durante un instante de locura, Sola acarició la fantasía de que él viniera en su ayuda para sacarla de este lío. Pero, sí, eso sería muy extraño en muchos sentidos: en primer lugar, ella nunca había confiado en nadie antes; y en segundo lugar, todo ese tema de que un hombre fuerte viniera en su rescate bastaba para hacerla vomitar.

Pero esta vez su orgullo tendría que ceder: ella sabía *demasiado* sobre Benloise, de modo que haría falta un milagro para liberarla y Assail era lo más parecido a un milagro que ella había visto. Lástima que no fuera a echarla de menos tan pronto. Solo se conocían porque Benloise la había contratado a ella para espiarlo, aunque no le había pagado todo lo que le había prometido. Pero a Assail no le había gustado que lo espiaran y le había dado un poco de su propia medicina.

Lo cual había llevado… a otras cosas.

Sola sacudió la cabeza hasta que el dolor hizo que el mundo empezara a dar vueltas y recordó todo lo que había sido tan importante antes de que sufriera una emboscada en su propia cocina: el juego del gato y el ratón que habían practicado los dos, la seductora amenaza que él le había lanzado, la carga erótica que había sentido solo por el hecho de estar en presencia de él.

Todo eso había sido tan increíblemente importante.

Pero este nuevo giro del destino lo había borrado todo y ahora se encontraba en modo de supervivencia; y si eso no daba resultado, solo esperaba que su abuela tuviera algo con que sobrevivir.

Porque Sola no quería engañarse. Benloise no iba a ser más suave con ella solo por el hecho de que ella hubiese sido, por un tiempo, casi como una hija para él. Había sido un error presionarlo. Ese temperamento; esa agresividad acabaría con ella.

Dios, su abuela.

Sola sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, lo cual la hizo abrirlos y parpadear rápidamente para evitar ponerse a llorar.

Había habido tantas pérdidas en la vida de su vovó. Demasiados sufrimientos. Y

este probablemente iba a ser el peor de todos.

A menos que Sola lograra liberarse.

Al darse cuenta de que sentimientos demasiado intensos y complicados amenazaban con cortocircuitar su cerebro, Sola luchó por controlarlos… y la solución que se le ocurrió fue toda una sorpresa. Sin embargo, se dejó llevar por el impulso, de la misma forma en que pretendía usar lo que había encontrado en el compartimento del maletero.

Dejó la única arma de que disponía a un lado de su cadera, enlazó las manos sobre el corazón y bajó la cabeza en gesto de oración.

Abrió la boca y esperó a que volvieran a su cerebro pasajes perdidos de su infancia católica y le dijeran a su lengua qué hacer.

Y así fue.

—Dios te salve María, llena eres de gracia…

Las palabras formaron una cadencia, un ritmo similar al de su corazón que la sumergió en el recuerdo de un montón de domingos de su lejano pasado.

Cuando terminó, esperó a sentir algún alivio o fuerza superior o… lo que fuera que se suponía que debías obtener de este antiguo ritual.

Pero nada.

—¡Maldición!

Palabras, solo eran palabras.

La frustración la hizo echar la cabeza hacia atrás, que se golpeó contra el compartimento en un lugar especialmente doloroso.

—¡Mierda!

Era hora de volver a la realidad, se dijo, mientras trataba de frotarse el sitio donde se había golpeado.

¿Conclusión? Nadie iba a venir a salvarla. Como siempre, solo dependía de ella misma, pero ¿y si eso no era suficiente para sacarla de ahí? Entonces tendría que morir de una manera verdaderamente horrible… y su abuela iba a sufrir. Otra vez.

Hablando de oraciones, habría dado cualquier cosa por poder regresar en el tiempo, rebobinar los acontecimientos de la noche y poner en pausa el momento en que había llegado a casa y pasado por alto el extraño coche que estaba estacionado frente a la misma. En su mundo perfecto, ella habría sacado su arma y le habría puesto un silenciador antes de atravesar la puerta principal. Habría matado a los dos hombres y luego habría subido para decirle a su abuela que iba a reacomodar un poco los muebles, tal como ella le había pedido que hiciera hacía una semana.

Al abrigo de la noche, habría llevado al par de hombres hasta el garaje, le habría dado marcha atrás a su coche y los habría metido en el maletero. O… probablemente a uno en el asiento trasero y al otro en el maletero.

Y luego los habría llevado a las afueras de la ciudad. *Bye-bye.*

Después de eso habría hecho las maletas y se habría marchado con su abuela antes de una hora, aunque fuera de madrugada.

Su abuela no habría hecho preguntas. Ella entendía cómo eran las cosas. Una vida dura tenía como resultado una mente práctica.

Y luego hacia el horizonte, por decirlo de alguna manera, para no volver jamás.

Esa sería una película mejor, y tal vez pudiera volverse realidad si Sola lograba tomar el control cuando los gorilas de Benloise apretaran los frenos y finalmente la dejaran salir de allí.

Sola agarró la bengala y comenzó a prepararse. El ángulo que tomaría. La forma en que iba a atacarlos.

Pura paja mental, claro, porque todo dependería de un instante que, en última instancia, era imposible de prever.

Mientras su mente flotaba, Sola redujo el ritmo de la respiración y aguzó los sentidos. Esperar ya no era problema; el tiempo dejaba de tener medida. Los pensamientos ya no eran problema; el agotamiento ya no existía.

Fue cuando se instaló en ese inframundo entre el ahora y el futuro cuando sucedió algo verdaderamente transformador.

Sola vio con claridad meridiana una fotografía de su abuela. Había sido tomada en Brasil cuando tenía 19 años. Su cara era tersa y plena en el mejor de los sentidos, sus ojos reflejaban el brillo de la juventud, y su pelo, largo y suelto, flotaba.

Si en ese momento hubiese sabido lo que le esperaba en la vida adulta, nunca habría sonreído.

Su hijo estaba muerto. Su hija estaba muerta. Su marido estaba muerto. ¿Y su nieta, la única que quedaba?

No, pensó Sola. Esto tenía que terminar bien. Era la única opción.

Esta vez Sola no dijo nada en voz alta, no recordó ninguna frase ni unió las palmas. Tampoco estaba segura de creer en su propia oración más que en las que le habían enseñado. Pero por alguna razón logró inclinar el oído de Dios en su favor:

Te prometo, Señor, que si me sacas de esta dejaré esta vida. Me llevaré a vovó de Caldwell y nunca jamás me volveré a poner en peligro, ni a robarle a nadie, ni a cometer ningún crimen. Te hago esa solemne promesa, por el corazón de mi vovó.

—Amén —susurró al final.

El Iron Mask, Caldwell, Nueva York

—¡Ah, por Dios, ah, por Dios, ah…!

Mientras sostenía a la universitaria rubia, agarrándola bien de la parte posterior de las piernas, Trez se sentía tentado de dejarla caer como si fuera un pastelillo. El sexo no estaba mal, pero era tan poco emocionante como comer *pizza* fría, aunque tuviera buen sabor.

Pero, claro, no era una Bella Napoli de la Séptima Avenida de Manhattan.

Y toda esa alharaca sobre Dios no hacía más que acabar de empeorar las cosas. Y

no porque Trez fuera religioso como los humanos, o porque estuviera celoso de que ella estuviera pasándolo bomba mientras él estaba pensando en *pizza*. La verdad es que todo el numerito de los gritos y esos movimientos de cabeza que no hacían más que fustigarle la cara con las extensiones de pelo ya lo estaban poniendo nervioso.

Así que cerró los ojos y trató de concentrarse en la sensación de su polla entrando y saliendo de aquella tía. La mujer tenía una tetas enormes y postizas, tan duras que parecían balones de baloncesto, y cierto meneo en el vientre, pero Trez no podía decidir qué era peor: si el hecho de que él no se sintiera atraído hacia ella en lo más mínimo; que se la estuviera follando en el baño de su propio club, de modo que sus empleados lo iban a pillar saliendo de allí avergonzado; o la posibilidad, aunque remota, de que su hermano se enterara de esto a través de un chisme.

Mierda, iAm. El macho tenía una mirada tan penetrante que podía hacer que un jugador de fútbol americano listo para derribar a su contrincante se sintiera como si tuviera el culo al aire.

Eso no era lo que Trez estaba buscando.

—… Dios, ay, por Dios, ay…

Joder, si al menos pudiera intercalarlo con un Jesús, o algo.

—¡AyporDiosAyporDiosAyporDios…!

Finalmente Trez decidió librarse de aquella tortura y le acarició el clítoris con la mano para hacerla cruzar el umbral, justo antes de que su erección se desinflara por completo y saliera huyendo de allí.

Después de depositarla de nuevo en el suelo, Trez tuvo que sostenerla porque sus rodillas se doblaron.

—Ay…, por Dios…, eres asombroso…, eres…

Ajá, sí, gracias, cariño. Lo único que a Trez le importaba ahora era cuánto tiempo le tomaría vestirse a aquella tía.

—Tú también, nena.

Trez se inclinó hacia un lado y recogió… ¿Acaso esto que parecía un sujetador era lo que ella usaba de camisa? ¿O sería esto un tanga?

—Ay, todavía no necesito mis leggins… ¿o sí?

¿Se ponía eso en las piernas? pensó Trez cuando levantó aquella tira de tela negra. Era difícil imaginar que eso le cubriera más que una mano, o tal vez uno de aquellos senos del tamaño de ensaladeras.

¿Quién le había quitado esas seudomedias? Él no, no creía haberlo hecho, pero tampoco podía recordarlo y no porque estuviera borracho. Toda esta sesión, al igual que las de los últimos años de su vida amorosa, no solo no era nada memorable, sino que lo mejor sería olvidarla deliberadamente.

Entonces, ¿por qué insistía en repetir la misma mierda una y otra vez?

Bueno, no había razón para sonar como iAm. Su hermano era más que capaz de echarle esa diatriba todas las malditas veces que estaban juntos.

—Papi, te quiero —dijo la tía, mientras se agarraba de los bíceps de Trez y se

colgaba de él como si fuera un poste—. Esto me encanta.

—A mí también.

—¿Tú me quieres?

—Para siempre. —Trez miró hacia la puerta y deseó haber pensado en pedirle a alguien que viniera a golpearla—. Dame tu teléfono, ¿vale? Porque tengo que volver al trabajo.

Ahí la tía hizo el puchero de rigor y Trez sintió deseos de sacar sus colmillos y tumbar la pared a dentelladas para escapar de allí.

—Podríamos hacerlo otra vez —dijo ella, al tiempo que se ponía de puntillas para tratar de acariciarle el cuello con la nariz.

Cariño, si casi no pude hacerlo la primera…, pensó. Una repetición es anatómicamente imposible.

—Por favooooooor, papi… —Más caricias con la nariz. Luego se echó hacia atrás —. ¿Sí?

Trez abrió la boca, mientras sentía cómo la frustración afilaba su temperamento y su lengua…

Solo que, cuando la miró a los ojos, vio en ellos una emoción sincera que casi le hizo retroceder. Hablando de espejos…, sintió como si se estuviera mirando a sí mismo: triste. Vacío. Desarraigado.

Ella era media mujer.

Y él era medio macho.

Solo a ese nivel eran una pareja perfecta, dos pobres desgraciados que mendigaban sexo para tratar de conectar con los demás de una forma que solo garantizaba la continuación de su soledad.

—¿Por favor…? —suplicó ella de nuevo, como si se estuviera preparando para un fracaso más de una larga lista.

Mientras la observaba desde arriba, Trez se dio cuenta de que la había clasificado por su apariencia, pero como sucedía con todos los desconocidos, había una historia detrás del hecho de que ella hubiese terminado en un baño, fingiendo estar enamorada de un hombre que ni siquiera era un hombre.

Joder, ni siquiera era un vampiro normal.

Trez le acarició la mejilla con los nudillos y, cuando ella frotó la cara contra su mano, le susurró:

—Cierra los ojos…

Entonces se oyó un golpe en la puerta y, considerando la fuerza y la contundencia, Trez pensó que no era necesario que volvieran a golpear.

—¿Jefe? Tenemos problemas —se oyó que alguien decía a través de la puerta.

Era la voz del Gran Rob. Así que se trataba de un problema de seguridad y, si el guardia no había ido a buscar a Xhex, lo más probable es que ella no estuviera por alguna razón…, o quizás había sido la misma Xhex quien había pedido que buscaran a Trez.

La rubia levantó sus pestañas postizas, pero Trez no quería eso.

—Dame un segundo, G. R.

—Entendido, jefe.

—Cierra los ojos —volvió a decir Trez. Cuando la rubia obedeció, él se tranquilizó y dejó que el estruendo de la música del club se desvaneciera, al igual que el olor del pesado perfume que la tía llevaba puesto, y el dolor que tenía clavado en el pecho… Bueno, ese se quedó justo donde estaba, pero el resto de la realidad pareció asumir un perfil bajo.

Entonces Trez penetró en la mente de la rubia e hizo lo que su hermano le había pedido que hiciera: a diferencia de lo que había hecho con muchas de estas mujeres, esta vez Trez se tomó el tiempo de borrar de la memoria de la rubia el recuerdo de que habían estado juntos, desde la charla intrascendente que ella había comenzado junto al bar hasta el momento en que él la había traído aquí y la experiencia religiosa que acababa de tener.

iAm tenía razón. Si Trez hubiese tenido el cuidado de hacer esto las otras veces, no se habría metido en el lío que tenía ahora con esa otra tía. Y él y su hermano no habrían terminado teniendo que mudarse a la mansión de la Hermandad. Y esa hembra, Selena, no lo habría embelesado todavía más…

Volviendo a concentrarse en la rubia, Trez decidió no quedarse solo con la rutina de limpieza y borrado, y en lugar de dejar esos veintitantos minutos como un espacio en blanco, le inoculó a la rubia la fantasía que estaba persiguiendo: que había conocido a un tío que no le quitaba los ojos de encima y que habían tenido el sexo de su vida cinco veces en ese baño, antes de que ella decidiera que era demasiado buena para él.

Lo cual, en este nuevo marco mental, sería algo que iba a hacer con frecuencia.

Por último le introdujo la idea de que debería vestirse y volverse a maquillar. Y como regalo de último minuto, le agregó que iba a tener el mejor año —no, la mejor década— de su vida.

Trez salió del baño un momento después, con la bragueta subida, la camisa remetida y una máscara de que todo estaba en orden. El Gran Rob se paseaba entre las sombras con la discreción que puede tener un tío del tamaño de una montaña.

Cuando llegó donde su amigo, Trez cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó contra la pared forrada en tela. Por lo general no hablaban de trabajo en las instalaciones mismas del club, pero la música estaba lo suficientemente fuerte, y la concurrencia, tan absorta en sí misma como los borrachos y los desesperados. Por último, pero no por ello menos importante, Trez se sentía obligado a vigilar a la rubia y asegurarse de que nadie trataba de entrar ahí antes de que ella saliera.

Además, suponía que quería confirmar que la había dejado en mejor estado del que la había encontrado.

Al menos uno de ellos podía mejorar.

—¿Y entonces? —Trez escudriñó el espacio depresivo y en penumbra del club,

pues estar alerta no era algo que hacía solo por instinto sino también por oficio: las Sombras tendían a ser guardias de vigilancia, pero después de trabajar con Rehv, y ahora como jefe de este antro de excesos, su misión principal era precisamente esa.

El Gran Rob hizo chascar sus nudillos.

—Hace como una hora Alex interrumpió una discusión entre dos clientes no habituales. Los expulsamos a los dos, pero el agresor regresó y está dando vueltas delante del club.

En ese momento la rubia salió del baño, con la ropa en su sitio, el maquillaje retocado y el pelo echado hacia atrás, pero lo más importante era que llevaba la cabeza alta, con los ojos tranquilos y centrados, y una sonrisa secreta en los labios que hacía que su apariencia, habitualmente del montón, se volviera un territorio mucho más atractivo.

Mientras caminaba entre la multitud, los ojos del Gran Rob la siguieron, al igual que los de muchos otros hombres. Pero a ella no pareció importarle, pues solo necesitaba la compañía de su propia seguridad en sí misma.

Trez se frotó el pecho y deseó poder repararse y darle la vuelta a su vida con la misma facilidad. Pero, claro, toda la autosuperación del mundo no iba a cambiar el hecho de que los s'Hisbe lo querían de regreso, como semental, para el resto de su vida.

—¿Jefe?

—Perdón, ¿qué?

—¿Quieres que hagamos desaparecer a ese tío?

Trez se restregó la cara.

—No, iré a hablar con él. ¿Cómo es?

—Chico blanco, ropa negra, pelo a lo Keith Richards.

—Eso sí que reduce las posibilidades —murmuró Trez.

—Lo encontrarás justo delante del club. No está en la cola.

Trez asintió con la cabeza y rodeó a la multitud en dirección a la puerta. Mientras caminaba miraba a todo el mundo, buscando inconscientemente señales de conflicto que pudieran escalar desde un insulto hasta un golpe.

Hasta los góticos se podían poner agresivos con suficiente alcohol.

A medio camino de la salida, a Trez le pareció ver el reflejo de algo metálico a mano derecha, pero cuando se detuvo y escudriñó con sus otros sentidos, no pudo encontrar nada. Así que reanudó la marcha, salió del club, le hizo una seña a Iván, el nuevo que estaba cuidando la entrada, y caminó a lo largo de la cola, que estaba llena de los sospechosos habituales.

Aunque no como en la película de Kevin Spacey, claro. Y, lástima, porque le encantaba esa película.

Ninguno de los que estaba en la acera se ajustaba a la descripción del Gran Rob.

Trez supuso que quienquiera que fuera, ya debía de haberse ido.

Cuando dio media vuelta hacia la puerta, quedó deslumbrado por los faros de un

coche y el dolor lo hizo portarse como un vampiro y alejarse de la luz. Después de parpadear un poco para superar el efecto cegador, logró llegar al principio de la cola y…

—Joder… ¡ese tío no es de aquí! ¡No lo dejes entrar!

Al darse cuenta de que él era el tema de discusión, Trez se detuvo y miró por encima del hombro. El bocazas medía cerca de 1,75 m y pesaba alrededor de 60 kilos… y no era una chica. Evidentemente el imbécil sufría del síndrome del matón y sus ojillos brillaron al observar fijamente a Trez, mientras respiraba pesadamente.

Probablemente había jugado muchos videojuegos de guerra y eso lo hacía olvidar que, si quieres ser un bocazas intolerante, es mejor tener con qué respaldar esa actitud.

Trez se inclinó sobre el tío y esperó un momento para darle tiempo de digerir la diferencia de tamaños… y fíjate que el idiota cerró la boca y se quedó por fin callado.

—Soy el dueño —le dijo Trez en voz baja—. Así que la pregunta es por qué cojones debería yo dejarte entrar a ti. —Luego Trez miró a Iván y agregó—: Ese tío no es bienvenido aquí. Nunca.

Trez oyó que decían algo, pero él ya había terminado. Como la Sombra que era, estaba acostumbrado a que lo miraran; los vampiros normales no sabían qué hacer con los de su raza y, francamente, a él tampoco le importaban un bledo. De hecho, lo habían educado en la creencia de que las dos razas no debían mezclarse; al menos hasta que Rehvenge entró en juego y los ayudó a él y a su hermano en el exilio. Al principio le tenía desconfianza al vampiro, hasta que reconoció que Rehv era igual que ellos: un extranjero en un club cerrado de tíos por los que no sentía ningún respeto.

Ah, y en cuanto al mundo humano, todos asumían que era negro y le atribuían sus propias asociaciones raciales, buenas o malas, a eso. Pero ahí estaba la ironía. Trez no era «africano» ni «americano», así que ninguna de esas clasificaciones de mierda podía aplicársele a él, a pesar de que su piel fuera oscura.

Pero así eran los humanos, tan obsesionados con ellos mismos que se creían el centro de todas las situaciones. Entretanto, había especies enteras que caminaban entre ellos, sin que ellos se dieran cuenta.

Aunque…, una vez dicho esto…, si algún imbécil desorientado trataba de discriminarlo por el color de su piel en su propia casa, entonces el idiota podía irse a tomar por culo.

De regreso en el club, las luces y el ruido lo golpearon como si fueran una pared de ladrillo y Trez tuvo que hacer un esfuerzo para seguir caminando. Los reflejos eran demasiado brillantes y el sonido era peor, rebotando dentro de su cráneo hasta que lo que fuera que estaba sonando se convirtió en un estruendo ininteligible.

¿En qué diablos estarían pensando sus empleados? ¿Quién les habría dicho que podían subir tanto el volumen…?

Ay…, mierda.

Trez se frotó los ojos, parpadeó un par de veces y…, sí, ahí estaba, en el cuadrante indicado: una fila de líneas irregulares que vibraban como la luz del sol a través de trozos de vidrio.

—Joder…

Por cortesía de la sesión de sexo en el baño, la rubia había conseguido un nuevo esquema mental y él estaba a punto de disfrutar de ocho a diez horas de vómito, diarrea y un horrible dolor de cabeza.

Como todas las personas que sufrían de migraña, Trez miró su reloj. Tenía cerca de veinte minutos antes de que empezaran los fuegos artificiales y no podía permitirse el lujo de desperdiciarlos.

Así que caminó más rápido y se abrió camino entre la maraña de cuerpos, mientras saludaba a sus empleadas y los de seguridad como si todo estuviera bien. Luego se dirigió a la zona de personal, en la parte trasera, entró a su oficina por su chaqueta de cuero y las llaves, y salió al aparcamiento. Su BMW estaba esperándolo y, cuando se montó, se puso el cinturón de seguridad y aceleró, pensando que ojalá viviera todavía en el Commodore, porque así podría haberle pedido a uno de sus gorilas que lo llevara.

Pero ahora que estaban viviendo en la mansión de la Hermandad, los conductores desconocidos no eran una opción.

Por supuesto, podría llamar a su hermano. Pero iAm lo castigaría con el silencio todo el camino y Trez no tenía necesidad de someterse a semejante ruido. iAm era la única persona que él conocía que podía hacer que su silencio resultara más insoportable de oír que un avión despegando.

Al oír el timbre del móvil, Trez pensó que sería mejor llamar a la oficina y avisarle a la gente del trabajo de que ya se había ido.

Así que sacó el móvil, miró la…

—Genial.

Pero Trez no podía mandar a iAm al buzón, de modo que deslizó el pulgar por la pantalla y se llevó el móvil al oído, a pesar de que eso estaba prohibido en el estado de Nueva York.

Su hermano ni siquiera le dio la oportunidad de decir «hola».

—Tienes una migraña.

—No sabía que fueras adivino.

—No lo soy. Simplemente estaba llegando cuando tú saliste. Estoy justo detrás de ti y solo hay una razón para que conduzcas así a la una de la mañana.

Trez miró hacia el espejo retrovisor y se sintió orgulloso de sí mismo: si ladeaba la cabeza de cierta manera, podía llegar a ver con claridad los dos faros del coche de su hermano.

—Para el coche.

—Pero yo…

—Para el coche ya. Volveré a buscarlo cuando te deje en casa.

Trez siguió conduciendo, en dirección al norte, pensando que podía hacerlo.

Buen plan. Al menos hasta que un coche se acercó en sentido opuesto y, a medida que se aproximaba, él quedó totalmente ciego y no tuvo otra opción que soltar el acelerador. Después de parpadear un poco, tenía la intención de volver a pisarle y seguir, pero la realidad se impuso: se le estaba acabando el tiempo y no solo en cuanto a la migraña.

Los s'Hisbe solo iban a intensificar su guerra para devolverlo a su territorio y solo Dios sabía cuál sería su siguiente movimiento. Así que lo único que no necesitaba esta situación era que iAm viera cómo su hermano moría frente a sus ojos.

Trez ya le había hecho mucho daño.

Y verlo convertido en una bola de fuego *no* era una buena adición a esa cuenta.

Así que Trez se dio por vencido, se desvió hacia el arcén, pisó el freno y apoyó la frente contra el volante. Aunque cerró los ojos, la luz siguió su camino, dispersándose por todas partes y preparándose para llegar al siguiente nivel. Cuando desapareciera, empezaría la fiesta.

Mientras esperaba a que iAm se detuviera junto a él, Trez pensó en lo irónico que era el hecho de que, a veces, hacer lo correcto era como fracasar totalmente.

CAPÍTULO 4



Muy bien, ¿qué tenemos aquí?

La pregunta debería ser, más bien, qué no tenían, pensó Beth mientras observaba el interior de la balda del congelador dedicada exclusivamente a los helados.

Resulta que a las embarazadas les gustaban las cosas dulces y frías. Bueno, a la Elegida embarazada, Layla, le gustaban, y Beth le había llevado lo mismo todas las noches durante los últimos… ¿Cuánto hacía que había tenido lugar su periodo de fertilidad?

Dios, el tiempo volaba.

Y mientras contaba los días, Beth era muy consciente de que no estaba pensando en los progresos de Layla. Lo que en realidad estaba calculando era cuántas horas había pasado en esa habitación, sentada junto a Layla…, esperando que, por una vez en la vida, se hiciera realidad una vieja superstición.

Beth no subía a esa habitación solo para ser amable o una buena amiga.

No. Aunque la razón por la cual Beth pensaba que Wrath y ella necesitaban tener un bebé en medio de todo aquel caos era un verdadero misterio. Sin embargo, de alguna manera la Madre Naturaleza la había arrinconado para que tomara esa decisión y ya no había marcha atrás ni forma de disuadirla para que cambiara de opinión.

Aunque eso no necesariamente significaba que Beth hubiese hablado del asunto con Wrath en los últimos tiempos. Como si él no tuviera ya suficiente. Pero, vamos, si hubiese alguna manera de acelerar la llegada de su periodo de fertilidad…

Ella solo quería tener un pedazo de Wrath y de ella, y cuanto más peligrosas se ponían las cosas con la Pandilla de Bastardos, más desesperado se volvía su deseo.

En cierta forma, esa era la más triste comprobación del estado en que se encontraban las cosas.

Si la Pandilla de Bastardos lograba asesinar a Wrath, al menos así sobreviviría algo de él…

El dolor que sintió al pensar en eso fue tan grande que Beth se recostó contra el congelador y pasó un rato antes de que pudiera volver a concentrarse en el inmenso surtido de Breyers, Ben & Jerry's, Häagen-Dazs y Klondikes.

Mejor preocuparse por qué helado le apetecía esta noche. Layla siempre pedía vainilla, era el único que no devolvía. Pero Beth permanecía abierta a la variedad y, gracias al famoso apetito de Rhage, había como un millón de millones de posibilidades.

Mientras revisaba las tarrinas en busca de inspiración, la asaltó un recuerdo de su infancia, un eco de los días en que cogía uno de esos dólares que se había ganado con mucho esfuerzo, caminaba casi un kilómetro hasta la tienda de Mac y pasaba veinte minutos comiéndose la misma copa de helado Hershey's Dixie que siempre pedía. Curioso, todavía podía recordar cómo el lugar olía a esos pastelillos que Mac preparaba con sus propias manos. Y la caja registradora, aquella tan vieja y de manivela.

Cuando terminaba, Mac siempre le daba una cuchara de plástico rojo, una servilleta y una sonrisa, junto con sus veintiséis centavos de cambio.

Él era muy amable con los huérfanos que vivían en Nuestra Señora. Pero, claro, mucha gente lo fue con ella y los otros niños abandonados y señalados por la mala suerte.

—Helado de menta con chips de chocolate —decidió, mientras estiraba el brazo para agarrar una tarrina del fondo.

Cuando sintió el aire frío contra la cara, hizo una pausa para disfrutar de él.

—Ah, sí…

Aunque estaban a mitad de diciembre, se sorprendió deseando sentir un poco de frío, con la piel de gallina, los poros de la cara cerrados y las mucosas nasales irritadas por la sequedad.

Y supuso que todo ese sexo todavía la tenía ardiendo.

Beth cerró los ojos y se acordó de la forma en que Wrath la había tumbado en el suelo y le había quitado la ropa. Qué delicia. Eso era lo que necesitaban.

Aunque Beth odiaba lo que sentía ahora.

Wrath estaba tan horriblemente lejos, aunque su cuerpo estuviera arriba, en su estudio.

Quizás esa era otra razón por la cual quería un hijo.

Concentración, concentración.

—Vainilla, vainilla… ¿dónde estás?

Al ver que no había helado de vainilla, Beth tuvo que conformarse con una tarrina de dos litros de una mezcla de vainilla con fresas y chocolate. Pero no era un gran problema. Con la extracción quirúrgica apropiada, podría rescatar la vainilla sin contaminar la copa de Layla con ningún material ofensivo.

Al salir de la despensa y entrar a la cocina propiamente dicha, el dulce olor de la cebolla sofrita con champiñones, albahaca y orégano fue como aspirar un trozo de cielo. Pero esa maravilla no estaba destinada a la Última Comida y no era un doggen quien la estaba preparando.

No. Era iAm… otra vez. Lo cual, considerando que parecía cocinar cuando estaba estresado, sugería que la vida de alguien más se había ido por el retrete.

La Sombra y su hermano eran las adiciones más recientes a la casa de la Hermandad y, como propietario y chef jefe del restaurante Salvatore's, que formaba parte de la ultravieja escuela, iAm tenía más que demostrada su habilidad con las chuletas con *linguine*. Aunque eso no quería decir que Fritz aprobara que el tío usara todas esas ollas de muchos litros: como siempre, el mayordomo merodeaba en la periferia, sufriendo al ver que uno de los invitados de la casa estaba cocinando.

—Eso huele delicioso —dijo Beth, al tiempo que dejaba las tarrinas de helado sobre la enorme encimera de granito.

Beth no tuvo tiempo de ir a buscar las copas y las cucharas, pues Fritz entró enseguida en acción, abriendo armarios y cajones, y a ella le faltó coraje para decirle que podía hacerlo sola.

—Entonces, ¿qué estás preparando esta vez? —le preguntó a la Sombra.

—Boloñesa. —iAm abrió un frasco de especias; parecía saber la cantidad exacta que debía agregar sin tener que usar una cuchara medidora.

Cuando sus ojos se cruzaron con los ojos negros almendrados de iAm, Beth se subió el cuello del jersey para esconder las marcas de mordiscos en su cuello. Aunque a él no pareció importarle.

—¿Dónde está tu hermano?

—Arriba —respondió iAm de forma seca.

Ah. Asunto zanjado.

—Bueno, supongo que te veré en la Última Comida.

—Tengo una reunión, pero vosotros cenaréis cordero, o por lo menos eso es lo que he oído.

—Ah, pensé que estabas cocinando para…

—Esto es terapia —dijo iAm, mientras golpeaba la cuchara de madera sobre el borde de la olla para limpiarla—. Es la única razón por la cual Fritz me deja usar la cocina.

Beth bajó la voz.

—Pensé que tenías poderes especiales sobre él.

—Créeme, si los tuviera, los usaría. —iAm apagó el fuego—. Ahora perdóname. Tengo que ir a ver a Trez.

—¿Está herido?

—Se podría decir que sí. —iAm hizo una pequeña venia y salió de la cocina—. Hasta pronto.

Cuando salió, el aire de la cocina pareció cambiar, como si las moléculas se

hubiesen tranquilizado, después de que su mal humor las hubiese electrificado por un rato. Raro. Pero a Beth le agradaban iAm y su hermano: otro par de asesinos entrenados en la casa no era nada malo.

—Señora, creo que tengo todo lo que Su Majestad necesita. —El mayordomo le presentó a Beth una bandeja de plata con todos los accesorios para darse un banquete de Breyer's—. Su Majestad y la Elegida.

—Ay, Fritz, muchas gracias, pero la verdad es que solo necesito una copa. Yo me voy a comer el mío directamente de la tarrina, a pesar de lo ordinario que suena. Pero sí me vendría bien una… ¡gracias! —Beth sonrió cuando el mayordomo le alcanzó una cuchara—. ¿Acaso lees la mente?

El doggen se ruborizó y su cara, curtida y arrugada, se contrajo en una sonrisa.

—No, mi señora. Pero ocasionalmente logro adivinar con acierto.

Beth quitó enseguida la tapa de la tarrina de tres sabores, metió la cuchara y empezó a sacar cuidadosamente solo la vainilla.

—Sigue así.

Al ver que el mayordomo se sonrojaba y bajaba los ojos todavía más, Beth tuvo deseos de darle un abrazo. Pero la última vez que había hecho eso, Fritz casi se desmaya porque le pareció una herejía. Los doggen vivían según un estricto código de comportamiento y aunque su mayor deseo era servir bien a sus amos, simplemente no podían tolerar que los elogiaran.

E iAm ya había estresado suficientemente al pobre viejo.

—¿Estáis segura de que no queréis que os sirva? —preguntó el mayordomo con tono ansioso.

—Tú sabes lo mucho que me gusta hacerlo yo misma.

—Entonces, ¿puedo subiros la bandeja?

—No, ya lo hago yo. —Cuando Fritz parecía a punto de explotar, Beth terminó de llenar la copa de Layla y dijo—: ¿Tendrías la amabilidad de guardar el helado?

—Sí, será un placer, Majestad. Y la cuchara. Yo me encargaré de todo.

Cuando Fritz se marchó con todo como un ladrón de bancos con su botín, Beth sacudió la cabeza, agarró la bandeja y salió al comedor. Al llegar al vestíbulo, tuvo que hacer una pausa para contemplar el espectáculo. Aunque había visto aquel lugar todas las noches de los últimos dos años, era un espacio tan magnífico que Beth todavía sentía como si estuviera entrando a otro mundo: desde las paredes recubiertas con pan de oro hasta el colorido suelo de mosaico, desde el mural del techo altísimo hasta las columnas de mármol y malaquita, parecía un sitio mágico.

Un palacio de reyes.

De hecho, toda la mansión era una obra de arte y cada espacio de la casa, con distintos estilos y tonos llevados a la perfección, ostentaba un lujo que inspiraba reverencia.

Ciertamente Beth nunca había vivido así antes de que Wrath llegara a su vida. Ni había imaginado hacerlo. Por Dios, todavía recordaba cuando los dos se habían

mudado allí. Habían recorrido todas las alas de la casa tomados de la mano, desde el sótano lleno de catacumbas hasta el ático lleno de vigas. ¿Cuántas habitaciones había? Ella había perdido la cuenta al llegar a cincuenta.

Qué locura.

Y pensar que la casa no era lo único que ella había heredado de su padre. Dinero…, también había mucho dinero.

Había tanto que, a pesar de que le había dado la mitad a John Matthew después de que se descubriera que él era su medio hermano, no se había notado ninguna disminución en la fortuna.

Una locura absoluta.

Beth atravesó el mosaico de un manzano florecido que adornaba el suelo, tomó las escaleras cubiertas por una magnífica alfombra roja y se dirigió al segundo piso. Después de haber sido huérfana toda su vida, había sido todo un *shock* enterarse de que su padre sabía de ella, de que siempre la había estado vigilando y se había ocupado de que tuviera con qué vivir. Pero por todo lo que había oído, Darius había sido así: un cumplidor del deber.

Dios, cuánto le gustaría haberlo conocido.

En especial ahora.

Al llegar a lo alto de las escaleras, Beth encontró abiertas las puertas del estudio y a su hombre sentado en el lugar que tanto odiaba: encorvado sobre montañas de documentos en Braille, tapando con sus inmensos hombros la mayor parte del trono tallado, mientras sus talentosos dedos recorrían línea tras línea, con el ceño fruncido detrás de las gafas de sol…

Tanto Wrath como George, su amado perro guía, levantaron la cabeza tan pronto sintieron el olor de Beth.

—Leelan —dijo Wrath con una exhalación.

El golden retriever saltó enseguida del lugar donde estaba acostado, agitando la cola y apretando los carrillos en una especie de sonrisa que lo hizo estornudar.

Ella era la única persona a la que le hacía eso, pero a pesar de lo mucho que parecía quererla, el perro nunca se apartaba del lado de Wrath.

Beth puso la bandeja con el helado en una mesita del pasillo, entró y saludó a Saxton, que se encontraba en su lugar acostumbrado, sentado en uno de los sofás franceses forrados en seda de color azul pálido.

—¿Cómo se encuentran los hombres más trabajadores del planeta?

El abogado especializado en las Leyes Antiguas se puso de pie, haciendo a un lado su propia montaña de papeles, y le hizo una venia, mientras que su fino traje confeccionado a la medida seguía sus movimientos como si fuese su propia piel.

—Te veo muy bien.

Sí, bueno, nada como un poquito de amor.

—Gracias. —Beth rodeó el enorme escritorio y tomó la cara de su esposo entre sus manos—. Hola.

—Me alegra tanto que estés aquí —dijo él entre dientes, como si hiciera años que no se veían.

Beth se inclinó para besarlo en la boca y, aunque no podía ver sus ojos tras las gafas de sol, sabía que Wrath los había cerrado.

Y luego tenía que saludar al perro.

—¿Y tú cómo estás, George? —Beth también le dio un beso al perro—: ¿Estás cuidando de tu rey?

Los resoplidos y el golpeteo de la cola del perro contra el trono le parecieron a Beth el «sí» más claro que había oído en su vida.

—¿Y en qué estáis trabajando, chicos? —preguntó Beth, mientras Wrath la sentaba sobre sus piernas y le acariciaba la espalda.

Era tan extraño. Antes de conocerlo, detestaba las caricias y todas las tonterías melosas que hacían las parejas. Fíjate cómo cambian las cosas.

—Peticiones —dijo Wrath; es decir: mierdas con las que preferiría encender la chimenea.

—Y todavía nos quedan otras dos docenas. —Saxton estiró el brazo derecho como si le hubiese dado un calambre—. Y luego tenemos unas mediaciones en conflictos y los anuncios de nacimientos y defunciones.

Wrath dejó caer la cabeza hacia atrás.

—No dejo de pensar en que debe de haber una manera mejor de hacer esto. Detesto tenerte convertido en un secretario, Saxton.

El macho se encogió de hombros.

—No me molesta. Con tal de que el trabajo se haga.

—A propósito, ¿qué es lo siguiente?

Saxton sacó una hoja de papel de una gruesa carpeta.

—Bueno. Este caballero desea desposar a otra shellan…

Beth entornó los ojos.

—¿Qué? ¿Como *Sister Wives* en versión vampira?

—Es legal. —Saxton sacudió la cabeza—. Aunque, francamente, siendo gay, no entiendo por qué alguien quiere tener una y mucho menos varias… Ah, excepto por ti, mi querida reina. Por ti valdría la pena hacer una excepción.

—Cuidado, abogado —gruñó Wrath.

—Es una broma —se rio el abogado.

Beth sonrió al ver lo cómodos que se sentían el uno con el otro.

—Entonces, ¿eso de tener dos esposas es común?

Saxton levantó un solo hombro.

—Solía verse con más frecuencia cuando la población era más grande. Ahora tenemos menos de todo: apareamientos, nacimientos, muertes.

Wrath le dijo a Beth al oído:

—¿Podrías quedarte y acompañarme durante el descanso?

Un movimiento de sus caderas sugería que su mente estaba pensando en un

descanso horizontal. O vertical, Dios sabía que tenía fuerza suficiente para mantenerla levantada durante el tiempo que quisiera.

Al sentir que su cuerpo empezaba a calentarse… Beth pensó en el helado que había dejado en el pasillo.

—¿Puedes esperarme una hora? Tengo que…

Un golpe fuerte en el rellano del segundo piso hizo que todos se giraran.

—¿Qué diablos ha sido eso? —gritó Wrath.

‡ ‡ ‡

En el centro, en el callejón, Xcor se acurrucó y cubrió su herida de bala, mientras los disparos zumbaban a su alrededor y un chirrido de neumáticos anunciaba la llegada de más miembros de la banda de matones.

Necesitaba ponerse a cubierto, ya. A estos humanos no les interesaba él, pero su tiroteo era tan intenso como un diluvio y tan impredecible e indiscriminado como una estampida de búfalos.

Cuando Xcor dio un salto hacia atrás y apoyó el cuerpo contra el edificio, sintió un dolor horrible en el hombro. Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Miró a derecha… e izquierda…

Lo único que vio fue una puerta que estaba a unos tres metros, así que se tumbó en el suelo y fue rodando hasta allá mientras sacaba su arma. Después de dispararle dos veces a la cerradura de acero, abrió la puerta de una patada y se sumergió en la oscuridad que se abrió frente a él.

El aire dentro tenía un olor fétido… y dulce.

Asquerosamente dulce. Como el de la muerte.

A rancio…, como el olor de un restrictor.

Cuando cerró la puerta, Xcor siguió oyendo los tiros y pensó que las sirenas de la policía no deberían tardar mucho. La pregunta era cuántos muertos había, cuántos heridos, y si alguna de esas ratas sin cola podría encontrar el camino hasta allí.

Pero todas esas estúpidas preguntas tendrían que esperar hasta que él descubriera por qué ese lugar olía a lo que olían sus enemigos.

Xcor sacó su linterna y alumbró a su alrededor desde la posición en la que se encontraba sobre el suelo. Evidentemente se trataba de una cocina industrial que había sido abandonada, pues el extractor estaba lleno de telarañas, el polvo cubría completamente las estanterías que colgaban encima de las encimeras y el suelo estaba lleno de desechos que hablaban de una apresurada mudanza.

Tras ponerse de pie, Xcor fue moviendo la luz en círculos cada vez más grandes. Baldes desocupados que alguna vez habían contenido salsas y yogures en cantidades industriales se amontonaban sobre la estación de preparación y tubos sin tapa todavía llenos de mostaza y salsa de tomate revelaban un contenido que se había vuelto sólido, mucho después de descomponerse. Más allá, una fila de bandejas junto a una

oxidada lavadora industrial de platos contenía alguna que otra cuchara o tenedor y un grupo de copas opacas y medio rotas parecían esperar a que un fantasma las empujara hacia la máquina.

Mientras pisaba los restos de una vajilla blanca, Xcor siguió el olor que había llamado su atención.

La Sociedad Restrictiva se componía de humanos reclutados para su guerra contra los vampiros, piltrafas que el Omega rescataba de su lamentable estado. Lo malo era que dicha transformación les dejaba un aroma permanente que estaba entre el olor que coge la carne de venado después de dos días muerto el animal y el de la leche en descomposición.

Siempre podías encontrar al enemigo guiándote solo por el olfato…

La cámara frigorífica donde se guardaba la carne estaba en la esquina del fondo, tenía la puerta maciza entreabierta y en el interior la oscuridad parecía total.

Cuando Xcor estiró la mano para agarrar el asa, su piel brilló como la de un fantasma con la luz de la linterna y luego el chirrido de la puerta le dejó zumbando los oídos. Un ruido de patas diminutas que corrían a toda velocidad por el suelo le indicó que su llegada había provocado una estampida de ratas de verdad y Xcor las sintió pasar por encima de sus botas de combate.

El hedor era tan fuerte que sus ojos se aguaron.

El rayo de luz penetró primero.

Y ahí estaba.

Colgado del centro del congelador, suspendido de un gancho que le atravesaba la nuca, un macho humano parecía representar una excelente imitación de un bovino muerto.

A juzgar por los pantalones y la chaqueta de cuero, Xcor supuso que se trataba de un macho, pues la identificación facial era imposible: las ratas se lo estaban comiendo de arriba abajo y se subían por la cadena que sostenía todo a cierta altura del suelo.

Así que, desgraciadamente, no se trataba de su enemigo, sino de un cadáver real.

Qué decepción. Tenía la esperanza de encontrar algo que le interesara, pero solo había más humanos…

El sonido de alguien que había penetrado en su escondite lo hizo apagar rápidamente la luz, mientras alertaba los sentidos.

A pesar del hedor de su amigo, el de la pajarita de gancho, el olor metálico de la sangre fresca precedía al intruso. Al igual que sus resoplidos.

Ayyyy. Alguien estaba herido.

La agitación continuó mientras las sirenas anunciaban la llegada de la policía de Caldwell, pero el ruido disminuyó de repente, lo cual sugería que el recién llegado a la cocina había tenido el buen juicio de cerrar la puerta.

—¡Mierda!

Su visitante hizo volar por los aires algunos envases de plástico vacíos cuando

chocó contra la encimera. Luego se oyeron más tacos y un gruñido, como si el hombre se estuviera recostando, seguramente sobre la plancha de acero inoxidable. Luego solo una respiración agitada.

Cuando perdió la paciencia, Xcor salió de la cámara frigorífica. A diferencia del pandillero, él sí tenía cierta idea de la distribución del lugar y logró acercarse al tío sin que este se diera cuenta, gracias a la agudeza de su oído.

Sin embargo, todo habría sido mucho más fácil si hubiera podido ver. Aparte de los beneficios obvios para la orientación, Xcor apreciaba especialmente el sentido de la vista, pues no le gustaba esa sensación de ingravidez que le producía la ceguera, ni el hecho de tener que depender por completo del oído y el olfato para moverse. También estaba el peligro de tropezarse con algo.

Pero aun así logró llegar a donde estaba el humano.

—No estás solo —dijo Xcor en medio de la oscuridad, arrastrando las palabras.

—¡Mierda! ¡Por Dios! ¿Quién…?

—¿Acaso parezco uno de vosotros? —Xcor tuvo el cuidado de arrastrar un poco más las erres de lo que lo hacía habitualmente, por si acaso su acento no se entendía bien.

Más resoplidos. Muy pesados. Acompañados del olor acre del verdadero pánico.

—Vosotros los humanos… —Xcor dio un par de pasos hacia delante, sin molestarse ya en no hacer ruido con las botas—. El problema con vosotros es que no tenéis enemigos de verdad. Peleáis entre vosotros por unas cuantas calles o las fronteras entre países, porque no hay nada externo que os una. Los de mi raza, por otra parte, tenemos un enemigo que exige cierta cohesión.

Sin embargo, eso no era suficiente para impedir sus ambiciones monárquicas.

En ese momento el humano empezó a balbucear. ¿O tal vez estaba rezando?

Qué debilidad. Era deplorable y algo que se sentía moralmente obligado a castigar.

Xcor encendió la linterna.

Al ver la luz, el pandillero se sobresaltó y su cuerpo ensangrentado limpió el polvo de una parte de la encimera.

Evidentemente el plasma parecía tan efectivo como cualquier otro quitagrasa.

El hombre abrió los ojos al máximo y su respiración empezó a silbar al salir por la boca abierta, mientras el dolor y el miedo convertían su bravuconada en un recuerdo.

—Deberíais saber que hay otros seres que caminan entre vosotros —dijo Xcor en voz baja—. Parecidos, pero no iguales. Y siempre estamos al acecho.

El hombre se estremeció y trató de moverse, pero no tenía a dónde ir. La encimera estaba diseñada para trabajar con cubiertos y coladores, no era un colchón apto para un hombre adulto.

Si seguía moviéndose, iba a terminar en el suelo.

—¿Quién…, quién eres?

—Tal vez una imagen sea mejor que una descripción —dijo Xcor y, enseñando los colmillos, giró la luz de la linterna hacia su cara.

El grito agudo que se oyó inmediatamente no fue largo. Gracias a la descarga de adrenalina, el hombre se desmayó y el olor a orines que brotó a continuación indicó que también había perdido el control de esfínteres.

Qué divertido.

Xcor se movió rápidamente hacia la puerta gracias a la luz de la linterna. Se recostó contra la pared, apagó la luz y dejó que el grito acabara de llamar la atención de los demás.

El Departamento de Policía de Caldwell respondió con admirable eficiencia y un grupo de oficiales abrieron la puerta y penetraron en la oscuridad con sus propias linternas.

Tan pronto como vieron al pandillero, corrieron hacia él y Xcor aprovechó ese momento para escapar.

Al salir por la puerta, oyó la palabra «vampiro» en medio de una conversación más bien caótica, lo cual lo hizo sonreír mientras se desmaterializaba lejos de la multitud.

Cuando estaban en el Viejo Continente, él y su Pandilla de Bastardos mantenían vivas las especulaciones y los mitos sobre los vampiros mediante la estrategia de mostrarse de vez en cuando, siempre a individuos, y siempre en circunstancias que encajaban con las ideas erradas que los humanos tenían sobre su especie.

Profanadores de vírgenes. Fuentes del mal que dormían en ataúdes. Monstruos de la noche.

Pura mierda, aunque lo último sí se podía aplicar a Xcor.

Y en realidad, le sentaba bien hacer algo similar aquí en Caldwell, y marcar el territorio como lo hacían los perros. También había sido divertido darle al idiota que yacía en aquella encimera algo que acechara sus recuerdos durante el tiempo que pasaría en prisión.

Había que divertirse siempre que uno tuviera la oportunidad.

CAPÍTULO 5



Cuando John Matthew empezó a subir la magnífica escalera de la mansión, lo último que tenía en mente era el pasado.

Mientras ascendía, sus preocupaciones eran, en orden de importancia: desnudar a su shellan antes de la Última Comida; desnudarla en su habitación; y tener a su shellan desnuda y debajo de él en su habitación antes de la Última Comida.

No le importaba mucho que él fuera a estar totalmente vestido o no, excepto de cintura para abajo. Y si había mucha prisa, podía saltarse lo de la habitación, siempre y cuando terminaran en algún sitio que ofreciera un poco de privacidad.

Así que, sí, mientras subía al segundo piso, John Matthew estaba más que conectado con el presente y la presencia de Xhex, quien, si todo iba según lo planeado, debía de haber salido del Iron Mask unos quince minutos antes y debía de estar ahora ocupándose de la parte de la «desnudez» y la «habitación».

Sin embargo, el destino le brindó un giro.

Al llegar al segundo piso, las puertas dobles del estudio de Wrath estaban abiertas y, a través de ellas, John Matthew vio una escena que le resultaba conocida: el rey estaba sentado detrás de su adornado escritorio; la reina se encontraba en su regazo; George, el golden retriever, a sus pies; Saxton, el examante de Blay y actual abogado de Wrath, sentado a un lado, en un sofá. Como siempre, el escritorio gigantesco estaba lleno de documentos y el estado de ánimo de Wrath era una mierda.

De hecho, esa expresión adusta ya era parte del paisaje de la habitación, tanto como los muebles franceses antiguos que se esforzaban por soportar el peso de los Hermanos durante las reuniones, y aquellas paredes color azul pálido que parecían más apropiadas para el tocador de una tía llamada Lisette o Louisa.

Pero, la verdad, él no sabía nada de decoración.

Cuando John Matthew se detuvo para saludar, tenía la intención de seguir hacia

su cuarto, encontrarse con su compañera y follársela en una variedad de posiciones, para bajar luego a cenar recién bañado.

Pero en lugar de eso…, justo antes de girar…, su mirada se cruzó con la de su media hermana Beth.

Y tan pronto se hizo la conexión, una combinación de neuronas estallaron en su cerebro y la carga eléctrica resultó excesiva para su placa madre. Sin previo aviso, John Matthew se derrumbó y su cuerpo se fue de espaldas mientras convulsionaba primero y luego se quedaba totalmente rígido.

Antes de llegar al suelo se desmayó…

‡ ‡ ‡

… Y cuando recuperó la conciencia, lo primero que sintió fue un dolor horrible en la cabeza y el culo.

Mientras parpadeaba lentamente, descubrió que al menos podía ver bien, pues el techo apareció sobre él con nitidez, antes de ver una fila de caras de preocupación. Xhex estaba a su lado, con la daga entre las palmas de las manos y el ceño fruncido, como si quisiera entrar en la oscuridad de su desmayo para traerlo de vuelta.

Siendo medio symphath, tal vez podía hacerlo. ¿Sería esa la razón por la que él había regresado tan pronto? ¿O acaso llevaba horas inconsciente?

La doctora Jane estaba junto a ella y al otro lado estaban Qhuinn y Blay. Wrath se encontraba a sus pies con Beth…

Tan pronto registró la presencia de su hermana, la actividad eléctrica volvió a comenzar y mientras sentía la amenaza de un nuevo ataque de espasmos, en lo único en lo que John Matthew pudo pensar fue en que hacía mucho que esto no le sucedía.

Había creído que esa mierda ya había quedado atrás.

Nunca había tenido ataques hasta que conoció a Beth, y después de eso había habido otros episodios, siempre inesperados y sin ningún patrón que él pudiera reconocer. Lo único bueno era que nunca le había ocurrido mientras estaba combatiendo y nunca habían puesto en riesgo su vida…

De manera espontánea su cuerpo se irguió y su torso se levantó de la alfombra como si tuviese una cuerda atada a las costillas y alguien estuviera tirando de él hacia arriba.

—¿John? —dijo Xhex—. John, túmbate.

John sintió que algo inundaba su pecho, una especie de emoción que estaba fuera de su alcance y era, al mismo tiempo, totalmente visceral. Entonces estiró la mano hacia Beth para que ella se la agarrara y, cuando ella se acurrucó y lo tomó de la mano, la boca de John empezó a moverse y sus labios y su lengua comenzaron a articular una y otra vez palabras desconocidas…, aunque ningún sonido quebraba su mutismo.

—¿Qué está tratando de decir? —preguntó Beth—. ¿Xhex? ¿Blay?

Xhex adoptó una expresión impasible.

—Nada. No es nada.

John frunció el ceño y pensó: «Y una mierda». Y sin embargo él sabía tanto como Beth, pero ciertamente no parecía poder detenerse.

—John, sea lo que sea, está bien. —Su hermana le apretó la mano—. Estás bien.

De pie detrás de su shellan, la cara de Wrath se convirtió en una máscara implacable, como si hubiese sentido una cierta energía que no le gustaba.

De repente John sintió que su boca se movía de otra manera y comenzaba a articular otras cosas; aunque tampoco tenía ni idea de lo que decía. Entretanto, Beth fruncía el ceño…, al igual que Wrath…

Y eso fue todo.

Cuando su cerebro comenzó a hacer cortocircuito de nuevo, su visión se concentró en Beth hasta que lo único que vio fue su rostro.

Sin razón aparente, John sintió que llevaba uno o dos años sin verla. Y el significado de sus rasgos, esos ojos azules enormes, las pestañas negras, el pelo negro y largo… resonó en su pecho.

Pero no de manera romántica, no.

Esta vez era algo totalmente distinto, pero igual de poderoso.

Lástima que no pudiera mantenerse consciente durante más tiempo para entender lo que ocurría.

‡ ‡ ‡

—Estamos listos.

Cuando Assail terminó su segunda raya de cocaína, se enderezó junto a la encimera de granito y miró a sus primos: al otro lado de la cocina de su casa de cristal sobre el río Hudson, los dos primos estaban vestidos de negro de la cabeza a los pies. Ni siquiera sus pistolas y cuchillos reflejaban la luz.

Perfecto para lo que tenía planeado.

Assail apretó la tapa de su frasquito y se guardó su reserva de droga en la chaqueta de cuero negra.

—Entonces, vamos.

Mientras salía delante de ellos por la puerta trasera, junto al garaje, Assail recordó por qué los había traído del Viejo Continente: siempre estaban preparados y nunca hacían preguntas.

En ese sentido, eran exactamente como las pistolas automáticas que llevaban encima día y noche.

—Vamos hacia el sur —ordenó Assail—. Seguid mi señal.

Los gemelos asintieron, mostrando una expresión seria y lúgubre en sus rostros perfectamente idénticos, mientras que sus poderosos cuerpos estaban preparados para hacer lo que fuera necesario en cualquier situación. En realidad, eran las únicas

personas en las que confiaba; pero ni siquiera ese compromiso, basado en el hecho de que compartían la misma sangre, era absoluto.

Cuando Assail se puso una máscara negra sobre la cara, ellos hicieron lo mismo; y luego se desmaterializaron. Al cerrar los ojos para concentrarse, Assail se arrepintió de haber esnifado. En realidad, no necesitaba la droga; considerando el sitio al que se dirigían, estaba suficientemente embalado. Últimamente, sin embargo, drogarse era como ponerse la chaqueta o agarrar la cuarenta milímetros que llevaba siempre en el sobaco.

Era automático.

Concentración…, concentración…, concentración…

Intención y voluntad se fusionaron un instante después y su forma física se fragmentó en una vaga asociación de moléculas. Después de centrar toda su atención en su destino, voló hacia él, mientras sentía cómo sus primos viajaban a su lado a través del cielo nocturno.

En el fondo, Assail reconocía que esta excursión era muy atípica para él. Como el hombre de negocios que era, para él la vida se calculaba sobre la base del retorno de la inversión: todo lo que hacía buscaba una ganancia sobre la inversión. Lo cual explicaba que se hubiera involucrado en el tráfico de drogas. Pues nada producía mejores márgenes de ganancia que venderles a los humanos químicos a través del mercado negro.

Así que no, él no era un héroe; de hecho, era lo contrario del buen samaritano. Y en lo que tenía que ver con la venganza, solo se ocupaba de sus propios asuntos, nunca de los de los demás.

Sin embargo, en este caso habría que hacer una excepción.

Su destino era una propiedad en West Point, Nueva York, una venerable casa de piedra antigua que se levantaba en el centro de un jardín inmenso. Assail ya había estado una vez en la propiedad: cuando estaba siguiendo a cierta ladrona… y la había visto no solo entrar a través de un sistema de seguridad bastante bueno, sino deambular por toda la mansión sin llevarse absolutamente nada.

Sin embargo, ella había girado unos pocos centímetros una de las esculturas de Degas.

Y las consecuencias habían sido terribles.

En cualquier caso, había que cambiar las cosas.

De manera violenta.

Después de retomar su forma en la esquina más lejana del enorme jardín, Assail se escondió entre la fila de árboles que bordeaban los límites de la propiedad. Cuando los primos se materializaron junto a él, recordó su primer viaje a ese lugar y vio a Sola entre la nieve, con su parka blanca mimetizándose con la nieve mientras esquiaba hacia su objetivo.

Sencillamente extraordinario. Esa era la única manera en que Assail podía describir todo lo que tenía que ver con aquella mujer…

Un gruñido posesivo brotó del fondo de su garganta, otra cosa que resultaba completamente atípica en él. Assail rara vez se preocupaba por algo que no fuera el dinero…, ciertamente no le preocupaban las hembras y nunca jamás se había interesado por una humana.

Pero Sola había sido distinta desde el momento en que él sintió su olor cuando ella invadió su propia casa… Y la idea de que Benloise la hubiese secuestrado, que la hubiese sacado de su casa, donde dormía su abuela, le resultaba inaceptable.

Benloise no iba a sobrevivir a esa decisión.

Assail empezó a caminar hacia el frente, escrutando el paisaje con sus agudos ojos. Gracias a la brillante luna invernal, parecía que fuera mediodía y no las dos de la mañana, pues todo, desde los aleros de la casa hasta los contornos de las terrazas y el cobertizo del fondo, era claramente visible para él.

Nada se movía. Ni en el exterior ni en el interior, el cual se podía ver a través de las ventanas.

Al acercarse, Assail siguió hacia el fondo, mientras repasaba la distribución de las terrazas y los pisos. Todo tan anticuado y tradicional, pensó. Tan aristocrático. Tan opuesto a lo que le gustaría a un traficante de drogas.

Tal vez Benloise no se sentía tan orgulloso de la manera como se ganaba la vida.

—Entraremos por aquí —dijo Assail en voz baja e hizo una seña hacia las ventanas de un porche.

Se desmaterializaron a través de ellas y, cuando volvieron a tomar forma en el interior, Assail se quedó inmóvil, mientras esperaba oír pasos, un grito, carreras o una puerta que se cerrara.

Una lucecita roja en una esquina le confirmó que el sistema de seguridad estaba encendido y funcionando, y que los detectores de movimiento todavía no se habían activado con su repentina aparición. Pero tan pronto como se moviera, todo se volvería un caos.

Y ese era el plan.

Primero desactivó las cámaras de seguridad. Luego disparó la alarma al sacar de su bolsillo un puro cubano. De inmediato, la lucecita empezó a parpadear. Y mientras la sirena sonaba, Assail se tomó su tiempo para encender el puro, esperando que aparecieran un montón de matones de cuello grueso.

Al ver que no ocurría nada, exhaló por encima del hombro y caminó hacia el frente. Atravesó el primer piso con sus primos detrás de él y, mientras avanzaba, iba tirando la ceniza sobre las alfombras orientales y los mármoles italianos.

Una pequeña señal de su visita en el extraño caso de que no se encontraran con nadie: considerando la represalia que Benloise encontraba apropiada por girar ligeramente una estatua, la ceniza del cigarro iba a hacer que el desgraciado se volviera loco.

Al no encontrar nada en la zona social de la casa, Assail se dirigió al ala de los sirvientes y descubrió una cocina vacía de estilo moderno pero absolutamente sosa.

Dios, ¡qué aburrimiento! El esquema de color, una combinación de gris y cromo, le daba una apariencia de vejez y la escasez de mobiliario sugería que la decoración no era una prioridad en los espacios que Benloise no frecuentaba. Pero más importante aún, y lo mismo sucedía con la zona social de la casa, era el hecho de que no había rastros de la presencia de Sola ni se sentía en el aire su aroma o el olor a pólvora o sangre fresca. Tampoco había platos en ninguno de los tres lavavajillas y, cuando abrió la nevera, tan solo porque le apeteció, encontró seis botellas verdes de Perrier en la parte superior y nada más…

Un par de faros pasaron por las ventanas, iluminando su cara y arrojando sombras sobre las patas de la mesa, el respaldo de los asientos y los soportes de utensilios culinarios.

Assail echó una nube de humo y sonrió.

—Salgamos a darles la bienvenida.

Solo que el vehículo pasó de largo junto a la casa y siguió hacia el cobertizo, lo que sugería que quienquiera que fuera no había llegado como reacción a la alarma.

—Sola… —susurró Assail mientras se desmaterializaba hacia el jardín cubierto de nieve.

A pesar de la mezcla de emociones que bullían en su cabeza, Assail se aseguró de desactivar las cámaras del exterior y luego se quitó la máscara para poder respirar mejor.

El coche aparcó en el garaje y dos humanos blancos se bajaron de la parte delantera, cerraron las puertas y se dirigieron hacia…

—Buenas noches, amigos —dijo Assail, al tiempo que les apuntaba con su cuarenta milímetros.

Fíjate. Parece que se les da bien escuchar porque los dos se quedaron como estatuas después de girarse hacia el lugar de donde provenía la voz.

Assail se acercó y apuntó al hombre de la derecha, seguro de que los gemelos se concentrarían en el otro. Cuando salvó la distancia, se inclinó y miró por la ventanilla del asiento trasero, preparado para ver a Sola en no muy buenas condiciones…

Pero nada. No había nadie atrás, ninguna persona amarrada y amordazada, o golpeada, o muerta de susto ante la paliza que seguramente la esperaba.

—Abrid el maletero —ordenó Assail—. Solo uno de vosotros…, tú. Tú, abre.

Mientras seguía al hombre alrededor del coche, mantuvo el arma contra la cabeza del pobre desgraciado, con el dedo temblando sobre el gatillo y preparado para disparar.

¡Pop!

Después de abrir la cerradura del maletero, la portezuela se levantó sin hacer ruido, las luces internas se encendieron…

Para iluminar dos bolsas de tela. Eso era todo. Nada más que dos bolsas negras de nailon.

Assail le dio una calada al cigarro.

—Maldición. ¿Dónde está ella?

—¿Dónde está quién? —preguntó el hombre—. ¿Quién eres tú?

Lleno de odio, Assail sintió que la rabia estallaba en su cabeza y tomaba el control.

El segundo ¡pop! fue el sonido de una bala que salió del arma de Assail para incrustarse en el lóbulo frontal del humano. Y el impacto produjo un chorro de sangre que cayó sobre las bolsas de nailon, el coche y el suelo.

—¡Joder! —gritó el otro tío—. ¿Qué diablos…?

Una oleada de rabia pura y sin una gota de pensamiento racional hizo que Assail emitiera un gruñido horrible, al tiempo que accionaba de nuevo el gatillo.

El ¡pop! número tres tumbó al conductor, cuyo cuerpo se fue hacia atrás cuando una bala penetró entre sus cejas.

Mientras los brazos y las piernas se derrumbaban sobre la nieve, se oyó la voz de Ehric.

—Te das cuenta de que podríamos haberlos interrogado.

Assail mordió el cigarro y le dio una larga calada para evitar hacerle a su propio primo algo que luego lamentaría.

—Agarrad las bolsas y escondedlas en un lugar donde podamos encontrarlas…

En ese momento apareció otro coche que se desvió de la carretera principal y tomó la entrada hacia la casa a toda velocidad.

—Por fin —dijo Assail—. Uno esperaría una respuesta más rápida.

El coche frenó frente a la casa, al menos hasta que quienquiera que estaba tras el volante vio a Assail y sus primos junto al otro coche. Entonces se oyó un chirrido de neumáticos sobre la nieve y el coche volvió a arrancar.

—Coged las bolsas —les dijo Assail a los primos—. Vamos.

Iluminado por los faros, Assail bajó el arma y la dejó junto a su pierna, de modo que quedara escondida entre los pliegues de su abrigo de cuero… y luego obligó a su brazo a quedarse ahí. A pesar de lo mucho que le molestaba, Ehric tenía razón. Acababa de matar a dos informantes.

Una evidencia más de que estaba fuera de control en todo esto. Y no podía volver a cometer el mismo error.

Cuando el coche se detuvo, se bajaron tres hombres que, ciertamente, habían venido preparados. Varios cañones le apuntaron de inmediato y ninguno estaba temblando: se veía que estos chicos ya habían hecho esto antes y, de hecho, Assail reconoció a dos de ellos.

El guardaespaldas que estaba delante incluso bajó su automática.

—¿Assail?

—¿Dónde está ella? —preguntó él.

—¿Qué?

La verdad es que estaba empezando a aburrirse con tantos gestos de confusión.

Assail sintió que su dedo empezaba a ponerse nervioso otra vez.

—Tu jefe tiene algo que quiero que me devuelva.

Los matones desviaron la mirada hacia el primer coche, con el maletero abierto y, considerando la forma en que levantaron las cejas de inmediato, parecía que acababan de ver las suelas de los zapatos de sus predecesores sobre el asfalto.

—Ninguno de ellos fue capaz de responderme —dijo Assail arrastrando las palabras—. Tal vez vosotros queráis intentarlo.

El arma que habían bajado volvió a su lugar de inmediato.

—¿Qué diablos estás…?

En ese momento aparecieron los primos como por arte de magia y rodearon a los tres humanos. Además, tenían mucha más potencia de fuego, pues cada uno llevaba dos Smith & Wesson.

Assail mantuvo su arma donde estaba, momentáneamente en reposo.

—Os sugiero que tiréis las armas. Si no lo hacéis, os matarán.

Hubo un instante de pausa, que resultó demasiado larga para la paciencia de Assail.

En un segundo su arma disparó y ¡pop! mató al que estaba más cerca. La bala se incrustó en su oído, después de describir una trayectoria que dejó ilesos a los otros dos.

Mientras caía al suelo otro muerto, Assail miró a los otros dos y pensó que todavía le quedaba mucho con que trabajar.

Entonces bajó el arma y echó otra nube de humo que salió flotando hacia los faros y tiñó la luz de una coloración azul. Dirigiéndose a los dos que quedaban en pie, dijo con voz neutra:

—Os lo voy a preguntar de nuevo. ¿Dónde está ella?

Esto disparó una gran algarabía, pero que no incluía las palabras *mujer, secuestrada* o *cautiva*.

—Me estoy aburriendo —dijo y volvió a levantar la pistola—. Sugiero que alguno de los dos empiece a hablar ya.

CAPÍTULO 6



—¿Está vivo?

Beth oyó que las palabras salían de su boca, pero no tenía mucha conciencia de haberlas dicho. Era sencillamente demasiado aterrador ver a un tío tan fuerte como John Matthew tirado en el suelo de esa manera. Y lo peor era que había recobrado el sentido durante un minuto y medio para tratar de decirle algo a ella y se había vuelto a desmayar.

—Bien —dijo la doctora Jane mientras presionaba un estetoscopio contra su corazón—. Bien, necesito mi tensiómetro…

De inmediato Blay puso el aparato en las manos de la doctora y la mujer trabajó rápidamente, envolviendo el brazalete alrededor de los abultados bíceps de John y bombeando. Luego se oyó un largo siseo que resonó con fuerza y Beth se recostó contra su hellren mientras esperaban los resultados.

El asunto pareció demorarse una eternidad. Entretanto Xhex sostenía la cabeza de John en su regazo y Dios sabía que estaba pasando por un momento difícil: ver desmayado a tu amado, sin tener ni idea de lo que ocurrirá después.

—Un poco baja —murmuró Jane mientras abría el velcro—, pero nada catastrófico…

John empezó a abrir los ojos y a parpadear.

—¿John? —dijo Xhex con voz ronca—. ¿Ya estás conmigo de nuevo?

Aparentemente así era porque se giró hacia la voz de su compañera y levantó una mano temblorosa para agarrarle la mano, mientras la miraba fijamente. Luego pareció tener lugar una especie de intercambio de energía y, un momento después, John se sentó. Entonces se puso de pie, aunque parecía un poquito inseguro cuando abrazó a Xhex y los dos se quedaron allí, juntos, durante un rato.

Cuando su hermano por fin se giró hacia ella, Beth se zafó de los brazos de Wrath y abrazó con fuerza al joven macho.

—Lo siento mucho.

John se echó hacia atrás y preguntó con gestos: ¿Por qué?

—No lo sé. Yo no quería… No sé.

Al ver que Beth levantaba las manos con desesperación, John Matthew sacudió la cabeza. *Tú no hiciste nada malo. Beth, de verdad. Estoy bien y aquí no pasó nada.*

Clavando la mirada en el fondo de aquellos ojos azules, Beth buscó dentro de ellos, como si pudiera encontrar allí la respuesta a lo que había ocurrido y lo que él había tratado de decirle.

—¿Qué me estabas tratando de decir? —murmuró.

Tan pronto como se oyó decir eso, soltó una maldición. Este no era buen momento.

—Perdón, no quise preguntar eso…

¿Acaso estaba diciendo algo?, preguntó John con señas.

—Démosle un poco de espacio —dijo Wrath—. Xhex, ¿no quieres llevar a tu macho a la habitación?

—Buena idea. —La hembra dio un paso al frente, puso el brazo alrededor de la cintura de John y se lo llevó por el pasillo de las estatuas.

La doctora Jane guardó su equipo en un pequeño maletín negro.

—Es hora de averiguar qué es lo que está causando esos ataques.

Wrath maldijo en voz baja.

—¿Tiene autorización médica para salir a combatir?

La doctora se puso de pie y entrecerró sus ojillos inteligentes.

—John me va a odiar por esto, pero no. Primero quiero hacerle una resonancia magnética. Desgraciadamente, para eso vamos a tener que hacer algunos preparativos.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Beth.

—Voy a ir a hablar con Manny. Havers no tiene esa clase de equipo y nosotros tampoco. —La doctora Jane se pasó una mano por su pelo rubio y corto—. No tengo ni idea de cómo vamos a llevarlo al St. Francis, pero allí es adonde tenemos que ir.

—Pero ¿qué te parece que puede pasarle? —preguntó Beth.

—No te ofendas, pero la verdad es que es mejor que no lo sepas. Por ahora dejadme empezar a ver qué podemos hacer…

—Yo quiero ir con él. —Beth miró con tanta intensidad a la shellan de V que habría podido abrirle un agujero en la cabeza—. Si tiene que hacerse esa prueba, yo quiero ir con él.

—Bien, pero no puede haber muchos acompañantes. Ya va a ser bastante difícil sin llevar a todo un ejército con nosotros.

La compañera de Vishous dio media vuelta y bajó las escaleras corriendo, y mientras se alejaba fue perdiendo gradualmente su forma, al tiempo que su peso y su presencia se disipaban hasta que solo quedó una aparición fantasmal flotando sobre la alfombra.

Qué más daba que fuera un fantasma o sólida, pensó Beth. Si tenía que recibir un tratamiento, prefería someterse a las manos de esa mujer que a las de cualquier otra persona en el planeta.

Ay, Dios… John.

Beth se volvió hacia Blay y Qhuinn.

—¿Alguno sabéis qué era lo que John estaba tratando de decir?

Los dos miraron a Wrath. Y luego negaron con la cabeza.

—Mentirosos —murmuró ella—. ¿Por qué no me decís…?

Wrath empezó a hacerle un masaje en los hombros, como si quisiera tranquilizarla…, y eso sugería que, aunque desconocía los detalles debido a la ceguera, Wrath había percibido las emociones. Así era Wrath. Sabía algo.

—Solo tranquilízate, leelan.

—No me lo ocultéis por ser mujer —dijo ella, y luego se zafó y miró con odio a los tres machos—. Se trata de mi hermano, y él estaba tratando de hablar conmigo. Merezco que me digáis qué sucede.

Blay y Qhuinn comenzaron a contemplar detalladamente la alfombra. El espejo que estaba sobre la mesita junto a las puertas del estudio. Sus uñas.

Era evidente que deseaban que la Tierra se abriera y se los tragara en ese mismo instante.

Vaya, qué pena, chicos, la vida no es un episodio de *Doctor Who*. Y, además, la idea de que esos dos, así como todos los otros machos de la casa, siempre respaldaran lo que decía Wrath la irritaba todavía más. Pero aparte de patalear y mirarlos como si los odiara, no tenía más alternativa que posponer la pelea hasta más tarde, cuando ella y su compañero tuvieran un poco de privacidad.

—Leelan…

—Mi helado se está derritiendo —murmuró, mientras recogía la bandeja—. Me encantaría que alguno de los tres me dijera la verdad. Pero no voy a contener la respiración hasta que eso pase.

Cuando se marchó, la sensación de aprensión que la siguió no era nueva. Desde que Wrath había sido atacado, Beth sentía que en cualquier momento iba a pasar otra cosa horrible y ver a su hermano tirado en la alfombra no contribuyó mucho a disminuir esa paranoia.

No.

Al llegar a la puerta que había sido de Blay hasta que se mudó con Qhuinn, Beth trató de recuperar la compostura.

No funcionó, pero de todas manera llamó.

—¿Layla?

—Entra —se oyó que decían desde dentro.

Beth apoyó la bandeja contra sus caderas y trató de agarrar el picaporte…

Payne, la hermana de V, le abrió entonces la puerta con una sonrisa. Y, joder, ella sí que era una presencia impactante, especialmente vestida toda de cuero negro.

Payne era la única hembra que combatía en el campo de batalla con los Hermanos, y debía de acabar de llegar a casa después de cumplir su turno.

—Buenas noches, su majestad.

—Oh, gracias. —Beth agarró bien la bandeja y entró en la habitación lavanda—. Traje provisiones.

Payne sacudió la cabeza.

—Creo que van a ser necesarias porque no me parece que le haya quedado nada en el estómago… De hecho, pienso que ha devuelto hasta lo que se comió la semana pasada.

Al oír a alguien vomitando en el baño, las dos se estremecieron.

Beth miró la copa de Breyers.

—Tal vez debería regresar más tarde…

—Ni se te ocurra —gritó la Elegida desde el baño—. ¡Me siento genial!

—No parece…

—¡Y tengo hambre! Ni se te ocurra irte.

Payne se encogió de hombros.

—Ella tiene un carácter estupendo. Vengo aquí a inspirarme; aunque no para entrar en mi periodo de fertilidad, razón por la cual debería irme ya mismo.

Mientras la hermana de V volvía a estremecerse, como si los ciclos femeninos y todo el asunto de tener un bebé fuera algo que no le interesara en absoluto, Beth puso la bandeja sobre una cómoda antigua.

—Bueno, de hecho…, eso es lo que yo espero.

La expresión de asombro de Payne hizo que Beth soltara una maldición.

—Lo que quiero decir es que…, ah…

Sí, a ver cómo sacas la pata de esta.

—¿Wrath y tú vais a tener un hijo?

—No, no, no…, espera. —Mientras levantaba las manos, Beth trató de pensar en un plan para salir airosa—. Ah…

El abrazo que recibió de Payne fue tan rápido como una ráfaga de viento y tan fuerte como el de un macho, pues la dejó sin aire en los pulmones.

—Esa es una maravillosa noticia…

Beth trató de salir de aquel lío.

—De hecho, todavía no estamos… Yo solo…, mira, no le digas a Wrath que estoy aquí, ¿vale?

—Entonces quieres darle una sorpresa. ¡Qué romántico!

—Sí, seguro que se va a sorprender. —Al ver que Payne la miraba con curiosidad, Beth sacudió la cabeza y agregó—: Mira, para serte sincera, no sé si mi periodo de fertilidad será necesariamente una buena noticia para Wrath.

—Pero a él le sería de mucha ayuda contar con un heredero al trono. Si lo piensas en términos políticos.

—Yo no pienso así y nunca lo haré. —Beth se llevó la mano al estómago y trató

de imaginar que llevaba allí una cosa distinta a tres bollos y un par de postres—. Yo solo… quiero un bebé, pero no estoy segura de que él esté de acuerdo conmigo. Si sucede, claro…, tal vez sea algo bueno.

De hecho, Wrath le había dicho una vez que no veía niños en su futuro juntos. Pero eso había sido un tiempo atrás y…

Payne le apretó el hombro un segundo.

—Me alegro por ti, y espero que esto funcione. Pero, como dije, será mejor que me vaya porque si esa vieja superstición es cierta, no quiero meterme en un lío. —Luego se giró hacia la puerta del baño, parcialmente cerrada, y gritó—: ¡Layla! ¡Me tengo que ir!

—Gracias por la visita. ¡Beth! Tú te quedas, ¿verdad?

—Sí. Me voy a quedar un rato.

Cuando Payne se marchó, Beth tenía demasiada energía para sentarse, pues la idea de estarle escondiendo algo a Wrath no la hacía sentir bien. Conclusión, tenían que hablar de esto pronto; solo era cuestión de encontrar un buen momento.

Pero el asunto del periodo de fertilidad y los niños no era lo único que la preocupaba. El enfrentamiento que acababa de tener con Wrath y los chicos todavía la tenía alterada. Hombres. Beth amaba a la Hermandad, cada uno de ellos daría su vida por ella y siempre estaban dispuestos a todo cuando se trataba de Wrath, pero a veces ese asunto del todos para uno y uno para todos la volvía loca…

Más arcadas. Hasta que Beth se estremeció y se tapó la cara con las manos.

Prepárate para esto, se dijo. Está muy bien soñar con las muñecas y los peluches, los arrullos y los arrumacos, pero la maternidad y el embarazo tenían un lado oscuro y sería mejor que se preparara para él.

Aunque, a este ritmo, su periodo de fertilidad no parecía tener mucha prisa. ¿Cuánto tiempo llevaba viniendo allí? Y sí, estaba sintiendo cambios hormonales, o simplemente podía ser que estaba pasando por un momento difícil en la vida.

Sí, porque ahí es exactamente cuando empiezas a buscar un hijo.

Tenía que estar loca.

Beth se acostó en la cama, estiró las piernas, agarró su tarrina de Ben & Jerry’s y la atacó con la cuchara. Luego excavó hasta encontrar los trozos de chocolate y los trituró entre sus molares, sin saborearlos mucho.

Nunca antes había sido una comedora compulsiva por ansiedad, pero últimamente se atiborraba a pesar de no tener hambre y ya se estaba empezando a notar.

A propósito de eso, Beth se levantó la camisa y se desabrochó el botón y la cremallera de sus vaqueros.

Luego se recostó contra las almohadas y se preguntó cómo era posible que pudiera pasar tan rápido de las alturas de la pasión y la conexión a este estado depresivo y taciturno: en ese momento estaba convencida de que su periodo de fertilidad nunca iba a llegar, que mucho menos podría concebir un hijo… y que estaba casada con un absoluto zoquete.

Beth se volvió a concentrar en el helado, logró extraer el pedazo más grande de chocolate y se preparó. O… al menos esperó a que el chocolate hiciera efecto y le subiera el ánimo.

No había nada como sobrevivir a base de Ben & Jerry's.

Ese debería ser el lema de la compañía.

Después de un rato se oyó que tiraban de la cadena en el baño y luego abrían una llave. Cuando la Elegida salió, tenía la cara tan pálida como la túnica que llevaba puesta, pero su sonrisa resplandecía como el sol.

—¡Perdón! —dijo la mujer con entusiasmo—. ¿Cómo estás?

—No, ¿cómo estás tú?

—Fantástica —dijo Layla y se dirigió a su helado—. Ay, esto es genial. Justo lo que necesitaba para poner un poco de orden aquí dentro.

—Tuve que sacar las fre…

Layla levantó una mano, se llevó la otra a la boca y sacudió la cabeza.

Casi sin aire, dijo:

—No puedo ni oír esa palabra.

Beth asintió y concluyó:

—No te preocupes, no te preocupes. Ni siquiera tenemos el sabor que no podemos nombrar.

—Estoy segura de que eso es mentira, pero me lo creeré, mil gracias.

Cuando la Elegida se acostó con su copa de helado, miró a Beth.

—Eres tan amable conmigo.

Beth sonrió.

—Después de todo lo que has pasado, no parece suficiente.

Primero, Layla casi pierde al bebé, luego el aborto se detuvo como por arte de magia.

Nadie supo realmente qué sucedía o por qué se solucionó, pero…

—¿Beth? ¿Hay algo que te preocupe?

—No, ¿por qué?

—No pareces estar bien.

Beth exhaló y se preguntó si podría salir airosa con una mentira. Probablemente no.

—Lo siento. —Beth raspó el interior de la tarrina de helado y sacó el resto del helado de menta—. Estoy… un poco distraída hoy.

—¿Quieres hablar de ello?

—Simplemente estoy un poco abrumada por todo. —Beth apartó la tarrina de helado y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Siento como si tuviera un peso suspendido sobre mi cabeza.

—Con la situación de Wrath, no sé cómo logras sobrevivir cada noche…

Se oyó un golpe en la puerta y, cuando Layla respondió, Beth no se extrañó al ver entrar a Blay y a Qhuinn. Sin embargo, los dos guerreros parecían incómodos… y no

por causa de la Elegida.

Beth se reprendió mentalmente.

—¿Puedo disculparme con vosotros, chicos?

Blay fue a sentarse junto a Layla, mientras Qhuinn plantaba sus botas en el suelo y negaba con la cabeza.

—No tienes por qué disculparte.

—Entonces, ¿fui yo la única en pensar que mi reacción fue desproporcionada? Vamos. —Ahora que se había tranquilizado y estaba debidamente achocolatada, necesitaba disculparse también con su marido, además de hablar con él—. No quise portarme como una bruja con vosotros.

—Son tiempos difíciles —dijo Qhuinn y se encogió de hombros—. Y yo tampoco soy ningún santo.

—¿De veras? Pero si estás enamorado de uno —dijo Layla.

Cuando Qhuinn miró a Blay, sus ojos disparejos se entrecerraron.

—Así es —dijo en voz baja.

Mientras el pelirrojo se ruborizaba, la conexión entre ellos se hizo completamente tangible.

El amor era una cosa tan bonita.

Beth se frotó el centro del pecho y tuvo que redirigir la conversación antes de comenzar a llorar.

—Solo quería saber qué estaba diciendo John.

La expresión de Qhuinn se volvió hermética.

—Habla con tu marido.

—Lo haré. —Y Beth sintió que una parte de ella quería terminar las cosas aquí con la Elegida para ir directamente al estudio de Wrath. Pero luego se acordó de todas esas peticiones en las que él y Saxton estaban trabajando. Parecía muy egoísta presentarse allí por las buenas e interrumpirlos.

Además, estaba a punto de llorar y no como en las propagandas publicitarias. La sensación se parecía más a lo que le pasaba al final de *Una pareja de tres*.

Beth cerró los ojos para evaluar los últimos dos años y recordó cómo eran las cosas entre ella y Wrath al principio. Pasión desbordada. Alma y corazón conectados. Nada más que ellos dos, así estuvieran en medio de una multitud.

Todo eso estaba ahí todavía, se dijo Beth. Sin embargo, la vida tenía la costumbre de esconder las cosas. Si ahora quería estar con su hombre, tenía que ponerse a la cola y eso estaba bien; Beth entendía lo que era el trabajo y el estrés. El problema era que, últimamente, cuando por fin estaban solos, Wrath tenía siempre aquella expresión en la cara.

La que significaba que solo estaba con ella físicamente. Pero que su cabeza estaba en otra parte. Y tal vez también su alma.

Ese viaje a Manhattan le había recordado la forma en que solían ser las cosas. Pero solo había sido un descanso, una pausa de la naturaleza real de su vida.

Beth se puso las manos sobre el vientre abultado y deseó tener que aflojarse la ropa por la misma razón que lo hacía Layla.

Tal vez ese era otro de los motivos para querer tener un hijo. Quizás estaba buscando volver a tener esa conexión visceral que tenía antes con Wrath…

—¿Beth?

Beth se dio cuenta de que se había perdido en sus pensamientos y regresó y miró a Layla.

—Perdón, ¿qué?

—¿Qué te gustaría ver en la tele? —preguntó Layla.

Vaya, Blay y Qhuinn ya no estaban.

—Ahhhh… Te propongo que elija la última persona que vomitó.

—Eso no es tan difícil.

—Eres una verdadera guerrera, ¿lo sabías?

—En realidad, no. Pero me gustaría decir que deseo que tú tengas la misma oportunidad de… ¿cómo se dice: hacer de tripas…?

—Hacer de tripas corazón.

—Eso. —La Elegida tomó el mando y puso en la pantalla la guía de Time Warner —. Estoy decidida a aprender bien el argot moderno. Veamos… ¿*Millionaire Matchmaker*?

—Me encanta Patti.

—A mí también. ¿Sabes? Creo que el helado realmente me ayudó.

—¿Quieres más? Puedo bajar y…

—No, veamos si soy capaz de mantenerlo dentro. —La Elegida se puso la mano sobre el vientre—. ¿Sabes? De verdad deseo que tú y el rey podáis también pasar por esto.

Beth se quedó mirando su cuerpo, pensando en que ojalá se decidiera a darle gusto.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Por favor.

—¿Y si yo fuera estéril? —Al decir la palabra, Beth sintió que el pecho le ardía con tanto terror que estaba segura de que iba a dejarle una cicatriz.

Layla le acercó una mano.

—No digas eso. Por supuesto que no eres estéril.

—Pero soy mestiza. Nunca tuve periodos normales cuando era…, ya sabes, antes de pasar por el cambio. Pasaron años sin tener ninguno y luego los periodos eran bastante irregulares. —No había razón para entrar en detalles con la Elegida, pero sus periodos eran casi insulsos, nada que ver con lo que describían otras chicas—. Y después de la transición, todo eso se detuvo de repente.

—Bueno, no estoy muy familiarizada con cómo son los periodos aquí abajo, pero entiendo que el primer periodo de fertilidad se presenta más o menos cinco años después de la transición. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde el cambio?

—Dos años y medio. —Y ahora sí que sentía que se había vuelto loca. ¿Por qué preocuparse por algo que solo debía suceder dentro de tres años?—. Antes de que lo digas, ya sé, ya sé…, sería muy extraño que yo lograra acelerarlo. Un milagro. Pero como no hay reglas para los mestizos, tenía la esperanza de que… —Beth se restregó los ojos—. Lo siento. Ya no voy a hablar más. Cuanto más hablo sobre el tema, más cuenta me doy de que es una locura.

—Al contrario, te entiendo perfectamente. No te disculpes por desear tener un hijo ni por hacer lo que puedas para tener uno. Es normal…

Beth no tenía la intención de abrazar a la Elegida, y se echó hacia atrás, contra las almohadas, pero un minuto después estaba abrazando a Layla.

—Gracias —dijo con la respiración entrecortada.

—Querida Virgen del Ocaso —dijo Layla al tiempo que también la abrazaba—, ¿por qué has hecho eso?

—Necesito saber que alguien me entiende. A veces me siento tan sola.

Layla tomó aire.

—Sé cómo es.

Beth se echó hacia atrás.

—Pero Blay y Qhuinn están contigo plenamente en esto.

La Elegida sacudió la cabeza y una extraña expresión cubrió sus rasgos.

—No tiene nada que ver con ellos.

Beth esperó a que la otra hembra se explicara un poco más. Pero al ver que no lo hacía, decidió no inmiscuirse. Aunque quizás…, tal vez las cosas no eran tan sencillas como parecían desde fuera. Era bien sabido que Layla había estado enamorada de Qhuinn en cierto momento, pero daba la impresión de que ella hubiese aceptado el hecho de que él estaba destinado a otra persona.

Claramente Layla sabía esconder sus sentimientos mejor de lo que los demás creían.

—¿Sabes por qué lo deseaba con tanta desesperación? —dijo Layla, mientras las dos volvían a recostarse contra las almohadas.

—Cuéntamelo. Por favor.

—Necesitaba tener algo mío. Al igual que Qhuinn. —Layla miró a Beth—. Y esa es la razón por la cual te envidio. Estás haciendo esto porque estás buscando tener una especie de comunión con tu compañero. Y eso es… extraordinario.

Dios, ¿qué podía contestar Beth? «¿Qhuinn te quiere de una forma especial?». Eso sería como intentar curar una fractura con una aspirina.

Cuando los ojos verde pálido de la Elegida volvieron a fijarse en la televisión, Beth pensó que parecía mucho mayor.

Eso era un buen recordatorio, pensó Beth. Las cosas no eran perfectas para nadie y a pesar de lo mucho que ella estaba sufriendo, al menos no debía llevar en su vientre al hijo del hombre al que amaba… mientras él estaba felizmente emparejado con alguien más.

—No me puedo imaginar lo difícil que es para ti —se oyó decir—. Amar a alguien con quien no puedes estar.

Layla se giró para mirarla y Beth vio en sus ojos un eco de algo que no pudo descifrar.

—Qhuinn es un buen macho —dijo Beth—. Entiendo por qué lo quieres.

Qué momento tan incómodo. Y luego la Elegida se aclaró la garganta.

—Sí. Así es. Entonces…, Patti parece molesta con ese caballero.

Genial, pensó Beth. Primero había hecho que su hermano se desmayara, luego se había enfadado con su marido… y ahora estaba molestando a Layla.

—No se lo diré a nadie —dijo ella, con la esperanza de mejorar las cosas.

—Gracias —contestó la Elegida después de un momento—. Siempre te estaré agradecida.

Beth se obligó a concentrarse y vio que, sí, Patti Stanger se estaba comiendo vivo a un pobre donjuán de pelo grasiento.

Probablemente había violado alguna de sus reglas. Eso, o había hecho algo muy malo.

Beth trató de concentrarse en el programa de televisión, pero había algo extraño en la atmósfera, como si hubiese alguien más en la habitación, un espectro o un fantasma, y no como la doctora Jane.

No, el aire se notaba cargado.

Cuando concluyó el episodio, Beth miró su reloj aunque la televisión indicara la hora.

—Creo que iré a ver cómo está Wrath. Tal vez sea hora de su descanso.

—Ah, sí, yo estoy cansada. Tal vez duerma un poco.

Beth se levantó de la cama, recogió la copa y la tarrina de helado vacías, y las puso sobre la bandeja. Al llegar a la puerta, miró hacia atrás.

Layla estaba recostada contra las almohadas, con los ojos fijos en la televisión, como si estuviera hipnotizada. Pero Beth sabía que no era así. A la Elegida le encantaba conversar mientras veía la televisión, le encantaba discutir sobre todo, desde la ropa que llevaban puesta los actores y presentadores hasta la forma en que se expresaban o cualquier cosa que le pareciera impactante.

En este momento, sin embargo, estaba como Wrath: de cuerpo presente, pero ausente.

—Que duermas bien —dijo Beth.

Pero Layla no dijo nada y Beth sabía que tampoco iba a dormir.

Beth salió al pasillo de las estatuas… y se quedó quieta.

De hecho, no iba a ir a buscar a Wrath. No confiaba mucho en sí misma en este momento. Estaba demasiado alterada a nivel emocional y no estaba segura de ser capaz de no hablar del asunto del bebé tan pronto estuviera con Wrath.

No, antes de verlo necesitaba recuperar un poco el equilibrio.

Era lo más conveniente.

Para ella y para todo el mundo.

CAPÍTULO 7



Assail mató al cuarto humano un momento después de haber acabado con el tercero.

Y, que la Virgen Escribana le ayudara, estaba que se moría por acabar con el último del trío que había llegado con tanta prisa. Quería descargar una bala en las tripas del hombre y verlo retorcerse y sufrir en el suelo. Quería pararse sobre el moribundo y respirar el olor de la sangre fresca y el dolor. Y luego, cuando todo terminara, quería patear el cadáver. Y tal vez prenderle fuego.

Pero Ehric tenía razón. ¿A quién interrogaría entonces?

—Sujetadlo —ordenó y señaló al humano que quedaba en pie.

El hermano de Ehric se apresuró a obedecer, dio un paso adelante y rodeó el cuello del hombre con su brazo. Luego tiró de él hacia atrás con brusquedad.

Assail se acercó a su presa, le dio una calada a su cigarro y soltó el humo en la cara del pobre desgraciado.

—Me gustaría entrar a ese garaje —dijo y señaló el cobertizo, pensando que tal vez la tuvieran ahí—. Y tú vas a hacerlo posible. Ya sea porque me vas a entregar la llave o porque mi socio usará tu cabeza como ariete.

—¡No sé! ¡Qué cojones! ¡Mierda! —respondió el hombre. O algo de ese estilo, pues no se entendía bien lo que decía.

Qué lenguaje tan soez. Pero, claro, teniendo en cuenta la cara de cromañón del pobre desgraciado, uno no podía esperar un razonamiento muy sofisticado.

Fue fácil hacer caso omiso de todo ese balbuceo.

—Ahora, dime, ¿usaremos una llave o un mando a distancia…, o quizás una parte de tu anatomía?

—¡No sé nada!

Bueno, ya tengo la respuesta que esperaba, pensó Assail.

Entonces le dio la vuelta a su puro y se quedó mirando la punta encendida durante

un rato. Luego se acercó un poco más y puso aquella punta ardiente a un par de centímetros de la mejilla del hombre.

Assail sonrió.

—Menos mal que mi socio te está sujetando con tanta fuerza. Porque si te movieras mucho…

Cuando apoyó las brasas del puro contra la piel del hombre, se oyó un grito que rasgó la noche y quedó resonando en los oídos de Assail hasta que le dolieron.

Assail retiró el puro.

—¿Quieres intentar responder otra vez? ¿Tienes una llave? ¿U otra cosa?

La respuesta fue ininteligible, mientras el olor a carne chamuscada se extendía por el aire.

—Más oxígeno —le dijo Assail a su primo—. Para que podamos comunicarnos, por favor.

Cuando el hermano de Ehric aflojó un poco la llave, la respuesta del hombre brotó de su boca como una explosión.

—Mando a distancia. Parasol del coche. Asiento del pasajero.

—Ayúdalo a encontrarlo, ¿quieres?

Con la suavidad de un martillo, el hermano de Ehric arrastró al hombre alrededor del coche, sin fijarse muy bien en dónde estaban los contornos de la carrocería. De hecho, parecía como si estuviera usando el cuerpo del pobre desgraciado para probar la integridad estructural del capó y la parte del motor.

Pero finalmente encontraron el mando y el hombre se lo entregó a Assail con mano temblorosa. Sin embargo, Assail sabía que no debía intentar usarlo. Las trampas escondidas era algo que conocía muy bien y por eso prefería que alguien más activara el mecanismo.

—¿Querrías hacerlo por mí?

El gemelo de Ehric empujó al hombre hacia el garaje, mientras seguía apuntándole a unos pocos centímetros de la cabeza. El pobre desgraciado se tropezó varias veces, pero, a pesar de eso, finalmente logró llegar a la puerta.

Temblaba tanto que necesitó varios intentos para presionar el botón correcto, pero después de unos segundos, dos de las cuatro puertas empezaron a elevarse. Y así los faros del coche pudieron iluminar el interior.

Nada. Solo un Bentley Flying Spur a un lado, y un Rolls-Royce Ghost al otro.

Assail soltó un taco y caminó hacia el interior del cobertizo. Indudablemente debían de haber activado una alarma silenciosa, pero eso no le preocupaba. La primera ronda de caballería ya había llegado y pasaría un rato antes de que apareciera un segundo escuadrón.

La construcción tenía dos pisos y, dadas sus ventanas térmicas y las proporciones históricamente inadecuadas, se podía deducir que había sido edificada en este siglo. Al entrar a mano izquierda, Assail no se sorprendió al ver que todo estaba inmaculado: el suelo de cemento pintado de gris pálido, las paredes lisas y tan

blancas como el papel. Allí no había ningún aparato relacionado con el cuidado del jardín, nada de podadoras, azadas o rastrillos. Sin duda debía de haber otro cobertizo para esas cosas y nadie querría tener esa clase de equipo, sucio y maloliente, al pie de semejantes bellezas de vehículos.

Al quitarse rápidamente de la luz directa, sus pisadas resonaron alrededor. No parecía haber un nivel inferior. Y arriba solo había una pequeña oficina que se usaba para almacenar neumáticos, cobertores de lona y otros accesorios para los coches.

Assail regresó al primer nivel y salió del lugar a paso rápido. Cuando se acercó al guardaespaldas, pudo sentir cómo se asomaban sus colmillos, mientras las manos le temblaban y la cabeza le zumbaba de una forma que lo hizo pensar en coches corriendo por una autopista.

—¿Dónde está ella?

—¿Dónde… está… quién?

—Dame tu cuchillo, Ehric. —Cuando su primo sacó un cuchillo de dieciocho centímetros, Assail enfundó su arma—. Gracias.

Entonces puso la punta del cuchillo contra la garganta del hombre y se acercó tanto que pudo sentir el olor a miedo que brotaba de sus poros y el calor del aliento que salía de su boca.

Evidentemente estaba haciendo la pregunta equivocada.

—¿A qué otro sitio lleva Benloise a sus prisioneros? —Pero antes de que el hombre pudiera responder, Assail añadió—: Te sugiero que pongas mucha atención a lo que contestas. Porque si me mientes, lo sabré. Las mentiras tienen un olor particular.

El tío miró a su alrededor, como si estuviera evaluando sus posibilidades de supervivencia.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé…

Assail enterró el cuchillo hasta que cortó la superficie de la piel y la sangre roja regó la hoja.

—Esa no es la respuesta correcta, amigo. Ahora dime, ¿a dónde más lleva a la gente que captura?

—¡No lo sé! ¡Lo juro! ¡Lo juro!

El tío siguió gritando eso durante un rato y, trágicamente, no parecía estar mintiendo, a juzgar por su olor.

—¡Maldición! —murmuró Assail.

A continuación impuso el silencio con un corte rápido y el quinto humano inservible cayó al suelo.

Cuando dio media vuelta, Assail miró hacia la casa. Detrás de aquel techo lleno de ángulos y chimeneas, más allá de los árboles esqueléticos, había aparecido un suave resplandor por el oriente.

Un presagio de fatalidad.

—Tenemos que irnos —dijo Ehric en voz baja—. Al anochecer retomaremos la

búsqueda de tu hembra.

Assail no se molestó en corregir las palabras de su primo. Estaba demasiado concentrado en el hecho de que el temblor que había empezado en sus manos se había movido hacia arriba como una maleza que ascendía por su cuerpo y ahora le temblaban hasta los músculos de las piernas.

Le llevó un momento identificar la causa y, cuando lo hizo, una gran parte de él rechazó la noción.

Pero el hecho era que… por primera vez en su vida adulta, tenía miedo.

‡ ‡ ‡

—¿Dónde cojones queda ese lugar? ¿En Canadá?

Tras el volante del Crown Vic, El Mestizo estaba exasperado mientras el otro seguía rezongando. Este viaje de cinco horas que les había llevado toda la noche ya había sido lo suficientemente malo, pero lo peor era el gilipollas que iba sentado a su lado en el puesto del pasajero.

Si quería hacerle un favor al mundo, debería pegarle un tiro a ese idiota.

Sería tan satisfactorio acabar con ese majadero, pero en la organización había cosas que no podías hacer aunque fueras supervisor y una de ellas era darle matarile a un compañero.

—¿Dónde cojones estamos?

El Mestizo apretó la mandíbula.

—Ya casi llegamos.

Como si el estúpido ese fuera un chaval de cinco años que va a visitar a su abuela. ¡Joder!

Mientras se adentraban en la mitad de la nada, los faros del coche iluminaron las filas de pinos y los dos carriles que serpenteaban a los pies de una montaña en medio de la oscuridad. Sin embargo, un tenue reflejo color melocotón hacia el oriente anunciaba la llegada del amanecer.

Genial. Pronto llegarían a su destino y ahí podrían encargarse de la mercancía y descansar un poco.

El Mestizo entrecerró los ojos y se inclinó sobre el volante. Tenía la sensación de que se acercaban a la desviación…

Doscientos metros más adelante, una carretera sin pavimentar apareció a mano derecha.

No había necesidad de poner el intermitente, ni disminuir la velocidad. El Mestizo solo pisó los frenos y giró el volante, mientras su carga botaba en el maletero.

Si se había quedado dormida, con seguridad acababa de despertarse.

El ascenso era empinado y no podían ir muy rápido. A estas alturas de diciembre ya había caído mucha nieve y las carreteras del norte eran las más afectadas.

Solo había estado en una ocasión en esta propiedad, y aquella vez también tenía la misma misión. Al jefe no le gustaban las bromas y si le gastabas una, podías terminar secuestrado en este lugar, donde nadie podría encontrarte jamás.

El Mestizo no sabía qué había hecho esa mujer para ofender al jefe, pero ese no era su problema. Su trabajo era secuestrarla, hacerla desaparecer y retenerla hasta recibir nuevas instrucciones.

No obstante, le causaba curiosidad. El último gilipollas que había traído a este escondite había robado quinientos mil dólares y doce kilos de cocaína. ¿Qué habría hecho esta zorra? Y, joder, El Mestizo esperaba no tener que pasar ahí tanto tiempo como con el otro trabajo.

También se había jodido el manguito rotador por cuenta de esa misión.

Al jefe le gustaba torturar a sus víctimas, pero prefería mirar mientras que otro hacía el trabajo sucio.

Difícil reclamar una compensación a la seguridad social por las mierdas que le habían hecho a ese idiota.

Pero, en todo caso, a El Mestizo no le molestaba esa parte del trabajo. Él no era como algunos tíos a los que les fascinaba la violencia, pero tampoco era como el jefe, al que no le gustaba ensuciarse las manos. No, él estaba en el medio: no tenía ningún problema en encargarse de la mierda, siempre y cuando le pagaran bien por ello.

—¿Cuánto nos falta?

—Medio kilómetro.

—Está helando aquí.

Pero vas a tener más frío cuando estés muerto, cabrón.

El jefe había contratado a este mamón hacía unos seis meses y se lo habían asignado a él en un par de ocasiones. El Mestizo esperaba que despidieran al gilipollas pronto, pero hasta ahora no había tenido suerte.

Con lo bien que quedaría flotando en el río Hudson.

O dentro de un agujero.

Cualquier cosa para no tener que verlo más.

Después de una última curva de la carretera, llegaron a su destino. La cabaña tenía un solo piso y se mimetizaba perfectamente con el paisaje, pues prácticamente desaparecía en medio de los arbustos cubiertos de nieve. De hecho, la fachada tenía un aspecto deliberadamente abandonado. Sin embargo, el interior era una fortaleza que encerraba muchos secretos oscuros.

Y lo que llevaban ahora en el maletero se iba a sumar a esa lista.

Nunca había oído que hubieran llevado a una mujer allí. El Mestizo se preguntaba si sería atractiva. Imposible fijarse mientras la sacaban como un peso muerto de la casa.

Tal vez pudiera divertirse un poco para pasar el tiempo.

—¿Qué diablos es este lugar? Parece una cabaña abandonada. ¿Tiene calefacción?

El Mestizo cerró los ojos y repasó varias fantasías en las que había mucha sangre. Luego abrió la puerta del coche y se bajó para estirar las piernas. Joder, tenía que orinar.

Mientras caminaba hacia la puerta, dijo entre dientes:

—Sácala del maletero, ¿quieres?

No había que preocuparse por buscar llaves. Había un identificador de huella.

Necesitó una linterna para llegar hasta la entrada decrépita y ya casi estaba llegando cuando algo en su interior le dijo que esperara.

—Ten cuidado al abrir —le gritó al cabrón.

—Sí, claro. —Phil, que así se llamaba el desgraciado, se acercó al maletero—. ¿Qué crees que me podría hacer?

El Mestizo sacudió la cabeza y susurró:

—Si hay suerte, darte matarile…

Tan pronto como se abrió la puerta del maletero, se armó un jaleo: la mujer salió de allí como impulsada por un resorte y había encontrado un arma. El resplandor rojo de la bengala iluminó la oscuridad, mientras ella enterraba la punta del cilindro contra la cara del compañero de El Mestizo…

Phil soltó un aullido de dolor que espantó a un búho del tamaño de un chico de diez años, el cual salió volando del árbol que estaba junto a El Mestizo, obligándolo a agacharse para no estrellarse con las alas del animal.

Pero luego tuvo que incorporarse de prisa.

Pues la mujer salió corriendo como loca, demostrando que, a diferencia de Phil, ella no era ninguna idiota.

—¡Hija de puta! —El Mestizo salió corriendo detrás de ella, siguiendo el ruido que indicaba que se había salido de la carretera. Se pasó la linterna a la mano izquierda y con la derecha sacó la pistola.

Este no era el plan. Ni mucho menos.

La zorra era veloz como un demonio y, mientras corría detrás de ella, El Mestizo se dio cuenta de que no iba a poder alcanzarla y lo último que quería hacer era llamar al jefe para decirle que la habían dejado escapar.

Si eso pasaba, él podría ser el próximo inquilino de la «cabaña».

La única oportunidad que le quedaba era dispararle.

Así que se detuvo detrás de un álamo, apoyó el cañón de su pistola y empezó a disparar alrededor en medio del incipiente amanecer.

Se oyó un grito agudo y luego un silencio total: no más chapoteo. Solo un ligero roce, como si la mujer se estuviera retorciendo en el suelo.

—¡Genial! —El Mestizo resopló mientras se acercaba.

Si era una herida letal, la había cagado tanto como si la hubiera dejado escapar.

La linterna iluminaba el paisaje mientras él se acercaba al lugar donde creía que estaba su presa herida.

Y ahí estaba. Con la cara contra la nieve y agarrándose una rodilla contra el

pecho. Solo que él ya no iba a caer. Solo Dios sabía qué planes podía tener esa mujer.

—Levántate o te vuelvo a disparar. —El Mestizo metió otro cargador en su pistola—. Levántate.

Gemidos. La mujer seguía retorciéndose en el suelo.

El Mestizo accionó el gatillo y metió una bala en el suelo, justo al lado de la cabeza de la mujer.

—Levántate o la próxima bala te atravesará el cráneo.

La mujer se incorporó con dificultad. Tenía la ropa llena de ramas y el pelo despeinado. El Mestizo no se molestó en estudiarla en ese momento, lo más importante ahora era llevarla a la cabaña.

—Manos arriba —le ordenó y la apuntó al centro del pecho—. Camina.

La mujer iba cojeando y El Mestizo podía sentir el olor de la sangre mientras caminaba detrás de ella. Ya no podría salir corriendo.

Les llevó cuatro veces más tiempo regresar al coche y, cuando por fin llegaron, Phil seguía en el suelo y no se movía. Sin embargo, todavía respiraba, pero con tanta dificultad que se veía que el dolor era intenso.

Cuando pasaron junto a él, El Mestizo le miró la cara. Mierda, tenía quemaduras de tercer grado por todas partes, y seguramente perdería un ojo. Pero probablemente viviría.

Genial. Sin embargo, se ocuparía de él más tarde.

Cuando llegó a la puerta de la cabaña con la mujer, sabía que necesitaba mantener el control de la situación.

Así que la agarró de la nuca con un movimiento rápido y le golpeó la cabeza contra los paneles de la puerta.

Cuando la mujer se desplomó sobre el suelo, El Mestizo pensó que esta vez sí tardaría un rato en regresar. Sin embargo, todavía esperó un momento para ver si reaccionaba, antes de guardar el arma, poner el pulgar en el lector y abrir la puerta.

El Mestizo encendió las luces, agarró a la mujer de las axilas y la arrastró hacia dentro. Después de cerrar la puerta, la arrastró por el suelo de cemento hasta la escalera… y luego la bajó al sótano.

En el nivel inferior había tres celdas, iguales a las que se veían en televisión, con barrotes de hierro, suelo de cemento y camastros de acero inoxidable. Los baños funcionaban bien, aunque no para comodidad de los prisioneros sino para no ofender el olfato del jefe. Nada de ventanas.

El Mestizo solo respiró tranquilo cuando metió a la mujer en la primera celda y cerró la puerta.

Antes de subir al primer piso para confirmar la captura con la base, tapar el Crown Vic y hacer algo con Phil, se dirigió a la celda de al lado y echó una meada que duró como hora y media. Se subió la cremallera, salió y miró hacia la pared de acero inoxidable que tenía frente a él.

Los grilletes que colgaban de las dos cadenas pronto estarían en uso.

Al margen de lo que había pasado con Phil, casi sentía pena por aquella zorra.

CAPÍTULO 8



Más tarde esa mañana, Wrath recibió un gancho desde la izquierda, y a pesar del silbido que produjo el puño mientras cortaba el aire, el rey no pudo responder a tiempo. Los nudillos lo alcanzaron directamente en la mandíbula y su cabeza giró como un balón, mientras le salía sangre por la boca.

Genial.

Después de otra infernal sesión en el trono con Saxton —de siete a diez horas más de su vida que nunca podría recuperar—, había subido a su habitación privada a buscar a Beth, pensando obsesivamente en hacerle el amor, pues el sexo era lo único que podría salvar al planeta de su mal humor.

Pero su compañera estaba profundamente dormida.

Así que se había quedado como una hora contemplando el techo, antes de llamar a Payne y proponerle que se encontraran en el gimnasio del centro de entrenamiento.

Como decía Rhage, lo mejor para descansar eran el sexo o el combate. Y como el sexo no era una opción en este caso, pues tendría que recurrir al combate.

Wrath aprovechó la energía del impacto para redirigirla en una patada que alcanzó a su oponente en el costado y la hizo tambalearse hacia atrás. Pero la hermana de V no se dejó tumbar. Aterrizó con la agilidad de un gato y Wrath sabía que Payne tenía planes para él.

Triangulando las corrientes de aire, el olor de la guerrera y el sonido de sus pies descalzos que se acercaban, Wrath se dio cuenta de que Payne lo atacaría de frente. Así que se puso en cuclillas y disfrutó de la forma en que sus muslos se apretaron para sostener sus ciento treinta kilos de peso. Luego recogió los codos y esperó a tenerla cerca para golpearla. Pero con la ventaja de la vista y sus buenos reflejos, Payne evitó el ataque y lo levantó agarrándolo de la cintura.

Payne no combatía como una chica ni con los puños, ni con los pies, ni con el

resto del cuerpo. Ella se parecía más a un todoterreno y, a pesar de que a Wrath le hubiese gustado que no fuera así, la verdad es que sabía darle por el culo cada vez que quería.

Wrath se estrelló contra el suelo de espaldas como si fuera un bulto. Pero no tenía intención de quedarse en esa posición durante mucho tiempo.

Y eso resultó ser un problema.

Porque al aterrizar en el suelo se había acordado de la manera como se había caído en el *loft* al levantarse de la cama por la mañana y eso disparó una chispa dentro de él. Impulsado por una agresividad brutal, en un segundo se olvidó de que esto no era más que un entrenamiento para mantenerse en forma y hacer un poco de ejercicio, y el instinto asesino tomó el control del combate.

Con un rugido que reverberó por todo el gimnasio, Wrath agarró a Payne de los brazos para quitársela de encima y tirarla con brutalidad contra la colchoneta.

Payne era una hembra bastante robusta, muy musculosa y letal, pero aun así Wrath la aventajaba en fuerza y tamaño, y no hubo manera de que ella pudiera zafarse cuando se le montó encima y le pasó el brazo alrededor del cuello. Con la garganta de Payne bien agarrada con el gancho de su brazo, Wrath se enganchó la muñeca con la otra mano y se echó hacia atrás decidido a asfixiarla.

Restrictores. Enemigos. Muertes trágicas que habían cambiado el curso de su vida, y la de otras personas.

La distancia que lo separaba de su compañera. La frustración sexual. La sospecha de que Beth le estaba ocultando algo.

La frustración crónica que se había convertido en una ansiedad que nunca lo abandonaba.

Miedo. Oculto y venenoso.

Autodesprecio.

Contra el telón negro de su ceguera, todo se volvió blanco de repente y la rabia se apoderó de Wrath. Lo cual le dio todavía más fuerza a sus músculos y a sus huesos. Y a pesar de que Payne le clavó las uñas en el brazo y luchaba desesperadamente para liberarse antes de que la matara, Wrath no se movió.

Quería matar. Y estaba a punto de hacerlo…

—¡Wrath!

Tal como le sucedía con la resistencia que trataba de oponer Payne, los gritos que trataban de detenerlo no tenían efecto alguno en él. Estaba obsesionado con matar y había perdido toda conciencia de su entorno…

Entonces apareció alguien más y comenzaron a tratar de quitarlo de allí, mientras seguían llamándolo a gritos.

Debajo de él, Payne comenzaba a ceder y la fuerza iba abandonando lentamente su cuerpo, dando paso a una quietud que era exactamente el premio que buscaba la furia desatada de Wrath. Solo necesitaba un momento más, un poco más de presión y…

Un sonido agudo y repetido sonó justo frente a su cara. Una y otra vez, con un ritmo sostenido, como los golpes de un tambor. Lo único que cambiaba era el volumen.

Que iba en aumento.

O tal vez lo oía más fuerte porque por fin algo empezaba a llegar hasta el fondo de su conciencia.

Wrath frunció el ceño mientras seguía el jaleo. Y al levantar la cabeza, dejó de apretar con tanta fuerza.

George.

Su amado y dócil golden retriever estaba justo delante de su cara, ladrando como si fuera un cañón, decidido a que Wrath dejara de hacer lo que estaba haciendo.

De repente, Wrath entendió lo que estaba pasando.

¿Qué cojones le ocurría?

Wrath soltó de inmediato a Payne, pero no tuvo oportunidad de levantarse por sus propios medios, porque quienquiera que estuviera tirando de ellos desde detrás asumió el control y lo quitó de encima del cuerpo de la guerrera.

Cuando aterrizó de espaldas sobre la colchoneta, los resoplidos y arcadas de su oponente se mezclaron con los insultos de quienquiera que estuviera con ellos.

—¿En qué coño estabas pensando? —Wrath sintió que ahora había alguien más delante de él—. ¡Casi la matas!

Wrath se llevó las manos a la cabeza y sintió que el sudor le cubría todo el cuerpo.

—No lo sé —se oyó decir—. No sé qué…

—¿Acaso pensaste que ella podía respirar en esa posición? —Era la doctora Jane. Claro. Debía de estar en la clínica y debía de haber oído los ladridos…

Y iAm también estaba ahí. Wrath podía sentir a la Sombra, aunque por lo general no hablara mucho.

—Lo siento, Payne… Lo siento.

Por Dios, ¿qué había hecho?

Aborrecía la violencia contra las hembras. El problema era que, cuando estaba combatiendo con Payne, no pensaba en que la hermana de V fuera una hembra. Ella solo era su oponente, nada más y nada menos. Y Wrath también había sufrido ya varios moretones y hasta uno o dos huesos rotos que demostraban que, cuando se trataba de combatir, ella tampoco era ningún angelito.

—Mierda. Payne… —Wrath estiró una mano hacia el aire, mientras percibía el olor del miedo de la guerrera y aquel aroma que caracterizaba a la muerte inminente —. Payne…

—No pasa nada —dijo la guerrera con voz ronca—. De verdad.

La doctora Jane soltó varios insultos.

—Esto es entre él y yo —le dijo Payne a su cuñada—. No es de tu incumbencia.

Mientras Payne se sumía en un ataque de tos, Jane dijo:

—¡Claro que es mi problema, si casi te estrangula!

—Pero ya me iba a soltar…

—¿Ah, sí? ¿Por eso te estabas poniendo azul?

—No me…

—Wrath tiene el brazo lleno de sangre. ¿Me vas a decir que no fueron tus uñas las que hicieron eso?

Payne contuvo el aire.

—Estábamos combatiendo, joder.

La doctora Jane bajó la voz.

—¿Tu hermano sabe hasta dónde está llegando esto?

Al oír que Wrath añadía sus propios tacos a la conversación, Payne gruñó:

—No le vas a contar nada a Vishous sobre esto…

—Dame una buena razón para no hacerlo y te prometo pensarlo. De lo contrario, nadie me dice a mí qué le puedo decir a mi marido o no. Ni tú, ni él…

Wrath sintió que la doctora lo estaba mirando con odio.

—… y ciertamente no me voy a callar cuando se trata de la seguridad de un miembro de su familia.

El silencio que siguió estaba lleno de tensión. Y luego Payne dijo:

—¿Cuántos huesos rotos le has curado el rey? ¿Cuántas puntadas has tenido que darle? La semana pasada pensaste que le había dislocado el hombro… y en ningún momento pensaste en salir corriendo a contárselo a su shellan. ¿O sí?

—Esto es distinto.

—¿Porque soy hembra? Perdón, pero si eso es lo que piensas, quiero que me mires a los ojos y me lo digas.

Por Dios, era como si su mal humor hubiese contagiado a todo el mundo, pensó Wrath. Pero, claro, lo que había empezado todo esto había sido su forma de actuar. Joder…

Mientras se restregaba la cara, Wrath se quedó oyendo la conversación de las dos hembras.

—Ella tiene razón —dijo de repente.

Las dos se callaron y lo miraron.

—No me iba a detener —dijo Wrath y se puso de pie—. Así que le diré la verdad a V y nunca más volveremos a hacer esto…

—No te atrevas —replicó la guerrera, antes de sucumbir a otro ataque de tos. Pero tan pronto como se recuperó, volvió a enfrentarse a Wrath—. No te atrevas a faltarme al respeto de esa manera. Vengo aquí a combatir contigo para mantenerme en forma. Y si tú aprovechas mi debilidad, es culpa mía, no tuya.

—Entonces, ¿crees que solo te estaba dando una paliza? —le preguntó Wrath con gesto sombrío.

—Claro. Yo todavía no te había dicho que me soltaras.

—¿Y crees que yo te habría hecho caso?

Wrath sintió cómo una sensación de pánico cargaba las moléculas que rodeaban a la guerrera.

—Y esa es la razón por la cual nunca volveremos a hacer esto —dijo Wrath y se volvió luego hacia la doctora Jane—: Pero Payne también tiene razón y esto no es de tu incumbencia, así que mantente al margen.

—Y una mierda si…

—No es una petición, Jane. Es una orden. Y te prometo ir a hablar con V tan pronto me dé una ducha.

—Cuando quieres, puedes ser un auténtico gilipollas, Majestad.

—Y un asesino. No olvides eso.

Wrath empezó a caminar hacia la puerta, sin molestarse en agarrar el asa del arnés de George. Cuando empezó a desviarse de la dirección correcta, el perro lo condujo hacia la salida.

—Vamos a los vestuarios —gruñó Wrath, cuando salieron al pasillo.

George, que conocía bien la palabra que seguía a las sesiones de ejercicio, lo ayudó a avanzar por el pasillo, mientras sus pezuñas tamborileaban contra el suelo.

Gracias a Dios el centro de entrenamiento estaba desierto a esa hora del día. Pues lo último que quería era encontrarse con alguien.

Mientras los Hermanos dormían, el extenso complejo subterráneo estaba vacío, desde el gimnasio y sus salas llenas de equipos, pasando por el pabellón de tiro y los salones de clase, hasta la piscina olímpica y la oficina desde donde se controlaba todo aquello. También solían estar vacíos los quirófanos de la doctora Jane y Manny, y las salas de recuperación.

Aunque casi habían tenido que ingresar a Payne como paciente.

Mierda.

Mientras avanzaba por el pasillo, Wrath iba deslizando la mano por la pared para saber a qué altura se encontraba y se detuvo al llegar a una puerta.

—¿Quieres esperarme aquí? —le dijo a George.

A juzgar por el ruido del collar y el golpeteo de algo duro contra el suelo, aparentemente el golden retriever había decidido sentarse fuera mientras Wrath se duchaba, lo cual era bastante lógico. A George no parecían gustarle mucho la humedad y el calor, debido, seguramente, a su largo pelaje.

Wrath empujó la puerta y pudo orientarse perfectamente. Gracias a la acústica cerrada del lugar y a las paredes de baldosa, era bastante fácil orientarse por el sonido… y la costumbre. Además, le resultaba mucho más fácil manejarse por los espacios en los que había pasado mucho tiempo cuando todavía tenía un poco de visión.

Mierda. ¿Qué habría pasado si el perro no lo hubiera detenido?

Wrath se dejó caer contra la pared y agachó la cabeza.

Luego se restregó la cara mientras pasaban por su cerebro imágenes de lo que podría haber ocurrido después.

El gemido que brotó de su garganta parecía una sirena de niebla. Payne era la hermana de su hermano. Una guerrera a quien él respetaba, acabada por su culpa.

Le debía mucho a ese perro. Como siempre.

Después de quitarse la camiseta sudada, la dejó caer en el suelo, mientras se quitaba las bermudas de nailon. Con la mano apoyada otra vez contra la pared, Wrath caminó hacia delante y supo exactamente cuándo llegó a la ducha porque el suelo tenía una pequeña inclinación. Los tres grifos estaban en línea y el rey se dirigió hacia ellos, mientras sentía los desagües circulares bajo sus pies.

Eligió uno al azar, se volvió hacia el agua y se preparó para el chorro de agua fría que lo golpeó directamente en la cara.

Dios, ese ataque de ira. Era una sensación familiar, pero no algo por lo que quisiera volver a pasar en su vida. Esa rabia salvaje era lo que lo había ayudado a sobrevivir en aquellos años transcurridos entre el asesinato de sus padres y el momento en que conoció y se apareó con Beth. Wrath pensaba que esa sensación había desaparecido para siempre.

—¡Joder!

Cerró los ojos, apoyó las palmas de las manos contra la pared de la ducha y se inclinó sobre los brazos. Sentía como si tuviera un par de aspas de helicóptero en la cabeza y estas estuvieran a punto de separar su cráneo del resto del cuerpo.

Mal… dición.

Nunca antes había pensado en eso, pero la locura era, básicamente, un concepto hipotético para los cuerdos; un insulto despectivo con el que te referías a alguien a quien no respetabas; una manera de calificar un comportamiento inapropiado.

De pie en aquella ducha, Wrath se dio cuenta de la que la verdadera locura no tenía nada que ver con el síndrome premenstrual, ni con el agotamiento, o con emborracharse en una habitación de hotel hasta desmayarse. No era conducir como un loco o robar un banco, o desquitarte momentáneamente con un objeto inanimado.

Era que el mundo desapareciera de tu entorno; decirle adiós a las sensaciones y centrarte obsesivamente en tu yo interno, mientras todo lo demás, tu compañera, tu trabajo, tu comunidad, tu salud y tu bienestar, no solo quedaba fuera de tu alcance, sino que dejaba de existir por completo.

Y la parte más aterradora era ese punto intermedio en que tenías un pie en la realidad y el otro en tu purgatorio personal, y podías sentir cómo el primero se deslizaba cada vez más hacia donde estaba el segundo.

De repente, Wrath perdió el equilibrio y todo el mundo se ladeó sobre su eje hasta el punto de que no supo si se había caído de morros o de espaldas.

Pero luego sintió la afilada hoja de un cuchillo bajo su barbilla y se dio cuenta de que alguien lo había agarrado del pelo.

—En este momento —le siseó alguien al oído— sabemos dos cosas. Pero solo una de ellas alterará la partida.

CAPÍTULO 9



Se trataba de un serio episodio de migraña.

Cuando iAm abrió la puerta de la habitación de su hermano, el sufrimiento del pobre desgraciado se podía palpar en el aire y hacía que fuera difícil respirar… y hasta ver bien.

Pero, claro, todo estaba a oscuras.

—¿Trez?

El gemido que obtuvo como respuesta no auguraba nada bueno: era una combinación de animal herido y garganta exhausta de vomitar. iAm levantó la muñeca hacia el rayo de luz que entraba por la puerta y soltó una maldición. A esta hora su hermano ya debería estar recuperándose y su cuerpo ya debería estar saliendo del agujero que se lo había tragado.

Pero no era así.

—¿Quieres algo para el estómago?

Balbuceos, balbuceos, un gruñido, más balbuceos.

—Está bien, seguro que tienen de eso.

Balbuceos, un gemido, otro gemido. Susurros, susurros.

—Sí, de eso también. ¿Quieres unas galletas de chocolate?

Mmmmmmmgemido.

—Entendido.

iAm cerró la puerta y regresó a las escaleras por las que descendió al lugar donde se unían el pasillo de las estatuas y el vestíbulo del segundo piso. Como el resto de la casa, todo estaba tan silencioso como una tumba, pero al llegar a las escaleras principales, su nariz de chef notó los sutiles aromas de la Primera Comida que estaban preparando en la cocina.

Cuanto más se acercaba al ala de los doggen, más le rugía el estómago. Era lógico. Después de terminar su boloñesa, había ido a ver a su hermano y luego había

pasado horas en el gimnasio.

Allí había visto mucho más que el interior del cuarto de pesas.

Lo último que habría deseado era tratar de quitar al rey de encima de aquella guerrera. Pero estaba terminando su rutina de ejercicios cuando oyó a alguien gritar y salió para ver de qué se trataba. Y entonces se encontró con el rey estrangulando a esa hembra como si su brazo fuera una serpiente pitón.

Ni que decir tiene que ahora sentía más respeto por ese vampiro ciego. Había pocas cosas que iAm no hubiera sido capaz de mover en su vida adulta. Había cambiado una rueda sin tener gato. Se sabía que era capaz de mover en su cocina tanques llenos de salsa tan grandes como una lavadora. Joder, había movido incluso una secadora sin pensárselo mucho.

Y luego había tenido que quitarle aquel camión de encima a su hermano hacía dos años.

Otro ejemplo de cómo la vida amorosa de Trez solía descontrolarse.

Pero abajo, en el centro de entrenamiento con Wrath, no había podido mover a ese maldito vampiro. El rey estaba aferrado a su víctima y la expresión de su rostro no mostraba ninguna emoción, ni siquiera una mueca de esfuerzo. Y su cuerpo parecía letalmente fuerte.

iAm sacudió la cabeza cuando atravesó el mosaico del manzano florecido.

Tratar de mover a Wrath había sido como empujar una piedra. Ni para adelante, ni para atrás.

Gracias a Dios, ese perro había logrado llamar su atención.

Por lo general a iAm no le gustaban los animales en la casa, y definitivamente no era un amante de los perros. Le parecían demasiado grandes y demasiado dependientes, y le molestaban los pelos. Pero ahora respetaba a ese golden lo que fuera…

Miaaaaaauuuuuuuuuu.

—¡Mierda!

Hablando del rey de Roma… Cuando el gato negro de la reina se metió entre sus pies, iAm se vio obligado a hacer un paso como de Michael Jackson para evitar pisarlo.

—¡Joder, gato!

El felino lo siguió hasta la cocina, siempre alrededor de sus tobillos, casi como si supiera que estaba pensando bien del perro y quisiera establecer su dominio.

Solo que los gatos no podían leer la mente, claro.

iAm se detuvo y miró con odio al animal.

—Qué diablos quieres.

En realidad no era una pregunta, y tampoco se preocupó por esperar la respuesta del gato.

Entonces este levantó una pata negra y luego…

iAm vio cómo el gato saltaba a sus brazos, rodando sobre el lomo y ronroneando

como si fuera un Ferrari.

—¿Te estás quedando conmigo? —murmuró—. No me caes bien. ¡Maldición!

—Señor, ¿qué puedo hacer por usted?

Cuando Fritz, el anciano mayordomo, se plantó delante de él, iAm tardó un momento en recuperar el control. Desgraciadamente, en lo único en lo que estaba pensando ahora era en masacrar al mundo.

Pero eso solo era una fantasía inducida por el estrés. Todavía recordaba la época, hace muuuuucho tiempo, en que le molestaba todo.

Una garra, otra garra y otra garra, todas sobre su camisa.

—Joder… —iAm se dio por vencido y acarició aquella panza negra—. Y no, no necesito nada.

Pero el ronroneo se volvió tan fuerte que tuvo que inclinarse hacia el mayordomo para hacerse oír.

—¿Qué has dicho?

—Que estaría encantado de ayudarle con lo que necesite.

—Sí, lo sé. Pero voy a ocuparme de mi hermano. Solo yo y nadie más. ¿Está claro?

Ahora el gato se estaba frotando la cabeza contra sus pectorales. Y luego se estiraba.

Ay, Dios, esto era horrible, en especial cuando la cara ya de por sí alargada del mayordomo se estiró hasta sus seguramente frágiles rodillas.

—Ay, mierda, Fritz…

—¿Acaso está enfermo?

iAm cerró los ojos cuando oyó aquella voz femenina. Fantástico. Otra complicación.

—Está bien —dijo iAm sin mirar a la Elegida Selena.

Luego siguió hacia la cocina con el gato todavía encima de él.

Perfecto. ¿Cómo iba a sacar de la alacena todas las provisiones que necesitaba para la fase de recuperación posmigraña, con ese animal entre los brazos?

¿Cómo se llamaba aquel bicho?

Está bien. Lo llamaría Maldito Gato.

Mirando aquellos ojos grandes y felices, iAm puso cara de disgusto mientras lo acariciaba debajo de la boca. Y detrás del oído.

—Suficiente —dijo mientras levantaba una de las garras—. Ahora te voy a poner en el suelo.

Así que tomó el control, sacó al gato de su posición de relajación y se dispuso a ponerlo en el…

Pero de alguna forma el animal logró agarrarse a las fibras de su forro polar y quedarse colgando de su pecho como si fuera una corbata.

—¿Estás de coña?

Más ronroneo. Un parpadeo de esos ojos luminosos. Una expresión de seguridad

que le informaba de que esta interacción se haría como el gato quería y punto.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Selena con voz suave.

iAm se tragó un taco y miró con odio al gato. Luego a la Elegida. Pero, salvo que se quitara el forro, tendría que aceptar que Maldito Gato se iba a quedar donde estaba.

—Necesito una de esas galletas que están arriba. —La Elegida estiró el brazo y cogió un paquete—. Y también va a necesitar unas patatas fritas.

—¿Normales o con sabor a lima?

—Normales. —iAm cedió a la voluntad del gato y volvió a acariciarlo, ante lo cual este se relajó de nuevo—. Va a querer uno de esos pasteles Entenmann's. Y vamos a subirle tres Coca-Colas bien frías, dos Poland Springs grandes a temperatura ambiente y todo lo que se nos ocurra.

Después de uno de esos dolores de cabeza, Trez necesitaba hidratarse e ingerir glucosa y cafeína. Lo cual tenía sentido, pues pasar doce horas sin comer no era buena idea. Pero además estaban las náuseas y el malestar estomacal.

Cinco minutos después, iAm, la Elegida y el gato se dirigían al tercer piso. Al menos iAm había logrado ayudar con las cosas metiéndose las botellas de agua debajo de las axilas. Además, Fritz les había prestado una bolsa para que llevaran el resto.

Por Dios, habría preferido hacer este viaje solo.

—Le gustas mucho —comentó la hembra mientras subían las escaleras.

—Es mi hermano. Más le vale que le caiga bien.

—Ay, no… Me refiero al gato. Boo te adora.

—Pues no es mutuo.

iAm tenía toda la intención de despachar a la hembra cuando llegaran a la puerta de la habitación, pero Maldito Gato seguía prendido a él.

Lo cual fue la razón de que la Elegida Selena terminara entrando al cuarto de Trez.

Exactamente lo que no debía pasar.

Gracias, gato.

Cuando la puerta se abrió, penetró un rayo de luz que iluminó a Trez justo cuando se incorporaba en la cama.

Alguien había sentido el olor de la hembra.

Estupendo, de puta madre.

Además, iAm se preguntaba por qué su hermano no tenía peor aspecto. Debería haberlo encontrado fatal después de lo que había pasado durante el día.

—¿Dónde pongo esto? —les preguntó la Elegida.

—Sobre el escritorio —murmuró iAm, porque era el punto más alejado de la cama.

—Déjanos solos —se oyó que decía el paciente.

Muy bien, gracias a Dios, Trez estaba teniendo, por fin, un momento de lucidez. La Elegida podría seguir con sus asuntos, mientras que él y su hermano podrían tratar

de recuperarse…

Pero iAm se dio cuenta de que nadie se movía. A pesar de que Trez todavía estaba sentado en la cama y la Elegida parecía paralizada. Y los dos lo estaban mirando.

—¿Qué? —preguntó entonces.

Cuando entendió lo que sucedía, iAm entrecerró los ojos y miró a Trez.

—¿Estás hablando en serio?

—Déjanos solos —fue lo único que volvió a decir el desgraciado.

Maldito Gato dejó de ronronear en sus brazos, como si el animal percibiera la energía negativa que se estaba regando por la habitación.

Pero el problema es que no hay quien trate con un idiota y, la verdad, iAm estaba a punto de dejar de intentarlo.

Así que se volvió hacia la Elegida y le dijo en voz baja:

—¡Cuidado!

Y con esas palabras, agarró al gato y salió de la habitación.

Sin duda era lo mejor que podía hacer, porque en ese momento tenía ganas de estrangular a su hermano, tal como le había visto hacerlo a Wrath esa mañana, y de ello no podía salir nada bueno.

iAm volvió sobre sus pasos y se dirigió a las escaleras. En algún momento acarició de nuevo al animal y sus dedos empezaron a trazar un círculo debajo de la barbilla del gato.

Al regresar a la cocina, que ahora estaba llena de doggens, llegó la hora de separarse de su sombra.

—Fritz.

El mayordomo se acercó.

—¿Sí, señor? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Toma esto. —iAm se quitó el gato de encima, arrancando las garras delanteras del animal de las fibras de su forro polar—. Y haz lo que tengas que hacer con él.

Cuando dio media vuelta, sintió la necesidad de darse la vuelta para asegurarse de que el gato estuviera bien. Pero ¿por qué diablos iba a hacerlo?

Tenía que ir a Sal’s a supervisar a sus empleados. Por lo general iba al restaurante al principio de la tarde, pero hoy con el asunto de la migraña las cosas no habían sido como siempre. Cada vez que su hermano tenía una, a los dos les dolía la cabeza. Ahora bien, con Trez en proceso de recuperación —iAm estaba seguro de que no tardaría mucho en ponerse a follar con la Elegida— era hora de regresar a sus propios asuntos.

Aunque solo fuera para no volverse loco.

Por Dios, ahora Trez se iba a acostar con esa hembra. Y solo Dios sabía a dónde los llevaría eso.

Justo cuando llegó a la salida, iAm llamó al mayordomo por encima del hombro.

A través del ruido de la preparación de la Primera Comida, el doggen le respondió:

—¿Sí, señor?

—Nunca encuentro pescado o marisco aquí. ¿A qué se debe?

—Al rey no le gusta.

—Pero ¿permitiría que lo trajera yo?

—Ah, claro, señor. Es solo que no quiere verlos en su mesa y, ciertamente, nunca en su plato.

iAm se quedó mirando los paneles de la puerta y luego dijo:

—Quiero que consigas salmón fresco y lo cocines. Esta noche.

—Desde luego. Pero no lo voy a tener listo antes de la Primera Comida…

—No es para mí. Yo odio el pescado. Es para el gato. Quiero que le den pescado regularmente. —iAm empujó la puerta para abrirla—. Y consíguele verdura fresca. ¿Qué clase de comida le dan?

—Solo lo mejor. Hill's Science Diet.

—Averigua qué contiene esa comida. Quiero que desde ahora tome cosas cocinadas. Que no le vuelvan a dar comida de bolsa.

Una expresión de aprobación iluminó la voz del doggen.

—Estoy seguro de que el amo Boo agradecerá su interés especial.

—No estoy interesado en esa bola de pelo.

Absolutamente molesto consigo mismo y con todos los demás habitantes del planeta, iAm salió entonces de la cocina y de la mansión. En el momento perfecto. El sol acababa de ponerse y la luz desaparecía del cielo.

A iAm le encantaba la noche y se tomó un momento para respirar profundamente. El aire frío del invierno hizo que se le alegraran las mucosas.

Si fuera dueño de su propia vida y no estuviera atado a su hermano y a la prisión que le habían impuesto sus padres a Trez, habría elegido una existencia muy distinta. Seguramente estaría en algún lugar del oeste, viviendo en el campo y lejos de todo el mundo.

No solo era un solitario por naturaleza. La verdad era que iAm no veía sentido a lo que hacían tantas otras personas. En su mente, el mundo sencillamente no necesitaba otro iPhone, o un servicio de internet más rápido, u otra franquicia de *Real Housewives*. Joder, ¿a quién coño le importaba que el vecino tuviera un coche / casa / yate / tráiler / segadora más grande? ¿Por qué nos molestaba que alguien tuviera un mejor reloj / teléfono / televisor / billete de lotería? Y no hablemos de las zapatillas. Nada que tuviera que ver con la moda. Los anuncios de maquillaje, los dramas de las estrellas de cine, los compradores compulsivos y los drones humanos sin conciencia que creían en lo que la publicidad les metía por los ojos.

Y no, los humanos no eran los únicos que compraban todas esas mierdas.

Los vampiros eran iguales. Se sentían superiores a las ratas sin cola, pero eran idénticos.

Había tantos que renunciaban a lo que eran realmente para acogerse a los dictados de lo que les decían que desearan, necesitaran o buscaran.

Pero, claro, él no había sido capaz de liberarse de los dramas de su hermano, así que ¿quién era él para…?

Cuando le sonó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, iAm metió la mano y lo agarró. Antes de mirar la pantalla ya sabía de quién se trataba, así que aceptó la llamada y se llevó el móvil a la oreja.

La pequeña parte de él que había vuelto a la vida volvió a morirse en el centro de su pecho.

—Excelencia —saludó al gran sacerdote—. ¿A qué debo este honor?

‡ ‡ ‡

Mientras paseaba por su cocina, Assail miró el reloj. Luego dio media vuelta frente al fregadero y volvió a caminar hasta la encimera. Y miró el reloj de nuevo.

Ehric se había marchado hacía veintiún, no, veintidós minutos, y el viaje al que lo había mandado no debería llevarle más de veinticinco.

Assail sentía los latidos del corazón. Tenía un plan para la noche, y esta primera parte era tan crítica como la conclusión.

Sacó su móvil y marcó…

El pitido doble que sonó indicaba que había un vehículo entrando al garaje.

Assail corrió al patio interno, abrió la puerta reforzada y trató de ver a través de las ventanillas polarizadas de su Range Rover blindado. Si sus primos habían logrado…

El protocolo era esperar a que todo se volviera a cerrar antes de salir del vehículo, pero la impaciencia y el miedo que lo atormentaban eran más fuertes que la regla. Assail se lanzó hacia el todoterreno, mientras Ehric apagaba el motor y se bajaba en compañía de su hermano.

Antes de que Assail pudiera interpretar qué había ocurrido gracias a la expresión de sus primos, o comenzara a hacer preguntas y a pedir explicaciones, la puerta trasera se abrió lentamente.

Ehric y su hermano quedaron paralizados. Como si no tuvieran mucho control sobre la carga que llevaban y supieran que ahora podía pasar cualquier cosa.

La anciana humana que se bajó del todoterreno medía un metro cincuenta y era tan robusta como una cómoda. Tenía el pelo grueso y blanco echado hacia atrás, la cara llena de arrugas y sus ojos oscuros observaban con inteligencia y sagacidad detrás de unos párpados pesados. Debajo de un andrajoso abrigo de lana negro llevaba un vestido sencillo, amplio, de flores azules, pero sus zapatos sin tacón y el bolso que les hacía juego eran de cuero auténtico, como si quisiera llevar puesto lo mejor que tenía y eso fuera todo lo que había en su armario.

Assail le hizo una venia.

—Señora, bienvenida.

La abuela de Sola sostenía el bolso debajo del pecho.

—Mis cosas. Las traje.

Su acento portugués era bastante pesado y Assail tuvo que repasar las palabras para traducirlas.

—Bien. —Les hizo una seña a los primos y ellos sacaron de inmediato del todoterreno tres modestas maletas que no hacían juego—. Su habitación está lista.

Ella asintió secamente.

—Adelante.

Cuando Ehric cogió el equipaje levantó una ceja, y tenía derecho a estar impresionado. A Assail no le gustaba que le dieran órdenes.

Sin embargo, en este caso se harían muchas excepciones.

—Claro. —Assail dio un paso atrás y volvió a inclinarse, mientras le señalaba la puerta por la que él había salido.

Con la majestuosidad de una reina, la anciana caminó hacia los tres escalones que llevaban a la casa.

Assail se apresuró a despejar el camino.

—Este es un patio para guardar cosas. Más allá está la cocina.

Caminando detrás de ella, parecía muy impaciente. Sin embargo, no había prisa alguna. Tenía que asegurarse de que la fachada legítima del imperio de Benloise se vaciara de comerciantes de arte y empleados antes de poder ir a hacerle una visita. Y eso llevaría al menos una hora.

Assail siguió su recorrido.

—Detrás está el comedor y más allá la zona social. —Mientras caminaba hacia ese enorme espacio abierto desde el que se veía el Hudson, Assail observó sus escasos muebles con ojo crítico—. Aunque no tenemos mucha actividad.

En la casa no había nada personal. Solo las cosas que habían puesto allí para vender la propiedad, floreros y alfombras anónimas y sofás y sillones neutrales. Lo mismo podía decirse de las habitaciones, cuatro en la primera planta y una en la segunda.

—Mi oficina está por aquí…

Assail se detuvo. Frunció el ceño y miró hacia atrás.

Tuvo que regresar a la cocina para encontrar a los demás.

La abuela de Sola tenía la cabeza dentro de la nevera Sub-Zero, como si fuera un gnomo buscando un lugar fresco durante el verano.

—¿Señora? —preguntó Assail.

Ella cerró la puerta y se acercó a los armarios, que iban desde el techo hasta el suelo.

—Aquí no hay nada. Nada. ¿Qué es lo que comen ustedes?

—Ah… —Assail se sorprendió mirando a sus primos en busca de ayuda—. Por lo general comemos fuera.

El sonido de mofa que se oyó enseguida parecía el equivalente de «*A la mierda con eso*».

—Necesito lo básico.

La mujer giró sobre sus pequeños zapatos y se puso las manos en las caderas.

—Quién me va a llevar al supermercado.

No era una pregunta.

Y mientras los miraba fijamente a los tres, parecía como si Ehric y su gemelo estuvieran tan desconcertados como Assail.

Tenían planeada la noche al minuto y nadie había contemplado un viaje al mercado local.

—Ustedes dos están muy delgados —declaró la mujer, señalando a los gemelos —. Tienen que comer.

Assail se aclaró la garganta.

—Señora, la hemos traído aquí por su seguridad. —No iba a permitir que Benloise subiera la apuesta, así que tenía que reducir los daños colaterales potenciales —. No para cocinar.

—Usted ya rechazó el dinero. Pero no me voy a quedar aquí gratis. Quiero pagar mi estancia. Así es como será.

Assail soltó el aire lentamente. Ahora sabía de dónde venía la actitud independiente de Sola.

—¿Y bien? —preguntó la anciana—. Yo no sé conducir. Quién me va a llevar.

—Señora, ¿no preferiría descansar…?

—Uno descansa cuando se muere. Quién.

—Pues tenemos una hora —dijo Ehric.

Cuando Assail fulminó con la mirada a su primo, la anciana se metió el bolso debajo del brazo y asintió.

—Entonces él me lleva.

Assail miró a la abuela de Sola directamente a los ojos y bajó el tono de su voz un poco con el fin de infundirle más respeto a lo que iba a decir.

—Yo pago. Está claro… Usted no va a gastar un centavo.

Ella abrió la boca para protestar, pero aunque era terca, no era tonta.

—Entonces yo me encargo de lo que haya que zurcir.

—Pero nuestra ropa está en buen estado…

Ehric se aclaró la garganta.

—De hecho, tengo un par de botones flojos. Y el Velcro de esa chaqueta está…

Assail lo miró por encima del hombro y le enseñó los colmillos, todo a espaldas de la abuela de Sola, claro.

Luego recuperó la compostura y se giró de nuevo.

Sabía que había perdido. La abuela tenía levantada una ceja y sus ojos parecían más decididos que los de cualquier enemigo al que se hubiese enfrentado en la vida.

Assail sacudió la cabeza.

—No puedo creer que esté negociando con usted.

—Pero acepta mis condiciones.

—Señora…

—Entonces, está arreglado.

Assail levantó las manos.

—Está bien. Tienen cuarenta y cinco minutos. Eso es todo.

—Volveremos en treinta.

Y diciendo esas palabras, la mujer dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Entretanto, los tres vampiros se miraron unos a otros como si estuvieran jugando al *ping-pong* con la vista.

—Id detrás —dijo Assail apretando los dientes—. Los dos.

Los primos corrieron a la puerta del garaje, pero no alcanzaron a llegar, pues la abuela de Sola se giró con las manos en las caderas.

—¿Dónde está el crucifijo?

Assail se sobresaltó.

—¿Perdón?

—¿Ustedes no son católicos?

Mi querida señora, no somos humanos, pensó Assail.

—No, me temo que no.

Assail se sintió penetrado por una mirada de rayos láser. Ehric. El hermano de Ehric.

—Ya cambiaremos eso. Es la voluntad de Dios.

Y luego la anciana salió hacia el patio, abrió la puerta y despareció por el garaje.

Cuando la pesada barrera de acero se cerró automáticamente, lo único que pudo hacer Assail fue parpadear.

Los otros dos estaban igual de perplejos. En su mundo, los individuos masculinos establecían su dominio a través de la fuerza y la manipulación. Las posiciones se ganaban o se perdían en luchas que ponían a prueba la voluntad y que a menudo resultaban sangrientas y dejaban varios muertos.

Y cuando uno venía de ese mundo, ciertamente no esperaba ser castrado en su propia casa por una mujer que ni siquiera tenía un cuchillo. Y que probablemente tendría que subirse a una escalera para llegar a esa parte de tu anatomía.

—No os quedéis ahí —dijo Assail de repente—. Esa mujer es capaz de irse sola.

CAPÍTULO 10



Solo una de ellas alterará la partida.

Mientras el agua seguía saliendo de la ducha como si no pasara nada y su agradable sonido reverberaba por todo el baño de los vestuarios, Wrath permanecía con la cabeza echada hacia atrás. Con una daga en la yugular y una pesada mano agarrándole la trenza que le caía por la espalda, no podía moverse.

Sin saber si debía alarmarse o animar a la daga a que hiciera su trabajo, Wrath apretó los dientes.

Pero, como no tenía tendencias suicidas, simplemente dijo:

—¿Qué cosas son esas, Payne?

La voz de la hembra resonó como un gruñido en su oído.

—Los dos sabemos que puedes salir de esto, si quieres. En un parpadeo puedes dominarme. Acabas de probarlo con creces en el gimnasio.

—Esa es una. ¿Y la segunda?

—Si te vencí una vez, puedo hacerlo otra. Y tal vez en la próxima ocasión no desperdicie el tiempo tratando de probar el hecho de que somos iguales.

—Yo soy el rey, ¿te das cuenta de eso?

—Y yo soy la hija de una divinidad, cabrón.

Y con esas palabras, Payne lo soltó y dio un paso atrás.

Cubriéndose los genitales con las manos, Wrath se giró hacia ella. Nunca había visto a Payne, pero le habían dicho que tenía la misma complexión que su hermano: alta y poderosa. Al parecer, también el mismo pelo negro azabache y esos ojos pálidos del color del hielo…, que además era inteligente era algo que podía juzgar por sí mismo.

Evidentemente, Payne también tenía los mismos huevos.

—Te puedo matar —dijo ella con tono lúgubre—. Cuando quiera. Y tampoco necesito un arma convencional. Tú eres más fuerte, sí, eso te lo concedo. Pero puedo

hacer cosas que ni te imaginas.

—Entonces, ¿por qué no usaste esas tácticas?

—Porque no quiero mandarte a la tumba. Aquí te necesitan. Eres muy importante para la raza.

Maldito trono.

—Entonces, ¿lo que estás diciendo es que te habrías dejado matar allá en el gimnasio?

—Tú no me ibas a matar.

Claro que sí, pensó Wrath sintiendo asco de sí mismo.

—Mira, Payne, podemos discutir sobre esto durante el próximo año y medio y eso no nos va a llevar a ningún lado. No volveré a combatir contigo. Nunca.

—Sinceramente no esperarás que acepte un argumento basado en mi sexo.

—No, espero que respetes mi relación con tu hermano.

—No me salgas con esa mierda. Soy una hembra madura y tengo compañero. Y no creo de ninguna manera que mi hermano tenga ningún tipo de dominio sobre mí.

Wrath dio un paso adelante.

—A la mierda con eso. Vishous es mi hermano. ¿Tienes idea de lo que pasaría si yo te matara? —Wrath se señaló la cabeza—. ¿Podrías bajarte de tu pedestal por un momento y pensar en eso? Aunque no me importaras un bledo, ¿crees que yo sería capaz de hacerle eso a V?

Hubo una pausa y Wrath tuvo la sensación de que ella iba a responder. Pero luego, cuando Payne no dijo nada, Wrath soltó una maldición.

—Y sí, tienes razón —continuó diciendo—. Combates lo suficientemente bien como para ser un Hermano…, y luché con ellos durante años, así que sé de lo que hablo. No voy a dejar de pelear contigo porque seas una maldita chica. Es por la misma razón por la que Qhuinn y Blay no pueden salir juntos al campo de batalla; y la razón por la cual Xhex, si alguna vez decide pelear con nosotros, no podrá formar parte del mismo escuadrón en que está John. Es por la razón por la cual la doctora Jane nunca te operaría a ti o a tu hermano. Algunas cosas simplemente son muy íntimas, ¿me entiendes?

A pesar del ruido del agua, Wrath sintió que Payne se movía con los pies descalzos sobre las baldosas.

—Si fueras el hermano de V y no su hermana —dijo Wrath—, la situación sería la misma. El problema soy yo, no tú. Así que hazte un favor y bájate de ese púlpito feminista en el que estás. Me aburre.

Tal vez estaba siendo un poco duro. Pero ya había demostrado que, por el momento, estaba lejos de mostrarse como un ser civilizado.

Más silencio. Hasta que Wrath casi levanta las manos en gesto de frustración, pero luego se acordó que se estaba tapando los genitales con ellas.

—Vamos, Payne. Entiendo perfectamente que te sientas herida en tu orgullo. Pero me interesa más que sigas viva de lo que me preocupa herir tus sentimientos.

Hubo otro largo silencio. Pero Payne no se había ido; Wrath todavía podía sentir su presencia, con tanta nitidez como si la estuviera viendo. Estaba justo frente a él, de pie entre él y la salida.

—Crees que no te habrías detenido —dijo ella bruscamente.

—No. —Wrath cerró los ojos y sintió una oleada de arrepentimiento—. Lo sé. Y, como ya dije, esa parte no tiene nada que ver contigo. Así que, por favor, por el amor de Dios, olvídate del asunto y déjame terminar de ducharme.

Al ver que no había más conversación, Wrath sintió que su temperamento empezaba a hervir de nuevo.

—Qué.

—Déjame preguntarte algo.

—¿No puede esperar hasta que…?

—Los Hermanos entrenan juntos, ¿cierto?

—No, están muy ocupados con sus clases de costura.

—¿Y por qué ya no entrenan contigo? —Payne bajó la voz—. ¿Por qué no seguiste entrenando con ellos para mantenerte en forma? ¿Cambió eso después de que asumieras el trono?

—Después de perder la vista por completo —dijo Wrath con tono seco—. Fue en ese momento cuando cambió. ¿Quieres una fecha exacta?

—Me pregunto si los demás estarán de acuerdo contigo si pregunto un poco por ahí.

—¿Estás sugiriendo que puedo ver? —Wrath mostró sus colmillos—. Por favor…

—No, estoy preguntando si tus hermanos realmente entrenaban contigo después de que te pusieran la corona sobre la cabeza. Y tengo la sensación de que la respuesta es que no.

—¿Quieres explicarme qué relevancia tiene eso? —preguntó Wrath—. Porque tu otra opción es ver cómo vuelvo a perder el control… y ya sabemos los dos lo divertido que puede llegar a ser eso.

Cuando ella volvió a hablar, su voz se oía más lejana y Wrath tuvo la sensación de que Payne había cruzado el arco que llevaba al lugar donde estaban las taquillas.

—Creo que la única razón por la que combatimos es porque soy una hembra. —Al ver que Wrath abría la boca, ella siguió—: Y creo que seguirías entrenando conmigo si fuera un macho. Puedes seguir diciéndote que se trata de mi hermano, allá tú. Pero yo pienso que eres más machista de lo que crees.

—A la mierda, Payne. De verdad.

—No voy a discutir contigo. Pero podrías preguntarle a tu shellan.

—*¿Qué?*

—Pregúntale cómo se siente contigo.

Wrath le lanzó un golpe al aire.

—Largo de aquí. Antes de que me des otra razón para volver a estrangularte.

—¿Por qué ella no quiere que sepas adónde va mientras tú trabajas?

—*¿Perdón?*

—Las hembras no tienen secretos con los compañeros que las respetan. Pero eso es todo lo que voy a decir. Ciego o no, necesitas verte con más claridad.

Wrath empezó a caminar sobre el suelo húmedo.

—Payne. ¡Payne! Regresa aquí ahora mismo.

Pero se había quedado solo.

La hembra se había ido y estaba solo.

—¡Mieeeeeeeerdaaaaa! —gritó a todo pulmón.

‡ ‡ ‡

Mieeeeeerrrrrdaaaa, pensó Trez cuando volvió a tomar aire.

Recuperarse de una migraña implicaba ir aterrizando suavemente hasta recuperar toda la conciencia. Por lo general lo que necesitaba era comida y descanso; porque Dios sabía que, aunque estuvieras en una habitación a oscuras con nada más que Howard 100 sonando en tu iPhone, el malestar era espantoso.

En este momento, sin embargo, estaba reconsiderando seriamente su estrategia hasta ahora. Cuando la puerta se cerró al salir su hermano y Trez se quedó a solas con la Elegida Selena, cada célula de su cuerpo se puso alerta.

Joder, tenía que encender una luz, aunque todavía fuera un poco temprano para que sus retinas recibieran un poco de luz…

Hola, diosa.

Selena era alta y aunque usaba la túnica blanca tradicional de las hembras de su posición, era evidente que su cuerpo tenía exactamente las proporciones que debía tener un cuerpo femenino. Nada ocultaba sus curvas, ni siquiera toda esa tela. Y su rostro era espectacular. Con los labios sonrosados y esos ojos azul pálido, sus rasgos eran perfectamente simétricos y estaban diseñados para captar la mirada masculina y retenerla para siempre. Luego estaba el pelo. Largo, grueso y del color de la medianoche, lo llevaba siempre como solían hacerlo las Elegidas, recogido en la parte superior de la cabeza.

De modo que solo podías pensar en soltárselo y meter los dedos dentro de él.

Ella era perfecta en todos los sentidos.

Y no tenía ningún interés en él.

Lo que hacía que su aparición aquí, con esa bolsa llena de comida, fuese todo un milagro.

—Estuviste muy enfermo —dijo ella con voz suave.

Trez sintió que entornaba los ojos. Esa voz. Mierda, esa voz.

Espera, ella debía querer una respuesta, ¿no? ¿Qué era lo que había…?

—No. Estoy bien. Perfectamente bien.

Y la polla se me está poniendo tan dura como una piedra, mil gracias. Dios, esperaba que la Elegida no percibiera el olor de su excitación.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Mmmmm…, ¿qué tal quitarte esa túnica y venir a la cama? Y después puedes montarme como si fuera un *pony* hasta dejarme sin aliento.

—¿Quieres algo de toda esta comida?

—¿Qué comida? —balbuceó Trez.

—Tu hermano te preparó esta bolsa de comida.

¿El cabrón de iAm había estado aquí?

—Acabas de pedirle que se vaya.

—Ah, sí, claro.

Trez se recostó contra las almohadas y frunció el ceño. Cuando se disponía a frotarse las sienes, sintió que ella se acercaba a la cama y, con un movimiento rápido, se echó la manta por encima.

Algunas veces «estar desnudo» significaba mucho más que «estar sin ropa».

Joder, la Elegida parecía tan preocupada. Hasta el punto de que Trez tuvo que obligarse a recordar que ya una vez le había hecho un desaire. Porque así había sido.

Sí, a pesar de lo mala que era su memoria a corto plazo, al menos en lo que tenía que ver con el hecho de que su hermano hubiese estado ahí hacia un momento, Trez podía recordar exactamente dónde estaba cuando había visto a esta hembra por última vez…, así como su poco entusiasta respuesta.

También recordaba con precisión cómo había llegado a conocerla. Había oído su nombre tan pronto como Phury liberó a las Elegidas del Santuario de la Virgen Escribana y Selena había comenzado a vivir, junto con otras, en la casa de campo de Rehvenge en los Adirondacks. Incluso la había visto de vez en cuando, pero en ese momento había muchos problemas con Rehv y él estaba muy ocupado.

Pero después eso pasó y él y iAm se fueron a vivir a la mansión a petición de Rehv, y ahí fue cuando la conoció realmente.

Bueno, iAm estaba con él, pero Trez sencillamente lo había quitado de en medio. Aunque, claro, tan pronto Trez había visto a esa hembra, había olvidado cómo se llamaba, la mayoría del vocabulario en inglés y un setenta y cinco por ciento de su sentido del equilibrio.

Había sido una atracción cósmica instantánea.

Al menos por su parte.

Ella había quedado menos impactada, claro, aunque él tenía la esperanza de haber causado alguna impresión en ella. Y por eso había desarrollado ciertas tendencias de acosador. La semana anterior se había quedado en la mansión varias noches seguidas con la esperanza de verla durante algunas de sus visitas para alimentar a la Hermandad. Porque nadie puede ponerte una orden de alejamiento por preguntarle a alguien si quiere salir a tomar algo.

Finalmente le había tocado la lotería y había logrado «encontrársela». Y como era un idiota, le había dicho que era hermosa, y no con la intención de ligar. De verdad lo pensaba. Desgraciadamente, y a diferencia de las innumerables mujeres con las que

había follado, ella se había quedado impávida.

Así que, ¿qué estaba haciendo allí arriba?

Aunque esa no era una pregunta que él estuviera interesado en analizar.

—¿Qué puedo darte? —preguntó ella. Y, joder, la preocupación que demostraba hizo que Trez se sintiera avergonzado.

—Ah…, quisiera una de esas Coca-Colas, por favor.

Ah, síiiii, la manera como se movía al ir hasta donde estaba la bolsa. Con tanta suavidad y elegancia, meciendo las caderas debajo de esa túnica, con los hombros haciendo contrapunto, y su…

Trez desvió los ojos de la dotación posterior de la Elegida.

Aunque, joder.

Cuando se acercó a la cama, Trez se movió hacia el centro del colchón, con la esperanza de que ella se sentara. Pero no. Ella se inclinó para entregarle la botella de plástico y luego se volvió a enderezar y conservó una respetuosa distancia.

El refresco dejó escapar un *ssssss* cuando Trez lo destapó.

—Por favor, cuéntame qué te aflige.

La Elegida se retorcía las manos una y otra vez.

—Solo es una migraña. —Trez le dio un sorbo largo a la botella—. Caramba, qué delicia.

Y la vista era aún mejor.

—¿Qué es eso?

—Coca-Cola. —Trez hizo una pausa antes del segundo sorbo y se dio cuenta de que ella estaba preguntando otra cosa—. Ah, una migraña es una clase de dolor de cabeza. Nada grave.

Bueno, excepto por el hecho de que duraba hasta doce horas y era como morirse.

Selena entrecerró sus hermosos ojos.

—Si no es nada grave, ¿por qué tu hermano estaba tan preocupado?

—Él es así. Un histérico. —Trez cerró los ojos y tomó un poco más. Y otra vez —. Néctar de los dioses.

—Nunca pensé que fuera así. Pero, claro, tú lo conoces mejor.

Mientras ella permanecía de pie junto a la cama, Trez deseó que la Elegida se sintiera al menos la mitad de interesada en el hecho de que él tenía el pecho a la vista. No quería ser arrogante, pero por lo general las hembras que lo miraban nunca apartaban la vista.

—No te preocupes, él va a estar bien —murmuró Trez—. Al igual que yo.

—Pero has estado aquí todo el día, desde que llegaste a casa anoche.

Estaba a punto de sentirse verdaderamente molesto consigo mismo, cuando pensó… un momento.

—¿Cómo sabes eso?

El hecho de que ella desviara rápidamente la mirada lo hizo enderezarse en la cama de nuevo.

—Tu hermano dijo algo al respecto abajo.

Trez lo dudaba. ¡Am rara vez hablaba con la gente, excepto que fuera indispensable.

Así que ella debía de haber estado buscándolo. ¿Sí?

Trez bajó los ojos.

—Oye, ¿te molestaría sentarte aquí? Me está costando trabajo mirarte hacia arriba.

Mentiroso.

—Ah, claro.

Geniaaaal.

Cuando ella se sentó en la cama y se arregló la túnica, Trez sabía que estaba abusando, pero venga. Había pasado una gran cantidad de tiempo agachado delante del inodoro hacía solo unas pocas horas.

—¿Estás seguro de que no necesitas un sanador? —preguntó ella, y sus ojos hipnotizaron a Trez hasta el punto de quedarse solo contemplándola y viendo cómo aquellas largas pestañas subían y bajaban cuando parpadeaba—. Y esta vez por favor di la verdad.

Ah, Trez quería contarle otra clase de verdad. Pero no había razón para portarse como un idiota.

—Solo es un dolor de cabeza que dura un rato largo. De verdad. Y las he tenido durante toda mi vida adulta. A mi hermano no le dan, pero he sabido que mi padre también sufría de migraña. No son una delicia, pero no es nada grave.

—¿Tu padre ya murió?

Trez apretó la cara para asegurarse de no mostrar ninguna emoción.

—Todavía vive, pero está como muerto para mí.

—¿Por qué?

—Larga historia.

—¿Y…?

—No. Es demasiado largo y complicado.

—¿Tienes otros planes para esta noche? —dijo la Elegida y sonó como un desafío.

—¿Te estás ofreciendo a quedarte conmigo?

Ella se miró las manos.

—Esta… larga historia con tus padres. ¿Esa es la razón por la que tienes apellido?

¿Cómo sabía ella que…?

Trez comenzó a sonreír y fue bueno que ella rehuyera su mirada, porque de otra forma habría visto todos sus dientes blancos.

Evidentemente alguien había estado averiguando sobre él…, y eso era muy interesante.

En cuanto al apellido…

—Solo es una invención. Trabajo en el mundo de los humanos y necesito una

identidad falsa.

—¿Qué clase de trabajo realizas?

Trez frunció el ceño y pensó en el interior del club, y luego en el interior de aquel baño que había usado para follar ¿cuántas veces?

—Nada importante.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Trez le dio un último sorbo a la Coca-Cola y se quedó mirando el vacío.

—Todo el mundo tiene que estar en alguna parte.

Dios, realmente no quería entrar en los detalles de esa parte de su vida y estaba dispuesto a arriesgarse a que ella se fuera por falta de conversación. En un segundo, pasaron por su mente imágenes de él follando con esa larga sucesión de humanas y fue tal la saturación que ya ni siquiera podía sentir el olor de Selena.

Para las Sombras, el cuerpo era una extensión del alma, una realidad que era, quizás, obvia, pero de hecho resultaba mucho más complicada tal como lo veían en el s'Hisbe. En conclusión, lo que le hacías a tu cuerpo, la manera como lo tratabas y cuidabas de él, o no, se transmitía directamente a tu esencia. Y como el sexo era por naturaleza el acto más sagrado de la forma física, nunca debía ser tomado a la ligera y ciertamente nunca debías practicar sexo con esos sucios y desagradables humanos, en particular con los de piel blanca.

Para las Sombras, la piel blanca era sinónimo de enfermedad.

Pero las reglas no solo tenían que ver con el Homo sapiens. Hacer el amor era un acto absolutamente ritual en el Territorio. El sexo entre parejas o mitades, como se les llamaba, tenía horarios fijos y se intercambiaban pergaminos formales en los pasillos de mármol, para pedir y conceder consentimiento a través de una serie de instrucciones prescritas. Y cuando todo eso estaba acordado, el acto no podía consumarse durante las horas del día y nunca, jamás, sin realizar antes un baño ritual. También era una ocasión que se le anunciaba a todo el mundo, y se colgaba un pendón en la puerta de la recámara, como una manera gentil de decir que, a menos que hubiera un incendio o alguien se estuviera muriendo, nadie debía molestar hasta que los dos implicados salieran en algún momento.

La contraprestación de todas esas barreras era, claro, que cuando las dos mitades encajaban bien, la cosa podía durar varios días.

Ah, y nada de masturbarse tampoco. Eso se consideraba una ofensa a la comunión.

Así que, sí, su pueblo no solo habría fruncido el ceño al enterarse de su vida sexual; lo habrían tratado con pinzas, y habrían usado ropa protectora y máscara, pues él había follado con mujeres a las once de la mañana y a las tres de la tarde y mucho antes de la cena. Y se las había follado en lugares públicos y bajo los puentes, en clubes y restaurantes, en baños y hoteles de mala muerte… y en su oficina. En solo quizás la mitad de los casos conocía los nombres de las féminas y, de ese selecto grupo, solo podía recordar tal vez a una de cada diez.

Y solo porque eran extrañas o le habían recordado a alguien más.

Y en cuanto al tema de la piel blanca, Trez nunca había hecho discriminación alguna. Había follado con todas las razas humanas, incluso a veces al mismo tiempo. El único sector con el que no había follado, ni le habían hecho una mamada, había sido el de los machos, pero eso era solo porque los machos no le llamaban la atención.

Si lo hubieran hecho, también lo habría intentado.

Trez suponía que no todo estaba perdido. Las Sombras creían que las cosas se podían remediar y había oído de rituales de purificación, pero no siempre se podía reparar todo el daño causado.

La ironía, claro, era que él solía enorgullecerse perversamente del hecho de estar pervirtiéndose de esa manera. Era una actitud infantil, sin duda, pero era como hacerle un corte de manga a la tribu y todas sus ridículas costumbres, en especial a la hija de la reina, a quien todos pensaban que Trez debía follarse habitualmente durante el resto de su vida.

Aunque nunca la había visto, no estaba interesado en convertirse en un juguete sexual y no tenía intenciones de ofrecerse como voluntario para que lo encerraran en una jaula dorada.

Sin embargo, era curioso. A pesar de lo mucho que odiaba todas las tradiciones dentro de las cuales había crecido, finalmente se encontraba en un punto en que vislumbraba la razón de ser de todo eso: aquí estaba, en estado posmigrañoso, a un beso de distancia de una hembra que deseaba con todo su cuerpo y, ¿sabes qué? Toda esa rebelión que tanto había disfrutado lo estaba haciendo sentir sucio y completamente indigno.

Y no es que alguna vez fuera a acostarse con Selena; él era un puto, pero no estaba tan loco.

Mierda.

Con un gruñido, Trez se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. A pesar de la Coca-Cola y su golpe de azúcar y cafeína, de repente se sentía completamente exhausto.

—Perdóname —murmuró la Elegida.

No digas que te vas, pensó Trez. Aunque no sea digno de ti de ningún modo, por favor no me dejes…

—¿Necesitas alimentarte de la vena? —le preguntó ella de repente.

Trez sintió que no podía tener la boca cerrada. De todo lo que estaba preparado para oír…, nunca se le habría ocurrido esto.

—Tal vez estoy siendo demasiado atrevida —dijo ella y bajó los ojos—. Pero es que pareces tan cansado… y a veces eso es lo que más ayuda.

Joder…

Trez no sabía si le había tocado la lotería… o acababan de sentenciarlo a muerte.

Pero mientras su polla se retorcía y su sangre rugía, la parte decente de él que

llevaba tanto tiempo escondida por fin alzó la voz de manera contundente.

No, dijo. Ni ahora ni nunca.

La pregunta era… ¿quién iba a ganar: el ángel o el demonio que llevaba dentro?

CAPÍTULO 11



Wrath atravesó a paso rápido el túnel subterráneo del complejo. Las pisadas de sus botas de combate resonaban a su alrededor hasta convertirse en su propia marcha militar. A su lado, George iba casi trotando, mientras su collar tintineaba y sus patas hacían ruido sobre el suelo de cemento.

El trayecto desde el centro de entrenamiento hasta la mansión normalmente llevaba dos minutos como mínimo; de tres a cuatro si ibas charlando y caminando despacio. Pero esta vez George se detuvo frente a la puerta de seguridad solo treinta segundos después de que salieran de la oficina a través de la parte trasera del armario en que guardaban los suministros.

Después de subir los escalones, Wrath tanteó con las manos hasta encontrar el teclado del sistema de seguridad e introdujo el código. Con un sonido metálico como de puerta acorazada, la cerradura se abrió y el rey y su perro siguieron a través de un pasaje que llevaba hasta el siguiente control de seguridad. Superada esa última barrera, salieron al inmenso vestíbulo y lo primero que Wrath hizo fue olfatear el aire.

Cordero para la Primera Comida. La chimenea encendida en la biblioteca. Vishous fumándose un cigarro liado por él mismo en la sala de billar.

Mierda. Tenía que hablar con su hermano sobre lo que había sucedido con Payne en el gimnasio. Técnicamente le debía un rythe.

Pero todo eso podía esperar.

—Beth —le dijo al perro—. Búscala.

Los dos, rey y animal, olfatearon el aire varias veces.

—Arriba —le ordenó Wrath al perro, al tiempo que este comenzaba a caminar hacia delante.

Al llegar al rellano del segundo piso, el olor de Beth se volvió más fuerte, lo cual confirmaba que estaban en la dirección correcta. La mala noticia era que el olor venía

de la izquierda.

Wrath empezó a caminar por el pasillo de las estatuas y pasó frente a la habitación de John y Xhex, y luego frente a la de Blay y Qhuinn.

Se detuvieron antes de llegar a la *suite* de Zsadist y Bella.

Wrath no necesitaba que su perro le dijera que había llegado a su destino; él sabía exactamente frente a qué habitación estaban: incluso fuera, en el pasillo, las hormonas del embarazo espesaban el aire hasta tal punto que era como estar frente a una cortina de terciopelo.

Lo cual era precisamente la razón por la que Beth estaba ahí, ¿no?

Las hembras no tienen secretos con los compañeros que las respetan.

Maldición. No me vayas a decir que mi compañera quiere un bebé y está haciendo algo al respecto sin siquiera hablar conmigo.

Wrath apretó los dientes y levantó los nudillos para golpear, pero terminó casi tumbando la puerta. Una vez. Dos.

—Adelante —dijo la Elegida Layla.

Wrath abrió la puerta y percibió exactamente el momento en que su shellan lo vio, porque el olor a humo de la culpa y el engaño fluyó a través de la habitación hasta sus narices.

—Tenemos que hablar —dijo bruscamente. Luego hizo una seña con la cabeza hacia donde creía que debía de estar Layla y agregó—: Por favor, discúlpanos, Elegida.

Hubo un intercambio de palabras entre las hembras, un poco forzado por parte de Beth y nervioso por parte de Layla. Luego su compañera se levantó de la cama y atravesó la habitación hacia donde estaba él.

No se dijeron ni una palabra. Ni cuando ella cerró la puerta, ni mientras recorrían el pasillo de las estatuas el uno junto a la otra. Y cuando llegaron a la entrada del despacho de Wrath, el rey le dijo a George que esperara fuera antes de cerrar la puerta.

Aunque conocía de memoria la disposición de los ridículos muebles franceses, Wrath estiró los brazos y fue tocando el respaldo de las sillas forradas en seda, del delicado sofá… hasta encontrar la esquina del escritorio de su padre.

Cuando lo rodeó y se sentó en su trono, puso las manos sobre los magníficos apoyabrazos tallados y se agarró a ellos con tanta fuerza que la madera crujió.

—¿Hace cuánto que estás pasando tiempo con ella?

—¿Con quién?

—No te hagas la tonta. No te pega.

El aire se agitó en la habitación y Wrath oyó los pasos de Beth sobre la alfombra de Aubusson. Mientras su compañera se paseaba de un lado a otro, Wrath podía imaginársela, con el ceño fruncido, la boca apretada y los brazos cruzados sobre el pecho.

El sentimiento de culpa había desaparecido. En su lugar, Beth parecía tan furiosa

como él.

—¿Por qué demonios te importa? —murmuró ella.

—Porque tengo derecho a saber dónde estás.

—¿Perdón?

Wrath apuntó un dedo en dirección a donde creía que estaba ella.

—Ella está embarazada.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Wrath estrelló el puño contra el escritorio con tanta fuerza que el auricular del teléfono se descolgó.

—¡Tú quieres acelerar la llegada de tu periodo de fertilidad!

—¡Sí! —le gritó ella en respuesta—. Así es. ¿Acaso es un crimen?

Wrath soltó el aire que tenía en los pulmones y sintió como si acabara de atropellarlo un coche. De nuevo.

Era increíble ver cómo el hecho de oír en voz alta tu mayor temor podía ser completamente devastador.

Mientras respiraba profundamente un par de veces, Wrath pensó que debía elegir sus palabras con mucho cuidado. A pesar de la adrenalina que corría ahora por sus venas y que lo hacía sentir a punto de asfixiarse del terror.

En medio del silencio, el tono del teléfono descolgado, *pip-pip-pip*, rogando para que lo colgaran, parecía tan ensordecedor como los tacos que los dos estaban soltando mentalmente.

Con mano temblorosa, Wrath tanteó sobre el escritorio hasta encontrar el auricular y finalmente lo colgó, después de un par de intentos, pero sin romper nada.

Por Dios, ¡qué silencio! Y, por alguna razón, Wrath cobró de repente una conciencia casi sobrenatural de la silla en la que estaba sentado. Percibió cada cosa: desde el asiento de cuero duro, pasando por los símbolos tallados bajo sus brazos, hasta la forma en que la parte baja de su espalda quedaba marcada por el relieve que tenía el respaldo en esa parte.

—Necesito que oigas bien esto —dijo con tono neutral— y debes saber que es la pura verdad. No voy a aparearme contigo cuando llegue tu periodo de fertilidad. Nunca.

Ahora fue Beth quien respiró como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

—No puedo…, no puedo creer que acabes de decirme eso.

—Eso no va a pasar nunca jamás. Nunca voy a dejarte embarazada.

Había pocas cosas en la vida sobre las que Wrath tuviera mayor certeza. La única otra que se le ocurría era lo mucho que amaba a Beth.

—¿Porque no quieres —dijo ella bruscamente— o porque no puedes?

—Porque no quiero.

—Wrath, eso no es justo. No puedes grabar eso en piedra como si fuera una de tus proclamas reales.

—Entonces, ¿se supone que debo mentir acerca de lo que siento?

—No, pero podemos hablar al respecto, por Dios santo. Somos compañeros y esto nos afecta a los dos.

—Ninguna discusión va a cambiar mi posición. Si quieres seguir perdiendo tu tiempo con la Elegida, es tu decisión. Pero si lo que dicen es cierto y eso hace que entres en tu periodo de fertilidad, debes saber que te medicaremos hasta que pase. Y yo no voy a aparearme contigo.

—Por Dios…, como si yo fuera un animal que necesita ir al veterinario.

—No tienes ni idea de lo que son esas hormonas.

—Claro. Y tú sí sabes cómo son.

Wrath se encogió de hombros.

—Es un hecho verificable de la biología. Cuando Layla estaba en su periodo de fertilidad, todos lo sentimos en la casa; incluso una noche y media después de que hubiera terminado. Marissa fue medicada durante varios años. Es lo que se hace.

—Sí, tal vez cuando una hembra no está casada. Pero la última vez que miré, mi nombre todavía estaba grabado en tu espalda.

—El solo hecho de estar casada no significa que tengas que tener niños.

Beth se quedó callada un rato.

—¿No se te ha ocurrido ni por un instante que esto pueda ser importante para mí? Y no como si quisiera un coche nuevo, o volver a estudiar. Tampoco te estoy pidiendo que tengamos una puta cita de vez en cuando, entre que te intentan matar y haces ese trabajo que tanto odias. Wrath, esta es la base de la vida.

Y la puerta hacia la muerte… para ella. Porque muchas hembras morían al dar a luz y si Wrath la perdía…

Mierda. Ni siquiera podía pensarlo.

—No te voy a dar un hijo. Podría justificar mi opinión con cientos de palabras sin sentido, pero tarde o temprano vas a tener que aceptar…

—*¿Aceptarlo?* ¿Como si alguien me hubiese estornudado encima y tuviera que resignarme a toser durante un par de días? —El asombro que transmitía su voz era tan claro como la furia que la enardecía—. ¿Oyes lo que estás diciendo?

—Soy jodidamente consciente de cada palabra que he dicho. Créeme.

—Muy bien. Perfecto. ¿Y cómo te parecería que yo dijera… que me vas a dar el hijo que quiero y que eso solo es algo a lo que tú vas a tener que acostumbrarte y punto?

Wrath volvió a encogerse de hombros.

—No me puedes obligar a estar contigo.

Al ver que Beth contenía un grito ahogado, Wrath tuvo la sensación de que acababan de entrar en una nueva dimensión de su relación… y no precisamente una buena. Pero ya no había marcha atrás.

Maldiciendo entre dientes, Wrath sacudió la cabeza.

—Hazte un favor y deja de pasar tiempo con esa hembra todas las noches. Si

tienes suerte, la superstición no va a funcionar y simplemente podemos olvidarnos de todo esto…

—¿Olvidarnos? Espera… ¿Estás…, estás…? ¿Acaso has perdido la cabeza, joder?

Mierda. Su shellan nunca tartamudeaba y rara vez decía groserías. ¡Qué cagada!

Pero eso no cambiaba nada.

—¿Cuándo me lo ibas a decir? —preguntó Wrath.

—¿Decirte qué? ¿Lo imbécil que puedes llegar a ser? ¿Qué te parece ahora mismo?

—No, que estabas tratando de acelerar deliberadamente tu periodo de fertilidad. Hablando de cosas que nos afectan a los dos.

¿Qué habría ocurrido si ella hubiera entrado de repente en su periodo de fertilidad cuando estaban solos y juntos durante el día? Él habría podido caer en la tentación y luego…

Eso no habría estado bien. En especial si él descubría más tarde que ella había estado pasando tiempo con la Elegida precisamente para que eso ocurriera.

Wrath miró a Beth con rabia.

—Sí, ¿en qué momento de la conversación iba a salir ese tema? Esta noche no, ¿cierto? ¿Acaso estabas guardando el asunto para mañana? —Wrath se inclinó sobre el escritorio—. Tú ya sabías que yo no quería. Te lo había dicho.

Más pasos nerviosos. Wrath podía oír cada pisada. Pasó un rato antes de que se detuviera.

—¿Sabes qué? Me voy a ir de aquí ahora mismo —dijo Beth—, y no solo porque tenga que salir esta noche. No puedo estar cerca de ti durante un tiempo. Y luego, cuando regrese, vamos a hablar de esto largo y tendido, vamos a contemplar los dos lados del tema… ¡No! —ordenó Beth al ver que Wrath estaba a punto de abrir la boca —. No digas ni una palabra más. Si lo haces, tengo el presentimiento de que voy a querer hacer las maletas para marcharme de aquí para siempre.

—¿A dónde vas?

—Contrariamente a lo que todo el mundo piensa, tú no tienes derecho a saber dónde estoy en cada momento del día y la noche. En especial después de esta discusión.

Wrath volvió a maldecir, se quitó sus gafas de sol y se masajeó el puente de la nariz.

—Beth, escucha. Yo solo…

—Mira, ya te he escuchado suficientemente por ahora. Así que haznos un favor a los dos y quédate justo donde estás. Al paso que vas, ese escritorio y esa silla dura van a ser lo único que te quede, en todo caso. Así que será mejor que te acostumbres a ellos.

Wrath cerró la boca y oyó cómo Beth salía del estudio. Y cómo se cerraron de un golpe las puertas después de que ella saliera.

Estaba a punto de correr tras ella, pero luego recordó que la doctora Jane había dicho algo sobre la resonancia de John en ese hospital humano. Seguramente era allí adonde iba Beth, ella había dicho que quería acompañarlo.

De repente, Wrath se acordó del ataque que había sufrido John y lo que había pasado después. Más tarde le había preguntado a Qhuinn lo que John estaba tratando de comunicarle a Beth. Si le estaban diciendo algo a su shellan, él quería conocer los detalles, gracias.

Te mantendré a salvo. Yo te protegeré.

Muy bien, eso sí que era raro. Normalmente Wrath no tenía problemas con John Matthew. De hecho, el chico siempre le había agradado, hasta el punto de que era casi aterradora la facilidad con que el guerrero mudo había entrado en la vida de todos los miembros de la casa, y se había quedado allí.

Era un gran soldado. Tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros. Y la falta de voz no era problema excepto con Wrath, porque obviamente él no podía leer el lenguaje de gestos.

Ah, y en cuanto al análisis de sangre que había demostrado que era el hijo de Darius, la verdad era que, cuanto más tiempo pasaba con el chico, más evidente resultaba la conexión.

Pero para él se rebasaba el límite cuando cualquier macho trataba de inmiscuirse entre él y su compañera, ya fuera un hermano de sangre o no. Él era el único que iba a mantener a Beth segura y que la iba a proteger. Nadie más. Y se habría enfrentado a John después…, pero lo más raro era que el chico tampoco parecía saber lo que había dicho: John no conocía la Lengua Antigua como para mantener una conversación y, sin embargo, tanto Blay como Qhuinn habían confirmado que eso era lo que parecía estar articulando con los labios.

Pero, en fin. John iba a recibir tratamiento y, en lo concerniente a Beth, John no sería problema. Sin embargo, este tema del bebé…

Pasó un largo rato antes de que Wrath retirara las manos de los apoyabrazos del trono y, cuando lo hizo, sintió que le dolían las articulaciones.

Al paso que vas, ese escritorio y esa silla dura van a ser lo único que te quede.

¡Qué desastre! Pero la conclusión era que… él sencillamente no era capaz de perderla por un embarazo. Y a pesar de lo grave que fuera este altercado entre ellos, al menos los dos seguían vivitos y coleando y así se iban a quedar: no había manera de que él se arriesgara voluntariamente a perderla solo por un hijo o una hija hipotéticos. Hijo o hija que, por cierto, suponiendo que sobrevivieran hasta llegar a la edad adulta, estarían condenados a sufrir con este legado real tanto como estaba sufriendo él.

Y eso era lo otro para él. Wrath no tenía ningún interés en condenar a un inocente a toda esta mierda de ser rey. Era lo que había arruinado su vida y una herencia que no deseaba compartir con alguien a quien seguramente amaría casi tanto como a su shellan…

Wrath se movió en el trono y bajó la vista hacia su cuerpo… y frunció el ceño.

Aunque no podía ver nada, se dio cuenta de que… tenía una erección. Una erección que palpitaba y empujaba contra la cremallera de sus pantalones de cuero.

Como si tuviera un lugar a donde ir. Ahora mismo.

Wrath se agarró la cabeza con las manos, pues sabía con exactitud lo que eso significaba.

—Ay…, Dios…, no.

‡ ‡ ‡

—¿Quieres alimentarte de la vena?

Mientras esperaba una respuesta a su pregunta, la Elegida Selena hizo su mejor esfuerzo para hacer caso omiso del hecho de que el increíble macho de piel morena que estaba en la cama frente a ella se encontrara desnudo. Porque tenía que estarlo. Con la sábana enrollada hasta la cintura, tenía el pecho descubierto y la suave luz del rincón iluminaba aquellos pectorales labrados y los hombros musculosos.

Era difícil imaginar la razón por la cual se había cubierto de cintura para abajo.

Querida Virgen Escribana, ese macho era una verdadera aparición. Y una revelación, aunque no debido a que ella fuese una ignorante o una ingenua. Tal vez hubiese vivido recluida en el Santuario desde su nacimiento hacía un siglo, pero al ser una ehros, Selena estaba familiarizada con la mecánica del sexo.

Sin embargo, aparte del entrenamiento que había recibido, el acto sexual todavía no había formado parte de su destino. El anterior Gran Padre había sido asesinado en los ataques justo antes de que ella alcanzara la madurez, y habían pasado décadas y décadas antes de que nombraran un reemplazo. Luego, cuando Phury asumió el papel de Gran Padre, lo cambió todo y liberó a las Elegidas, mientras que él tomaba una shellan con la cual tenía una relación monógama.

Selena siempre se había preguntado cómo sería el sexo. Y ahora, mirando a Trez, supo visceralmente la razón por la cual las hembras se sometían por su propia voluntad. Por qué sus hermanas se arreglaban y se preparaban para cumplir con su «deber». Por qué regresaban después al dormitorio con una cierta incandescencia en la piel, el pelo, la sonrisa y el alma.

Era abrumador experimentar de primera mano…

De repente Selena se dio cuenta de que él no le había respondido.

Y al ver que Trez seguía mirándola fijamente, se preguntó si lo habría ofendido de alguna manera. Pero ¿cómo? Según entendía, él no tenía compañera: había llegado a la mansión con su hermano, no con una shellan, y nunca se había visto a ninguna hembra en este cuarto.

No es que ella estuviera pendiente de todos sus movimientos.

Pero sí de la mayoría.

Al sentir que sus mejillas se ruborizaban, Selena se reafirmó en la idea de que él

debía necesitar alimentarse de la vena después de todo lo que había sufrido. De hecho, hasta en la cara se le notaba el efecto de la enfermedad…, en ese rostro duro pero hermoso, con esos ojos oscuros y almendrados, y esos labios prominentes y perfectamente tallados, y los pómulos salientes y la mandíbula fuerte…

Selena se sobresaltó.

—No puedes estar preguntándome eso en serio —dijo él con voz ronca.

Sus palabras parecían más profundas que de costumbre y tuvieron el efecto más extraño sobre ella. De inmediato, el rubor que se había asomado a su cara se esparció por todo su cuerpo, calentándola desde el núcleo, relajando su cuerpo de una manera que la hizo temer un poco menos por su futuro.

—¿Por qué no? —se oyó decir Selena.

Y esto no sería un deber. No, en medio de la penumbra y el silencio que los rodeaba, Selena quería que él se alimentara de la vena de su cuello, no de la muñeca…

Pero eso era una locura, oyó que le decía una vocecilla interior. No era apropiado y no solo por el hecho de que borraría los límites del trabajo que ella venía a hacer a la mansión.

Selena cerró los ojos y odió pensar que, si fuera razonable, debería dar media vuelta y salir de esa habitación inmediatamente. Este macho, este resplandeciente macho que era capaz de derretir hasta la rigidez de sus extremidades, no era su futuro. Así como el Gran Padre no era su futuro, ni ningún otro macho, a decir verdad.

Su futuro había sido decidido incluso antes de que la envolvieran en su primera túnica de Elegida.

Después de un largo momento, Trez negó con la cabeza.

—Gracias, pero no.

El rechazo hizo que Selena sintiera náuseas. ¿Tal vez él había sentido los deseos inapropiados que ella tenía? Y sin embargo… Selena podría haber jurado que él sentía algo parecido. Una vez la había detenido en las escaleras y ella estaba segura de que él quería…

Bueno, al menos en ese momento había tenido la sensatez de tratar de alejarlo.

Sin embargo, después de despedirse con incomodidad, la manera como él la había mirado se le había quedado dando vueltas en la cabeza y fue entonces cuando empezó a observarlo desde las sombras.

Sin embargo, ahora él no la estaba mirando de esa forma.

Y todo había cambiado en él después de que ella hiciera su oferta. ¿Por qué?

—Será mejor que te vayas —dijo él y le señaló la puerta con la cabeza—. Solo necesito comer algo y estaré bien.

—¿Acaso te he ofendido?

—Ay, por Dios, no. —Trez cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Simplemente no quiero que…

Pero Selena no pudo oír el final de la frase porque él se restregó la cara con las

manos y ahogó las palabras.

De repente Selena pensó en los libros que había leído en la sagrada biblioteca del Santuario. Había leído tantos detalles sobre la vida que se vivía aquí en la Tierra. Las noches y los días eran tan ricos y sorprendentes. Las historias eran tan vívidas que sentía como si solo necesitara estirar la mano para tocar este otro plano de la existencia. Ella estaba ansiosa por conocer este otro lado y había desarrollado una especie de adicción a sus historias, con todas sus bondades y tristezas. A diferencia de muchas de sus hermanas, que solo registraban lo que aparecía en los cuencos de cristal en los que se podía ver todo lo que sucedía, ella había devorado en su tiempo libre todo lo que tenía que ver con el mundo moderno, las palabras que se usaban, la manera en la que la gente llevaba su vida.

Siempre había pensado que eso era lo más cerca que llegaría a estar de tener la libertad de elegir y disponer de cualquier clase de destino.

Y eso todavía era cierto, incluso después de la liberación que había liderado Phury.

—Maldita hembra, no me mires así —gruñó Trez.

—Así, ¿cómo?

Trez pareció mover con nerviosismo las caderas y, cuando murmuró algo, ella tampoco pudo oírlo. Luego respiró profundamente y, querida Virgen Escribana, el aroma que brotaba de él era como ambrosía para su nariz.

—Selena, por favor, tienes que irte.

Trez arqueó la espalda contra las almohadas y su magnífico pecho se apretó, mientras que las venas de su cuello brotaron un poco más.

—*Por favor*.

Era evidente que estaba sufriendo, y que ella era, de alguna manera, la causa.

Selena se arregló nerviosamente la túnica mientras se ponía de pie y, haciendo una extraña venia, bajó la cabeza.

—Claro.

Luego salió del dormitorio y cerró la puerta, aunque no recordaba haberlo hecho, y terminó en el pasillo, a medio camino entre la bóveda cerrada que llevaba a las habitaciones privadas de la Primera Familia y las escaleras que la llevarían de regreso al segundo piso…

Y al minuto siguiente, estaba de nuevo en el Santuario.

Lo cual era una sorpresa, en realidad. Por lo general cuando terminaba de prestar su servicio en la Tierra, regresaba al norte, a la casa de campo de Rehvenge. Disfrutaba mucho de la biblioteca de la casa, con sus ficciones y esas biografías que eran igual de interesantes, aunque menos invasivas, que los volúmenes que podía consultar en el Santuario.

Pero algo en su interior la había hecho regresar a su antiguo hogar.

Qué distinto estaba, pensó, mientras miraba a su alrededor. El Santuario ya no era un bastión monocromático; ahora solo los edificios, construidos en prístino mármol,

eran blancos. Todo lo demás resplandecía con colores, desde el verde esmeralda del césped, pasando por el amarillo y el rosa y el púrpura de los tulipanes, hasta el azul pálido de los baños. Pero la disposición era la misma. El templo privado del Gran Padre seguía estando cerca de los claustros de las escribientes y la enorme biblioteca de mármol, y también de la entrada cerrada a los cuarteles privados de la Virgen Escribana. A lo lejos se encontraban los dormitorios donde las Elegidas reposaban y tomaban sus comidas, y al lado, los baños y la piscina. Y luego, enfrente de todo aquello, estaba el inmenso tesoro con sus objetos y rarezas, y sus contenedores llenos de piedras preciosas.

Ah, qué ironía. Ahora que el color complacía los ojos por todas partes, todo estaba desierto, pues las Elegidas habían abandonado el nido para extender sus alas.

Nadie tenía ni idea de dónde estaba la Virgen Escribana, y nadie se atrevía tampoco a preguntar.

Su ausencia era a la vez extraña y desconcertante. Pero también resultaba agradable.

Cuando Selena empezó a caminar, parecía evidente que tenía un destino en mente, pero a nivel inconsciente. Al menos eso no era inusual. Ella siempre había sido muy introvertida, por lo general porque estaba pensando en lo que había visto en los cuencos o lo que había leído en aquellos volúmenes encuadernados en cuero.

Sin embargo, esta vez no estaba reflexionando sobre la vida de los otros.

El macho de piel oscura era…, bueno, no parecía haber suficientes palabras para describirlo, a pesar del extenso vocabulario que poseía Selena. Y las imágenes de lo que acababa de suceder en su habitación eran como el color aquí arriba: una revelación de belleza.

Mientras pensaba obsesivamente en aquel macho, Selena siguió caminando: pasó frente al centro de las escribientes, al lado del jardín de los dormitorios y siguió incluso más allá, hasta acercarse a la frontera boscosa que te devolvía mágicamente al mismo lugar por el que habías entrado.

Solo se dio cuenta del lugar al que la habían llevado sus pies cuando ya era demasiado tarde.

El cementerio secreto estaba en medio de pérgolas que lo rodeaban por todas partes y el montículo se encontraba deliberadamente oculto a la vista por una red de hojas tan verdes y espesas como un jardín vertical. La entrada estaba cerrada por un arco envuelto en una enredadera de rosas y el sendero de gravilla que serpenteaba hasta el interior tenía apenas anchura para que pasara una persona.

Selena no tenía intención de entrar…

Pero sus pies rompieron esa promesa por su propia voluntad, siguiendo adelante como si fueran los criados de un propósito desconocido.

Dentro del confín de los árboles, el aire parecía tan tibio como siempre, pero aun así Selena sintió un estremecimiento.

Entonces se abrazó a sí misma y pensó en cuánto odiaba ese lugar, pero

especialmente la quietud de los monumentos: desde tarimas de piedra blanca, varias formas femeninas aparecían en distintas poses, y sus elegantes brazos y piernas adoptaban diferentes posiciones alrededor de sus cuerpos desnudos. La expresión de las estatuas era serena, mirando el mundo con sus ojos estáticos desde el Ocaso y sonriendo con nostalgia.

Selena volvió a pensar en el macho. Parecía tan vivo en aquella cama. Tan vital.

¿Por qué había venido ahí? ¿Por qué, por qué, por qué…, al cementerio…?

Selena sintió que las rodillas se le doblaban al tiempo que su corazón estallaba en lágrimas y empezaba a llorar, y sus sollozos eran tan lastimeros que le herían la garganta.

Fue ahí, a los pies de sus hermanas, cuando Selena sintió el destino de su muerte prematura.

A lo largo de su vida había pensado que ya había explorado todos los ángulos de su próxima muerte.

Pero el hecho de estar cerca de Trez Latimer le hizo ver que estaba equivocada.

CAPÍTULO 12



La galería de arte de Benloise se hallaba en el centro de Caldwell, a unas diez calles de los rascacielos y a solo dos manzanas de las riberas del Hudson. El edificio, discreto y sencillo, tenía tres plantas, con un espacio para exposiciones de doble altura en la primera planta, oficinas en la parte trasera y el inmenso despacho de Benloise bajo el techo plano.

Cuando Assail aparcó su Range Rover en el callejón de atrás, respiró profundamente. No había esnifado cocaína antes de salir porque quería estar alerta. Pero desgraciadamente su cuerpo parecía nervioso por la falta de estimulación y, como si fuera un adicto, Assail se sintió un poco preocupado por no haberlo hecho.

—¿Quieres que entremos contigo? —preguntó Ehric desde el asiento trasero.

—Solo uno.

Assail se bajó y esperó a que decidieran entre los hermanos quién lo iba a acompañar. Maldición, las manos le temblaban y, a pesar de que estaba empezando a nevar de nuevo, estaba sudando.

¿Debería meterse una raya? En ese estado no podría hacer nada.

Ehric lo alcanzó después de rodear el todoterreno por detrás.

—¿Qué te preocupa?

—Nada.

Lo cual era una mentira en muchos sentidos.

Cuando se acercaban a la puerta, Assail se dio por vencido. Metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo Tom Ford, sacó su frasquito oscuro, le quitó la tapa negra y llenó la cuchara interior con una dosis del polvo blanco.

Esnif.

Repitió la dosis en el otro lado y luego inhaló profundamente por las dos fosas para asegurarse de que el polvo penetrara hasta el fondo.

El hecho de que, tan pronto sintió el efecto de la coca, su estado volviera a la

«normalidad» fue otra señal de advertencia que decidió pasar por alto. Después de dos dosis no debería sentirse calmado y concentrado, pero no iba a gastar tiempo en eso ahora. Algunas personas tomaban café. Otras consumían otro producto de la coca.

Lo importante era encontrar qué era lo que te ponía en movimiento.

Al llegar a una pesada puerta de acero, que era una medida de seguridad disfrazada de comentario sobre la tendencia industrial en el mercado del arte, Assail pensó que no había razón para tocar el timbre o golpear. No había necesidad de arruinarse los nudillos contra aquel monstruo de casi diez centímetros de espesor.

Y, en efecto, rápidamente la puerta se abrió.

—¿Assail? ¿Qué pasa? —preguntó el neandertal que estaba del otro lado.

¡Vaya despliegue de elocuencia! Ese saludo también le indicó a Assail que Benloise y sus hombres no sabían quién había asesinado a todos esos imbéciles en West Point la noche anterior. De lo contrario uno pensaría que el gorila de la puerta no sería tan afable.

Aquellas máscaras negras habían resultado una idea muy buena. Y el hecho de desactivar las cámaras de seguridad también había sido una medida fundamental.

Assail sonrió sin enseñar los colmillos.

—Tengo que entregarle algo a tu jefe.

—¿Te está esperando?

—No.

—De acuerdo. Entra.

—Por cierto, este es mi socio —murmuró Assail, al tiempo que entraba en la zona de las oficinas—. Ehric.

—Sí, eso me imaginé. Adelante.

Mientras caminaban por aquel espacio de techo altísimo, el ruido de sus pisadas sobre el suelo de cemento rebotaba contra las tuberías y las instalaciones eléctricas que estaban a la vista en el techo. Ese sí que era un caos organizado. Una fila de escritorios, archivadores y piezas de arte de gran formato ahogaban el espacio enorme. Pero no había ni un empleado. Ni se oía ningún teléfono. La fachada legítima del negocio de distribución de drogas de Benloise estaba en reposo.

Tal como Assail esperaba que estuviera.

Cuando el guardia que les abrió la puerta desapareció por una entrada oculta hacia el segundo piso, Assail le echó un vistazo al espacio de la galería propiamente dicha.

Solo había un par de guardias que vigilaban la subida al despacho de Benloise.

Assail miró a los dos hombres. Tenían la mirada más alerta de lo normal y cambiaban incesantemente el peso del cuerpo de una pierna a la otra, mientras movían las manos como si sintieran la necesidad constante de confirmar que estaban armados.

—Hermosa noche, ¿no les parece? —comentó Assail, mientras le hacía una señal casi imperceptible a Ehric.

Cuando los guardias se quedaron quietos, Ehric aprovechó para dar un paseo a

través del área de exposición, llena de símbolos fálicos moldeados con tiras de papel impreso.

—Un poco fría, claro, pero los copos de nieve son bastante pintorescos. —Assail sonrió y sacó un puro—. ¿Puedo fumar?

El que estaba a la derecha señaló un cartel plastificado que colgaba de la pared: PROHIBIDO FUMAR.

—Pero seguro que podéis hacer una excepción en mi caso, ¿no? —Assail cortó la punta del puro y la dejó caer al suelo—. ¿A que sí?

El tío parpadeó y contestó:

—Prohibido fumar.

—Pero si solo estamos nosotros… —Assail sacó el mechero y levantó la tapa.

—No fumar.

Tal vez a Benloise le gustaba que sus empleados fueran de pocas palabras.

—¿En la escalera sí?

El idiota miró a su compañero y luego se encogió de hombros.

—Supongo.

Assail volvió a sonreír y encendió el mechero.

—Entonces, déjame entrar.

Todo pasó muy rápido. El que había hablado giró el torso y abrió la cerradura que liberó la puerta, al mismo tiempo que el otro decidió estirar los brazos un poco.

Ehric se materializó directamente frente al que se estaba estirando, puso sus manos a cada lado de la cara de asombro del tío y le rompió el cuello. Para no quedarse atrás, Assail apuñaló al guardia que había tratado de impedirle fumar con un cuchillo que sacó subrepticiamente de su sobaquera y que le enterró en el vientre. El siguiente movimiento fue guardar el mechero y poner la mano sobre la boca del hombre, para contener el grito que amenazaba con descubrirlos.

Para terminar, sacó el cuchillo de un tirón y lo volvió a clavar más arriba.

La segunda cuchillada entró entre dos costillas directamente hasta el corazón.

El hombre cayó al suelo desmadejado.

—Dile a tu hermano que tenga listo el coche —susurró Assail—. Y quita a este del camino, pues va a tardar un par de minutos en desangrarse y su respiración nos puede delatar.

Ehric obedeció de inmediato y agarró al moribundo de los tobillos para arrastrarlo detrás de los paneles verticales.

Entretanto, Assail se deslizó hacia la escalera oculta y encendió el cigarro. Mientras echaba nubes de humo, movió la mano del guardia del cuello roto de manera que esta mantuviera la puerta abierta. Ehric se reunió con él un segundo después, aceptó su propio puro, lo encendió y ahí sí dejó que se cerrara la puerta.

El guardia que había subido a hablar con Benloise se asomó a la barandilla desde arriba.

—¿Qué pasa?

Así que esa frase era al mismo tiempo un saludo y una pregunta. Assail pensó que debería tenerlo en cuenta.

Luego expulsó una columna de humo y señaló la puerta cerrada.

—Dijeron que no podíamos fumar en la galería.

—Aquí tampoco pueden fumar. —El hombre miró por encima del hombro como si alguien lo hubiese llamado—. Sí, vale. —Luego se volvió hacia ellos de nuevo—. Dice que lo esperes un minuto.

—Entonces creo que subiremos a donde estás tú.

Evidentemente el guardaespaldas no tenía su mejor noche ese día, pues en lugar de controlar la situación, solo se encogió de hombros y permitió que su enemigo se acercara todavía más a su jefe.

Vaya regalo.

Assail solía tardar un montón en subir, pero no esa noche. Él y Ehric ascendieron en un segundo los escalones metálicos.

Cuando estaba a medio camino de su objetivo, se dio cuenta de que había cometido un error, seguramente debido a la coca: había cámaras de video por todas partes, y sin embargo no había hecho nada al respecto.

—Más rápido —le dijo entonces entre dientes a su primo.

Al llegar a la segunda planta, Assail saludó al guardia con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde quieres que apague esto?

—Ni puta idea. Él no ha debido dejar que lo encendieras.

—Bueno, entonces…

Al ver la señal de Assail, Ehric se volvió a desmaterializar y apareció detrás del guardia. Con una bofetada le tapó la boca y tiró de él hacia atrás.

Luego se lo presentó a Assail como el cautivo perfecto.

Con un movimiento letal, Assail le cortó la garganta con el cuchillo en un segundo. Y luego, como a los otros, lo quitaron de en medio.

Assail empujó entonces la puerta del despacho. Al fondo, Benloise estaba solo, sentado detrás de su moderno escritorio elevado sobre una tarima, mientras la luz de la lámpara que tenía al lado realzaba sus rasgos en medio de la oscuridad, lo que le hacía parecer uno de los mejores retratos de Goya.

—… voy para allá ahora mismo… —Benloise se detuvo en seco y su cara adquirió una expresión instantánea de impasibilidad—. Déjame llamarte en un minuto.

El capo de las drogas de Caldwell colgó tan rápido que el auricular golpeó contra el soporte.

—Creí que te había dicho que esperaras, Assail.

—¿De veras? —Assail miró por encima del hombro—. Tal vez deberías ser más claro con tus subordinados. Aunque solo Dios sabe lo difícil que es conseguir buenos empleados, ¿no es cierto?

El emperifollado hombrecillo se recostó contra su silla como si fuera un trono, con expresión impasible. El traje a medida que llevaba era de un color azul marino profundo que enfatizaba su bronceado permanente y sus ojos oscuros, y, como siempre, tenía el escaso pelo echado hacia atrás. Desde el otro lado del despacho se podía sentir el aroma de su colonia.

—Perdóname por meterte prisa —dijo el caballero con ese acento educado con el que buscaba ocultar su profesión—. Pero tengo otra cita.

—No quisiera retrasarte.

—¿Y qué se te ofrece?

Assail asintió una vez con la cabeza y esa fue la señal. Ehric apareció detrás de la tarima sobre la que estaba el escritorio, agarró al capo y lo sacó de la silla sujetándolo de la cabeza. Después de una descarga con una pistola táser, Benloise no era más que un muñeco derrumbado dentro de su bonito traje azul.

Cuando Ehric se lo echó al hombro como si fuera un bombero, ninguno dijo nada. No había razón para hablar, pues todo estaba planeado de antemano: cómo entrarían, lo capturarían y se lo llevarían.

Desde luego, habría sido mucho más satisfactorio protagonizar un enfrentamiento de película en el que Assail respondiera la pregunta del capo con todo detalle. Pero en el mundo real de los secuestros y la intimidación, esa gratificación inmediata no estaba permitida.

No si querías capturar a tu víctima y llevártela.

Con Ehric detrás, Assail atravesó corriendo el despacho y bajó las escaleras deprisa. Al llegar al espacio de la galería, se detuvo un momento para revisar si se oían pasos que anunciaran un próximo enfrentamiento.

Pero nada. Solo los resoplidos del guardia moribundo y el olor metálico de la sangre que brotaba de sus entrañas.

Después salieron al espacio de las oficinas por la puerta reservada para el personal y pasaron junto a los escritorios y aquel móvil hecho con partes de coches.

El Range Rover estaba tan cerca de la salida que se encontraba prácticamente dentro del edificio y, con movimientos certeros, Assail abrió la puerta trasera y Ehric arrojó a Benloise dentro como si fuera un costal. Luego cerraron las puertas y se marcharon.

En un segundo estaban avanzando al límite de velocidad por la carretera, Assail en el asiento del pasajero y Ehric sentado detrás de él con su carga.

Assail miró su reloj. En total habían tardado once minutos y treinta y dos segundos y todavía les quedaban un buen número de horas antes de que amaneciera.

Ehric sacó un par de esposas y se las puso al «comerciante de arte» en las muñecas. Luego le dio una bofetada para despertarlo.

Cuando Benloise abrió los ojos, se echó hacia atrás como si tuviera una pesadilla.

Con tono lúgubre, Assail finalmente contestó la pregunta que Benloise le había hecho:

—Tú tienes algo que me pertenece y me lo vas a entregar antes de que amanezca… o te haré desear no haber nacido nunca.

‡ ‡ ‡

Media hora después de aquel épico enfrentamiento con su marido, Beth se encontraba en la parte trasera del Mercedes S600 de la Hermandad, con su medio hermano sentado a su lado y Fritz al volante. El coche estaba nuevo y el maravilloso aroma a cuero y pintura eran como aromaterapia para ricos.

Lástima que el buen olor no sirviera para levantarle el ánimo.

Mientras miraba a través del vidrio polarizado de la ventanilla, el descenso desde la montaña cubierta de nieve hasta la carretera rural que aquella tenía a sus pies parecía ir a cámara lenta; aunque tal vez eso se debía a la música de fondo que acompañaba al viaje. Si nos dejáramos llevar por los anuncios de coches, la música que debería estar sonando en los oídos de Beth tendría que ser de Vivaldi o Mozart, pero la verdad es que ella solo tenía en mente la tóxica conversación que acababa de mantener con Wrath.

Mierda. Su hellren siempre había sido autocrático, y eso no tenía nada que ver con su posición en la vida. A la mierda con la corona, el problema era su personalidad. A lo largo de los últimos años, Beth lo había visto adoptar esa misma actitud en innumerables situaciones, ya fuera con los Hermanos, con la glymera, con los empleados…, joder, hasta con el mando a distancia de la tele. Pero con ella siempre había sido…, bueno, no digamos que servil. Eso nunca. Pero ella siempre había tenido la sensación de que él tenía una actitud deferente con ella y que le concedía cualquier cosa que deseara, cuando la deseara…, y que Dios se apiadara del pobre que se cruzara en su camino.

Así que sí, Beth había pensado que el asunto del bebé sería igual, que él terminaría por ceder, teniendo en cuenta lo importante que era para ella.

Pero en lugar de eso había sido todo lo contrario.

Un toquecito en su codo le recordó dos cosas: una, que no estaba sola en el asiento trasero del coche, y dos, que ella no era la única que tenía problemas.

—Lo siento —dijo Beth, al tiempo que bajaba las manos, que se había llevado a la cara sin darse cuenta—. Estoy siendo muy grosera, ¿no?

¿Estás bien?, preguntó John con señas.

—Ah, sí, perfectamente. —Beth le dio un golpecito en el hombro, consciente de que todo este asunto de los ataques debían de preocuparlo mucho, además del viaje a la ciudad, la resonancia y los resultados que les darían después—. Pero lo más importante es cómo estás tú.

Supongo que la doctora Jane llegó bien al centro médico.

—Sip. —Beth tuvo que sacudir la cabeza, pues su gratitud hacia Jane y su socio humano, Manny Manello, era tan grande que no tenía palabras para expresarla—.

Esos dos son increíbles. El tema de la salud entre los humanos es caro y difícil de entender. No sé cómo pudieron organizar esto.

En lo personal creo que es una pérdida de tiempo. John miró hacia otro lado. *Me refiero a que, vamos, ¿hace cuánto tiempo he tenido esos ataques? Y nunca ha pasado nada con ellos*.

—Pero es más seguro que revisen que todo está bien.

En ese momento se oyó el timbre del teléfono de John y él levantó la pantalla para poder ver de qué se trataba.

Es Xhex.

—Entonces ella también llegó bien.

Sí. John soltó una profunda exhalación. *Y me parece que todo este asunto de que me lleven en coche es ridículo. Podría haber hecho el viaje en un segundo*.

—Sí, pero si eres un humano normal, debes llegar en coche. Así es más fácil mantener la mentira, ya sabes.

Lo mejor habría sido evitar toda esta mierda. John soltó una risita. *La verdad es que lo lamento por la persona que haya recibido a Xhex en la puerta. Ella estaba dispuesta a arrasar con todo el complejo hospitalario y, cuando está así, es mejor no decirle que no*.

El respeto que brillaba en los ojos de John al hablar de su compañera fue como un aguijón para Beth. Considerando la forma en que Wrath acababa de actuar.

—Xhex es una hembra muy afortunada —dijo Beth con voz ronca.

Es al revés. Créeme… ¿Por qué estás así?

—Así ¿cómo?

John parecía incómodo. *Como si estuvieras a punto de llorar*.

Beth se apresuró a disipar la preocupación de John.

—Ah, es la alergia. Siempre tengo los ojos húmedos en esta época del año. Tal vez aproveche para comprar un poco de Claritin mientras estamos en la ciudad.

¿En pleno diciembre? ¿De veras?

Cuando Beth desvió la mirada, Fritz aceleró por la carretera. Luego disminuyó la velocidad para tomar una curva y volvió a acelerar. El Mercedes avanzaba como flotando, mientras la tapicería extrasuave absorbía todos los movimientos y los pasajeros sentían bajo sus pies una suave vibración.

Era como un dulce arrullo.

Pero, claro, Beth estaba ajena a todo eso.

Tenía la sensación de que no volvería a dormir hasta que ella y Wrath no arreglaran las cosas.

Beth sintió otro golpecito en el brazo.

Sabes que puedes hablarme de lo que quieras.

Beth se echó el pelo hacia atrás, pero luego se lo volvió a dejar sobre los hombros. Qué podía decirle a John. Tenía muchas posibilidades, pero la verdad es que John ya tenía suficientes problemas.

Beth, en serio.

—¿Qué tal si acabamos primero con esto y…?

Si me cuentas que te pasa podré pensar en otra cosa y te juro que eso me ayudaría mucho ahora. Al ver que Beth no decía nada, John agregó: *Vamos, por favor. Estoy preocupado por ti*.

—Eres un encanto, ¿lo sabías?

Y tú no me vas a decir nada, ¿verdad?

Beth se quedó callada durante un rato. Delante de ella, vio que los faros del coche iluminaban la señal que indicaba la salida a la I-87, la Carretera del Norte. Si seguían derecho y tomaban la autopista, en lugar de la salida hacia el centro de Caldwell, podrían estar en Manhattan en una hora. Si se dirigían hacia el sur podrían ir a Pennsylvania o a Maryland, y…

—¿Alguna vez deseaste poder irte lejos de vez en cuando? —se oyó preguntar Beth.

¿Antes de que apareciera Xhex? Claro. Pero ahora…

Dios, pensar que estaba tratando de huir de Wrath. Beth nunca imaginó que eso pudiera pasar.

Qué sucede, Beth.

Hubo otro largo silencio, durante el cual ella sabía que John estaba esperando que ella encadenara algunos sustantivos y verbos.

—Ah, ya sabes, una de esas situaciones de pareja.

John sacudió la cabeza.

Sí, también he pasado por eso y es horrible.

—Muy cierto.

Por último John dijo: *Si quieres, puedes usar la casa de Darius. Si necesitas un poco de espacio. Tú me la diste, y fue genial, pero siempre he pensado que la mitad es tuya*.

Beth recordó la mansión de estilo federal que se encontraba en medio del territorio humano y sintió una punzada en el pecho.

—Gracias, pero estaré bien.

Y aunque no fuera así, el último lugar al que quería ir era el sitio donde ella y Wrath se habían enamorado.

Algunas veces los buenos recuerdos eran más difíciles de tolerar que los malos.

¿Me puedes, al menos, dar una pista? Mi cabeza está dando vueltas y vueltas sin parar.

Llegar hasta el complejo médico St. Francis todavía les llevaría de otros quince a veinte minutos. Lo cual era mucho tiempo para quedarse en silencio. Sin embargo, Beth sentía que hablar acerca del bebé sería violar el secreto que le debía a Wrath…, o tal vez solo era una excusa para ocultar el hecho de que no quería echarse a llorar.

—¿Recuerdas algo sobre tus ataques? Me refiero al momento en que estás inconsciente.

Pensé que estábamos hablando de ti.

—Y así es. —Al ver que John se giraba para mirarla con desconcierto, Beth lo miró a los ojos—. Me estabas diciendo algo. Cuando estabas en medio del ataque, me miraste y… empezaste a articular algo. ¿Puedes recordar qué era?

John frunció el ceño como si estuviera pasándoles revista a sus recuerdos.

En realidad no puedo…, yo solo… llegué a lo alto de las escaleras, miré hacia el estudio de Wrath, te vi… y luego solo volví a recuperar plenamente el sentido cuando Xhex me llevó a la habitación.

Beth se miró las puntas del pelo, aunque sabía que no las tenía abiertas; uno de los doggen se lo había cortado hacía solo una semana.

—Bueno, pero ¿hay algo que quieras decirme? —Beth miró a John—. Puedes ser sincero conmigo. Wrath tiene como una docena de hermanos. Yo solo te tengo a ti.

John volvió a fruncir el ceño.

No, yo…

Un repentino temblor sacudió sus manos y lo hizo interrumpir los signos. Luego se echó hacia atrás en la silla y su cuerpo se puso rígido.

—¡John! —Beth se apresuró a atender a su hermano—. John, ay, por Dios…

Al ver que John blanqueaba los ojos como si se estuviera muriendo, Beth gritó:

—John, vuelve…

Entonces se inclinó hacia adelante para golpear en el cristal interior del coche y llamar a Fritz.

Cuando el mayordomo bajó la mampara de vidrio ahumado, Beth gritó:

—¡Acelera! ¡Le ha dado otro ataque!

Fritz la miró asustado por el retrovisor y respondió:

—Sí, señora. ¡Enseguida!

El viejo mayordomo pisó el acelerador y el Mercedes salió volando por la rampa de entrada a la autopista, mientras Beth trataba de ayudar a John. El ataque se había apoderado por completo de él y su espalda estaba tan tiesa como una baqueta, mientras cerraba las manos contra el pecho y se enterraba las uñas como si fuese Drácula.

—John —le gritó Beth con voz entrecortada—. Quédate conmigo, John…

CAPÍTULO

13



—Dime que está consciente otra vez.

Mientras hablaba, Assail observaba el paisaje a través del parabrisas del Range Rover, al tiempo que apretaba en la mano derecha la empuñadura de una daga. Se hallaban en lo profundo de los bosques que rodeaban Caldwell y no se veía ninguna luz entre los árboles, ni otros vehículos que transitaran por aquella carretera rural.

Benloise se había levantado un poco, pero había vuelto a desmayarse. Sin embargo, podía estar fingiendo.

—Todavía no —murmuró Ehric—. Pero está vivo.

No por mucho tiempo.

—Y desnudo —agregó el guerrero.

Assail se giró para mirar, al tiempo que su primo guardaba el cuchillo de caza. En efecto, Benloise estaba desnudo. El traje a medida yacía destrozado a su alrededor, el fino paño azul hecho jirones, la camisa de seda hecha tiras. También le había quitado todas las joyas, desde el reloj Chopard de diamantes hasta el anillo de oro con sello, desde el brazalete hasta el crucifijo que colgaba de una gruesa cadena de oro.

Todo el botín estaba metido en un portavasos, junto con un móvil al que le habían quitado la batería para suspender cualquier señal de GPS. La ropa yacía donde había quedado esparcida.

Tal vez sí estaba realmente inconsciente. Era difícil imaginar que el hombre no estuviera tratando de luchar contra aquello.

—¿Hay que ir mucho más lejos? —preguntó Assail.

—Creo que por aquí está bien —dijo Ehric.

El hermano de Ehric pisó entonces el freno, puso el vehículo en punto muerto y apagó el motor. Assail se bajó de inmediato y miró a su alrededor para confirmar que estaban totalmente solos. No se veía ninguna luz, no había ruido de tráfico ni nadie

alrededor.

—Apaga los faros.

Gracias a que la luna comenzaba a aparecer detrás de las nubes y ya no estaba nevando, contaban con suficiente iluminación a través de los pinos.

Assail enfundó su daga e hizo chasquear los nudillos.

—Sacadlo.

Ehric manipuló aquel peso muerto con admirable habilidad, teniendo en cuenta que Benloise estaba desmayado y desnudo, lo cual lo convertía en una maleta sin asas.

El narcotraficante recuperó la conciencia tan pronto como lo recostaron contra los helados contornos del todoterreno y el estremecimiento que anunció su regreso al mundo de los vivos se hizo visible en el movimiento de sus brazos y piernas, que se agitaron como los de una marioneta.

Los primos sujetaron al hombre contra el vehículo y en ese estado el gran Ricardo Benloise ya no parecía tan poderoso. Benloise siempre parecía imponente vestido con su elegante ropa, pero sin el beneficio de esos pantalones y esas chaquetas confeccionadas a medida, solo era un conjunto de cavidades y protuberancias, con aquellas costillas que sobresalían sobre una barriga no muy abultada, las caderas huesudas y unas rodillas más grandes que los muslos y las pantorrillas que unían.

—No perdamos tiempo, ¿vale? —dijo Assail en voz baja—. Dime dónde está ella.

Nada. Tal vez el cuerpo de Benloise era débil, pero su mente y sus ojos permanecían tan alerta como siempre. Aunque se encontraba en una desventaja que podía costarle la vida, su voluntad parecía inquebrantable.

Pero eso no iba a durar.

Assail le dio una bofetada con el dorso de la mano.

—¿Dónde está?

La cabeza de Benloise giró hacia un lado y de su boca salió un chorro de sangre que manchó la chaqueta de Ehric.

—¿Dónde está? —Assail volvió a golpear al narcotraficante y sus nudillos se encargaron de aumentar el ardor del primer golpe—. ¿Dónde está?

Los primos se apresuraron a apuntalar al prisionero, que empezaba a desmayarse de nuevo.

Assail agarró al hombre de la garganta y levantó a Benloise hasta que los pies le quedaron colgando a unos diez centímetros del suelo.

—Te voy a matar. Aquí y ahora. Si no me dices dónde está ella.

Benloise entornó los ojos, pero después de un momento estos se clavaron en los de Assail. Sin embargo, no dijo absolutamente nada.

Assail apretó la mano hasta impedirle por completo la entrada de aire.

—Marisol. Dime a dónde te la llevaste.

Benloise abrió la boca buscando un poco de oxígeno, mientras sus débiles brazos

trataban inútilmente de apartar la mano que lo mantenía asfixiado y sus piernas pataleaban contra el guardabarros del coche.

—Marisol. ¿Dónde está?

Los ojos de Benloise nunca se apartaron de los de Assail y, aunque en circunstancias diferentes esto habría despertado su admiración, ahora solo le produjo una mayor descarga de frustración.

—¿Dónde está?

Con la mano que tenía libre, Assail agarró los testículos de Benloise y se los retorció con crueldad.

El grito que brotó de las entrañas de Benloise quedó atrapado en su garganta cuando Assail apretó la mano para silenciarlo. Y la verdad es que Assail quería hacerle muchas más cosas, pero no podía matar al cabrón. Todavía no. Sin embargo, cuando le ordenó a su mano relajarse un poco para dejar entrar el aire, los dedos aún tardaron un momento en obedecer.

Benloise tosió y resopló, mientras escupía sangre sobre su pecho desnudo.

—¿Dónde está?

Ni una palabra.

El desgraciado no iba a ceder. No así, por lo menos, y aunque Assail se moría por sacar su daga, no confiaba en lo que pudiera hacer con ella.

Destripar a ese imbécil no era su objetivo.

Assail se acercó.

—Ahora quiero que prestes mucha atención. ¿Me oyes?

Benloise dejó caer la cabeza, pero mantuvo los ojos abiertos, así que Assail fue hasta la parte trasera del todoterreno, abrió la puerta y sacó al hombre atado y amordazado al que habían secuestrado antes de ir a la galería.

El hermano de Benloise no opuso ninguna resistencia. Aunque, claro, Ehric había aparecido detrás de Eduardo en su casa y le había clavado en una vena del cuello una jeringa llena de heroína. Ahora el hombre estaba desnudo y su cuerpo, mucho más atlético, indicaba no solo que era menor, sino también más banal, como demostraba la loción bronceadora que parecía haberse aplicado sobre sus incipientes músculos.

Assail lo arrojó a los pies de Benloise.

No esperaba que la sorpresa hiciera cambiar las cosas, pero sí lo que vendría después.

Mientras que el hermano mayor observaba, Assail le dio la vuelta al menor hasta ponerlo de espaldas, le quitó la mordaza y sacó una segunda jeringa. Contra la piel de aquel frágil vientre, el Naloxone, el antídoto que solían usar en Urgencias para combatir las sobredosis de opiáceos, parecía un líquido transparente, y cuando Assail metió la aguja en el brazo de Eduardo, no pasó mucho tiempo antes de que el cabrón reaccionara.

Eduardo despertó sobresaltado y su cuerpo se estremeció sobre la nieve.

Assail lo agarró de la mandíbula y le torció la cabeza, mientras decía:

—Saluda a tu hermano, por favor.

Con los ojos desorbitados, Eduardo comenzó a hablar de inmediato en español, pero Assail lo disuadió de seguir haciéndolo al apuntarle con la daga hacia la cara.

—Tu hermano tiene un lugar al que lleva a la gente para matarla. ¿Dónde está ese lugar?

—No sé de qué estás…

Assail se montó a horcajadas sobre el hombre y lo agarró del pelo grasiento y lleno de productos para el cabello. Luego metió la punta de la daga bajo su mandíbula y se aseguró de hablarle lentamente y con claridad.

—A dónde lleva a sus prisioneros. Sé que tiene un lugar privado y seguro. No está en su casa. Ni en el centro.

El hermano mayor por fin comenzó a hablar atropelladamente, puntuando las palabras dirigidas a su hermano con angustiosos resoplidos. En respuesta, Eduardo abrió todavía más los ojos y no se necesitaba entender el español para captar el mensaje: «Si dices algo, te mataré con mis propias manos».

Assail se interpuso entre los dos y miró fijamente a Eduardo a los ojos.

—Te voy a hacer hablar ya mismo.

Tenía que elegir un lugar para comenzar, cualquier lugar.

Assail se decidió por los hombros. Con un movimiento rápido, enterró la hoja de la daga en la carne sobre la que se apoyaba la clavícula. Un lugar doloroso, pero que no resultaba fatal.

Al oír el grito del hermano menor de los Benloise, dejó la daga en su sitio y afirmó más la mano sobre la empuñadura.

—¿Dónde está ese lugar? —Al ver que no obtenía una respuesta inmediata, giró el cuchillo—. ¿A dónde lleva a los prisioneros?

Más giros del cuchillo. Y más gritos.

Ahí volvió a hablar Ricardo y su voz se impuso a los gritos de su hermano para reforzar el mensaje inicial. Sin embargo, la agonía terminaría por triunfar y Assail se iba a asegurar de ello.

Con la intención de darle un respiro al pequeño Eddie, Assail dio un paso atrás y observó cómo la empuñadura subía y bajaba al ritmo de la respiración entrecortada.

Ah, era interesante observar cómo caían los poderosos. Eduardo siempre aparecía como el elegante jefe financiero de la empresa. Pero ahí estaba, con el pelo enredado, los ojos inyectados en sangre y la piel sucia de barro y nieve.

Assail lo miró con la compasión que le despertaría un pedazo de carne en descomposición.

—No lo escuches. Si lo haces, te mataré lentamente. La única manera de salvarte es que me digas lo que quiero saber.

Ricardo volvió a gritar algo.

—No lo escuches. —Assail mantuvo los ojos fijos en los de Eduardo—. Habla conmigo. Salva el pellejo.

Eduardo siguió tratando de mirar a su hermano, pero Assail se movía continuamente para evitar el contacto visual entre ellos, hasta que Eduardo dejó escapar un gemido y apretó la cara.

Assail le dio un poco más de tiempo, hasta que perdió la paciencia. Entonces volvió a empuñar la daga y anunció:

—Voy a apuñalarte de nuevo…

—¡Está al norte! —gritó Eduardo—. ¡En la Carretera del Norte! Al sur de las montañas Iroquois. La carretera que sube hasta la casa sale del pie de la montaña. Si avanzais un kilómetro veréis la entrada.

Apoyado contra el todoterreno, Ricardo estalló y la ira que lo sacudía era evidente en cada sílaba que pronunciaba aunque los demás no entendieran el sentido de sus palabras en español.

Assail respiró profundamente. No había rastro de subterfugios en lo que había dicho Eduardo. Más bien una cierta sensación de vergüenza que le recordó el olor de las verduras frescas.

El hombre había dicho la verdad.

—Llevad a Ricardo al coche —dijo Assail bruscamente.

—Un momento —gritó un segundo después, mientras sus primos le obedecían—. Dadle la vuelta hacia aquí.

Assail cambió entonces de posición para quedar detrás de Eduardo y levantó el torso del hombre del suelo. Mirando luego a Ricardo, dijo con voz solemne:

—Ojo por ojo.

Entonces sacó la daga del hombro de Eduardo y le cortó la garganta de un solo tajo.

Ricardo trató de desviar la mirada mientras los primos lo sujetaban.

—Y esto es solo el principio, Ricardo. —Assail arrojó al hombre ensangrentado lejos del camino, como el costal de basura que era—. Solo estamos empezando.

Luego se acercó a Benloise.

—Sin embargo, creí que era importante que te quedaras con una última imagen de la debilidad de tu hermano. Solo piensa que, si hubiese sido tan fuerte como tú, podría haber muerto de forma honorable. Pero ese no era su destino.

Assail se montó entonces en el puesto del pasajero y sacó su frasquito de cocaína.

Mientras esnifaba dos cucharadas por fosa, los primos metieron a Ricardo en el compartimento trasero y el chirrido del rollo de cinta con que seguramente lo maniataron le confirmó a Assail lo cuidadosos que eran sus parientes.

Luego Assail encendió la luz interior del coche y desplegó un mapa del estado de Nueva York, pero no tenía ni idea de dónde mirar.

Ehric se montó entonces tras el volante y le enseñó a Assail la pantalla de su iPhone.

—Tardaremos cinco horas.

Assail sintió que la cabeza empezaba a zumbarle. Incluso teniendo a Benloise

bajo custodia, le aterrorizaba lo que podían estar haciéndole a Marisol. Cinco horas era mucho tiempo. Demasiado, considerando las veinticuatro que hacía que se la habían llevado.

Maldición, ¿por qué Benloise tenía que planearlo tanto todo?

—Entonces tenemos que movernos ya —dijo Assail entre dientes.

CAPÍTULO 14



El Commodore era, supuestamente, *el* lugar para vivir en el centro de Caldwell. Con sus veinte plantas, el condominio daba sobre el río Hudson y estaba dividido en grandes bloques de apartamentos de tamaño descomunal que tenían cocinas y baños con lo último en tecnología. Las ventanas, que llegaban desde el suelo hasta el techo y aseguraban la vista hacia los cuatro puntos cardinales, formaban parte de la decoración tanto como los muebles que los propietarios ponían en los espacios y se decía que unos cuantos famosos tenían apartamentos ahí para escapar del bullicio de Manhattan.

A propósito, el edificio contaba con un helipuerto en la terraza.

iAm se bajó en el decimoctavo piso y giró a la derecha. Después de caminar unos treinta metros, se detuvo frente a una puerta marcada con el número 18A y abrió la cerradura de cobre que él y su hermano habían insistido en instalar cuando se mudaron allí, hacía cinco años.

Al entrar al apartamento de 280 metros cuadrados, sus Merrell no hicieron mucho ruido, a pesar de que el suelo carecía de alfombras y los muebles modernistas era minimalistas no solo en términos de estilo, sino también de cantidad.

Joder, la vista seguía siendo impactante. En especial así, de noche y con la iluminación interior apagada. De noche, la ciudad resplandecía por todas partes: desde las luces de los rascacielos que estaban a mano izquierda hasta los dos arcos de los puentes gemelos, pasando por la hilera de destellos rojos y blancos que se movían por la orilla del río allá abajo.

Era tan fácil olvidar que el corazón de Caldie era un lugar sucio y con más pobreza que riqueza. Ahí arriba, aislado de la realidad, alejado del ulular de las sirenas y el hedor de la basura, era tentador creer que la zona sí tenía redención.

Pero iAm no era ningún tonto.

Delante de él había unas puertas correderas de vidrio que llevaban a la terraza y,

después de encender las luces, iAm atravesó la sala y las abrió para dejar entrar una ráfaga de aire frío que renovara la sensación de encierro del interior. Todavía faltaba una hora para que llegara su visitante, pero iAm quería asegurarse de que el lugar pareciese habitado. De regreso a la cocina, puso un par de platos que ya estaban limpios sobre el escurridor que había junto al fregadero y dejó…, veamos…, un par de cucharas sobre la encimera. Con la intención de provocar un poco de desorden, sacó una bolsa de patatas fritas a medio comer y dejó también sobre la encimera un número de la revista *GQ*, abierto por una página que traía un anuncio de una chaqueta que a Trez le habría gustado.

Luego puso a hacer café.

Él y su hermano no tenían intenciones de regresar nunca allí, pero tenían que mantener el apartamento porque era importante que el s'Hisbe no supiera que se habían mudado. Nadie quería que vinieran a buscarlos por todo Caldwell, en especial si esa búsqueda terminaba con una visita a la mansión de la Hermandad…

iAm giró sobre los talones para mirar hacia las puertas correderas. En la terraza acababa de materializarse una figura que parecía un fantasma y cuyas vestiduras azotaban los costados del edificio gracias al viento.

—Bienvenido —le dijo iAm al gran sacerdote con tono neutro—. Llegas temprano.

¿Cuál de los dos se había equivocado de hora?

La figura se acercó a la puerta, caminando de una forma tan suave y controlada que parecía deslizarse.

—¿Me estás invitando a entrar? —preguntó la figura con voz seca.

iAm sintió que se le paralizaba el corazón.

Mierda, ese no era el gran sacerdote.

Con esa túnica que lo cubría desde la cabeza hasta los pies, creyó saber quién era, pero se había equivocado.

Esto era peor. Mucho peor.

La capucha del verdugo habría debido ponerlo sobre aviso.

—Bueno, iAm, entonces, ¿me estás invitando a entrar? —Prácticamente se podía oír el sarcasmo en su voz.

—Sí, claro, entra —dijo iAm, mientras metía discretamente una mano por debajo de la chaqueta y desabrochaba la correa de la funda donde llevaba su Glock—. No esperaba verte en mi casa.

—Interesante. No creí que fueras tan ingenuo. —El macho tuvo que agacharse para pasar por la puerta—. ¿Y acaso no es también la casa de tu hermano?

Por Dios, en lo único en lo que iAm podía pensar era en la Parca.

Pero, claro, s'Ex, el sicario de la reina de las Sombras, había matado suficientes cosas como para llenar un cementerio o dos. Y tenía el físico de alguien capacitado para hacerlo. El macho medía más de dos metros y pesaría 150 kilos fácilmente. Y esa voz que le salía de debajo de la capucha era pura maldad.

—He oído que nunca has dejado entrar a AnsLai —dijo el macho al cerrar las puertas correderas—. Así que me siento conmovido.

—No te emociones tanto. De hecho, el gran sacerdote pensó que este lugar estaba demasiado contaminado por nuestro contacto con los humanos. ¿Café?

—Vaya, esto ya parece una cita. —Al contrario del gran sacerdote, s'Ex no tenía paciencia para las reglas de cortesía ni para la formalidad que regía las relaciones entre los miembros del s'Hisbe. Pero, claro, la soberana no lo conservaba a su lado precisamente por sus encantos—. Y, sí, por qué no. Me gusta la idea de que me atiendas.

iAm apretó los dientes, pero estaba decidido a conservar la calma. Al enviar a este tío en lugar de al gran sacerdote, el s'Hisbe estaba demostrando que estaba dispuesto a todo para lograr su propósito, de modo que las cosas pintaban bastante mal.

iAm rodeó la encimera de granito, sacó dos tazas del armario de puertas de vidrio y cruzó los dedos para que el desgraciado no quisiera ponerle leche a su café. Mientras esperaba a que la cafetera terminara el ciclo, lo último que se le habría ocurrido es que s'Ex viniera a sentarse en uno de los taburetes que había junto a la barra, pues lo normal sería que se dedicara a estudiar el lugar.

Desgraciadamente, el hecho de que se sentara ahí significaba que quizás ya había estudiado el lugar.

—Así que tu hermano y tú habéis estado muy ocupados últimamente. —s'Ex apoyó sus inmensos antebrazos sobre la encimera y se inclinó sobre ellos—. ¿Me equivoco?

—¿Te molestaría quitarte ese disfraz? —iAm miró fijamente al macho a través de la tela que le cubría la cara—. Quiero verte los ojos.

—Qué romántico.

—No creas.

—¿Sabes? Tú no tienes ningún derecho a hacer exigencias.

—Pero tú odias esa maldita capucha. No te hagas de rogar.

—A diferencia de alguna gente, a mí no me jode mi trabajo.

—Y una mierda.

La breve pausa que siguió le indicó que había logrado tocar una fibra del verdugo. Pero la cosa no duró mucho.

—El café está listo. Tráeme el mío, ¿quieres?

iAm dio media vuelta para ocultar su expresión de preocupación.

—¿Azúcar?

—Ya soy suficientemente dulce, ¿no crees?

Sí, claro.

iAm trajo las tazas.

—Si quieres una pajita, tendrás que aguantarte. Lo siento.

s'Ex se quitó la capucha sin esfuerzo, a pesar del hecho de que aquella cosa debía

de pesar al menos quince kilos.

Y, sí, debajo de la capucha había exactamente lo que iAm recordaba. Una piel muy, muy oscura. Unos astutos ojos negros. La cabeza rapada según los patrones ceremoniales. Unos tatuajes blancos que le bajaban por la garganta y continuaban a lo largo de cada centímetro de su piel.

Y, por cierto, aquellos tatuajes no habían sido hechos con tinta. Habían sido hechos con un veneno que, al ser inyectado en la piel según cierto patrón, hacía que la piel se decolorara cuando la dermis moría. Muchos machos, para probar su masculinidad, se hacían un pequeño tatuaje de esos en el brazo, y pasaban varios días enfermos. Nadie, absolutamente nadie llevaba algo similar a lo que tenía s'Ex.

El cabrón era un monstruo. En especial cuando sonreía, pues, por alguna razón, probablemente por la carga exagerada de testosterona, siempre tenía los colmillos alargados.

—¿Ya estás contento? —preguntó s'Ex arrastrando las palabras.

—No es la palabra que yo usaría. —iAm le dio un sorbo a su café—. Entonces, ¿a qué debo este honor?

O esta patada en las pelotas, más bien.

s'Ex sonrió ligeramente, lo cual era peor que una sonrisa completa.

—Así que tu hermano y tú habéis estado muy ocupados.

—Ya has dicho eso.

—Os he hecho un par de visitas aquí. Nada especial, solo un par de vuelos de reconocimiento, pero ninguno de los dos habéis estado mucho por aquí últimamente. ¿Muy ocupados con las hembras?

—Trabajando.

—Entonces trabajáis día y noche. Caramba, ¿acaso estáis preocupados por el dinero? ¿Necesitáis un préstamo?

—Pero no tuyo. No podría pagar los intereses.

—Muy cierto —dijo el verdugo y entrecerró los ojos—. Entonces, ¿dónde estáis?

—Por ahí. Y ahora, obviamente, aquí.

—Mi impresión es que ya no vivís aquí.

—¿Entonces por qué estás sentado en algo que es mío?

—Apuesto a que si voy a tu habitación, el armario está vacío.

—Y supongo que asaltar las casas ajenas es parte de tus vuelos de reconocimiento; a menos que hayas cambiado de estilo.

s'Ex se recostó contra el sofá y cruzó los brazos bajo el manto.

—¿Acaso crees que sería capaz de irrumpir aquí y husmear por ahí sin que estuvierais? Eso sería impensable.

—¿Estás diciendo que no lo has hecho? —iAm entornó los ojos—. ¿De veras?

—No. O podría estar mintiendo. Pero me parece que vosotros ya no estáis viviendo aquí.

—Tal vez solo has venido en momentos en que no estamos.

—Muy bien. Pensemos en lo que está pasando hoy. ¿Por qué llevas puesta tu chaqueta? ¿Por qué las cucharas que están sobre la encimera están limpias? Ah, y esa revista. Es del mes pasado. Y sin embargo está abierta como si la estuvieses «leyendo» —dijo s'Ex e hizo una señal con los dedos para indicar las comillas—. Y un paquete de patatas abierto no significa que tengáis la despensa llena.

Maldición.

—¿Acaso *GQ* no se considera contrabando dentro del Territorio?

s'Ex volvió a sonreír.

—Digamos que a Su Majestad le gusta mantenerme contento.

Era eso, o que la misma reina también le tenía miedo.

iAm bajó los párpados.

—Dime lo que has venido a decirme.

—Pensé que eso era lo que hacía. ¿O acaso estábamos usando lenguaje de signos y yo no me he dado cuenta?

Solo que en ese momento el verdugo se puso serio, frunció el ceño mientras clavaba la mirada en la taza y se quedó muy quieto.

Y cuanto más duraba el silencio, más extrañas se ponían las cosas. A s'Ex no le gustaba perder el tiempo y carecía de paciencia; por lo general el cabrón era tan decidido como una sierra.

Pero iAm decidió esperar por dos razones: en primer lugar, no tenía otra opción. Y en segundo lugar, a estas alturas ya se había acostumbrado a esperar.

Gracias a los problemas de Trez, iAm tenía ahora una máster en «no poder hacer nada».

s'Ex volvió a fijar la vista en iAm y dijo:

—El gran sacerdote va a venir a decirte que la hora de Trez ha llegado. La reina quiere lo que le prometieron y la hija está lista para recibirlo. A partir de ahora, cualquier retraso tendrá consecuencias manifiestas. Así que si tienes alguna manera de lograr que tu hermano haga lo que debe, hazlo. Ahora mismo.

—Porque si no ella te ordenará matarlo, ¿no es cierto? —preguntó iAm con expresión lúgubre.

El verdugo negó con la cabeza.

—Todavía no. Voy a empezar por vuestros padres. Primero vuestra madre. Y luego vuestro padre. Y no va a ser bonito lo que les va a pasar —dijo el verdugo, sin que le vacilara la mirada—. Me han ordenado que primero la ate y le afeite la cabeza, luego debo violarla y cortarla para que muera desangrada. Vuestro padre debe verlo todo y lo que tengo que hacerle a él será todavía peor. Si les tenéis algún respeto, habla con tu hermano. Haz que regrese al Territorio. Oblígalo a hacer lo correcto. Ella no se va a detener hasta que lo atrape y, solo para que no haya dudas, debes saber que no dudaré en cumplir con mi deber.

iAm puso las manos contra la encimera de granito y se apoyó sobre los brazos. La situación con sus padres era… complicada, por usar un término de Facebook. Pero

eso no quería decir que quisiera verlos muertos o torturados.

Cuando s'Ex se puso de pie y tomó su capucha de verdugo, iAm se oyó decir:

—No has tocado el café.

—Podrías haberlo envenenado —dijo el verdugo y se encogió de hombros—. Nunca corro riesgos, lo siento.

—Muy astuto —dijo iAm y se quedó mirando al macho—. Pero, claro, tú eres un verdadero profesional.

—Y mi reputación está bien justificada, iAm.

—Lo sé —dijo iAm y soltó una maldición entre dientes—. Conozco muy bien tu trabajo.

—No me provoques. Yo no tuve padres, pero desearía haberlos tenido. Así que no me hace ilusión hacer esto.

—Mierda, esto no depende de mí —dijo iAm y cerró los dos puños—. Y no sé si a Trez le va a importar, para serte sincero. Trez odia a nuestros padres.

s'Ex sacudió la cabeza.

—Esa no es una buena noticia. Para ninguno de vosotros.

—¿Por qué diablos ella no se busca a otro?

—En tu lugar, yo no haría esa pregunta —dijo s'Ex y miró a su alrededor—. Por cierto, está muy bien el apartamento. Muy de mi estilo, y he disfrutado mucho de la vista en este rato.

iAm entrecerró los ojos al oír el extraño tono de esas palabras. Hijo de puta…

—Tú lo entiendes, ¿no es cierto?

—¿Qué? ¿Que alguien quiera salir del Territorio, para tener la libertad de vivir su propia vida? —De repente la cara de s'Ex se transformó en una máscara—. No sé de qué hablas.

El verdugo dio media vuelta y caminó hacia la puerta corredera. Mientras se movía con la elegancia de un depredador, su manto volaba detrás de él.

—s'Ex.

El macho miró por encima del hombro.

—¿Sí?

iAm tomó la taza de café que le había servido, se la llevó a los labios y comenzó a tomársela de una sola sentada, aunque el líquido caliente le quemó las entrañas.

Cuando puso la taza vacía sobre la mesa, el verdugo le hizo una reverencia.

—Eres un hombre más honorable que muchos, iAm. Y esa es la razón por la que vine a hablar contigo. En realidad me caes bien, pero eso no te va a servir de mucho a partir de esta noche.

—Lo agradezco.

El verdugo miró a su alrededor, como si estuviera grabando los recuerdos del lugar para más tarde.

—Cuando regrese al s'Hisbe, trataré de retrasar las cosas todo lo que pueda, pero ahora depende de ti. Tal vez sea tu hermano quien tiene la soga al cuello, pero eres tú

quien debe llevarlo a donde tiene que ir.

—Él está contaminado, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—Ha estado follando con humanas. Con muchas humanas.

s'Ex echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Eso espero. Si yo estuviera aquí fuera, haría lo mismo.

—Pero apuesto a que tu reina no opina igual.

—Ella también es tu soberana y, en tu lugar, yo no jugaría esa carta, ¿sabes? —s'Ex le apuntó con el índice desde la distancia—: Ella lo sometería a un proceso de purificación del cual no tendría por qué salir vivo pero, si lo lograra, debes saber que nunca volvería a ser el mismo. Por eso tienes que mantener la boca cerrada con respecto a su vida amorosa, créeme. Ah…, y AnsLai no sabe que he venido. Así que mejor mantenerlo en secreto, ¿vale?

Después de que el verdugo desapareciera, iAm cerró las puertas correderas. Luego se dirigió al bar que estaba en el extremo y se sirvió un *bourbon*.

Parecía que la estrategia de Trez para mantenerse libre de prisión estaba haciendo agua. Su adicción al sexo no sería el escándalo que él esperaba que fuera.

Genial.

Y si s'Ex no se hubiese presentado hoy ahí para contarle que mantuviera todo eso en secreto, solo Dios sabe lo que habría ocurrido.

No había oído nunca nada sobre los procesos de purificación, pero se los podía imaginar.

Una cosa era segura: nunca en su vida había pensado que llegaría a deberle un favor a ese despiadado verdugo. Pero, claro, parecía que Trez no era el único que se resistía a las restricciones que regían en el Territorio.

La pregunta era… ¿y ahora qué? Y lo peor es que solo tenía unos diez minutos para pensarlo, antes de que llegara el gran sacerdote.

CAPÍTULO 15



—No esperaba volver a verte. Dijeron que te habías ido de la ciudad.

Mientras se inclinaba sobre la pantalla del ordenador, el jefe de Neurología del St. Francis parecía estar hablando solo. Y eso no solo se debía a que Manny Manello no le respondía nada, sino a que al médico tampoco parecía importarle.

Beth dio un paso adelante para ver con sus propios ojos la pantalla, aunque la verdad es que las distintas imágenes del cerebro de su hermano que se veían en el monitor no significaban nada para ella. Afortunadamente, sin embargo, el tío de la bata blanca, el de las impresionantes credenciales, veía las cosas desde un ángulo totalmente distinto.

La pequeña antesala en penumbra en la que todos estaban apretados parecía salida de un episodio de *Star Trek*, llena de aparatos de alta tecnología que zumbaban y parpadeaban permanentemente, y separada de la sala donde se encontraba el inmenso escáner de resonancias magnéticas por una gruesa ventana de cristal. Sentado frente a aquella consola, el neurólogo parecía, de hecho, una especie de teniente Sulu, al mando de varias pantallas de ordenador, teclados, uno o dos teléfonos y otro ordenador portátil.

—¿Cuánto duró el ataque más reciente? —preguntó el neurólogo con voz distraída.

—Cerca de quince minutos —respondió Beth, mientras John la miraba.

—¿Sufrió algún entumecimiento o cosquilleo?

Al ver que John negaba con la cabeza, Beth dijo:

—No, ninguna de las dos cosas.

Hacía unos diez minutos que John había salido de aquella inmensa rosquilla hueca y se había quitado la bata de hospital para volver a ponerse su ropa: unos vaqueros relativamente inocuos, una camiseta de los Giants y, como siempre, botas

de combate. Ya le habían quitado la vía a través de la cual le habían inyectado los medios de contraste y ahora solo tenía un pequeño redondelito blanco en el lugar del pinchazo.

Había dejado sus armas en casa.

Sin embargo, Xhex sí estaba totalmente armada, mientras esperaba junto a él, con una gorra de Nike bien calada sobre los ojos. Payne era el otro refuerzo y la guerrera iba vestida totalmente de negro, con la misma clase de chaqueta suelta que llevaba la hembra de John.

Beth también llevaba una gorra. Hacía un tiempo que había abandonado el mundo humano, y no conocía a nadie en particular en el hospital, pero no había razón para agregarle otra complicación a este viaje.

Ay, Dios, que todo esto salga bien, por favor, pensó Beth, mientras el médico volvía a revisar las imágenes.

Justo detrás de él, aunque el hombre no podía verla, estaba la doctora Jane, en su versión fantasmal, mirando también aquellas imágenes en blanco y negro.

Cuantos más ojos, mejor.

—¿Qué piensas? —preguntó Manny.

Hay que decir que el neurólogo tuvo el buen tacto de hablar solo cuando estuvo seguro de lo que iba a decir; entonces se giró hacia el pequeño grupo y, dirigiéndose a John, dijo:

—No hay nada ahí que me parezca anormal.

Al oír aquellas palabras, el grupo dejó escapar un suspiro de alivio. Y lo primero que hizo John fue agarrar a Xhex y acercarla a él, después de lo cual el resto del mundo desapareció para ellos.

Al verlos, Beth sabía que debería concentrarse en la buena noticia, pero la verdad es que lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que no solo estaba sola mientras esperaba saber si su hermano tenía algún tipo de embolia o tumor, o Dios sabe qué cosa horrible, sino que entre ella y su marido había en este momento un inmenso elefante rosa metafórico que no iba a desaparecer en el futuro cercano.

Un elefante rosa, como si fueran a tener una niña.

O tal vez era un elefante azul pálido.

—Toda la estructura cerebral parece normal…

El doctor se lanzó luego a una disquisición médica que, por fortuna, parecía significar algo para Manny, teniendo en cuenta que él era el único que asentía. En cuanto a los tortolitos, ellos se desentendieron de todo y su ensimismamiento era, de hecho, un hermoso espectáculo.

Al menos hasta que las lágrimas de alegría por la buena noticia se mezclaron con las de la tristeza y todo se volvió borroso para Beth.

Hora de excusarse un momento.

Beth murmuró entonces algo sobre la necesidad de hacer una llamada telefónica y salió al pasillo. El pabellón dedicado a las resonancias se encontraba aislado en el

sótano de uno de los muchos edificios que componían el St. Francis y fuera no había mucha actividad que digamos: ningún paciente yendo de un lado para otro, ni carritos con suministros médicos, ni personal caminando apresuradamente con sus zuecos de suela blanda.

Beth se agarró la cabeza con las manos, apoyó el trasero contra la pared y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo. Gracias a Dios John parecía estar bien. Así que al menos una parte de su familia estaba bien…

Necesito que oigas bien esto y debes saber que es la pura verdad. No voy a aparearme contigo cuando llegue tu periodo de fertilidad. Nunca…

Mierda, pensó Beth mientras se restregaba los ojos. Ahora tenía que regresar a casa y afrontar todo eso.

Minutos después, el grupo salió de la sala central y Beth se puso de pie, tratando de parecer solo aliviada por los resultados de la resonancia.

El neurólogo miraba fijamente un cheque que tenía en la mano, mientras sacudía la cabeza.

—Por Dios, Manello, ¿acaso te ha tocado la lotería?

Más o menos. Gracias a las inversiones de Darius, cincuenta mil dólares de donación para el departamento de Neurología no eran ninguna tontería.

Y pensar que lo único que había tenido que hacer el médico era meter a su hermano en aquella extraña máquina durante media hora.

—No, pero te agradezco mucho que nos hayas atendido tan rápido —murmuró Manello.

El médico se giró entonces hacia John, mientras doblaba el cheque y se lo metía en el bolsillo.

—Así que, sí, mi recomendación sería tomar medicamentos anticonvulsivos, pero si estás en contra de hacerlo, lo único que te puedo decir es esto: trata de llevar un registro del momento y el lugar de los ataques. Fíjate si hay un patrón, tal vez lo haya, o tal vez no. Y llámame si necesitas algo. Recuerda lo que te dije, el hecho de que yo no haya visto nada no significa que ya estés completamente fuera de peligro. Los ataques se están presentando porque debe de haber algo que está funcionando mal y punto.

—Gracias, tío. —Manello le tendió la mano al médico—. Eres el mejor.

Los antiguos colegas se estrecharon la mano.

—Cuando quieras, y lo digo en serio. Y…, ya sabes, si alguna vez quieres regresar, te aceptarán en un segundo. Aquí se te echa mucho de menos.

Manny desvió la mirada hacia Payne, y la sonrisa disimulada que esbozó fue otra fuente de envidia para Beth.

—No, estoy muy bien por ahora, pero gracias.

Luego continuaron un poco más la charla sobre los viejos tiempos hasta que finalmente se despidieron.

Cuando los vampiros se separaron del humano, Manny los guio a través de un

laberinto de pasillos de baldosas que parecían tan exactamente iguales que Beth llegó a pensar que se habían perdido. Pero no, o bien el hombre que iba al frente tenía una buena brújula en su lóbulo frontal o recordaba bien los diez años que había pasado trabajando en ese lugar, porque después de unos minutos llegaron a la primera planta y salieron a través de las mismas puertas giratorias por las que habían entrado.

Fritz estaba esperando en la acera y aquel enorme Mercedes negro parecía el de un diplomático. Por eso les era tan útil: la gente prefería no acercarse mucho al coche, suponiendo que sus dueños debían de ser personas realmente importantes o gente que estaba muy bien armada. Fritz siempre lograba que le cedieran el paso en los cruces y los estacionamientos, aunque, claro, conducía exactamente al contrario de como se movía.

El anciano mayordomo conducía como un piloto de Fórmula Uno.

¿Nos vamos?, le preguntó John a Beth con señas cuando estuvo justo delante de ella, como si estuviera tratando de llamar su atención.

—Aaay, perdón. —Beth se echó el pelo hacia atrás—. ¿No te quieres ir con Xhex?

—Yo voy para el club —dijo la hembra—. Como Trez no está, tengo que revisar que todo vaya bien.

Y esa era una buena excusa, aunque era imposible no notar las miradas que se estaban cruzando entre todos.

—No tienes que preocuparte por mí —murmuró Beth.

Claro que no, dijo John. *Solo me vas a hacer un favor si regresas conmigo, así no tendré que irme solo.*

Fritz saltó de inmediato para abrirle la puerta y, cuando se montó en la parte trasera del coche, Beth alcanzó a ver a Manny dándole un beso a Payne, al tiempo que John hacía lo propio con Xhex.

Mientras la tristeza volvía a apoderarse de ella, Beth pensó con ilusión en la posibilidad de emborracharse para no tener que enfrentarse a su marido. El único problema era que eso no iba a resolver nada y, además, ella siempre había despreciado a las mujeres que se embriagaban. Nada le parecía más feo ni más patético.

John se montó por el otro lado y de inmediato el Mercedes arrancó, siguiendo la calle que rodeaba todo el centro médico. Con avisos que indicaban cosas como: URGENCIAS, CENTRO DE REHABILITACIÓN, CENTRO DE COLUMNA, parecía una autopista cuyas salidas llevaran a ciudades a las que realmente no querías ir.

A su lado, su hermano no dejaba de mirarla, como si ella fuera un cartucho de dinamita y él estuviera calculando cuánto le faltaba para estallar.

—Estoy bien.

Vale, no te voy a presionar. Pero quiero que sepas que estoy aquí si quieres hablar.

—¿Qué? —John respondió a la pregunta de Beth pasándole un pañuelo blanco—.

¿Para qué quiero un…?

Fantástico. Había empezado a llorar.

Genial.

Mientras se secaba unas lágrimas de las que no había sido consciente, Beth sacudió la cabeza y lo soltó todo:

—Quiero tener un bebé.

Joder…, eso es genial, dijo su hermano. *Es…*

—Una pesadilla, en realidad. Porque Wrath se opone.

Ah, articuló John con los labios.

—Sí, así es. Me he enterado justo antes de salir.

Por Dios, no has debido venir.

—Necesitaba salir de esa casa. Y quería ayudarte.

Bueno… Probablemente Wrath solo está preocupado por ti. El embarazo es una cosa terrible para las hembras. Al decir eso, John contrajo los músculos de la cara. *Me refiero a que a Xhex no le gustan los niños y tengo que confesarte que eso resulta un alivio para mí.*

Dándole vueltas al pañuelo que tenía en la mano, Beth dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Pero si yo estoy dispuesta a asumir los riesgos, siento que él debería respaldarme. Y, por cierto, el argumento de Wrath no fue precisamente la preocupación por mi salud. Solo dijo que no se iba aparear conmigo durante el periodo de fertilidad. Y punto.

John suspiró.

—Lo sé. No estamos en el mejor momento —dijo Beth y se giró para mirar a su hermano—. Os envidio tanto a ti y a Xhex. Parecéis tan sincronizados.

¡Ja! Deberías habernos visto hace un año. John se encogió de hombros. *Pensé que no íbamos a lograrlo*.

—¿De veras?

Joder, sí. Ella quería salir a combatir y yo me sentí bien hasta que entendí que le podían hacer daño. John hizo una seña con la mano alrededor de su cabeza. *Y eso me volvió loco. Me refiero a que, como macho, tu hembra lo es todo. Esa es una cosa que no creo que vosotras las hembras entendáis de verdad. En lo que tiene que ver con Xhex, con su seguridad, realmente no controlo mis emociones, ni mis pensamientos, ni mis acciones. Es una especie de psicosis.*

Al ver que Beth no decía nada, John le tocó el brazo para asegurarse de que le prestara atención.

Me parece que eso puede ser lo que os está pasando a ti y a Wrath. Sí, tú puedes decir que lo importante es el bebé, pero si tienes en cuenta la tasa de mortalidad de las hembras… Para él, en cambio, el tema es que tú sobrevivas, y eso es más importante que tener un hijo o una hija.

Dios, tal vez se estuviera portando como una bruja, pero… realmente ahora no

quería entender la posición de Wrath. En especial si se la planteaban de una manera tan racional, suponiendo que eso era, en realidad, lo que Wrath sentía.

Beth todavía se sentía demasiado herida y furiosa.

—Muy bien, sí, tal vez todo eso sea cierto. Pero déjame hacerte una pregunta: ¿le negarías a Xhex la posibilidad de tener un bebé si ella lo quisiera? —Al ver que John no respondía, Beth, agregó—: ¿Ves? No lo harías.

Técnicamente, no respondí.

—Pero tu cara lo ha dicho todo.

Sí, pero es fácil para mí decir eso… porque ella no quiere tener un bebé. Tal vez pensara distinto si la situación fuera diferente. Los riesgos son reales y no hay mucho que puedas hacer desde el punto de vista médico.

—Todavía creo que es mi cuerpo y, por tanto, mi decisión.

Pero tú eres su principal preocupación. Así que él sí tiene derecho a opinar.

—Tener derecho a opinar es una cosa. Pero imponer un veto es otra. —Beth volvió a sacudir la cabeza—. Además, si tú eres capaz de expresar la posición de un macho enamorado, Wrath también podría hacerlo. No tiene excusa solo porque sea el rey. —Cuando resonaron en su cabeza trozos de la conversación, Beth sintió náuseas —. Su solución es medicarme. Como si fuera un animal. Yo…, yo no sé si podría superarlo.

Tal vez deberías darte un respiro. Algo como… irte hasta que se te pase la rabia. Y luego regresar y hablar la cosas.

Beth se puso la mano sobre el vientre y, al notar la capa de grasa que había ahora ahí, se sintió muy estúpida por haberse sentado tantos días a comer helado con Layla. No había logrado acelerar su periodo de fertilidad; si algún día venía, claramente lo haría a su propio ritmo. Así que lo único que había hecho era engordar y levantar una barrera entre ella y su marido.

Lo que tenía que preguntarse, en palabras del Dr. Phil, era si eso le estaba funcionando.

Y ¿qué podía contestar?

Joder, tal vez debería ver al Dr. Phil con más frecuencia. Todas las mañanas repetían el *show* durante cuatro o cinco horas, de lunes a viernes. Y seguro el Dr. Phil tendría algún programa sobre parejas que no estaban de acuerdo en el tema de los hijos.

¿Por qué no te vas unos días a casa de nuestro padre?, le preguntó John.

Beth recordó enseguida imágenes de ella y Wrath al principio, en especial el recuerdo de su primera cita oficial. Joder, las cosas parecían tan perfectas entonces. Los dos se habían enamorado muy fácilmente. Wrath la había invitado a la casa y, por primera y única vez en su relación, se había puesto un traje de Brooks Brothers. Se habían sentado en el comedor y Fritz les había servido la cena.

Ahí fue cuando Wrath le dijo que ella sabía a…

Beth dejó escapar un resoplido y, agarrándose la cabeza, trató de respirar con

calma. Pero no sirvió de nada. Su cabeza parecía tener el equivalente mental de una arritmia y los recuerdos de su pasado feliz se mezclaban caóticamente con las preocupaciones por su dudoso futuro.

Lo único que tenía claro era que John tenía razón. Todavía no podía volver a la casa pues, tan pronto como viera a Wrath, iba a empezar a discutir con él y eso no los llevaría a ninguna parte.

Dios sabía que ya habían tenido esa conversación una vez. Y repetirla solo empeoraría las cosas.

—Está bien —se oyó decir entonces Beth—. Muy bien. Pero antes necesito comer algo.

Trato hecho, dijo John.

CAPÍTULO 16



Cuando Wrath tomó forma junto a la clínica de la raza, sintió a Vishous materializándose junto a él… y maldijo el hecho de necesitar una puta niñera. Pero al menos el conocimiento médico de V podría ser un valor añadido esta vez.

—Sigue recto cinco metros —le anunció su hermano—. Tienes frente a ti un metro y medio de pavimento despejado y luego el suelo está cubierto de nieve.

Wrath dio un paso y sintió el asfalto. Al siguiente paso, la nieve absorbió su bota.

No podía traer a George a esto. La ceguera no era una virtud para un soberano en tiempos de paz, pero durante la guerra era una debilidad crítica y nada anunciaba mejor la ceguera que un perro guía.

Naturalmente, el retriever casi sufre un infarto cuando vio que Wrath lo iba a dejar, pero como Beth ya estaba enfadada con él, el siguiente paso era, desde luego, alejar a su perro. Y después, a la Hermandad. Aunque ese conjunto de cabrones testarudos eran demasiado tenaces para dejarse alejar.

—Para —dijo V.

Wrath se detuvo aunque tuvo que apretar los dientes de la rabia. Pero eso era mejor que estrellarse con el costado del edificio.

Luego vino una pausa durante la cual V digitó el código que cambiaban cada noche y después los dos entraron al vestíbulo, cuyo característico olor a antiséptico anunciaba que, en efecto, se encontraban en el lugar correcto.

Joder, Wrath se sentía realmente enfermo: le dolía el pecho, sentía palpitaciones en la cabeza y le parecía que su piel era demasiado estrecha para contener sus huesos.

Estaba sufriendo un caso claro de imbecilidad.

Y probablemente fuera terminal.

—Saludos, excelencias —se oyó que decía una vocecilla femenina, y aun a través del intercomunicador se podía percibir el sentimiento de reverencia—. Les estamos

enviando el ascensor en este momento.

—Gracias —dijo V, apretando los dientes.

Sí, el Hermano odiaba a Havers por una variedad de razones. Pero, claro, lo mismo le sucedía a Wrath.

Solo tenía que recordar cómo el buen doctor había tratado de matarlo hacía un par de años. Pero ahora, comparado con enemigos como Xcor y la Pandilla de Bastardos, el de la bata blanca, la pajarita y las gafas de montura de carey parecía un buen samaritano.

Joder, ojalá pudiera regresar a la era de su padre, cuando la gente respetaba el trono.

En ese momento se oyó el ruido de un ascensor que se abría y V le tocó el brazo. Entraron juntos al compartimento y, después de un *bing*, Wrath sintió cómo se cerraban las puertas y el ascensor descendía hacia un nivel subterráneo.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, Vishous se volvió más cuidadoso con las indicaciones: se acercó de manera que quedaron hombro con hombro y así permaneció, dando la impresión a los observadores casuales de ser solo un guardaespaldas que cumplía con el deber de cuidar al rey de la raza.

En lugar de servir como un par de ojos sustitutos.

Un súbito murmullo le indicó a Wrath que habían llegado a un lugar público y la bienvenida por parte de la recepcionista fue igualmente eléctrica.

—Excelencia —dijo una voz femenina, al tiempo que se oía el chirrido de una silla sobre el suelo—. Por aquí, por favor.

Wrath giró la cabeza hacia el lugar de donde provenía el sonido de la voz y asintió.

—Gracias por recibirnos tan pronto.

—Desde luego, Excelencia. Es un raro honor contar con su presencia en nuestra…

Bla, bla, bla.

La buena noticia fue que lo pasaron rápidamente a un área privada donde no había casi interferencias. Y luego se quedaron esperando. Seguramente no por mucho tiempo. Wrath estaba convencido de que Havers iba a ponerse las zapatillas de correr para ir a atenderlo desde donde estuviera.

Aunque ese imbécil no debía de saber ni qué eran unas Nike.

—¿Por qué todos los hospitales tendrán que tener Monets como parte de su decoración? —se quejó Vishous.

—Supongo que las láminas son baratas.

—Pero este es un cuadro de verdad.

Ah. Sí. Claramente se encontraban en una *suite* VIP.

—Será cosa de Havers, aun estando en Sotheby’s es incapaz de escapar al cliché.

—Probablemente lo trajo del Viejo Continente. Idiota sin gusto. Una vez que se ha visto uno de esos malditos nenúfares, se han visto todos. Y odio el color rosa. De

verdad que lo detesto. Aunque el lavanda es peor.

Mientras Wrath extendía las manos para tantear a su alrededor, pensó en las pinturas impresionistas que había visto cuando sus ojos todavía funcionaban un poco. Eso sí que era ver borroso, nada como las manchas de un pintor medio ciego vistas por un idiota medio ciego.

Los surrealistas con sus bordes bien definidos habrían sido mucho mejores si él hubiese…

Caramba. Su cerebro realmente no quería pensar en la razón por la que estaban ahí.

—Hay una camilla de exploración justo delante de ti.

—No me van a explorar —murmuró Wrath.

—Vale, y el sofá de seda de la abuelita de alguien está a tu derecha.

Mientras corregía el rumbo para dirigirse al sofá, Wrath pensó en lo mucho que le gustaba tener sus propios médicos en casa. Lástima que la doctora Jane y Manny no pudieran contestar sus preguntas en este caso. Y, sí, Wrath suponía que podía haber conseguido la información de otra manera, por ejemplo pidiéndole a Fritz que viniera a preguntar. Pero algunas veces lo mejor era tener la información de primera mano: quería sentir el olor del médico cuando hablara. Era la única manera de saber si estaba diciendo la verdad.

—¿Vas a decirme de qué se trata esto? —preguntó V.

Luego se oyó un golpecito seguido por un arañazo y, un segundo después, el aroma a tabaco turco opacó casi todo el olor a desinfectante.

Al ver que Wrath no decía nada, V soltó una maldición.

—¿Sabes? Jane puede hacer esto, sea lo que sea.

—¿Ella sabe acerca de los periodos de fertilidad de los vampiros? ¿No? Eso creía.

Eso dejó callado a V durante un minuto.

En medio del silencio, Wrath sintió la abrumadora necesidad de pasearse, pero eso no era posible, dado que no quería estrellarse con todos los elegantes muebles de Havers.

—Dime qué pasa.

Wrath negó con la cabeza.

—No tengo nada bueno que decir.

—Como si eso te hubiese detenido alguna vez.

Por fortuna, Havers eligió ese momento para entrar, y enseguida frenó en seco.

—Perdonadme… —le dijo a Vishous—. Pero aquí no se puede fumar.

V respondió con un tono cargado de aburrimiento.

—Pero si a nuestra especie no le da cáncer, o es que no lo sabías.

—Es por los tanques de oxígeno.

—¿Acaso hay alguno por aquí?

—Ah…, no.

—Bueno, entonces prometo no ir a buscar ninguno.

Wrath interrumpió el debate.

—¿Tendrías la amabilidad de cerrar la puerta? —Imbécil—. Solo quiero hacerte un par de preguntas. Y por favor dile a la enfermera que se vaya.

—Por… supuesto.

Una sensación de miedo se difundió por el aire cuando la enfermera se fue y la puerta se cerró. La verdad es que Wrath no culpaba a Havers por estar nervioso.

—¿En qué puedo ayudarle, Excelencia?

Wrath se imaginó a Havers con los rasgos que recordaba. Seguramente todavía llevaba esas gafas que cuadraban tan bien con su cara refinada y una bata blanca con el nombre bordado junto a la solapa. Como si alguien en su propia clínica pudiera confundirlo con otra persona.

—Quiero saber qué puedes hacer para detener el periodo de fertilidad de una hembra.

Silencio total.

Bueno, excepto por el taco que soltó V.

Después de un momento, se oyó un crujido, como si el buen doctor se hubiese sentado junto al sofá donde estaba Wrath.

—Yo, ah…, no sé muy bien cómo responder a eso, Excelencia.

—Inténtalo —dijo Wrath bruscamente—. Pero rápido. No tengo toda la noche.

Unos sonidos casi imperceptibles indicaban que el macho estaba jugueteando nerviosamente con algo. ¿Un lapicero? ¿Tal vez un estetoscopio?

—¿Acaso ella…, ella, ah…, la hembra…, ya ha comenzado?

—No.

El silencio que siguió hizo que Wrath deseara no haber acudido a Havers. Pero este ya no era momento de marcharse, y no solo por el hecho de que ya no sabía dónde estaba la puerta.

—No se trata de mi shellan, por cierto. Es una amiga.

Por Dios, como si tuviera una enfermedad de transmisión sexual o una mierda así.

Pero al menos eso le dio un respiro al médico. De inmediato, la energía del macho pareció calmarse y su boca empezó a moverse.

—No tengo una buena respuesta para su Excelencia, desgraciadamente. Hasta este momento, no he encontrado ninguna manera de detener el momento de inicio. He probado con varios medicamentos, incluso de los que se consiguen en el mercado humano, pero el problema es que las vampiras tienen una hormona extra que, cuando se activa, crea una abrumadora respuesta que comprende todo el sistema. Como resultado, las píldoras anticonceptivas de los humanos o las inyecciones no tienen ningún efecto en nuestras hembras.

Wrath negó con la cabeza. Debería haberlo sabido, nada del ciclo reproductivo de las vampiras era fácil.

Maldita Virgen Escribana. Sí, claro, anda y crea una raza de gente y, cuando estés en ello, acuérdate de castigarla con una mierda bien fea. Perfecto.

Havers siguió hablando y su silla volvió a crujir, como si estuviera cambiando de posición.

—Sedar a la hembra durante el sufrimiento es el único método con el que he tenido éxito. ¿Desea usted un kit de esos para su amiga, Excelencia?

—Un kit…

—Sí, un kit para el tratamiento del periodo de fertilidad.

Wrath pensó en Beth sentada en aquella habitación con Layla. Solo Dios sabía hacía cuánto tiempo que lo llevaba haciendo, pero lo importante era que Wrath tenía miedo de que el asunto hubiera funcionado: se había excitado mucho en presencia de su shellan. Y aunque eso no era inusual, había que tener en cuenta que estaban discutiendo y el sexo era lo último que él tenía en mente.

Era muy posible que las hormonas de Beth ya estuvieran en plena actividad.

O tal vez él estaba paranoico.

Esa también era una posibilidad.

—Sí —se oyó decir—. Quiero un kit.

Se oyó el ruido de alguien que escribía algo.

—Ahora voy a necesitar que el macho que sea responsable de ella firme esto, puede ser su hellren, su padre o el macho más viejo de la familia. No me siento cómodo recetando esta cantidad de narcóticos sin tener un respaldo… y, claro, tendrá que haber alguien allí que le administre los medicamentos. Porque lo más probable es que no sea solo ella quien se vea afectada por el periodo de fertilidad. Seamos honestos, las hembras no tienen, en todo caso, la mayor claridad de pensamiento para estas cosas.

Por alguna razón, Wrath pensó en Payne acusándolo de misógino.

Al menos Havers lo era todavía más…

Ay, joder, ¿cómo iba a hacer para firmar eso? En casa, en su escritorio, Saxton siempre le marcaba el lugar de la firma con una serie de puntos levantados…

—Yo la firmaré —se apresuró a intervenir V—. Y mi shellan, que también es médico, se encargará de todo lo demás.

—¿Tú tienes compañera? —preguntó el médico con asombro. Como si fuera más fácil que cayera un meteoro sobre su clínica—. Quiero decir que…

—Dame ese papel —dijo Vishous—. Y un bolígrafo.

Entonces se oyó más ruido de escritura, en medio de un silencio cada vez más tenso.

—¿Cuánto pesa la hembra en cuestión? —preguntó Havers, mientras parecía como si estuviera metiendo algo en una carpeta.

—No lo sé —dijo Wrath.

—Excelencia, ¿desearía que yo viera a la hembra en cuestión? Ella puede venir aquí a la hora que le resulte más conveniente, o yo podría hacerle una visita a domicilio…

—Sesenta kilos —dijo V—. Y se acabó la charla. Tráenos los medicamentos para

que podamos irnos de aquí.

Mientras Havers se tropezaba con sus propios pies al salir de la sala, Wrath echó la cabeza hacia atrás hasta tocar la pared de yeso que no sabía que tenía detrás.

—¿Vas a contarme ya qué diablos pasa? —preguntó su hermano—. Porque en este momento estoy sacando muchas conclusiones y eso no tendría que hacer falta ya que podrías simplemente contestar a mi maldita pregunta.

—Beth ha estado pasando mucho tiempo con Layla.

—Porque ella quiere…

—Un hijo.

Una corriente de tabaco turco llegó hasta la nariz de Wrath, lo cual sugería que el Hermano acababa de darle una buena calada a su cigarro.

—Entonces, ¿te mantienes firme en lo de no querer tener hijos?

—Nunca.

—Amén. —De repente Wrath sintió que las botas de V empezaban a caminar por la habitación y, joder, cómo lo envidiaba por poder hacer lo mismo—. No es que no respete a Z y a su maravillosa bebita. Gracias a esas dos hembras, él parece casi normal, lo cual es un milagro en sí mismo. Y lo vuelve muy poderoso. Pero esa mierda no es para mí. Y, gracias a Dios, Jane piensa igual.

—Sí, gracias a Dios.

—Pero ¿Beth no es de la misma opinión?

—No. Ni de lejos.

Wrath se restregó la frente. Por un lado, era genial tener a alguien que estuviera de acuerdo con él en el tema de no tener hijos, eso hacía que se sintiera menos cruel con su Beth y no sintiera que estaba equivocado. Pero por el otro, ese acuerdo entre Vishous y Jane le producía una gran envidia. No es que Wrath le deseara mal a Vishous, de ninguna manera. Pero envidiaba la comodidad de su posición.

Mientras su Hermano se paseaba y fumaba, y los dos esperaban a que Havers regresara con los calmantes…, Wrath pensó por alguna razón en sus padres.

Los recuerdos que tenía de su madre y su padre eran de ensueño. Bueno, estaban en el Viejo Continente y vivían en un castillo medieval, pero sí, esos dos tenían una relación perfecta. Nada de discusiones, ni rabia, solo amor.

Nunca se había interpuesto nada entre ellos. Ni el trabajo de su padre, ni la corte en la que vivían, ni la ciudadanía a la que servían.

Perfecta armonía.

Ese era otro estándar del pasado que Wrath sencillamente no había podido alcanzar…

V dejó escapar entonces un extraño sonido, parte jadeo, parte maldición.

—¿Te has tragado el humo? —le preguntó Wrath con sarcasmo.

A su lado, la silla en la que Havers se había sentado no crujió esta vez, sino que estuvo a punto de desbaratarse, como si V hubiera dejado caer todo su peso sobre ella sin consideración.

—¿V?

Cuando el Hermano contestó por fin, habló con una voz profunda y muy baja.

—Te veo…

—No, no, no —estalló Wrath—. No quiero saberlo, V. Si estás teniendo una de tus visiones, *no* me digas qué…

—… de pie en un campo blanco. Blanco, el blanco te rodea…

¿El Ocaso? Ah, menuda mierda.

—Vishous…

—… y estás hablando con…

—¡Oye! ¡Cabrón! Siempre te he dicho que no quiero saber cuándo voy a morir. ¿Me oyes? No quiero saberlo.

—… la cara en los cielos.

—¿Tu madre? —La verdad es que la Virgen Escribana había estado bastante desaparecida últimamente—. ¿Es tu madre?

Mierda, no quería estimular esto.

—Escucha, V, tienes que salir de ahí. No soy capaz de soportarlo, tío.

Se oyó una maldición entre dientes, como si el Hermano estuviera recuperando la compostura.

—Lo siento, cuando tengo una visión tan repentina es difícil detenerse.

—Está bien. —Aunque no era cierto. En absoluto.

Porque el problema con las premoniciones de Vishous, aparte del hecho de que siempre tenían que ver con la muerte de la persona, era que no tenían coordenadas temporales. Lo que V veía podía suceder la semana siguiente. O el año próximo. O dentro de siete siglos.

Si Beth moría…, él no querría vivir…

—Lo único que puedo decir es —dijo V y volvió a exhalar— que veo que el futuro está en tus manos.

Bueno, al menos eso era algo genérico y evidente, como los horóscopos de las revistas: la clase de cosa que cualquiera podía leer y sentir que se aplicaba a su vida.

—Hazme un favor, V.

—¿Qué?

—No veas nada más sobre mí.

—No depende de mí, ya lo sabes.

Muy cierto. Al igual que nuestro futuro.

Pero la buena noticia fue que… ya no tendría que preocuparse por el periodo de fertilidad de Beth. Pues gracias a aquella miserable visita, iba a poder ocuparse de ella cuando este llegara.

Sin correr el riesgo de dejarla embarazada.

CAPÍTULO 17



Año 1664

—¿Leelan?

Al ver que no obtenía respuesta, Wrath, hijo de Wrath, volvió a golpear en la puerta de su recámara.

—¿Leelan? ¿Puedo entrar?

Siendo rey, Wrath no esperaba nunca por nadie ni había nadie a quien él le permitiera hacerlo esperar.

Excepto a su preciosa compañera.

Y esa noche, que era noche de celebración, ella había querido arreglarse en privado y le había dicho que solo lo dejaría entrar cuando estuviese lista para ser vista y adorada. Era totalmente encantador, al igual que la manera en que olía el espacio que compartían como pareja, gracias a los aceites y lociones que ella se había aplicado. Incluso un año después de su unión, ella todavía bajaba los ojos y sonreía en secreto cuando él la admiraba. Y por eso Wrath adoraba despertar cada crepúsculo al lado de ella y luego acostarse a descansar al alba junto al hermoso y tibio cuerpo de su compañera.

Pero esta noche ocurría algo diferente.

¿Cuándo se terminaría esta espera?

—Entrad, mi amor —se oyó a través de las pesadas puertas de roble.

Wrath sintió que su corazón daba un salto. Después de girar la cerradura, abrió los paneles con el hombro… y ahí estaba ella. Su amada.

Anha estaba al fondo de la habitación, junto al hogar, que era lo suficientemente grande como para alojar a un adulto de pie. Sentada a su tocador, que Wrath había situado junto al fuego para asegurarse de que ella no tuviera nunca frío, Anha le

estaba dando la espalda y su largo pelo negro caía en gruesas ondas desde los hombros hasta la cintura.

Wrath respiró profundamente y el olor de su amada le pareció más importante que el oxígeno que llenaba sus pulmones.

—Oh, estáis preciosa.

—Pero si aún no me habéis visto bien…

Wrath frunció el ceño al sentir el tono agudo de la voz de ella.

—¿Hay algo que os esté afligiendo?

Su shellan se giró para mirarlo.

—Nada. ¿Por qué preguntáis?

Estaba mintiendo. Su sonrisa era una versión desvanecida del resplandor que normalmente irradiaba, aparte de que tenía la piel muy pálida y los ojos un poco tristes.

Mientras caminaba sobre las alfombras de piel, Wrath sintió miedo. ¿Cuántas noches hacía que Anha había tenido su periodo de fertilidad? ¿Catorce? ¿Veintiuna?

A pesar del riesgo que implicaba para ella, ellos habían rogado fervorosamente por concebir un hijo, y no solo por tener un heredero, sino por tener un hijo o hija al que los dos amaran y educaran.

Wrath se arrodilló ante su leelan y recordó la primera vez que lo había hecho. Había tenido mucha razón al aparearse con esta hembra, y era todavía más acertado poner su corazón y su alma en sus gentiles manos.

Ella era la única en la que podía confiar.

—Anha, decidme la verdad. —Wrath le acarició la cara y de inmediato retiró la mano—. ¡Estáis helada!

—No, no lo estoy. —Ella lo apartó y dejó el cepillo sobre la cómoda al tiempo que se ponía de pie—. Estoy vestida con el terciopelo rojo que os gusta. ¿Cómo podría estar fría?

Por un momento, Wrath casi olvida sus preocupaciones. Ella era toda una aparición, vestida con aquel color rojo profundo, mientras los hilos de oro de su corpiño atrapaban la luz del fuego al igual que lo hacían sus rubíes: en efecto, Anha llevaba puesto esa noche el aderezo de rubíes completo y las piedras brillaban en sus orejas, su cuello, sus muñecas y sus manos.

Y, sin embargo, a pesar de lo resplandeciente que estaba, algo no cuadraba.

—Por favor, levantaos, mi hellren —le ordenó ella—. Y procedamos a bajar a las festividades. Todo el mundo os está esperando.

—Pues que esperen un rato más. —Wrath no tenía intenciones de moverse—. Anha, por favor, decidme: ¿qué sucede?

—Os preocupáis demasiado.

—¿Acaso habéis sangrado? —le preguntó Wrath con voz tensa. Lo cual significaría que no había quedado encinta.

Anha puso una delicada mano sobre su vientre.

—No, y me siento… perfectamente bien. De verdad.

Wrath entrecerró los ojos. Desde luego, había otro tema que podía estar afligiéndola.

—¿Alguien ha sido cruel con vos?

—Nunca.

En eso no cabía duda de que estaba mintiendo.

—Anha, ¿acaso creéis que hay algo que escape a mi conocimiento? Soy muy consciente de lo que sucede en mi corte.

—No os preocupéis por esos tontos. Yo no lo hago.

Wrath la amaba por su resistencia. Pero la valentía de Anha era innecesaria; si pudiera averiguar quién la estaba atormentando, él se encargaría de ponerle fin a aquello.

—Creo que debería volver a ocuparme de los rumores.

—No digáis nada, mi amor. Lo hecho, hecho está, y ya no podemos echar para atrás la presentación. Tratar de silenciar todas las críticas o comentarios sobre mí haría que la corte se volviera un desierto.

Todo había empezado la noche en que la llevaron ante él. Wrath no había seguido el protocolo establecido y, a pesar del hecho de que los deseos del rey imperaban sobre el territorio y todos sus vampiros, hubo unos cuantos que no estuvieron de acuerdo con muchas cosas. Que él no la había desvestido. Que le había entregado el aderezo de rubí y el anillo de la reina… y luego había realizado la ceremonia de apareamiento él mismo. Que la había instalado de inmediato en su recámara privada…

Sus críticos no se calmaron lo más mínimo cuando Wrath accedió a realizar una ceremonia pública. Y un año después, todavía no querían a su compañera. Nunca eran groseros con ella cuando estaban en presencia de él, claro, y Anha se negaba a decir ni una palabra sobre lo que ocurría a espaldas del rey.

Pero el olor de la ansiedad y la depresión de su compañera era una sensación bien conocida por Wrath.

En realidad, el tratamiento que la corte le daba a su amada lo llenaba de tanta rabia que a veces recurría a la violencia y había creado una disputa entre él y todos los que lo rodeaban. Ahora Wrath sentía que no podía confiar en nadie. Ni siquiera en la Hermandad, que se suponía que era su guardia privada y estaba compuesta por machos en los que debía confiar por encima del resto. Pero Wrath sospechaba incluso de ellos.

Anha era lo único que tenía.

Entonces Anha se inclinó sobre él, puso sus manos sobre el rostro del rey y dijo:

—Wrath, mi amor —le susurró, al tiempo que le estampaba un beso en los labios —. Vamos al festival.

Él le agarró los brazos y la miró. Los ojos de ella eran como pozos en los que uno se podía ahogar, y el único temor del rey en esta vida mortal era que algún día

esos ojos dejaran de estar ahí para mirarse en ellos.

—Ya no penséis más —le rogó su shellan—. Nada me va a suceder ni ahora ni nunca.

Entonces Wrath la acercó a él y giró la cabeza para apoyarla contra el vientre de ella. Mientras las manos de Anha se hundían entre su pelo, Wrath estudió la mesa del tocador. Cepillos, peines, frasquitos de colores para sus labios y sus ojos, una taza de té al lado de una tetera, un trozo de pan mordisqueado.

Eran cosas muy prosaicas, pero el hecho de que ella las hubiese reunido allí, que las hubiese tocado, las elevaba a las alturas del valor: ella era la alquimia que lo transformaba todo, incluso a él, en oro.

—Wrath, debemos irnos.

—No quiero. Aquí es donde deseo estar.

—Pero vuestra corte os espera.

Wrath dijo algo deshonroso que esperaba que se hubiese quedado entre los pliegues de terciopelo del vestido, pero considerando la forma como ella se rio enseguida, Wrath comprendió que no había sido así.

Y ella tenía razón, claro. Había muchas personas reunidas que esperaban su presencia.

Malditos todos.

Wrath se puso de pie, le ofreció el brazo a su amada y, después de que ella se agarrara de él, los dos salieron de la recámara y recorrieron el pasillo bordeado de guardias. Un poco después, descendieron por una escalera de caracol y, mientras lo hacían, el ruido de la aristocracia reunida se volvía cada vez más fuerte.

Al acercarse al gran salón, ella se apoyó todavía más en él y él infló el pecho, mientras su cuerpo crecía en estatura como resultado de la confianza que ella tenía en él. A diferencia de tantos cortesanos, que querían ser totalmente dependientes, su Anha siempre había mantenido un cierto decoro orgulloso, de modo que, cuando ocasionalmente ella parecía necesitar de la fuerza de él, Wrath sentía aquello como un regalo especial para su masculinidad.

No había nada que lo hiciera sentir con más agudeza su sexo masculino.

A medida que la cacofonía se hacía tan fuerte que se tragaba el ruido de sus pasos, Wrath se inclinó para decirle al oído:

—Deberíamos despedirlos temprano.

—Pero Wrath, deberíais aprovisionaros de…

—De vos —le dijo él, cuando se acercaban a la última curva—. De vos es de quien debería aprovisionarme.

Al ver que ella se ruborizaba, él se rio entre dientes y se sorprendió deseando fervientemente el próximo regreso a sus habitaciones privadas.

Al tomar el último giro, él y su shellan llegaron ante un par de puertas dobles destinadas solo al uso real y dos Hermanos se adelantaron para saludarlos de manera formal.

Querida Virgen Escribana del Ocaso, Wrath detestaba estas reuniones de la aristocracia.

Cuando las trompetas anunciaron su llegada, las puertas se abrieron de par en par y los cientos de asistentes que se encontraban allí reunidos guardaron silencio, mientras sus coloridos vestidos y sus resplandecientes joyas rivalizaban con los frescos del techo y el suelo de mosaico que pisaban sus escarpines de seda.

Wrath recordaba cómo lo impresionaba aquel gran salón y la elegancia de la aristocracia cuando su padre todavía estaba vivo. Pero ahora ni siquiera la inmensidad del salón, tan grande como un coto de caza, ni sus dos chimeneas gigantes, dentro de las que cabría la vivienda de un civil, le despertaban aquella ilusión de grandeza y honor.

Un tercer miembro de la Hermandad habló entonces con voz de trueno.

—Su Majestad, Wrath, hijo de Wrath, soberano de todo lo que se halla dentro y fuera de los territorios de la raza, y la reina Anha, amada hija de sangre de Tristh, hijo de Tristh.

El aplauso obligado estalló enseguida entre la concurrencia y rebotó contra los muros. Y luego llegó el momento de la respuesta real. Según la tradición, el rey nunca debía bajar la cabeza ante ningún ser vivo, de manera que era el deber de la reina mostrar agradecimiento a la concurrencia haciendo una reverencia.

Su Anha hizo entonces lo que le correspondía con una gracia y un aplomo sin par.

Luego fue el turno de la concurrencia de dar fe de su lealtad mediante reverencias, en el caso de los machos, y genuflexiones, en el de las hembras.

Y ahora, después de las formalidades generales, Wrath debía acercarse a la fila de cortesanos para saludarlos uno por uno.

Mientras caminaba hacia la fila, Wrath pensó que no recordaba en qué festival estaban, ni sabía qué página del calendario o fase de la luna estaban celebrando. La glymera era capaz de inventarse millones de razones para congregarse, la mayor parte de las cuales parecían bastante inútiles, considerando que siempre se presentaban los mismos individuos.

La ropa sí era siempre distinta, claro. Y las joyas que llevaban las hembras.

Y entretanto, mientras allí se preparaban y se consumían cenas deliciosas, y a cada paso los asistentes intercambiaban pullas y ofensas entre ellos, había temas de importancia de los cuales sí debían ocuparse: por ejemplo, el sufrimiento del pueblo debido a la sequía, o la invasión del territorio por parte de los humanos, o las agresiones de la Sociedad Restrictiva. Pero la aristocracia no se preocupaba por esos temas. En su opinión, esos eran problemas que debía afrontar principalmente la chusma anónima.

Al contrario de lo que aconsejaban las leyes más básicas de la supervivencia, la glymera despreciaba el valor de la población que cultivaba la comida que consumían, que construía las casas en las que vivían y que cosía la ropa con que

cubrían sus cuerpos…

—Vamos, mi amor —susurró Anha—. Vamos a saludar.

Curioso, parecía que Wrath se había detenido sin darse cuenta.

Cuando volvió a moverse, Wrath clavó sus ojos en Enoch, quien siempre estaba al frente de la fila de machos vestidos con túnicas grises.

—Salud, Majestad —dijo el macho, con tono de maestro de ceremonias—. Y también para vos, mi reina.

—Enoch. —Wrath miró a los cortesanos. Los doce machos estaban organizados en orden de jerarquía y, en ese sentido, el último de la fila apenas estaba saliendo de su transición y provenía de una familia de muy buen linaje pero escasos medios económicos—. ¿Cómo os encontráis?

No es que le importara, claro. Wrath estaba más interesado en saber quiénes de aquellos aristócratas habían contrariado a su amada. Seguramente había sido uno de ellos, si no todos. Ella no tenía damas de compañía, según su propio deseo, de modo que estas eran las únicas figuras con las cuales tenía contacto en la corte.

Qué sería lo que habían dicho. Quién lo habría dicho.

Con gran disgusto y agresividad, Wrath siguió el orden de la fila y saludó a cada uno de acuerdo con el protocolo. En efecto, esta antigua secuencia de saludos privados en medio de una reunión pública era una forma de reconocer y reafirmar la posición de los consejeros dentro de la corte, una declaración de su importancia.

Wrath todavía podía recordar a su padre haciendo exactamente lo mismo. Solo que su padre sí parecía valorar las relaciones con los cortesanos.

En especial esa noche, el hijo no se sentía similar al padre.

¿Quién había…?

Al principio Wrath pensó que su amada se había tropezado y por eso le había apretado más el brazo. Pero resultó que no había tropezado, en realidad había perdido el equilibrio.

Todo el equilibrio.

La sensación de presión en el brazo lo hizo girarse para mirar y ahí fue cuando vio lo que sucedía. La forma vital de su shellan se desvanecía y se precipitaba hacia el suelo.

Mientras gritaba, Wrath trató de agarrarla, pero no fue lo suficientemente rápido.

Mientras la concurrencia contenía la respiración, Anha se desplomó sobre el suelo, mirándolo fijamente pero sin ver nada, con una expresión tan vaga como un espejo en el cual nadie se mira y la piel todavía más pálida de lo que la tenía en la recámara.

—¡Anha! —gritó Wrath, al tiempo que se agachaba para atenderla—. ¡Anha!

CAPÍTULO 18



Sola se despertó sobresaltada, con la cara contra el frío suelo de cemento y el cuerpo en una posición poco natural. Cuando se dio la vuelta para quedar bocarriba, su cerebro evaluó su situación en un segundo: se hallaba en un celda con tres sólidas paredes y barras en la cuarta pared. No había calefacción, ni ventana, solo una luz diminuta arriba y un inodoro de acero inoxidable.

Tampoco había nadie más en la celda, ni ningún guardia a la vista.

Luego evaluó la situación de su cuerpo: tenía fuertes punzadas en la nuca y la frente, pero eso no era ni remotamente tan malo como el dolor que sentía en la pierna. El cabrón con la marca de nacimiento en la cara le había disparado quince centímetros por encima de la rodilla; el hecho de que pudiera levantar la pantorrilla del suelo sugería que no le había dado en el hueso, pero aun así era muy doloroso. La sensación ardiente, unida a las palpitaciones, era suficiente para producirle náuseas.

Silencio.

Al otro extremo del sótano, en la pared, había un par de cadenas incrustadas dentro del cemento, y las esposas que colgaban del extremo eran toda una promesa del horror que seguramente la esperaba.

Bueno, eso y las manchas que había alrededor de las cadenas.

Ninguna cámara de seguridad a la vista. Pero, claro, Benloise era cauteloso. Quizás usaba la cámara de un teléfono para volver a ver su propia versión de la película.

Sin saber cuánto tiempo tenía, Sola se puso de pie…

—¡Mierda!

Apoyar el peso del cuerpo en la pierna derecha era como agarrar un atizador y clavarlo en la herida.

Tendría que evitarlo.

Al ver el inodoro, que estaba más o menos a un metro y medio, Sola volvió a maldecir. Esa pierna iba a ser una terrible desventaja táctica, porque era difícil no caminar arrastrándola como si fuera un zombi, lo cual no solo hacía ruido, sino que la volvía infinitamente más lenta.

Tratando de ser silenciosa, usó el inodoro pero no tiró de la cadena. Luego regresó al lugar donde estaba inicialmente. No le parecía necesario comprobar la firmeza de los barrotes ni verificar que la puerta estuviese trancada.

Benloise no era ningún chapucero y no contrataría a ningún estúpido.

Su única oportunidad era tratar de superar al guardia que tenía el arma, pero no tenía ni idea de cómo podría hacerlo. A menos que…

Sola se volvió a acostar en el suelo y adoptó exactamente la misma posición en que se había despertado. Luego cerró los ojos y se distrajo un momento con los latidos de su propio corazón.

Parecía que se le fuera a salir del pecho.

En especial cuando pensaba en su abuela.

Ay, Dios, no podía terminar sus días ahí. Y no de esa manera, esto no era una enfermedad ni un accidente automovilístico. Esto iba a implicar una gran cantidad de sufrimiento infligido de forma deliberada. ¿Y después? Benloise era la clase de enfermo capaz de enviarle a su abuela un pedazo de su cuerpo para que lo enterrara.

Aunque la receptora del horror fuera totalmente inocente.

Al pensar en su abuela recibiendo solo una mano o un pie para ponerlo en el ataúd, Sola sintió que sus labios empezaban a moverse por voluntad propia.

Dios, por favor permíteme salir de esto viva. Por el bien de vovó. Solo déjame sobrevivir a esto y te prometo que abandonaré esta vida. Me llevaré a mi abuela a un lugar seguro y nunca, jamás, volveré a hacer nada malo.

A lo lejos, Sola oyó el sonido metálico de una puerta que alguien estaba abriendo y luego un murmullo.

Mientras se obligaba a respirar regularmente, observó a través del velo que formaba su pelo y aguzó el oído, al tiempo que las pisadas se acercaban.

El hombre que bajó por las escaleras era el que tenía una enorme marca de nacimiento oscura en la cara. Vestido con pantalones negros de combate y una camiseta sin mangas, parecía estar muy molesto.

—… maldito idiota, ¡cómo se le ocurre morirse! Al menos así ya no tengo que oír sus gilipolleces…

Sola cerró los ojos… y oyó otro ruido metálico.

De repente la voz del hombre resonó mucho más cerca.

—Despierta, perra.

Sola sintió unas manos bruscas que la giraron para ponerla bocarriba y necesitó de todo su autocontrol para no gemir por el dolor en la cabeza y la pierna.

—¡Perra! ¡Despierta!

El hombre le dio una bofetada y Sola sintió el sabor a sangre en la boca, así que

se imaginó que le habría roto el labio. Pero cualquier dolor adicional era casi imperceptible frente a la agonía de la pierna.

—¡Perra! —Otra bofetada, todavía más fuerte—. ¡No te atrevas a jugar conmigo!

El hombre la agarró entonces de la parka y se la abrió de un tirón. Cuando su cabeza se estrelló contra el suelo de cemento, fue imposible contener un gruñido.

—Perfecto, por fin te desperté. —Entonces le rasgó la camisa y se produjo una pausa—. Mmmm, qué bonito.

El sujetador se abrochaba por delante y, cuando el hombre lo soltó, Sola sintió un golpe de aire helado contra la piel.

—Ay…, sí…

Sola apretó los dientes mientras él la acariciaba y tuvo que obligar a sus músculos a mantenerse relajados cuando él metió la mano por debajo de la cinturilla del pantalón. Al igual que le había sucedido con la bengala que encontró en el maletero del coche, en este caso solo tenía una oportunidad y necesitaba que el cabrón estuviese lo suficientemente distraído.

Aunque sentía que estaba a punto de vomitar.

El guardia le quitó los vaqueros junto con las bragas después de varios tirones y luego su trasero quedó desnudo contra el suelo helado y áspero.

—Esto me lo debes, perra. Ahora voy a tener que contarle al jefe sobre ese pobre desgraciado al que mataste… ¡Ah, malditas botas!

El hombre desató entonces frenéticamente los cordones de las botas de Sola y se las quitó, una detrás de la otra. Mientras estaba en esas, ella sintió la tentación de tratar de darle una patada en la cara, pero era consciente de que no tendría suficiente fuerza para hacerle verdadero daño desde esa posición, y si se apresuraba a golpearlo y perdía, estaba segura de que el hombre terminaría encadenándola a esa maldita pared.

Cuando el hombre le metió la mano entre las piernas, Sola no pudo evitar la reacción instintiva de su cuerpo ante semejante invasión y, a pesar de las órdenes de su cerebro, sus piernas se cerraron de inmediato contra la muñeca del guardia.

—¿Ya estás despierta? —dijo el hombre apretando los dientes—. Te mueres de ganas de esto, ¿no?

Relájate, pensó Sola. Estás esperando una cosa y solo esa cosa.

El hombre retiró la mano y luego el sonido de una cremallera que se abría con brusquedad le dio a Sola el incentivo extra que necesitaba para dejar que sus piernas se abrieran. Necesitaba que él tratara de montarla.

Y vaya si lo intentó.

Mientras ella abría las piernas de par en par, el hombre se puso a cuatro patas y empezó a acomodarse.

Al primer intento, ella aprovechó.

Con un súbito estallido de energía, se levantó y lo agarró de las pelotas como si tuviera la intención de castrarlo. Y, en efecto, esas eran exactamente sus intenciones.

Mientras le retorcía los testículos con toda su fuerza, Sola hizo caso omiso del dolor en su pierna y su cabeza y apretó todavía más la mano. El guardia dejó escapar un aullido agudo, como el de un perrito faldero que hubiese caído en una freidora, y se fue de lado.

Eso era todo lo que Sola necesitaba. Después de quitárselo de encima, se puso de pie de un salto, mientras él se cubría la polla y las pelotas con las manos y se ponía en posición fetal.

Sola miró rápidamente a su alrededor, necesitaba…

Cojeando, fue hasta la pared de las cadenas de las que seguramente iban a colgarla, quitó una y la trajo arrastrando por el suelo. Luego se envolvió la cadena alrededor del puño, de manera que los pesados eslabones formaron una jaula alrededor de su mano, y se sentó sobre la cabeza y los hombros del guardia.

—¿Quieres un buen polvo, cabrón? A ver si te gusta este.

Entonces levantó el brazo por encima de la cabeza y lo descargó con toda su fuerza sobre el cráneo del hombre. Este dejó escapar un rugido y trató de taparse la cabeza con los brazos, formando una barrera a su alrededor.

Bien. Más tarde le haría la lobotomía.

Sola apuntó entonces a la parte de abajo de las costillas, ese espacio de carne y piel que protegía los riñones y el bazo, y lo golpeó ahí una y otra vez, hasta que él ensayó una nueva posición defensiva. De regreso a la cabeza, lo golpeó con más fuerza esta vez, hasta que quedó cubierta de sudor, a pesar de que estaba prácticamente desnuda y el aire del sótano debía de estar a casi 0 grados.

Una vez.

Y otra.

Y otra.

Sola siguió golpeándolo en cada lugar vulnerable que encontraba.

Y lo más extraño es que parecía tener toda la energía del mundo mientras lo hacía: como si estuviera poseída y sus heridas se desvanecieran en el olvido ante la necesidad superior de garantizar su supervivencia.

Nunca antes había matado a nadie. Desde que tenía once años había robado a la gente. También había mentido cuando tenía que hacerlo. Y había irrumpido subrepticiamente en toda clase de lugares a los que no había sido invitada.

Pero la muerte siempre le había parecido un nivel al que no quería llegar. Al igual que la heroína para los consumidores de marihuana, era el abuelo de todos, y una vez cruzabas ese límite, realmente te convertías en un criminal.

Sin embargo, a pesar de todo eso, unos minutos, u horas, o días después… Sola se puso de pie junto a un cuerpo completamente ensangrentado.

Respiró profundamente y dejó que su brazo descansara. Al relajarse, la cadena se desenrolló y cayó al suelo con un sonido metálico.

—Muévete —se dijo entre jadeos—. Tienes que moverte.

Por Dios…, cuando le había rezado al cielo para que la dejara sobrevivir, nunca

había pensado que Dios le daría el poder de quebrantar uno de su Diez Mandamientos.

—Muévete, Sola. Tienes que moverte.

Mareada, con náuseas y con un dolor de cabeza tan fuerte que a veces veía borroso, trató de pensar.

Botas. Iba a necesitar sus botas. Las botas eran más importantes que los pantalones para caminar por la nieve. Así que se agachó y agarró la primera que encontró, pero esta se le deslizó enseguida de la mano.

Sangre. Estaba cubierta de sangre. En especial su mano derecha.

Sola se limpió entonces las palmas de las manos en la parka y volvió a ocuparse de las botas. Una y otra. Después se ató los cordones, no con mucha fuerza, pero con doble nudo.

Y ahora tenía que pensar en su víctima.

Se quedó contemplando el desastre por un segundo.

Mierda, esta era una imagen que iba a ver en su mente durante mucho, mucho tiempo.

Suponiendo que sobreviviera, claro.

Sola se santiguó, se agachó sobre el hombre y lo palpó. El arma que encontró fue una bendición, al igual que el iPhone…, pero tenía clave, joder. Además, no daba señal, aunque quizás eso cambiara cuando subiera a la primera planta.

Lo único que necesitaba era la llamada de emergencia y luego podría tirarlo.

Al salir de la celda, cerró la puerta de barrotes tras ella. Estaba bastante segura de que el tío estaba muerto, pero las películas de terror y toda la saga de Batman sugerían que lo mejor con los chicos malos era tenerlos bien asegurados.

Sola hizo una rápida evaluación del lugar. Había otras dos celdas como la de ella, las dos vacías, y eso era todo.

Fuera del área abierta había un pasillo y luego unas escaleras a las que tardó una eternidad en llegar. Maldita pierna. Antes de subir, se detuvo un segundo a escuchar. No se oía a nadie arriba, pero se sentía un claro olor a hamburguesa.

Sola supuso que debía tratarse de la última cena de su secuestrador.

Caminando pegada a la pared, con el arma delante de ella, trató de hacer el menor ruido mientras subía, aunque tuvo que parar un par de veces para recuperar el aliento.

En la planta de arriba había varias luces encendidas, pero no mucho más: un par de camas en un rincón, una cocina con platos sucios en el fregadero…

Había alguien acostado en la tercera cama junto al baño.

Por favor, que sea el otro tío muerto, pensó Sola…, y, mierda, ¿qué clase de noche era aquella para estar pensando en eso?

La pregunta se respondió sola cuando se acercó a mirar.

—Ay —exclamó y se tapó la boca con la mano, antes de dar media vuelta.

¿Había hecho eso ella con aquella bengala? Por Dios…, y ese olor no provenía de alguien preparándose un Big Mac. Era carne humana chamuscada.

Concentrarse, tenía que concentrarse.

Las únicas ventanas del lugar eran unas ventanitas alargadas de esas que por lo general se ven en los sótanos, ubicadas a una distancia considerable del suelo, de manera que no había forma de mirar hacia fuera. Y solo había tres puertas: por la que había subido del sótano, la que estaba abierta y dejaba ver un inodoro, y la última…, que ciertamente parecía reforzada.

Tenía una barra que se empujaba desde dentro.

Sola no se preocupó por buscar más armas. La cuarenta milímetros que llevaba en la mano era suficiente, pero sí fue hasta la cocina para encontrarse con una sorpresa extra en la encimera…

El premio gordo.

Las llaves del coche, arrojadas casualmente allí con el mando de las puertas. Si Sola no hubiese estado tan asustada, se habría puesto a llorar como una chiquilla.

Pero, claro, cualquier coche probablemente tendría un GPS, al igual que el teléfono.

Aunque comparado con la opción de salir de allí a pie…

Sola agarró las llaves sin pensarlo dos veces.

Luego fue cojeando hasta la puerta, mientras su visión se volvía borrosa por momentos, puso las manos sobre la barra…

Y se lanzó contra el panel de acero con fuerza.

Pero nada se movió.

Cuando volvió a intentarlo, vio que la puerta estaba cerrada desde fuera. ¡Joder! Y cuando revisó las llaves, no encontró ninguna otra en el llavero. Nada…

Ah, claro, pensó.

Montado junto a la puerta, había un pequeño sensor de seguridad.

Desde luego, un lector de huella, que funcionaba desde dentro y desde fuera.

Sola miró por encima del hombro, hacia el cuerpo que yacía al fondo, específicamente la mano que se había salido de la cama y estaba colgando a unos centímetros del suelo.

—A la mierda.

Al regresar junto al muerto, Sola sabía que arrastrarlo hasta la puerta iba a ser muy difícil. En especial con su pierna herida. Pero ¿qué otra alternativa tenía?

Mientras miraba a su alrededor…

En la esquina, frente a un escritorio improvisado, había una silla con rueditas, de las que se ven en las oficinas. Incluso tenía apoyabrazos.

Definitivamente eso era mejor que arrastrarlo por el suelo.

Falso. Meter al cara chamuscada en la silla fue más difícil de lo que había pensado, y no porque el cuerpo ya estuviera rígido, pues al parecer el pobre tío había muerto poco después de que ella lo desfigurara con la luz de emergencia. El problema era la silla, que no dejaba de alejarse cada vez que ella lograba acercar al muerto a la superficie almohadillada.

Eso no iba a funcionar. Además, el hedor de esa carne era insoportable.

Sola dejó entonces el cadáver, que ahora solo yacía a medias sobre la cama, y fue hasta el baño para tratar de vomitar. Pero en primer lugar no tenía nada en el estómago para devolver y, en segundo lugar, las arcadas empeoraron su dolor de cabeza.

De regreso junto al muerto, Sola lo agarró de los sobacos y se apoyó en la pierna buena para levantarlo. Las botas del hombre cayeron sobre el suelo, una después de otra, cuando Sola logró incorporarlo totalmente de la cama y aquellas Timberland dejaron un rastro hasta la puerta. Por fortuna, el guardia tenía unos brazos lo suficientemente largos como para jugar de pívot con los Knicks, de modo que Sola pudo detenerse a una buena distancia de su objetivo.

Hasta el codo del hombre quedó en la posición correcta.

El pulgar cayó justo donde Sola lo necesitaba y la luz del lector pasó de rojo a naranja intermitente.

Tan pronto como saliera de ahí, iba a montarse a ese maldito coche y pisaría el acelerador…

Rojo.

El lector de huella volvió a ponerse en rojo. Así que esa huella no había servido.

Sola dejó caer la mano del muerto y agachó la cabeza con desconsuelo. Cuando sintió que estaba a punto de desmayarse, respiró hondo varias veces.

El otro guardia estaba ahora encerrado en la misma celda en que ella se encontraba en el sótano. Además, apenas había sido capaz de mover a este. ¿Cómo iba a ser capaz de cargarse al hombre que había matado hasta aquí arriba?

¿Al segundo muerto?

Además, Sola lo había encerrado en la celda. ¿Y si la celda también se abría con huella? Primero se moriría de hambre.

A menos que Benloise llegara pronto.

Sola se recostó contra la pared, se agarró la rodilla buena con las manos y trató de pensar, pensar, pensar…

Parecía que Dios se había tomado sus plegarias literalmente: había logrado salir del maletero del coche después de su primer «Ayúdame, Señor». El segundo «Querido Padre, por favor, sácame de aquí» solo la había sacado de la celda, pero no de la casa.

Al elevar una tercera súplica, Sola se volvió más específica.

Ay, Señor, prometo abandonar esta vida si me permites volver a ver la cara de mi abuela. Espera, espera, eso podía suceder si ella estuviera a punto de morir y de alguna manera su vovó llegara a verla al hospital. *Querido Dios, si pudiera mirarla a los ojos y saber que estoy en casa y a salvo con ella… Te juro que la llevaré a algún lugar lejano y nunca jamás volveré a correr riesgos*.

—Amén —dijo, mientras trataba de incorporarse.

Recurriendo a su fuerza interna, Sola encontró la energía para regresar a la

escalera y…

De repente se detuvo y giró sobre sus talones para detenerse delante de la encimera donde había encontrado las llaves del coche. Allí clavó los ojos sobre una solución horriblemente repugnante, pero que demostraba que, sin duda, Dios la estaba escuchando.

Parecía como si las cosas se estuvieran solucionando.

Aunque de manera retorcida.

CAPÍTULO 19



—Ahí está —dijo Assail, al tiempo que señalaba a través del parabrisas—. La salida.

Había esperado una eternidad para ver la pequeña carretera escondida que por fin se dignó aparecer a unos veinte metros de distancia.

Tal como había pronosticado el teléfono de Ehric, habían seguido por la Carretera del Norte a través del parque de los Adirondacks, más allá de un lugar llamado Lago Plácido y unas montañas que, considerando lo que tenían detrás, parecían tener el nombre adecuado:

Montañas de Sangre.

¿Y no habían visto también una estación de esquí llamada Matanzas? Parecía el lugar apropiado para ellos, sin duda.

Había sido un viaje muy largo. Horas y horas avanzando en el Range Rover, como si tuvieran que remontar una sucesión de obstáculos.

—¡Por fin! —murmuró Ehric, al tiempo que giraba bruscamente el volante y tomaban aquel miserable sendero.

El ascenso que siguió parecía más apropiado para un rebaño de cabras, pero por fortuna la tracción superior del Rover convirtió los neumáticos Goodyear que llevaba el todoterreno en unos cascos de caballo bastante aceptables. No obstante, el ascenso llevó muchísimo tiempo, hasta el punto de que Assail llegó a pensar que habían tomado el camino equivocado. Aunque Benloise venía con ellos, no había que descartar la posibilidad de que existiera alguna regla según la cual si él no se ponía en contacto con los captores dentro de ciertos parámetros, quienquiera que estuviera en custodia fuera eliminado.

Assail apoyó el codo contra la puerta y se tapó la cara con la palma de la mano. El hecho de que su Marisol fuese una hembra lo hacía sentir enfermo. Los machos

podían ser bastante rudos con los miembros de su mismo sexo, pero pensar en todo lo que se le podía hacer a una mujer era una verdadera pesadilla que Assail deseaba que no fuera más que eso, una pesadilla.

—Más rápido —dijo apretando los dientes.

—¿Y correr el riesgo de perder un amortiguador? Recuerda que después vamos a tener que bajar de nuevo de esta montaña de piedra.

Justo cuando Assail estaba a punto de soltar un rugido, el final del viaje se les presentó de manera abrupta y sin fanfarria: a lo lejos apareció una estructura de cemento de un solo piso y con el encanto de una perrera y, antes incluso de que se acercaran, Assail abrió la puerta y empezó a bajarse…

En ese mismo momento se abrió de par en par la puerta que llevaba hasta el lugar…

Y Assail nunca olvidaría lo que salió de allí.

Marisol estaba desnuda de la cintura para abajo, y una parka que Assail reconoció flotaba a sus espaldas, mientras que ella caminaba hacia la noche dando tumbos. Al quedar iluminada y cegada al mismo tiempo por los faros del coche, Marisol resplandeció con una luz roja, debido a la sangre que le escurría por las piernas y el torso, y Assail pudo ver la dureza de su rostro, mientras que ella apuntaba hacia el frente con el arma que llevaba en la mano.

—¡Marisol! —gritó él—. ¡No dispares! ¡Soy Assail!

Assail levantó las manos, pero en realidad ella no podía verlo.

—¡Soy Assail! —repitió.

Ella se detuvo, pero como la buena niña que era siguió apuntando hacia el frente con el arma, mientras parpadeaba tratando de ver algo.

—¿Assail…?

La voz de la mujer se quebró con una sensación de desesperanza que cambiaría a Assail para siempre. Tal como le había ocurrido cuando la vio, Assail seguiría oyendo ese mismo tono durante años y años.

En sus pesadillas.

—Marisol, querida Marisol… He venido a por ti.

Assail quería ordenarle a Ehric que apagara las luces del coche, pero no sabía quién más podía estar ahí con ella, o si alguien venía persiguiéndola.

—Marisol, ven a mí.

La forma en que la mano de Marisol tembló al llevársela a la cabeza hizo que Assail sintiera deseos de correr a abrazarla. Pero ella no parecía estar segura de qué era real y qué podía ser fruto de su imaginación. Y con esa arma en la mano, resultaba tan peligrosa como vulnerable.

—Marisol, le prometí a tu abuela que te salvaría. Ven a mí, querida. Ven hacia mi voz.

Assail abrió sus brazos a la oscuridad.

—Assail… —Cuando dio un paso al frente, Assail se dio cuenta de que ella

estaba cojeando. Bastante. Pero, claro, parte de esa sangre debía de ser suya.

—Va a necesitar atención médica —dijo entonces Assail en voz alta. Maldición, ¿cómo iba a hacer para que la viera un médico?

Si ella se moría en el camino de regreso…

¿Cuánta de esa sangre sería suya?

Cuando ella dio otro paso y otro más, sin que nadie saliera detrás de ella, Assail tuvo la esperanza de que no toda la sangre fuera de ella.

—Ven a mí. —Al oír que su propia voz se quebraba, Assail pudo sentir cómo Ehric lo miraba con asombro desde el todoterreno—. Querida mía…

Marisol volvió a mover la mano temblorosa para protegerse los ojos y, por alguna razón, eso resaltó el hecho de que estaba desnuda.

Assail sintió un ardor tan fuerte en la garganta que no podía tragar.

Joder.

Assail se puso la pistola al cinto y corrió a encontrarla a medio camino.

—¿Assail…, de verdad eres tú? —murmuró ella cuando él se acercó.

—Sí. Por favor no dispares… Ven a mí, querida mía.

Cuando ella dejó escapar un sollozo, él la agarró y la apretó contra su pecho, de forma que el cañón del arma que ella llevaba quedó contra el esternón de Assail. Si ella llegaba a apretar el gatillo, lo mataría de inmediato.

Pero no lo hizo.

Emitiendo un gemido, se entregó a la fuerza de Assail y él la sostuvo para que no se desplomara. No pesaba casi nada y, por alguna razón, eso lo aterrorizó todavía más.

Assail se permitió un momento de reencuentro y luego se apresuró a ponerla a salvo.

La levantó en sus brazos, dio media vuelta y corrió hacia el todoterreno blindado, avanzando hacia la luz de los faros como si fuera una zona de seguridad celestial.

Ehric y su hermano anticiparon a la perfección lo que él quería hacer y saltaron del Range Rover dejando abiertas las puertas del asiento trasero, mientras sacaban a Benloise de la parte de atrás y lo mantenían lejos de la vista.

Marisol no tenía por qué enterarse de su presencia.

Después de acomodar a su hembra en el asiento trasero, Assail sacó el saco de dormir que había metido, junto con el agua y las barras de cereal que había traído para ella. Y cuando la envolvió en el saco para cubrir su desnudez, la abrazó, mientras ella comenzaba a temblar.

—Marisol —dijo él, echándose un poco para atrás—. Come y bebe. Ehric, mi primo, te llevará…

En ese momento Assail sintió cómo las uñas de ella se clavaban en su brazo a través del pesado jersey que llevaba puesto.

—¡No me dejes!

Assail le acarició la cara.

—Tengo algo que hacer aquí que me llevará un momento. Tengo cosas que atender. Te veré de nuevo en la carretera —dijo y dio media vuelta—. ¡Ehric! ¡Evale!

Los dos machos se acercaron y, por un momento, Assail consideró la posibilidad de llevársela de allí él mismo.

Pero no, tenía que cobrar venganza y era su turno de equilibrar la balanza.

—Mi amor, mira a mis parientes. —Cuando Assail se echó hacia atrás para que sus primos pudieran acercarse un poco y mostrar sus caras, dio gracias por el hecho de que sus primos fueran tan parecidos a él. En efecto, solían tomarlos por hermanos —. Ellos te llevarán a un sitio seguro y te defenderán con su vida. Yo me reuniré con vosotros en un momento. No tardaré, te lo juro.

Marisol miró entonces de un lado a otro, como si estuviera tratando con desesperación de no desmoronarse emocionalmente.

—Marchaos —siseó Assail, mientras observaba hacia la cabaña—. ¡Marchaos ya!

Y sin embargo, le costó trabajo desprenderse de su Marisol. Se notaba que la habían golpeado y su estado de desnudez sugería que…

Ehric lo agarró del brazo.

—No te preocupes, primo. La trataremos como si fuera nuestra preciosa hermana.

Incluso Evale habló por primera vez.

—Ella estará bien, primo.

Assail tuvo un momento de conexión con los machos, mientras sentía en su garganta un torrente de palabras de gratitud, pero al final solo logró hacerles una venia.

Luego tuvo que recostarse contra el todoterreno.

—No tardaré.

Pero antes de irse, movido por el instinto y sin ser consciente de haberlo decidido, besó a Marisol en la boca.

Mía, pensó.

Assail se obligó a concentrarse, mientras agarraba su mochila, cerraba la puerta del todoterreno y se alejaba. Ehric, por fortuna, tuvo el cuidado de darle la vuelta al vehículo de manera que Benloise no quedara iluminado por los faros… y luego el Range Rover aceleró por el camino lleno de baches.

Ojalá el camino estuviese pavimentado. Ojalá le pudiera ofrecer a su Marisol una maldita autopista por la que se pudiera conducir a 120 kilómetros por hora. O, mejor aún, haber venido en helicóptero.

Después de que desaparecieran de vista las luces traseras del coche, sacó una linterna de minero, se la puso en la cabeza y encendió la luz. A continuación se acercó a Benloise, lo agarró de la cinta con la que le habían amarrado los pies y lo arrastró por la nieve hasta la entrada.

Luego dejó caer las piernas del desgraciado sobre la nieve, sacó su arma y le apuntó.

—Es solo para asegurarme de que te quedes ahí —dijo Assail entre dientes.

¡Pop!

Benloise se retorció, tratando de protegerse el vientre, pero era demasiado tarde. La bala ya había penetrado y haría su trabajo lentamente, pues a pesar de ser muy dolorosas y debilitantes, las heridas intestinales se tomaban bastante tiempo en lograr su objetivo.

Aunque Assail tampoco planeaba mantenerlo mucho tiempo vivo.

Después de entrar en la cabaña, Assail mantuvo el arma en alto y aguzó la vista.

Lo que halló dentro le dio un poco de tranquilidad.

Al lado de la puerta abierta, había una mano humana que había sido separada de su dueño y ahora yacía en el suelo, como si ya no sirviera para nada. El cuerpo al que había estado unida también estaba allí…, no, ese cadáver tenía dos manos, aunque carecía de rostro.

Así que había al menos otro muerto dentro de la casa.

Evidentemente su Marisol había luchado por su libertad con todas sus fuerzas.

Mientras caminaba por el espacio abierto, no vio nada de valor o interés, ni nada que pudiera detener a un individuo. Pero en el fondo se veían unas escaleras que descendían a un nivel inferior.

Assail volvió a mirar a su prisionero. Benloise seguía revolcándose en la nieve, justo delante de la puerta, y sus ojos oscuros parpadeaban irregularmente, al tiempo que sus dientes de porcelana brillaban con la luz que salía de la casa.

Mejor llevarlo con él.

Assail se acercó y tiró del hombre hasta ponerlo de pie. Cuando Benloise se volvió a desplomar, simplemente lo arrastró hacia dentro y luego los dos avanzaron así hasta la escalera.

Al bajar la escalera hasta el nivel inferior, los pies de Benloise fueron rebotando tras ellos como pelotas.

Y ahí sí había señales de perversión.

El nivel inferior estaba compuesto por un espacio abierto con tres celdas y una pared destinada al horror. Una de las celdas estaba ocupada. En ella se encontraba un hombre con la cara y el cuello destrozados, que yacía sobre su espalda y miraba fijamente a lo que parecía su última visión del infierno. Alguien le había sacado el brazo derecho a través de los barrotes y el muñón ensangrentado señalaba el lugar del que provenía la mano que había visto arriba.

Durante un momento, Assail sintió que su corazón se hinchaba de orgullo. Marisol había logrado liberarse por sus propios medios. Sin importar lo que le hubiesen hecho, o los pocos recursos con los que contaba, ella había vencido a sus captores y no solo se había liberado, sino que los había llevado a la tumba…

En ese momento Assail se dio cuenta de que ella ya era la dueña de su corazón.

Estaba enamorado de esa mujer y, desde luego, era horrible sentir algo tan profundo en medio de esa carnicería, pero el corazón estaba en todas partes.

Y cuando Assail se imaginó a Marisol encadenada a esa pared de cemento llena

de manchas de sangre, sintió como si una estampida de búfalos lo empujara inevitablemente hacia la locura.

Así que se giró hacia Benloise, abrió la boca para liberar sus colmillos y siseó como el vampiro que era…

A pesar de su lamentable estado, al ver aquello el narcotraficante se encogió y exclamó:

—¡Madre de Dios!

Assail se lanzó entonces sobre el hombre.

—Así es. Yo soy una pesadilla que ha venido a buscarte.

Solo había una cadena colgando de la pared, pues la otra yacía enrollada en el suelo dentro de la celda cerrada y la sangre que cubría sus eslabones indicaba que esa era el arma que había usado Marisol.

Pues Assail la pondría en uso de nuevo.

Así que se desmaterializó a través de los barrotes y recogió aquella cadena pegajosa.

Ay, Marisol, cómo querría que no hubieses tenido que ser tan valiente.

Cuando Assail se volvió a desmaterializar para retomar su forma fuera de la celda, Benloise ya había perdido por completo ese control que lo caracterizaba como hombre de negocios acostumbrado a tener siempre todas las cartas en su mano. A diferencia de los cadáveres y la sangre, e incluso la muerte de su hermano y las amenazas contra su propia vida, nada de lo cual había logrado romper su compostura, el hecho de conocer la verdadera identidad de Assail sí había acabado con su cordura.

Había perdido el control de la vejiga y ahora yacía en el suelo, llorando y rezando, mientras un chorro de orina brotaba de su polla encogida regando el suelo de cemento.

Assail fue hasta la pared y volvió a colgar la cadena. Por fortuna no había manchas frescas sobre la superficie. Aunque pronto las habría.

Después de levantar a Benloise del suelo, Assail cortó con sus colmillos la cinta con que tenía atadas las muñecas y lo encadenó a la pared al estilo Jesucristo, acortando las cadenas hasta que su torso quedó derecho.

Luego se quitó la mochila y la abrió. Al revisar la cantidad de explosivos que había traído, calculó que tenía más que suficiente para volar toda la cabaña hasta el cielo. Entonces miró a Benloise. El hombre estaba llorando como un niño y sacudía la cabeza como si tuviera la esperanza de despertar de un mal sueño.

—Parece que sigues consciente —dijo Assail entre dientes—. Pero eso no durará mucho.

Cuando se dio media vuelta, Assail quedó frente a la celda y enseguida se imaginó a su Marisol allí, aterrada…

Entonces sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Si hacía volar este lugar… Benloise terminaría liberándose. Tal vez se fuera al Infierno, pero como no se podía estar seguro de que hubiese vida después de la vida hasta que se llegara ahí,

parecía mucho más prudente quedarse del lado del sufrimiento en tiempo real.

Inicialmente tenía la intención de matar primero al narcotraficante, instalar luego los explosivos y detonarlos desde un lugar lejano.

Pero eso no era equiparable. Marisol había sufrido…

Assail sintió un rugido que sacudía su pecho desde dentro, como si todo su cuerpo estuviese protestando ante la idea de que le arrebataran la oportunidad de matarlo.

—No —se dijo—. Mejor así.

Lástima que solo una parte de él estuviera de acuerdo con esta última idea.

Assail volvió a cerrar la mochila y se la colgó de nuevo. Luego revisó una por una las cadenas, que, en efecto, estaban perfectamente bien aseguradas, lo mismo que las esposas que rodeaban sus muñecas.

Entonces agarró la mandíbula de Benloise y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás.

Y con un siseo letal, lo mordió en la carótida, desgarrando luego un trozo de carne que arrojó al suelo. La sangre despertó las papilas gustativas de su boca y sus caninos vibraron en espera de más. Solo que eso era todo.

El mordisco era solo un símbolo de lo que un macho podía llegar a hacer por instinto y tradición para proteger a su hembra. Y la verdad es que le habría cortado el cuello de un solo tajo si Benloise no fuera un torturador él mismo.

Al oír que su víctima empezaba a hablar en una lengua extraña, Assail libró una batalla interior para decidir si lo dejaba vivo o no. En estas circunstancias, la crueldad necesitaría mucho autocontrol, lo cual no solía ser un problema normalmente.

Pero nada acerca de Marisol había sido normal.

Assail le dio una bofetada a Benloise para que se callara y, apuntándole con el índice, gruñó:

—No tenías derecho a llevártela. ¿Me oyes? No es tuya. Es *mía*.

Y antes de perder el control de su temperamento, se dirigió a las escaleras y dejó las luces encendidas para que Benloise fuera plenamente consciente del lugar en que se encontraba: una prisión construida por él, acompañado solamente por los restos de uno de sus guardaespaldas.

Assail subió los escalones de dos en dos, mientras pensaba en que tal vez alguien viniera a liberar al narcotraficante, pero se trataba de una posibilidad remota. Benloise era famoso por su cautela y, con Eduardo muerto, los únicos que podían echarlo de menos eran sus guardias y sus empleados. Pero teniendo en cuenta la manera de actuar del capo, pasaría un rato antes de que sus tropas hablaran entre ellas y descubrieran que hacía mucho tiempo que no tenían noticias de su superior.

¿Y después? No se podía saber si alguno de ellos vendría realmente a buscar a su jefe. La gente que operaba en el submundo solía dispersarse cuando aparecían complicaciones como esa. Nadie iba a arriesgarse a que lo mataran o lo metieran en la cárcel solo para salvar el pellejo de otro.

Benloise moriría lentamente y solo.

Y cuando alguien encontrara los cuerpos en la cabaña —dentro de un año, o dos, o en una década— la fachada que había construido Benloise se vendría abajo.

En la planta superior Assail registró el lugar. Encontró dos teléfonos más, que apagó antes de quitarles las baterías y guardarlos en la mochila. Dejó las armas y las municiones, pero tuvo cuidado de cerrar la puerta y probar que estuviera bloqueada por dentro.

Lo que sucedió.

Al caminar alrededor de la pequeña construcción, Assail encontró un tanque de petróleo en la parte trasera. El medidor indicaba que solo había un cuarto y, teniendo en cuenta el frío que hacía a esta altura, supuso que ese cuarto se acabaría en un día o dos.

Los cuerpos quedarían entonces guardados en una especie de cuarto frío, lo cual era bueno para controlar el olor, aunque seguramente este no tenía muchas posibilidades de salir, teniendo en cuenta que solo había unas ventanas pequeñas arriba y todas estaban cerradas.

Estaba a punto de marcharse cuando vio un coche aparcado a un lado.

Cuando levantó la lona con la que lo habían cubierto, intentó abrir una de las puertas, pero estaba cerrada.

Si lo incendiaba, la bola de fuego atraería atención y eso no era deseable. Así que dejó la lona en su lugar.

Cuando cerró los ojos en preparación para desmaterializarse, vio a su Marisol saliendo por esa puerta y se estremeció. A continuación se volvió uno con la noche y lanzó sus moléculas hacia el sur, hacia una zona ubicada a unos 30 kilómetros sobre la autopista.

Al volver a tomar forma, Assail sacó su móvil y llamó a Ehric.

Un timbre. Dos. Tres.

—Ella está bien —le dijo su primo a manera de saludo—. Ya ha comido y tomado un poco de agua. Y está ansiosa por verte.

Assail sintió que le temblaban las rodillas.

—Bien hecho. Estoy donde convinimos.

—¿Hiciste todo lo que tenías que hacer?

—En efecto. ¿Hay alguien alrededor?

—No, nadie delante ni detrás, y estamos a solo tres kilómetros de donde te encuentras.

—Entonces os esperaré aquí.

Assail colgó y se quedó mirando su móvil. Su primer instinto fue llevarla a su casa, pero Marisol iba a necesitar atención médica, y seguramente querría asearse y vestirse antes de ver a su abuela.

Enseguida Assail llamó a su propia casa y, cuando respondió aquella voz femenina de pesado acento, se sorprendió a punto de llorar.

—Señora —dijo con voz tensa—. Ella…

—No está muerta —gimió la anciana—. Meu Deus, dime que ella…

—Está viva. Está conmigo.

—¿Qué? ¿Podría repetir lo que ha dicho, por favor?

—Viva. —Aunque Assail no sabía si se encontraba «bien»—. Está viva y está conmigo.

En ese momento la anciana empezó a hablar frenéticamente en su lengua. Y aunque Assail no entendía las palabras, el significado no solo era claro, sino que se trataba de algo con lo que él estaba de acuerdo.

Gracias, Virgen Escribana, pensó, aunque nunca había sido religioso.

—Estamos lejos de Caldwell —le dijo Assail a la anciana—. Es posible que no lleguemos antes del amanecer, en cuyo caso iremos a casa después de que anochezca.

—¿Hablar con ella? ¿Puedo hablar con ella?

—Desde luego, señora. —Frente a Assail, un par de luces remontaron una pequeña elevación de la carretera y volvieron a bajar hacia él, para tomar luego la rampa de salida—. Deme un momento, por favor, y podrá hablar con ella.

El Range Rover llegó hasta donde él estaba y las luces traseras se encendieron cuando Ehric se detuvo.

—Aquí está, señora —dijo Assail, al tiempo que abría la puerta trasera.

Marisol estaba envuelta en el saco de dormir y tenía mejor color, al menos hasta que vio a Assail y volvió a perder el pequeño rubor que había regresado a sus mejillas.

Al sentir la confusión de la mujer, Ehric se volvió a mirar a Assail y dio un paso atrás. Con un rápido ademán, le indicó a su primo que tenía algo en la cara.

Ay, mierda. Assail debía de tener la boca llena de sangre.

—Tu abuela —dijo entonces Assail y le pasó el móvil a Marisol.

Sin duda eso distrajo la atención de la hembra y, cuando ella tomó el móvil como si se estuviera agarrando de un salvavidas, Assail cerró la puerta.

Entonces dio media vuelta, se dirigió rápidamente a las instalaciones públicas de la zona de descanso, localizó el baño de hombres y entró al espacio lleno de urinarios e inodoros.

Sobre uno de los lavabos, miró su reflejo en el panel de acero inoxidable que servía de espejo.

—Mierda.

Aquello no era precisamente lo que quería ver una hembra, en especial después de haber estado secuestrada. En efecto, Assail tenía la cara llena de sangre y sus colmillos… todavía se alcanzaba a ver la punta de sus colmillos.

Con suerte, lo único que ella había visto era la sangre.

Entonces Assail se inclinó y trató de abrir el grifo de modo que pudiera recoger un poco entre sus manos, pero los grifos eran de esos que hay que mantener presionados para que funcionen. Así que el proceso le llevó más tiempo de la cuenta,

mientras se limpiaba solo con una mano, y luego no encontró nada con que secarse.

Después se pasó la mano por toda la cara y revisó su pelo, que, gracias a Paul Mitchell, todavía conservaba un cierto atractivo.

¿Realmente estaba tratando de mejorar su apariencia en esta situación? Era ridículo.

Al regresar al Range Rover, sabía que iba a tener que hacer una tercera llamada después de que su Marisol terminara de hablar con su abuela: su hembra necesitaba tratamiento médico.

¿A dónde ir? En el Viejo Continente no había médicos de la raza a los que él o sus primos pudieran acudir. Por fortuna, sin embargo, sus parientes y él habían podido encontrar a uno o dos humanos que los atendían por la noche y no hacían preguntas.

Pero Assail no contaba con esas comodidades en el Nuevo Mundo.

En esas condiciones, solo había una persona a la que podía recurrir, quizás tuvieran suerte y encontraran una solución adecuada.

Porque Marisol se merecía lo mejor. Y él no aceptaría nada menos que eso.

CAPÍTULO 20



Sentado en el asiento trasero del Mercedes, John Matthew observaba a través de la ventanilla del coche cómo su hermana vacilaba al entrar en la casa de su padre. La inmensa puerta de la mansión estaba abierta de par en par y John había entrado para encender la luz del vestíbulo.

La silueta de Beth se recortaba contra el resplandor que brotaba de la casa hacia la noche y aquella forma negra parecía una verdadera sombra.

Por Dios…, si ella tenía un hijo, esa criatura sería el futuro rey o reina de la raza. Lo cual añadía otra interesante faceta a la decisión de si tenerlo o no.

—¿Podemos irnos, señor? —preguntó Fritz desde el asiento de delante.

John silbó con un tono ascendente, se restregó la cara y se acomodó en el asiento. Estaba absolutamente exhausto. El medio de contraste que le habían inyectado en el brazo lo hacía sentir raro y luego estaba la ansiedad de meterse en aquella máquina que lo exploraba de un lado a otro. A la mierda con las resonancias abiertas. Aunque, claro, era mejor que meterse en aquel tubo gigante y sellado que parecía más adecuado para contener pasta de dientes… Pero, de todas maneras, era horrible.

Ah, y además tenías siempre encima la amenaza inminente de un tumor… ¡Joder!

Por lo menos, al parecer ya no tendría que preocuparse por eso. Y nada de tomar anticonvulsivos. Él iba a estar bien y punto.

Mierda. ¿Y si tuviera uno de esos episodios mientras estaba combatiendo en la calle?

En fin. No podía preocuparse por eso…

El timbre del teléfono le anunció la llegada de un mensaje de texto. John sacó el móvil y frunció el ceño al ver el mensaje que Tohr acababa de enviarle a todo el mundo: *Se necesita presencia extra en clínica. Visitantes en 55 minutos. Presentarse inmediatamente.*

John envió una repuesta rápida: *Estoy regresando y disponible…*

No sabía cómo terminar. Tan pronto como llegaran a casa, le pediría a Fritz que empaquetara las cosas que Beth había pedido… y luego tendría que buscar a Wrath. Y hablar con él de sus problemas. Decirle al rey que su compañera no iba a regresar a dormir a la casa iba a ser tan divertido como uno de sus ataques, pero alguien tenía que informarle al tío de los planes de su mujer… y evidentemente no sería Beth.

Ella acababa de decirle a John que no tenía ninguna urgencia de hablar con su marido.

Ni de estar cerca de él, evidentemente.

Después de salir del centro médico, Beth le había pedido a Fritz que les diera un paseo, antes de decidir, por sugerencia de John, que quería comer en un restaurante chino de la calle del Comercio que atendía toda la noche… y que, casualmente, estaba a una calle del Iron Mask. No es que John no pudiera cuidar a su hermana, pero era bueno saber que a una manzana de distancia contaba con apoyo suficiente, gracias a su compañera y el escuadrón de gorilas que ella comandaba.

Mientras comían, Beth había estado bastante callada, aunque tenía un hambre de camionero: después de finalizar su carne con brócoli, se había comido los restos del plato de John y media docena de galletas de la suerte. Cuando terminaron de comer, Beth no quiso regresar al coche de inmediato, así que caminaron un rato por la calle del Comercio hasta que se hizo demasiado tarde.

Obviamente estaba dudando si quedarse en la ciudad o regresar a casa.

Joder, John la compadecía. Seguramente estaba viviendo un infierno.

Y era paradójico, porque aunque John odiaba interferir en los asuntos de Beth y Wrath, no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella. Nada.

Dios, ¿qué sería lo que estaba tratando de decir durante aquel ataque?

Cerca de veinte minutos después, Fritz y John llegaron sanos y salvos al complejo secreto de la Hermandad. Después de rodear la fuente que había en el centro del patio, Fritz estacionó el Mercedes en un espacio libre entre el GTO color púrpura de Rhage y el nuevo R8 negro de V.

El Hermano seguía teniendo un Escalade, por supuesto, pero la última versión.

Después de bajarse del coche, John caminó con el mayordomo hasta la imponente entrada. A diferencia de la otra casa de su padre en la ciudad, esta mansión parecía más una fortaleza que una vivienda y sus grandes paredes de piedra brotaban de la tierra tan indestructibles como la montaña sobre la cual estaban construidas.

Si alguna vez llegaban a volar toda la Costa Este del país por alguna razón, lo único que quedaría sería esta mansión, los pastelitos Twinkies y las cucarachas.

John le dio un golpecito al mayordomo en el brazo justo cuando llegaron a la puerta.

¿Serías tan amable de buscar las cosas de Beth?

—Desde luego. —El doggen parecía preocupado—. Tal como ella pidió.

Fritz no había pasado por alto las implicaciones de que la reina durmiera en un lugar distinto a su propia habitación con su compañero, pero era demasiado discreto

para hacer preguntas o armar un escándalo. En su lugar solo irradiaba ansiedad. Tanta ansiedad que John pensó que se podrían derretir unos malvaviscos en el aura del doggen.

Al entrar en el vestíbulo, John acercó la cara a la cámara de seguridad y esperó. Desde que la Primera Familia se había mudado a la mansión, ya no había llaves para acceder a la casa y la única manera de hacerlo era que alguien te dejara entrar desde el interior.

Un momento después se oyó el ruido de la cerradura y pudieron entrar al majestuoso vestíbulo. Con todas esas superficies doradas y los cristales y las columnas de mármol, la sala parecía el palacio de un zar al que alguien hubiese reubicado en Caldwell.

¿Cómo habría hecho su padre para lograr todo aquello?, se preguntó John. ¿En 1914?

Ni idea. Y lo más impresionante era que, durante casi un siglo, Darius había podido mantener a raya a los humanos, a los restrictores y a los symphaths. Nunca nadie había descubierto este lugar, ni su centro de entrenamiento subterráneo. Ni siquiera durante los últimos ataques.

Lo cual era todo un logro. ¡Vaya legado!

Dios, cuánto le habría gustado conocer a su padre…, porque estaba seguro de que, si Darius todavía estuviera por ahí, sin duda tendría algún consejo que darle sobre cómo contarle a Wrath lo que estaba ocurriendo.

John se detuvo en medio del mosaico del manzano florecido y dejó que Fritz se adelantara. Así que el mayordomo siguió hacia las majestuosas escaleras con paso apresurado.

Sin duda, Wrath debía de estar arriba en su estudio, pero primero necesitaba conseguir un traductor.

Mierda.

¿A quién diablos le podía pedir que…?

—¿Dónde está Beth?

John cerró los ojos al oír la pregunta… y dejó pasar un minuto antes de dirigirse a la sala de billar. Evidentemente, el rey estaba de pie bajo el arco, con sus pantalones de cuero negro, las manos en las caderas y la mandíbula en alto.

Aunque estaba ciego, y ocultaba sus ojos detrás de unas gafas de sol, John sintió que el rey lo estaba mirando *fijamente*.

De repente el ruido normal de la casa, del que John no había cobrado conciencia hasta ahora, desapareció por completo: los Hermanos que estaban jugando al billar detrás de Wrath se quedaron inmóviles y también suspendieron toda conversación hasta que lo único que se escuchó de fondo fue Eminem y su LP *The Marshall Mathers*.

—John. Dónde está mi hembra.

Ante semejante pregunta, John avanzó un poco más y, sí, casi todos los Hermanos

estaban ahí con Wrath. Seguramente habían percibido su mal humor y estaban en estado de alerta.

Después de evaluar a todos aquellos grandullones, John clavó los ojos en V y le dijo: *Te necesito.*

Vishous asintió con la cabeza y le entregó su taco a Butch. Luego apagó su cigarrillo en un cenicero de cristal y se acercó.

Wrath enseñó sus colmillos.

—John, te juro por Dios que te voy a hacer picadillo si no…

—Tranquilo, tío —dijo V apretando los dientes—. Yo os haré de traductor. Pero vayamos a la biblioteca, donde podremos…

—No, yo solo quiero saber dónde demonios está mi shellan —vociferó Wrath.

John comenzó a hablar con señales y, aunque la mayoría de las veces la gente tendía a traducir gradualmente lo que se decía, V espero hasta que John terminó de contarlo todo.

Un par de Hermanos murmuraron algo en el fondo, mientras sacudían la cabeza.

—A la biblioteca —le ordenó V al rey con un tono que John nunca podría usar—. Te aseguro que quieres ir a la biblioteca.

Pero aquello resultó ser un error.

Wrath se giró hacia el Hermano y se abalanzó sobre él con tanta rapidez y precisión que nadie estaba preparado. En un momento V estaba de pie junto al rey, y enseguida se estaba defendiendo de un ataque tan gratuito… como feroz.

Y ahí las cosas se salieron por completo de madre.

Como si Wrath se diera cuenta de que estaba al borde de un terrible abismo, rápidamente se separó de V y empezó a destrozar la sala de billar. Lo primero que se encontró fue la mesa, junto a la que estaba Butch, y el policía apenas tuvo tiempo de levantar el cenicero antes de que Wrath la agarrara y la levantara como si no fuera más que una mesita de jugar a las cartas. La mesa de caoba salió entonces volando con su tapete de fieltro y todo casi hasta el techo, y después de llevarse por delante la lámpara que colgaba encima, cayó con tanta fuerza que resquebrajó el mármol del suelo.

Sin perder ni un segundo, el rey se lanzó en picado sobre su siguiente víctima: el pesado sofá de cuero del que Rhage acababa de levantarse.

Volando a metro y medio del suelo, el sofá salió disparado hacia donde estaba John y al caer empezó a dar vueltas y vueltas, mientras lanzaba cojines en todas direcciones. Y luego su compañero se estrelló contra el bar, pulverizando las botellas que estaban en la parte superior de la estantería, mientras el licor salpicaba las paredes, el suelo y hasta el fuego que ardía en la chimenea.

Pero Wrath todavía no había terminado.

A continuación agarró una mesita auxiliar y la lanzó por encima de su cabeza en dirección a la televisión. Y aunque no le dio a la pantalla de plasma, sí logró destrozar un espejo antiguo…, pero el Sony no se salvó por mucho tiempo. La mesita de café

que estaba entre los dos sofás se encargó de destrozarlo y hacer desaparecer la imagen sin sonido de los dos tíos de Boston y el viejo del sur con el bate de béisbol de DirectTV.

Los Hermanos simplemente dejaron que Wrath siguiera. No porque tuvieran miedo de salir heridos. Joder, Rhage agarró el primer sofá antes de que destrozara una columna del arco que formaba la entrada. Tampoco es que fueran estúpidos.

Wrath - Beth × todo el día = Locura total.

Así que era mejor dejar que se desahogara destrozando el lugar. Pero, joder, era un espectáculo muy doloroso…

John saltó a un lado cuando un barril entero de cerveza llegó volando hacia su cabeza. Por fortuna Vishous pudo agarrarlo antes de que se estrellara contra el suelo de mosaico del vestíbulo, lo cual habría sido muy difícil de arreglar.

—Tenemos que contenerlo —murmuró alguien.

—Amén —contestó otro—. Si lo dejamos seguir con el resto de la casa, habrá cosas que ni Fritz podrá limpiar.

—Yo me encargo.

Todo el mundo se giró a mirar a Lassiter. El ángel caído, con su mala actitud y un gusto todavía peor para todo, apareció de repente de la nada y, por una vez en la vida, parecía muy serio.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó V cuando el ángel se llevó a la boca un delgado bolígrafo dorado.

Pues resultó que no era ningún bolígrafo. Con un soplido rápido, Lassiter disparó un pequeño dardo que atravesó el salón y alcanzó a Wrath en el hombro. El impacto fue como si el rey hubiese recibido un disparo en el pecho.

Se desplomó de inmediato como un árbol.

—¿¡Qué diablos has hecho!? —dijo V y se abalanzó sobre el ángel. Pero Lassiter lo detuvo de inmediato.

—Iba a terminar haciéndose daño, o dañando la casa, ¡o hiriéndoos a alguno de vosotros, cabrones! Y no os caguéis de miedo. Wrath solo disfrutará de una pequeña siesta…

En ese momento Wrath dejó escapar un ronquido.

Moviéndose con cuidado, la Hermandad se acercó como si estuvieran viendo un oso grizzly y John se unió a ellos. Cuando se formó un círculo alrededor del Bello Durmiente, se oyeron varias maldiciones entre dientes.

—Si lo has matado…

Lassiter guardó su pequeño artilugio dorado.

—¿Acaso os parece que esté muerto?

No, de hecho, parecía como si el pobre cabrón estuviera en paz consigo mismo y con el mundo, y su cuerpo estaba tan relajado que las botas colgaban hacia los lados.

—Querida… Virgen… Escribana…

Todo el mundo miró hacia el arco de la entrada. Fritz estaba allí con un maletín

Louis Vuitton en una mano y la expresión de alguien que acabara de presenciar un accidente de tráfico.

John cerró los ojos.

Sinceramente esperaba que Beth hubiera entrado en esa casa, hubiera cerrado la puerta como había prometido hacer y se tomara un buen descanso durante el día.

Uno de los dos ya estaba fuera de combate y nadie necesitaba que el segundo también cayera.

CAPÍTULO 21



Después de que Fritz y John se fueran, Beth entró por fin en la casa de su padre y, cuando lo hizo, el paso implacable del tiempo retrocedió en un segundo. En un instante, desaparecieron los minutos, las horas, los días, las semanas y los meses.

De repente, Beth volvió a ser la mujer que había sido antes de conocer a Wrath, una humana de veintitantos años que vivía con su gato en un estudio diminuto, tratando de sobrevivir en el mundo sin nada ni nadie que la respaldara. Claro que Beth adoraba algunas cosas de su trabajo, pero su jefe, Dick el Desgraciado, era un misógino lascivo y abominable. Y sí, su sueldo era más o menos decente, solo que no le quedaba mucho después de pagar la renta, y tampoco había ninguna posibilidad de progresar en el *Caldwell Courier Journal*. Ah, y cualquier tipo de aventura amorosa había sido hasta ahora tan ficticia y lejana como el *Llanero solitario*.

Aunque en realidad tampoco es que le interesaran mucho los hombres. O las mujeres.

Salvo, claro, aquella vez, en el campamento…

Beth cerró la puerta y tuvo el cuidado de echar la llave. Fritz tenía llave, así que cuando llegara con sus cosas podría entrar sin problema, pero nadie más podría hacerlo.

A medida que el silencio la rodeaba, Beth sintió como si estuviera en una jaula. ¿Cómo demonios había terminado ahí? ¿Pasando un día entero sin Wrath? Hacía tan solo un día, cuando estaban en su refugio de Nueva York, una separación como esta le habría resultado inconcebible.

Al entrar al salón a mano izquierda, Beth dio una vuelta alrededor, mientras recordaba cómo, cuando había ido allí por primera vez, estaba convencida de que Wrath era un narcotraficante, un criminal y un asesino. Al menos se había equivocado en los dos primeros, pero Wrath le había demostrado haber acertado en lo

último cuando casi asesina a Butch O'Neal delante de ella en un callejón.

Después de aquel pequeño horror, habían ido a ese lugar, donde habían encontrado a Rhage, que estaba cogiéndose unos puntos en el baño de abajo. Fue un poco más tarde cuando Wrath la llevó a través de la pintura, por la escalera que llevaba al nivel subterráneo…, hasta el refugio secreto.

Ahí le había contado quién era ella en realidad.

Lo que ella era.

Ese sí que fue un verdadero descubrimiento. Solo que al contar con ese pequeño dato, Beth pudo entender muchas cosas que hasta ese momento la confundían. Por ejemplo, por qué se sentía tan desconectada de la gente que la rodeaba, esa sensación de no ser parte de nada, de impaciencia que había ido aumentando a medida que se acercaba al momento de la transición.

Pensar que ella creía que lo único que necesitaba era salir de Caldwell.

No. El momento del cambio ya estaba en camino y, de no ser por Wrath, ella habría muerto. Sin duda.

Wrath la había salvado en muchos sentidos. La había amado con su cuerpo y su alma. Le había dado un futuro con el que ella nunca había soñado.

¿Y ahora? Lo único que Beth deseaba era regresar a ese momento inicial. Las cosas solían ser tan fáciles entonces…

Al acercarse a la enorme pintura de un rey francés que llegaba desde el techo hasta el suelo, Beth oprimió el interruptor que desplazaba hacia un lado el óleo y su pesado marco de oro. Cuando se abrió el pasadizo, Beth esperaba encontrarse en medio de la más absoluta oscuridad; después de todo, hacía mucho tiempo que nadie vivía allí. Pero así como todo estaba aspirado, limpio y reluciente, las lámparas de gas chisporroteaban en sus faroles de hierro forjado, iluminando los peldaños de piedra y las paredes que descendían hacia el sótano.

Por Dios, y también todo olía igual que antes. Se sentía un poco de humedad, pero dentro de la más absoluta limpieza.

Arrastrando la mano por la piedra irregular de la pared, Beth descendió hasta el sótano. Las dos habitaciones que había abajo le ofrecían dos opciones: izquierda y derecha, y ella eligió la de la izquierda.

La habitación que había sido refugio de su padre durante las horas de luz.

Las fotografías de ella seguían en el mismo lugar en que su padre las había dejado: toda clase de fotos en distintos marcos, que cubrían el escritorio, las mesitas auxiliares y la repisa de la chimenea.

Pero la imagen precisa que ella estaba buscando se encontraba junto al reloj despertador.

Era la única foto en que aparecía su madre y, sí, con solo una mirada a la mujer Beth recordó de dónde habían salido su grueso pelo negro, la forma de su cara y la postura de sus hombros.

Su *madre*.

¿Qué clase de vida habría tenido aquella mujer? ¿Cómo la habría conocido Darius? Por lo que Wrath le había contado aquella vez, sus padres no habían estado mucho tiempo juntos antes de que ella descubriera lo que era Darius… y saliera huyendo. Solo cuando se enteró de que estaba embarazada regresó a verlo, asustada por lo que podría traer al mundo.

Pero su madre había muerto al dar a luz.

Y después de eso Darius se había mantenido al margen, con la esperanza de que su hija no heredara sus rasgos vampiros.

Algunos mestizos o híbridos nunca pasaban por el cambio. Otros no sobrevivían a la transición. Y aquellos que lo lograban y salían al otro lado convertidos en vampiros estaban sometidos a distintas e impredecibles leyes biológicas. Beth, por ejemplo, podía salir durante el día, siempre y cuando usara protector solar y gafas de sol. Butch, por otro lado, no se podía desmaterializar.

Así que solo Dios sabía qué podría pasar en un embarazo. Pero si tenía suerte, Beth tendría su periodo de fertilidad y Wrath de alguna manera cambiaría de opinión para que ella trajera al mundo a…

Bueno, así era como había muerto su madre, ¿no?

—Mierda.

Beth se sentó sobre el colchón y se agarró la cabeza. Tal vez Wrath tuviera algo de razón. Tal vez todo el asunto de la concepción resultaba demasiado peligroso para andar jugando con ello. Pero eso no justificaba la manera como él la había tratado y por eso la discusión seguía vigente.

Por Dios Santo, estando ahí, rodeada de las fotografías que Darius le había tomado, Beth se convenció todavía más de lo mucho que deseaba un hijo.

Beth dejó caer entonces los brazos, sacó su BlackBerry, tecleó la clave y revisó si tenía algún mensaje que no hubiese visto. Nada. Mientras le daba vueltas y vueltas al móvil, Beth pensó que le gustaría tener un iPhone. Sin embargo, V no solo era totalmente anti-Apple, sino que estaba convencido de que el legado de Steve Jobs era la raíz de todos los males del mundo…

Algunas veces a las parejas les iba mejor cuando hablaban por teléfono.

Y aunque Wrath no había sido muy amable, eso no significaba que ella tuviera que seguir su ejemplo. Si su propósito era darse un respiro durante las siguientes doce horas, realmente necesitaba tener la cortesía de contárselo ella misma a su compañero y no usar a su hermano de mensajero.

El problema era que Wrath ya no tenía móvil. No necesitaba tenerlo; cuando había asumido oficialmente las tareas de rey, había sido «retirado» de la Hermandad por tradición, ley y simple sentido común. Aunque eso no había impedido que le dispararan.

Sin embargo, en la mansión había muchos teléfonos.

Eran las seis de la mañana. Probablemente Wrath seguía trabajando en su escritorio.

Beth marcó el número del estudio y escuchó mientras el teléfono repicaba una vez. Luego dos. Luego tres.

Wrath ya no tenía buzón de voz porque la glymera había abusado horriblemente de ese recurso. Esa era la razón por la cual ahora tenía esa maldita cuenta de correo electrónico.

Luego intentó marcar la línea que llegaba a su habitación, una línea tan secreta que ella nunca había oído repicar el teléfono que estaba junto a su cama. Pero nada.

A estas alturas le quedaban varias opciones. La clínica del centro de entrenamiento, en caso de que estuviera herido. Pero ¿cómo podía pasar algo así? Wrath ya no salía de la casa. La cocina, excepto que estaban a punto de servir la Última Comida y Wrath probablemente no bajaría a ese caos sin ella. Aunque nunca había dicho nada, Beth tenía la sensación de que Wrath se sentía incómodo en los lugares ruidosos y llenos de gente, debido a que sus sentidos del oído y el olfato quedaban saturados y se le hacía difícil ubicar a la gente en el espacio.

Solo le quedaba un número que pudiera intentar.

Al buscar a la persona entre sus contactos, Beth recordó otro trozo de pasado.

Se imaginó a Tohr entrando por las puertas correderas de su viejo apartamento. El Hermano se había cernido sobre ella inmenso, como una pesadilla. Pero la verdad es que siempre había sido, y era, un aliado. Aquella noche habían compartido unas cervezas con galletas de avena mientras veían *Godzilla* y así fue como comenzó su amistad.

Tohr se encontraba en una situación muy distinta ahora. Después de perder a Wellsie, ahora estaba fortaleciendo su relación con Otoño.

Pero Beth tampoco era la misma.

Cuando la llamada entró, solo timbró una vez antes de que le contestaran:

—Beth.

Beth frunció el ceño al oír el extraño tono de Tohr.

—¿Estás bien?

—Ah…, sí, claro. Me alegra que llames.

—Ah… ¿por qué? —¿Acaso Wrath le habría contado a la Hermandad que ella no iba a dormir en la casa? Probablemente no—. No importa. Yo… solo estoy buscando a Wrath. ¿Sabes dónde está? Ya he llamado al estudio y a nuestras habitaciones, pero nadie contesta.

—Ah, sí. Claro.

¿Qué?

—Tohr. ¿Qué diablos pasa?

Al sentir cómo un miedo terrible se le instalaba en el centro de su pecho, su imaginación empezó a volar. ¿Y si…?

—Nada. De verdad… Bueno, tenemos una visita inesperada que está por llegar a la clínica, así que estoy cuadrando todo el dispositivo de seguridad.

Ah, vale. Beth estaba paranoica. Aunque eso era mejor que tener razón.

—En cuanto a Wrath, la última vez que lo vi…, estaba… —Hubo una pausa y luego un ruido, como si Tohr se hubiese cambiado el teléfono de mano—. Estaba tomándose un descanso.

—¿Un descanso?

—Estaba dormido.

Beth sintió que no podía tener la boca cerrada.

—¿Dormido?

—Sí, estaba descansando.

—¿De veras?

Ella se encontraba preocupada y confundida, sin saber qué pensar ni qué sentir, repasando la relación de atrás para adelante y de adelante para atrás, planeando la conversación que podrían tener, hecha un nudo de ansiedad… y, mientras tanto, ¡Wrath estaba durmiendo una siesta!

—Bueno, genial —se oyó decir Beth—. Me alegra que esté descansando.

—Beth…

—Mira, tengo que colgar. —Sí, ella estaba muy, pero que muy ocupada—. Pero si despierta, dile que…

No, no quería que le dijeran que ella había llamado. Los hombres no eran los únicos con derecho a mantener su orgullo; las mujeres no tenían por qué ser el «sexo débil».

—De hecho, yo misma se lo diré. Voy a estar en casa de mi padre organizando unas cosas. —Sí, porque la casa estaba hecha un desastre—. Pero regresaré al anochecer.

La sensación de alivio que se sintió a través del teléfono fue impresionante.

—Ah, qué buena noticia. Me alegra mucho.

—Bueno, entonces… —Por alguna razón, Beth no lograba colgar.

—¿Beth? ¿Todavía estás ahí?

—Sí, aquí estoy —dijo, mientras se masajeaba una pierna—. Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. Adelante.

Después de todo, Wellsie y Tohr habían tenido varias diferencias, y Beth siempre se enteraba de ellas a través de la hermosa pelirroja, antes de que se la hubieran llevado de forma tan prematura. Joder, a Wellsie no le daba ningún miedo decir exactamente lo que pensaba, ni siquiera a su hellren. Y aunque nunca se enfurecía sin tener una buena razón, lo mejor era no torearla.

La gente la respetaba.

¿Qué pensarán de mí? se preguntó Beth.

—¿Beth?

Si había alguien que ciertamente podía ayudarle con Wrath, y hacerlo con discreción, ese era Tohr. De hecho, él era la persona a la que solían enviar cuando la gente necesitaba ayuda con el rey.

—Beth, ¿qué sucede?

Beth abrió la boca con intención de contarlo todo, pero había un problema: la persona con la que necesitaba hablar era Wrath. Cualquier otro sería solo un sustituto.

—¿Todavía te gusta *Godzilla*?

Hubo una pausa y luego el Hermano soltó una de sus típicas carcajadas de barítono.

—¿Me estás diciendo que va a haber otra maratón de *Godzilla*?

Beth se alegró de estar sola, porque tenía la sensación de que su sonrisa era todavía más triste que sus lágrimas.

Ella solo quería regresar a la época en que las cosas eran más sencillas. Más fáciles. Más cercanas.

—Solo estaba pensando en los buenos tiempos —dijo atropelladamente.

Al instante, el tono de Tohr se volvió serio.

—Sí…, fueron buenos tiempos.

Ay, mierda. Aunque estaba enamorado de su nueva compañera, Otoño, debía de resultarle muy doloroso recordar a su primera esposa… y al bebé que ella llevaba en el vientre.

—Lo siento. Yo…

Tohr se recuperó más rápido que Beth.

—No te sientas mal. El pasado es lo que es, bueno y malo, pero está escrito y es inmutable. Y, ¿sabes?, eso está bien.

Beth sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué lo dices?

Hubo una larga pausa.

—Porque las buenas partes son más luminosas debido a que puedes confiar en ellas. Y las partes malas no pueden volverse ya más trágicas exactamente por la misma razón. El pasado es seguro porque es indeleble.

De repente Beth pensó de nuevo en aquella primera cita con Wrath en el salón de arriba. A pesar de que la distancia lo hubiese pintado con un resplandor de color rosa, aquello no había sido exactamente rosa, ¿o sí?

Al pensar de nuevo en ello, Beth recordó que Wrath estaba enfadado cuando ella llegó esa noche. Hasta el punto de que antes de terminar los cuatro platos de la cena, ella pensó en irse.

El asunto no había sido ni remotamente tan perfecto como lo pintaba la nostalgia.

—Tienes razón, Tohr.

—Sí. —Tohr se aclaró la garganta—. ¿Y sabes? No es demasiado tarde. Todavía puedes regresar si te vienes ya.

—Recuerda que yo no tengo problemas con el sol.

Beth prácticamente pudo sentir a través del móvil cómo se estremeció él.

—Sí, tienes razón.

Entonces Beth se compadeció y cambió de tema prometiendo que tendría cuidado

y regresaría a casa por la noche.

Después de colgar, se acostó en la cama de su padre. Mientras contemplaba el techo, se imaginó a Darius haciendo lo mismo durante el día, algunas veces acompañado de Wrath, quien estaría en la otra habitación.

Wrath era un verdadero recluso antes de conocerla. Peleaba solo, dormía solo y, sobre todo, no tenía nada que ver con el asunto del trono. Hasta que se casó con ella, se había negado a gobernar.

Beth no sabía cuántas veces la gente le había agradecido el hecho de que ella lo hubiese hecho cambiar de opinión; como si su amor fuera una poción mágica que hubiera convertido a una bestia en…, bueno, aunque no se podía decir que ahora Wrath fuera un tío completamente civilizado, sí era al menos alguien que estaba dispuesto a asumir sus responsabilidades.

¿De verdad estaría dormido?

Pero, claro, ¿cuándo había sido la última vez que Wrath había dormido todo el día? No desde antes de que le dispararan.

Antes de que se le cerraran los ojos, Beth se levantó y activó la alarma de seguridad cuyo panel estaba sobre la cabecera de la cama. Después de teclear el código, volvió a acostarse.

¿Y cuál era la clave de ocho dígitos? La fecha de su nacimiento: mes, día y año.

Otro ejemplo de la manera en que su padre estaba pensando siempre en ella, mucho antes de que ella entrara al mundo vampiro. Tal vez V fuera quien instaló el equipo y lo mantenía todo al día, pero había sido Darius quien había elegido el código hacía muchos años.

Después de apagar la luz, Beth se acomodó sobre la colcha.

Unos momentos después, volvió a encender la luz.

Cuando duermes sin tu marido, eso de sentirse totalmente segura es relativo.

CAPÍTULO 22



Sola no recordaba haber sentido tanto frío nunca.

Envuelta en un saco de dormir, con dos ventiladores lanzándole aire caliente a la cara, Sola no podía dejar de temblar en el asiento trasero del Range Rover.

Pero, claro, había como media docena de buenas razones para estar en *shock*, de esas que empiezan en la cabeza y dejan tu cuerpo en estado de congelación.

Al cambiar de posición, Sola sintió un agudo dolor en la pierna que le recordó que también había un imperativo físico para sentirse así. ¿Cuánta sangre habría perdido?

—Ya casi llegamos.

Sola volvió la cabeza al oír aquella voz de acento tan fuerte. Aunque no había casi luz en el interior del todoterreno, pudo imaginarse la cara de Assail como si estuviera bajo un foco: ojos profundos del color de la luz de la luna, cejas negras muy bien definidas, labios llenos, mandíbula apretada. El pelo negro como la noche, que le salía desde la frente.

Sin embargo, un segundo después, Sola vio que Assail tenía la parte inferior de la cara cubierta de sangre… e incluso vio unos afilados colmillos.

¿O había sido una pesadilla? Le estaba costando trabajo distinguir la fantasía de la realidad.

Sola abrió la boca como si tuviera la intención de decir algo, pero no brotó ningún sonido.

—Mi cabeza… no está funcionando bien.

—Todo está bien. —Como impulsado por el instinto, Assail trató de agarrarle la mano, pero luego la dejó caer como si no supiera qué hacer.

Sola hizo un esfuerzo para tragar saliva, pues tenía la boca seca.

—¿Más agua? ¿Por favor?

Assail se movió tan rápido que parecía que hubiera estado esperando la oportunidad de hacer algo. Cuando abrió otra botella de Poland Spring, ella trató de sacar las manos del saco de dormir, pero se enredó. La tela de nailon parecía tan pesada como el asfalto.

—Quédate quieta —dijo él con voz suave—. Permíteme ayudarte.

—Mis manos tampoco funcionan bien.

—Lo sé —dijo Assail y le acercó la botella a la boca—. Bebe.

Pero eso tampoco fue tan fácil. Sola sintió que sus dientes empezaban a castañetear.

—Lo siento —dijo, al ver que el agua se escurría por todas partes.

—Ehric, ¿cuánto falta? —preguntó Assail con voz brusca.

En ese momento, el Range Rover se detuvo de repente.

—Creo que hemos llegado, o al menos que hemos llegado a alguna parte.

Sola frunció el ceño al mirar por encima del hombro del conductor el paisaje que tenía delante. Bajo los faros del coche, la destartalada reja parecía de aquellas que podría ver en una granja de ganado… abandonada. La mitad de la reja colgaba torcida sobre el suelo, una tablas viejas sostenidas apenas por un alambre oxidado.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella con voz ronca—. Pensé que… regresar… casa.

—Primero tienen que examinarte. —Assail volvió a repetir aquel gesto en que trataba de tocarla y se arrepentía—. Necesitas…, estás herida y no podemos permitir que tu abuela te vea en ese estado.

—Ah, claro. —Jesús, había olvidado que estaba medio desnuda y herida y que necesitaba una buena y larga ducha—. Gracias.

—Pero este no puede ser el sitio —masculló el conductor.

Assail miró por el parabrisas y pareció enfurecerse, como si las cosas no estuvieran saliendo como esperaba.

—Acércate a esa caja.

Al acercarse a lo que parecía una casa de madera para pajaritos, montada sobre un frágil poste, el conductor bajó la ventanilla…

De pronto salió de allí una voz que dijo:

—Ya te veo. Cruza la reja.

Como por arte de magia, aquella puerta a punto de caerse se abrió de par en par, con suavidad y de manera silenciosa.

La carretera que seguía estaba llena de nieve, pero en perfectas condiciones. Y un poco más adelante llegaron a otra puerta. Esta parecía menos desvencijada y también más alta, hecha de una malla metálica oxidada, pero más sólidamente fijada a los postes que la sostenían. Esta vez no se detuvieron, pues la puerta se abrió ante ellos y los dejó seguir.

De manera que eso hicieron.

A medida que avanzaban, el sistema de puertas parecía cada vez más nuevo e

imponente, hasta que llegaron a algo que recordaba a una instalación del gobierno: columnas de cemento tan grandes como las que sostenían los puentes de Caldwell sostenían un panel metálico de seguridad del tamaño de un tablón. Y a cada lado de aquella puerta se extendía una muralla de más de tres metros de alto, con alambre de púas encima y carteles que advertían a los intrusos de que no debían cruzar más allá.

Parecía Parque Jurásico, pensó Sola.

—Impresionante —dijo el conductor, arrastrando las sílabas.

Al igual que había sucedido con las otras entradas, esta vez las puertas se abrieron antes de que pudieran detenerse ante el panel de seguridad, con su teclado, su altavoz y su equipo de vigilancia.

—¿Esto es… una base del ejército? —preguntó Sola entre dientes.

Quizás Assail era un policía encubierto. En cuyo caso…

—¿Acaso necesito un abogado? —preguntó.

—¿Para qué? —Assail mantenía los ojos fijos en lo que tenían delante, como si él fuera al volante.

—¿Acaso vas a arrestarme?

Assail volvió la cabeza enseguida con cara de desconcierto.

—¿De qué estás hablando?

Sola se relajó en la silla. Si él estaba mintiendo, merecía un Oscar. Y si no, bueno, tal vez esta era la manera en que Dios estaba respondiendo a sus plegarias: una solución que garantizaba que ella dejara aquella vida era, ciertamente, entregarla al sistema judicial.

El túnel subterráneo en el que entraron en ese momento era digno de una gran ciudad, con sus luces fluorescentes y su línea amarilla pintada por el centro, y al final descendía en un ángulo empinado.

—¿Estamos en Caldwell? —preguntó ella.

—Sí.

Assail se recostó e, iluminados ahora por las luces del túnel, Sola vio cómo metía la mano derecha en el bolsillo de su parka.

Sola frunció el ceño.

—¿Acaso estás…, por qué estás empuñando un arma?

—Estando contigo, no confío en nadie más que en mí mismo. —Assail se volvió hacia ella—. Le prometí a tu abuela que regresarías a su lado ilesa y soy un hombre de palabra. Al menos en eso.

Cuando sus ojos se encontraron, Sola sintió una extraña sensación en el pecho. En parte era miedo y eso la confundió. Con la situación que acababa de pasar, lo mejor era que su salvador estuviera armado y dispuesto a usar la cuarenta milímetros que llevaba en el bolsillo.

Pero la otra parte era… algo que prefería no mirar con mucho detalle.

El túnel terminaba en un estacionamiento que le recordó a Sola a aquel que estaba debajo del Caldwell Arena: de techos bajos, con muchos espacios libres y una

elevación que desaparecía en el rincón y que sugería que tenía varias plantas.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, mientras llegaban hasta una puerta cerrada.

A modo de respuesta, la puerta se abrió de par en par y del interior salió un equipo médico completo, con médicos, enfermeras, camilla y todo lo demás.

—Gracias, Virgen Escribana —masculló Assail.

Oh…, mierda. Los médicos no estaban solos, sino acompañados por tres hombres enormes: un rubio con cara de estrella de cine, un militar con el pelo cortado a cepillo y una expresión tan dura como la de un carnicero y luego un refuerzo completamente aterrador, que tenía el cráneo afeitado y una cicatriz que le recorría la mejilla y llegaba hasta la boca.

No, esto no era el gobierno de los Estados Unidos.

No, a menos de que existiese un departamento secreto de matones.

Assail abrió su puerta.

—Quédate en el coche.

—No te vayas —le dijo Sola con aprensión.

Assail la miró y dijo:

—No tengas miedo. Me deben un favor.

Entonces su salvador volvió a estirar el brazo y esta vez no se contuvo. Le acarició la mandíbula con tanta delicadeza que, de no haberlo visto hacerlo, Sola no se habría dado cuenta.

—Quédate.

Y luego se fue, cerrando la puerta con fuerza. A través del cristal oscurecido, Sola vio a un cuarto hombre que salía del pasillo iluminado y que ciertamente no parecía un contable. Con un abrigo de piel que llegaba hasta el suelo y un bastón, estaba vestido como un proxeneta de la vieja guardia, con una cresta en la cabeza y una sonrisa llena de cinismo que cuadraba perfectamente con el resto.

El hombre y Assail se estrecharon la mano con un movimiento coordinado a la perfección y permanecieron así mientras intercambiaban unas palabras.

Había algún problema. Assail empezó a fruncir el ceño y luego pareció abiertamente contrariado. Pero cuando el de la cresta se encogió de hombros y adoptó una actitud inamovible, Assail finalmente entregó su pistola y dejó que lo registraran en busca de más armas. Y solo después de que sus hombres se sometieran al mismo tratamiento, el proxeneta les hizo una señal a los médicos para que se acercaran al vehículo.

Cuando estaban a punto de abrir la puerta, Sola sintió un ataque de pánico que la hizo subirse el saco de dormir hasta la mandíbula…

La mujer que metió la cabeza en el coche era atractiva, con el pelo rubio y corto y ojos de color verde oscuro.

—Hola. Soy la doctora Jane. Me gustaría examinarte, si me lo permites.

Hablaba con un tono neutral. Amable. Tranquilo.

Sin embargo, Sola no pudo moverse ni responder.

Al menos no hasta que Assail apareció detrás de la doctora.

—No pasa nada, Marisol. Ella cuidará de ti.

Sola se sorprendió mirando a Assail a los ojos durante un largo rato. Y cuando se sintió satisfecha con lo que vio, murmuró:

—Está bien. Está bien…

Y ahí fue cuando por fin dejó de temblar.

‡ ‡ ‡

Assail no estaba muy contento con la idea de haber tenido que entregar las armas, pero Rehv se lo había dejado muy claro: o bien él y sus primos entraban desarmados o la hembra humana no sería atendida.

Era la única circunstancia en que Assail aceptaría quedar tan vulnerable y por eso detestaba toda la situación. Pero era necesario.

—Y su nombre es Marisol —se oyó decir, cuando la doctora rubia empezó a hablar en voz baja—. Sola.

Assail podía sentir cómo lo observaba Rehv desde la izquierda y el leahdyre del Consejo no era el único que lo miraba. Los tres Hermanos que estaban vigilando eran demasiado profesionales para mostrar lo que pensaban, pero Assail podía sentir que se estaban preguntando por qué había aparecido él en su puerta con una humana. Que, además, estaba herida. Y por quien incluso estaba dispuesto a entregar sus armas.

—No, quédate ahí, Marisol. Nosotros iremos por el otro lado. —La doctora sacó la cabeza del coche y le hizo una señal a su equipo—. Las constantes vitales están bajas, pero estables. Tiene una herida de bala en el muslo derecho. Posible conmoción cerebral. Debemos estar atentos. Puede haber sufrido otros traumas de los que no quiera hablar.

Assail sintió que la sangre se le bajaba a los pies, pero no dejó que esa sensación lo venciera…

—Tú —dijo con voz contundente—. Atrás.

El macho —ay, por Dios, ¿realmente era un humano?— frenó en seco.

La médica que parecía estar al mando dijo entonces:

—Este es mi colega, el doctor Manello. Él es…

—No debe tratarla —dijo Assail, al tiempo que enseñaba sus colmillos—. Ella está desnuda de cintura para abajo.

Assail tuvo la sensación de que, al oír eso, todo el mundo se quedó inmóvil y lo miró. También sintió un aroma que entró de repente en escena. Pero Assail no se detuvo a pensar en eso, sino que miró fijamente al hombre, listo a abalanzarse sobre su garganta si este seguía quieto detrás del todoterreno.

El tío levantó entonces las manos como si le estuvieran apuntando con un arma y dijo:

—Vale, vale. Tranquilízate. ¿Quieres que me vaya? Pues me voy.

El hombre se hizo a un lado con los Hermanos, mientras sacudía la cabeza, pero sin decir nada.

La doctora agarró a Assail del brazo.

—Solo vamos a acostarla en la camilla. ¿Por qué no vienes conmigo? Puedes observarlo todo y permanecer cerca.

Assail se relajó un poco y se aclaró la garganta.

—Eso haré. Gracias.

De hecho, hizo mucho más.

Cuando la doctora abrió la puerta de Marisol, Assail se impresionó al ver la forma en que su mujer se echó hacia atrás, como si tuviera miedo, y luego clavó sus ojos en él.

—¿Quieres que te ayude a bajar? —se apresuró a preguntar antes de que el equipo médico pudiera moverse.

—Sí, por favor.

Assail se sintió muy bien cuando todo el mundo se hizo a un lado y fue él quien se encargó de Sola. Tomándola en sus brazos, tuvo cuidado de envolverla bien entre el saco de dormir para que no quedara expuesta…

La aprensión que ella trató de contener lo hizo sentir enfermo, pero tenía que sacarla de allí y, después de que se incorporaran, Sola pareció acomodarse mejor entre sus brazos, al tiempo que recostaba la cabeza en su hombro y se quedaba quieta.

—Yo la llevaré dentro —le dijo entonces Assail a la doctora.

—Probablemente sea mejor que… Ah, está bien. —La rubia levantó las manos al ver que Assail volvía a enseñar los colmillos—. Está bien. Solo sígueme.

El Hermano Rhage fue al primero que se encontró en el pasillo y los otros dos dieron un paso atrás, mientras conformaban la retaguardia junto con sus primos.

Assail caminó con tanta delicadeza como pudo, mientras sentía cómo ella inhalaba a veces con fuerza, o se contraía toda, como si la acosaran dolores terribles que él empezó a sentir directamente en su propio cuerpo.

Mientras avanzaban, pasaron junto a una fila aparentemente interminable de habitaciones, algunas de las cuales examinó. Por lo que podía ver, se trataba de aulas de clase, una oficina desocupada…, algo que recordaba a una sala de interrogatorios. Justo cuando empezaba a pensar que debían de estar a punto de cambiar de estado, la médica se detuvo por fin y le indicó la entrada a una sala de exploración.

La camilla que había en el centro de la sala se hallaba debajo de una lámpara que colgaba del techo y, cuando empezó a poner a Marisol sobre la superficie acolchada y cubierta con una sábana, Assail se alegró de que la doctora no hubiera encendido aún la lámpara. Todo parecía ya demasiado luminoso en aquella sala de paredes de azulejo y muebles de acero inoxidable entre los que había una mesita con ruedas llena de instrumentos que parecían amenazantes, aunque se suponía que eran de gran ayuda cuando se encontraban en las manos adecuadas.

Querida Virgen del Ocaso, sentada allí, Sola parecía completamente gris a causa del dolor y el cansancio. Tenía las rodillas contra el pecho y se envolvía en el saco de dormir azul como si fuera una segunda piel.

—Voy a pedirles a todos los que no sean indispensables que esperen en el pasillo, por favor —dijo la doctora, al tiempo que sacaba de la sala a los Hermanos, los primos y a aquel macho colega suyo—. No, no… Vamos a estar bien. Vale, adiós. —Luego ella siseó en voz baja—: Es un macho enamorado. ¿Quieres enfrentarte con él si tengo que hacerle a ella un examen interno?

¿Un macho… enamorado? ¿Él?

Cuando los Hermanos empezaron a discutir con la doctora, Assail les hizo una señal con la cabeza a los guerreros y a Rehvenge y dijo:

—No tendréis ningún problema por cuenta mía. Tenéis mi palabra.

Solo que luego se preguntó si la privacidad de Marisol no merecería ser resguardada también de la presencia de gente como él.

—Marisol —dijo Assail con voz suave—. Tal vez sería mejor si yo…

—Quédate.

Assail cerró los ojos.

—Está bien.

Entonces Assail se ubicó junto a la cabeza de ella, con la espalda hacia el cuerpo de manera que pudieran mantener el contacto visual, pero él no pudiera ver nada que comprometiera su privacidad.

Luego la doctora se acercó y dijo con voz amable:

—Sería mejor que te recostaras. Pero si no quieres hacerlo, podemos subir la parte de arriba de la cama para que estés más cómoda.

Hubo un largo silencio.

—¿Me podrías decir tu nombre nuevamente? —preguntó Marisol con voz ronca.

—Jane. Me llamo Jane. Detrás de mí está la enfermera Ehlena. Y aquí no va a pasarte nada que tú no quieras que pase, ¿vale? Estás en buenas manos.

Assail sintió que esta doctora le caería bien.

—Muy bien. —Marisol agarró la mano de Assail y se recostó, mientras hacía una mueca de dolor—. Muy bien.

Assail esperaba que ella lo soltara después de acomodarse, pero no lo hizo, y sus ojos también permanecieron fijos en los de él. No dejó de mirarlo cuando la doctora le quitó el saco de dormir y la cubrió con una manta. Ni mientras contestaba preguntas sobre posibles traumas y la doctora comprobaba sus reflejos. Ni cuando le examinaron la herida de la pierna. Ni cuando trajeron una máquina de rayos X y tomaron varias imágenes de su pierna en distintos ángulos.

—Bueno, tengo varias buenas noticias —dijo la médica cuando se acercó unos minutos después con un ordenador portátil en las manos. En el monitor se veía la imagen del fémur de Marisol—. La herida no es grave, debido a que la bala atravesó limpiamente el muslo y no hay evidencia de que el hueso se haya quebrado o

astillado. Así que nuestra mayor preocupación es el riesgo de infección. Me gustaría limpiar muy bien la herida y darte unos antibióticos, así como analgésicos para el dolor. ¿Te parece bien?

—Estoy bien —dijo Marisol.

La doctora se rio, al tiempo que dejaba el ordenador a un lado.

—Te aseguro que encajas muy bien aquí. Eso es lo que me dicen todos mis pacientes. Sin embargo, estoy segura de que eres una mujer inteligente y no querrás poner tu salud en riesgo. Lo que me preocupa es que se presente una infección. En el coche me dijiste que te dispararon hace veinticuatro horas. Y eso es mucho tiempo, podrían haber surgido muchas cosas.

—Hagamos esto bien, Marisol —se oyó decir Assail—. Hagamos caso del consejo que nos están dando.

Marisol cerró los ojos.

—Está bien.

—Perfecto. —La doctora anotó un par de cosas en el ordenador—. Solo una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Assail, al ver que había una larga pausa.

—Marisol, necesito saber si te hicieron daño en alguna otra parte.

—¿En cualquier otra… parte? —farfulló ella.

Assail podía sentir que la médica lo estaba mirando.

—¿Te importaría dejarnos solas durante un minuto?

Antes de que él pudiera responder, Marisol apretó la mano de Assail con tanta fuerza que él apretó los ojos.

—No —dijo después—. En ninguna otra parte.

La doctora se aclaró la garganta.

—Puedes decirme lo que sea, ya lo sabes. Cualquier cosa que sea pertinente para tu tratamiento.

De repente el cuerpo de Marisol empezó a temblar de nuevo, tal como había temblado en la parte trasera del Range Rover, y como si se estuviera arrancando algo de la piel, dijo con palabras atropelladas:

—Él trató de violarme, pero no pasó nada. Yo lo ataqué antes…

De inmediato todos los sonidos ambientales parecieron retroceder. La idea, no, la realidad, de que alguien la hubiese maltratado, que la hubiesen herido, que hubiesen marcado su precioso cuerpo, que hubiesen tratado de…

—¿Estás bien? —preguntó alguien. La enfermera. Debía de ser la…

—¡Se está cayendo! —gritó la doctora.

Assail se preguntó de quién estarían hablando… mientras perdía el conocimiento.

CAPÍTULO 23



—Hablad, sanador —exigió Wrath, mientras permanecía junto al cuerpo inmóvil de su shellan—. ¡Hablad!

Querida Virgen Escribana, Anha parecía muerta.

De hecho, inmediatamente después de que ella se desplomara, Wrath la llevó a su recámara matrimonial, en compañía de los Hermanos, dejando atrás a los aristócratas y todos sus inútiles juegos sociales. Fue él quien la acostó sobre la plataforma donde se encontraba el lecho conyugal, mientras llamaban al sanador, y él quien le aflojó el corpiño. Los Hermanos partieron tan pronto como llegó el médico de confianza, con las herramientas de su oficio, y luego solo quedaron ellos tres, el fuego que chisporroteaba en el hogar y el grito que rebotaba en su alma.

—Sanador, ¿qué sucede?

El macho miró por encima del hombro mientras permanecía agachado junto a Anha. Con aquellas vestiduras negras flotando en el suelo a su alrededor, parecía más bien un pájaro gigante, a punto de levantar el vuelo.

—Está gravemente enferma, mi lord. —Al ver que Wrath retrocedía, el sanador se puso de pie—. Creo que está encinta.

Una ráfaga helada golpeó a Wrath de la cabeza a los pies, privando de sensaciones todo su cuerpo.

—Ella está…

—Esperando un hijo, sí. Me di cuenta desde que le palpé el vientre. Está duro y distendido, y vos dijisteis que ella había pasado recientemente por su periodo de fertilidad.

—Así es —susurró Wrath—. Así que esto es causado por…

—No es un síntoma del embarazo, pues no está sangrando. No, creo que su padecimiento se debe a algo diferente. Por favor, mi lord, alejémonos un poco para

poder hablar sin molestarla.

Wrath se dejó conducir cerca del hogar antes de seguir la conversación.

—¿Tiene fiebre?

—Majestad… —El sanador se aclaró la garganta, como si estuviera preocupado por una muerte que no tenía nada que ver con la reina—. Perdonadme, mi lord…

—No me digáis que no tenéis una explicación —siseó Wrath.

—¿Acaso preferiríais que os engañara? Su corazón no funciona bien, tiene una palidez grisácea y respira muy superficialmente y de manera intermitente. Podría haber una dificultad interna que no puedo medir y que la está haciendo sucumbir. No lo sé.

Wrath volvió a clavar la mirada en su compañera. Nunca había sido un macho temeroso. Pero ahora el terror se le metió bajo la piel, poseyéndolo como lo haría un espíritu maligno.

—Mi lord, os aconsejo que la alimentéis. Ahora y con tanta frecuencia como ella pueda alimentarse de vuestra vena. Tal vez la carga de energía que viene con la sangre pueda revertir… Si hay alguna esperanza, ciertamente depende de vos. Y si ella se despierta, dadle solo agua fresca, no cerveza. No podemos darle nada que deprima más su organismo…

—Largo.

—Mi lord, pero ella…

—Dejadnos solos… ¡Ya!

Wrath vio que el macho se tambaleó hasta llegar a la puerta, pero el sanador hizo bien en marcharse, pues el rey sintió enseguida una ira asesina que brotaba de su pecho y que podría dirigir contra cualquiera que estuviera a su alcance.

Cuando la puerta se cerró, Wrath se acercó al lecho.

—Mi amor —dijo con desesperación—, Anha, mi amor, escucha mi voz.

Wrath se arrodilló en el suelo junto a la cabeza de su compañera y empezó a acariciarle el pelo que caía por sus hombros y sus brazos, teniendo cuidado de hacerlo con la mayor delicadeza.

Al notar su respiración agitada, Wrath trató de hacer que Anha respirara más profundamente. El rey deseaba poder regresar a la noche anterior, cuando habían despertado juntos y él la había mirado a los ojos en busca de aquel destello de vida que siempre encontraba en ellos. En realidad, le dolía pensar que podía recordar con tanto detalle todo lo que había ocurrido en ese momento, esa hora, esa noche, los olores de la cena que habían compartido y las conversaciones que tuvieron sobre el futuro y las audiencias que estaban a punto de presenciar.

Wrath sentía como si la claridad de aquellos recuerdos debiera ser una puerta que él pudiera atravesar para tomarla de la mano y sacarla de aquel estado, mientras aspiraba su aroma y la alegría que acompañaba a la salud y el bienestar.

Pero eso solo era una fantasía, claro.

Él desenfundó entonces su daga ceremonial y levantó la hoja brillante y pulida.

Cuando se atravesó en su camino la manga de su pesado abrigo, con todas sus joyas y adornos de oro, Wrath se arrancó el abrigo y lo tiró atrás. Y mientras este aterrizaba en el suelo, raspando las tablas de cedro con las piedras preciosas, el rey se cortó la muñeca con el cuchillo.

Aunque habría preferido cortarse la garganta.

—Anha, de verdad, despierta. Levanta la cabeza, mi amor.

Incorporándola un poco con el brazo que tenía libre, acercó la fuente de su sangre a los labios de ella.

—Anha, toma de mi sangre…, toma de mi sangre…

Los labios de ella se abrieron, pero no gracias a su dulce voluntad. No, solo fue un efecto de la posición de su cabeza.

—Anha, bebe…, regresa a mí.

Mientras gruesas gotas rojas caían en la boca de su amada, el rey rezó para que estas lograran bajar por su garganta y entrar de ese forma en sus venas, para revivir a su compañera gracias a la pureza de su sangre.

Ese no era su destino, pensó Wrath. Ellos estaban destinados a estar juntos durante muchos siglos, y no a despedirse solo un año después de conocerse. Esto no podía pasarles a… ellos.

—Bebe, mi amor…

Wrath mantuvo la muñeca sobre los labios de ella, hasta que la sangre amenazó con empezar a desparramarse.

—¿Anha?

Wrath dejó caer la cabeza sobre el dorso de la mano helada de ella y rezó para que ocurriera un milagro. Y cuanto más tiempo permanecía ahí, más cerca se sentía de ella en un estado que estaba a solo un paso de la muerte.

Si ella se moría, él se iría con ella. De una forma u otra…

Querida Virgen Escribana, esto no podía pasarles a ellos.

‡ ‡ ‡

Al despertar, Wrath se sintió como una boya que hubiera subido desde las profundidades de las aguas hasta la superficie de un mar picado.

Desde luego, se encontraba en medio de la oscuridad de su ceguera y, como siempre, lanzó el brazo hacia el otro extremo de la cama…

¡Crash!

Wrath levantó la cabeza y frunció el ceño. Tanteando con la mano, encontró cosas que parecían libros, un portavasos, un cenicero.

Se oía el chisporroteo de la leña en el hogar.

No estaba en su habitación. Y Beth no estaba con él.

Entonces se dio la vuelta y se incorporó, mientras sentía cómo se le aceleraba el corazón.

—¿Beth?

En el fondo de su cerebro reconoció que se hallaba en la biblioteca de la mansión de la Hermandad, pero sus pensamientos eran como gusanos en un suelo húmedo, que se retorcían incesantemente sin ir a ninguna parte.

—¿Beth?

Wrath oyó entonces un gemido.

—¿George?

El gemido se hizo más fuerte.

Wrath se restregó la cara y se preguntó dónde estarían sus gafas de sol. Luego se dio cuenta de que, efectivamente, estaba sobre el sofá de la biblioteca, el que se encontraba frente al fuego.

—Oh…, mierda… —gruñó, cuando trató de enderezarse.

Ponerse de pie fue totalmente asombroso. Todo le daba vueltas, y tenía un nudo en el estómago. Si no se hubiera agarrado del brazo del sofá, se habría caído tan largo como era.

Abalanzándose a través del espacio, corrió hacia las puertas hasta que su pecho se estrelló con ellas. Luego buscó los picaportes a tientas, quitó el seguro y…

George entró en tromba, corriendo en círculos y estornudando, lo cual indicaba que estaba sonriendo.

—Ey, ey…

Wrath intentaba regresar al sofá, porque no quería que todos los de la casa lo vieran así, pero su cuerpo tenía otras ideas. Y cuando se cayó de culo, George aprovechó la oportunidad para saltarle encima y cubrirlo como una manta.

—Oye, amigo, sí, todavía estamos aquí… —Mientras acariciaba el pecho del retriever, Wrath hundió la nariz en el pelo del animal y dejó que el olor a limpio del perro le sirviera de aromaterapia—. ¿Dónde está Mamá? ¿Tú sabes dónde está?

Qué pregunta tan estúpida. Ella no estaba ahí y todo por su culpa.

—Mierda, George.

Con la cola del perro golpeándole las costillas, el hocico acariciándole la cara y esas orejas moviéndose alrededor, Wrath se sintió bien, se sintió normal, pero solo por un segundo.

—Me pregunto qué hora es.

Maldición…, había perdido el control y había atacado violentamente a John y V, ¿no? Y eso no había sido todo. Tenía el vago recuerdo de haber destrozado luego la sala de billar, lanzando toda clase de cosas y peleando con quien se le acercara… Luego había venido la siesta. Wrath estaba seguro de que alguien lo había drogado y no podía culpar a quien lo hubiera hecho. Porque, de otra manera, no sabía cuándo se habría detenido.

Y él no quería herir a ninguno de sus Hermanos, ni a los empleados. Ni dañar la casa.

—Mierda.

Parecía que esa palabra constituyera casi todo su vocabulario.

Joder, debería haber dejado que Vishous lo llevara a la biblioteca y le contara qué era lo que estaba pasando. Al menos había solo dos lugares a los que podía ir su compañera. Uno era Safe Place, el refugio de Marissa para vampiras que necesitaban ayuda, y el otro era la vieja casa de Darius. Sin duda, eso era lo que John estaba tratando de decirle.

Mierda, pensó Wrath. Esto no parecía propio de él o de Beth. No era así como se suponía que iban a terminar.

De hecho, con ella siempre había sentido que estaba cumpliendo su destino. Desde el momento en que había entrado en su vida hasta la sensación de plenitud que ella le produjo, todo parecía escrito de antemano. Tenían discusiones, claro. Él era impulsivo y un imbécil y a ella le enfadaban muchas de sus cosas.

Pero nunca pensó que llegarían a separarse. Jamás.

—Vamos, amigo. Necesitamos un poco de privacidad.

George se quitó de encima y dejó que Wrath se pusiera de pie. Después de cerrar las puertas de nuevo, se embarcó en la búsqueda del teléfono. Con las manos extendidas, el torso inclinado hacia delante y arrastrando los pies, Wrath se fue estrellando contra toda clase de cosas que luego palpaba y descubría que eran una silla, una mesita…

El escritorio debió de ser la última cosa que encontró y descubrió dónde estaba el teléfono cuando su mano tumbó por accidente el auricular. Cuando se lo puso en la oreja, tanteó con los dedos para localizar bien los botones y luego tuvo que volver a colgar para obtener el tono de llamada.

Imaginándose los diez dígitos y la tecla con el asterisco en la parte de abajo de las doce teclas, marcó un número de siete dígitos y esperó.

—Safe Place, buenas tardes.

Wrath cerró los ojos. Esperaba que ya hubiera anochecido porque así podría ir a buscarla.

—Hola. ¿Está Beth ahí?

—No, lo siento. Ella no está aquí. ¿Quiere dejarle algún mensaje? —Wrath volvió a cerrar los ojos, mientras la mujer decía—: ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—No, gracias, no dejaré mensaje.

—¿Puede decirme quién llama?

Wrath se preguntó por un segundo qué haría la recepcionista si él le revelara su identidad.

—No, gracias. La seguiré buscando.

Cuando colgó, Wrath sintió que George le hundía la cabeza entre las piernas. Un gesto muy típico del perro, siempre queriendo ayudar.

Wrath mantuvo el dedo sobre el botón del teléfono. No sabía si estaba listo para escuchar otra vez el tono de llamada. Si ella no contestaba en el siguiente número, se quedaría sin saber dónde demonios estaba. Y la idea de tener que ir a buscar a

Vishous o a John para que le revelaran esa clase de información resultaba bastante vergonzosa.

Al marcar el otro número, Wrath pensó:

No puedo creer que nos esté pasando esto. A nosotros…

CAPÍTULO 24



Al girar la cabeza sobre la almohada, Sola se quedó mirando la puerta de la habitación de hospital que le habían asignado. Aunque en realidad no la estaba viendo.

En su lugar, su cabeza estaba llena de imágenes del momento en que la habían secuestrado: cuando llegó a casa y la golpearon en la cabeza. El viaje en el coche. La bengala. La persecución en la nieve. Luego la celda y aquel guardia que había bajado a…

Un golpecito en la puerta la hizo saltar. Y era curioso porque Sola sabía exactamente quién era.

—Me alegra que hayas regresado.

Assail abrió un poco más la puerta, pero solo asomó la cabeza, como si tuviera miedo de abrumarla.

—Estás despierta.

Sola se subió las mantas sobre el pecho.

—No he dormido nada.

—¿No? —Assail terminó de abrir la puerta y entró con una bandeja con comida —. Yo tenía la esperanza de que… Bueno, tal vez necesitas yantar.

Sola ladeó la cabeza.

—Tú usas unas palabras muy anticuadas.

—El español no es mi primera lengua —dijo, al tiempo que ponía la bandeja sobre una mesa con rueditas y la acercaba a la cama—. Y tampoco la segunda.

—Esa es probablemente la razón por la que me encanta escucharte.

Assail se quedó paralizado al oír esas palabras. Y, sí, si Sola no estuviera tan sedada, quizás nunca habría admitido algo así. Pero, en fin, era una alegría oírlo.

De repente, Assail se giró para mirarla; una intensa luz en sus ojos hacía que brillaran todavía más de lo usual.

—Me alegra que te guste mi voz —dijo con voz ronca.

Sola se concentró en la comida, al mismo tiempo que empezaba a sentir cierta tibieza interna, por primera vez… en su vida.

—Gracias por hacer este esfuerzo, pero no tengo hambre.

—Pero necesitas alimentarte.

—Los antibióticos me producen náuseas —dijo Sola y señaló con la cabeza hacia la bolsa de suero que colgaba de un atril junto a su cama—. Lo que sea que me estén inyectando… es horrible.

—Yo te voy a dar de comer.

—Yo…

Por alguna razón, Sola pensó en aquella noche en medio de la nieve, cuando él la había pillado dentro de su propiedad y se había enfrentado a ella junto a su coche. Sola había sentido verdadero pánico. Pero eso no era lo único que había sentido.

Assail acercó el único asiento que había en la habitación. Curioso, no era una de esas horribles sillas de plástico que normalmente encuentras en las clínicas, sino algo salido como de la tienda Pottery Barn, acolchado, cómodo y forrado con una linda tela. Cuando se sentó, Assail parecía demasiado grande para la silla, pero no porque estuviera muy gordo. En realidad, era demasiado grande y su poderoso cuerpo hacía que la silla pareciera diminuta, mientras que el negro profundo de su ropa contrastaba con el color pálido de la tela…

Assail tenía manchas de sangre en la chaqueta, la camisa y los pantalones. Manchas que ya estaban secas y habían adquirido un tono marrón.

—No te fijes en eso —dijo él con voz suave—. Ven, te he traído solo lo mejor.

Assail levantó el cubreplatos…

—¿Dónde diablos estoy? —preguntó Sola al tiempo que se inclinaba hacia delante y aspiraba profundamente—. ¿Acaso Jean-Georges tiene una división de comida para hospitales o algo así?

—¿Quién es Jean-Georges?

—Un conocido chef de Nueva York. Oí hablar de él en el Food Network. —Sola se enderezó en la cama e hizo una mueca de dolor cuando movió la pierna—. Ni siquiera me gusta el rosbif, pero tiene una pinta espectacular.

—Pensé que te vendría bien algo de hierro.

El trozo de carne estaba perfectamente cocinado, con una costra que se rompió cuando él la cortó con…

—¿Y los cubiertos son de plata? —preguntó Sola mirando el tenedor y el cuchillo, y la cuchara que todavía estaba guardada dentro de la elegante servilleta.

—Come. —Assail le acercó a la boca un trozo de carne—. Come por mí.

Sin previo aviso, la boca de Sola se abrió por voluntad propia, como si no quisiera retrasarse más.

Sola cerró los ojos y gruñó. Sí, no tenía hambre. En absoluto.

—Es la cosa más deliciosa que me he comido en la vida.

La sonrisa que iluminó el rostro de Assail no parecía tener sentido. Era demasiado radiante para tener que ver solo con el hecho de que ella le estuviera recibiendo un bocado, y como parecía ser consciente de eso, Assail volvió la cara de forma que ella solo alcanzó a ver la expresión de soslayo.

Durante los siguientes quince o veinte minutos, el único sonido que se oyó en la habitación, aparte de la calefacción, fue el ruido de aquellos elegantes cubiertos golpeando contra el plato de porcelana. Y, sí, a pesar de que Sola había dicho que no tenía hambre, la verdad es que se comió ese enorme trozo de carne, más las patatas al horno y el puré de espinacas. Al igual que el pastel, que seguramente había sido horneado en casa. Y la tarta de melocotón. E incluso se tomó un poco de agua helada y el café que venía en una jarra.

Y probablemente se habría comido también la servilleta, la bandeja, todos los cubiertos de plata y la mesita de ruedas, si hubiese tenido la oportunidad.

Luego se dejó caer de nuevo sobre la almohada y se llevó la mano al vientre.

—Creo que voy a estallar.

—Voy a dejar esto fuera. Discúlpame un instante.

Desde su punto de observación privilegiado, Sola estudió todos los movimientos de Assail: la manera en que se puso de pie, agarró los lados de la bandeja con aquellas manos largas y elegantes y luego dio media vuelta y caminó hasta la puerta sin hacer ruido.

Y hablando de modales, había manejado los cubiertos con gracia natural, como si estuviese acostumbrado a esa clase de cosas en su propia casa. Y no había derramado ni una gota de café al servírselo en la taza. Ni había dejado caer una miga de comida al llevársela a la boca.

Era un perfecto caballero.

Difícil reconciliar esa imagen con la que ella había visto cuando le había pasado el móvil para que hablara con su abuela la noche anterior. En ese momento Assail estaba fuera de control, la sangre le escurría por la barbilla como si le hubiese dado un mordisco a alguien y también tenía las manos rojas de sangre…

Considerando que ella había matado a todos los que estaban en ese horrible lugar antes de marcharse, era evidente que Assail debía de haber llevado a alguien más en el todoterreno.

Ay, por Dios…, ella era una asesina.

Assail regresó y se sentó, cruzando las piernas a la altura de la rodilla y no con el tobillo sobre la pierna, como suelen sentarse los hombres. Luego unió las puntas de los dedos de las manos y se los acercó a la boca, mientras la observaba fijamente.

—Lo mataste, ¿cierto? —preguntó ella en voz baja.

—¿A quién?

—A Benloise.

Assail desvió su magnética mirada.

—No hablemos de eso. De nada de eso.

Sola se distrajo un rato doblando cuidadosamente la parte superior de la manta.

—Pero yo… no puedo fingir que la noche de ayer no existió.

—Pues vas a tener que hacerlo.

—Maté a dos hombres. —Sola clavó sus ojos en Assail, parpadeando rápidamente—. Maté… a dos seres humanos. Ay, Dios…

Sola se cubrió la cara y trató de no perder la compostura.

—Marisol… —Se oyó un chirrido, como si él hubiese adelantado un poco la silla de Pottery Barn—. Querida, debes quitarte eso de la cabeza.

—Dos hombres…

—Animales —se apresuró a decir Assail—. Eran animales que merecían cosas peores. Todos ellos.

Sola bajó las manos y no se sorprendió al ver cómo la expresión de Assail transmitía una amenaza letal. Pero no le asustaba él, sino lo que ella misma había hecho.

—No puedo… —Sola hizo un gesto con la mano y se señaló la cabeza—. No me puedo quitar esas imágenes de la mente…

—Bloquéalas, cariño. Simplemente olvida lo que pasó.

—No puedo. Jamás. Debería entregarme a la policía…

—Te iban a matar. ¿Crees que si lo hubieran hecho habrían sentido algún cargo de conciencia? Te aseguro que no.

—Pero esto fue culpa mía. —Sola cerró los ojos—. Debería haberme imaginado que Benloise intentaría vengarse. Solo que no me imaginé que llegaría a ese extremo.

—Pero, cariño, ahora estás a salvo…

—¿Cuántos?

—¿Perdón?

—¿A cuántos… has matado tú? —Sola dejó escapar el aire con fuerza—. Y por favor no trates de decirme que no has matado a nadie. Vi tu cara, ¿recuerdas? Antes de que te limpiaras.

Assail desvió la mirada y se pasó la mano por la barbilla, como si todavía tuviera sangre allí.

—Marisol. Olvídalo. Entiérralo en lo más profundo de tu memoria y sigue adelante.

—¿Así es como tú lo manejas?

Assail negó con la cabeza y apretó la mandíbula y la boca.

—No. Yo recuerdo cada asesinato. Todos y cada uno.

—Entonces, ¿odias lo que haces?

Assail le mantuvo la mirada fija.

—No. Me encanta.

Sola se crispó. Descubrir que Assail era un sociópata asesino era la guinda del pastel, ¿no?

Assail se inclinó hacia delante y dijo:

—Nunca he matado a nadie sin razón, Marisol. Disfruto esas muertes porque esas personas se merecían lo que les sucedió.

—Entonces estabas protegiendo a alguien más.

—No, soy un hombre de negocios. Y a menos de que me hagan enfurecer, me gusta más vivir y dejar vivir. No obstante, no permito que me pasen por encima, ni permitiré jamás que les hagan daño a los míos.

Sola lo estudió durante un largo rato y él no desvió la mirada ni un segundo.

—Está bien, te creo.

—Debes hacerlo.

—Pero sigue siendo un pecado. —Sola pensó en todas esas plegarias que había ofrecido y sintió una culpa como nunca antes había conocido—. Me doy cuenta de que había cometido delitos en el pasado…, pero nunca le había hecho daño a nadie, excepto en el plano financiero. Lo cual es malo, claro, pero al menos no les quemé…

Assail le agarró la mano.

—Marisol. Mírame.

Pasó un rato antes de que ella pudiera hacerlo.

—No sé cómo seguir viviendo conmigo misma. De verdad.

‡ ‡ ‡

Cuando Assail sintió los latidos de su corazón en el pecho, se dio cuenta de que estaba equivocado. Había pensado que, para ponerle fin a este horrible capítulo de la vida de Marisol, bastaría con que ella estuviera físicamente a salvo y él se encargara de Benloise.

Después de que Marisol estuviera con él, y después de garantizar que ella regresara con su abuela, podrían olvidarse de todo aquello.

Pero no. Estaba muy equivocado y la verdad es que no sabía cómo rescatarla del dolor emocional.

—Marisol… —dijo Assail con un tono de voz que nunca se había oído. Pero, claro, no estaba acostumbrado a suplicar—. Marisol, por favor.

Cuando ella por fin levantó la mirada, Assail se sorprendió respirando profundamente. Con los ojos casi cerrados, y esa quietud, Assail pensó en que Marisol podría estar en este momento muerta y eso lo hizo estremecer.

Pero ¿qué podía decirle?

—En verdad no puedo fingir que entiendo ese concepto de pecado en el que tú crees, pero tu religión es distinta de la mía y eso es algo que respeto. —Dios, cómo odiaba el moratón que ella tenía en la cara—. Pero, Marisol, tus actos tenían como meta la supervivencia. Tu supervivencia. Lo que hiciste allí es la razón por la cual estás respirando ahora. La vida implica hacer lo que tienes que hacer, y eso fue lo que tú hiciste.

Sola se giró hacia otro lado, como si el dolor fuera excesivo. Y luego susurró:

—Solo desearía haber podido… Demonios, tal vez tengas razón. Tengo que remontarme muy atrás en la historia de mis actos para salir del lugar donde estaba hace dos noches. Todo esto no es otra cosa que la culminación de muchas cosas.

—¿Sabes? Si lo decides, tú puedes cambiar de rumbo. Podrías dejar de relacionarte con gente como Benloise.

Un esbozo de sonrisa se dibujó en sus labios mientras miraba hacia la puerta.

—Sí, estoy de acuerdo.

Assail volvió a respirar profundamente.

—Hay otro camino para ti.

Aunque ella solo asintió con la cabeza, Assail tuvo la sensación de que Marisol ya había tomado la decisión de retirarse, por decirlo así. Y, por alguna razón, eso le produjo deseos de llorar, aunque nunca lo admitiría ante nadie.

Mientras ella guardaba silencio, Assail se quedó contemplándola, memorizando todos sus rasgos, desde el pelo negro y ondulado que se había lavado muy bien cuando se dio una ducha en el baño de la habitación, pasando por sus mejillas pálidas, hasta sus labios perfectamente formados.

Al pensar en todo aquello por lo que ella había pasado, Assail la oyó decir que no la habían violado, pero solo porque ella había matado primero al cabrón.

Seguramente el que estaba en la celda, pensó Assail. El dueño de la mano que ella había usado para salir de aquel lugar.

Assail sintió que le dolía todo el cuerpo al pensar en eso.

—Noto que me estás mirando —dijo ella con voz suave.

Assail se enderezó en la silla y se pasó las manos por las piernas.

—Perdóname —dijo, dirigiendo la vista hacia la puerta y pensando que no quería irse, pero que probablemente debería dejarla descansar—. ¿Te duele?

Marisol se giró para mirarlo con sus ojos color caoba.

—¿Dónde estamos?

—¿Qué tal si tú contestas mi pregunta primero?

—No mucho. Nada que no pueda soportar.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

Assail estaba levantándose de la silla cuando ella levantó la mano para detenerlo.

—No, por favor. No me gusta la sensación que me produce esa medicación y en este momento necesito estar totalmente consciente. De lo contrario, pensaré que he regresado… allí.

Assail volvió a sentarse y sintió deseos de volver al norte y acabar de una vez por todas con Benloise. Pero contuvo el impulso al recordar el sufrimiento que debía de estar padeciendo ese cabrón, suponiendo que todavía estuviese respirando.

—Entonces, ¿dónde estamos?

¿Cómo responder a eso?

Bueno, a pesar de que Marisol quería evitar las distorsiones de la realidad, este tampoco era el momento para contarle que él no era humano, sino, de hecho,

miembro de una especie que ella asociaba con Drácula… gracias al señor Stoker.

—Nos encontramos entre amigos. —Tal vez eso no era completamente cierto, pero Rehv le había suministrado lo que él le había pedido, y en el momento en que lo necesitaba, probablemente en respuesta a la persona que Assail había «procesado» si no directamente en representación del rey, ciertamente sí para su beneficio.

—Pues tienes unos amigos bastante raros. ¿Acaso trabajas para el gobierno?

Assail soltó una carcajada.

—Por Dios, no.

—Qué alivio. Me estaba preguntando si me ibas a arrestar, o tratarías de convertirme en informante.

—Te puedo asegurar que los entresijos del sistema legal humano me tienen totalmente sin cuidado.

—Sistema legal… ¿humano?

Assail maldijo entre dientes, mientras hacía un gesto con la mano para quitarle importancia a sus palabras.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Al oír eso, Sola sonrió y sus párpados temblaron.

—Lo siento. Me parece que me estoy quedando dormida. Con toda esa comida.

—Duerme. Y debes saber que, cuando te despiertes, te voy a llevar a casa.

Ella se enderezó sobresaltada.

—Mi abuela todavía está en esa casa…

—No, está en mi propiedad. Nunca jamás la habría dejado donde estaba, tan expuesta y vulnerable…

Sin previo aviso, Marisol rodeó a Assail con sus brazos y lo apretó con tanta fuerza que él sintió cada estremecimiento de su cuerpo.

—Gracias —le dijo con los labios contra el cuello—. Ella es lo único que tengo.

Assail le devolvió el abrazo con gran delicadeza, apoyando apenas las manos contra su espalda. Y al respirar su aroma, sintió que el corazón se le partía al pensar en la forma en que la habían tratado aquellos brutos.

Se quedaron así un rato, y cuando finalmente ella se separó y lo miró, él no pudo evitar el impulso de acariciarle la cara con los dedos.

—No tengo palabras —dijo con voz entrecortada.

—¿Sobre qué?

Pero lo único que Assail pudo hacer fue sacudir la cabeza y romper totalmente el contacto poniéndose de pie. Si no lo hacía, estaba seguro de que iba a terminar en la cama con ella.

—Descansa —dijo con voz ronca—. Al anochecer te llevaré con tu abuela.

Y luego ella y su abuela podrían vivir con él. De esa manera él sabría que ella siempre estaría a salvo.

Y no tendría que volver a preocuparse por ella.

Assail se apresuró a salir antes de que ella cerrara los ojos. Sencillamente no

podía soportar verla con los párpados cerrados.

Al salir de la habitación, Assail…

Frenó en seco.

Al otro lado del pasillo, sus primos estaban recostados contra la pared, y ninguno tuvo que levantar la vista o girarse para mirarlo. Los dos lo estaban mirando fijamente cuando salió, como si hubiesen estado esperando a que él saliera desde el segundo que entró allí.

Ninguno dijo nada, pero no hacía falta.

Assail se restregó la cara con las manos. ¿En qué mundo creía que podría tener a dos humanas en su casa? Eso era un imposible, aunque fuera solo por una noche. Porque ¿qué podría decir cuando se hiciera evidente que no podía salir de casa durante el día? ¿O dejar que entrara la luz del sol en la vivienda? ¿O…?

Abrumado por la emoción, metió la mano en el bolsillo frontal de sus pantalones negros, sacó su frasquito de coca y esnifó rápidamente lo que quedaba.

Solo para poder sentirse medianamente normal.

Luego levantó la bandeja del suelo.

—No me miréis así —les dijo a sus primos, al pasar delante de ellos.

CAPÍTULO 25



—¡Wrath!

Al gritar el nombre de su marido, Beth se enderezó en la cama y, por un momento, no tuvo ni idea de dónde estaba. Las paredes de piedra y esa suave colcha de terciopelo no eran…

La casa de Darius. Pero esta no era la habitación de su padre, sino la que Wrath usaba cuando necesitaba un lugar donde dormir. La misma a la que ella se había pasado hacía un rato porque no era capaz de conciliar el sueño.

Finalmente se debió de haber quedado dormida sobre el edredón…

A lo lejos empezó a sonar un teléfono.

Beth se quitó el pelo de la cara y vio que tenía sobre las piernas una manta que no recordaba haber puesto ahí… También había una maleta al pie de la puerta… y una bandeja de plata puesta sobre la mesilla.

Fritz. El mayordomo debía de haber venido durante el día.

Beth se frotó entonces el esternón y miró la almohada junto a ella, las sábanas perfectas, la ausencia de Wrath…, y se sintió peor de lo que se había sentido la noche anterior.

Pensar que había creído que ya había llegado al fondo de esto. O que darse un tiempo iba a servir de algo…

—Mierda, ¿Wrath? —gritó, al tiempo que saltaba de la cama.

Entonces corrió hacia la puerta, la abrió de un tirón, atravesó el pasillo, entró a toda prisa a la alcoba de su padre y se lanzó sobre el teléfono que estaba en una de las mesillas auxiliares.

—Sí. ¿Sí? ¿Sí…?

—Hola.

Al oír aquella voz profunda, Beth se dejó caer sobre la cama, apretando el teléfono entre el puño y contra la oreja, como si de esa manera pudiera traer a su

hombre hasta ella.

—Hola. —Beth cerró los ojos y no se molestó en contener las lágrimas—. Hola.

Los dos tenían la voz ronca.

—Hola.

Hubo un largo silencio, lo cual estuvo bien. Aunque él estaba en casa y ella ahí, era como si se estuvieran abrazando.

—Lo siento —dijo él—. De verdad lo siento.

Ella dejó escapar un sollozo.

—Gracias…

—Lo siento. —Él dejó escapar una risita—. No estoy muy elocuente, ¿verdad?

—No pasa nada. Yo tampoco me siento muy elocuente… Solo estaba soñando contigo, creo.

—¿Una pesadilla?

—No. Te echaba de menos.

—No lo merezco. Tenía miedo de llamar a tu móvil, en caso de que no contestaras. Pensé que si había alguien contigo, tal vez le pedirías a esa persona que contestara y… Sí, lo siento.

Beth soltó el aire con fuerza y se acomodó contra las almohadas. Luego cruzó las piernas a la altura de los tobillos y miró las fotografías de la rodeaban.

—Estoy en su habitación.

—¿Sí?

—Sí, no hay teléfono en la que tú utilizabas.

—Dios, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en esa casa.

—Lo sé. Me trae muchos recuerdos.

—Me imagino.

—¿Cómo está George?

—Te echa de menos. —Se oyó un golpe sordo, como si Wrath estuviera dándole palmaditas al perro—. Está aquí conmigo.

La buena noticia era que los temas neutrales eran la mejor manera de meter los pies en el agua, mientras llegaban a la zona más profunda.

—¿Supiste lo de John? —preguntó ella, mientras jugueteaba con el borde de su camisa—. Supongo que ya te habrán contado que todo salió bien en el centro médico.

—Ah, sí, no. En realidad he estado… un poco ausente.

—Ya, te he llamado hace un rato.

—¿De veras?

—Sí. Tohr dijo que estabas durmiendo. ¿Por fin pudiste descansar?

—Ah…, sí.

Cuando Wrath se volvió a quedar callado, el silencio fue preparatorio, como una cuenta atrás antes de sumergirse en las profundidades. Y, sin embargo, Beth no sabía bien cómo plantear el tema, qué decir, cómo…

—No sé si alguna vez te he contado cosas sobre mis padres —dijo Wrath—.

Aparte de la forma en que fueron…

Asesinados, terminó de decir mentalmente Beth.

—Eran la pareja ideal, por usar un término humano. Me refiero a que, aunque yo era pequeño, recuerdo verlos juntos y la verdad es que, cuando ellos murieron, yo me imaginé que esa clase de amor había muerto con ellos. Como si fuera un amor único o algo así. Pero luego te conocí.

Beth sentía lágrimas calientes rodando por sus mejillas, algunas de las cuales caían sobre la almohada, mientras que otras se deslizaban hacia sus orejas. Entonces agarró un Kleenex y se las secó sin hacer ruido.

Pero él sabía que ella estaba llorando. Tenía que saberlo.

La voz de Wrath se volvió más tenue, como si le costara trabajo seguir hablando.

—Cuando me dispararon hace un par de meses y Tohr y yo regresábamos a toda prisa desde la casa de Assail, yo no tenía miedo a morir ni nada parecido. Obviamente, sabía que la herida era grave, pero ya antes había pasado por situaciones difíciles. Y yo sabía que iba a salir adelante… porque nadie ni nada me iba a alejar de ti.

Mientras sostenía el teléfono con el hombro, Beth dobló el pañuelo de papel en cuadrados exactos.

—Ay, Wrath…

—Cuando pienso en la idea de que tengas un hijo… —La voz de Wrath se quebró —. Yo…, yo…, yo… Ay, joder, sigo tratando de buscar las palabras, pero simplemente no las encuentro, Beth. Sencillamente no tengo palabras. Yo sé que tú quieres intentarlo, eso lo entiendo. Pero tú no has pasado cuatrocientos años viendo y oyendo historias sobre vampiras que han muerto al dar a luz. No puedo, sencillamente no puedo quitarme de la cabeza esa idea. Y el problema es que soy un macho enamorado, así que aunque quisiera darte lo que deseas, hay una parte de mí que no va a atender a razones. Sencillamente no querrá hacerlo, no cuando se trata de poner en riesgo tu vida. Ojalá yo fuera distinto, porque esto me está matando, pero no puedo cambiar de posición.

Beth se inclinó hacia un lado y sacó otro pañuelo de la caja.

—Pero ahora contamos con la medicina moderna. Tenemos a la doctora Jane y…

—Además, ¿qué haríamos si el niño nace ciego? ¿Qué pasaría si hereda mis ojos?

—Lo querría igual, eso te lo puedo asegurar.

—Pero tienes que preguntarte a qué lo estaríamos exponiendo desde el punto de vista genético. Yo he logrado arreglármelas en la vida, sí. Pero ¿acaso crees que pasa un instante sin que no eche de menos el sentido de la vista? Me despierto junto a la hembra que amo y no puedo ver tus ojos en la noche. No sé cómo estás de guapa cuando te arreglas para mí. No puedo ver tu cuerpo cuando estoy dentro de ti…

—Wrath, pero tú haces tantas…

—¿Y sabes qué es lo peor? Que no puedo protegerte. Ni siquiera salgo de la casa, y eso sucede tanto por causa de mi maldito trabajo como por la ceguera. Ah, y no te

engañes. Legalmente, si tuviéramos un hijo varón, él tendría que sucederme. No tendría alternativa, así como yo no la tuve. Y tú sabes cuánto odio esto. Odio cada noche de mi vida. Por Dios, Beth, detesto levantarme de la cama, detesto ese maldito escritorio, odio las proclamas y toda esa mierda y el hecho de estar confinado en la maldita casa. Lo odio.

Dios, Beth sabía que Wrath no era feliz, pero no tenía ni idea de que su hastío fuese tan profundo.

Pero, claro, ¿cuándo había sido la última vez que habían hablado así? La tortura del trabajo diario, sumada al estrés de la Pandilla de Bastardos y toda esa mierda…

—No lo sabía —dijo ella y suspiró—. Me refiero a que sabía que no eras feliz, pero…

—No me gusta hablar de esto. No quiero que te preocupes por mí.

—Pero yo me preocupo de todas formas. Sé que has estado bajo presión… y quisiera poder ayudarte de alguna manera.

—Ese es el problema. No hay manera de ayudarme, Beth. Nadie puede hacer nada por mí… E incluso si disfrutara de una vista perfecta y los riesgos del embarazo no fueran graves, aun así no querría transmitirle esta mierda a la siguiente generación. Es una crueldad que no le haría a alguien a quien odiara y mucho menos a mi propio hijo. —Wrath se rio con sarcasmo—. Demonios, debería dejar que Xcor se quedara con el maldito trono. Que se pudriera en él.

Beth negó con la cabeza.

—Lo único que quiero es que seas feliz. —En realidad, eso no era cierto—. Pero no puedo mentir. Te amo, y sin embargo…

Joder, tenía que hacer un esfuerzo por expresar sus sentimientos.

Wrath lo había hecho.

—Casi no puedo explicarlo. —Beth cerró el puño sobre su corazón—. Siento una especie de vacío en el centro del pecho. Y ese vacío no tiene nada que ver contigo ni con lo que siento por ti. Es algo dentro de mí, como un interruptor que se ha encendido, ¿sabes? Y quisiera poder expresarlo mejor, pero es difícil de describir. Ni siquiera sabía lo que era… hasta una de esas noches en que Z y Bella se fueron a nuestro apartamento de Manhattan y yo me quedé cuidando a la bebita. Estaba en la habitación de ellos, con Nalla dormida en mi regazo y no dejaba de mirar todas las cosas que había a mi alrededor. El cambiador, los móviles, la cuna…, todos los pañitos y los biberones y los chupetes. Y entonces pensé: yo también quiero tener todo eso. Los pañales y los patitos de hule y la ropa. La caca y el olor del jabón de bebé, el llanto y los gorjeos, las chaquetitas rosas y azules…, todo. Y debes saber que no le di rienda suelta a ese pensamiento. Más bien lo contuve. Era tan extraño que pensé que sería una fase, una ilusión pasajera que se me iba a pasar pronto.

—¿Cuándo…? —Wrath se aclaró la garganta—. ¿Hace cuánto fue eso?

—Hace más de un año.

—Maldición.

—Como te dije, llevo un tiempo pensando en esto. Y creí que ibas a cambiar de opinión. Yo sabía que no era una prioridad para ti. —Beth trató de ser diplomática en esto—. Pensé que…, bueno, ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta de que nunca hablé contigo del asunto. Sencillamente no ha habido tiempo.

—Lo siento. Sé que ya me he disculpado, pero… joder.

—No pasa nada. —Beth cerró los ojos—. Y yo entiendo lo que sientes. He visto cómo todas las noches desearías estar en otro lugar.

Hubo otro largo silencio.

—Hay algo más —dijo Wrath después de un rato.

—¿Qué?

—Creo que vas a entrar en tu periodo de fertilidad muy pronto.

Aunque Beth abrió la boca con asombro, en el fondo de su cerebro se encendió una luz.

—¿Cómo…, cómo lo sabes?

Los cambios repentinos de estado de ánimo. El deseo imperioso de comer chocolate. La ganancia de peso…

—Mierda —dijo ella—. Yo, ah…, *mierda*.

‡ ‡ ‡

Yyyyyyy eso parecía resumirlo todo, pensó Wrath mientras se acomodaba en la silla de escritorio de la biblioteca. A sus pies, George estaba acostado en la alfombra, con la cabeza apoyada sobre una de las botas de Wrath, como ofreciéndole su apoyo.

—No estoy seguro —dijo Wrath y se frotó la sien—. Pero, como compañero tuyo, siento el efecto tan pronto como tus hormonas empiezan a fluir. Siento que la sangre corre por mis venas con mayor ardor, mis emociones se vuelven más fuertes, estoy cada vez más irritable. Mira, ahora que no estás en casa, tengo más control de mí mismo del que he tenido en las últimas dos semanas. Pero cuando estábamos discutiendo, estaba como loco.

—Dos semanas…, ese es más o menos el tiempo que llevo visitando a Layla. Y, sí, todo eso que dices es cierto.

—Ahora bien —dijo Wrath y levantó el índice, como si quisiera hacer énfasis en lo que iba a decir, aunque estuviera solo—, con esto no estoy buscando justificar mi comportamiento. Es solo para darte el contexto. Al hablar contigo por teléfono puedo mantener el control y explicarme mejor. Pero cuando estás conmigo… De verdad, esto no es una excusa y mi intención no es echarte a ti la culpa, pero me pregunto si tus hormonas no han tenido algo que ver en esto.

Wrath se inclinó hacia un lado y puso la mano sobre el perro, de forma que George levantó la cabeza y lo lamió. Mientras acariciaba el pecho de George, Wrath subía y bajaba la mano hasta las patas del animal.

—Dios, Wrath, al ver que no estaba contigo cuando me desperté ahora…

—Es horrible, lo sé. A mí me ha pasado lo mismo, o tal vez incluso peor. Porque no estaba seguro de si lo había arruinado todo.

—No, no es así. —Se oyó un ruido, como si Beth se estuviera acomodando en la cama—. Y supongo que yo sabía que desde hace un tiempo venimos trabajando como en paralelo. Pero simplemente no había entendido todo el tiempo que hemos perdido… y tampoco otras cosas. Ir a Manhattan, escaparnos juntos, hablar así. Ha pasado un tiempo desde la última vez que hicimos todo eso.

—Sinceramente, esa es otra de las razones por las cuales no quiero tener hijos. En estas circunstancias, apenas puedo sentirme conectado contigo, de modo que no tengo nada que ofrecerle a un bebé.

—Eso no es cierto. Serías un padre maravilloso.

—Tal vez en otro universo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó ella después de un momento.

Wrath se restregó los ojos. Joder, se sentía horrible.

—No sé. De verdad que no lo sé.

Cada uno había expresado su punto de vista tal como deberían haberlo hecho desde el principio. De manera razonable y tranquila.

De hecho, él era quien había tenido más problemas en ese campo, no ella.

—Lo siento —volvió a decir Wrath—. Yo sé que no es suficiente, pero no hay nada más que pueda…, joder, me estoy empezando a cansar de sentirme tan impotente.

—Tú no eres impotente —dijo ella con tono contundente—. Eso ya ha quedado bien claro.

Wrath soltó un gruñido en respuesta a eso.

—¿Cuándo vas a volver a casa?

—Ahora mismo. Puedo conducir, creo que aquí hay un coche extra.

—Espera a que anochezca.

—Wrath, ya hemos hablado de esto. No tengo ningún problema con la luz del sol. Además, ya son casi las cuatro y media. No queda mucha luz.

Al imaginársela al aire libre, a plena luz, Wrath sintió que el estómago le daba un vuelco, pero luego pensó en Payne acusándolo de ser un machista. Ante la angustia que representaba saber que su shellan estaba en peligro, era mucho más fácil decir: *Te prohíbo que salgas*. El problema era lo que eso le hacía a Beth.

La verdad era que no podía mantenerla en una jaula dorada, solo para no tener que preocuparse por su seguridad.

Y tal vez todo este asunto del embarazo era, para él, un estadio más profundo de esa misma cobardía…

—Está bien —se oyó decir entonces Wrath—. Bien. Te quiero.

—Yo también te quiero… Espera, Wrath. Antes de que te vayas…

—¿Sí? —Al ver que ella no decía nada, Wrath frunció el ceño—. ¿Beth? ¿Qué?

—Quiero que hagas algo por mí.

—Lo que sea.

Pasó un rato antes de que ella hablara. Y cuando terminó, Wrath cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Wrath? ¿Has oído lo que te he dicho?

Cada palabra. Desgraciadamente.

Wrath estaba a punto de negarse en redondo cuando pensó en lo que había sentido al despertar sin tenerla al lado.

—Está bien —dijo, apretando los dientes—. Sí, claro. Lo haré.

CAPÍTULO 26



Mientras se miraba en el espejo de su vestidor, Saxton se arregló el lazo de la pajarita y apretó un poco más el nudo. Cuando lo soltó, la seda conservó perfectamente la forma y la simetría, como si fuera una mascota bien entrenada.

Luego dio un paso atrás, se alisó el pelo recién cortado, se puso su abrigo de cachemir Marc Jacobs, le dio un tirón a una manga y después a la otra, y estiró los brazos hasta que se vieron los gemelos por debajo de la chaqueta del traje.

No llevaba puestos los gemelos que tenían el escudo familiar.

Saxton ya no usaba nunca esos gemelos.

No, estos eran unos gemelos VCA de los años cuarenta, con zafiros y diamantes incrustados en una montura de platino.

—¿Me habré echado ya colonia? —se preguntó Saxton, mientras observaba los botes de Gucci, Prada y Chanel que se alineaban sobre una bandeja de espejo con asas de bronce—. ¿No lo sabéis ninguna?

Entonces se olió rápidamente una muñeca. Sí, debía de ser *Égoïste*, y se notaba que acababa de echársela.

Saxton dio luego media vuelta y cruzó el suelo de mármol color crema, hasta salir a su habitación completamente blanca. Al pasar junto a la cama, tuvo deseos de volver a alisarla, pero se dio cuenta de que se trataba de un impulso nervioso.

—Solo voy a revisar una cosa.

Entonces volvió a mullir los almohadones y reacomodó la manta en la misma posición en la que estaba cuando se había ido a vestir. Luego miró de reojo el reloj Cartier que estaba sobre la mesilla.

No tenía sentido seguir posponiendo las cosas.

Sin embargo, le echó una última mirada a la *chaise longue* blanca y a los sillones del mismo color. Inspeccionó las alfombras blancas de lana mohair. Se aseguró de

que el Jackson Pollock que colgaba sobre la chimenea estuviera perfectamente equilibrado.

Esta no era su casa vieja, la casa victoriana en la que Blay había pasado una vez el día. Este era su nuevo hogar, una casa de una sola planta diseñada por Frank Lloyd Wright, que había comprado tan pronto como la pusieron a la venta solo porque le resultaba imposible no adquirirla. Quedaban muy pocas de esas.

Desde luego, había tenido que hacer una remodelación y una expansión clandestinas del sótano, pero los vampiros llevaban mucho tiempo aprendiendo a convivir con los humanos y sus incómodos inspectores, de modo que eso no era problema.

Después de revisar por segunda vez su Patek Philippe, se preguntó por qué seguía haciendo ese espantoso peregrinaje. Una y otra vez.

Era como una de esas horribles festividades que, por fortuna, no ocurrían con mucha frecuencia.

Cuando subió las escaleras, se dio cuenta de que estaba jugando una vez más con la pajarita. Al quitar el seguro de la puerta de arriba, salió a una elegante cocina de los años cuarenta, pero equipada con reproducciones totalmente funcionales y modernas de todos los electrodomésticos de la época.

Cada vez que caminaba por la casa, con sus muebles al estilo de Los Supersónicos y una ausencia absoluta de adornos, sentía como si estuviera de regreso en la época de la posguerra, y eso lo calmaba. A Saxton le gustaba el pasado. Le atraían las huellas de las distintas épocas. Le encantaba vivir en espacios tan auténticos como fuera posible.

Y la verdad es que no tenía intenciones de regresar pronto a la casa victoriana. No después de que él y Blay comenzaran su romance en ella.

Al salir por la puerta principal, el solo hecho de pensar en ese macho hizo que su corazón diera un salto y entonces se detuvo y se concentró en aquella sensación, en los recuerdos que le traía y en la forma como alteraba su presión sanguínea.

Después de que Blay y él cortaran, por iniciativa suya, había leído mucho sobre el duelo y el dolor. Las etapas. El proceso. Y lo curioso es que el mejor recurso que había encontrado había sido un librito sobre cómo superar la pérdida de una mascota. Contenía preguntas que se suponía que debías responder acerca de qué te había enseñado tu perro, o qué era lo que más echabas de menos de tu gato, o cuáles habían sido los momentos preferidos con tu cacatúa.

Saxton no estaba dispuesto a admitírselo a nadie, pero había respondido cada pregunta en su diario pensando en Blay y eso le había ayudado. Hasta cierto punto. Todavía seguía durmiendo solo, y aunque había tenido relaciones sexuales, eso solo había aumentado su dolor, en lugar de acabar de borrar el recuerdo de su antiguo amante.

Pero las cosas habían mejorado. Al menos ahora tenía un sistema de funcionamiento que era casi normal; Saxton todavía recordaba que estuvo como

muerto las primeras dos noches. Ahora, sin embargo, tenía una costra sobre la herida y podía comer y dormir. Todavía había cosas que le disparaban la tristeza, claro, por ejemplo cada vez que se encontraba con Blay o Qhuinn.

Era tan difícil alegrarte por la persona que amabas… cuando él estaba con otra persona.

Sin embargo, como todas las cosas de la vida, había unas que podías cambiar y otras que no.

Y a propósito de eso…

Saxton cerró los ojos, se desmaterializó y volvió a tomar forma en un jardín cubierto de nieve que era casi tan grande como un parque de la ciudad, y que estaba igual de bien mantenido. Pero, claro, su padre odiaba ver cualquier cosa que no estuviera en orden: las plantas, el césped, los *objets d'art,* los muebles…, los hijos. La mansión que estaba más allá tenía unos mil cuatrocientos metros cuadrados, con diferentes alas que habían sido agregadas a lo largo de los años por distintas generaciones de humanos. Mientras la contemplaba a través de la noche invernal, Saxton recordó con exactitud la razón por la cual su padre había comprado esa propiedad cuando algunos alumnos se la dejaron al Union College. La casa representaba un trozo del Viejo Continente en el Nuevo Mundo, un hogar lejos de la madre patria.

Su padre era muy tradicional, y había disfrutado con ese regreso a las raíces. Aunque en realidad nunca las hubiera dejado atrás.

Al acercarse a la entrada principal, las lámparas de gas situadas a cada lado de la puerta inmensa titilaron, arrojando una luz antigua sobre los grabados en piedra que habían sido hechos en realidad en el siglo XIX, como parte de una recreación del estilo gótico. Al detenerse, Saxton pensó que tal vez no tenía necesidad de tocar la campana, porque los empleados debían de estar esperándolo. Ellos, al igual que su padre, siempre se afanaban en recibirlo y despedirlo de la casa, como si fuera un documento que hubiera que procesar, o una comida que hubiera que servir y consumir rápidamente.

Sin embargo, esta vez nadie abrió la puerta antes de tiempo.

Saxton se inclinó hacia delante y tiró de una cadena de hierro envuelta en una tela de terciopelo que generaba el sonido de una campana.

Pero no hubo respuesta.

Saxton frunció el ceño, dio un paso atrás y miró hacia un lado, pero no pasó nada. Había demasiados arbustos para poder ver a través de alguna de las ventanas de vidrieras en forma de diamante.

Estar atrapado fuera de la casa era todo un testimonio de la relación que tenía con su padre, pensó Saxton. El macho le pedía que viniera en su cumpleaños, pero lo dejaba fuera, en medio del frío.

De hecho, Saxton había decidido que su existencia era ahora una declaración de odio a su padre. Según entendía, Tyhm siempre había querido tener descendencia,

específicamente un hijo. Le había pedido a la Virgen Escribana que le enviara uno. Y sus plegarias fueron escuchadas.

Desgraciadamente, había habido una condición que resultó ser toda una prueba.

Mientras decidía si tocaba la campana de nuevo, el mayordomo abrió la puerta. La cara del doggen parecía tan gélida como siempre, pero el hecho de que el mayordomo no le hiciera una venia al único hijo de su amo era toda una declaración acerca de su opinión sobre la persona a la que estaba a punto de dejar entrar a la casa.

Las cosas no siempre habían sido así. Pero su madre había muerto y luego se había sabido su pequeño secreto…

—Su padre está ocupado en este momento. —Eso fue todo. Nada de: «¿Me permite su abrigo, señor, por favor?». O: «¿Cómo se encuentra?». O incluso: «En verdad, la noche está muy fría».

El mayordomo no estaba dispuesto a concederle ni siquiera una conversación sobre el tiempo.

Lo cual estaba bien. Porque, de todas maneras, Saxton siempre había odiado al doggen.

Cuando el mayordomo se hizo a un lado y clavó la mirada en la pared que estaba frente a él, caminar frente a esos ojos fue como atravesar una alambrada electrificada, aunque al menos Saxton estaba acostumbrado a eso. Y sabía perfectamente a dónde ir.

El salón de las damas se encontraba a mano izquierda y, al entrar al cuarto lleno de adornos, Saxton metió las manos en los bolsillos de su abrigo. Las paredes color lavanda y la alfombra de tono amarillo verdoso creaban un ambiente alegre y luminoso, y la verdad era que, aunque el hecho de hacerlo seguir al salón de las damas tenía la intención de insultarlo, Saxton prefería de todo corazón ese salón a aquel forrado en madera que usaban los caballeros y que estaba al otro lado del vestíbulo.

Su madre había muerto hacía unos tres años, pero el salón no era ningún altar a su memoria. De hecho, Saxton tenía la sensación de que su padre en realidad no echaba de menos a su madre.

Tyhm siempre se había mostrado más interesado en la ley, incluso en asuntos relacionados con la glymera…

Saxton se quedó inmóvil y giró sobre los talones para dirigirse al fondo del salón.

A lo lejos se oían voces… y eso era muy inusual. Por lo general, la casa era tan silenciosa como una biblioteca, pues los doggen andaban de puntillas y habían desarrollado un complejo sistema de gestos con el que podían comunicarse sin perturbar a su amo.

Saxton se acercó a un segundo conjunto de puertas. A diferencia de aquellas que llevaban al vestíbulo, estas estaban cerradas.

Abrió una de las hojas y se deslizó hacia la amplia habitación octogonal donde estaban guardados los libros de su padre sobre las Leyes Antiguas, una enorme

colección de volúmenes encuadernados en cuero. El techo tenía unos diez metros de altura, las estanterías eran de madera oscura y las cornisas que adornaban las puertas tenían relieves góticos, o al menos reproducciones de estos hechas en el siglo XIX.

En el centro del espacio circular había una mesa redonda inmensa, cuya superficie de mármol estaba… ¡Vaya!

Estaba cubierta de volúmenes abiertos.

Saxton levantó la vista hacia las estanterías y vio que había cerca de veinte huecos entre las casi infinitas hileras de libros.

Al oír una señal de advertencia que provenía de lo más profundo de su cerebro, Saxton mantuvo las manos en los bolsillos, pero se inclinó para leer lo que se decía en las páginas abiertas…

—Ay, por Dios…

El tema era la sucesión.

Su padre estaba investigando sobre las leyes de sucesión.

Saxton levantó la cabeza hacia el lugar de donde provenían las voces. Ahora se oían más fuertes, aunque todavía embozadas por otro conjunto de puertas cerradas.

La reunión parecía tener lugar en el estudio privado de su padre.

Lo cual era muy inusual, pues el macho nunca dejaba que nadie entrara allí. Ni siquiera permitía que sus clientes accedieran a la casa.

Esto era serio, y Saxton no era estúpido. Había un complot contra Wrath en la glymera y, obviamente, su padre estaba involucrado.

No había razón para que alguien se preocupara por la siguiente generación real si no se estuviera tratando de derrocar al rey actual.

Saxton caminó alrededor de la mesa, revisando cada página abierta. Cuanto más veía, más se preocupaba.

—Ay…, mierda —murmuró.

Esto era malo. Muy malo…

El sonido de una puerta que se abría en el estudio lo hizo reaccionar. Caminando rápidamente de puntillas, regresó al salón de las damas y volvió a cerrar silenciosamente las puertas que llevaban a la sala octogonal.

Estaba frente al cuadro de John Singer Sargent que colgaba sobre la chimenea cuando, cerca de dos minutos después, llegó el mayordomo a buscarlo.

—El señor lo recibirá ahora.

No había razón para darle las gracias. Saxton simplemente siguió el gesto de desaprobación del doggen y se preparó para otra dosis de lo mismo, pero por parte de su padre.

Por lo general odiaba ir a esa casa.

Pero no aquella noche. No, aquella noche tenía un propósito mucho más importante que evadir lo que, sin duda, sería otro perverso intento de su padre para convencerlo de que se volviera heterosexual.

‡ ‡ ‡

Purrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr.

Trez frunció el ceño al oír ese ruido. Cuando abrió un ojo, encontró a su hermano junto a su cama, con Boo, el gato negro, en sus brazos, y una expresión de desaprobación en aquellos gélidos ojos entrecerrados.

Los de su hermano, no los del gato.

—Acaso piensas pasar otra noche acostado —le dijo bruscamente iAm.

No era una pregunta, de modo que no valía la pena contestar.

Trez se sentó con un gruñido y tuvo que apoyarse en los brazos para mantenerse erguido. Al parecer, mientras que él estaba dormido el mundo había decidido armar una fiesta y el planeta daba vueltas y vueltas alrededor de su cuello.

Cuando sintió que no podía más, se dejó caer sobre la cama de nuevo.

Al ver que su hermano seguía allí, Trez entendió que ese era el canto de la sirena que lo llamaba de regreso a la realidad. Y él quería responder, de verdad que quería hacerlo. Pero no le quedaban fuerzas en el cuerpo.

—¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste de la vena? —preguntó iAm.

Trez desvió la mirada y evitó la pregunta.

—¿Cuándo te convertiste en un amante de los animales?

—Odio a este maldito gato.

—Sí, se nota.

—Respóndeme.

El hecho de que no pudiera recordar cuándo había sido…, no, estaba en blanco.

—Enviaré a alguien —farfulló iAm—. Y luego tú y yo vamos a hablar.

—Hablemos ya.

—¿Para que después puedas fingir que no has oído nada?

Bueno, no era mala idea.

—No.

—Van a desquitarse con nuestro padre y nuestra madre.

Trez volvió a sentarse y esta vez no necesitó ayuda extra. Mierda. Debería haber esperado eso del s'Hisbe, pero…

—¿Cómo?

—¿Cómo crees? —Su hermano dejó de acariciar las orejas del gato y empezó a consentirlo debajo de la barbilla—. Van a empezar con ella.

Trez se restregó la cara.

—Por Dios. No esperaba que el gran sacerdote fuera tan…

—No se trata de él. No. Él fue la segunda persona que vino a verme esta noche.

—¿Qué hora es? —preguntó Trez, a pesar de que podía ver por la ventana que ya era de noche—. ¿Por qué no me despertaste cuando llegaste a casa?

—Lo intenté. Tres veces. Iba a pedir que me trajeran un desfibrilador si no

conseguía despertarte esta vez.

—Y entonces, ¿qué dijo el gran sacerdote?

—Del que tenemos que preocuparnos es de s'Ex.

Trez dejó caer las manos y se quedó mirando fijamente a su hermano, pensando que tenía que haber oído mal.

—Perdón, ¿quién has dicho?

—No es la clase de nombre que haga falta repetir, ¿no?

—Ay, por Dios. —¿Qué diablos hacía el verdugo de la reina haciéndole una visita a su hermano? Pero, claro…—. Realmente están subiendo la apuesta, ¿no?

iAm se sentó en el borde de la cama y su peso hizo que el colchón se reacomodara.

—Estamos en un callejón sin salida, Trez. Ya no podemos fingir más, ya no podemos tratar de persuadir a nadie. Ya nos ofrecieron en su día la zanahoria; ahora van a usar el palo.

Al pensar en sus padres, Trez apenas pudo recordar sus caras. La última vez que los había visto había sido… Bueno, otra cosa más que no podía recordar. Lo que sí rememoraba con total claridad era el lugar donde vivían. Todo era de mármol. Con lámparas de oro. Alfombras de seda. Criados por todas partes. Joyas que colgaban de las lámparas para producir un efecto de destello.

Aunque el principio había sido distinto y esa era otra cosa que Trez podía recordar: había nacido en un modesto apartamento de dos habitaciones en las afueras de la corte. Un apartamento normal.

Pero que no se parecía en nada a lo que sus padres obtuvieron cuando vendieron el futuro de su hijo.

¿Y después de eso? Después de que ellos obtuvieran lo mejor de lo mejor, él, Trez, había sido enviado para que lo criaran los empleados de la reina, aislado en un cuarto todo blanco. Solo cuando él se negó a comer y beber durante varias noches le enviaron a iAm.

Y así fue como comenzó su disfuncional relación.

Desde entonces, iAm se había convertido en el responsable de que Trez siguiera con vida.

—¿Recuerdas cuándo los vimos por última vez? —se oyó preguntar.

—En aquella fiesta. Ya sabes, la fiesta para la reina.

—Ah, sí… —Sus padres estaban sentados con los Principales de la reina, que era como los llamaban. En todo el centro. Y estaban sonriendo.

No los reconocieron a él ni a iAm cuando entraron, pero eso no era inusual. Después de que lo vendieran, él se había convertido en propiedad de la reina. Y después de que iAm entrara también al servicio de la reina para facilitar las cosas, su hermano también había dejado de pertenecerles a sus padres.

—Ellos nunca se arrepintieron, ¿verdad? —murmuró Trez—. Para ellos soy solo una mercancía. Y, joder, me vendieron por un buen precio.

iAm permaneció en silencio, como siempre. Solo se quedó allí, acariciando al gato.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó Trez.

—Tienes que ir esta noche. —iAm desvió la mirada—. Más o menos ya.

—Y si no lo hago… —No había razón para contestar eso e iAm no se molestó en hacerlo: si Trez no se levantaba de esa cama e iba a entregarse, sus padres serían asesinados. O algo peor que eso.

Probablemente mucho peor.

—Pero ellos forman parte esencial del sistema —dijo Trez—. Esos dos realmente obtuvieron lo que querían.

—Entonces no vas a ir.

Una vez que pusiera un solo pie en el Territorio, nunca volvería a ver el mundo exterior. Los guardias de la reina lo iban a encerrar en aquel laberinto de pasillos, y lo dejarían allí para que él fuera el equivalente masculino de un harén, separándolo incluso de su hermano.

Y entretanto, sus padres sobrevivirían, felices.

—Ella me miró —masculló Trez—. Esa noche de la fiesta. Me miró a los ojos y me obsequió su sonrisita secreta de superioridad. Como si hubiese hecho todos los movimientos que había que hacer, y el beneficio adicional fuera que no tuvo que lidiar conmigo. ¿Qué clase de madre hace eso?

—Entonces vas a dejarlos morir.

—No.

—Entonces vas a regresar.

—No.

iAm negó con la cabeza.

—Es un asunto binario, Trez. Yo sé que estás furioso con ellos, con la reina y con mil cosas más. Pero hemos llegado a una encrucijada y solo hay dos opciones. De verdad tienes que entenderlo… Y yo voy a regresar contigo.

—No, tú te vas a quedar aquí. —Cuando su confundida cabeza trató de considerar las variables, su cerebro empezó a chisporrotear—. Además, yo no voy a ir.

Mierda, necesitaba alimentarse de la vena para poder lidiar con esto.

—Joder, esa sangre humana es una porquería —farfulló, mientras se frotaba las sienes, como si eso pudiera encender de nuevo su inteligencia—. ¿Sabes qué? De verdad que ahora no puedo hablar de esto. Y no porque quiera joderte la vida. Realmente no puedo pensar.

—Enviaré a alguien. —iAm se puso de pie y se dirigió a la puerta que separaba sus habitaciones—. Y luego tendrás que tomar una decisión. Tienes dos horas.

—¿Me vas a odiar? —preguntó de repente Trez.

—¿Por ellos?

—Sí.

Pasó un largo rato antes de que Trez obtuviera una respuesta. Y el gato dejó de

ronronear cuando la mano de iAm se quedó quieta.

—No lo sé.

Trez asintió.

—Me parece justo.

La puerta se cerró y su hermano ya debía de estar lejos cuando a Trez se le ocurrió algo:

—Pero no Selena —gritó—. ¡iAm! ¡Selena no, por favor!

Si no se fiaba de sí mismo con ella cerca en una buena noche, lo último que necesitaba era que viniera justo ahora.

CAPÍTULO 27



Cuando Wrath golpeó la puerta que tenía frente a él, no sabía qué demonios estaba haciendo. Tal vez tuviera suerte y no hubiese respuesta.

Necesitaba más tiempo antes de hacer algo como esto…

Pero nada. La puerta se abrió y una voz profunda dijo:

—Hola. ¿Qué pasa?

Mientras trataba de pensar en una manera de responder, Wrath cerró los ojos tras sus gafas de sol.

—Z…

—Sí, hola. —El Hermano se aclaró la voz. Lo cual intensificó el silencio más que ninguna otra cosa—. Sí. Hola. ¿Sucede algo?

De repente, como si el universo le diera una patada en las pelotas, se oyó el llanto de un bebé.

—Ah, escucha, justo estaba levantándola. ¿Te importa?

Wrath se pasó una mano por el pelo.

—No, no, está bien.

—¿Quieres que pase más tarde por tu despacho?

Wrath se preguntó cómo sería aquella habitación y se imaginó el espacio tal como Beth se lo había descrito. Lleno de cosas. Acogedor. Feliz.

Rosa.

Nada parecido a un lugar en el que Z hubiese querido estar antes de conocer a Bella.

—¿Wrath? ¿Qué sucede?

—¿Te molesta si entro?

—Ah, claro. Quiero decir, sí, pasa. Bella está trabajando, así que tenemos privacidad. Pero tal vez quieras…

¡Piiiiiiiii!

—… saber por dónde pisas.

Wrath levantó su bota y el juguete que acababa de pisar se volvió a inflar con un silbido.

—Mierda, ¿lo he roto?

—De hecho, creo que es un juguete de perro. Sí, estoy seguro de que Nalla se lo quitó a George abajo. ¿Quieres que te lo devuelva?

—No, George tiene montones. Nalla puede quedárselo.

Cuando cerró la puerta, Wrath se dio cuenta de que cada uno estaba hablando de su bebé, solo que el de Wrath tenía cuatro patas y una cola.

Al menos no tenía que preocuparse porque George lo sucediera en el trono, o porque fuera ciego.

La voz de Z resonó desde el fondo de la habitación.

—Puedes sentarte a los pies de la cama si caminas recto unos cinco metros.

—Gracias.

Wrath no estaba particularmente interesado en sentarse, pero si se quedaba de pie, iba a querer pasearse y no pasaría mucho tiempo antes de que se estrellara con algo que no fuera un juguete.

En el rincón, Z le hablaba a su hija en voz baja y las palabras parecían seguir una especie de ritmo musical, como si fuera una cancioncilla. En respuesta se oyeron luego toda clase de gorjeos.

Y enseguida se oyó algo que resonó con aterradora claridad: «Papi».

Wrath se estremeció detrás de sus gafas y pensó que lo mejor era terminar con ese asunto.

—Beth quiere que hable contigo.

—¿Sobre?

Mientras pensaba en el Z que conocía tan bien, Wrath se imaginó al Hermano que parecía a punto de estallar y llevarse a media docena de cabrones con él: cabeza rapada, cicatriz en la cara, ojos que habían sido negros y opacos como los de un tiburón hasta que apareció Bella. Luego se habían vuelto amarillos, excepto cuando se ponía furioso, pero eso ya solo ocurría en el campo de batalla.

Z había cambiado muchísimo.

—¿La tienes en brazos? —preguntó Wrath.

Hubo una pausa.

—Tan pronto como logre atar este lazo en la espalda… Espera un segundo, mi niña. Muy bien, ya te puedes levantar. Tiene un vestido rosa que Cormia le hizo con sus propias manos. Detesto el rosa, excepto cuando lo veo en Nalla, pero por favor no le cuentes esto a nadie.

Wrath flexionó las manos.

—¿Y cómo es?

—¿No detestar totalmente el color rosa? Una mierda.

—Sí.

—No me digas que Lassiter ha estado metrosexualizándote a ti también. Oí que convenció a Manello de ir a hacerse una pedicura con él. Pero espero que sea solo un chisme.

Era difícil pasar por alto la facilidad con que estaba hablando el Hermano. Parecía realmente normal. Pero, claro, ahora tenía una familia, su shellan estaba a salvo y llevaba varios meses desapareciendo regularmente con Mary en el sótano.

Nadie sabía con precisión sobre qué hablaban allá abajo, pero todo el mundo se lo podía imaginar.

—De hecho, no sé por qué estoy aquí —dijo Wrath bruscamente.

Mentiroso.

Se oyeron pasos que se acercaban y luego un chirrido, como si el Hermano se hubiese sentado en una mecedora y hubiese empezado a balancearse. Al parecer a Nalla le gustaba lo que estaba pasando, porque Wrath oyó más gorjeos.

Un suave chillido sugirió que Z acababa de recoger otro juguete y trataba de mantenerla ocupada.

—¿Esto tiene que ver con el hecho de que Beth esté pasando tiempo con Layla?

—¿Acaso soy la única persona que no lo sabía?

—No sales mucho de tu despacho.

—Otra razón para no querer tener un bebé.

—Así que es cierto.

Wrath bajó la cabeza y deseó que sus ojos funcionaran para poder fingir que estaba inspeccionando algo. La colcha. Sus botas. Un reloj.

—Sí, Beth quiere tener un hijo. —Wrath sacudió la cabeza—. ¿Cómo hiciste tú? Dejar encinta a Bella, debías de estar aterrorizado con la idea.

—En este caso no lo planeamos. Ella entró en su periodo de fertilidad y, cuando las cosas se pusieron críticas… Quiero decir que yo tenía los medicamentos y eso. Le rogué que me dejara atenderla de esa forma. Pero al final hice lo que un macho hace para que su hembra logre salir al otro lado. El embarazo fue difícil, pero el momento del nacimiento fue lo que más me ha asustado en toda mi vida.

Y considerando que Z había sido un esclavo sexual durante muchos años, eso significaba realmente mucho.

—Después —dijo lentamente Z— no pude dormir durante unas buenas cuarenta y ocho horas. Ese fue el tiempo que me llevó convencerme de que Bella no se iba a desangrar y que Nalla estaba viva y así se iba a quedar. Demonios, quizás fue más bien una semana.

—¿Y valió la pena?

Hubo un largo silencio durante el cual Wrath estaba seguro de que Z se quedó contemplando la cara de su hija.

—Puedo decir que sí porque las dos sobrevivieron. Pero si las cosas hubieran sido distintas, mi respuesta sería diferente, incluso a pesar de lo mucho que quiero a mi hija. En todo caso, al igual que todos los machos enamorados, para mí Bella es la

persona que está por encima de todo, incluso de mi hija.

Wrath hizo sonar los nudillos de un puño y luego empezó a apretar el otro.

—Creo que Beth tenía la esperanza de que me hicieras cambiar de opinión.

—No puedo hacerlo. Nadie puede…, así es como somos los machos enamorados. La persona con la que realmente necesitas hablar es Tohr. Yo llegué a esto por casualidad, y soy el cabrón con más suerte sobre la faz de la Tierra porque funcionó. Tohr, en cambio, sí lo decidió. Tuvo las pelotas de echar a rodar los dados, incluso a sabiendas de los riesgos que corría. Y luego su Wellsie terminó muerta de todas formas.

De repente, Wrath recordó aquel momento en que tuvo que bajar a la oficina del centro de entrenamiento a buscar al guerrero con toda la Hermandad detrás de él. Encontraron a Tohr sentado con John, con el teléfono en la oreja y un aura de desesperación que lo marcaba todo, desde su cara pálida, pasando por la manera como tenía agarrado el teléfono, hasta la forma en que su expresión se congeló cuando levantó la vista y los vio a todos ellos en la puerta.

Por Dios, parecía como si hubiera ocurrido ayer mismo. Aunque en el tiempo que había transcurrido desde entonces, Tohr se había apareado con Otoño y había seguido su camino, hasta donde podía hacerlo un macho.

Wrath sacudió la cabeza.

—No sé si puedo hablar de esto con Tohr.

Ahí hubo otro largo silencio, como si quizás Z estuviera pensando también en esa noche. Pero luego Zsadist dijo:

—Él es tu hermano. Si es capaz de hacerlo por alguien, sin duda lo hará por ti.

‡ ‡ ‡

Tan pronto como entró en el magnífico vestíbulo de la mansión, Beth frenó en seco.

Al principio no pudo identificar qué sería aquella pila de madera astillada que estaba debajo del arco que llevaba a la sala de billar. Pero luego el fieltro verde hecho jirones le dio una pista: era la mesa de billar. Parecía como si alguien la hubiera destrozado con una motosierra.

Beth se acercó entonces al arco y quedó boquiabierta.

Todo estaba destruido. Desde los sofás hasta las lámparas, desde la televisión hasta el bar.

—Él está bien —dijo entonces una voz masculina detrás de ella.

Dándose la vuelta, Beth levantó los ojos y se encontró con los ojos amarillos de Z. El Hermano llevaba a Nalla en sus brazos y la chiquilla iba vestida con un precioso vestido color rosa de cintura alta y una falda amplia que se le iba a quedar pequeña en un par de meses. Era una monada. Llevaba en los pies un par de merceditas blancas y, en la cabeza, un lazo blanco que mantenía en orden sus rizos multicolor.

Tenía los ojos amarillos, como los de su padre, pero la sonrisa era la misma de

Bella, abierta, confiada y simpática.

Dios, era casi doloroso verlos. En especial porque Beth sabía cuál había sido la causa de la destrucción ocurrida en la sala de billar.

—Él me llamó —dijo Beth.

—¿Por eso viniste?

—De todas formas iba a hacerlo.

Z asintió.

—Bien. Anoche se montó un poco de lío.

—Evidentemente —dijo Beth, mirando por encima del hombro—. ¿Cómo pudisteis…?

—¿Detenerlo? Lassiter le disparó un dardo. Y se desplomó como una piedra, antes de quedarse profundamente dormido.

—No era eso lo que iba a preguntar, pero… sí. —Beth se frotó las manos frías—. Ah, ¿sabes dónde está?

—Me dijo que le pediste que hablara conmigo.

Mientras observaba a Z, Beth pensó en la primera vez que lo vio. Dios, era aterrador, y no solo por la cicatriz. Por aquel entonces tenía una mirada glacial, así como una energía letal que se clavaba en el fondo del pecho.

Pero ahora Z era como otro hermano para ella…, excepto cuando se trataba de Wrath. Para Z, Wrath siempre estaría por encima de todo.

Lo que podía aplicarse a todos los Hermanos. Y considerando lo que Wrath había hecho con el salón de billar, eso no era tan malo.

—Pensé que sería de ayuda. —Por Dios, qué disculpa tan tonta—. Lo que quiero decir es que…

—Ha ido a buscar a Tohr.

Beth cerró los ojos. Después de un momento, dijo:

—Yo no quiero nada de esto, ya lo sabes. Solo quiero que lo sepas.

—Te creo. Y yo tampoco os deseo nada de esto a vosotros.

—Tal vez logremos encontrar una salida. —Al girar hacia las escaleras, Beth sintió que la golpeaba una ola de cansancio tan pesada como una tonelada de ladrillos —. Escucha, si lo ves…, dile que subí a darme una ducha. Yo también he tenido un día largo.

—Vale.

Al pasar junto al Hermano, Beth se sorprendió cuando la mano de Z aterrizó en su hombro y le dio un apretón en señal de solidaridad.

Por Dios, hace un par de años nadie habría creído que ese guerrero podía ofrecerle a alguien algo distinto de un par de tiros en la cabeza. Y el hecho de que en este momento tuviera entre sus musculosos brazos a una bebé como las de los anuncios de Gerber, que observaba fijamente su cara marcada con absoluta adoración, también era increíble.

Como ver cerdos volando. O que el infierno se congelara. O ver a Miley Cyrus

totalmente vestida.

—Lo siento —dijo ella con voz ronca, sabiendo que la pega de que los miembros de la Hermandad tuvieran una relación tan cercana era que todos se preocupaban verdaderamente por los demás.

Los problemas de uno eran los problemas de todos.

—Le avisaré de que has llegado a casa sana y salva —dijo Z—. Ve a descansar. Se te ve exhausta.

Beth asintió y empezó a subir las escaleras, arrastrando el cuerpo escalón tras escalón. Al llegar al segundo piso, se quedó mirando el estudio a través de las puertas abiertas.

El trono y el enorme escritorio parecían erguirse allí como monstruos, mientras que los antiguos grabados constituían una representación tangible de las líneas de sucesión que le habían servido a la raza durante ¿cuánto tiempo? Beth no lo sabía, ni lo adivinaba.

Tantas parejas que habían sacrificado a sus primogénitos para que ocuparan una posición que, por lo que ella había visto, no solo era desagradecida, sino francamente peligrosa.

¿Podría ella poner a un hijo suyo ahí?, se preguntó Beth. ¿Podría sentenciar a alguien a quien ella había contribuido a crear a una posición en la que su marido no hacía más que sufrir?

Obedeciendo un impulso, Beth cruzó el umbral del estudio, atravesó la alfombra de Aubusson y se paró frente a dos de los símbolos de la monarquía. Se imaginó a Wrath allí, con todo el papeleo y el trabajo, como un tigre atrapado en un zoológico, al que alimentaban bien y cuidaban mucho…, pero que de todas formas estaba enjaulado.

Y luego recordó cómo era trabajar en el *Caldwell Courier Journal*, con Dick el Desgraciado como corrector de estilo y sus amigotes, esos que siempre estaban tratando de mirarle por debajo de la falda. Beth estaba loca por huir de allí y la transición y el encuentro con Wrath habían sido sus salvadores.

¿Cuál podría ser la salvación de Wrath?

¿Cómo podría escapar Wrath de aquello?

Aparte de abdicar, su única salvación… era que Xcor y la Pandilla de Bastardos lo mataran.

Genial. ¡Vaya futuro!

Y la solución de Beth era poner en riesgo su propia vida tratando de quedarse embarazada. Por eso no era raro que él se hubiera puesto furioso.

Mientras deslizaba los dedos por el complejo grabado del borde del escritorio, Beth descubrió que este representaba una vid. Y había fechas inscritas en las hojas…

Los reyes y reinas. Y sus hijos.

Un extenso linaje del cual Wrath era la última manifestación.

Wrath no iba a renunciar a eso. No había manera de que lo hiciera. Si se sentía

impotente ahora, renunciar al trono solo contribuiría a empujarlo más hacia el abismo. Ya había perdido a sus padres demasiado temprano, pero entregarle su legado a otro sería un golpe del que nunca podría recuperarse.

Ella todavía quería tener un hijo.

Pero cuanto más tiempo pasaba allí, más se preguntaba si valía la pena, considerando que para hacerlo tenía que sacrificar al hombre al que amaba. Y ese iba a ser el resultado. Además, si lograba quedarse embarazada y tener un bebé sano, y este era varón, iba a terminar allí.

Y si era una hija, quienquiera que se casara con ella tendría que asumir el poder, y luego su hija tendría el placer de ver al hombre que amaba soportando esa obscena presión.

En todo caso, una gran herencia.

—Joder —dijo Beth entre dientes.

Ella sabía que Wrath era el rey desde que se apareó con él, pero para ella, en ese momento, ya era demasiado tarde. Estaba demasiado enamorada e, independientemente de cuál fuera el trabajo de Wrath, guardia de seguridad o el jefe supremo del Estado, Beth ya estaba perdida.

En ese momento no había pensado en el futuro. Le bastaba con estar junto a él.

Pero, vamos, si hubiese tenido aunque fuera una mínima conciencia de las implicaciones…

No. Aun así se habría puesto el magnífico vestido rojo de Wellsie y habría presenciado, muerta de miedo, la ceremonia en que grabaron su nombre en la espalda de Wrath.

En la salud y en la enfermedad. A las duras y a las maduras, por usar términos humanos.

Con hijos… o sin ellos.

Cuando Beth giró por fin sobre sus talones, enderezó los hombros y salió del estudio con la cabeza en alto. Tenía la mirada transparente, el corazón en calma y las manos firmes.

La vida no era un bufé libre en el que pudieras llenar tu plato con lo que quisieras. No podías elegir tu entrada y los acompañamientos, y luego volver a buscar más cuando quizás te quedaban todavía tres o cuatro bocados de carne y se te había acabado el puré de patata. Y, demonios, cuando pensaba en el asunto con lógica, lograr obtener el Amor Verdadero, a la par con Vivir Felices para Siempre y Tener una Vida Sexual Plena ya era demasiado.

Había buenas razones para que ellos no tuvieran hijos. Y quizás eso podía cambiar en el futuro; tal vez Xcor y los Bastardos encontraran su tumba, y la glymera cambiara de opinión, y la Sociedad Restrictiva dejara de matar a los vampiros…

Como ver cerdos volando.

O que el infierno se congelara.

O que Miley se estuviera quietecita en una silla para hacerle un favor a la

sociedad.

Mientras avanzaba hacia la escalera privada que llevaba al tercer piso, Beth pensó que habría sido mejor llegar a esa conclusión antes de que Wrath hubiera ido a buscar a Tohr, pero esa era otra colisión que ella había detonado y que ya no podría deshacer.

Sin embargo, sí podía evitar que esto fuera más allá.

A pesar de lo mucho que le dolía, podía elegir otro camino y acabar con este sufrimiento de los dos.

Por Dios santo, ella no era la primera mujer en el planeta que no podía tener hijos, aunque los quisiera. Y tampoco sería la última. Y todas esas mujeres habían logrado seguir con su vida y pasar página…, y eso que ellas no tenían a su Wrath…

Él era más que suficiente para ella.

Y cada vez que pensara que no era así, se prometía ir a sentarse delante de ese escritorio… y ponerse en la piel de su hellren.

Ella no quería decepcionar a su propio padre y eso que no lo había conocido. Para Wrath, ser rey era la única manera de honrar al suyo. Y no querer someter a la nueva generación al trono era la única manera de proteger a los hijos que nunca tendría.

Los Rolling Stones tenían razón. No siempre consigues lo que quieres. Pero si tienes todo lo que necesitas…

La vida es buena.

CAPÍTULO 28



—Tu primo se va a aparear.

Ese fue el saludo que lo recibió cuando Saxton atravesó las puertas hacia el estudio de su padre.

Ya estamos otra vez, pensó entonces. Y la próxima vez que hablaran, sin duda su padre le contaría que ese primo tenía ahora un hijo varón perfectamente saludable, que crecería de manera *normal*. Saxton supuso que ese era su «regalo» de cumpleaños: un informe sobre algún pariente que seguía el camino correcto en la vida, con subtítulos acerca de cómo él, en cambio, era una vergüenza para su linaje y un gran desperdicio de ADN para su padre.

De hecho, aquellos felices informes sobre la familia habían comenzado poco después de que su padre se enterara de que Saxton era gay, y este recordaba cada una de esas declaraciones, como si fueran horribles figuritas que desfilaran por el escenario de su memoria. Pero lo que menos le había gustado era el informe que su padre le había dado hacía un par de meses sobre un macho gay que había salido con otro gay de la especie y que había terminado en un callejón, golpeado por un grupo de humanos.

Su padre no sabía que estaba hablando sobre su propio hijo.

La paliza había sido el remate de su primera cita con Blay, y Saxton casi se muere a causa de las lesiones. No tenía sentido ir a buscar ayuda médica, pues Havers, el único médico de la raza, era un tradicionalista a ultranza, que creía que a los homosexuales no había que atenderlos. E ir a ver a un médico humano tampoco era posible. Sí, había muchas clínicas en la ciudad que estaban abiertas las veinticuatro horas, pero Saxton había necesitado de toda su energía para llegar hasta su casa, y se sentía demasiado avergonzado para llamar a alguien a pedirle ayuda.

Pero luego había aparecido Blay…, y todo cambió entonces para ellos.

Al menos por un tiempo.

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó su padre.

—Me alegro por él. ¿De qué primo se trata?

—Del hijo de Enoch. Ya está arreglado. Las familias van a organizar un espectáculo hípico para celebrarlo.

—¿En su propiedad de aquí o en Carolina del Sur?

—Aquí. Ya es hora de que la raza vuelva a establecer las tradiciones en Caldwell. Sin la tradición no somos nada.

Léase: tú no eres nada, a menos de que sigas el programa.

Aunque, naturalmente, su padre envolvía sus directivas en términos mucho más académicos.

Saxton frunció el ceño cuando por fin miró a su padre. Sentado detrás de su escritorio, Tyhm parecía delgado, con su traje Ichabold Crane, cuya chaqueta le colgaba de los hombros huesudos como si fuera un manto funerario. En comparación con la última vez que lo había visto, parecía haber perdido peso y sus rasgos afilados sostenían la piel de la cara como si fueran los soportes de una tienda de campaña.

Saxton no se parecía a su padre en nada, pues la lotería genética había dispuesto para él todo lo contrario a aquel pelo negro, ojos negros, piel muy blanca y cuerpo esbelto. En cambio él y su madre eran idénticos tanto en constitución como en decoración: los dos eran rubios, de ojos grises y con un lozano color rosa en la piel.

Su padre solía resaltar lo mucho que Saxton se parecía a su mahmen y, al mirar retrospectivamente, Saxton ya no estaba seguro de que aquello fuera un elogio.

—Y ¿en qué estás trabajando ahora? —preguntó su padre, mientras tamborileaba los dedos sobre el escritorio.

Encima de la cabeza de su padre colgaba el retrato del padre de este, quien lo miraba con la misma desaprobación.

Al sentirse examinado por dos pares de ojos penetrantes, Saxton sintió la urgencia de responder a esa pregunta con la verdad: Saxton era, de hecho, el primer consejero del rey. E incluso en estos tiempos, cuando la monarquía estaba tan desprestigiada, el cargo seguía siendo muy impresionante.

En especial para alguien que reverenciaba tanto la ley como su padre.

Pero no, pensó Saxton. Por ahora se reservaría esa información.

—Sigo donde estaba —murmuró Saxton.

—Los fideicomisos y las propiedades son un campo bastante complejo. Me sorprendió que lo eligieras. ¿Quiénes son tus clientes más recientes?

—Sabes que no puedo divulgar esa información.

Su padre descartó ese comentario.

—Con seguridad no se trata de nadie que yo conozca.

—No. Probablemente no. —Saxton trató de sonreír—. ¿Y tú?

La actitud de su padre cambió de inmediato y el sutil desagrado de sus últimas palabras fue reemplazado por una máscara que tenía la capacidad reveladora de una baldosa.

—Siempre hay cosas que requieren mi atención.

—Desde luego.

Mientras padre e hijo siguieron hablando de esa manera, la conversación se mantuvo en un plano forzado e irrelevante, y Saxton se distraía por momentos toqueteando el iPhone que llevaba en el bolsillo. Tenía planeado marcharse y se preguntaba cuándo sería el momento más oportuno.

Este llegó minutos después.

El teléfono que estaba sobre el escritorio, el que había sido mandado hacer para que pareciera «antiguo», timbró con una campanilla electrónica que sonaba tan auténtica como podía sonar algo que no estaba hecho realmente de bronce.

—Me marcho —dijo Saxton y dio un paso atrás.

Su padre miró el teléfono, como si de repente hubiese olvidado cómo responder.

—Hasta luego, maric… —Saxton se contuvo. Desde que su orientación sexual había sido revelada, había un insulto peor que «cabrón», al menos cuando él lo usaba.

Al ver que su padre simplemente le hacía un gesto con la mano, Saxton sintió alivio. Por lo general, la peor parte de las visitas era la despedida. Siempre que estaba a punto de irse, su padre intentaba sin éxito hacerlo volver al buen camino y todo empezaba una vez más.

Saxton no le había contado nada a su familia y nunca había tenido la intención de que su padre se enterara de sus inclinaciones sexuales.

Pero alguien había hablado de más y Saxton estaba bastante seguro de la identidad de esa persona.

Así que, cada vez que salía de allí, revivía el día en que lo habían expulsado de esa misma casa, una semana después de la muerte de su madre. Lo habían echado sin permitirle sacar ninguna de sus pertenencias, sin dinero y sin tener un lugar donde refugiarse cuando amaneciera.

Luego se enteró de que todas sus cosas fueron quemadas en un rito celebrado en el bosque que estaba detrás de la mansión.

Otra manera de aprovechar el tamaño de la propiedad.

—Cierra la puerta al salir —le ordenó su padre.

A Saxton le alegró obedecer esa última orden y, cerrando la puerta con gran sigilo, no desperdició ni un instante lamentándose, sino que miró a izquierda y derecha y aguzó el oído.

Silencio.

Moviéndose rápidamente, regresó al salón de las damas y entró a la biblioteca, cerrando las puertas tras él. Luego sacó su móvil y empezó a tomar fotografías, mientras el corazón se le salía del pecho. No se molestó en arreglar el ángulo o seguir una secuencia; lo único que le importaba era enfocar bien, tener suficiente luz y no moverse…

El ruido de unas puertas que se abrían exactamente a sus espaldas lo hizo girar sobre sus talones.

Su padre parecía confundido, de pie en el umbral de las puertas que llevaban a su estudio.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. Solo estaba contemplando tus volúmenes. Son muy impresionantes.

Tyhm miró las puertas que Saxton había cerrado al entrar, como si se estuviera preguntando por qué estaban cerradas.

—No deberías estar aquí.

—Lo siento. —Saxton se guardó furtivamente el teléfono en el bolsillo, mientras giraba el torso hacia un lado, como para señalar los libros—. Es solo que… quería admirar tu colección. La mía no está encuadernada en cuero sino en tela.

—¿Tienes una colección de las Leyes Antiguas?

—Así es. La compré en una antigua propiedad.

Su padre dio un paso al frente y tocó las páginas del volumen que tenía más cerca. La forma tan afectuosa con que acarició las palabras, el papel, ese objeto tan íntimo… sugirió que quizás Saxton no era su mayor decepción en la vida.

Si la ley lo decepcionaba, el macho quedaría deshecho.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Saxton con voz suave—. He oído que dispararon al rey, y ahora… todo esto habla sobre el tema de la sucesión.

Al ver que no había respuesta alguna, Saxton empezó a pensar que tenía que salir rápidamente de allí: había una altísima posibilidad de que su padre formara parte de un complot con la Pandilla de Bastardos y sería una locura pensar que Tyhm iba a tener algún reparo en entregarle su hijo gay al enemigo.

O, en este caso, a sus aliados.

—Wrath no es un rey digno para la raza —dijo Tyhm sacudiendo la cabeza—. Nada bueno ha sucedido desde que su padre fue asesinado. Ese sí era un gobernante. Yo era joven cuando formaba parte de la corte, pero recuerdo a Wrath, y aunque su hijo no se preocupa por hacer las cosas de la forma apropiada… el padre sí era un rey estelar, un macho sabio, que poseía paciencia y majestad. Esta generación, en cambio, es un fracaso.

Saxton clavó los ojos en el suelo. Por alguna razón absurda, notó que sus zapatos estaban perfectamente brillantes. Todos sus zapatos vivían brillantes. Limpios y brillantes.

Saxton sintió que le costaba trabajo respirar.

—Pensé que la Hermandad estaba… encargándose de las cosas de manera eficiente. Después de los ataques, han matado a muchos asesinos…

—El hecho de que tengas que decir «después de los ataques» lo dice todo. Es vergonzoso. Wrath solo se preocupó por gobernar cuando se casó con esa mestiza. Solo en ese momento, cuando contaminó el trono con los genes bastardos de esa humana, se preocupó por ser rey. A su padre todo esto le parecería abominable: que esa humana lleve el anillo de su madre. Es una desgracia que no se puede… —Tyhm tuvo que aclararse la voz—. Sencillamente es intolerable.

Al entender lo que esto implicaba, Saxton sintió que se le caía el alma a los pies. Ay, Dios… ¿por qué no habían pensado ellos en eso?

Beth. La glymera iba a derrocar a Wrath por causa de Beth.

Su padre levantó el mentón y la nuez le sobresalió como si fuera un puño dentro de la garganta.

—Y hay que hacer algo. Cuando se toman malas decisiones…, alguien tiene que hacer algo.

Como cuando se es gay, pensó Saxton. Y luego se le ocurrió…

Era como si su padre estuviera tratando de hacer algo… solo porque no podía hacer nada con su propio fracaso en la descendencia.

—Wrath será retirado del trono —dijo Thym con renovada energía—. Y será reemplazado por alguien que no se haya alejado de los valores de la raza. Es la consecuencia apropiada para alguien que no hace las cosas como se deben hacer.

—Había oído que… —Saxton hizo una pausa—. Había oído que fue amor a primera vista. Entre Wrath y su reina. Que él se enamoró de ella cuando la ayudó en su transición.

—Los pervertidos suelen ocultar sus acciones bajo el ropaje de lo correcto. Es un intento deliberado por congraciarse con los demás. Pero eso no significa que se hayan portado bien, o que sus malas decisiones deban ser toleradas por las masas. Muy por el contrario, él ha avergonzado a la raza y merece todo lo que le espera.

—¿Tú me odias? —le preguntó de repente Saxton a su padre.

Su padre levantó los ojos de los libros que serían usados para allanar el camino hacia la abdicación. Y cuando sus miradas se cruzaron, Saxton volvió a sentirse como aquel chiquillo que solo quería que el único padre que le quedaba lo amara y lo valorara como se merecía.

—Sí —dijo su padre—, te odio.

‡ ‡ ‡

Sola se subió los vaqueros hasta las rodillas y esperó un momento. Luego se preparó y pasó la cinturilla por encima de la herida que tenía en el muslo.

—No está mal —murmuró, mientras seguía subiéndose los vaqueros hasta el trasero y se los abotonaba.

Le quedaban un poco sueltos, pero todo se arregló cuando se puso la camisa blanca de manga larga y el cómodo jersey negro que también le habían dado. Ah, y las Nike eran del número exacto. Incluso le gustaba la manera como combinaban el negro y el rojo.

Luego se dirigió al baño de la habitación y se revisó el pelo en el espejo. Lo tenía brillante y sedoso, gracias al buen baño que se había dado.

—Estás…

Al dar media vuelta, Sola encontró a Assail, que estaba junto a la cama. Sus ojos

ardían desde aquella distancia y su cuerpo parecía aún más grande.

—Me has asustado —dijo ella.

—Mis disculpas —dijo Assail y le hizo una inclinación de cabeza—. Llamé varias veces y, como no respondías, me preocupó que te hubieras caído.

—Es…, ah, muy amable por tu parte. —Sí, la palabra «dulce» definitivamente no le quedaba bien a Assail.

—¿Estás lista para volver a casa?

Sola cerró los ojos. Quería decir que sí y, por supuesto, necesitaba ver a su abuela. Pero también tenía miedo.

—¿Se nota algo? —preguntó Sola.

Assail se acercó lentamente, como si supiera que ella estaba al borde de una crisis. Luego levantó las manos y le arregló el pelo sobre los hombros. Después le tocó la cara.

—No. No notará nada.

—Gracias a Dios —dijo Sola soltando el aire de los pulmones—. Ella no puede enterarse. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

Luego Assail dio media vuelta y le ofreció su brazo a Sola, como si la estuviera acompañando a una fiesta.

Y Sola le aceptó el brazo, solo porque quería sentirlo contra ella. Sentir su calor. Estar cerca de su impresionante cuerpo y energía.

Por otra parte, la perspectiva de enfrentarse a la mirada de su abuela era un infierno distinto.

—No pienses en eso —dijo él, mientras la conducía por el largo pasillo—. Debes recordarlo. Si lo haces, ella lo verá en tu cara. Nada de eso ocurrió, Marisol. Nada.

Sola apenas se dio cuenta de que los guardias que los habían recibido cuando llegaron acababan de unirse a su retaguardia. Pero tenía tantas otras cosas por las cuales preocuparse que ese grupo de hombres era lo de menos ahora. Además, si ellos no les habían disparado al entrar, no tenía sentido que se molestaran en hacerlo al salir.

Uno de ellos se adelantó para abrirles la puerta de acero, el Range Rover seguía aparcado exactamente en el mismo lugar. Junto a ella, los dos primos de Assail esperaban con aire lúgubre, bajo la vigilancia de otros de esos tíos enormes e increíblemente amenazantes.

Assail le abrió la puerta trasera y le ofreció la mano. Le vino bien, pues al subirse al todoterreno la herida en la pierna la hizo llorar. Pero tan pronto como Assail cerró la puerta, Sola logró ponerse el cinturón sin ayuda y acomodarse bien.

Luego observó a través del vidrio polarizado del parabrisas cómo Assail se acercaba a cada uno de aquellos hombres y les estrechaba la mano. No se dijeron nada, al menos no que ella se diera cuenta, pero no parecía haber necesidad.

Todos se miraron fijamente a los ojos y con una sutil inclinación de cabeza se

expresaron respeto, como si todos tuvieran un acuerdo.

Y luego los primos de Assail se subieron en la parte de delante y Assail se subió atrás, junto a ella, y se fueron.

Sola recordaba solo vagamente todas las puertas y barricadas que habían atravesado para llegar hasta allí, pero se imaginaba que iban a tardar un buen rato en salir.

Al menos eso era lo que deseaba. Tenía la esperanza de que, si pasaba suficiente tiempo, su pequeña niña interior podría llegar a convencerse de que en realidad no había quebrantado dos veces los Diez Mandamientos, ni habían tratado de violarla, ni había tenido que desfigurar a alguien para escapar del infierno.

Desgraciadamente, llegaron a la Carretera del Norte en segundos y, un instante después, ya estaban avanzando hacia el sur, hacia el centro de Caldwell. O al menos eso fue lo que a ella le pareció.

Al acercarse a los puentes que los llevarían al otro lado del río, y a través de los bosques, hasta la fortaleza de Assail, ellos…

Genial. El cerebro de Sola ya no estaba funcionando lógicamente.

Restregándose los ojos cansados, tuvo que hacer un esfuerzo.

Pero nada sucedió.

—¿Sabes? Es posible que tengas razón —dijo ella en voz baja.

—¿Sobre qué? —preguntó Assail.

—Tal vez todo fuera solo un sueño. Un sueño terrible…

Cuando el Range Rover subió el puente que atravesaba el Hudson hacia el oeste, Marisol calculó que, tal como estaba fluyendo el tráfico, se encontrarían en casa de Assail en solo cinco o diez minutos.

Entonces se volvió y se quedó contemplando la ciudad que se alejaba, todas esas luces que parecían estrellas que hubieran caído a la Tierra.

—No sé si voy a ser capaz de verla —se oyó decir.

—No pasó nada.

Mientras miraba cómo el paisaje de la ciudad se hacía cada vez más pequeño, Sola se dijo que debía hacer lo mismo con todas las imágenes y olores y sensaciones que notaba tan cerca, demasiado cerca: el tiempo era como una autopista y su cuerpo y su cerebro viajaban sobre él. Así que necesitaba acelerar a fondo para alejarse lo más pronto posible de las últimas cuarenta y ocho horas.

Y de repente, ya estaban tomando la pequeña carretera que bajaba hasta la península de la que Assail era dueño. Cuando apareció en el panorama aquella casa de cristal, con esa iluminación dorada que la hacía resplandecer contra el paisaje como si fuera un tesoro, Sola sintió que el estómago le daba un vuelco.

Entraron por la parte de atrás y los faros del todoterreno iluminaron la parte posterior de la mansión. Y ahí estaba ella. En la ventana de la cocina, con la cabeza levantada y un trapo en la mano… La abuela de Sola estaba observando, esperando… y ahora corría a la puerta de atrás.

De repente, la mente de Sola se quedó en blanco, mientras trataba de abrir la puerta del todoterreno.

Pero Assail le agarró el brazo.

—No. No hasta que estemos en el garaje.

A diferencia del resto del viaje, Sola sintió que tardaron una eternidad en entrar al garaje, mientras aquella puerta reforzada bajaba lentamente como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Tan pronto como esta tocó el suelo, Sola se bajó del todoterreno y corrió a la puerta de la casa. Estaba cerrada y, en medio de la confusión de su cerebro, lo único que se le ocurrió fue agarrar el picaporte con más fuerza y tirar…

Alguien debió de abrirla con un mando a distancia, porque primero se oyó un *clunk* y luego se abrió de par en par.

Su abuela estaba en el centro de la cocina, con el trapo blanco contra la cara, y en el aire se sentía el olor de la comida casera.

Sola corrió entonces hacia los únicos brazos que siempre habían estado ahí para abrazarla.

Aunque no entendió muy bien lo que su abuela le dijo en portugués, por ambas partes hubo muchas expresiones de afecto. Hasta que su abuela se echó un poco hacia atrás y le agarró la cara con sus manos envejecidas.

—¿Por qué te sientes tan apenada? —preguntó la mujer, mientras le secaba las lágrimas con los pulgares—. No tienes por qué sentir pena. Nunca.

Sola sintió entonces que su abuela la abrazaba con más fuerza y la apretaba contra su pecho. Y, cerrando los ojos, se dejó ir y apagó su cerebro.

Esto era lo único que importaba. Que estaban juntas. Que estaban a salvo.

—Gracias, Dios —susurró Sola—. Gracias, querido Dios.

CAPÍTULO 29



Claro que era Selena.

Tan pronto como Trez oyó el golpe en la puerta, respiró profundamente… y, sí, su aroma la precedía, colándose por debajo de la puerta.

Trez sintió que su cuerpo se ponía rígido de inmediato y su polla se extendía sobre la parte baja del vientre y empezaba a hacer presión contra el peso del edredón.

Pídele que se vaya, dijo una parte de él. Si te queda un gramo de decencia, dile que se vaya…

Pero ese no era el mejor argumento. Después de todo, en ese mismo momento estaba contemplando la idea de mandar a sus padres a la tumba. Así que, en realidad, no tenía mucho de *boy scout*…

De pronto Trez frenó en seco el curso de sus pensamientos. A estas alturas tenía tanta necesidad de alimentarse de la vena que ya no podía pensar con lógica. Aliméntate primero y después piensas.

Muy bien. De modo que se encontraba de regreso al «Por favor, Dios, que no sea Selena».

El problema era que ¿quién más iba a venir aquí a prestarle ese servicio? Las únicas Elegidas a las que había visto en la casa eran Selena y Layla, y esta última estaba fuera de servicio, por decirlo así. Y si no se alimentaba de la vena que estaban a punto de ofrecerle, la única opción que le quedaba era dirigirse al club y buscar al menos media docena de humanas…, lo cual sonaba tan apetitoso como beber aguas residuales.

También estaba el asunto de lo bajo de energía que se encontraba. La situación era tan grave que Trez no estaba seguro de que la sangre humana fuera suficiente esta vez. Por último, no creía que fuera capaz de ponerse de pie y meterse en un par de vaqueros. Entonces, ¿cómo demonios iba a llegar al Iron Mask para…?

Trez volvió a oír un golpecito en la puerta.

Entonces metió la mano por debajo del edredón y acomodó su erección de forma que se mantuviera tan plana como fuera posible…, pero el contacto con la polla lo hizo rechinar los dientes.

Tienes que hacerlo con ella, se dijo entonces. Una sola vez y nunca más.

—Selena… —Mierda, al salir de sus labios, el sonido de ese nombre lo hizo sentir como si todavía tuviera la mano sobre la polla.

Ah, espera, es que todavía tenía la mano sobre la polla.

Cuando ella abrió la puerta, Trez sacó rápidamente el brazo de debajo del edredón y bajó la vista con severidad, para ordenarle a su polla que se quedara quieta.

Querida Virgen María, Madre de Dios…, como decía aquel policía de Boston.

Selena estaba tan hermosa como siempre, con su túnica blanca y el pelo recogido en lo alto de la cabeza, pero Trez estaba tan hambriento que sintió que era una visión trascendental… que tuvo un efecto inmediato sobre sus caderas. Y entonces Trez notó cómo su pelvis empezaba a sacudirse, mientras su polla suplicaba por obtener algo de ella, cualquier cosa.

Esto no es una buena idea, pensó Trez.

Desde luego, Selena vaciló en el umbral, mientras miraba a su alrededor como si hubiese reconocido la energía que flotaba en el aire.

Era la última oportunidad de Trez para pedirle que se fuera.

Pero no la aprovechó.

—Cierra la puerta —le dijo él con una voz tan profunda que sonaba casi distorsionada.

—Estás sufriendo.

—Ciérrala.

Clic.

Solo había una lámpara encendida, la que estaba junto a la *chaise longue*, y aquella luz amarillenta parecía actuar como un amplificador de sonido, pues todo lo que sucedía dentro de la habitación empezó a resonar con más fuerza, mientras que el exterior se silenciaba.

Pero, claro, lo que producía ese efecto era, quizás, el color de los ojos de Selena.

Mientras se aproximaba, Selena se levantó la manga y dejó expuesta su pálida muñeca. En respuesta, Trez sintió que sus colmillos asomaban de inmediato y, mierda, la verdad es que él no quería lo que ella le estaba ofreciendo. Él quería alimentarse de la garganta…, la quería tener desnuda y debajo de su cuerpo, mientras sus caninos la penetraban en el cuello y su polla…

Trez gimió, echó la cabeza hacia atrás y agarró el edredón entre sus puños.

—No te preocupes —se apresuró a decir ella—. Toma, bebe de mí.

A pesar de todo el aire que llenaba la habitación, Trez sintió que sus pulmones carecían de oxígeno y empezó a respirar aceleradamente por la boca.

Y luego, cuando la mano de Selena le rozó el brazo, él volvió a gemir y trató de

apartarse. Trez apretó los dientes porque sabía que esto no estaba bien.

—Selena, no puedo…, no puedo hacerlo…

—Pero no entiendo.

—Debes marcharte… —Joder, apenas podía hablar—. Vete o voy a…

—Alimentarte —se apresuró a decir ella—. Necesitas alimentarte…

—Selena…

—Debes beber de mi vena…

—… lo mejor es que te vayas…

Estaban hablando sin oírse cuando ella se hizo cargo de la situación. Al principio Trez pensó que su cerebro le estaba gastando una broma, pero no, se sentía en el aire el olor a sangre fresca. La sangre de ella.

Selena acababa de morderse la muñeca.

Gran error.

Con un rugido, Trez se abalanzó sobre ella, y no precisamente sobre su muñeca. Las manos de Trez se soltaron de las sábanas y la agarraron de los hombros hasta dejarla acostada sobre el colchón.

Un segundo después, Trez se montó sobre ella y el edredón se arremolinó entre ellos mientras él le apretaba las muñecas contra las almohadas a la altura de la cabeza.

Cuando vio el miedo en sus ojos, Trez se paró en seco. Pero aun así no pudo quitarse de encima.

Lo suyo no eran jadeos, su respiración resonaba como la de un tren de mercancías, mientras su cuerpo se endurecía y sus músculos empezaban a vibrar.

—Mierda… —gimió, al tiempo que bajaba la cabeza.

Quítate de encima, le ordenó Trez a su cuerpo. Quítate de…

Trez tardó un momento en darse cuenta de la ondulación que sentía debajo de su cuerpo. Y luego vio que era ella. Selena estaba… restregándose contra él y no precisamente porque quisiera liberarse. Sus ojos, que hace un instante parecían asustados, lo miraban ahora con deseo, mientras abría los labios y arqueaba el cuerpo contra él.

Selena lo deseaba. Joder, el olor de su deseo llegaba hasta la nariz de Trez y él podía sentir cómo la sangre de ella corría por sus venas con el mismo ardor que él experimentaba.

—Selena —rugió él—. Lo siento…

—¿Por qué? —preguntó ella con voz ronca.

—Por esto.

Trez la mordió entonces en la garganta y hundió los colmillos hasta el fondo, mientras la sangre de ella corría hacia su boca y bajaba a borbotones por la garganta. Y mientras él se alimentaba de ella, su cuerpo bombeaba contra el edredón arrugado, tratando desesperadamente de llegar hasta la vagina de Selena a través de las capas de sábanas y mantas. Con la polla palpitando desesperadamente, aquella fricción

empeoraba todavía más las cosas.

Mientras bebía vorazmente, un gruñido brotó del pecho de Trez, llenando el aire con el sonido de un animal que obtenía lo que necesitaba; o, al menos, parte de lo que necesitaba. Y en cierta forma, tal vez fue bueno que estuviera tan necesitado de sangre. Porque de otra manera el deseo sexual habría predominado sobre la necesidad de alimentarse.

Mientras solo se alimentara, podrían volver al estado inicial.

Pero si iban más lejos…

Mía, anunció una voz desde lo más profundo de Trez.

Mía.

‡ ‡ ‡

Selena había pensado que estaba preparada para aquello. Creía que estaba lista para subir a la habitación de Trez, encontrarlo en la cama y darle de beber de su muñeca. Se había imaginado que estaba lista para cumplir con su deber y mantener en secreto lo mucho que lo deseaba.

Pero, en lugar de eso, todos sus planes volaron por los aires. Gracias al poder desatado de Trez, a la forma como él la mordió en el cuello…, a la desesperación sexual con la que ella lo necesitaba. Y había más. Aplastada bajo el enorme peso de Trez, al sentir cómo las caderas de él se sacudían sobre ella, y saber que él estaba bebiendo de su vena, Selena se olvidó, al menos por un momento, del pánico que había sentido al ver aquellas estatuas del cementerio. ¿Cómo podía temerles ahora? No en aquel momento en que su cuerpo, sus brazos y sus piernas, y su sexo, ardían por recibir a Trez.

En ese momento Selena abrió los ojos y miró hacia el techo, por encima de los hombros morenos de Trez.

—Tómame —le dijo jadeando—. Hazme tuya…

En respuesta, Trez deslizó los dedos sobre las palmas de las manos de ella y los entrelazó para que le sirvieran de apoyo, mientras seguía bebiendo de su vena y le raspaba la piel con la mejilla sin afeitar. Selena tuvo el instinto de abrir las piernas y, tan pronto como lo hizo, él arreció la presión sobre aquel núcleo palpitante de ella, empujando, frotándose, pero todo resultaba demasiado difuso y Selena quería sentir más.

Quería que los dos estuvieran desnudos mientras él hacía eso.

Sin embargo, no hubo ningún cambio. Trez la tenía atrapada y la frustración que ella sentía amplificaba el deseo, un deseo cuya negación intensificaba las sensaciones. Selena decidió entonces tratar de empujarlo, pero su fuerza no podía compararse con la de él.

—Más —gimió entonces ella, mientras arqueaba la espalda, sus senos se erguían dolorosamente y su corazón galopaba contra las costillas.

Cada vez que Trez succionaba la vena de su garganta, Selena se sentía más cerca de una especie de precipicio por el que se moría de ganas de caer. Aunque no sabía a dónde podría llevarla aquello, Selena sentía que ya no podía elevarse sin estallar en mil pedazos.

Pero estaba equivocada…

Hasta que él se detuvo.

Mientras maldecía, Trez pareció obligarse a retroceder, pero aun así no se alejó mucho de la garganta de Selena. Con los colmillos todavía largos, dejó caer la cabeza durante un largo rato. Hasta que empezó a lamer los pinchazos de la mordedura para cerrarlos.

No, esto no se podía terminar así, pensó ella con frenesí. No se podía…

—Lo siento —dijo Trez con voz gutural.

—Por favor…, por favor —dijo ella con voz ronca—. No te detengas…

Esto hizo que Trez levantara la cabeza y, querida Virgen Escribana, aquel macho era magnífico. Con los labios entreabiertos, aquellos ojos negros destellando y un rubor en las mejillas, parecía al mismo tiempo satisfecho y aun así hambriento, un macho que solo se había alimentado parcialmente.

Y Selena sabía muy bien qué parte de la alimentación le faltaba.

Sin embargo, cuando trató de acariciarlo, sus manos se encontraron con unos grilletes.

—Tómame —le rogó ella—. Ahí abajo…, te necesito ahí…

—Por Dios —vociferó Trez al tiempo que se quitaba de encima de ella de un salto.

Al ponerse de pie pareció perder por un segundo el equilibrio, pero luego se dirigió al baño y cerró la puerta de un golpe.

Selena sintió el frío que le mordía la piel. Y no solo por el hecho de que Trez ya no estuviera sobre ella. Era la vergüenza. El bochorno.

¿Cómo podía haber malinterpretado las señales?

Selena tuvo que hacer un par de intentos antes de lograr sentarse, y cuando por fin lo logró, se alisó el pelo y se cerró las solapas de su manto. Luego se giró hacia atrás y contempló el lugar donde se hallaba recostada hacía solo un momento. Había una inmensa mancha roja sobre las sábanas.

Su muñeca seguía sangrando por los pinchazos que ella misma se había hecho.

Mientras se ocupaba de cerrarlos con la lengua, Selena bajó las piernas de la cama. Se sentía demasiado débil para levantarse, pero no tenía otra opción.

Entonces se dirigió a la puerta del baño y puso una mano sobre los paneles de madera. Podía sentir a Trez al otro lado de la puerta, respirando con dificultad.

Cuando abrió la boca con la intención de disculparse por su temeridad, antes de marcharse, Selena respiró profundamente…

Y sintió, con más fuerza que nunca, el olor del deseo sexual de Trez. Selena frunció entonces el ceño. Él todavía la deseaba. Entonces, ¿por qué…?

Al menos podía sentirse menos mortificada.

—¿Trez?

—Lo siento.

Selena intentó girar el picaporte y vio que la puerta no estaba cerrada con llave, pero cuando empezó a abrirla, Trez gritó de inmediato:

—¡No! No lo hagas…

Al sentir todavía con más intensidad el olor de la excitación de Trez, Selena se decidió a asomarse. Trez estaba al fondo del baño, con las manos apoyadas contra el lavabo y la cabeza agachada. Todo su cuerpo expresaba con claridad la tortura que padecía.

Y su erección era… tan increíble como el resto de él.

—¡Cierra la maldita puerta! —gritó Trez.

Solo que Selena no estaba dispuesta a escucharlo. No después de la visita al cementerio del Santuario que acababa de hacer. No después de que las estatuas del cementerio le recordaran exactamente lo que la esperaba: su cuerpo estaba empezando a morirse, y ella sabía muy bien que después de que las articulaciones empezaban a rechinar, el tiempo se volvía precioso.

Esta podía ser su única oportunidad de estar con un macho y eso era lo que ella deseaba. De hecho, pensó Selena, aunque no notara en el cogote el aliento del paso del tiempo, de todas formas habría deseado a Trez.

Y él la deseaba a ella. Eso era evidente.

Por todas esas razones, Selena empujó la puerta hasta abrirla por completo.

—Joder —farfulló él. Y luego, con más claridad—: Selena, por favor.

—Esto es lo que yo… quiero.

Trez negó con la cabeza.

—No es cierto.

—Te deseo… a ti.

—No, no puedes… Por Dios Santo, Selena, ya te he hecho bastante daño.

—No, no lo has hecho.

Trez la miró por encima de los músculos de su brazo. Sus ojos brillaban con un color verde claro.

—No me presiones. No te va a gustar lo que puede pasar.

—Entonces, ¿vas a hacer que te suplique?

El cuerpo de Trez se estremeció de arriba abajo, como si ella acabara de succionarle toda la energía en lugar de alimentarlo para darle más.

—No nos hagas esto, Selena. No hoy.

Ella frunció el ceño.

—¿Hoy?

Trez agarró una toalla y se la envolvió alrededor de las caderas.

—Solo vete. Me siento muy… agradecido porque me hayas dado lo que necesitaba. Pero esto es algo que no puedo hacer ahora.

Trez permaneció inmóvil, dándole la espalda y mirando hacia la pared.

Selena se cerró las solapas de su manto.

—¿Qué es lo que te aflige…?

—Por amor de Dios, ya estoy jodiendo a mis padres, ¿no? No me hagas agregarte a la lista.

—¿De qué estás hablando?

Al ver que Trez no respondía, ella se le acercó, sin que sus escarpines de seda hicieran el menor ruido. Cuando lo tocó en el hombro, Trez dio un brinco.

—Trez…

Trez giró sobre sus talones, al tiempo que retrocedía y se estrellaba contra la pared.

—Por favor…

—Háblame.

Trez la miró frenéticamente, primero a la cara, y después bajó la vista hacia sus hombros y su cuerpo.

—En este momento no quiero hablar. Yo quiero…

—¿Qué? —susurró ella.

—Tú sabes qué quiero…, maldición… Te deseo a ti. Así que lo mejor será que te vayas ya.

Los dos se quedaron mirándose durante un largo rato y luego Selena decidió tomar el control.

Agarró el cinturón que le ceñía la cintura y, aunque las manos le temblaban, deshizo el nudo de un tirón y lo dejó caer al suelo. Libre del cinturón, el manto y la túnica se abrieron, exponiendo el centro de su cuerpo, mientras las dos mitades quedaban sujetas por sus senos.

Con el sexo a la vista, Selena vio cómo Trez clavaba allí los ojos de inmediato.

Trez abrió entonces los labios y sus colmillos volvieron a descender. Y ahora fue ella la que se tambaleó sobre sus pies, al sentir cómo su sexo respondía al deseo de Trez y florecía entre sus piernas, enviando una llamada.

Una llamada que fue respondida por Trez, quien enseguida cayó de rodillas.

Selena no sabía bien qué esperaba, pero ciertamente se sorprendió con lo que él hizo después.

Levantando los brazos, Trez deslizó las manos por debajo de las dos mitades de la túnica y la agarró de la cintura. La primera impresión fue de tibieza, seguida de inmediato por una sensación eléctrica, una crepitación que él le transmitió a través de las palmas de sus manos.

Trez era tan alto que su cabeza quedaba justo debajo de los senos de Selena y lo único que a ella se le ocurrió fue hundir las manos en aquel pelo sedoso y rizado.

Pero Selena perdió la iniciativa al sentir cómo la boca de Trez rozaba su esternón. Y luego la parte alta de su vientre. Y luego el ombligo.

Trez se iba agachando a medida que bajaba por el cuerpo de ella y…

Selena gimió, y casi se cae, cuando Trez rozó con los labios la parte superior de su sexo desnudo. Solo logró mantenerse erguida gracias a que él la estaba sosteniendo de la cintura.

Fue una caricia suave y delicada. El roce de la cara y la nariz contra la pelvis y un beso en la parte exterior de su vagina.

Pero ella quería más.

Y justo cuando ella estaba tratando de encontrar las palabras, Trez la lamió suavemente, con una invasión tan delicada que Selena no se asustó. Y luego volvió a la carga.

A esas alturas Trez ronroneaba como un gato.

Sin poder sostenerse erguida durante más tiempo, Selena se echó hacia delante, apoyó las manos sobre los hombros de Trez y abrió más las piernas, mientras su impaciencia crecía por el esfuerzo que tenía que hacer para mantenerse de pie. Selena quería concentrarse totalmente en Trez y lo que él le estaba haciendo y le molestaba tener que preocuparse por mantener el equilibrio y la coordinación…

Pero Trez resolvió el problema levantándola del suelo y acostándola sobre la alfombra, delante de la bañera con patas en forma de garra.

Entregándose a la sensación, Selena levantó los brazos por encima de la cabeza y arqueó la espalda, mientras sus senos se erguían y terminaban de separar las dos mitades de la túnica.

—Joder… —dijo él entre dientes, mientras sus ojos recorrían el cuerpo de Selena desde la punta de la cabeza, pasando por los pezones duros… y el vientre plano, hasta su sexo y sus piernas.

Contra la palidez de la piel de ella, el tono oscuro de la de Trez formaba un contraste a medida que su mano se deslizaba perezosamente desde la clavícula hasta uno de sus senos. Al sentir cómo él acariciaba sus pechos, Selena gimió y se sacudió, mientras sus rodillas se doblaban y se abrían.

Entonces se abrió también la toalla que Trez se había puesto encima, exponiendo a la vista su belleza lampiña y su formidable sexo.

—Tómame —le ordenó ella—. Enséñame.

CAPÍTULO 30



Las lágrimas de su hermano olían a lo que huele la lluvia en una tarde de verano sobre el asfalto caliente.

Mientras Wrath regresaba del centro de entrenamiento, cada palabra que él y Tohr habían compartido junto a la piscina, cada sílaba y los silencios entre ellas resonaban en su cabeza como dolores después de un combate. Wrath sentía en los huesos y en la médula el impacto de la conversación que acaba de tener.

Y un comentario volvía a su cabeza una y otra vez.

Cuando no tienen hijos, se sienten tan vacías como nosotros sin ellas.

Probablemente ese fue el único comentario que logró atravesar la barrera formada por el miedo: para Wrath, despertar sin tener a Beth al lado había sido la peor revelación. Y si así era como ella se sentía por no tener un hijo, entonces a los dos les esperaba un futuro lleno de camas frías.

Wrath llevaba una vida que odiaba y se encontraba a un paso de volverse psicótico. Y, desde luego, eso no era lo que quería para Beth. Él sabía muy bien que, cuando eres esencialmente infeliz, estar con la persona que amas no es suficiente.

El problema era que el hecho de haber visto con claridad lo que ella estaba sintiendo no cambiaba en nada las cosas que le preocupaban. Solo hacía que él sintiera de forma más visceral la incompatibilidad que existía entre ellos.

George estornudó.

Wrath se cambió el arnés de mano y se inclinó para acariciar al perro.

—Este túnel siempre te produce alergia.

Dios, ¿qué diablos iba a hacer si ella entraba en su periodo de fertilidad? Aunque quizás él estaba equivocado y eso los salvaría. Pero ¿durante cuánto tiempo? El periodo de fertilidad llegaría tarde o temprano.

Cuando George le indicó que era hora de detenerse y subir los escalones, Wrath tecleó el código, abrió la puerta y, un momento después, se encontraron en el

vestíbulo, rodeando la base de la magnífica escalera de la mansión. Ya habían servido la Primera Comida y la Hermandad se encontraba reunida en el comedor, conversando. Wrath se detuvo un momento para escuchar las voces y recordó la noche en que Beth había entrado en la transición. Beth acababa de subir del sótano de la casa de Darius y Wrath sorprendió a todos sus Hermanos cuando la tomó en sus brazos delante de todos ellos.

Era lógico. En aquella época ellos nunca lo habían visto comportarse de esa manera cuando estaba cerca de una hembra.

Y cuando Wrath regresó de la cocina con el beicon y el chocolate que ella necesitaba para satisfacer los antojos posteriores a la transición, encontró que toda la Hermandad estaba de rodillas ante ella, con la cabeza inclinada y las dagas clavadas en la madera del suelo.

La estaban honrando como su futura reina, aunque no la conocieran.

—¿Excelencia?

Wrath miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—¿Qué sucede, consejero?

Al sentir que Saxton se acercaba, Wrath percibió que su aroma no anunciaba nada bueno.

—Debo hablar con vos, Excelencia.

Tras sus gafas de sol, Wrath cerró los ojos.

—Ya veo —masculló—. Pero tengo que ir a buscar a Beth.

—Es urgente, Majestad. Acabo de llegar de…

—Espera, no te ofendas, pero he dejado de lado a mi shellan durante los últimos…, mierda, no sé hace cuánto tiempo, y esta noche ella es la prioridad. Cuando termine de hablar con ella, si hay tiempo, te buscaré —dijo Wrath y bajó la cabeza para dirigirse al perro—: George, llévame a donde esté Beth.

—Pero Excelencia…

—Tan pronto como pueda te buscaré. Pero ni un segundo antes.

Con rápida eficiencia, Wrath y su perro subieron la gran escalera y se dirigieron a la puerta que llevaba a la tercera planta…

De repente, Wrath sintió una sacudida que lo hizo tambalearse tanto que tuvo que agarrarse de la pared.

Sin embargo, la sensación pasó de inmediato y Wrath siguió caminando.

Mirando a ambos lados, como cuando todavía podía ver, Wrath no sintió nada a su alrededor. Nadie lo había empujado, ni sentía ráfagas de viento que vinieran desde la sala y hacia el pasillo. En el suelo tampoco parecía haber nada que lo hubiese hecho tropezar.

Extraño.

No obstante, en ese momento en lo único que podía pensar era en estar con su Beth, y sus sentidos le decían que ella se encontraba arriba, en sus habitaciones privadas.

Esperándolo.

Cuando comenzó a subir el último tramo de escaleras, Wrath pensó en sus padres. Según le habían contado, a ellos les hacía mucha ilusión tener un hijo. En eso estaban completamente de acuerdo y por eso habían rezado mucho por él, y habían luchado por él, hasta que el destino, o la suerte, intervino en su nacimiento.

Wrath deseaba poder encontrarse en esa misma situación con su Beth. De verdad le gustaría.

‡ ‡ ‡

Cuando Anha oyó que la llamaban por su nombre desde muy lejos, sintió como si se estuviera ahogando.

Sumergida en el fondo de su inconsciente, sabía que la estaban llamando y quería responder a dicha llamada. Quien le hablaba era su compañero, su amado, su hellren. Sin embargo, ella no podía alcanzarlo y sentía como si su voluntad se hallara sometida a un gran peso que se negaba a soltarla.

No, no era un peso. No. Era algo que se había metido dentro de su cuerpo, algo extraño a su naturaleza.

Quizás fuera su hijo, pensó entonces con horror.

Pero no debía ser así. Se suponía que el bebé que había concebido y que llevaba en su vientre sería una bendición, un golpe de suerte, un regalo de la Virgen Escribana para garantizar la sucesión real.

Sin embargo, después del periodo de fertilidad había empezado a sentirse enferma. Había escondido los síntomas y la preocupación, porque quería proteger a su amado de todo aquello, pero al final había perdido la batalla y se había desplomado cuando estaba a su lado, en el festival…

Lo último que había oído con claridad era que él la llamaba por su nombre.

Anha tragó entonces saliva y reconoció el sabor conocido del vino espeso de la sangre de su amado, pero después echó de menos la energía que generalmente experimentaba cuando se alimentaba de la vena.

Evidentemente, la enfermedad se estaba apoderando de ella paso a paso y ya empezaba a privarla de sus facultades.

Anha estaba segura de que iba a morir.

Quería despedirse de Wrath. Si no podía revertir el proceso de la muerte, al menos quería despedirse de su amado antes de emprender el viaje hacia el Ocaso.

Así que trató de convocar sus últimas fuerzas para intentar zafarse de la cuerda que tiraba de ella hacia la muerte, suplicando por la energía que necesitaba para verlo una última vez.

En respuesta, sus párpados se levantaron lenta y solo parcialmente, pero sí, Anha vio a su amado, con la cabeza inclinada junto a su lecho de enferma.

Wrath estaba llorando.

Anha le ordenó entonces a su mano que se moviera, a la boca que se abriera para hablar y a la cabeza que se girara hacia él.

Pero nada sucedió.

Lo único que resultó de aquel esfuerzo fue una lágrima solitaria que rodó por su mejilla helada.

Y luego sus párpados volvieron a cerrarse y ese fue su adiós, pues las fuerzas la abandonaban rápidamente.

Anha vio entonces una niebla blanca que surgía de los rincones del campo negro que ocupaba su visión y reemplazaba la oscuridad que la rodeaba. En medio de aquella extraña iluminación, llegó hasta ella una puerta que parecía brotar de la nube.

Sin necesidad de que se lo dijeran, Anha sabía que si abría esa puerta, si agarraba el picaporte dorado y abría aquel portal, entraría al Ocaso y luego no habría marcha atrás. También era consciente de que, si no actuaba dentro del tiempo apropiado, perdería la oportunidad de entrar al Ocaso y se quedaría para siempre en el Limbo.

Pero Anha no se quería ir.

Le asustaba lo que pudiera pasar con Wrath al no estar ella. Había tan poca gente de fiar en la corte y en cambio tantos peligros.

El legado que Wrath había heredado de su padre estaba corrompido, aunque no pareciera así al principio.

—Wrath —dijo, entonces, a la niebla—. Ay, Wrath…

El tono lastimero de su voz resonó a su alrededor, rebotando contra sus propios oídos y aquella blancura infinita.

Anha tenía la esperanza de que la Virgen Escribana apareciera de pronto en todo su esplendor y se compadeciera de ella.

—Wrath…

¿Cómo podía marcharse de la Tierra cuando dejaba tanto atrás?

De repente, Anha vio que la puerta que tenía frente a ella parecía retroceder, pero no estaba segura de si eso sería producto de su imaginación.

Pero no, sí estaba retrocediendo. Lenta, pero inexorablemente.

—¡Wrath! —gritó, entonces—. ¡Wrath, no quiero irme! Wraaaaaaaath…

—¿Sí?

Anha lanzó un grito al tiempo que giraba sobre sus talones. Al principio no entendió qué era lo que tenía frente a sus ojos: era un chiquillo de tal vez siete u ocho años, de pelo negro, ojos pálidos y un cuerpo tan raquítico que su primer impulso fue darle de comer.

—¿Quién eres tú? —le preguntó. Aunque en realidad ella lo sabía.

—Tú me llamaste.

Anha se puso la mano sobre el vientre.

—¿Wrath…?

—Sí, mahmen —dijo el chiquillo y clavó los ojos en la puerta con una mirada que parecía la de un anciano—. ¿Acaso quieres marcharte al Ocaso?

—No tengo alternativa.

—Eso no es cierto.

—Me estoy muriendo.

—Pero no tienes que hacerlo.

—Sí, estoy perdiendo la batalla.

—Bebe. Bebe lo que tienes en la boca.

—No puedo. No puedo tragar.

La cadencia de sus palabras se volvía cada vez más rápida, como si él supiera que se les agotaba el tiempo…

Esos ojos, pensó Anha, eran de un verde tan pálido… y había algo extraño en ellos. Tenía las pupilas muy pequeñas.

—No puedo beber —repitió ella. Querida Virgen Escribana, se sentía muy confundida.

—Sígueme y ahí podrás beber.

—¿Cómo?

El chiquillo le extendió una mano.

—Ven conmigo. Te llevaré de regreso a casa, y luego podrás beber.

Anha miró la puerta y vio cómo esta se sacudía y la impulsaba a tomar el picaporte para completar el ciclo que se había iniciado tan pronto como se había desmayado en las festividades.

Pero lo que ella sentía hacia su hijo era más fuerte que aquel impulso.

Entonces dio media vuelta y le dio la espalda a la puerta.

—¿Me llevarás de regreso con tu padre?

—Sí. Te llevaré de regreso con él y conmigo.

Entonces Anha comenzó a caminar de la mano de su hijo, quien la escoltó más allá de la bruma blanca y lejos de la muerte que había venido a buscarla…

—¿Wrath? —susurró Anha cuando los rodeó la oscuridad.

—¿Sí?

—Gracias. No me quería ir.

—Lo sé, mahmen. Y algún día me pagarás de manera similar.

—¿De verdad?

—Sí, y entonces todo estará bien…

Anha no pudo oír el resto de lo que dijo el chiquillo, pues una súbita explosión la impulsó hacia fuera y luego un intenso viento la golpeó en la cara, echándole el pelo hacia atrás y dejándola sin aliento.

Anha no sabía dónde iba a terminar.

Lo único que podía hacer era rezar para que lo que había ido a buscarla fuera en realidad su hijo…, y no un demonio que la había llevado a otro lugar. Porque lo único peor que no regresar sería que la privaran de vivir la eternidad con aquellos a

los que amaba…

—¡Wrath! —gritó entonces en medio de aquella vorágine—. ¡Wraaaaaaaath…!

CAPÍTULO 31



Trez sabía que nada de esto debería estar sucediendo.

Ni la manera en que había mordido a Selena en la garganta en lugar de alimentarse de su muñeca. Ni esa mierda en la cama. Y, desde luego, tampoco el hecho de que ella estuviera acostada sobre la alfombrilla del baño, con los senos a la vista, el sexo listo para él y ese olor que solo hablaba de excitación y deseo.

—Tómame —le dijo ella con la voz más *sexy* que él hubiese escuchado—. Enséñame…

Selena tenía los ojos fijos en él, pero, en cierta forma, Trez no entendía lo que estaba pasando. Ella lo había rechazado una vez, pero… ¿ahora lo deseaba?

A quién le importa. Pareció decir su erección mientras palpitaba. *A quién le importa. ¡Tómala! ¡Ella nos desea!*

Nos desea, como si él estuviera dividido en dos partes. Aunque, en realidad, aquello no era tan estúpido como sonaba, pues en este momento su polla estaba, en efecto, hablando por voluntad propia.

—Selena —dijo Trez con voz ronca—. ¿Estás segura? Si me acerco más, si veo algo más de ti… no voy a ser capaz de detenerme.

Demonios, apenas podía mantener el control.

Selena le acarició el antebrazo y dijo:

—Sí.

—Yo no debería estar haciendo esto —se oyó decir Trez.

¡Cállate y siéntate!

Genial, ahora estaba hablando como el padre del presentador Howard Stern.

—Selena, yo no… soy digno de esto.

—Yo te deseo. Y eso te vuelve digno.

Te dije que no fueras estúpido, idiota.

Sí, definitivamente su polla hablaba como Ben Stern.

Trez cerró los ojos y se tambaleó, mientras pensaba que el hecho de que Selena le estuviese ofreciendo esto precisamente esta noche parecía un cruel giro del destino.

—Por favor —dijo ella.

Oh, mierda. Como si pudiera decirle que no…

Cuando Trez volvió a abrir los ojos, no sabía cómo iba a hacer para salir de esto ileso y sin hacerle daño a ella. Era el peor momento posible para abrir esta caja de Pandora, pero él no la iba a rechazar. Trez tenía más problemas de los que ni siquiera era capaz de reconocerse a sí mismo, y aunque esto no supusiera más alivio que una pequeña tirita, en algo le ayudaría.

Aunque fuera solo por un momento.

Así que se esforzaría cuanto pudiera para que el sexo fuera bueno para ella.

Moviéndose sobre Selena, Trez apoyó los brazos a cada lado del cuerpo ondulante de ella y lentamente, de manera inexorable, acercó su boca hasta quedar a solo milímetros de la de ella.

—A partir de aquí ya no hay marcha atrás —gruñó.

En respuesta, Selena entrelazó los brazos por detrás del cuello de él y dijo:

—No me voy a arrepentir.

Parecía justo.

Para sellar el trato, Trez la besó, rozando apenas sus labios contra los de ella, hasta que Selena se abrió por su propia voluntad. La lengua de Trez ya había penetrado en el sexo de ella, pero solo un poco. Y, joder, vaya si había quedado impactado con ese contacto. Pero ahora no se iba a contener. Así que se tendió totalmente sobre ella, fundiendo su boca con la de Selena, mientras ladeaba la cabeza para hundirse mejor en sus labios.

Era la dicotomía más extraña. Trez estaba más que dispuesto a poseerla, estaba preparado para abrirle las piernas y penetrar en aquel lugar ardiente y húmedo que lo esperaba entre las piernas de Selena… y, sí, deseaba marcarla por dentro con su simiente, dejarle su olor por dentro y por fuera, para que ningún otro macho se atreviera a tocarla o siquiera mirarla.

Sin embargo, sentía como si tuviera todo el tiempo del mundo para besarla.

Aunque, claro, ella era tan dulce como el vino helado; tan suave como un *bourbon* doble y tan fuerte como el oporto, todo al mismo tiempo. Y Trez se embriagó de ella incluso antes de levantar la cabeza para respirar.

Pero no, él no se iba a quedar allí para siempre. Había otro lugar al cual quería regresar.

Y mientras bajaba por el cuerpo de ella, besándola desde el cuello, Trez se lamentó al ver los pinchazos que le había dejado en la garganta, los cuales acarició con sus labios una y dos veces.

—Lo siento —dijo con voz ronca.

—¿Por qué?

Trez tuvo que volver a cerrar los ojos cuando la seductora voz de Selena penetró a través de la bruma de su deseo, aumentándolo todavía más. ¿Qué era lo que ella le había preguntado? Ah, sí.

—No he debido morderte de esa manera.

—Bueno, no me ha molestado en lo más mínimo.

Y vaya si eso no lo hizo empezar a ver doble.

—¿Vas a regresar al lugar donde estabas antes? —le preguntó ella.

Mierda, sí.

—Sí…, ahora mismo. Si quieres…

La forma en que Selena sacudió su cuerpo y el gemido que dejó escapar fueron la mejor respuesta a esa pregunta.

Mientras trataba de contener a su animal interno, Trez la besó varias veces en la clavícula y luego tuvo que echarse hacia atrás solo para contemplarla. Los senos de Selena eran la cosa más hermosa que había visto en la vida: ella tenía un cuerpo perfecto, con aquellos pezones que sobresalían de un par de montículos pálidos, la piel suavísima y aquella respiración que representaba un desafío a su autocontrol.

Nuevamente, Trez hizo gala de gran delicadeza, tal como había hecho con la boca.

Y sacando la lengua, la lamió formando un círculo alrededor del pezón, lo cual, a juzgar por la manera en que ella hundió las manos entre su pelo, pareció gustarle.

—Ah… —gimió Selena.

Trez sonrió antes de empezar a besarla con más fuerza. Y mientras le chupaba los senos, se acomodó de lado y bajó una mano hasta la cintura, la cadera, el muslo…, la entrepierna.

Selena le abrió el camino como si fuera agua, entregándosele generosa, mientras él penetraba cada vez más en su vagina. Trez estaba a punto de llegar al corazón del sexo de Selena, y ya sabía exactamente cómo quería acariciarla, cuando…

La imagen de una humana invadió el espacio comprendido entre sus orejas.

Al principio no entendió qué era lo que pasaba por su cabeza…, pero luego reconoció a la mujer. Era la misma que se había follado en la parte trasera de un coche hacía poco más de un año. Y la veía con total nitidez. Veía todo en alta definición, el pintalabios que le manchaba los dientes, los pegotes de rímel debajo de los ojos, la malograda cirugía de los senos, gracias a la cual uno de sus pezones había quedado mirando para otro lado.

Pero nada de esto era lo peor.

No, lo peor era la manera en que la cabeza de la mujer se movía hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo, cuando él estaba dentro de ella. Trez tenía la polla dentro del sexo de la mujer, y bombeaba cada vez más rápido para poder correrse y terminar con el asunto.

Su polla, la misma que estaba a punto de deslizarse dentro de Selena, había estado en una cloaca. Había penetrado en… cientos de humanas sucias y contaminadas, que

no practicaban sexo seguro ni se cuidaban de las enfermedades venéreas, y ni siquiera sabían si ya habían contraído sida por dejar que cabrones como él se metieran todo el tiempo entre sus bragas.

El hecho de que él no pudiera contraer esas enfermedades no importaba en absoluto.

Lo impuro siempre sería impuro.

Siseando, Trez se echó hacia atrás y cerró los ojos, mientras trataba de bloquear todo lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Trez?

—Lo siento, yo… —Trez sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en los senos de Selena…, pero sintió náuseas y asco de sí mismo—. Yo solo…

En ese momento pasó por su cabeza la imagen de otra humana. Esta vez fue la agente inmobiliaria a la que se había follado en el almacén que acababa de comprar. Trez vio las manos de ella abiertas contra la pared, mientras él se la follaba por detrás y veía los destellos de su anillo de casada.

—Lo siento —volvió a mascullar. Y luego volvió a sacudir la cabeza, como si los recuerdos fueran objetos que pudiera quitar de la mesa de su conciencia—. Yo…

En una sucesión rápida, Trez vio a la morena que le había hecho una mamada en la oficina. A la pelirroja a la que se había follado junto con una rubia en el baño del club. Al trío que había formado con aquellas chiquillas universitarias. A la gótica que se había tirado en el cementerio. A la camarera de Sal's, a la farmacéutica que se había follado cuando fue a comprar Motrin una tarde, a la camarera de aquel bar, a la mujer que había visto en el concesionario…

Una tras otra, las imágenes se convirtieron en una especie de balas que impactaban contra su cerebro.

Cuando se apartó de Selena, parecía al mismo tiempo extraño y totalmente apropiado que la única cosa en la que pudiera pensar era que las Sombras tenían razón.

El sexo con humanos lo había contaminado.

Y ahora estaba pagando el precio de haber consumido ese veneno.

‡ ‡ ‡

Sentado en la mesa de la cocina, Assail no podía dejar de mirar a sus primos. A pesar de ser unos asesinos a sueldo, traficantes de drogas y matones profesionales, no solo se habían lavado las manos antes de comer, sino que ahora permanecían recostados contra sus asientos, con cara de querer aflojarse los pantalones.

Cuando la abuela de Marisol se volvió a levantar de la mesa, Assail sacudió la cabeza.

—Pero, señora, usted también debería disfrutar esta comida en la que tanto se ha esforzado.

—La estoy disfrutando —contestó la mujer, mientras cortaba un poco más de pan en la encimera—. Estos chavales necesitan comer más. Están muy delgados, muy delgados.

A este paso, la abuela de Marisol iba a convertir a sus parientes en…, ¿cuál era la expresión?, ¡en un par de cerdos!

Y fíjate que, aunque estaban llenos, cada uno de los primos aceptó otra tajada de pan hecho en casa y luego las cubrieron de mantequilla dulce.

Increíble.

Assail se concentró luego en Marisol. Tenía la cabeza inclinada y jugueteaba con la comida, pinchándola con el tenedor. No había comido mucho, pero había abierto el frasco de píldoras que le había dado la doctora Jane y había sacado una de las cápsulas grises y naranjas que había dentro.

Assail no era el único que la observaba. Los ojos de águila de su abuela lo controlaban todo: cada movimiento del tenedor, cada sorbo que le daba al vaso de agua, lo poco que había comido.

Marisol, por otro lado, no miraba a nadie. Después de la emoción que le había producido la reunión con su abuela, se había cerrado como una ostra, mantenía la mirada fija en la comida y solo contestaba con monosílabos cuando se le preguntaba sobre los condimentos.

Se había retirado a un lugar donde Assail no quería verla.

—Marisol —dijo entonces Assail.

Ella levantó la cabeza.

—¿Sí?

—¿Quieres que te muestre tu habitación? —Tan pronto pronunció esas palabras, Assail miró a la abuela y agregó—: Si usted me lo permite, claro.

De acuerdo con las viejas tradiciones, la hembra mayor de la familia era la ghardian de Marisol, y aunque Assail rara vez manifestaba respeto por los humanos, sentía que era apropiado mostrar cierta consideración por esta mujer.

La abuela de Marisol asintió con la cabeza.

—Sí. Le he dejado allí sus cosas.

En efecto, junto al arco que llevaba al salón había una maleta con ruedas.

Cuando la abuela volvió a concentrarse en su comida, Assail creyó ver una ligera sonrisa en su boca.

—Estoy exhausta. —Marisol se levantó de la mesa y recogió su plato—. Siento que podría dormir eternamente.

No pensemos en eso, pensó Assail, al tiempo que también se ponía de pie.

Después de besar a su abuela en la mejilla y decirle algo en su idioma, Marisol se dirigió a donde estaba la maleta. Assail la siguió y, aunque deseaba rodearla con su brazo, no lo hizo. Lo que sí hizo fue encargarse de la maleta.

—Permíteme —dijo.

La facilidad con la que ella dejó que él llevara la maleta sugería que todavía le

dolía la pierna. Assail tomó entonces la delantera y la condujo hasta las escaleras. Había dos tramos: unas que subían a su habitación y otras que bajaban al sótano, donde había cinco habitaciones.

La abuela y los primos estaban alojados en el nivel inferior.

Mirando por encima del hombro, Assail vio que Marisol lo seguía muy seria, con los ojos bajos y una actitud de desgana en los hombros que indicaba una fatiga que iba más allá de lo físico.

—Me gustaría ofrecerte mi habitación —le dijo—. Para que tengas privacidad.

Assail no quería quedarse con ella. No mientras la abuela estuviera en la casa.

A pesar de que ahí era donde desearía estar.

—Gracias —murmuró ella.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Assail abrió la puerta con el pensamiento y aparecieron ante ellos unas resplandecientes escaleras de mármol blanco y negro.

Oh, mierda, pensó Assail.

—¡Detectores de movimiento! —dijo ella enseguida.

—Así es.

Mientras subían las escaleras, Assail trató de no fijarse en la manera en que Marisol movía el cuerpo. Le parecía una falta de respeto, en especial porque todavía estaba cojeando.

Pero, querida Virgen Escribana, ¡cuánto la deseaba!

La habitación de Assail ocupaba toda la planta superior y el espacio de forma octogonal proporcionaba una vista de trescientos sesenta grados sobre el río, a lo lejos, el centro de Caldwell, y al oeste, las planicies cubiertas de bosques. La cama era circular, con una cabecera que seguía la forma redonda del colchón, y la plataforma sobre la que estaba puesta se encontraba directamente en el centro de la habitación, debajo de un espejo de techo. Los «muebles» estaban todos empotrados: varias cajoneras de madera de nogal hacían las veces de mesitas auxiliares, cómodas y escritorio, pero ninguna interfería con las paredes de vidrio.

Assail oprimió un interruptor que estaba junto a la puerta para activar las cortinas, las cuales salieron de sus compartimentos ocultos y cubrieron por completo los cristales.

—Para que tengas privacidad —dijo Assail—. Y el baño está por aquí.

Assail encendió otro interruptor. En la habitación se combinaba el color almendra con el crema y esos tonos se repetían en el suelo de mármol, las paredes y las encimeras del baño. Curiosamente, Assail nunca había pensado en la decoración, pero ahora se alegraba de que su habitación tuviera una tonalidad tan serena. Marisol se merecía la paz que había logrado obtener con tanto esfuerzo.

Mientras recorría el baño, Marisol deslizaba los dedos por las vetas del mármol, como si tratara de encontrar un asidero.

Luego dio media vuelta y se quedó mirándolo.

—Y tú, ¿dónde vas a dormir?

Aunque Assail nunca vacilaba a la hora de manifestar su posición, antes de contestar se aclaró la voz.

—Abajo. En una de las habitaciones de huéspedes.

Marisol cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿No hay otra cama aquí arriba?

Assail levantó las cejas.

—Hay un sofá cama.

—Entonces, ¿te puedes quedar? Por favor.

Assail se sorprendió aclarándose de nuevo la voz.

—¿Estás segura de que eso es apropiado, considerando que tu abuela se encuentra aquí?

—Estoy tan nerviosa que si me quedo sola no seré capaz de dormir.

—En ese caso, me dará mucho gusto complacerte.

Solo tendría que asegurarse de no ir más allá…

—Bien, gracias. —En ese momento Marisol vio el *jacuzzi* que estaba debajo de la ventana—. Tiene una pinta espléndida.

—Permíteme. Voy a llenarlo para ti. —Assail se adelantó y abrió los grifos de bronce, por los cuales empezó a salir un agua transparente como el cristal y muy caliente—. Es muy profundo.

Aunque nunca lo había probado.

—También hay una *petite cuisine* —dijo Assail y abrió una puerta oculta, tras la cual apareció una nevera pequeña, un microondas y una cafetera—. Y en el armario superior hay cosas de comer, en caso de que tengas hambre.

En efecto, se había convertido en un subrayador de lo obvio.

Luego siguió un silencio incómodo.

Assail cerró el armario.

—Esperaré abajo, mientras te ocupas de…

En ese instante, sin que mediara preámbulo alguno, Marisol estalló en una crisis de llanto que la hacía sacudir los hombros, mientras se agarraba la cabeza con las manos y trataba de no hacer mucho ruido.

Assail no tenía experiencia en consolar hembras, pero se acercó a ella de inmediato.

—Querida, vamos —murmuró, al tiempo que la acercaba a su pecho.

—No puedo hacerlo. Esto no está funcionando… No soy capaz…

—No puedes hacer ¿qué? Háblame.

A pesar de que Marisol estaba hablando contra su pecho, Assail entendió la respuesta con claridad.

—No puedo fingir que no ha ocurrido nada —dijo y levantó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas—. Es lo único que veo cada vez que parpadeo.

—Sssshhhh… —Assail le metió un mechón de pelo detrás de la oreja—. Está bien.

—No, no está bien…

Mientras tomaba el rostro de Marisol en sus manos, Assail se sintió al mismo tiempo furioso e impotente.

—Marisol…

Sin decir nada, ella le agarró las muñecas y se las apretó. Y en los segundos de silencio que siguieron, Assail tuvo la sensación de que Marisol le estaba pidiendo algo.

Querido Dios, ella quería algo de él.

Podía notarlo en la quietud de su cuerpo, en la ferocidad de su mirada, en la forma en que se aferró a él.

Assail cerró los ojos por un instante. Tal vez estuviera malinterpretando esto, pero no le parecía que fuera así… Aunque, en cualquier caso, después de todo lo que había pasado, no se podía confiar en que Marisol estuviese en sus cabales.

Assail dio un paso atrás.

—La bañera está casi llena —dijo con voz ronca—. Voy a bajar a asegurarme de que tu abuela esté cómoda, ¿vale? Llámame si necesitas algo antes de que regrese.

Después de señalar un intercomunicador, Assail se apresuró a salir de la habitación y a cerrar la puerta tras él. Luego se dejó caer contra la puerta y sintió deseos de golpearse la cabeza contra ella varias veces, pero no quería alertar a Marisol sobre lo que estaba sintiendo.

Al pasar la mano por la parte frontal de sus pantalones, con la intención de reacomodar su erección de una manera que resultara socialmente aceptable, el contacto lo hizo soltar un gruñido y entonces se dio cuenta de que tenía que hacer algo con urgencia.

Assail bajó rápidamente al baño que estaba junto a la oficina de la primera planta y, después de encerrarse allí, se aferró a la encimera de mármol y bajó la cabeza.

Apenas habían pasado tres segundos cuando sintió cómo su cinturón se reventaba y la tela de sus pantalones cedía ante la presión de su polla, que, dura como piedra, palpitaba buscando liberación.

Mientras se mordía el labio inferior, Assail se agarró la polla y empezó a frotársela, lo cual le produjo un placer tan intenso que se confundía con el dolor.

El gemido que dejó escapar amenazó con delatarlo, pero no había nada que pudiera hacer. Se hallaba demasiado inmerso en sus propias sensaciones para detenerse o tratar de cambiar el curso de su reacción.

Mientras se frotaba cada vez más rápido, Assail sintió que morderse el labio ya no era suficiente, de modo que giró la cabeza para morderse el brazo y hundir sus colmillos en lo más profundo de sus bíceps, atravesando el jersey y la camisa.

El orgasmo lo golpeó con fuerza, como un cuchillo que penetrara en su cuerpo, y la eyaculación cayó sobre la mano que tenía libre, mientras trataba de cubrirse con la otra.

Pero incluso cuando estaba llegando al clímax, Assail se propuso honrar a su

Marisol y deliberadamente apartó la imagen de ella de su mente, pues estaba decidido a mantener esto en el plano puramente físico.

Cuando terminó, sin embargo, no se sintió aliviado.

Más bien se sintió sucio, incluso después de limpiarse.

CAPÍTULO 32



Beth encontró el kit con los medicamentos en la encimera del baño. Después de ver el estado en que habían quedado la mesa de billar y todo lo demás, había subido para darse una ducha. Y fue allí donde descubrió la bolsita de cuero, puesta entre su lavabo y el de Wrath.

Al principio pensó que se trataba de un estuche para alguno de los pares de gafas de sol de Wrath, pero le llamó la atención que fuera blando.

Y justo cuando estiró la mano para tomar la bolsita y ver de qué se trataba, sintió la primera oleada.

Una oleada de aire caliente y húmedo que recorrió todo su cuerpo, desde la nuca hasta las piernas; desde la cara y la garganta, pasando por el vientre y hasta los pies.

Como si ya hubiese abierto la llave del agua caliente.

Sin prestarle mucha atención a aquella sensación, Beth abrió la bolsa, pero no encontró ningún par de gafas de sol. En su lugar encontró un frasco de cristal que contenía un líquido transparente y tres jeringuillas, todo ceñido por un resorte, como si estuvieran en un coche y llevaran puesto el cinturón de seguridad. La etiqueta del frasco estaba girada y Beth tuvo que darle la vuelta para ver lo que decía.

Morfina.

Nunca había visto nada parecido entre las cosas de Wrath y no era difícil imaginarse que quizás su compañero había decidido hacerle una visita a la doctora Jane —o tal vez incluso a Havers— para estar listo en caso de que ella entrara en su…

Al sentir otra oleada de calor, Beth levantó la vista hacia el ventilador que tenía sobre la cabeza. Tal vez Fritz tendría que hacer revisar el sistema de calefacción de la casa…

Cuando sus rodillas se doblaron sin previo aviso, Beth apenas tuvo tiempo de agarrarse a la encimera, mientras el kit rodaba hacia el lavabo de Wrath y sus dos

perfumes de Chanel salían volando. Entonces trató de incorporarse, gruñendo como un animal herido, pero su cuerpo no quería atender a razones.

Estaba actuando por voluntad propia.

Un segundo después, un tremendo poder volcánico pareció estallar en su interior, privándola de la fuerza para mantenerse en pie. Cuando se dejó caer, Beth se puso en posición fetal, abrazando las rodillas contra el pecho, y era tal el calor que sentía que apenas sintió la frescura del suelo de mármol bajo el fuego de su piel. Fuego que se fue convirtiendo en un abrumador deseo sexual que requería una sola cosa en el mundo.

A su compañero.

Beth se acostó entonces de espaldas y luego se giró hasta quedar sobre el vientre. Con las manos apoyadas en el suelo, empezó a frotar las piernas una contra otra tratando de encontrar alivio, o al menos una manera de disminuir el dolor que parecía apoderarse lentamente de todo su cuerpo.

¿Cuántas horas duraría esto? Beth trató de recordar lo que había dicho Layla.

¿Veinticuatro? No, más…

Cuando sintió otra oleada y el sudor comenzó a brotar a chorros de sus poros, mientras los colmillos descendían del maxilar superior, Beth lanzó un grito.

Y esto era solo el principio, se dijo en el fondo de su mente. Las cosas iban a empeorar. A medida que fuera pasando el tiempo, sus hormonas la irían incapacitando lentamente hasta que solo pudiera respirar.

Y pensar que esto era lo que ella había buscado voluntariamente.

Qué locura.

El periodo de fertilidad era como sentir un par de puños atacando su cuerpo sin tregua hasta romperle los huesos. No, no, esto podía matarla. Y luego estaba la necesidad de practicar sexo. Ya ni siquiera se trataba de tener un hijo. Era un asunto de supervivencia.

Wrath.

Ay, Dios, él estaba por llegar. Cuando terminara de hablar con Tohr, seguramente subiría a buscarla y la iba a encontrar en el suelo… y luego ¿qué?

A pesar de la confusión que le producían las hormonas, Beth fue capaz de llegar a una conclusión. Cuando Wrath llegara, quedaría en una situación horrible: enfrentado a la disyuntiva de aparearse con ella y vivir con unas consecuencias que no quería afrontar, o verla sufrir.

Y eso último era algo que él nunca haría.

Beth apoyó entonces las palmas de las manos contra el suelo y trató de levantar el torso. Agarrándose a los cajones como si fueran una escalera, tuvo que hacer una pausa al llegar al nivel de la encimera, mientras sus ojos hacían un esfuerzo por enfocar y su cuerpo suplicaba por algo que sencillamente no podía recibir.

Antes de sucumbir por entero a las sensaciones del periodo de fertilidad, Beth decidió encargarse ella misma del asunto.

Como las manos le temblaban, necesitó hacer varios intentos para agarrar el kit. Cuando finalmente pudo ponerlo sobre el suelo, tuvo que hacer otra pausa, pero no se entretuvo mucho. Sentía cómo las oleadas se volvían cada vez más fuertes y seguidas.

Al tratar de sacar el frasquito de morfina con sus dedos temblorosos, este se zafó del resorte y salió rodando por el suelo.

Sin poder contener las lágrimas, Beth se estiró entonces para tratar de agarrarlo…

—Beth —dijo una voz—. Ay, por Dios… ¡Beth!

Una mano masculina pareció descender desde el cielo para agarrarla, y mientras su mente se esforzaba por entender lo que sucedía, su cuerpo hizo la conexión de inmediato.

Wrath.

Cuando vio las botas de su hellren, las hormonas de Beth estallaron, reaccionando ante la presencia de su compañero con una violencia inesperada. Como si estuviera en el Infierno, Beth sentía hervir su sangre, mientras su sexo imploraba algo que solo él podía darle.

Pero que nunca podría tener lugar.

—¡Vete! —gritó Beth con voz quebrada—. Inyéctame… o dame la…

Wrath se arrodilló junto a ella.

—Beth…

—¡Dame la morfina! Yo puedo hacerlo…

—No puedo dejar que lo hagas…

Clavando la mirada en Wrath, Beth se sintió sin fuerzas para pelear con él.

—¡Dame los malditos medicamentos! —volvió a gritar.

‡ ‡ ‡

El cuerpo de Wrath comenzó a responder a la llamada de las hormonas de su pareja desde que empezó a subir las escaleras hacia su habitación. De modo que cuando llegó al baño, Wrath ya sabía exactamente qué era lo que ocurría. Y también conocía la solución: todos sus instintos rugían para impulsarlo a aparearse con su hembra y aliviar el sufrimiento de ella de la única manera efectiva que existía.

Después de ponerse de rodillas, Wrath empezó a tantear el suelo para buscarla, orientándose mediante los sonidos de su voz y los movimientos de su cuerpo contra el suelo de mármol. Entretanto, Beth decía incoherencias y se retorcía de dolor, vencida por la agonía de la fertilidad.

—¡Dame los malditos medicamentos!

Wrath tardó un momento en entender qué era lo que ella le estaba pidiendo y luego se dio cuenta de que se encontraba ante un momento decisivo de su vida, que le presentaba solo dos opciones… El problema era que, para él, ninguna de las dos era buena.

—Wrath —rugió Beth—. Wrath… solo dame los medicamentos.

Wrath pensó entonces en el kit que había dejado sobre la encimera. Lo único que tenía que hacer era abrirlo, llenar la jeringuilla e inyectarle la morfina. Y luego cesaría el sufrimiento…

Aunque solo parcialmente, señaló una parte de él…

Ante el asalto de otra oleada de deseo, Beth volvió a gritar y sus extremidades se sacudieron contra Wrath, como si estuviera convulsionando.

Wrath no supo exactamente en qué momento tomó la decisión. Pero de repente desabrochó los botones de sus pantalones de cuero, olvidando por completo la medicación, después de haber elegido un camino.

—Espera un segundo, leelan —gruñó, mientras liberaba su erección—. Espera, ya estoy contigo…

Muy cierto.

Solo que cuando la agarró de las piernas para quitarle los vaqueros, tardó toda una eternidad, pues Beth no se quedaba quieta y forcejeaba con él, abriendo y cerrando las piernas mientras se retorcía en el suelo. Pero cuando por fin logró quitárselos, Wrath no perdió tiempo. La obligó a quedarse quieta agarrándola de las caderas y luego…

Beth gritó el nombre de Wrath cuando la penetró, al tiempo que le clavaba las uñas en los hombros y arqueaba la espalda contra su pecho. Wrath se corrió de inmediato, pero no estaba preparado para la respuesta de ella. Mientras Beth alcanzaba el orgasmo al mismo tiempo, su sexo pareció ordeñar a Wrath, aferrándose a su polla como si quisiera arrancársela…

Luego él volvió a correrse, con tanta violencia que se mordió su propia lengua.

Bombeando dentro de ella, Wrath se la folló con brutalidad hasta que su cuerpo necesitó una breve pausa para reponerse. Y ahí fue cuando sintió la diferencia del efecto que tenía sobre ella, pues Beth también pareció tomar un descanso, mientras su cuerpo se relajaba como si sus moléculas estuvieran respirando profundamente.

Pero antes de que pudiera felicitarse por la buena acción, Wrath sintió algo más. Una sensación de tristeza invadió el aire, haciendo que él bajara la cabeza como si realmente pudiera mirar a su pareja a los ojos.

—No llores —le dijo con voz ronca—. Leelan, no…

—¿Por qué estás haciendo esto? —gimió ella—. ¿Por qué?

Solo había una respuesta. Para ese momento… y para siempre:

—Porque te amo más que a cualquier cosa.

Más que a sí mismo. Y más que al hijo que pudieran tener en el futuro.

Beth le pasó una mano temblorosa por la cara.

—¿Estás seguro?

Wrath no contestó, sino que empezó a moverse de nuevo dentro de ella, entrando y saliendo de su sexo pegajoso. Ante lo cual Beth emitió un sonido que era parte ronroneo y parte rugido mientras sus hormonas volvían a estallar.

Por alguna razón Wrath pensó entonces en la visión de Vishous.

Te veo de pie en un campo blanco. Blanco, el blanco te rodea y estás hablando con la cara en los cielos.

El futuro está en tus manos.

Por Dios, Wrath sintió como si el Ocaso le estuviera respirando en la nuca, como si lo estuviera persiguiendo; y aunque eso era así para todos los seres vivos, él se sintió como un objetivo, como si la fecha de su muerte estuviera a la vuelta de la esquina.

Eso no significaba que Beth fuera a sobrevivirlo. Muy al contrario. La causa más probable de su propia muerte… sería la muerte de ella.

Entonces Wrath bajó la cabeza hacia el cuello de Beth y, apoyando los brazos por debajo del cuerpo de ella, se concentró en follársela. Aquello era como saltar al abismo, pero esa era la parte fácil, porque saltar en caída libre no costaba nada.

Lo difícil era el aterrizaje.

CAPÍTULO 33



Sola cerró los ojos mientras obligaba a su cuerpo a hundirse en la bañera. A medida que el nivel del agua subía y la cubría toda, excepto el cuello y la cabeza, la tibieza del líquido la hizo darse cuenta de lo fría que se encontraba ella, y no superficialmente, sino de forma interna.

Al contemplar su cuerpo en la penumbra, Sola se sintió divorciada de él. Y como no era ninguna idiota, sabía perfectamente a qué se debía esa sensación de separación: al hecho de dejar que un cabrón cualquiera le metiera mano para poder sobrevivir. El problema ahora era cómo recuperar la conexión con su cuerpo.

Sola conocía una solución garantizada.

Pero Assail la había dejado sola ahí arriba.

Joder, a Sola le estaba costando trabajo seguir el consejo de Assail. Intentar ignorar aquellas horas, aquel miedo, aquel horror como si nunca hubieran existido parecía tan difícil como superar la experiencia misma. Pero la verdad es que no tenía más opción. Nunca podría seguir respirando el mismo aire que su abuela si seguía recordando lo que había hecho y visto.

Sola volvió a contemplar su cuerpo y movió las piernas. A través de las ondulaciones del agua, el vendaje que tenía en el muslo se distorsionaba por momentos. Metió entonces una mano en el agua y se lo arrancó, aunque sabía que no debía dejar que la herida se mojara.

¿A dónde demonios la había llevado Assail para que la atendieran? Ese lugar era increíble, desde el sistema de puertas de seguridad, pasando por las instalaciones médicas, hasta toda esa gente. Desde el principio, Sola había tratado de entender qué clase de lugar era y la única conclusión a la que seguía llegando era que tenía que ser una institución del gobierno.

Aunque Assail se había burlado de esa suposición, era la única explicación que se le ocurría.

Pero lo cierto es que no la habían arrestado.

Sola cerró los ojos y se preguntó cómo había hecho Assail para encontrarla. Y qué había hecho él con Benloise después. Mierda, esa imagen de la cara de Assail toda ensangrentada alrededor de la boca…

¿Quién controlaría ahora el tráfico de drogas en Caldwell?

Mmmm.

Sola se echó el pelo hacia atrás. La humedad le estaba esponjando el cabello, calentándole la nuca y haciéndola sudar.

Dios, qué silencio.

Sola llevaba casi una década viviendo en casa de su abuela y ya se había acostumbrado a los ruidos del barrio: los coches que pasaban por la calle, los perros que ladraban a lo lejos, los niños que aullaban y gritaban mientras jugaban al balón. En cambio, ahí el único ruido era el que hacía el agua contra la bañera cuando ella movía las piernas. Y Sola sabía que el silencio no se debía solamente al hecho de que no hubiese otras casas cerca. Este lugar había sido construido como una fortaleza y estaba lleno de trampas. Trampas de altísima tecnología.

Sola recordó la noche en que había estado ahí por primera vez, a solicitud de Benloise. Su misión era espiar a Assail en su castillo y todo lo que descubrió le producía confusión: esas extrañas cortinas holográficas. Las cámaras de seguridad. Y el dueño de la casa en sí mismo.

Tal vez estaba dejando volar mucho su imaginación. Tal vez Assail y sus amigos solo eran unos obsesos de la seguridad, de esos que vivían preparándose para cuando llegara el día del Juicio Final…

Sola cerró los ojos y trató de olvidarse de todo mientras simplemente flotaba en el agua. Podría haber encendido los chorros del *jacuzzi*, pero su cuerpo ya había tenido suficiente agitación, muchas gracias…

De repente, Sola sintió una explosión emocional que no pudo controlar.

Al enderezarse en la bañera, salpicó agua al suelo y soltó una maldición.

¿Cuánto tiempo tendría que pasar antes de que volviera a sentirse normal? ¿Cuántas noches más pasaría con estremecimientos y llantos repentinos?

Sola decidió salir del agua, de modo que agarró una toalla blanca de la encimera y se estremeció cuando esta entró en contacto con su piel. Era como si tuviera los nervios de punta y todo su cuerpo fuera una especie de veleta que se movía al ritmo de todos los vientos que soplaban a su alrededor…

—Eres hermosa.

Al oír esas palabras, Sola giró sobre sus talones húmedos para quedar mirando hacia la puerta. Assail estaba de pie en medio de las sombras, una presencia misteriosa y amenazante, que la hizo sentir más que desnuda.

Cuando sus ojos se encontraron, se produjo un momento eléctrico.

Y luego ella dejó caer la toalla.

—Te necesito.

El sonido de la exhalación de él parecía una especie de aceptación de la derrota, pero a Sola no le importó. Podía sentir la forma en que chisporroteaba el aire entre ellos y sabía que sus sensaciones eran bien correspondidas.

—Ahora —ordenó ella.

—¿Cómo podría decir que no? —susurró él, con su marcado acento.

A continuación Assail se acercó y le agarró la cara con esas manos grandes y tibias, y Sola sintió un gran alivio cuando luego se inclinó y rozó sus labios contra los de ella, explorando su boca, acariciándola mientras la excitación crecía. Un segundo después, Assail la tomó entre sus brazos y la llevó a la habitación.

Assail la depositó enseguida sobre la colcha de piel con la mayor delicadeza, como si Sola pudiera romperse en cualquier momento, lo cual no estaba lejos de ser verdad. A pesar de que el cuerpo de Sola empezó a relajarse en respuesta a las caricias de Assail, lo cierto es que ella se encontraba al borde de una crisis.

Pero esto la iba a ayudar.

Assail se acomodó junto a ella sobre la cama, como si tuviera miedo de que el hecho de sentirse atrapada pudiera dispararle una reacción de pánico, pero Sola lo agarró de los hombros para que se acercara más. La verdad es que quería sentir su peso sobre ella, quería sentir cómo la empujaba contra el colchón, para reemplazar los recuerdos con hechos reales y cambiar sus pensamientos a través del contacto.

Sola tiró de Assail hacia ella y abrió las piernas para abrirle espacio, mientras la erección de él se acomodaba justo sobre su vagina y la tela de lana de los pantalones plisados que él llevaba puestos le raspaba la piel, haciéndola gemir…, pero de placer.

Luego vinieron más besos y Assail deslizó su lengua en la boca de Sola mientras le acariciaba los senos con la palma de las manos. Definitivamente, esto era mejor que el agua para aliviar todos sus dolores, en especial cuando él sacudió la caderas contra ella, acariciando su sexo con la promesa de su polla y excitándola cada vez más. Cuando los pezones de Sola se pusieron tan duros que el roce era casi doloroso, Assail pareció saber qué era lo que ella necesitaba después, porque de inmediato abandonó la boca y empezó a bajar hacia ellos con sus besos.

Assail le lamió lentamente primero un pezón y luego el otro, antes de chupárselos.

Mientras arqueaba el cuerpo de placer, Sola hundió los dedos en la espesa melena de Assail, al tiempo que se miraba en el espejo que había sobre la cama.

Y observaba cómo Assail le hacía el amor.

—Ay, Marisol…, eres un festín para los ojos… —le dijo Assail con los ojos entrecerrados, mientras la contemplaba de arriba abajo—. Eres el sueño de todo macho.

En realidad, no. La verdad es que ella era tan flaca como un chaval, carecía de caderas y tenía unos senos tan pequeños que apenas necesitaba usar sostén. Sin embargo, en medio de aquella penumbra, sobre la cama circular y bajo la vigilancia de Assail, parecía tan voluptuosa como cualquier mujer del planeta, totalmente

excitada y lista para ser complacida por su hombre.

Aunque, en realidad, él no era su hombre.

Assail volvió a bajar la cabeza y siguió ocupándose un rato más de los senos de Sola mientras sus dedos descendían hacia las caderas y la parte exterior de las piernas, que acarició lentamente, sin dejar de chuparle los pezones y restregarse contra ella…

Luego metió la mano entre las piernas de Sola, en reemplazo de su erección, y rozó una, dos veces, su sexo húmedo…

Mientras la penetraba con los dedos, Assail volvió a besarla en la boca.

Durante una fracción de segundo, Sola se puso rígida, al recordar su cuerpo la última vez que aquello había sucedido.

Assail se detuvo de inmediato y, mientras la miraba fijamente, su expresión se volvió casi violenta.

—¿Cuánto daño te hicieron?

Ella solo sacudió la cabeza. No quería hablar de eso, no cuando sentía que el alivio estaba tan cerca que casi podía tocarlo.

—Marisol. Dime.

—Creí que habías dicho que debía olvidar lo sucedido.

Assail cerró los ojos como si tuviera un dolor.

—No quiero que sufras daño alguno… jamás. Pero en especial no de esa manera.

Dios, aquel hombre era hermoso, con aquellos apuestos rasgos que parecían agonizar por lo que le había sucedido a ella.

Sola le acarició la frente, tratando de borrar las líneas que se le acababan de marcar.

—Solo hazme el amor. Y que no haya nada más que tú y yo…, nada ni nadie más. Eso es lo que necesito en este momento.

‡ ‡ ‡

Cada vez que Assail pensaba que su hembra ya no podría sorprenderlo más, Marisol lo llevaba a otro nivel más profundo. En este caso, el solo hecho de pensar en que un hombre había violado aquel cuerpo sagrado…, querida Virgen Escribana del Ocaso, hacía que su cerebro entrara literalmente en un cortocircuito de violencia y agonía.

Y sin embargo, una sola caricia de Marisol era suficiente para alejarlo de la violencia.

—No pares —dijo ella entre jadeos, al tiempo que le acariciaba la garganta con la nariz.

El problema es que ese gesto inocente disparó en Assail el deseo inmediato de alimentarse, y sus colmillos empezaron a alargarse mientras la necesidad de marcarla con unos pinchazos en el cuello batallaba con la férrea determinación de nunca permitir que ella se enterara de que él era un vampiro.

Ya la habían traumatizado suficientemente…

Ella agarró entonces la camisa de Assail para sacársela de los pantalones y luego empezó a desabrocharle el cinturón.

Solo que no logró distraerlo. No hasta que él supiera…

—¿Qué te hizo ese hombre? —le preguntó él.

Al ver que Marisol se quedaba quieta, una parte de él se preguntó por qué la presionaba de esa forma, en especial considerando el consejo que había insistido en darle.

—Hice lo que tenía que hacer para distraerlo —dijo ella secamente—. Y luego lo agarré de las pelotas.

Assail exhaló.

—Debería haber sido yo quien lo matara.

—¿Para defender mi honor?

—Desde luego —le contestó él con la mayor seriedad.

Los ojos de ella parecieron clavarse en los de él cuando le dijo:

—En el fondo, eres realmente un caballero, ¿no es cierto?

—Maté a Benloise —se oyó decir entonces Assail—. Y me aseguré de que sufriera.

Marisol cerró los ojos por un momento.

—¿Cómo supiste que había sido él quien me secuestró?

—Te seguí la noche que entraste a su casa.

—Así que eras tú. —Marisol sacudió la cabeza—. Habría jurado que había alguien mirándome. Pero no estaba segura. Por Dios, y yo que creía ser la mejor siguiendo a alguien.

—¿Por qué fuiste allí? Me lo he preguntado muchas veces.

Marisol le sonrió con una expresión llena de ironía.

—Porque él me dijo que dejara de seguirte…, y luego se negó a pagarme la suma completa de lo que me correspondía. No me pareció justo porque yo estaba dispuesta a hacer mi parte del trato hasta el final, pero algo lo asustó. ¿Fuiste tú?

Assail asintió con la cabeza y volvió a besarla y a saborear la sensación de sus labios.

—Se acabó eso para ti.

—¿Se acabó el qué?

—Esa clase de trabajo.

Marisol volvió a ponerse rígida, pero solo por un segundo.

—Estoy de acuerdo.

Dios, eso era lo que Assail necesitaba oír, aunque no lo sabía. La idea de que ella iba a estar a salvo le dio un impulso tan grande que tuvo que parpadear para seguir con lo que estaba haciendo.

Pero tan pronto como pasó, Assail se quitó rápidamente la ropa, hasta que todas sus finas prendas quedaron colgando del borde de la cama o tiradas por el suelo.

Luego ya fue piel contra piel, aunque su polla, dura como una piedra y desplegada sobre las piernas abiertas de ella, parecía contenta de esperar.

Cuando Assail por fin se acomodó justo a la altura de la entrada del sexo de ella, estaba seguro de que, si seguía adelante, se perdería para siempre. Aunque quizás eso fuera mentira. Quizás… estaba perdido desde aquella primera noche en que se encontró con ella en medio de la nieve.

Mientras se abría camino lentamente, y sentía cómo ella arqueaba su cuerpo contra el pecho de él y entornaba los ojos, Assail deseó no haberla conocido nunca. A pesar de lo maravilloso que era todo esto, no necesitaba tener en su vida una debilidad como la que ella representaba. Pero al igual que una herida a la que se le ha echado sal, ella ya se había metido bajo su piel para siempre.

Al menos ahora sabía que Marisol se quedaría ahí con él y estaría a salvo.

Ese era su único consuelo.

Moviéndose lentamente y con mucha delicadeza, Assail penetró por fin la vagina de Marisol y empezó a bombear, mientras su polla disfrutaba de aquella caricia generalizada. Tuvo que apretar los dientes y contener los impulsos de sus caderas para mantener un ritmo regular, porque aunque deseaba ir cada vez más rápido, sentía que esa opción no estaba entre las posibilidades.

Y, sí, Assail sabía exactamente qué era lo que ella estaba buscando: Marisol lo estaba usando a manera de borrador, pero él estaba más que contento de ser útil.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella…

A continuación Marisol se acomodó envolviendo sus piernas alrededor de él y adoptando una posición que permitía una penetración más profunda. Un segundo después, lo agarró con fuerza de los hombros y Assail pudo sentir cómo se acercaba el orgasmo.

—Déjate ir —le dijo, con la boca contra su pelo—. Déjate ir que aquí estoy yo para cuidarte.

Ella echó entonces la cabeza hacia atrás y le clavó las uñas mientras apretaba todo el cuerpo. Al sentir los tirones sobre su polla, Assail se quedó primero quieto y luego se dejó llevar.

Cuando hundió la cabeza en el cuello de ella, Assail solo buscaba sentirla más cerca para poder responder mejor a sus deseos…

Pero de pronto ella hizo un movimiento inesperado y su cuello quedó contra la boca de él…, contra sus colmillos.

El roce fue casi insignificante, pero el sabor de la sangre de Marisol en su boca fue como un estallido.

Y antes de poder contenerse, Assail la mordió con un poco más de fuerza.

Su Marisol gimió y le puso las manos sobre las caderas, como si quisiera que él empezara a moverse de nuevo.

—Tomo la píldora —le dijo enseguida desde lejos.

Assail no entendió a qué se refería, pero el sonido de su voz fue suficiente para

traerlo de nuevo a la realidad. Y mientras lamía los pinchazos que le acababa de hacer, aprovechó para tomar un poco más de aquella sangre, aunque fuera apenas una pequeñísima cantidad en comparación con lo que deseaba.

—Sigue —dijo ella—. Por favor…, no pares…

Assail sintió la tentación de malinterpretar esas palabras y morderla abiertamente, pero estaba decidido a no hacerlo sin contar con el permiso expreso de ella. Se podía violar a alguien de muchas formas distintas y una violación siempre sería una violación, en especial cuando solo una de las partes obtenía placer.

Sin embargo, sí estaba dispuesto a culminar el sexo.

Así que afirmó todavía más su posición sobre ella y empezó a bombear de nuevo, al tiempo que movía las caderas.

En el último momento sacó su polla de la vagina de Marisol y se corrió sobre la parte baja del vientre de ella, dejándole el olor de su semen como una marca sobre la piel.

A pesar de que quería seguir, y tenía la intención de volver a follársela de inmediato, Assail había decidido no consumar el acto sexual dentro de ella hasta que ella supiera toda la verdad sobre él. Solo en ese momento podría decidir sinceramente si quería tenerlo o no como su amante.

Con los labios contra la oreja de Marisol, Assail dijo:

—¿Más?

El gemido que dejó escapar Marisol fue la respuesta perfecta a esa pregunta. Y antes de que la sensación del orgasmo anterior se disolviera por completo, y ella dejara de clavarle las uñas en los costados y de apretarlo entre sus piernas, Assail comenzó a moverse de nuevo, mientras su polla, moderada por el respeto que Assail le había impuesto, se sentía todavía más ansiosa precisamente por tener que contenerse.

Assail nunca antes había estado así con ninguna hembra.

Después de años practicando sexo, sintió como si, por fin, estuviera con alguien por primera vez.

CAPÍTULO

34



Arrodillado junto a la plataforma donde se encontraba la cama, Wrath tomaba el tiempo que transcurría entre cada respiración de su amada y la siguiente, midiendo cada inhalación según la presión que ejercía contra el brazo con que la tenía rodeada a la altura de la cintura. Y mientras las inhalaciones se espaciaban cada vez más, las exhalaciones se hacían cada vez más lentas.

Entretanto, su propio corazón seguía palpitando con normalidad, mientras sus pulmones cumplían con su trabajo.

Aquello resultaba muy cruel y Wrath estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que ella se quedara con él…, pero como eso no era posible, sacó su preciosa daga y la puso entre ellos.

Con la mirada fija en los labios entreabiertos de su amada, Wrath acomodó la daga de manera que apuntara directamente al centro de su pecho. Los soportes de la plataforma estaban hechos de gruesos paneles de roble y, casualmente, se encontraban a la altura perfecta que él necesitaba. Apoyando la base de la empuñadura en el borde de la madera, mantuvo la daga en posición vertical y se inclinó hacia delante, con el fin de medir la distancia que tendría que recorrer.

Al poner el esternón contra la punta de la daga, Wrath empujó con fuerza hasta sentir un pinchazo.

Satisfecho con el ángulo, le dio la vuelta a la daga y apoyó entonces la punta de la hoja contra la madera, donde empezó a dibujar un círculo en el cual encajar la base. Sin embargo, mientras tallaba la circunferencia pensó que parecía una falta de respeto desperdiciar los últimos minutos de vida de su Anha en semejantes esfuerzos cuando debería estar prestándole atención a

ella y solo a ella.

Aunque, desde luego, era necesario hacer ciertos preparativos.

Si ella se moría antes de que él se ocupara de hacer eso, es posible que su intento de suicidio fracasara y él necesitaba asegurarse de no sobrevivir…

—¿Qué… estás… haciendo?

Wrath levantó la cabeza con brusquedad. Y al principio no entendió lo que veía.

Su Anha se había girado hacia donde él estaba y lo observaba fijamente con la cara pálida y los párpados pesados.

La punta de la daga se deslizó del soporte que él le estaba haciendo y se clavó contra la muñeca, pero Wrath no sintió el pinchazo.

—¿Anha?

Ella se pasó la lengua por los labios, recogiendo la sangre que estaba apozada allí.

—Nuestro hijo…

En realidad, Wrath no oyó nada de lo que ella dijo. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras el corazón se le salía del pecho, y entonces se preguntó si esto no sería un sueño…, producto del hecho de haber seguido adelante con el proyecto de su propia muerte y haberse apuñalado en el lugar mismo donde sentía con más fuerza su amor.

Solo que no, en este momento su Anha estaba estirando la mano para acariciarle la cara, y lo tocaba con asombro, como si ella tampoco entendiese este regreso al mundo de la conciencia.

—¡Anha! —Wrath le estampó un beso en los labios y luego secó sus propias lágrimas de las mejillas heladas de su compañera.

Wrath recordó de repente el consejo de su sanador y se apresuró a poner la muñeca sobre la boca de su amada.

—Bebe, mi amor… No me hables todavía. Bebe. Lo principal es que te alimentes.

Su Anha tuvo que hacer un esfuerzo inicial, pero luego empezó a tragar normalmente. Una vez. Y otra, y otra.

Luego dejó escapar un gemido y cerró los ojos, pero no por incomodidad o miedo. No, parecía sentirse aliviada, como si estuviese satisfaciendo un hambre que la había acosado hasta ahora y la agonía estuviese cediendo.

—Bebe… —dijo él, al tiempo que todo se volvía borroso—. Mi amor…, bebe de mi sangre y regresa…

Mientras acariciaba el pelo de su compañera, Wrath vio su daga y rezó para que este milagro no se desvaneciera. Rogó para que ella reviviera y se recuperara pronto…

—¿Mi lord?

Al oír aquella voz profunda, Wrath giró la cabeza, pero sin retirar su

muñeca de los labios de Anha. Tohrture, el Hermano de la Daga Negra, estaba de pie contra la puerta cerrada, después de haber entrado sigilosamente.

—Ella ha vuelto —dijo Wrath con voz ronca—. Alabada sea la Virgen Escribana…, ella ha vuelto.

—Sí —dijo el Hermano—. Y yo debo hablar con vos.

—¿No puede esperar? —Wrath volvió a concentrarse en su amada—. Déjanos solos…

El Hermano se acercó y puso sus labios contra la oreja de Wrath para que solo él oyera lo que tenía que decir:

—Ella tiene el mismo aspecto que tenía vuestro padre.

Wrath parpadeó y levantó la mirada.

—¿Perdón?

El Hermano tenía los ojos azules más increíbles, de un color que rivalizaba con las aguamarinas preciosas que habían comprado especialmente para el manto de primavera de Anha.

El Hermano volvió a susurrar las mismas palabras, inclinándose un poco más:

—Vuestro padre tenía ese mismo aspecto la noche que murió.

A pesar de que el Hermano se enderezó al terminar de hablar, su mirada permaneció fija en los ojos de Wrath, sin vacilar ni un segundo. Lo mismo que su expresión y toda la actitud corporal.

Una oleada de ira hizo que Wrath apretara el puño. Lo último que quería en este momento era traer a este espacio sagrado de esperanza el recuerdo de otra noche de tristeza…, aquella en la que había corrido al castillo sobre un corcel negro, atravesando bosques y arriesgando la vida para regresar a tiempo.

De hecho, a pesar de lo mucho que deseaba olvidar los capítulos de esa historia, estos volvían constantemente a su memoria con total claridad: Wrath había tenido un accidente durante las horas del día, se había resbalado en su habitación y había caído sobre una punta metálica. La herida le había impedido desmaterializarse y por eso había tenido que ir a caballo desde el castillo hasta la casa de la Familia Fundadora que lo había llamado.

Cuando partió, a la caída de la noche, Wrath no tenía intención de regresar hasta el día siguiente.

La Hermandad había ido a buscarlo una hora después.

Pero cuando volvió al castillo, ya era demasiado tarde y su padre había muerto.

Y en cuanto a las apariencias, algunos muertos manifestaban la causa de su muerte, eso era cierto: los asesinados, los mutilados, los ancianos… En el caso de su padre, sin embargo, el rey solo parecía dormido, pues el cuerpo

había sido arreglado y vestido con los trajes ceremoniales y, cuando él lo vio, tenía el pelo peinado, y guantes y zapatos puestos, como si fuera a caminar hasta la tumba.

—¿Qué es lo que dices? —Wrath sacudió la cabeza—. No puedo…

El Hermano le volvió a susurrar al oído:

—Miradle las uñas.

Al ver que Anha abría los ojos y se asustaba al ver al Hermano, Wrath se inclinó y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, mi amor.

Gracias al gesto de su amado, ella se tranquilizó de inmediato y siguió alimentándose con los ojos cerrados.

—Eso es —murmuró Wrath—. Sigue bebiendo de lo que te ofrezco.

Cuando se aseguró de que su amada estaba bien, Wrath le miró las manos y frunció el ceño. Anha tenía las uñas… de un color azulado.

Su padre tenía las manos enguantadas.

—Regresa —le dijo entonces Wrath al Hermano—. Yo os llamaré.

Tohrture asintió y se dirigió a la puerta, pero antes de salir, dijo con voz clara:

—No permitáis que ella ingiera nada que no haya sido probado antes.

¿Veneno? ¿Le habían dado… veneno?

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Wrath sintió una extraña calma: la energía y el propósito parecían regresar a su vida, mientras Anha seguía alimentándose de su vena, cada vez con más normalidad. Y cuanto más bebía ella, más desaparecía de sus dedos aquel color mortecino.

Después de la muerte de su padre, Wrath se había sentido a la deriva hasta que ella llegó a su vida y se convirtió en su punto de referencia, no solo para poder seguir viviendo sino para asumir su misión como rey.

Por eso era horrible pensar que alguien hubiera podido privarlo de su padre y ahora trataran de quitarle también a su amada hembra.

Al recordar la expresión de solemnidad de Tohrture, Wrath pensó en los enemigos que se agazapaban en el interior de la corte. Enemigos capaces de matar.

Un fuego furioso ardió entonces en sus entrañas, cambiándolo desde dentro, del mismo modo en que se forjan el hierro y el acero.

—No te preocupes, mi amor —dijo él, entrelazando su mano con la de ella —. Yo me ocuparé de todo.

Y la sangre correrá de la misma forma en que corrieron tus lágrimas cuando estabas sufriendo.

Él era el rey, sí. Pero por encima de todo eso era el hellren de esta magnífica hembra… y estaba dispuesto a vengarla.

CAPÍTULO 35



—Ellos tienen razón…

Mientras yacía de espaldas contra el suelo del baño, Trez se puso el antebrazo sobre los ojos. Era muy consciente de que su polla se estaba desinflando, mientras todo el sexo sin sentido que había practicado a lo largo de los últimos años privaba a sus velas del viento que necesitaban para navegar.

Pero Trez era todavía más consciente de la persona que estaba junto a él, desnuda, sobre la alfombra.

Mierda, tenía que volverse a poner la toalla sobre las caderas y…

—¿Quiénes son «ellos»?

Trez agarró la toalla, pero no pudo mirar a Selena.

—Mi pueblo.

—¿Sobre qué tienen razón?

—¿Por qué estás aquí todavía?

Al darse cuenta de la brusquedad de su pregunta, Trez se sentó y vio que ella parecía asustada.

—Lo siento… Es solo que no entiendo por qué soportas toda esta mierda.

Joder, Selena estaba absolutamente tentadora en aquella posición, con el manto cubriéndole solo los hombros, los senos todavía erguidos y las piernas entreabiertas de una forma que Trez solo necesitaba moverse un poco para poder ver…

Selena se tapó con el manto y, a pesar de lo mucho que Trez lo lamentó, él sabía que eso era lo correcto. Había arruinado lo que estaba ocurriendo entre ellos y ahora debía pagar las consecuencias.

Pero lo había arruinado por buenas razones.

—Lo siento —volvió a decir él, mientras pensaba que debería hacerse tatuar esa frase en la frente para poder verla en el espejo todas las mañanas y todas las noches.

No debería haber dejado que las cosas llegaran hasta donde habían llegado.

Jamás.

—¿Por detenerte?

—No, eso no es lo que lamento —dijo Trez, y al ver que ella volvía a encogerse, sintió deseos de darse una patada en las pelotas—. Lo que quiero decir es que…, mierda. No lo sé. En este momento no sé nada.

Hubo un largo silencio. Y luego ella dijo con voz tranquila:

—Debes saber que no hay nada que no puedas decirme.

—Ten cuidado con eso… La caja de Pandora es difícil de cerrar.

—Nada —repitió Selena, mientras lo miraba con ojos transparentes—. No tengo miedo de nada que provenga de ti. Sin embargo, sí creo que me debes una explicación. Suponiendo que no tengas intención de continuar… y solo para que yo no termine culpándome por esto.

¡Joder! Si antes pensaba que Selena era increíble, ahora sí que había entrado al reino de las diosas. Porque la belleza física era una cosa, pero la inteligencia era todavía más atractiva.

Y ella tenía razón.

—Está bien —dijo Trez, sintiéndose como un completo idiota. Pero ella tenía derecho a saberlo—. En los últimos diez años he follado con un montón de humanas… y nada de eso me había importado hasta esta noche, al estar aquí contigo. Además, creo que estoy a punto de condenar a mis padres a una muerte horrible. Aparte de eso, estoy bien, gracias.

Selena levantó las cejas, pero no se movió. No salió huyendo. Sin embargo, sí respiró varias veces profundamente.

—Tal vez sea mejor ocuparnos solo de la segunda parte de esa declaración. ¿De qué rayos estás hablando?

—Es un maldito caos… Yo soy un caos.

Ella se quedó esperando que él siguiera hablando.

—Pero todavía no me has dicho nada.

Mientras la miraba a los ojos, Trez sintió un gran respeto por Selena.

—Dios…, ¿cómo es posible que existas?

—Sigues sin decirme nada. —Ella sonrió lentamente—. Aunque me gusta la forma en que me estás mirando.

Trez sacudió la cabeza, pues sabía que ella se merecía algo mucho mejor que lo que él podía ofrecerle.

—No deberías. De verdad, no deberías.

—Eso es decisión mía. Ahora, habla… Si estás tan decidido a apartarme de ti, usa tus palabras para persuadirme de que eres horrible.

—¿Acaso no te impresiona mi vida sexual?

—Fui entrenada como ehros y por eso entiendo que los machos dispersen su semilla por doquier.

Trez entrecerró los ojos: la cara de Selena había adoptado de repente una

expresión de imperturbabilidad muy significativa.

—Hay otra cosa.

—¿Sí?

—Estoy comprometido con alguien más.

Selena casi logra esconder su reacción. Casi.

—Ya veo.

—Sí. Así es. Y si no aparezco pronto, mis padres serán asesinados.

—Entonces, ¿no estás enamorado?

—No la conozco. Y tampoco quiero hacerlo.

La Elegida pareció un poco menos tensa.

—¿No la conoces en absoluto?

—No. Solo sé que ella es la hija de la reina.

Selena abrió los ojos todavía más.

—Vas a formar parte de la realeza, entonces.

Trez pensó en lo mucho que Wrath se divertía en su trono, y en todas las aventuras que vivía Rehv como cabeza imperial de los symphaths… Pero al menos ellos podían salir de noche. Bueno, no tanto en el caso de Wrath.

Pero su futuro estaría confinado a una jaula de oro.

—Mis padres me vendieron cuando era muy pequeño —se oyó decir Trez—. Nunca me dieron la oportunidad de decidir. Y ahora, si no regreso pronto al Territorio, a mis padres les espera la muerte.

Selena giró la cabeza hacia un lado y se notaba que estaba reflexionando.

—¿Y no hay posibilidades de negociar?

—Ninguna.

—¿Tus padres no podrían devolver lo que les pagaron?

Trez pensó en la cínica sonrisa de su madre aquella noche en que la había visto por última vez.

—Creo que aunque pudieran hacerlo, no estarían dispuestos.

Selena volvió a levantar las cejas.

—¿Estás seguro?

—Es lo que supongo.

—Pero ¿no les has preguntado?

—No, no lo he hecho. Porque eso implicaría regresar al s’Hisbe, y eso es imposible.

—¿No hay nadie a quien pudieras mandar en representación tuya?

Trez se imaginó a su hermano iAm regresando al Territorio. El acuerdo tenía que ver específicamente con Trez, así que no cabía la posibilidad de que el gran sacerdote, o s’Ex, estuvieran dispuestos a hacer un cambio. Sin embargo, sí podían capturar a su hermano y retenerlo como rehén. O hacer algo peor.

Lo que haría que Trez regresara.

—No creo. Mi hermano es el único que podría hacerlo, pero no puedo

arriesgarme. No lo voy a poner en peligro.

—Y crees que tus padres serán…

—No, sé seguro que los van a matar. —Trez se masajeó la nuca—. ¿Sabes? Todo esto es muy triste, pero creo que lo peor es que ni siquiera puedo fingir que la suerte de esos dos me afecte. Es como si… hubieran hecho un trato con el diablo. Si algo malo sucede, solo estarían cosechando lo que sembraron.

Desgraciadamente, sin embargo, sin importar lo que pasara con su padre y su madre…, la deuda seguía en pie.

Aunque el verdugo los hiciera picadillo, Trez seguiría estando en la línea de fuego.

Ya no se podía deshacer lo pactado. Y mientras contemplaba a Selena, Trez se lamentó de ello más que nunca.

‡ ‡ ‡

Selena sentía cómo le temblaban las manos y se preguntaba si habrían empezado a hacerlo después de que Trez dijera que había estado… ¿con cuántas humanas?

Querida Virgen Escribana, Selena ni siquiera quería pensar en eso.

Sin embargo, sí podía tratar de evitar que sus manos siguieran temblando. Al ver que Trez guardaba silencio, estiró los dedos y los flexionó, con la esperanza de que él no descubriera que su aparente tranquilidad no era más que una máscara. Estaba segura de que si Trez se daba cuenta de lo mucho que esto la estaba afectando, no diría ni una palabra más… Y este espacio íntimo que había surgido inesperadamente entre ellos era todavía más sagrado que lo que prometía la experiencia sexual.

—Yo no tuve padres —dijo ella en voz baja—. Pero no me puedo imaginar que alguien tenga hijos y… los venda.

Trez asintió, mientras seguía masajeándose la base de la nuca.

—Lo sé. Mis padres me valoraban, pero el problema es que yo era una mercancía para ellos, algo que podían intercambiar. Y uno espera eso de los vendedores de coches, o de alfombras, de la gente que dirige supermercados y centros comerciales. Pero no de sus propios padres. Y, ¿sabes?, me gustaría ser como uno de esos cabrones que dicen: «Bueno, ellos no me querían, pero yo sé cuánto valgo y bla, bla, bla». Pero las cosas no son así para mí, porque, en mi cabeza… —dijo Trez y se señaló la sien con un movimiento circular—. Yo no soy nada. No valgo… nada.

Selena sintió de repente ganas de llorar. Era muy triste pensar que ese macho tan absolutamente magnífico no se diera cuenta de su valor. Eso era un crimen, un crimen causado precisamente por las personas que deberían haberlo querido más.

—¿Esa es la razón por la cual buscabas a las humanas? —se oyó preguntar Selena.

Era difícil respirar de forma regular en el silencio que siguió, pues Selena tenía mucho miedo de la respuesta de Trez. Por muchas razones.

—Sí —dijo entonces él y soltó una maldición entre dientes—. ¿Sabes? La noche antes de la migraña estuve con una mujer.

Eso había pasado hacía solo un día, pensó Selena…

—Y ella parecía sentirse tan vacía como yo. Dos cuerpos vacíos que se unían para follar. No significó nada para mí y eso es lo que he hecho todos estos años. Nada más que un ejercicio físico.

Selena trató de buscar la respuesta correcta a eso, algo sensato y neutral, que mostrara que se sentía cómoda con lo que él le estaba diciendo…, a pesar de que en realidad aquellas palabras le estuvieran rompiendo el corazón. Incluso aunque no deberían.

¿Cuánto tiempo había pasado con él? ¿Una hora? ¿Dos, a lo sumo?

La muerte inminente la estaba volviendo temeraria…

—Podría salvarlos —dijo Trez, casi para sí mismo—. Si me sacrifico, podría salvar a mi madre y a mi padre.

Trez movió la cabeza hacia un lado y la nuca le crujió.

—Ven —murmuró ella, moviéndose por detrás de él—. Permíteme.

Entonces Selena apartó la mano de Trez y, poniendo las suyas sobre aquellos hombros duros como el acero, empezó a hacer presión tal como él había hecho, tratando de aliviar el dolor. Mientras le hacía el masaje, Selena veía cómo la piel forraba por instantes los músculos tirantes, pero la tensión no parecía ceder.

Trez gruñó.

—Eso es maravilloso.

—No me parece que esté logrando nada.

Trez puso las manos sobre las de ella por un momento.

—Sí estás logrando algo. Más de lo que crees.

Selena siguió con el masaje y pensó en su propio pasado.

—Como ya te dije, yo no tuve una madre y un padre propiamente dichos. Me crie con mis hermanas. En el Santuario me necesitaban para fortalecer las tradiciones, pero no puedo decir que nadie me haya querido de verdad. Nadie se hizo responsable de mí. Así que, en cierto sentido, puedo imaginarme lo que sientes. A mí también me criaron para cumplir un propósito, pero traer al mundo a una persona implica una ilusión, implica amor.

Trez recostó la cabeza y se quedó mirándola.

—Sí. Así es.

Selena le sonrió y lo empujó para seguir dándole el masaje.

—Si matan a mis padres, siento que voy a ir a parar al Infierno —murmuró Trez.

—Pero no puede ser culpa tuya, porque tú nunca diste tu consentimiento.

—¿Perdón?

—Te prometieron a alguien cuando tú no podías dar tu consentimiento. En efecto, parece que nunca te preguntaron qué querías. Por lo tanto, el hecho de que no puedas cumplir con esa promesa, y las consecuencias que se derivan de ello, no puede ser

culpa tuya sino de tus padres. Esto tiene que ver contigo, pero a la vez no tiene nada que ver contigo.

—Dios…

Al ver que Trez no decía nada más, Selena frunció el ceño.

—Lo siento. No es mi intención sonar petulante.

—No suenas petulante. Eres… perfecta.

—No lo creo.

—Quiero hacer algo por ti.

Ella se quedó quieta.

—¿Qué?

Porque a ella se le ocurrían algunas ideas.

—Algo que valga la pena.

Selena miró de reojo la alfombra donde estaba acostada hacía solo un momento. Ah, valdría la pena…

—Pero no se me ocurre nada.

Selena dejó escapar un suspiro.

—Tu presencia es maravillosa.

Trez volvió a poner las manos sobre las de Selena y tiró de ella hacia él, de forma que ella quedó contra su espalda. Luego echó la cabeza hacia atrás para ponerla junto a la de ella.

Cuando Trez respiraba, su gran torso se expandía, levantando a Selena del suelo de forma intermitente.

—Gracias —dijo él con voz quebrada.

—Pero si no he hecho nada.

—Me has hecho sentir que no soy un monstruo. Y esta noche eso lo significa todo.

—Ah, tú nunca serás un monstruo —susurró ella, al tiempo que le daba un beso en la mejilla—. Jamás.

Luego cerró los ojos y, mientras se abrazaba a él, se dio cuenta de que estaba conectada con Trez al nivel del alma. Tanto que no sabía cómo marcharse. No solo esta noche, sino… cuando su destino llegara finalmente a su término.

—¿Has comido? —le preguntó él después de un rato.

—En realidad…, no. —El estómago de Selena rugió—. Y tengo hambre.

—Vamos abajo. Mi hermano estaba preparando una de sus salsas. O al menos eso es lo que supongo. Porque es lo que hace cada vez que yo tengo migraña.

Cuando Selena se soltó, quiso estirar la espalda, pero…

Sin previo aviso, su columna se rebeló y las vértebras no quisieron moverse de donde estaban. Trez, en cambio, se levantó con facilidad y, cuando le estiró la mano para ayudarla a levantarse, Selena solo pudo quedarse mirándolo.

Al ver que Trez parecía confundido, Selena pensó que debería aceptar su ayuda. A estas alturas, se sentía incapaz de levantarse por sí sola.

—Lentamente —dijo entonces ella con voz brusca—. Por favor.

Trez frunció el ceño, pero la agarró con toda la delicadeza que pudo.

—¿Estás bien?

Selena se dio un poco de tiempo antes de contestar, mientras tardaba un poco en atar el cinturón con el que se ceñía el manto. Entretanto, sentía un dolor agudo en las articulaciones, en particular en las caderas y la espalda.

Obligándose a sonreír, Selena trató de no dejarse llevar por los nervios. Pero así era como todo había comenzado para sus hermanas. Para todas y cada una.

—¿Vamos? —dijo ella con determinación.

Trez entrecerró un poco más sus ojos almendrados, pero luego se encogió de hombros.

—Sí, claro. Solo déjame que me ponga algo de ropa.

—Te espero en el pasillo.

Haciendo acopio de toda su voluntad, Selena atravesó la habitación y salió al pasillo. Cuando cerró la puerta tras ella, no podía respirar…

Pero de inmediato su cuerpo experimentó un cambio interno de increíble poder. Eso solo podía significar una cosa: alguien había entrado en su periodo de fertilidad.

¿La reina?, pensó Selena con asombro, mientras miraba la entrada hacia las habitaciones privadas de la Primera Familia.

Eso sí que sería oportuno.

Recostándose contra la pared, Selena pensó en la forma en que había masajeado los hombros de Trez y deseó que hubiese un equivalente para su propio cuerpo. Pero no lo había. No había cura, ni manera de detener la marcha de la enfermedad.

Y tampoco podía saber cuánto tiempo le quedaba.

CAPÍTULO 36



Beth no tuvo otra opción que rendirse a las tremendas exigencias de su cuerpo. Y el único respiro que tenía eran los pocos momentos de alivio que sentía después de que Wrath eyaculara dentro de ella…, antes de que todo volviera a comenzar.

—Bebe de mi vena —dijo Wrath con voz ronca—. Bebe…

Ella ni siquiera sabía si estaba de espaldas o acostada sobre el vientre; en qué habitación se encontraba o la hora que era. Pero tan pronto como Wrath se acercó y le puso la garganta contra la boca, Beth no tuvo dudas: sus colmillos se alargaron y ella los usó para pinchar con brutalidad la piel de Wrath y hundirlos en su vena hasta que esta liberó la otra cosa que ella necesitaba de él.

¡Ay, la sangre de Wrath era una fuente de poder maravillosa! Mientras su boca se llenaba con la sangre de su hellren, Beth volvió a sentir el increíble impacto que tenía sobre ella. A pesar de que sus fuerzas flaqueaban a medida que su periodo de fertilidad avanzaba, y su cuerpo se sentía tan dolorido como si hubiera pasado por debajo de una apisonadora, Beth se sintió fortalecida desde el primer sorbo, más capaz de continuar, aunque, la verdad, tampoco tenía otra opción.

Cuando se soltó un segundo de la vena de Wrath para tomar aire, Beth no podía creer que esto fuera lo que había buscado con tanto ahínco. Tenía que haber estado loca, intoxicada por una estúpida visión romántica de la maternidad que le impedía ver la realidad.

Mientras Beth se volvía a acomodar contra la garganta de Wrath, este logró seguir bombeando dentro de ella, entrando y saliendo de la vagina, mientras los fuertes movimientos de su polla resonaban a través del torso de Beth al tiempo que su cabeza se balanceaba y las caderas absorbían todo el peso de él. Empapados de sudor, sus cuerpos se movían juntos en una comunión tan completa que ella ya no sabía dónde terminaba el suyo y dónde empezaba el de Wrath.

Un súbito cambio en el ritmo le informó a Beth de que Wrath estaba a punto de alcanzar otro orgasmo y eso era lo que ella necesitaba…

Cuando Wrath echó la cabeza hacia atrás, los colmillos de Beth rasgaron la piel de su cuello, pero a él no le importó.

Ni siquiera pareció notarlo.

Por Dios, Wrath era magnífico: a través de la bruma del sexo, Beth lo observó en plena tensión, con los labios apretados, los colmillos alargándose, el pelo apartándosele de la frente y aquellos ojos de color verde pálido brillando primero para después cerrarse.

Y luego llegó su turno, cuando su vagina se aferró a la erección de su hellren y se apoderó con voracidad de lo que él acababa de eyacular dentro de ella, en medio de un placer tan intenso que era una especie de agonía.

Justo cuando las contracciones empezaban a ceder, Beth se dispuso para la siguiente oleada, preparándose para otra ronda de un deseo tan fuerte que parecía triturarle los huesos…

Al ver que tardaba en llegar, Beth miró a su alrededor, como si el deseo fuese una especie de invitado que acabara de irse…

Ay, caramba. Todavía estaban en el baño. Sobre el suelo.

Wrath se desplomó junto a ella con tanta fuerza que Beth oyó cómo su frente se golpeó contra el mármol.

Cuando la pausa se alargó un poco más, Beth pensó que tal vez empezara a enfriarse, pero el infierno que sentía en su cuerpo hacía que los dos se mantuvieran bastante calientes…

Un zumbido que provenía de la bañera hizo que girara la cabeza hacia allá. Las persianas metálicas se estaban cerrando antes de que amaneciera y los paneles caían, uno a uno, en su lugar.

Así que llevaban haciéndolo… ¿ocho horas? ¿Nueve?

No se oía ningún ruido en el resto de la casa, pero, claro, los Hermanos seguramente debían de estar padeciendo el efecto de sus hormonas, al igual que las hembras.

Wrath se levantó apoyándose en los brazos.

—¿Cómo estás?

Beth abrió la boca para responder, pero solo se oyó un graznido.

—Todavía necesitas beber de mi vena —dijo él, al tiempo que le apartaba de la cara un mechón de pelo—. La necesitas.

—¿Y qué…? —Al oír que su voz se quebraba, Beth se aclaró la garganta—. ¿Y qué hay de ti?

Wrath tenía un aspecto demacrado, con las mejillas hundidas, como si hubiera perdido quince kilos, pero su respuesta fue negar con la cabeza.

—Mi única preocupación eres tú.

La imagen de su hellren se volvió borrosa a través de las lágrimas que llenaron

sus ojos.

—Lo siento —masculló Beth—. Ay, Dios…, lo siento tanto.

—¿Por qué?

—Por… todo esto.

Wrath sacudió la cabeza.

—Esto habría ocurrido tarde o temprano.

—Pero yo…

Wrath se acercó y la besó en la boca suavemente.

—No más lamentaciones. Empezamos un camino a partir de ahora y, pase lo que pase…, estamos juntos en esto, ¿vale?

No hubo tiempo para que Beth respondiera, pues el deseo volvió a pisar el acelerador y el calor acumulado en su sexo le llegó hasta el corazón.

—Ay, Dios —gimió ella—. Pensé que ya había terminado.

—Todavía no. —Wrath no parecía sorprendido—. Aún no hemos terminado…

‡ ‡ ‡

iAm estaba junto al fogón en la cocina cuando sintió la presencia de su hermano. Ni siquiera tuvo que volverse, pues el aire de la habitación cambió… y no para bien.

Además, Trez no estaba solo. Pero eso iAm no lo supo porque sintiera el olor de Selena…, sino porque percibió el de su hermano.

iAm maldijo entre dientes, mientras seguía revolviendo la salsa que había preparado. El imbécil de él se había enamorado.

Fantástico.

Joder, iAm tenía la esperanza de que, con todas las hormonas que volaban por la casa, el sexo que había tenido lugar entre aquellos dos hubiese sido el resultado del periodo de fertilidad de alguien más.

Buena teoría. El problema era que las Sombras eran inmunes a esa mierda.

—Se suponía que era ella la que venía a hacerte un servicio a ti, no al revés —murmuró iAm, al tiempo que agregaba un poco más de sal marina a la salsa.

—Cuidado con el tono que usas.

iAm giró sobre sus talones y miró al idiota de su hermano.

—Tengo una idea. ¿Y si, por una sola vez en la vida, tomas una buena decisión con respecto a una hembra? Así no tendré que enfadarme.

La Elegida que estaba junto a Trez levantó el mentón con altivez.

—Si quieres culpar a alguien, no lo mires a él. Yo decidí ir, a pesar de que tú pediste a otra persona.

iAm volvió a concentrarse en su salsa.

—Genial. Felicidades y bienvenida a la familia.

Su hermano se materializó junto a él, lo hizo girar sobre los talones y lo agarró de la garganta.

—Discúlpate con ella…

iAm se inclinó hacia delante y enseñó sus colmillos.

—Vete a la mierda, Trez.

—¿Quieres que te dé una paliza? —gruñó su hermano—. ¿Quieres una maldita…?

—Atrévete.

—No me provoques…

—¡Estoy tratando de salvarte el pellejo! ¡Imbécil!

Mientras los dos hermanos llevaban el tono de la discusión hacia una explosión similar a la de Wrath de la noche anterior, la Elegida se les acercó y dijo con voz neutral:

—Me lo ha contado —dijo ella—. Me lo ha contado todo. Y me parece que vosotros dos estáis solos en esta situación. Así que sería mejor cenar, en lugar de emprenderla a golpes, ¿no?

iAm giró la cabeza hacia donde estaba Selena, al mismo tiempo que lo hizo Trez.

Mientras los dos hermanos miraban a la Elegida, quien hacía gala de la mayor serenidad y control, Trez hizo algo inesperado… y bajó la mano. Y retrocedió. Y cruzó los brazos sobre el pecho.

Todavía estaba furioso, pero obedeció con tanta facilidad la llamada a la cordura que había que preguntarse si esa mierda de estar enamorado no resultaba bastante útil… hasta cierto punto.

iAm miró con odio a su hermano.

—No sé qué decirte.

—Selena, ¿nos perdonas un segundo?

La Elegida asintió.

—Tal vez debería regresar al norte. Y daros todo el espacio que queréis.

Trez frunció el ceño.

—No tienes que irte.

Selena miró a uno y otro.

—En realidad, creo que sí. Ya sabes dónde estaré… y, por favor, no vayáis a liaros a golpes. Eso solo empeorará las cosas.

iAm se preparó para la escena de la despedida, pero la hembra lo impresionó todavía un poco más, pues solo hizo una ligera venia y se marchó. Sin sentimentalismos, ni escándalo.

Mierda, casi podía decir que le caía bien. Si no estuviera tan furioso con el idiota de su hermano…

—Quiero ver a s’Ex. Hoy.

iAm también cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó contra el fogón.

—¿Porque crees que vas a poder hacerlo entrar en razón? Yo ya intenté razonar con ese cabrón…, pero está más que dispuesto a cumplir con su trabajo.

—¿Puedes ponerte en contacto con él?

—Sí.

—Dile que me busque a mediodía en nuestro apartamento.

—Ese es el último plazo para que te presentes en el s'Hisbe. —Al ver que su hermano no contestaba, iAm levantó las cejas—. No te vas a entregar, ¿verdad?

—Organiza el encuentro.

iAm soltó una maldición en voz baja. Sí, tenía ganas de patear el trasero de su hermano, pero no quería que nadie más lo hiciera.

—Trez.

—Hazlo.

—No, a menos que me digas qué piensas hacer.

—Pensé que querías que regresara.

—Entonces, ¿eso es lo que vas a hacer? Dime algo, ¿acaso estás planeando llevarte a tu Elegida contigo, para formar una bonita familia o una mierda así?

—Ella no es mía.

—¿Y ya le has contado eso a tus hormonas?

Trez hizo un movimiento brusco con la mano, como si quisiera cortar el aire.

—No sé de qué estás hablando…

—Sí, ese es tu maldito problema.

—Tú solo llama al verdugo. Eso es todo lo que tengo que decir.

Cuando vio que Trez daba media vuelta, iAm dijo:

—No puedo dejar que regreses allí.

Trez se detuvo en seco. Y miró por encima del hombro.

—¿Qué? —preguntó iAm.

—Yo… No lo sé. Supongo que no esperaba eso.

Hora de volver a concentrarse en la salsa. En el estofado. ¿Qué demonios era lo que estaba preparando?

iAm retiró la tapa de la olla y lo revolvió todo de nuevo. Él mismo lo había preparado todo, desde el caldo de pollo hasta las especias que flotaban en la superficie de la aromática mezcla.

—¿iAm?

—No me importa que ellos mueran. —iAm observó los trozos de zanahoria y de cebolla que flotaban en la superficie del estofado—. Ya sé que se supone que debería afectarme, porque se trata de mis padres, pero lo he pensado y lo siento mucho, pero si ellos pueden ser egoístas, yo también. Mi familia somos tú y yo y nosotros estamos por encima de cualquiera.

—Dios… Creo que necesitaba oírte decir eso.

iAm le lanzó a su hermano otra mirada de odio.

—¿Acaso lo dudabas?

Trez volvió y se sentó en una de las butacas que había junto a la encimera.

—Hay ciertos límites.

iAm soltó una carcajada.

—Mira quién habla.

iAm abrió uno de los armarios de la izquierda y sacó dos platos soperos, y luego un par de cucharas del cajón. A continuación sirvió un poco de estofado con el cucharón…, primero a su hermano.

Trez probó un poco y dejó escapar un gemido.

—Esto está delicioso.

Después de probarlo, iAm pensó que realmente era así, pero no dijo nada. El orgullo era un rasgo muy poco atractivo, aunque estuviera justificado.

—¿Qué vas a hacer con la Elegida? —preguntó iAm.

El gesto de Trez le pareció a iAm un poco demasiado desenfadado.

—Nada.

—No creo que eso te vaya a funcionar.

Trez se quedó mirando el estofado.

—Ella solo es otra razón más para quedarme aquí fuera. Aunque no necesitara muchas.

—Ella dice que se lo has contado todo. ¿Es cierto?

Pasó un rato antes de que Trez asintiera lentamente con la cabeza.

—Sí. Casi todo.

—¿Qué parte te has guardado?

Trez levantó sus ojos negros después de un rato.

—¿Se puede repetir?

iAm agarró el plato vacío y se dirigió a la olla para servir de nuevo.

—No le he contado que las cosas se van a poner muy feas —dijo Trez en voz baja, al tiempo que recibía su segundo plato.

—Entonces le has mentido.

Hubo otro largo silencio.

—Sí, así es.

Porque después de que la reina eliminara a sus padres, seguramente la tribu iba a empezar a perseguir a iAm. Él era el siguiente peldaño en la escalera de presión, porque, después de todo, no podían tocar a Trez. Él tenía que permanecer sano y salvo.

iAm se sorprendió asintiendo con la cabeza.

—Probablemente haya sido lo mejor.

CAPÍTULO 37



Era fácil pensar en Dios mientras observabas el amanecer sobre el río Hudson.

Sentada en la terraza de la casa de cristal de Assail, Sola contemplaba el agua helada que bajaba lentamente. Pequeños rayos de color melocotón se reflejaban en el hielo, mientras, al fondo, el gran círculo naranja remontaba los rascacielos del centro de la ciudad.

Estaba pensando por enésima vez en que había logrado salir de aquella prisión, y que a pesar de las cicatrices internas que esto pudiera haberle dejado, su cuerpo se encontraba intacto, al igual que su mente, y al menos a corto plazo, su seguridad estaba garantizada.

Al recordar todas aquellas plegarias que había elevado al cielo, Sola no podía creer que hubieran funcionado. La desesperación la había hecho pronunciar aquellas palabras, pero la verdad es que no esperaba que nadie estuviera escuchándola.

La pregunta ahora era si estaba dispuesta a cumplir con su parte del trato.

Joder, habría sido mucho más fácil si un ángel con alas hubiera bajado del cielo a liberarla y luego la hubiera dejado allí. Pero en lugar de eso, ella había tenido que hacer todo el trabajo sucio, Assail había entrado luego a limpiarlo todo y uno de sus primos había conducido durante cinco horas para llevarla de nuevo al mundo de la cordura. Ay, y luego estaba toda esa gente de las instalaciones médicas.

¿Meros mortales tocados por la mano de Dios? ¿O una serie de eventos azarosos que simplemente habían ocurrido de una cierta manera? ¿Su salvación era el resultado de una intervención divina… o era comparable más bien a la razón por la cual en el bingo sale una bola y no otra?

Un pequeño bote de pescadores apareció de repente en el horizonte y su único pasajero, sentado junto al motor fueraborda, controlaba desde allí la velocidad y la dirección.

Mientras se envolvía mejor en el edredón, Sola pensó en todas las cosas que había hecho en la vida, desde que empezó, a los nueve o diez años. Había comenzado por robar carteras, gracias al entrenamiento de su padre, y luego había pasado a realizar robos más complejos, siempre con la ayuda de él. Después de que su padre fuera a parar a la cárcel y ella y su abuela se mudaran a los Estados Unidos, Sola consiguió un trabajo como cajera en un restaurante y trató de mantenerse con su sueldo. Pero cuando eso resultó demasiado difícil, decidió aprovechar su experiencia y fue así como logró sobrevivir.

Su abuela nunca había hecho preguntas, pero así había sido siempre. Su madre era igual, excepto cuando Sola empezó a meterse en aquella vida. Desgraciadamente, su madre no había vivido lo suficiente como para causar una impresión duradera en ella y, después de que ella muriera, el marido y la hija que dejó atrás se volvieron ladrones profesionales.

Eso era todo.

Sola sabía que tarde o temprano iban a atraparla. Joder, su padre era mucho mejor que ella y había muerto en prisión.

Sola recordó cómo era su padre la última vez que lo vio. Lo estaban juzgando y él llevaba el uniforme de la prisión y esposas en las manos. Apenas la había mirado, pero no porque estuviera avergonzado o preocupado.

No, la verdad era que ella ya no le resultaba útil.

Sola se restregó los ojos y pensó en lo tonto que era el hecho de que eso todavía le doliera. Pero después de pasar toda una vida intentando que su padre se sintiera orgulloso de ella, tratando de obtener su aprobación y lograr un vínculo con él, Sola se había dado cuenta de que, para él, ella solo era otra herramienta.

Luego recordó que se había marchado del juicio incluso antes de saber si lo declaraban culpable o inocente…, y se había dirigido a su apartamento, donde había encontrado el dinero que su padre tenía guardado en una pared detrás de la ducha del baño, dinero que Sola utilizó para que tanto ella como su abuela pudieran librarse de ese legado oscuro.

Los papeles con los que entraron a los Estados Unidos eran todos falsos. Tres semanas después, sus familiares les contaron que su padre había recibido una condena a cadena perpetua. Y luego supieron que lo habían asesinado en la cárcel.

Como su abuela no solo era viuda, sino que también había perdido a sus hijos, Sola se había convertido en su único sostén, haciendo lo único que sabía hacer.

Y ahora estaba ahí, sentada en la terraza de un capo de la droga, enfrentada a un dilema moral que nunca se imaginó que tendría que afrontar…

Y viendo a un pescador que apagaba el motor del bote y lanzaba su caña.

Pero aunque el pescador había apagado el motor, no se quedaba quieto. La corriente del río se lo iba llevando y el bote parecía un juguete al lado de los edificios lejanos.

—¿Quieres desayunar?

Sola se dio la vuelta.

—Buenos días.

Su abuela tenía el pelo lleno de rulos que le rodeaban la cara, el delantal atado a la cintura y un poco de carmín en la boca. Su sencillo vestido de algodón, hecho por ella, desde luego, y sus burdos zapatos de color marrón parecían encajar perfectamente.

—Sí, por favor.

Cuando Sola hizo el ademán de levantarse, su abuela le indicó que se quedara sentada.

—Quédate al sol. Necesitas que te dé el sol. Estás muy pálida. Vives como un vampiro.

Por lo general Sola habría discutido un poco, pero esta mañana se sentía tan agradecida por el hecho de estar viva que no le costó trabajo obedecer.

Al volver a contemplar el río, descubrió que el pescador estaba a punto de desaparecer de su vista. Un poco más a la derecha y ya no podría verlo.

Si Sola no hubiese rezado, de todas formas habría logrado salir de aquel lugar. Ella era una superviviente, siempre había sido así…, y había hecho lo que tenía que hacer, movida por un extraño piloto automático que le ayudaba a controlar sus emociones y sus sensaciones físicas y a hacer lo necesario.

De modo que si miraba al futuro, a las corrientes de su vida que la harían desaparecer del panorama, por decirlo así, lo mejor que podía hacer era salir de la ilegalidad.

Independientemente de cualquier «pacto» que tuviera con Dios.

Si seguía como hasta entonces, terminaría en la cárcel o muerta, y ahora que había probado lo que era la muerte, estaba convencida de que no quería terminar así.

Mientras parpadeaba para adaptarse a la mayor cantidad de luz, Sola dejó de pensar, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. La tibieza del sol en su cara la hizo pensar en Assail.

Estar con él había sido como tocar el sol sin quemarse. Y su cuerpo quería más. Joder, el solo hecho de pensar en él fue suficiente para hacerla recordar aquellos momentos en la cama, en medio del silencio de la noche y aquellos fuertes jadeos.

Al darse cuenta de que sus senos se ponían duros, Sola sintió algo que se arremolinaba entre sus piernas…

—Sola, está listo —dijo su abuela desde atrás.

Entonces se puso de pie y se inclinó sobre el balcón de cristal para tratar de encontrar al pescador. Pero ya no estaba.

Brrrr, estaba haciendo frío…

—¿Sola? —volvió a llamarla su abuela con suavidad.

Qué extraño. Por lo general la voz de su abuela era como la piel de sus manos: áspera. De hecho, su abuela hablaba de la misma forma en que cocinaba: de frente, sin guardarse nada.

Pero ahora el tono se había vuelto muy suave.

—Sola, baja ya a comer.

Sola volvió a buscar al pescador y luego dio media vuelta para quedar frente a su abuela.

—Te quiero, vovó.

Su abuela asintió, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Vamos, que vas a pillar un resfriado.

—Pero si el sol ya está calentando.

—No lo suficiente. —Su abuela dio un paso atrás y le hizo señas para que la siguiera—. Debes comer.

Cuando Sola entró en la casa, quedó paralizada.

Sin necesidad de mirar, supo que Assail acababa de bajar las escaleras y la estaba mirando.

Mierda, la verdad es que no estaba segura de poder dejarlo atrás.

‡ ‡ ‡

Después de pasar dos días recluido en su habitación, a Trez le pareció que el mundo estaba lleno de estímulos que aturdían sus sentidos, como si tuviera un rayo láser frente a los ojos y un par de amplificadores de sonido junto a cada oreja. Al tomar la Carretera del Norte con destino al centro de Caldwell, se sorprendió poniéndose un par de gafas de sol y apagando la radio…

En ese momento apareció un imbécil que salió de la nada y se cruzó por delante de él a gran velocidad.

—¡Mira por dónde vas, imbécil! —le gritó a través del parabrisas, al tiempo que hacía sonar la bocina.

Durante una fracción de segundo, Trez deseó que el tío del Dodge Charger decidiera entablar una pelea. Quería golpear algo. Joder, probablemente sería una buena práctica considerando que se dirigía a hablar con s'Ex. Sin embargo, el señor Charger, junto a su exceso de testosterona y su polla diminuta, se perdió por la siguiente salida, después de cruzarse por delante de un monovolumen y una camioneta en el proceso.

—¡Cabrón!

Con suerte, el bastardo terminaría pronto en una zanja y sin cinturón de seguridad.

Cerca de diez minutos después, Trez salió de la autopista y entró en un laberinto de calles de un solo sentido. Al encontrarse delante de todos esos semáforos y señales de *stop*, su cerebro se atascó y no encontró el camino hacia el edificio de apartamentos…

Cuando oyó una bocina detrás de él, Trez apretó las muelas y aceleró. Al final tuvo que dar varias vueltas mientras localizaba los más de veinte pisos del

Commodore y encontraba la rampa que llevaba hasta el aparcamiento. Al bajar hasta la puerta, cogió su identificación del salpicadero, la pasó por el lector y se dispuso a aparcar en uno de sus espacios reservados.

El trayecto en el ascensor le llevó como cincuenta años, después de lo cual salió a la alfombra del pasillo. Su piso estaba un poco más abajo y Trez usó la puerta principal, no la de servicio, y entró con la llave de cobre.

Al entrar a la cocina, vio dos tazas sobre la encimera, una bolsa de patatas fritas Cape Cod abierta y la cafetera medio llena.

Luego se detuvo junto a una revista *GQ* que estaba abierta y que ya había visto.

—Bonita chaqueta —murmuró, al tiempo que cerraba la publicación.

No había ninguna razón para encender las lámparas, pues el día estaba claro y soleado y los cristales dejaban entrar mucha luz.

La enorme figura negra que apareció en la terraza parecía todo un heraldo de la maldad.

Trez abrió la puerta y salió a la terraza, cerrando las puertas detrás de él.

La voz del verdugo dijo con cierta sorna:

—Tu hermano me invitó a pasar.

—Yo no soy mi hermano.

—Sí, ya lo hemos notado. —Cuando el verdugo de la reina cruzó los brazos sobre el pecho, sus inmensos antebrazos se apretujaron debajo de muchos pliegues de tela —. ¿A qué debes el honor de mi presencia?

El hecho de que estuviera helando parecía apropiado.

—No quiero que te metas con mis padres.

—Entonces tienes que regresar. Así son las cosas. —El verdugo se inclinó hacia delante—. No me digas que me has hecho venir desde tan lejos con la esperanza de negociar. ¿Verdad? Estoy seguro de que no eres tan estúpido.

Trez enseñó sus colmillos, pero luego se arrepintió.

—Tú quieres algo. Todo el mundo tiene un precio.

El verdugo levantó las manos y se quitó la capucha lentamente. La cara debajo de aquella tela negra era tan apuesta como era posible…, pero tenía en los ojos la misma calidez de una piedra de granito.

—¿Por qué habría de arriesgar mi propia vida por tus padres? Si desobedezco una orden, habrá consecuencias… y ninguno de vosotros merecéis la pena de sufrirlas.

—Puedes hablar con la reina. Ella te escucha.

—Suponiendo que eso sea cierto, y no digo que lo sea, ¿por qué habría de hacer eso por ti?

—Porque hay algo que quieres.

—Ya que pareces saberlo todo, ¿qué sería eso exactamente, en tu opinión? —preguntó el verdugo con tono de cansancio.

—Estás tan atrapado allí como cualquiera de ellos. Recuerdo perfectamente cómo es eso y te puedo asegurar que la vida en este lado es mucho mejor.

—Razón por la cual tú estás hecho una mierda, ¿verdad?

—Piénsalo. Puedo conseguirte lo que quieras aquí fuera. *Lo que sea*.

El verdugo entrecerró los ojos.

—Pero perdonarles la vida a tus padres no te va a salvar.

—Matarlos tampoco va a hacer que yo regrese. Y esa es la razón por la que lo harías, ¿no? Así que ve a donde la reina, cuéntale que has hablado directamente conmigo y que no me importa que los matéis. Luego sugiérele que les quite todo lo que les había dado: la casa en la que viven, la ropa y las joyas que compraron con el botín que recibieron, la comida que guardan en su alacena. Todo. Eso hará que la reina recupere su inversión. Así no habrá perdido nada…

—Mentira. Ella no tiene pareja para su hija y toda esa «restitución» no soluciona el hecho de que la princesa necesita un consorte.

—Pero no voy a ser yo. Eso te lo aseguro. Vosotros podéis acabar con mi madre y mi padre, podéis amenazarme con hacerme daño físico, podéis arrasar mi casa…

—¿Y si te capturo ahora mismo?

Trez sacó la pistola que se había metido en el pantalón por detrás de la espalda. Pero no la apuntó contra s'Ex. La puso directamente debajo de su mentón.

—Si tratas de hacerlo, oprimiré el gatillo. Así tendrás un cadáver, y a menos que la hija de la reina sea una maldita bruja, no me va a querer en ese estado.

s'Ex se quedó totalmente quieto.

—Te has vuelto loco.

—Cualquier cosa que quieras del mundo exterior, s'Ex. Si te encargas de esto, yo me encargaré de ti aquí.

Mientras el verdugo de la reina consideraba el trato, Trez respiraba suavemente y pensaba en las únicas dos personas que realmente le importaban. Selena… Por Dios, cómo la deseaba, pero él no era digno de esa Elegida. Demonios, incluso si este intento de negociación funcionaba, él seguiría siendo un proxeneta y no había manera de cambiar el pasado.

Y luego estaba iAm.

La idea de perder a su hermano era…, ni siquiera podía pensar en ello. Pero el macho estaría mucho mejor sin él, si Trez no lograba arreglar este problema.

—Me sorprende que tengas tanto interés en salvar a tus padres —dijo s'Ex con displicencia.

—¿Estás bromeando? Para ellos, perder su posición es peor que la muerte. Lo que ellos me hicieron ha arruinado mi vida y la de mi hermano. Así que esa es mi venganza. Además, como te he dicho, no me importa lo que hagas con ellos, no voy a regresar.

El verdugo empezó a caminar por la terraza y sus vestiduras se arremolinaban a su alrededor como una promesa de violencia, mientras su aliento contra el aire helado lo hacía parecer un dragón que escupiera fuego.

Después de un largo momento, entrelazó las manos tras la espalda y regresó.

Pasó un rato antes de que por fin hablara y, cuando lo hizo, ni siquiera miró a Trez. Estaba observando el apartamento a través de los cristales.

—Me gusta este lugar.

Trez mantuvo el arma bajo su mentón, pero sintió una punzada de… ¿esperanza? Bueno, tal vez no tanto. Pero quizás sí había una solución, después de todo.

s'Ex levantó una ceja.

—Tres habitaciones, dos baños, una bonita cocina. Mucha luz. Pero lo mejor son las camas…, camas grandes.

—¿Quieres esto? Es tuyo.

Cuando los ojos de s'Ex volvieron a fijarse en él, Trez oyó cómo en su cerebro repicaba la frase «hacer un pacto con el diablo».

—Pero falta algo.

—¿Qué?

—Mujeres. Quiero que me traigan mujeres aquí. Yo te diré cuándo. Y quiero tres o cuatro al tiempo.

—Trato hecho. Dime el número y la hora y te las traeré.

—Pareces muy seguro.

—¿Cómo diablos crees que me gano la vida?

Los ojos de s'Ex brillaron.

—Pensé que eras el dueño de un club.

—Pero no solo vendo alcohol —murmuró Trez.

—Hmmm, vaya trabajo. —El verdugo frunció el ceño—. Pero debes tener claro que ella puede ordenarme que vaya tras tu hermano.

—Entonces voy a tener que matarte.

s'Ex echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Que pretencioso!

—Déjame explicarte bien esto. Si tocas a iAm, te voy a encontrar. Y tu último aliento será mío y tu corazón todavía estará caliente cuando lo saque de tu pecho para comérmelo.

—¿Sabes? No entiendo por qué no nos llevamos mejor tú y yo.

Trez extendió la mano que tenía libre.

—Entonces, ¿tenemos un pacto?

—No podemos olvidarnos de la reina. Es posible que no pueda persuadirla. Y debes ser consciente de que, si ella no acepta, tu plazo ya se habrá agotado.

—Entonces mátalos. —Trez le sostuvo la mirada al verdugo sin vacilar—. Es mi última palabra.

El verdugo ladeó la cabeza, como si estuviera considerando todos los aspectos posibles.

—Sí, es evidente que es tu última palabra. Encontrémonos aquí mañana a mediodía con una muestra…, y yo veré qué puedo hacer en el Territorio.

Antes de desaparecer, el macho estrechó brevemente la mano de Trez. Y luego se

marchó, como una pesadilla que se desvanece al despertar.

Desgraciadamente…, Trez sabía que el verdugo sí regresaría.

La pregunta era con qué clase de noticias. Y con qué clase de apetito.

CAPÍTULO

38



Hacía una hora que había oscurecido cuando Abalone salió de su casa y se desmaterializó desde el jardín lateral. La noche estaba horriblemente fría y, cuando volvió a tomar forma en la propiedad de una de las familias más ricas de la glymera, se detuvo un momento a respirar hasta que sus senos nasales se anestesiaron.

Estaba llegando más gente: los machos y las hembras aparecían en medio de la oscuridad y enseguida empezaban a arreglarse las pieles y la ropa elegante y las joyas antes de dirigirse hacia la zona iluminada.

Abalone los siguió con el corazón apesadumbrado.

Un doggen mantenía abiertas las inmensas puertas talladas de la mansión, y estaba tan inmóvil en su librea que parecía un poste.

La señora de la casa se hallaba debajo de una araña de cristal en el vestíbulo, vestida con un traje de color rojo brillante diseñado por un famoso modisto, cuyos pliegues caían al suelo en cascadas de seda. Sus joyas eran rubíes que producían ostentosos destellos desde la garganta, las orejas y las muñecas.

Sin tener una razón en particular, Abalone pensó que los rubíes de la verdadera reina de la raza eran mucho mejores, más grandes y más traslúcidos. Él había visto un óleo de la hembra en el Viejo Continente e incluso a pesar de los años y la pintura, el rubí saturnino y sus compañeros tenían un brillo que haría palidecer las pretensiones de los que tenía ahora frente a él.

El cónyuge de la anfitriona no parecía estar por ninguna parte. Pero, claro, ese macho tenía dificultad para mantenerse en pie durante periodos de tiempo largos.

No se encontraba muy lejos de la muerte.

La fila que se había formado para saludar avanzaba rápidamente y pocos minutos después llegó el turno de Abalone de besar la mejilla empolvada de la hembra.

—Me alegra tanto que hayas podido venir —dijo ella con tono pomposo y luego

señaló con la mano hacia atrás—. Sigue al comedor, por favor.

Mientras los rubíes de la hembra brillaban con la luz, Abalone se imaginó a su hija así, como la gran señora de una gran casa y una mirada glacial.

Tal vez el castigo por oponerse a esta afrenta contra el trono no era tan terrible. Él había encontrado el amor con su shellan durante los años que ella había estado en la Tierra, pero Abalone había llegado a entender que había tenido mucha suerte. La mayoría de sus contemporáneos, muchos de los cuales habían sido asesinados en los últimos ataques, habían vivido encerrados en relaciones sin amor y sin sexo, que giraban en torno a las fiestas de sociedad en lugar de hacerlo alrededor de la mesa del comedor familiar.

Abalone no quería eso para su hija.

Sin embargo, si él había tenido la suerte de encontrar el amor, seguramente su hija podría tener la misma oportunidad en la glymera.

¿No?

Al entrar en el comedor, Abalone vio que todo estaba arreglado exactamente igual a como se encontraba el día en que el rey se había reunido con todos ellos hacía poco: habían sacado la mesa, y los veintitantos asientos estaban organizados en filas. Esta vez, sin embargo, los supervivientes de la aristocracia llegaban con sus parejas.

Por lo general las shellans no asistían a las reuniones del Consejo, pero esta convocatoria no tenía nada de ordinaria. Tal vez fuera la última.

De hecho, mientras tomaba asiento en una de las sillas forradas en seda del fondo, Abalone pensó que los invitados deberían mostrar una actitud más lúgubre. Pero en lugar de mostrar aunque fuera un poco de respeto por el significado histórico, el riesgo que representaba y la naturaleza sin precedentes de todo esto, charlaban animadamente entre ellos, los caballeros fanfarroneando, mientras las damas movían las manos a diestra y siniestra para hacer brillar sus joyas.

En efecto, Abalone se encontraba solo en la última fila y, en lugar de saludar a los conocidos, se desabrochó la chaqueta del traje y cruzó la pierna a la altura de la rodilla. Cuando alguien encendió un cigarro, él sacó un puro e hizo lo mismo, solo por hacer algo. Y cuando un doggen apareció de inmediato junto a él con un cenicero sobre un soporte de bronce, Abalone le dio las gracias y se concentró en golpear suavemente el puro para que cayera la ceniza.

Él resultaba insignificante para todos ellos, debido a que hacía tiempo que había decidido mantener un perfil bajo. Su linaje había visto de primera mano las crueldades de la corte y la sociedad, y él había aprendido esa lección a través de la lectura de los diarios que había heredado de sus antepasados. Sin embargo, la verdad era que disponía de recursos financieros con los que podría comprar a todos los que se encontraban en ese momento en la habitación.

Gracias a los ordenadores Apple.

La mejor inversión que alguien podía haber hecho en los años ochenta. Y luego fueron las inversiones en las grandes farmacéuticas, en los años noventa. ¿Y antes de

eso? Las corporaciones del acero y las compañías ferroviarias en los albores del siglo veinte.

Él siempre había tenido la habilidad de saber a dónde se dirigirían los humanos con sus entusiasmos y sus necesidades.

Si la glymera lo supiera, su hija sería una mercancía de gran valor.

Pero esa era otra razón por la cual a Abalone no le gustaba hablar de su dinero.

Era increíble ver lo lejos que había llegado su linaje a través de los siglos. Y pensar que le debían todo eso al padre del rey.

Diez minutos después, el salón estaba lleno y eso, más que el ánimo de fiesta, mostraba que la glymera sí reconocía, al menos en parte, la magnitud de lo que estaba teniendo lugar. Llegar tarde era inconcebible en una noche como hoy; las puertas debían estar a punto de cerrarse…

Abalone miró su reloj.

… Ya.

De inmediato se oyó la reverberación de la madera cerrándose.

En ese momento todo el mundo se sentó y guardó silencio, y ahí fue cuando Abalone pudo contar las cabezas y ver quién faltaba. Rehvenge, el leahdyre, claro: él se había aliado con Wrath y nadie podría deshacer ese vínculo. Marissa también estaba ausente, aunque su hermano, Havers, sí estaba ahí. Pero ella estaba emparejada con ese Hermano que nadie conocía, pero que se suponía que descendía del linaje de Wrath.

Naturalmente, ella también estaría ausente…

De repente se abrieron las puertas que estaban a la derecha de la chimenea y entraron seis machos. La audiencia se enderezó de inmediato en sus asientos. Abalone reconoció a dos de ellos en el acto: el aristócrata que iba delante… y el horrible macho con labio leporino que estaba detrás y que había ido a visitarlo junto con Ichan y Tyhm. Los otros cuatro eran sombras similares al otro: tíos enormes, guerreros de ojos aguzados, que permanecían alerta pero no parecían nerviosos, preparados para el combate pero poco dados a precipitarse.

Lo que resultaba más aterrador de ellos era precisamente su control.

Solo los más temerarios podían sentirse relajados en una situación así…

La señora de la casa entró entonces con su hellren, un macho tan encorvado como el mango del bastón que llevaba en la mano, de pelo blanco y con la cara tan arrugada como cortinas plisadas.

La hembra lo sentó como si fuera un chiquillo, y luego le arregló la ropa y le alisó la corbata roja.

A continuación, ella se dirigió a la audiencia, con las manos entrelazadas como si fuese una soprano que estuviera a punto de interpretar un aria frente a un auditorio abarrotado. En opinión de Abalone, la felicidad que le producía la atención que estaba recibiendo resultaba absolutamente inapropiada.

De hecho, todo este asunto era una pesadilla, pensó Abalone, mientras volvía a

dejar caer la ceniza.

Mientras la hembra hablaba, escupiendo agradecimientos y reconocimientos, Abalone se preguntó cómo le iría en la vida después de que su «amado» se fuera al Ocaso. Sin duda, eso dependería del testamento, y de si este era el segundo matrimonio, y de si había descendencia que la precediera en la carrera por quedarse con las propiedades.

Ichan tomó la palabra después de ella:

—… encrucijada… es necesario actuar… trabajo de Tyhm para exponer la debilidad que enfrenta la raza… cónyuge mestiza… heredero con un cuarto de sangre humana…

Era el mismo discurso que le habían echado a él y el resumen solo buscaba fingir que esta era la primera vez que alguien oía algo sobre el asunto. Pero todos estaban preparados y conocían de antemano lo que se esperaba obtener y las repercusiones que se consideraban necesarias.

Abalone miró de reojo hacia el otro extremo del salón. Tyhm, el abogado, estaba de pie con la rigidez de un perchero, y su cuerpo largo y delgado se mantenía completamente vertical. Estaba nervioso y sus ojos parecían embelesados y titilantes al mismo tiempo.

—… el voto de recusación debe ser unánime para tener la mayoría absoluta del Consejo. Más adelante, vuestras firmas serán añadidas con sellos a este documento preparado por Tyhm. —Ichan levantó un pergamino con los símbolos de la Lengua Antigua trazados cuidadosamente en tinta azul, y luego señaló una fila de cintas de muchos colores, un recipiente de plata lleno de velas rojas y una pila de servilletas de lino blanco—. Todos vuestros colores están aquí.

Abalone bajó la mirada hacia el enorme anillo de oro con el sello que llevaba en la mano. Era el mismo que había usado su padre, con el escudo familiar tan profundamente grabado en el metal que todavía se veían con claridad todos los íconos y los adornos, a pesar del paso de los siglos.

Ciertamente el oro del anillo debió de haber sido brillante cuando fue forjado, pero ahora tenía una pátina creada por el uso de varios machos de su familia. Una pátina que habían ido forjando de manera honorable.

Esto no estaba bien, volvió a pensar Abalone. Todo este complot contra Wrath era falso, orquestado solo para satisfacer las ambiciones de aristócratas que no eran dignos del trono: a ellos no les importaba la pureza de la sangre del heredero. Ese solo era el pretexto con el que querían justificar su objetivo.

—¿Votamos? —Ichan miró a la audiencia—. ¿Ya?

Esto era un error.

Abalone sintió que le empezaban a temblar las manos y dejó caer el puro al suelo…, y luego no pudo moverse para recogerlo.

Dile que no a esto, se dijo a sí mismo. Defiende lo que es…

—Todos los que estén a favor digan: «Sí».

Sin embargo, Abalone no dijo nada. Pero no porque tuviera el valor de ser el único en decir «no» cuando preguntaran si alguien se oponía.

En ese momento tampoco abrió la boca.

Abalone dejó caer la cabeza cuando el martillo golpeó la madera.

—La moción es aceptada. El voto de recusación ha sido aprobado. Reunámonos ahora todos para enviar este mensaje de cambio a toda la raza.

Abalone se inclinó y recogió su puro. El hecho de que este hubiera dejado un pequeño agujero en el barniz del suelo parecía apropiado.

Porque él también estaba dejando una mancha en el legado de sus ancestros.

En lugar de ir a firmar el pergamino, Abalone se quedó donde estaba, mientras los representantes de cada familia y todas las hembras se levantaban y se situaban junto a Ichan, desempeñando su papel mientras se añadían los sellos y las cintas. Era como mirar a un grupo de actores en un escenario, mientras cada uno disfrutaba de su momento de popularidad.

¿Acaso sabían lo que estaban haciendo?, pensó Abalone. Le estaban entregando las riendas de la raza a ¿quién? ¿A Ichan?, ¿como fachada de esos guerreros? Esto era un desastre…

—¿Abalone?

Al oír su nombre, Abalone se estremeció y levantó la mirada. Todo el salón lo estaba observando.

Ichan sonrió desde el frente.

—Tú eres el último, Abalone.

Esta era la oportunidad de mostrar que estaba a la altura del nombre de su abuelo. Era el momento de expresar su opinión de que esto era un crimen, de que era…

—Abalone. —Ichan seguía sonriendo, pero había un contundente tono de exigencia en su voz—. Es tu turno. Por tu linaje.

Cuando Abalone puso el puro en el cenicero, vio que sus manos estaban temblando de nuevo y sintió las palmas sudorosas. Entonces se aclaró la garganta y se puso de pie, mientras pensaba en el coraje de su linaje y en la forma en que su ancestro había hecho lo correcto a pesar de los riesgos.

La imagen de su hija se atravesó entonces sus pensamientos, interrumpiendo la emoción.

Y Abalone sintió los ojos de los demás encima, como si fueran miles de rayos láser apuntando hacia él.

Con la intención de matar.

‡ ‡ ‡

Cuando Wrath oyó un golpe en la puerta de su habitación matrimonial, soltó

una maldición y decidió hacer caso omiso.

—Wrath, debes recibir a quienquiera que sea.

Wrath llenó otra cucharada de la sopa que habían preparado frente a sus ojos, con las verduras que él mismo había arrancado de la tierra. El sabor era suave, pero el caldo era muy aromático y los trozos de carne provenían de una vaca recién sacrificada y criada en sus establos.

Una vaca que él mismo había sacrificado.

Entonces se oyó otro golpe en la puerta.

—Wrath —chilló Anha, al tiempo que se enderezaba sobre las almohadas —. Hay gente que te necesita.

Wrath había perdido la noción del tiempo y ya no sabía si era de día o de noche, ni cuántas horas o noches habían pasado desde que ella había regresado a él. Pero no le importaba. Así como tampoco daba un céntimo por los caprichos de la corte, o las preocupaciones de los cortesanos…

Se oyó otro golpe.

—Wrath, dame la cuchara y ve a atender la puerta —le ordenó su hembra.

Ah, y vaya si eso lo hizo sonreír. Su Anha realmente estaba de vuelta.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Wrath y dejó el plato de sopa en el regazo de su compañera, mientras le entregaba el utensilio que estaba usando.

Habría preferido continuar alimentándola él mismo. Pero verla ser capaz de comer sin desparramar nada y encargarse de nutrirse representaba un gran alivio interno para Wrath.

Sin embargo, aún pendía una sombra sobre ellos: ni él ni ella se habían atrevido a hablar todavía de su hijo, acerca de si lo que le había pasado a Anha podría privarlos de su mayor deseo.

Era un tema demasiado doloroso, en especial a la luz de la revelación que le había hecho Tohrture…

—Wrath. La puerta.

—Sí, mi amor.

Mientras caminaba sobre las alfombras de la habitación en dirección a la puerta, Wrath se sentía preparado para decapitar a quienquiera que se hubiese atrevido a entrometerse en el proceso de sanación de su amada.

Solo que cuando abrió los pesados paneles, se quedó inmóvil.

En el pasillo se hallaba reunida la Hermandad de la Daga Negra, y sus cuerpos de guerreros parecían reducir al máximo lo que, de otra forma, era un espacio más que amplio.

El instinto de proteger a su shellan lo hizo desear tener una daga en su mano cuando salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

En efecto, la necesidad de defender su territorio lo hizo apretar los puños,

aunque nunca en la vida lo habían entrenado para pelear. Pero estaba dispuesto a morir para salvarla a ella…

Sin decir palabra, los Hermanos sacaron sus dagas negras y la luz de las antorchas se reflejó en sus hojas con un destello.

Con el corazón palpitándole en el pecho, Wrath se preparó para un ataque.

Solo que no se trataba de eso: al unísono, los Hermanos se arrodillaron sobre una pierna, bajaron la cabeza y clavaron en el suelo de piedra la punta de sus dagas.

Tohrture fue el primero en levantar aquellos increíbles ojos azules.

—Nos comprometemos contigo y solo contigo.

Y luego todos levantaron la vista para mirarlo, reflejando en sus rostros de forma evidente el respeto que hacia él sentían, mientras aquellos increíbles cuerpos se comprometían a servirlo y defenderlo y a luchar a su lado.

Wrath se puso una mano sobre el corazón, pero no pudo decir nada. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo solo que estaba, solo él y su shellan contra el mundo…, aunque eso le había parecido suficiente… hasta ahora.

Además esto era el opuesto absoluto de la glymera. Los cortesanos solo se preocupaban por hacer gestos públicos que no tenían mayor profundidad que una representación teatral.

Pero estos machos…

El rey nunca se inclinaba ante nadie por tradición.

Pero esta vez se inclinó ante los Hermanos. De manera pronunciada y con reverencia.

Y recordando palabras que le había oído a su padre, declaró:

—Vuestra promesa de servicio es aceptada por vuestro rey con gratitud.

Luego agregó algo que le salió del alma:

—Y yo también os la devuelvo y me comprometo con vosotros, con todos y cada uno, a ofreceros la misma lealtad que vosotros me habéis ofrecido y yo he aceptado.

Luego miró a cada uno de los Hermanos a los ojos.

Su padre había usado a estos machos especialmente criados por su fuerza, pero su lealtad pasaba primero por la glymera.

Sin embargo, el instinto le indicaba al hijo que el futuro era más seguro si hacía lo opuesto: con estos machos respaldándolo, él y su amada y cualquier descendencia que tuvieran tendrían más oportunidades de sobrevivir.

—Hay alguien que desea veros —dijo entonces Tohrture desde el suelo—. Nos sentiremos honrados de montar guardia aquí, frente a vuestra puerta, mientras vos os ocupáis de este asunto en vuestro despacho.

—Pero no voy a dejar sola a Anha.

—Si lo deseáis, mi lord, por favor pasad a vuestro despacho. Ahí se encuentra la persona con quien tenéis que hablar.

Wrath entrecerró los ojos. Pero el Hermano no titubeó. Todos ellos permanecían impasibles.

—Dos de vosotros, venid conmigo —se oyó decir entonces Wrath—. El resto podéis permanecer aquí y montar guardia para protegerla.

Con un grito de guerra, la Hermandad se levantó al unísono y sus expresiones lúgubres constituían la mejor representación del estado en que se encontraban las cosas. Pero mientras se organizaban ante la puerta de su habitación matrimonial, Wrath supo desde el fondo del corazón que ellos estaban dispuestos a dar su vida por él y por su shellan.

Sí, pensó. Ellos serían su guardia privada.

Cuando partió, Tohrture tomó la delantera y Ahgony se hizo cargo de la retaguardia, y mientras los tres avanzaban, Wrath sintió que lo protegían como si fueran una armadura.

—¿Quién nos está esperando? —preguntó Wrath en voz baja.

—Lo hemos hecho entrar a escondidas —le respondieron también en voz baja—. Nadie puede conocer su identidad o no sobrevivirá a esta noche.

Tohrture fue el que abrió la puerta, pero debido a su tamaño, no había manera de ver quién estaba…

En el extremo de la habitación había una figura, envuelta en una capa y con la capucha puesta, que no se quedaba quieta: quienquiera que fuera, estaba temblando, lo que hacía que la tela de la capa se moviera gracias al temor que parecía albergar aquel cuerpo.

Ahgony cerró entonces la puerta y los Hermanos permanecieron junto a Wrath.

Al tomar aire, Wrath reconoció el olor.

—¿Abalone?

Unas manos tan pálidas como las de un fantasma subieron hasta la capucha para retirarla.

El joven macho abrió mucho los ojos, tenía la cara blanca como el papel.

—Mi lord —dijo, arrojándose al suelo e inclinando la cabeza.

Era un joven cortesano sin familia, el último eslabón de un linaje de dandis que se encontraba allí solo por la honra de la sangre que corría por sus venas.

—¿Qué te sucede? —preguntó Wrath, al tiempo que volvía a tomar aire por la nariz.

Wrath percibió el aroma del miedo, sí, pero había algo más. Y cuando logró definir de qué se trataba, se sintió… impresionado.

La nobleza no era, por lo general, una emoción que se pudiera oler. Ese era más bien el ámbito del miedo, la tristeza, la felicidad, la excitación…,

pero este macho diminuto, que apenas un año antes habría pasado por una transición que no había contribuido mucho a aumentar el peso de su cuerpo ni su estatura, tenía un propósito que subyacía a su miedo, una motivación principal que solo podía ser… noble.

—Mi señor —dijo con voz ahogada—, perdonadme por mi cobardía.

—¿En relación con qué?

—Yo sabía…, yo sabía lo que ellos iban a hacer y no… —dijo y se le escapó un sollozo—. Perdonadme, mi lord…

Mientras el macho se desesperaba, Wrath pensó que había dos maneras de afrontar esto. Una era la agresiva y la otra era la conciliatoria.

Y Wrath sabía que llegaría más lejos si optaba por la segunda.

Así que se acercó al macho y le tendió la mano.

—Levántate.

Al parecer, Abalone se sintió confundido al oír esa orden. Pero luego aceptó la mano que le tendían y que lo llevó hasta una de las sillas de roble tallado que estaban junto al hogar.

—¿Aguamiel? —preguntó Wrath.

—N-n-n-o, gracias.

Wrath se sentó frente al macho y la silla crujió bajo su peso.

—Respira profundamente.

Al ver que el macho obedecía, Wrath se inclinó hacia él.

—Dime la verdad y yo te libraré de tus temores. Nadie podrá tocarte…, siempre y cuando no me digas una falsedad.

El macho hundió la cara entre las manos. Luego volvió a respirar profundamente.

—Perdí a mi padre antes de la transición. Y mi madre también murió al dar a luz. En ese sentido, soy como vos, señor.

—Es terrible para alguien quedar sin padres.

Abalone bajó las manos y miró a Wrath con ojos firmes.

—No debería haber descubierto lo que encontré. Pero, hace tres amaneceres, me hallaba en el sótano del castillo. No podía dormir y mi melancolía me hizo empezar a caminar por la parte subterránea. No tenía una vela y mis pies enfundados en zapatos de cuero suave no producían ningún ruido, de modo que, cuando oí voces, los otros no se dieron cuenta de que me acercaba.

—¿Y qué viste? —preguntó Wrath con voz suave.

—Hay un cuarto secreto. Debajo de las cocinas. Yo nunca antes lo había visto porque la puerta está escondida de manera que se camufla con las paredes. Y tampoco ahí la habría notado, de no ser porque el panel falso no se había cerrado por completo. Al quedar trabado con una piedra, dejaba una rendija a través de la cual mis ojos pudieron ver lo que pasaba con

claridad. Dentro había tres figuras y formaban un círculo alrededor de un caldero que se hallaba sobre el fuego. Hablaban en voz baja mientras uno de ellos agregaba unos vegetales dentro de lo que fuera que estaban calentando. El hedor era horrible y estaba a punto de dar media vuelta y seguir mi camino… cuando oí vuestro nombre.

Abalone clavó los ojos en una distancia media, como si estuviera viendo y oyendo de nuevo lo que estaba relatando.

—Solo que no hablaban de vos. Estaban hablando de vuestro padre. Estaban contando cómo había enfermado y había muerto, y trataban de determinar la cantidad apropiada para alguien de menor estatura. —El macho sacudió la cabeza—. Yo retrocedí. Y luego hui. Mi mente se hallaba confundida por lo que acababa de presenciar y me convencí… de que todo eso debía de ser algo que había imaginado. Seguramente ellos no podían estar hablando de vuestro padre, ni de vuestra compañera. Habían jurado guardaros fidelidad a vos y a vuestro linaje, así que ¿cómo podían permitir que algo así saliera de sus labios para ser escuchado por otros? —Unos ojos claros e ingenuos se clavaron en los de Wrath—. ¿Cómo podían hacer algo así?

Moderando su rabia, Wrath extendió la mano y la puso sobre el hombro del joven. Aunque sus edades no eran tan distintas, Wrath se sentía como si estuviera hablando con alguien de una generación muy alejada de la suya.

—No te preocupes por las motivaciones de ellos, hijo. Los impuros resultan muy confusos para los machos íntegros.

Los ojos de Abalone se llenaron de lágrimas.

—Yo me convencí de que había sido una equivocación. Hasta que la reina… —El joven volvió a hundir la cara entre las manos—… Querida Virgen Escribana del Ocaso, cuando la reina se desplomó, yo supe que os había fallado. Supe que no era distinto de aquellos que habían causado ese daño, porque no había detenido lo que debería haber…

Para evitar una crisis emocional, Wrath le apretó el hombro.

—Abalone… Abalone, espera.

Cuando el muchacho recobró un poco de compostura, Wrath mantuvo el tono neutro de su voz, aunque en su interior sentía hervir la sangre.

—Tú no eres responsable por las acciones de los malvados.

—Pero debí recurrir a vos… Ellos mataron a la reina.

—Mi shellan está sana y salva. —No había razón para recordar que había estado al borde de perderla—. Te aseguro que se encuentra muy bien.

Abalone se tranquilizó.

—Gracias, bendita Virgen Escribana.

—Y quedas perdonado por mi parte y la de los míos. ¿Entiendes? Yo te perdono.

—Mi lord —dijo el macho, mientras volvía a arrojarse al suelo y ponía la frente sobre el diamante negro que llevaba Wrath—. No lo merezco.

—Sí lo mereces. Porque acudiste a mí y puedes hacer algo para enmendar el error. ¿Podrías llevar a uno de los Hermanos a ese lugar oculto?

—Sí —dijo el macho sin vacilar y se puso de pie enseguida, al tiempo que se ponía la capucha—. Puedo mostrárselo ya.

Wrath le hizo una seña a Ahgony.

—Ve con él.

—Mi lord —dijo el Hermano, para indicar que aceptaba la orden.

—Solo una cosa antes de que te vayas —dijo Wrath con un gruñido—. ¿Puedes decirme quiénes eran?

Abalone clavó los ojos en los del rey.

—Sí. Todos y cada uno de los tres.

Wrath sintió que sus labios esbozaban una sonrisa, aunque no sentía felicidad en su corazón.

—Bien. Eso está muy bien, hijo.

CAPÍTULO 39



Vivir solo y haber sido repudiado por tu único padre vivo tenía una ventaja: cuando no llegas a casa en todo un día, nadie está rechinando los dientes pensando que te han matado.

Y ciertamente gastas menos en teléfono, pensó Saxton mientras esperaba, sentado frente a las puertas del estudio de Wrath.

Después de reacomodarse sobre el elegante sofá, miró por encima de la barandilla dorada. Silencio. Ni siquiera se veía a un doggen limpiando. Pero, claro, algo pasaba en la casa, algo grande, Saxton podía sentirlo en el aire y, aunque no tenía mucha experiencia con las hembras, sabía de qué se trataba.

Alguien estaba pasando por su periodo de fertilidad.

No podía ser otra vez la Elegida Layla, claro. Pero Saxton había oído que el hecho de que una hembra entre en su periodo puede incitar a otras a hacer lo mismo, y era evidente que eso era lo que había ocurrido.

Dios, esperaba que no fuera Beth, pensó Saxton, mientras se frotaba los ojos cansados.

Había que solucionar varias cosas antes de que ella…

—¿Sabes dónde está Wrath?

Saxton volvió a mirar por encima de la barandilla. Rehvenge, el leahdyre del Consejo, había logrado llegar a la mitad de la gran escalera sin que él se diera cuenta de su presencia.

Y definitivamente algo estaba sucediendo: como siempre, el macho estaba imponente con su abrigo de visón y su bastón rojo, pero la expresión de contrariedad que tenía en la cara lo alineaba de inmediato en el territorio de los asesinos.

Saxton levantó un hombro.

—Yo también lo estoy esperando.

Rehv llegó a la segunda planta y siguió hasta las puertas del estudio para

comprobar por sí mismo que no había nadie allí. Luego frunció el ceño, giró sobre los talones de sus mocasines LV y levantó la vista hacia el techo, mientras se arreglaba discretamente los pantalones.

En ese momento, se puso pálido.

—¿Es Beth?

No había razón para dar más explicaciones.

—Eso creo.

—Mierda. —El leahdyre se sentó en el sofá que estaba enfrente y fue entonces cuando Saxton notó el largo tubo de cartón que llevaba en la mano—. Esto se pone cada vez peor.

—Lo hicieron —susurró Saxton—. ¿No es así?

Rehv levantó la cabeza y entrecerró sus ojos color amatista.

—¿Cómo lo sabes?

¿Tú me odias?

Sí.

Saxton desvió la mirada.

—Traté de advertir al rey. Pero… estaba a punto de subir a atender a su shellan.

—No has respondido mi pregunta.

—Fui a la casa de mi padre porque me había llamado. Y cuando estaba allí, entendí todo lo que estaba pasando. —Saxton sacó su teléfono y le mostró las fotos a Rehv—. Logré hacer estas fotos. Son libros sobre las Leyes Antiguas, todos abiertos en referencias acerca de los herederos y la sangre. Como te he dicho, esperaba haber podido hablar con él anoche.

—No habría servido de nada. —Rehv se pasó la mano por la cresta—. Ya todo estaba en marcha…

En ese momento se abrió la puerta que llevaba al piso de arriba y que estaba frente a ellos, al principio del pasillo de las estatuas. Lo que salió por la puerta era…

—Joder… —murmuró Rehv y sacudió la cabeza—. Ahora sabemos cómo será el apocalipsis zombi.

El espectro tembloroso y flojo que salió por la puerta apenas se parecía al rey: el pelo largo, mojado después de una ducha, seguía cayendo desde su famoso pico de viuda; las gafas de sol eran las mismas y, sí, la camiseta y los pantalones de cuero negros coincidían con su uniforme. Pero todo lo demás parecía distinto. Había perdido tanto peso que los pantalones le colgaban como banderas alrededor de las piernas; la cinturilla le quedaba a la altura de los muslos y la supuesta camiseta ceñida flotaba sobre su pecho. Y tenía la cara igual de mal. La piel parecía haberse contraído alrededor de los pómulos y el mentón…, y el cuello…, querida Virgen Escribana, tenía la garganta…

Las venas de los dos lados estaban tan desgarradas y parecían haber sido usadas tantas veces que parecía un extra de *La matanza de Texas*.

Y sin embargo, el macho daba la impresión de flotar sobre una nube. El aire que

lo precedía era suave como una brisa de verano, y su sensación de satisfacción y felicidad era como una burbuja a su alrededor.

¡Qué pena tener que arruinar todo eso!

Wrath reconoció de inmediato a los dos que lo estaban esperando y, cuando se detuvo, movió la cabeza de lado a lado, como si estuviera estudiando sus caras. Pero Saxton estaba seguro de que evaluaba sus auras.

—¿Qué?

Dios, tenía la voz tan ronca que parecía apenas un susurro. Pero un susurro lleno de energía.

—Tenemos que hablar. —Rehv le puso el tubo en la mano como si fuera un bate de béisbol—. Ya.

Wrath respondió con una sarta de groserías. Y luego dijo entre dientes:

—Joder, ¿no podéis darme una hora para alimentar a mi shellan después de su periodo de fertilidad?

—No. No podemos. Y necesitamos a los Hermanos. A todos. —Rehv se puso de pie con la ayuda del bastón—. La glymera ha votado a favor de una recusación. Te van a echar, amigo mío. Y tenemos que generar una respuesta.

Wrath no se movió durante un buen rato.

—¿Con qué argumento?

—Tu reina.

La cara pálida de Wrath se volvió ahora cenicienta.

—¡Fritz! —gritó el rey a todo pulmón.

El mayordomo se materializó desde el salón de la segunda planta, como si hubiera estado esperando durante horas a que lo llamaran.

—¿Sí, Excelencia?

El rey murmuró entonces con voz agotada:

—Beth necesita comida. Llévale todo lo que pueda desear. La dejé en la bañera, pero será mejor que vayas a verla ahora mismo. Está muy débil y no quiero que se desmaye y se ahogue.

Fritz hizo una reverencia tan pronunciada que su cara arrugada casi roza la alfombra.

—Enseguida.

Mientras el doggen se apresuraba a cumplir con su deber, Wrath le dijo:

—¿Y sacarías a mi perro? Después puedes llevarlo a mi despacho.

—Desde luego, Majestad. Será un placer.

Wrath se giró hacia las puertas abiertas de su estudio como si fuera camino de las galeras.

—Rehv, llama a la Hermandad.

—Entendido. Y Saxton debe estar presente en la reunión. Alguien debe darnos una opinión sobre la legalidad de todo esto.

Wrath no respondió. Tan solo entró al salón decorado en tonos azules pálidos,

parecía una sombra en medio de todos esos elegantes muebles franceses.

En ese momento Saxton pudo ver el peso que llevaba el rey sobre los hombros, y sentir el calor del fuego que quemaba aquellos pies, y experimentar la sensación de desastre que se abría en este nuevo giro del camino. Wrath era el capitán del barco de la raza y, como tal, tendría que ser el primero en afrontar los glaciares.

Todo era tan ingrato. Las horas que había pasado encadenado al escritorio de su padre, todos los documentos que había revisado, el montón de páginas que habían sido preparadas por otros y que Saxton le había presentado para que él dictara unas normas que luego salían al mundo.

Una infinita corriente de necesidades que lo absorbía todo.

Después de ponerse de pie, Saxton se arregló la ropa que tenía puesta desde que fuera a la casa de su padre y descubrió la verdad, aunque ya era demasiado tarde.

¿Qué pasaría ahora? Él estaba del lado de Wrath, y no solo porque su padre y él se encontraran tan separados.

Saxton sabía muy bien lo que era que te forzaran a entrar en un molde en el que no encajabas, y luego te satanizaran por no seguir la convención.

Él y Wrath eran espíritus afines.

Trágicamente.

‡ ‡ ‡

En silencio y con el corazón apesadumbrado, Sola recorría la casa que solía compartir con su abuela e iba de una habitación a otra, mirándolo todo, pero sin concentrarse en nada.

—Puedo contratar a alguien para que haga esto —dijo Assail en voz baja.

Sola se detuvo en la cocina, junto a la mesita redonda, y miró por la ventana. Aunque las luces exteriores no estaban encendidas, se imaginó el porche trasero cubierto de nieve. Y vio a Assail parado ahí, en medio del frío.

Todo era un poco frustrante. Había ido allí con una provisión de cajas plegadas y nuevas para empaquetar sus objetos personales… y no los recuerdos sobre este hombre. Pero mientras abría armarios y hacía cálculos sobre la cantidad de papel de periódico que iba a necesitar, en lo único en lo que podía pensar era en él. No en la casa que estaba dejando, ni en las cosas que iba a tener que abandonar, ni en los años que habían pasado desde aquel día de otoño en que ella y su abuela llegaron y decidieron que sí, que esta casa les gustaba.

Había pasado mucho tiempo.

Y sin embargo, en lo único en lo que podía pensar era en el hombre que estaba detrás de ella.

—¿Marisol?

Sola miró por encima del hombro.

—¿Perdón?

—Te pregunté por dónde querías empezar.

—Ah…, por arriba, supongo.

Al salir de la sala, Sola agarró algunas cajas, se metió en la muñeca un par de rollos de cinta y subió las escaleras. En el rellano, decidió empezar… por su habitación.

Solo le tomó un momento armar una de las cajas de tamaño mediano, la cual aseguró con trozos de cinta que cortó con los dientes y que produjeron un sonido similar al que produciría una tela al rasgarla. Finalmente, los cuatros lados de la caja quedaron sólidos y parecían capaces de recibir cosas.

Como su abuela llevaba tantos años encargándose del lavado de la ropa, nadie sabía mejor que ella cuáles eran las prendas favoritas de Sola y por eso todo aquello ya estaba en la casa de Assail. Lo que quedaba en la cómoda eran cosas menores y Sola las arrojó en la caja sin tomarse la molestia de doblarlas: pantalones de chándal que se habían lavado tantas veces que ya eran grises y no negros; jerséis de cuello alto que habían perdido el elástico en el cuello, pero que todavía servían para una emergencia; sujetadores que estaban un poco gastados; forros polares ya raídos; vaqueros de su época de adolescente que Sola usaba para ver cuánto había subido de peso.

—Toma —le dijo Assail con voz suave.

—¿Qué…? —Al ver el pañuelo que él le ofrecía, Sola se dio cuenta de que estaba llorando—. Lo siento.

Antes de advertir lo que hacía, se sentó en su cama doble y, después de secarse los ojos, se quedó mirando el pañuelo y acariciando la tela entre sus dedos.

—¿Qué te aflige? —preguntó Assail y sus rodillas crujieron cuando se arrodilló junto a ella.

Sola lo miró estudiando su cara. Dios, no podía creer que alguna vez hubiera pensado que Assail tenía un rostro duro. Él era… hermoso.

Y sus extraordinarios ojos del color de la luna eran como pozos llenos de compasión.

Pero ella tenía el presentimiento de que eso iba a cambiar.

—Tengo que irme —dijo Sola con voz ronca.

—¿De esta casa? Claro, por supuesto. Y vamos a ponerla en venta, y tú…

—No, de Caldwell.

La quietud que se apoderó de él fue tan intensa como un estallido de actividad. Y todo cambió, a pesar de que permaneció en la misma posición.

—¿Por qué?

Sola respiró profundamente.

—No puedo… No puedo quedarme contigo para siempre.

—Pero claro que sí.

—No, no puedo. —Sola volvió a concentrarse en el pañuelo—. Me iré por la mañana y me llevaré a mi abuela.

Assail se puso de pie y empezó a pasearse por la pequeña habitación.

—Pero estás a salvo conmigo.

—Sí, pero no puedo ser parte de la vida que llevas. Yo simplemente… no puedo.

—¿Mi vida? ¿Qué vida?

—Yo sé lo que sigue ahora. Sin Benloise en el panorama, vas a necesitar conseguir tu mercancía en algún lado… y vas a resolver ese problema de una manera que te convierta no solo en el proveedor de muchos consumidores y pequeños vendedores de Caldwell, sino en el proveedor de toda la costa Este.

—Tú no sabes cuáles son mis planes.

—Pero te conozco. Lo tuyo es tener el control… y eso no es malo. A menos que seas alguien que está tratando de alejarse de todo —dijo Sola y movió la mano hacia delante y hacia atrás—… esto.

—Pero tú no tienes por qué formar parte de mi trabajo.

—Así no es como funciona y tú lo sabes. —Sola levantó la mirada—. Eso puede ser cierto si eres abogado, pero tú no eres abogado.

—¿Y se te ocurre una mejor opción?

Curioso, una parte de ella se animó al sentir que él estaba hablando como si fueran una pareja. Pero la realidad aplastó enseguida ese pequeño rayo de sol.

—¿Acaso crees que podrías empezar una nueva carrera?

El silencio que siguió respondió la pregunta de la forma en que ella sabía que lo haría.

La voz de Assail sonaba contrariada:

—Me cuesta trabajo entender ese cambio de opinión tan abrupto.

—Me sacaron de mi casa y me secuestraron. Me retuvieron en contra de mi voluntad y casi me violan. —Al ver que Assail retrocedía como si ella acabara de darle una bofetada, Sola soltó una maldición—. Es solo que… es hora de que salga de la ilegalidad y me mantenga en el camino correcto. Tengo suficiente dinero, así que no tendré que conseguir un trabajo enseguida, y tengo otra casa.

—¿Dónde?

Ella bajó los ojos.

—Lejos de aquí.

—Ni siquiera me vas a decir a dónde te vas.

—Creo que irías a buscarme. Y por ahora soy demasiado débil para negarme.

Un olor peculiar se difundió por el aire y Sola miró a su alrededor, pensando en esas muestras de perfume que suelen venir en las revistas. Pero todo estaba igual: solo estaban ellos dos en la casa y por ninguna parte se veía un ambientador.

Assail se le acercó.

—No quiero que te vayas.

—Tal vez eso me convierta en una loca, pero me alegra que lo digas. —Sola se llevó el pañuelo de Assail a la boca y lo frotó contra sus labios—. No quiero ser la única que está sintiendo esto.

—Puedo mantenerte alejada del negocio. No tendrás que saber nada acerca de las operaciones, la distribución, el efectivo.

—Solo que mientras sea tu novia, o lo que sea, seré un objetivo. Y si mi abuela vive contigo, ella también será un objetivo. Benloise tiene familia, no aquí en los Estados Unidos, pero sí en Sudamérica. Tarde o temprano van a encontrar su cuerpo, o alguien notará su ausencia, y tal vez no sepan que fuiste tú. Pero tal vez sí.

—¿Acaso crees que no puedo protegerte? —le preguntó Assail con arrogancia.

—Creo que me puedo cuidar sola. Y yo sé que tu casa es una fortaleza. Tú sabes que la he examinado bien. Pero siempre pasan cosas. La gente puede entrar. La gente puede… acabar herida.

—No quiero que te vayas.

Sola levantó los ojos para mirarlo y supo que nunca, jamás, olvidaría la imagen de ese hombre, de pie en el centro de su pequeña habitación, con las manos en las caderas, el ceño fruncido y un aire de confusión.

Como si estuviera tan acostumbrado a hacer las cosas a su manera en todos los aspectos de la vida que no pudiera entender lo que sucedía.

—Te voy a echar de menos —dijo ella con voz quebrada—. Todos los días, todas las noches.

Pero Sola tenía que ser inteligente. La atracción había estado presente entre ellos desde el principio, y el hecho de que él fuera a rescatarla le agregaba otra dimensión a todo eso, una conexión emocional forjada en el fuego de su miedo y su dolor. El problema era que nada de eso era la base para una relación sólida.

Joder, ella lo había conocido mientras lo espiaba por orden de un narcotraficante. Él la había pillado entrando ilegalmente en su propiedad. Los dos se habían seguido a escondidas durante la noche, hasta que ella lo vio haciendo el amor con otra mujer, por Dios Santo. Luego llegó la casi tragedia y un sexo increíble que había sido como una espada de doble filo para su recuperación.

Sola se aclaró la voz.

—Simplemente necesito irme. Y a pesar de lo mucho que duele…, eso es lo que voy a hacer.

CAPÍTULO
40



Era mejor hacer el anuncio aquí abajo, pensó Wrath al entrar al comedor con George a su lado.

Después de ocupar su puesto en la cabecera de la mesa de más de nueve metros de longitud, Wrath esperó a que llegaran todos los demás. No estaba dispuesto a tener esta clase de reunión sentado en el trono de su padre. Eso nunca sucedería. Y no había razón para excluir a nadie de la casa. Esto iba a afectar a todo el mundo.

Tampoco había necesidad de hacer una reunión previa. Wrath no necesitaba un cónclave privado con Rehv y Saxton, donde le contaran los detalles, para luego tener que sentarse a oír cómo se los resumían a todos los demás. No tenía nada que esconderle a su familia y nada iba a hacer que esto fuera más fácil de escuchar.

Wrath se quitó las gafas de sol, se restregó los ojos y pensó en otra razón por la cual le alegraba no estar arriba… El estudio estaba demasiado cerca de Beth. Fritz le había asegurado que ella estaba en cama y comiendo, pero Wrath sabía bien que su shellan era muy capaz de bajar después de los rigores del periodo de fertilidad, para verlo y reconectar con el mundo exterior.

Y aunque esto tuviera que ver con ella, no había ninguna necesidad de que se enterara ahora mismo. Dios sabía que habría mucho tiempo para contárselo…

—Tomad asiento —murmuró Wrath, al tiempo que se ponía de nuevo sus gafas de sol—. Tú también, Z.

Wrath podía sentir a Phury vacilando en la entrada del comedor con su gemelo, y durante los tensos segundos que siguieron, sacudió la cabeza.

—Hoy vamos a olvidarnos del beso del anillo, ¿vale? Solo necesito un poco de espacio.

—Muy bien —murmuró Phury—. Lo que tú digas.

Así que los habían alertado. O tal vez Wrath tenía tan mala pinta como sentía que

tenía.

Cuando los otros fueron llegando en pequeños grupos, Wrath supo exactamente quién iba entrando gracias al olor. Nadie decía nada y él se imaginaba a Phury haciéndole señas a todo el mundo y diciéndoles que cerraran la boca y guardaran la distancia.

—Estoy a tu derecha —anunció Rehv—. Y Saxton está a mi lado.

Wrath asintió con la cabeza en dirección hacia ellos.

Unos minutos después, Tohr dijo:

—Ya estamos todos aquí.

Wrath tamborileó en la mesa con los dedos, mientras se sentía abrumado por el olor a tristeza y ansiedad que percibía, y también por el silencio.

—Cuéntanos, Rehv —ordenó Wrath.

Se oyó el sonido de una silla que se deslizaba hacia atrás sobre la alfombra y luego el rey de los symphaths y leahdyre del Consejo de la glymera empezó a manipular algo. Luego se oyó un *pop…* seguido de un roce, como si estuviera sacando algo de una funda.

Después se oyó que desenrollaba un pergamino y que algo rozaba contra la mesa.

Las cintas de las familias, pensó Wrath.

—No voy a leer toda esta mierda —vociferó Rehv—. No voy a perder mi tiempo en eso. La conclusión es que todos estamparon su firma y su sello en esto. Y, para ellos, Wrath ya no es el rey.

Un montón de expresiones de rabia brotaron enseguida de las gargantas de los miembros de la casa, muchas voces que se mezclaron y se alzaron hasta el techo.

De hecho, fue la shellan de Butch, Marissa, la hembra más refinada de toda la casa, quien hizo el mejor resumen de la situación:

—Esos malditos hijos de puta.

En otras circunstancias, Wrath habría soltado una carcajada al oír esto. Joder, nunca le había escuchado decir una grosería. No creía que algo así pudiera salir de sus perfectos labios.

—¿Con qué argumento? —preguntó alguien.

Wrath interrumpió el parloteo con dos palabras.

—Mi compañera.

A eso le siguió un silencio sepulcral.

—Pero el apareamiento fue totalmente legal —señaló Tohr.

—Sí, pero ella no es totalmente vampira. —Wrath se masajeó las sienes y pensó en lo que él y Beth habían estado haciendo durante las últimas dieciocho horas—. Y eso significa que si tenemos descendencia, ellos tampoco serán del todo vampiros.

Por Dios, qué desastre. Un desastre absoluto. Podría haber tenido una oportunidad si no tuviera descendencia; en ese caso el trono pasaría a su pariente más cercano. Por ejemplo, Butch. O al hijo que tuvieran ese Hermano y su pareja.

Pero ahora…, las cosas habían cambiado, ¿no?

—Nadie es de sangre pura…

—… no estamos en la Edad Media…

—… tenemos que sacarlos a todos…

—Esto es ridículo…

—… ¿por qué están gastando tiempo en…?

Wrath puso orden en medio del caos estrellando un puño contra la mesa.

—Lo que está hecho, hecho está. —Dios, eso dolió—. La pregunta es qué viene ahora. Cómo vamos a responder y quién diablos piensan ellos que va a gobernar.

Entonces habló Rehv.

—Dejaré que Saxton se ocupe de los aspectos legales de la primera parte, pero yo puedo responder la segunda. Es un tío llamado Ichan, hijo de Enoch. Aquí dice —dijo y se oyó cómo crujía el pergamino— que es ¿primo tuyo?

—Qué diablos voy a saber yo. —Wrath se movió en su silla—. Nunca lo he visto. El tema es dónde está la Pandilla de Bastardos. Ellos tienen que estar involucrados en esto.

—No lo sé —dijo Rehv mientras volvía a enrollar la proclama—. Me parece un poco sofisticado para el gusto de Xcor. Su estilo es más bien meterte una bala en la cabeza.

—Pero él está detrás de esto —dijo Wrath sacudiendo la cabeza—. Mi suposición es que va a dejar que las cosas se tranquilicen, luego va a matar a ese cabrón de Ichan y a apropiarse del trono.

Entonces habló Tohr:

—Pero ¿acaso no puedes modificar las Leyes Antiguas? Como rey puedes hacer lo que quieras, ¿no?

Al ver que Wrath le hacía una seña, Saxton se levantó y su silla crujió suavemente.

—Desde el punto de vista legal, el significado de este voto de impugnación es que ellos le quitan al rey todos los poderes para mandar y gobernar. Cualquier intento de cambiar la redacción de las leyes sería ahora nulo. Wrath sigue siendo el rey en el sentido de que todavía posee el trono y el anillo, pero, en la práctica, no tiene ningún poder.

—Entonces ¿pueden designar a alguien más? —preguntó Wrath—. ¿Así, sin más?

—Me temo que sí. Encontré una nota de procedimiento oculta que estipula que, en ausencia de un rey, el Consejo puede designar a un soberano *de facto,* gracias a una mayoría absoluta, y eso es lo que han hecho. El pasaje tenía la intención de cubrir la situación en tiempos de guerra, en el caso de que toda la Primera Familia fuese asesinada, junto con sus herederos inmediatos.

Eso ya lo he vivido, pensó Wrath.

El abogado siguió diciendo:

—Han usado esa cláusula y, desgraciadamente, desde el punto de vista legal, todo es válido, aunque la están usando de una forma que no estaba contemplada en los

borradores originales de las leyes.

—¿Cómo es posible que no hayamos previsto esto? —dijo alguien.

—Es culpa mía —dijo Saxton con brusquedad—. Y por eso, ante todos vosotros, presento mi renuncia como abogado. Es imperdonable que se me haya pasado esto…

—A la mierda con eso —dijo Wrath con voz agotada—. No acepto tu…

—Pero es mi propio padre quien lo ha hecho. Y lo peor es que yo debería haber investigado esto. Debería haber…

—Basta —lo cortó Wrath—. Si seguimos ese argumento, yo debería haber sabido lo que pasaría desde el principio, porque los que redactaron esa mierda fueron mis padres. No acepto tu renuncia, así que olvídate de toda esa historia de la renuncia y siéntate, pues te voy a necesitar.

Joder, vaya si Wrath tenía habilidades sociales.

Después de maldecir un poco más, Wrath murmuró:

—Entonces, si he entendido bien, no hay nada que yo pueda hacer.

—Desde el punto de vista legal —dijo Saxton—, eso es correcto.

En la larga pausa que siguió, Wrath se sorprendió pensando que, después de sentirse tan miserable no solo durante los siglos que transcurrieron antes de decidir asumir el legado de su padre, sino durante todas las noches que llevaba en el cargo, lo lógico sería que se sintiera aliviado. No más papeleo sobre su escritorio, ni exigencias de la aristocracia, ni cosas anticuadas, ah, y también estaba el hecho de tener que estar encerrado en la casa, luchando solo con Payne, con una atrofia en la mano con la que manejaba la daga…

Hasta el punto de que se sentía como una figurita de Hummel.

Así que sí, debería estar feliz de que lo liberaran de toda esa mierda.

Pero en lugar de eso se sentía descorazonado.

Esto era como perder a sus padres de nuevo.

‡ ‡ ‡

Al final, Wrath decidió que tenía que ver el cuarto secreto con sus propios ojos. Escondido bajo una capa humilde, para que nadie se diera cuenta de que era él, procedió a atravesar el castillo con Ahgony, Tohrture y Abalone, quien también estaba disfrazado.

Moviéndose rápido por los pasillos de piedra, pasaron junto a miembros de la casa, doggen, cortesanos y soldados. Sin el peso de las venias y los saludos formales que le hubieran hecho al rey, lograron atravesar el castillo en minutos y Wrath notó cómo este se iba volviendo más burdo a medida que se alejaban de las áreas que habitaba la corte y entraban en el dominio de los criados.

Los olores eran distintos aquí. Nada de flores ni aromas frescos, o ramilletes de especias, o hembras perfumadas. En esta extensa área del castillo todo era oscuro y húmedo y los hogares no se limpiaban con regularidad, lo que implicaba que el aire estaba lleno de hollín. Sin embargo, al llegar a la cocina, el glorioso perfume de las cebollas asadas y el pan horneándose lo elevaban todo.

No entraron propiamente en la zona de la cocina. En lugar de eso tomaron unas escaleras estrechas que bajaban todavía más. Al pie de ellas, uno de los Hermanos tomó una antorcha encendida y se llevó aquella luz titilante para alumbrar el camino.

Las sombras los seguían, alargándose por el suelo de tierra pisada como ratas que se arremolinaban a sus pies.

Wrath nunca había estado allí abajo. Como rey, siempre había permanecido en las partes bonitas de la propiedad.

Sin embargo, este parecía un lugar apropiado para ejercer la maldad, pensó, mientras Abalone se detenía frente a un tramo de pared que no parecía distinto de los otros.

—Aquí —susurró el macho—. Pero no sé cómo entraron.

Ahgony y Tohrture empezaron a tantear la pared, utilizando la luz para examinarlo todo.

—¿Qué es esto? —dijo Ahgony—. Hay un borde.

La «pared» era en realidad una fachada, una frágil fachada pintada del mismo color para que pareciera un pedazo más de la construcción de piedra. Y dentro…

—No, mi lord —dijo Ahgony, antes de que Wrath se diera cuenta de que iba a entrar—. Yo iré primero.

Con la antorcha en alto, el Hermano penetró en la oscuridad y las llamas revelaron lo que parecía ser un taller lleno de utensilios: a un lado había una mesa burda, que se asentaba sobre patas sin ninguna gracia y sobre la cual reposaban frascos de cristal con tapas de pesado metal; un mortero con su mano; una tabla de cortar, muchos cuchillos. Y, en el centro, un caldero sobre un hogar.

Wrath se acercó a la marmita.

—Traed la luz.

Ahgony dirigió la iluminación hacia el interior del caldero.

Un horrible cocido, frío ya, pero que evidentemente había sido cocinado allí, reposaba en el interior como los restos de una inundación de aguas negras.

Wrath metió el dedo y lo levantó para estudiar aquel fango de color marrón. Al olerlo, pensó que, a pesar de su consistencia y la profundidad de su color, no tenía mucho aroma.

—No vayáis a probarlo, mi lord —le dijo Tohrture—. Si es necesario, lo haré yo.

Wrath se limpió el dedo en la capa y se acercó a los frascos de cristal. Ahí no reconoció ninguna de las distintas raíces que contenían, ni las hojas, ni los polvos. Tampoco había receta, ni ningún trozo de pergamino con notas para la preparación.

Así que quienes lo habían preparado debían de conocer los ingredientes de memoria.

Y habían usado este espacio desde hacía tiempo, pensó Wrath, al pasar sus dedos por la mesa llena de marcas. Luego inspeccionó el agujero de ventilación que había sobre la marmita.

Al dar media vuelta, se dirigió a Abalone.

—Has honrado tu linaje. Esta noche has demostrado tu valía. Vete ahora, pero recuerda que lo que suceda a partir de ahora no caerá sobre ti.

Abalone hizo una profunda reverencia.

—Mi lord, nuevamente os digo que no soy digno de esto.

—Eso es algo que yo decidiré y ya he realizado mi declaración. Ahora vete. Y guarda silencio sobre todo esto.

—Tenéis mi palabra. Es lo único que tengo para ofreceros y es vuestra y de nadie más.

Abalone se inclinó hacia el diamante negro y estampó un beso sobre la gema. Luego se marchó y sus pisadas se fueron alejando mientras avanzaba por el pasillo.

Wrath esperó hasta no oír nada. Luego dijo en voz baja:

—Quiero que os hagáis cargo de ese joven. Proporcionadle suficiente riqueza del tesoro para que pueda salir adelante con su familia y las generaciones por venir.

—Como digáis, mi lord.

—Y ahora cerrad la puerta.

No se oía nada. Tampoco se veía nada. Cuando cerraron la puerta no se oyó ni un crujido.

Wrath empezó a pasearse durante largo rato por aquel espacio diminuto, mientras imaginaba que el fuego estaba encendido y calentaba el ambiente, al tiempo que descomponía las diferentes sustancias del material vegetal, las raíces, los polvos…, convirtiendo la riqueza de la naturaleza en un veneno.

—¿Por qué ella? —preguntó—. Si mataron a mi padre y quieren el trono, ¿por qué no atacarme a mí?

Ahgony sacudió la cabeza.

—Es lo mismo que me pregunto yo. Quizás no querían un heredero. ¿Quién debe sucederos según vuestro linaje? ¿Quién sería el próximo en la línea de sucesión al trono si vos no tenéis hijos?

—Hay primos. Primos lejanos.

Las familias reales tendían a tener pocos hijos. Si la reina sobrevivía al alumbramiento, por lo general no la arriesgaban innecesariamente, en especial si el primogénito era un varón.

—Pensad, mi lord —dijo Ahgony—. ¿Quién seguiría en la línea de sucesión? ¿Tal vez alguien que pronto va a nacer? Ellos podrían estar haciendo tiempo en espera de que nazca, después de lo cual os apuntarían a vos.

Wrath se levantó las mangas del abrigo y se miró los antebrazos. Después de la transición, se había tatuado en los brazos las líneas familiares y pudo mirar quién estaba vivo, quién estaba muerto, quién tenía hijos y quién estaba esperando descendencia…

Wrath cerró los ojos cuando la solución al dilema apareció frente a sus ojos.

—Sí. Sí, así es.

—¿Mi lord?

Wrath dejó caer las mangas del abrigo.

—Ya sé en quién están pensando. Es un primo mío y su compañera está esperando un hijo ahora. La otra noche estaban diciendo que esperaban que la Virgen Escribana los premiara con un varón.

—¿De quién estás hablando?

—De Enoch.

—En efecto —dijo Tohrture con voz lúgubre—. Debería haberlo sabido.

Sí, pensó Wrath. Su consejero principal. Debía de estar buscando el trono para un hijo que aumentaría las riquezas de la familia en el futuro, mientras él mismo se ceñiría la corona durante varios siglos.

En medio del silencio, Wrath pensó en su despacho, el escritorio lleno de pergaminos que lo cubrían por completo, la pluma y los tinteros, las listas de temas pendientes. Wrath adoraba todo eso, las conversaciones, los juicios, el proceso de llegar a una decisión razonada.

Luego vio el cadáver de su padre con las manos enguantadas y las uñas azuladas de su shellan.

—Hay que encargarse de esto —declaró.

Tohrture asintió.

—La Hermandad encontrará y se encargará del…

—No.

Los dos Hermanos clavaron sus ojos en Wrath.

—Ellos atentaron contra mi sangre. Y yo iré tras la suya en respuesta, personalmente.

La expresión de los dos guerreros entrenados y criados para la guerra se volvió imperturbable, y Wrath sabía lo que estaban pensando. Pero eso no

importaba. Tenía el deber de vengar su linaje y a su amada.

Al fondo del cuarto había un banco bajo que cabía bajo la mesa y Wrath lo acercó. Luego tomó asiento y señaló el caldero con la cabeza.

—Ahgony, ve y enaltece la fuerza vital de mi compañera. Que todos sepan que ella ha sobrevivido. Tohrture, quédate aquí conmigo. Vamos a esperar el regreso de los asesinos. Tan pronto como oigan la noticia, regresarán otra vez aquí para hacer un segundo intento… y yo les daré la bienvenida.

—Mi lord, tal vez pueda ofreceros mis servicios de otra manera. —Ahgony miró a su Hermano—. Permitidnos acompañaros de regreso a donde vuestra compañera y luego dejad que nosotros nos encarguemos de quienquiera que venga aquí.

Wrath cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó contra la pared.

—Y llévate la antorcha.

CAPÍTULO 41



Beth necesitaba mirarse al espejo.

Aunque se encontraba en un estado de agotamiento completamente nuevo para ella, sencillamente necesitaba levantarse de la cama, caminar derecha sobre las gruesas alfombras y ponerse bajo el potente rayo de luz de los lavabos del baño. A medida que avanzaba, sentía su cuerpo como un engendro de músculos doloridos y tensos, al lado de entrañas licuadas y fofas…, y al parecer su cerebro se inscribía en el segundo grupo: se sentía incapaz de mantener un solo pensamiento en la cabeza, mientras fragmentos del día y la noche previos seguían titilando en su memoria, pero sin agarrarse lo suficiente para componer una noción concreta.

Al ver su reflejo en el espejo, Beth se asombró: era como si estuviese viendo a su propio fantasma, y no porque estuviera pálida. De hecho, tenía la piel radiante y los ojos brillantes, aunque sentía un agotamiento absoluto en los huesos, como si hubiese ido a Sephora a que le hicieran un maquillaje profesional. Demonios, incluso el pelo parecía sacado de un anuncio de Pantene.

No, la parte espectral tenía que ver únicamente con el camisón Lanz que se había puesto: de franela y tan grande como una carpa de circo, el estampado blanco y celeste parecía una nube que la rodeara, inflada por todas partes.

La hizo recordar la película *Bitelchús*, con Geena Davis y un Alec Baldwin de tamaño reducido y menos enfadado, atrapados en la vida después de la muerte y deambulando por su casa en enormes camisones, tan aterradores como Casper.

Al bajar la vista, Beth se inclinó y recogió el kit con los medicamentos que nunca utilizaron. Lo volvió a cerrar y lo dejó en el lugar donde lo había encontrado, sobre la encimera, entre los dos lavabos.

Dios, Beth no sabía si sería efecto de la resaca, o de todas las hormonas que seguían circulando por su flujo sanguíneo, pero todo aquello le parecía una escena

imaginaria, un recuerdo borroso que había sido, al mismo tiempo, una vívida y violenta experiencia.

Sin embargo, lo que había sucedido antes de la llegada del periodo de fertilidad sí se le presentaba cada vez más claro. Como alguien cuyos síntomas no parecen decir nada hasta que recibe un diagnóstico, Beth pensó en los cuatro meses que acababan de pasar… y sumó los repentinos cambios de humor, el deseo de tener un hijo, los antojos por cosas de comer y la ganancia de peso.

Un síndrome premenstrual al estilo vampiro.

Todo este asunto del periodo de fertilidad parecía estar cocinándose desde hacía tiempo. Solo que ella no había atado cabos…

Al volver a concentrarse en el espejo, Beth se acercó. No, sus rasgos parecían los mismos de siempre. Solo sentía que deberían ser distintos.

Tal como había ocurrido con la transición.

Wrath también la había ayudado a pasar la transición. Y era curioso que, al igual que con el periodo de fertilidad, ella se había sentido extraña durante algún tiempo antes de que tuviera lugar el cambio. Inquieta, con trastornos del apetito, dolores de cabeza cuando se exponía al sol…

Beth se preguntó si enterarse de que estaba embarazada representaría un descubrimiento tan grande como saber que era una vampira.

Mientras se ponía la mano en el vientre pensó que, de hecho, eso era lo más probable.

Por alguna razón, Beth recordó lo que había ocurrido después de la transición. Lo primero que había hecho después de superarla fue ir a mirarse al espejo del baño. Al menos en ese caso tenía unos colmillos que mostraban que todo era real. Pero ahora cualquier cambio que pudiera estar teniendo lugar sería solo interno.

Al menos su abdomen todavía estaba hinchado. Aunque eso se debía más bien a los kilos que había subido por cuenta de la dieta de Breyers a la que se había sometido.

O quizás estuviera embarazada. En este mismo momento.

Al imaginarse al tío del anuncio de AT&T del infinito x infinito, Beth supo que aunque Wrath había estado con ella todo el tiempo durante el periodo de fertilidad, sería una locura pensar que había cambiado completamente de opinión como por arte de magia y que de repente se iba a sentir feliz de formar una familia.

Suponiendo, claro, que sí estuviera embarazada.

Al ver el reflejo de sus propios ojos, se preguntó qué diablos era lo que había comenzado. Había cosas en la vida que se podían deshacer.

Pero esta no era una de esas cosas…

El estómago de Beth dejó escapar entonces un sonido que hacía pensar que su corazón acababa de descender hasta las profundidades de su trasero. Así que Beth echó un vistazo de reojo y murmuró:

—Muy bien, gente, vamos a ponernos todos de acuerdo.

Mientras sus entrañas procesaban la comida que acababa de darles, Beth giró sobre sus talones y regresó a la cama.

Pero no fue allí donde terminó su excursión.

En lugar de eso, se dirigió al armario, se puso una bata azul y metió sus pies enfundados en medias dentro de un par de botas UGG de color rosado que Marissa les había regalado a todas las hembras de la casa a modo de broma.

Las habitaciones de la Primera Familia eran tan suntuosas que Beth nunca le había dedicado mucho tiempo a pensar en cómo habían logrado componer algo así y más bien se sentía aliviada cada vez que salía de allí. Sí, claro, el lugar era encantador…, si eras un sultán. Por Dios Santo, era como tratar de dormir en la cueva de Alí Babá, pues las gemas brillaban desde las paredes y el techo, y ninguna era falsa.

Y no, tampoco se había acostumbrado nunca al inodoro de oro.

Todo el asunto le parecía absurdo…

Joder, pensó al cerrar la bóveda al salir. ¿Cómo podría alguien criar a un niño en ese ambiente?

Un niño que fuera medianamente normal, claro.

Mientras bajaba las escaleras hacia la segunda planta, Beth se dio cuenta de que ese era otro aspecto de toda esta historia sobre tener un hijo que ella tampoco había considerado: estaba tan concentrada en tener un bebé que no había pensado cómo sería tener un hijo cuando llevabas esta clase de vida.

El bebé sería un príncipe o una princesa. Y en el primer caso, también sería el heredero al trono.

Ah, y posdata, ¿cómo le cuentas a tu hijo que alguien que quería la corona le disparó a su padre en la garganta?

Dios, ¿por qué nunca se le había ocurrido pensar en todo eso?

Y ese era precisamente el razonamiento de Wrath, ¿no?

Al salir de la escalera, Beth se dirigió al despacho de Wrath, mientras oía a lo lejos la conversación que venía del vestíbulo.

Se sorprendió un poco al descubrir que Wrath no se encontraba en su escritorio. Cuando Fritz le llevó la comida, Beth supuso que su hellren ya se hallaba inmerso en el trabajo.

Sin embargo, Beth entró de todas formas al estudio y se quedó mirando ese inmenso trono de madera y luego entrecerró los ojos, tratando de imaginarse a su hijo, o hija, sentado allí. Porque, al diablo con las Leyes Antiguas, si tenían una niña, Beth misma se encargaría de que su marido cambiara las reglas.

Si la monarquía británica podía hacerlo, los vampiros también.

Dios…, ¿de verdad estaba pensando en eso?

Beth se masajeó las sienes y reconoció que todo esto no era más que la punta del iceberg contra el que se había estado estrellando Wrath… mientras ella jugueteaba infantilmente en su cabeza, disfrutando del debate interno acerca de si eran mejores

los pañales de tela o los desechables, o qué clase de monitor deberían comprar para estar pendientes del bebé, o si le gustaban o no los nuevos estilos de cuna de Pottery Barn.

Cosas de niños, la clase de cosas sobre las que había visto discutir a Bella y a Z, y que al final terminaban comprando y usando.

Ninguno de sus pensamientos había tenido nada que ver con criar a un niño hasta que se convirtiera en adulto. Que era la parte en la que se había concentrado Wrath.

De repente Beth sintió como nunca antes las presiones que conllevaba esa enorme silla de madera tallada: aunque las había vivido en carne propia, la verdadera carga que ellas implicaban solo se hizo patente ante sus ojos en ese momento…, al imaginar a un hijo suyo sentado donde su compañero se sentaba todas las noches.

Beth salió rápidamente del estudio.

Había solo otros dos lugares donde podía estar Wrath: el gimnasio o, quizás, la sala de billar.

Ah, no, ya nadie iba a la sala de billar.

Al menos no hasta que compraran muebles nuevos.

Joder, ¡qué desastre!

Beth se levantó el camisón y la bata y bajó las escaleras corriendo, hasta que el meneo de sus propios órganos internos le produjo náuseas y tuvo que disminuir el paso.

Al cruzar el vestíbulo con el mosaico del manzano florecido, se imaginó que podría preguntarle a quienquiera que estuviera en el comedor…

Tan pronto como cruzó los arcos, Beth quedó paralizada.

A pesar de que no era la hora de comer, todos los miembros de la casa estaban sentados a la mesa… y algo horrible había sucedido: su familia era como una colección de versiones de cera de sí mismos, todos inmóviles en sus sillas, con rostros que tenían los rasgos correctos, pero una expresión extraña.

Y todos tenían los ojos clavados en ella.

Al ver que Wrath levantaba la cabeza y la volvía hacia ella, Beth sintió como si estuviera reviviendo su transición, cuando subió desde el sótano de su padre y encontró a los Hermanos sentados a la mesa. La diferencia, claro, es que en ese momento se había producido una gran sorpresa en el salón.

Ahora, la situación era totalmente distinta.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Beth.

‡ ‡ ‡

En el Viejo Continente, Xcor y su Pandilla de Bastardos vivían en un castillo que parecía haber brotado de la tierra, como si las piedras mismas de su construcción hubiesen sido expulsadas por el suelo, rechazadas como si fueran un tumor. Situada sobre un monte agreste y deshabitado, la construcción vigilaba con gesto huraño la

pequeña aldea de un pueblo humano medieval, y su fortificación parecía más terrorífica que magnífica. Y por dentro no era menos desapacible: fantasmas de humanos muertos vagaban por las múltiples habitaciones y en especial el gran salón, tirando los adornos de las mesas, haciendo temblar los candelabros de hierro y derribando los leños ardientes de las chimeneas.

Pero los Bastardos encajaban bien ahí.

En el Nuevo Mundo, en cambio, vivían en un callejón sin salida, en una casa de estilo colonial cuya habitación principal estaba pintada del color del intestino grueso.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Realmente nos hemos apoderado del trono!

—¡Gobernaremos para siempre!

—¡Bravo!

Mientras sus guerreros se felicitaban mutuamente y comenzaban a beber, Xcor permanecía sentado en el sofá del salón añorando el gran salón del castillo. Aquel parecía un espacio más apropiado para ser testigo del plan que ellos habían urdido y que habían logrado sacar adelante.

Un techo de menos de dos metros y medio de altura y sofás forrados con una tela que apenas imitaba el terciopelo sencillamente no parecían lo apropiado para un evento de aquella magnitud.

Además, su castillo… había sido el hogar de la Primera Familia de la raza. Anunciar el derrocamiento de Wrath en el lugar mismo en el que él había nacido y donde se había criado habría tenido mucha más repercusión.

Tal vez el hecho de encontrarse en ese lugar tan insignificante y residencial era lo que privaba a Xcor de la alegría que compartían sus guerreros.

Solo que no, había algo más: esta guerra con Wrath todavía no había acabado.

Era imposible que las cosas terminaran así. Había sido demasiado fácil.

Al reflexionar sobre su viaje hasta ese momento, Xcor solo podía sacudir la cabeza. Antes de venir al Nuevo Mundo, volando sobre el océano por las noches, parecía tener las cosas mucho más controladas. Después de la muerte del Sanguinario, Xcor había tomado las riendas de los soldados y había disfrutado de varios siglos de conflicto con la Sociedad Restrictiva, después de que la Hermandad se mudara a Caldwell.

Con el tiempo, sin embargo, después de todos sus éxitos en el campo de batalla, solo habían quedado humanos y era difícil encontrar mucha resistencia en esas ratas sin cola.

Xcor había deseado el trono tan pronto como aterrizó porque… estaba ahí.

Y tal vez sabía que, a menos que se apoderaran de la corona, él y su Pandilla de Bastardos serían perseguidos: tarde o temprano, la Hermandad descubriría su presencia y querría ejercer su superioridad sobre ellos.

O eliminarlos.

Gracias a sus esfuerzos, sin embargo, las cosas ahora habían dado un giro de ciento ochenta grados y él había obtenido poder sobre ellos y su rey. Y eso era lo que

resultaba tan extraño. La sensación de que, en cierto sentido, ahora tenía menos controladas las cosas no era lógica…

Cuando Balthazar soltó una carcajada y Zypher se sirvió más ginebra, ¿o era vodka?, Xcor estalló:

—¡Él todavía no ha respondido!

Todo el grupo se giró para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Quién no ha respondido? —preguntó Throe, al tiempo que bajaba su vaso. Los otros tenían copas de plástico rojo o estaban bebiendo directamente de la botella.

—Wrath.

Throe negó con la cabeza.

—Él ya no puede responder, en la medida en que, desde el punto de vista legal, carece de poder. No hay nada que pueda hacer.

—No seas ingenuo. Puedes estar seguro de que habrá una reacción a nuestra bala de cañón. Esto todavía no ha terminado.

Xcor se levantó, pues sentía en su cuerpo una impaciencia que le producía movimientos nerviosos que trataba de mantener en secreto.

—Sin ánimo de faltarte al respeto —dijo Throe—, no logro ver qué podría hacer Wrath.

Dándole la espalda a la alegría de sus subalternos, Xcor dijo:

—Recordad mis palabras, esto no ha terminado. La pregunta es si podremos mantenernos después de que él responda.

—¿A dónde vas? —le preguntó Throe.

—Fuera. Y no quiero que me sigáis, gracias.

Ese «gracias» sonó más bien como un insulto, pensó Xcor al tiempo que se desmaterializaba a través de la enclenque puerta principal de la casa y reaparecía en el jardín.

Ya no había más casas en esta parte de la urbanización y la única construcción que se veía alrededor era una caseta del sistema de alcantarillado municipal.

Xcor echó la cabeza hacia atrás y estudió el cielo. No había luz de luna y las nubes prometían más nieve.

Sí, en este momento de triunfo, Xcor no sentía gran dicha o sensación de satisfacción. Esperaba sentirse… bueno, *feliz*, tal vez, aunque esa emoción no formara parte de su vocabulario. Pero la verdad es que se sentía tan vacío como cuando llegó a esas tierras y tan enfermo que empezó a experimentar una gran ansiedad…

Oh, mierda. Xcor conocía la causa de su preocupación.

Era su Elegida, claro.

Mientras sus hombres disfrutaban la ilusión de la victoria, solo había un lugar al que él quisiera ir, aunque eso implicara poner su vida en riesgo.

Pero eso fue lo que hizo, dirigirse al norte.

Viajando a través del aire gélido de la noche, sus moléculas se dispersaron en una

oleada hasta el pie de una de las montañas que se hallaba en el extremo mismo del territorio de Caldwell.

De pie en medio de los pinos y robles, con las botas de combate plantadas en la nieve, Xcor levantó la vista aunque no pudiera ver la cima de la montaña.

De hecho, no podía ver mucho más que lo que estaba a un metro de distancia de él.

Pero la naturaleza brumosa del paisaje que tenía delante no dependía del clima o las características del terreno. Era un asunto de magia. Una habilidad de prestidigitación que él no podía entender, pero cuya existencia tampoco podía cuestionar.

Xcor había seguido a su Elegida hasta ahí.

Tiempo atrás, cuando ella había ido a la clínica y él había tenido pavor de que los Hermanos le hubieran hecho daño en venganza por haberlo alimentado, él había esperado que ella saliera de la clínica y luego la había seguido hasta ahí. En efecto, a ella la habían manipulado para que aceptara alimentarlo de la vena. Y le había salvado la vida, pero no por elección propia, sino engañada por Throe… Y de nuevo, Xcor volvió a arrepentirse de haber enviado a ese guerrero a la Hermandad. Si él no hubiese tratado de castigar a su subalterno de esa manera, ninguno de los dos habría conocido a la Elegida.

Y su pyrocant seguiría siendo un desconocido para él.

En realidad, Xcor pensaba en el beneficio que le habría representado el hecho de no haber sabido nunca de la existencia de esa hembra, ni haber conocido su aroma ni el sabor de su sangre, ni haber disfrutado de esos dramáticos momentos robados al tiempo en aquel coche.

En cambio, Xcor sentía que todo aquello había sido como agarrar una sierra y cortarse una pierna.

Sin quererlo, él se había ofrecido para cruzarse en el camino de ella.

Mientras miraba fijamente el borde de la niebla, Xcor se preparó y atravesó la barrera. Su piel sintió una señal inmediata de advertencia y sus instintos se activaron debido al campo de fuerza, que le produjo una horrible sensación de terror. Sin embargo, Xcor siguió adelante, aplastando con sus botas el suelo, mientras que una leve pendiente le informó de que empezaba, de hecho, a subir la montaña.

En este momento de triunfo, el único lugar donde él quería estar era con la hembra que no podía poseer.

CAPÍTULO 42



En términos generales, si tu marido se niega a decir una palabra hasta que estéis a puerta cerrada y a solas, seguramente es porque las cosas no van bien.

Cuando Beth oyó que se cerraban las puertas del estudio tras ellos, se dirigió de inmediato al hogar y acercó sus manos al fuego. De repente sintió mucho frío…, en especial cuando vio que Wrath no iba a sentarse detrás de su escritorio.

Su hellren se sentó en cambio en uno de los dos sofás franceses azules y el mueble dejó escapar una protesta muy poco femenina al sentir la presión de todo ese peso.

George se instaló a los pies de su amo y el perro levantó la vista como si él también estuviera esperando algo.

Wrath solo miraba fijamente al frente, aunque no pudiera ver nada, con el ceño fruncido tras las gafas de sol y el aura más negra que su pelo.

Dándose la vuelta, Beth acercó el trasero a la fuente de calor y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me estás asustando.

Silencio.

—¿Por qué no te sentaste en el escritorio? —preguntó ella bruscamente.

—Porque ya no es mi escritorio.

Beth sintió que se le caía el alma a los pies.

—¿Qué estás…? Perdón, ¿qué has dicho?

Wrath se quitó las gafas de sol y apoyó un codo sobre la rodilla mientras se restregaba los ojos.

—El Consejo me ha depuesto.

—¿Qué coño dices? ¿Cómo? ¿Qué han hecho?

—Eso no importa. Pero me han jodido. —Wrath soltó una carcajada nerviosa—.

Escucha, al menos ahora todos esos papeles que están ahí ya no son problema mío. Que se gobiernen ellos solos… Que tengan su baile de peleas y discusiones sobre mierdas insulsas…

—¿Con qué argumentos?

—¿Sabes qué es lo peor? Que yo odiaba este trabajo, pero ahora que no lo tengo… —Wrath volvió a restregarse la cara—. En todo caso…

—No lo entiendo. Tú eres el rey por derecho de sangre y la raza se rige por la monarquía. ¿Cómo han podido hacerlo?

—Eso no importa.

Beth entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Wrath estalló y comenzó a pasearse, pues conocía de memoria la disposición de los muebles desde hacía tiempo.

—Esto nos permitirá estar más tiempo juntos. Lo cual no es malo, en especial si estás embarazada. Y, joder, si ahora tienes un bebé, parte de lo que tanto me preocupaba ya no tiene importancia…

—Te das cuenta de que de todas maneras voy a averiguarlo, ¿no? Si no me lo dices, encontraré a alguien que lo haga.

Wrath se acercó al escritorio y comenzó a pasar las manos por los bordes tallados. Luego acarició la parte superior del trono, siguiendo los relieves de la madera.

—Wrath. Habla. Ya.

A pesar del tono de Beth, pasó un buen rato antes de que Wrath hablara. Y cuando por fin lo hizo, su respuesta no fue lo que Beth se estaba esperando…, sino algo mucho más devastador.

—El argumento para deponerme… eres tú.

Muy bien, hora de sentarse.

Beth se acercó al mismo sofá en que se había sentado Wrath y se dejó caer sobre los cojines.

—¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué es lo que he hecho?

Dios, la idea de que ella fuera la causa por la cual le habían quitado el trono era…

—No se trata de nada que hayas hecho. Es… por ser quien eres.

—Pero ¡eso es ridículo! Ellos ni siquiera me conocen.

—Pero eres mitad humana.

Bueno, eso sí la dejó callada.

Wrath se acercó y se arrodilló frente a ella. Tomando las manos de ella entre sus palmas, mucho más grandes, le dijo:

—Escúchame, y tienes que entender muy bien esto: yo te quiero, a ti entera, amo todas y cada una de tus moléculas. Tú eres perfecta en todos los sentidos…

—Excepto por el hecho de que mi madre era humana.

—Eso es problema de ellos —vociferó Wrath—. Me importan un comino sus putos prejuicios. Eso no me afecta en lo más mínimo…

—Pero eso no es del todo cierto, ¿o sí? Porque yo soy la causa de que tú ya no estés sentado en ese trono, ¿no es así?

—¿Sabes qué? Esa mierda no merece ninguna consideración. Lo más importante aquí eres tú. Tú eres lo único que importa. Todo lo demás…, todos los demás se pueden ir a tomar por culo.

Beth miró el trono de reojo.

—¿Estás tratando de decirme que no te importa que el trono de tu padre ya no sea tuyo?

—Odiaba el trabajo.

—Pero no me refiero a eso.

—El pasado es el pasado y mis padres llevan varios siglos muertos.

Beth sacudió la cabeza.

—Pero eso sí importa. Yo sé por qué aguantabas todo eso: por ellos. No me mientas, pero, sobre todo, no te mientas a ti mismo.

Wrath se volvió a sentar bruscamente.

—No me estoy mintiendo.

—Sí, yo creo que sí. Te he observado a lo largo de estos últimos dos años. Yo sé qué es lo que te motivaba… y sería un error pensar que ese compromiso va a desaparecer simplemente porque un tercero diga que ya no puedes llevar la corona.

—En primer lugar, no se trata de «un tercero». Es el Consejo. En segundo lugar, es un *fait accompli*. Lo hecho, hecho está.

—Pero debe de haber algo que puedas hacer. Alguna solución…

—Solo olvídalo, Beth. —Wrath se volvió a levantar, mientras volvía la cabeza hacia el trono—. Sigamos adelante…

—No podemos.

—A la mierda con eso.

—Una cosa es que renuncies, o abdiques, o como se diga. Eso es libre albedrío. Pero a ti no te gusta recibir órdenes de otra gente —dijo Beth con tono contundente —. Eso es algo que ya hemos discutido.

—Beth, tienes que olvidarlo…

—Piensa en el futuro, piensa en lo que pasará en un año, en dos años… ¿No crees que vas a odiarme por esto?

—¡Claro que no! No puedes cambiar quien eres. No es culpa tuya.

—Eso dices ahora, y te creo. Pero en una década, cuando mires a tu hijo o hija a la cara, ¿crees que no me odiarás por haberles quitado a ellos…?

—¿La posibilidad de que los maten? ¿De que todos los critiquen? ¿De que te pongan en un pedestal en el cual no quieres estar? ¡Joder, no! Todo eso es parte de la razón por la cual yo no quería un maldito hijo.

Beth volvió a sacudir la cabeza.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—Por Dios Santo —murmuró Wrath, al tiempo que se ponía las manos en las

caderas—. Hazme un favor y no creas conocer mis putos pensamientos mejor que yo, ¿vale?

—Pero no podemos olvidar la posibilidad de que…

—Perdón, ¿acaso me he perdido algo? ¿Acaso algún adivino te ha prestado su bola de cristal o una mierda así? Porque, no te ofendas, pero no puedes conocer el futuro más de lo que lo conozco yo.

—Exacto.

Wrath levantó las manos y volvió a pasearse.

—No lo entiendes. Sencillamente no lo entiendes. Esto es un hecho. Es caso cerrado. Ya han aprobado el voto a favor de la impugnación. Me han castrado como soberano, ya no tengo ningún poder ni autoridad. Así que incluso si hubiese algo que pudiésemos hacer desde el punto de vista legal, yo ya no soy la persona que puede cambiar las cosas.

—¿Y quién es?

—Un primo lejano. Un tipo encantador.

El tono de Wrath sugería que en lugar de «un tipo encantador» había querido decir «un completo idiota».

Beth cruzó los brazos sobre el pecho.

—Quiero ver la proclama o el documento. Tiene que haber un documento, ¿no? No creo que te hayan dejado ese mensaje en el buzón de voz.

—Ay, por Dios, Beth, ¿tendrías la bondad de olvidarte del tema?

—¿Lo tiene Saxton? ¿O se han enviado a Rehv…?

—¿Por qué no puedes ser normal? —le gritó Wrath—. Acabas de pasar por tu periodo de fertilidad. La mayoría de la hembras se quedan una semana en cama, ¿por qué no puedes ser así? Tú quieres tener un bebé, entonces acuéstate… Eso es lo que se supone que debes hacer. Me sorprende que, con todo el tiempo que has pasado con esa maldita Layla, ella no te lo haya dicho…

Mientras Wrath seguía y seguía, Beth sabía que eso solo era una manera de expulsar la rabia. Pero no tenían tiempo para quedarse así indefinidamente.

Así que se levantó, caminó hasta donde él estaba y…

Le dio una bofetada.

Mientras Beth llevaba la mano hasta el otro lado, el ruido del golpe se desvaneció y su amado compañero por fin se calló.

Luego se quedó mirándolo con mucha tranquilidad y dijo:

—Y ahora que he captado tu atención y ya has dejado de maldecir como un lunático, te agradecería que me dijeras dónde puedo encontrar el documento que nos han enviado.

Wrath dejó caer la cabeza hacia atrás como si estuviera totalmente exhausto.

—¿Por qué estás haciendo esto?

De repente Beth se acordó de lo que él le había dicho cuando su periodo de fertilidad estaba empezando y él la encontró tratando de inyectarse los medicamentos.

Así que respondió con voz quebrada:

—Porque te quiero. Y tal vez no quieras reconocerlo, o tal vez no puedas ver lo que pasará en el futuro, pero esto sí es algo que te importa y mucho. Créeme, Wrath, esta es la clase de cosas que nunca se superan. Y, como ya te he dicho, una cosa muy distinta sería que quisieras renunciar. Eso sería elección tuya. Pero nunca permitiré que nadie te quite esto.

Wrath volvió a bajar la cabeza y dijo:

—Tú no lo entiendes, leelan. Se acabó.

—No, dado que es algo que me concierne.

Hubo un largo momento de silencio… y luego Wrath la abrazó y la apretó contra él con tanta fuerza que Beth pudo sentir cómo se le doblaban los huesos.

—No soy lo suficientemente fuerte para soportar esto —le susurró Wrath al oído, como si no quisiera que nadie más oyera lo que salía de su boca. Jamás.

—Pero yo sí —dijo ella, mientras le acariciaba la espalda y lo apretaba con la misma fuerza.

‡ ‡ ‡

La espera duró una eternidad.

Wrath esperó durante siglos en aquella habitación secreta que olía a tierra y especias. En medio de la penumbra, sus pensamientos parecían tan nítidos como gritos, tan vívidos como un rayo y tan indelebles como una inscripción en piedra.

Y justo cuando empezaba a pensar que nunca pasaría nada, y que él y su silencioso compañero se quedarían para siempre a oscuras, literal y figuradamente, se oyó un sonido áspero y el panel ficticio empezó a moverse.

—No importa lo que ocurra —le susurró Wrath al Hermano—, no debes interferir. Oye la orden que te doy y no la olvides.

La respuesta de Tohrture fue apenas un susurro.

—Como deseéis.

La luz titilante de una antorcha arrojó apenas un poco de luz, pero eso fue más que suficiente para que Wrath identificara al macho: un clérigo que se hallaba en la periferia de la corte…, pero cuyo padre había sido sanador de la raza.

Un entendido en el uso de hierbas y pociones.

El macho farfullaba:

—… haz un poco más esta noche. Yo no puedo hacer lo imposible…

Cuando el macho se acercó a la mesa, el cuerpo de Wrath actuó sin pensar. Saltó desde las sombras de manera improvisada y agarró con toda su

fuerza la parte superior de un brazo delgado. En respuesta, se oyó un grito agudo de sorpresa, pero en ese momento la antorcha se cayó y Wrath casi suelta al macho cuando las llamas pasaron cerca de sus ojos.

—¡Cierra la puerta! —gritó Wrath, al tiempo que intentaba agarrar al clérigo de la cintura.

Aunque el tamaño de sus cuerpos era incomparable, al ser Wrath dos veces más grande, las vestiduras del clérigo eran lisas y difíciles de agarrar y Wrath sintió que le costaba trabajo controlar el forcejeo de su presa. Y esa antorcha era un peligro, en la medida en que los dos trataban de controlarla. En medio de las sombras que se sacudían sobre las paredes, y el caldero y la mesa, Wrath se quemó las manos al tratar de…

Y luego la capa que se había puesto para disimular su identidad se prendió en llamas.

Cuando un calor abrasador llegó a su costado y amenazó con pasar al pelo, Wrath dio un salto atrás y trató de sacar su daga para cortar el lazo con que tenía la capa atada al cuello. Pero la daga se encontraba bajo el abrigo y lo único que Wrath pudo hacer fue tocar la empuñadura a través de la tela.

Cuando trató de quitarse de encima la voluminosa capa por encima de la cabeza, tuvo que retirar la mano con un grito de dolor. Un segundo después, estaba cubierto en llamas y aunque trataba de apagarlas, intentarlo era como tratar de alejar a una nube de avispas. Sacudiéndose, cegado por la agonía y el calor, Wrath se dio cuenta de que…

No iba a salir vivo de aquello.

Con la respiración agitada, el corazón saliéndosele del pecho y el alma gritando por la injusticia de todo lo que sucedía, Wrath deseó ser un macho distinto, un macho de armas, no de libros; un macho que pudiera dominar a otro con rapidez y confianza…

El diluvio llegó desde arriba y tenía un olor y un sabor inmundos. También era tan viscoso que parecía más bien que le hubieran echado encima una manta mojada y no un líquido. Pero las llamas se apagaron enseguida con un siseo y un chisporroteo, mientras el hedor le hacía llorar los ojos.

Enseguida se oyó un estruendo, mientras Tohrture lanzaba el caldero a un lado.

—¡No vayáis a beberlo, mi lord! ¡Debéis escupirlo si os ha entrado algo en la boca!

Wrath se inclinó hacia delante y escupió lo que se le había quedado en los labios.

Y cuando sintió que le ponían un trozo de tela en las manos, pudo limpiarse lo que le goteaba de los ojos.

Con las manos apoyadas sobre las piernas, Wrath respiró profundamente, con la esperanza de dejar de jadear, pues el esfuerzo físico hacía que le diera

vueltas la cabeza. O tal vez era el humo. O el dolor. O esa cosa asquerosa que le habían echado encima.

Después de un momento, se dio cuenta de que la luz se había vuelto estable y miró en dirección de la fuente de iluminación. El Hermano había recuperado el control de la antorcha… y también había sometido al clérigo, el cual yacía ahora en el suelo con el tronco hecho un ovillo y las piernas extendidas de cualquier manera.

—¿Cómo has hecho para…? —Un ataque de tos interrumpió la pregunta de Wrath—. ¿Qué le has hecho?

—Le he cortado los tendones de la parte posterior de las rodillas, de modo que no podrá huir.

Wrath dio un respingo al pensar en ello. Pero aparentemente era una estrategia muy útil.

—Ahora es vuestro, para que hagáis con él lo que queráis, mi lord —dijo Thorture y dio un paso atrás.

Mientras miraba al clérigo, a Wrath le costó trabajo no comparar la actitud tranquila del Hermano, y su exitosa maniobra, con el lamentable estado en que él se encontraba después de lo que había tratado de hacer. A Tohrture el asunto le había llevado apenas un momento.

Wrath se acercó entonces al macho, lo giró sobre la espalda y sintió una oleada de satisfacción al ver cómo esos ojos se abrían como platos cuando su identidad se volvió evidente.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Wrath.

La respuesta fue un murmullo incomprensible y antes de que Wrath supiera lo que hacía, agarró las vestiduras del clérigo y lo levantó de aquel suelo de tierra. Mientras lo sacudía y veía cómo la cabeza se meneaba para uno y otro lado, Wrath se sintió asaltado por una profunda y urgente necesidad de matar.

Sin embargo, no había tiempo para examinar aquella emoción tan nueva.

Levantando todavía más al macho hasta quedar frente a frente, Wrath rugió:

—Si me dices quién más está implicado en esto, perdonaré la vida de tu joven shellan y de tu hijo. Pero si descubro que has dejado a alguien fuera, tu familia será atada de manos y pies, colgada de los talones en el gran salón y abandonada hasta morir.

Al ver que Tohrture sonreía con ánimo sanguinario, la cara del clérigo se puso todavía más pálida.

—Mi lord… —susurró el macho—. Perdonadme a mí también. Perdonadme y os lo diré todo.

Wrath se quedó mirando el fondo de aquellos ojos suplicantes que lloraban a mares… y pensó en su shellan y su padre.

—Por favor, mi lord, tened compasión de mí, os lo suplico, ¡tened compasión!

Después de un largo momento, Wrath inclinó la cabeza una vez.

—Sigue.

El clérigo escupió entonces una retahíla de nombres y Wrath los reconoció a todos.

Era todo el grupo de sus consejeros, empezando por Ichan y terminando antes de llegar a Abalone, quien ya había demostrado con quién estaba su lealtad…

Una violencia interna empezó a asaltarle tan pronto como el clérigo pronunció el último nombre, antes de quedarse callado. Y la urgencia de matar se impuso.

Wrath sintió que la mano le temblaba mientras buscaba entre la ropa la empuñadura de su daga y la sacaba de un tirón, a pesar de que la hoja se quedó momentáneamente atorada en la funda, debido a que el ángulo de salida no era el correcto.

Pero finalmente logró sacarla.

Wrath soltó entonces al clérigo sobre la tierra, le agarró la garganta con una mano y empezó a apretar.

—Mi lord… —empezó a decir el clérigo al tiempo que forcejeaba y agarraba la muñeca de Wrath—. Mi lord, ¡no! Lo habéis prometido…

Wrath levantó una mano muy alto…

Pero se dio cuenta de que había bloqueado el camino hacia el corazón, la yugular y los órganos más importantes por la forma como lo tenía agarrado.

—Mi looooooooooord…

—¡Esto es para vengar mi sangre!

Wrath descargó entonces toda su fuerza en un arco descendente, mientras contemplaba la mirada aterrada del clérigo cuando la punta de la daga perforó su ojo derecho y siguió hasta el cerebro que estaba detrás, deteniéndose solo cuando toda la hoja quedó incrustada dentro del cráneo.

El cuerpo empezó a convulsionar enseguida, mientras los brazos y las piernas se sacudían y el otro ojo se ponía blanco.

Y luego todo se quedó quieto, excepto por un reflejo menor de los músculos faciales y las manos.

Wrath se dejó caer entonces al lado del cuerpo ya muerto.

Al ver aquella daga que salía de la cara del macho, sintió náuseas y tuvo que girarse hacia un lado, apoyar las palmas en el suelo frío y vomitar hasta que sus brazos ya no pudieron sostenerlo.

Luego se limpió la cara con el brazo.

Pero no lloró.

Aunque deseaba hacerlo.

Al darse cuenta de que acababa de matar a otro ser, Wrath quiso regresar al mundo que había conocido antes de aquello, donde su padre había muerto por causas naturales, su shellan solo había tenido un desmayo causado por su estado de embarazo, y la peor preocupación en la corte eran los chismes acerca de la pareja que había elegido.

Wrath no quería ser parte de esta nueva versión de la realidad.

En este lado no había luz. Solo penumbra y oscuridad.

—Nunca antes había matado a nadie —dijo en voz baja.

A pesar de su ferocidad, Tohrture dijo con tono amable:

—Lo sé, mi lord. Pero lo habéis hecho bien.

—No es cierto.

—¿Acaso no está muerto?

Sí, claro que estaba muerto.

—Me refiero a lo que dije acerca de su shellan y su hijo. Ellos deben ser perdonados.

—Desde luego.

Mientras repetía en su cabeza la lista de nombres, volvió a sentir aquella necesidad de matar, a pesar de que su estómago apenas se estaba reponiendo… y sus esfuerzos eran ridículos comparados con lo que la Hermandad podía hacer.

Y, en efecto, no estaría vivo ahora si Tohrture no hubiese intervenido.

Wrath se levantó del suelo y dejó la cabeza colgando. ¿Cómo iba a hacer para…?

Una mano inmensa apareció frente a él.

—Mi lord, permitidme ayudaros.

Wrath levantó la vista hacia esos ojos transparentes y brillantes y pensó que se parecían a la luna, en la medida en que arrojaban luz sobre la oscuridad y mostraban una salida de aquel lugar salvaje.

—Os entrenaremos —dijo Tohrture—. Os enseñaremos lo que necesitáis saber para que podáis vengar vuestro linaje. Sacaré este cuerpo y arreglaré todo para que parezca que ha muerto en un accidente; eso nos dará el tiempo que necesitamos. Y de ahora en adelante, vuestros alimentos deberán ser preparados en vuestros aposentos, por nuestro doggen personal y no gente afiliada a la corte. Y todos los ingredientes serán traídos directamente de los campos por un Hermano. Todos comeremos y beberemos esos alimentos en vuestra presencia antes de que vos lo hagáis, y dormiremos a la puerta de vuestra recámara. Esa es nuestra promesa solemne.

Por un momento, lo único que Wrath pudo hacer fue quedarse mirando aquella mano extendida hacia él como si fuera una bendición de la mismísima Virgen Escribana.

Luego abrió la boca para dar las gracias, pero nada salió de sus labios.

A manera de respuesta, Wrath estrechó la mano tendida… y sintió cómo lo levantaban hasta quedar de pie.

CAPÍTULO 43



El aire fresco era bueno para la mente y el alma.

Al salir al jardín, Layla atravesó con cuidado las placas de hielo de la terraza, abriendo para ello los brazos y caminando lentamente. No quería caerse.

Era curioso cómo el embarazo había intensificado su capacidad para evaluar desde las superficies potencialmente deslizantes, pasando por las escaleras, hasta la selección de los alimentos.

—Vamos hacia la noche —le dijo entonces al bebé que llevaba en el vientre.

Desde luego, era una locura hablarle a un ser que todavía no había nacido. Pero ella pensaba que si podía mantener abierto el diálogo, tal vez el bebé decidiera quedarse hasta el final. Si Layla lograba comer lo correcto, y no caerse, y descansar lo suficiente…, de alguna manera, al final de muchos meses, podría tener a su hijo o hija en brazos, y no solo dentro de su cuerpo.

Mientras caminaba por el césped cubierto de nieve y lejos del resplandor de la casa, Layla pensó que las botas que había sacado del vestíbulo posterior eran calentitas, sólidas y cómodas. Lo mismo se podía decir de la parka y los guantes. Solo había prescindido del sombrero y las bufandas, pues quería que el frío la ayudara a aclarar las ideas.

Un poco más allá se encontraba la piscina con su cubierta invernal, pero Layla se la imaginó llena de agua e iluminada desde abajo, con olas azules que la invitaban a meterse y prometían convertirse en una deliciosa caricia para su piel y sus articulaciones. Decidió que iba a nadar tan pronto como pudiera… y al aire libre. A pesar de lo mucho que apreciaba la piscina del centro de entrenamiento, el aire allí olía a cloro y, después de haberse acostumbrado a los baños transparentes y naturalmente frescos del Santuario, no le gustaba…

De pronto, Layla dejó de caminar. Suspendió también el curso errático de sus

pensamientos. Lo suspendió todo, excepto el flujo de aire que llevaba a sus pulmones y los latidos de su corazón.

Y, cerrando los ojos, repasó mentalmente lo que había ocurrido en el comedor: la angustia de la cara de Wrath mientras hacían el anuncio, la indignación y la furia en las voces de los Hermanos, la forma en que Rehv no dejaba de mirar al rey, como si estuviera leyendo cosas que ella no podía percibir.

Xcor estaba detrás de todo eso.

Tenía que estarlo. Uno no pasa de orquestar un intento de asesinato a sentarse y no hacer nada mientras la glymera obtenía, mediante un procedimiento legal, precisamente lo que uno quería. No, Xcor acechaba tras bambalinas. En algún lugar.

Con el estómago revuelto, Layla reanudó su paseo y se dirigió más allá del área de la piscina, hacia los jardines formales de construcción geométrica. Luego siguió hacia la zona posterior, que se hallaba contra el muro de tres metros de alto que rodeaba todo el complejo.

Mientras caminaba, Layla sentía cómo se le entumían las orejas y la nariz, pero no le importó.

Las imágenes de Beth cuando apareció en el arco que daba paso al comedor, y de Wrath con la mirada fija en ella a través de la inmensa mesa, batallaban con otras mucho más peligrosas, pero igual de trágicas…

En las que Layla no quería pensar.

O, al menos, trataba de no pensar.

¿De verdad había permitido ella que Xcor se subiera a aquel coche? ¿Realmente se había sentado él junto a ella, desarmado, mientras todas sus armas reposaban en el maletero del Mercedes… y había hablado con ella? ¿Y le había tomado la mano?

—Basta —se advirtió Layla.

Nada bueno saldría jamás de recordar aquella conexión, aquella chispa ardiente.

Layla disminuyó el paso. Hasta detenerse. Y recordó con gran precisión, y gran culpa, la manera en que Xcor la había mirado aquella vez.

Ella sabía tan poco sobre él; aparte de sus aspiraciones políticas, él era un absoluto desconocido para ella y un desconocido muy peligroso. Sin embargo, considerando la tensión que parecía sentir cuando estaba con ella, Layla había tenido la sensación de que Xcor no era un macho que gozara de las hembras con frecuencia.

La razón era obvia, claro, se dijo Layla, mientras recordaba su rostro desfigurado.

Pero con ella… Xcor era distinto.

Aparte de quedarse embarazada, un estado que ella misma había propiciado de manera activa, Layla tenía la sensación de no haber hecho mucho en el curso de su vida. Pero ahora no se podía quedar de brazos cruzados mientras sentía que quizás había algo que ella podía hacer para ayudar a Wrath en esta horrible situación.

Layla se sentía muy culpable. Por muchas cosas.

Sin embargo, ahora podía tratar de hacer algo al respecto.

Sacó su móvil, el que Qhuinn había insistido en darle para que llevara a todas

partes y encendió la pantalla.

Xcor le había dicho cómo podía llamarlo y tan pronto pronunció él los números, ella se los aprendió de memoria.

Pero nunca había imaginado que los usaría.

Con cada golpe que le daba a la pantalla, el teléfono emitía un tono distinto y la secuencia tenía en total siete contactos.

Layla vaciló al tocar el botón para llamar, pero al final lo oprimió.

Todo su cuerpo temblaba cuando se llevó el delgado aparato al oído. Un timbre electrónico sonó una…, dos…

Layla se giró con brusquedad.

De algún lugar a su izquierda, del otro lado del muro, Layla oyó un sonido lejano, un sonido tan débil que, de no haber coincidido exactamente con el ritmo de lo que ella estaba oyendo en su móvil, le habría pasado desapercibido.

Layla dejó escapar el móvil de su mano y este rebotó contra la nieve a sus pies.

Xcor los había encontrado.

‡ ‡ ‡

Mientras se bañaba en la ducha de la casa de Assail, Sola perdió la noción del tiempo. No sabía cuánto tiempo llevaba debajo de aquel chorro de agua caliente que le golpeaba los hombros y le caía por la espalda. Entonces cerró los ojos y se recostó contra la pared.

Por alguna razón se sentía helada, aunque había suficiente vapor en el baño como para calificarlo como sauna, y ella estaba segura de haber aumentado su temperatura corporal más allá de lo normal.

Pero nada lograba alterar el frío que se había instalado en el centro de su pecho.

Sola le había dicho a su abuela que se irían antes del amanecer, rumbo a Miami.

Mirando las cosas en retrospectiva, haber invertido en un refugio precisamente en el corazón del negocio de la familia de Benloise no había sido la mejor idea del mundo. Pero, con algo de suerte, Eduardo, suponiendo que estuviera todavía en este planeta y fuera el beneficiario del testamento de su hermano, estaría tan ocupado comprándose Bentleys de color azul pálido y sábanas Versace con estampado de animales que no se preocuparía por perseguir a alguien como ella.

Suponiendo, claro, que Eduardo supiera lo que su hermano le había hecho. O lo que tenía planeado hacerle.

Ricardo era un hombre muy reservado.

Dios… ¿qué le habría hecho Assail a Benloise?

Sola recordó enseguida la cara de Assail, con la boca y el mentón llenos de sangre, y esta imagen aumentó su desazón y se dio media vuelta…

—¡Mierda! —gritó, al mirar a través del cristal empañado.

La figura masculina que había aparecido en la puerta estaba tan quieta como una

estatua y parecía tan poderosa como un tigre. Además, la observaba como lo habría hecho un depredador.

Al instante, Sola dejó de sentir frío en su interior, porque sabía exactamente a qué había venido Assail…, y era algo que ella también deseaba.

Assail avanzó hasta la puerta de cristal que los separaba y la abrió de par en par. Respiraba con fuerza y, bajo la luz de la lámpara que tenía sobre la cabeza, sus ojos brillaban como fósforos encendidos.

Assail entró a la ducha totalmente vestido, sin importarle que sus mocasines Gucci se arruinaran, al igual que la chaqueta de gamuza, que absorbió de inmediato el agua y adquirió un color similar al de la sangre.

Sin decir palabra, le agarró la cara con las manos y la acercó hacia su boca, después de lo cual sus labios aplastaron los de Sola, al tiempo que la arrinconaba contra la pared de mármol con todo su cuerpo. Sola se entregó con un gemido y aceptó la lengua que penetraba en su boca, agarrándose de los hombros de Assail por encima de la ropa.

Assail tenía una enorme erección que apoyó y restregó contra el vientre de Sola, mientras la H dorada de su cinturón le arañaba la piel. Luego vinieron más besos, de esos besos hambrientos y desesperados que la gente recuerda aunque tenga ochenta años y ya sea demasiado mayor para pensar en esas cosas. Y después las manos de él se apoderaron de sus senos mojados, apretándole los pezones con los dedos hasta que la diferencia entre dolor y placer desapareció y Sola sintió que, si no tenía un orgasmo de inmediato, se iba a morir…

Como si hubiese percibido lo que ella necesitaba, Assail se arrodilló, pasó una de las piernas de Sola por encima de su hombro y empezó a besarla allí abajo, mordiéndole el sexo con los labios de la misma forma en que había atacado su boca.

Esto era sexo como castigo, una condena que ella había elegido voluntariamente, expresión física de la rabia y la desaprobación que él estaba sintiendo.

Y quizás esto la convirtiera en una puta esquizofrénica, pero a Sola le encantó.

Sola deseaba que él se la follara de esa manera, con furia y brutalidad, entregándose por completo a ella y salvándola de sentirse tan culpable… y tan vacía.

Con las manos hundidas en el pelo empapado de Assail, Sola movió las caderas para obligarlo a penetrarla con más fuerza, mientras usaba la pantorrilla que tenía sobre la espalda de él para encontrar un ritmo que…

Sola se mordió el labio y se corrió, mientras su torso se sacudía contra el mármol produciendo un chirrido agudo.

Antes de darse cuenta de lo que pasaba, se vio acostada en el suelo de la ducha, lista para él, mientras él se quitaba la chaqueta empapada y la camisa de seda que le cubrían el pecho. Al ver que él se desabrochaba la hebilla del cinturón, Sola acercó las manos, impaciente por sentir aquella piel tan suave y los contornos de su cuerpo maravilloso.

Assail no le dijo ni una palabra.

Ni cuando le abrió las piernas y se montó sobre ella, ni cuando su polla entró en el sexo de Sola y empezó a bombear, ni cuando se apoyó sobre ella y se quedó mirándola fijamente a los ojos, como si la estuviera desafiando a abandonar todo lo que él podía darle.

Mientras el agua caía sobre la espalda inmensa de Assail, Sola pudo ver con claridad desde la ferocidad de su expresión, pasando por los impresionantes músculos de sus hombros, hasta la sombra que producían sus pectorales. Como su pelo mojado se mecía al mismo ritmo, las gotas de agua se desprendían de las puntas como si fueran lágrimas y Sola pudo ver que, de vez en cuando, Assail levantaba el labio superior…

Ahí pudo notar vagamente que había algo raro y sintió que una alarma sonaba en el fondo de su conciencia. Pero luego, cuando estalló otro orgasmo, Sola se olvidó de todo, cerrando por completo su pensamiento de manera que lo único que existía eran las sensaciones… y Assail.

Cuando el sexo de ella exprimió su polla, Assail también llegó al orgasmo y echó el cuerpo hacia atrás.

No se había puesto condón. ¡Mierda!

Pero tan pronto como pensó en eso, este pensamiento también se esfumó de su mente, mientras ella tenía un nuevo orgasmo que la hizo clavarle las uñas en las caderas.

Justo cuando el orgasmo de Sola empezaba a desvanecerse, las cosas, sin embargo, se pusieron un poco raras.

Mientras se quedaba quieta, Sola sintió cómo él seguía bombeando en sus profundidades, terminando lo que había comenzado.

Solo que no acabó ahí.

Después de eyacular, Assail sacó su polla de la vagina de Sola casi de inmediato. Y aunque ella esperaba que él se acostara junto a ella sobre el mármol; o que tal vez la levantara y la llevara fuera para secarla y acostarla en la cama; o que tal vez comentara que, joder, había sido un error no usar protección…

O que tal vez le dijera lo que acababa de demostrarle con hechos: que no quería que ella se fuera…

En lugar de eso, Assail apoyó su torso sobre una mano, se agarró la polla con la otra y empezó a frotársela mientras gruñía, como si estuviera preparándose para correrse de nuevo.

Cuando el segundo orgasmo estalló, Assail dirigió la eyaculación contra el sexo de ella… pero tampoco se contentó con eso. Enseguida se movió hacia arriba, de forma que siguió eyaculando sobre el estómago de Sola, y sus costillas, sus senos, su cuello y su cara. Assail parecía tener una reserva infinita de semen y, mientras aquellos chorros ardientes caían sobre su piel supersensible, Sola tuvo otro orgasmo, durante el cual terminó de embadurnarse con sus propias manos con aquel semen que cubría ahora todo su cuerpo y sus senos.

En el fondo de su cerebro, Sola sabía que todo eso tenía otro propósito.

Pero tal como había sucedido con el hecho de no usar condón, las prisas del momento eran demasiado grandes para prestarle atención a esa preocupación.

Era como si él estuviera… marcándola… de cierta forma.

Pero a ella no le importó.

CAPÍTULO 44



Xcor estaba totalmente desorientado en medio de la bruma y sabía que ya iba siendo hora de regresar. Sentía que llevaba una eternidad subiendo pesadamente por la montaña y todavía no había llegado a ninguna cima o fortificación. Lo único que había visto eran árboles de hojas perennes. Algún que otro arroyo congelado. Huellas de ciervos en la nieve…

El móvil le sonó discretamente en el bolsillo.

A pesar de que odió la interrupción, reconoció que era buen momento para olvidarse de esta locura y supuso que debía de ser uno de sus Bastardos, que querría asegurarse de que estaba bien. Además, suponiendo que hubiese descubierto el refugio de la Hermandad, ¿qué esperaba hacer? ¿Aullar bajo la ventana de la Elegida hasta que ella aceptara recibirlo?

Lo único que lograría con eso sería quedar rodeado de guerreros, y aunque había oído que el rojo era el color del amor, la sangre no era buen sustituto para una rosa.

Al sacar el móvil, Xcor respondió con brusquedad.

—¿Sí?

Un sonido agudo reverberó contra su oído, tan estridente que tuvo que alejarse un poco el teléfono.

Después de volver a ponérselo en la oreja, dijo:

—¿Qué?

Pero no hubo respuesta.

—Maldición, Throe…

De un momento a otro todos sus instintos empezaron a gritar, pero no en señal de alerta porque lo fueran a atacar.

Xcor bajó la mano y se giró lentamente, temiendo que se tratara de un error…

Luego sintió cómo dejaba escapar todo el aire que tenía en los pulmones mientras contemplaba lo que apareció frente a él.

Era… ella.

Su Elegida acababa de materializarse en medio de la densa neblina y el impacto de su presencia lo dejó paralizado. De repente, aquella adorable figura y su amable espíritu le hicieron sentir con gran claridad el monstruo que llevaba dentro.

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó ella con voz temblorosa.

Xcor miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—Yo… ¿quieres decir que no lo sabes?

—La Hermandad no debe de estar lejos, pero no puedo ver ni identificar nada en medio de esta condenada neblina.

Mientras se envolvía en sus brazos, ella parecía preocupada, pero ¿cómo no estarlo? Xcor debía de estar cerca del lugar donde ella vivía, pero no había manera de saber si esa distancia se medía en metros o en kilómetros.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él en voz baja—. Desearía que hubiese luna para poder verte mejor.

Pero Xcor podía olerla…, y ese olor de ella…, ese olor…

—Te he llamado yo —susurró ella después de un largo momento.

Xcor sintió que levantaba las cejas.

—¿Eras tú? ¿Justo ahora?

—Sí.

Durante un segundo, el corazón de Xcor latió más rápido, como si acabara de subir corriendo hasta donde estaba ella. Pero, luego…

—Ya te has enterado.

—¿Sobre lo que le has hecho a Wrath?

—Fue decisión del Consejo.

—No finjas conmigo.

Xcor cerró los ojos. Ay, no podía hacerlo.

—Ya te dije que el trono sería mío.

—¿Dónde están tus soldados?

—¿Acaso crees que he venido a sacar al Rey Ciego de su casa?

La voz de Layla pareció más fuerte.

—Ya te apropiaste de lo que querías de él, usando para ello a su amada. ¿Para qué molestarse en hacerle daño ahora?

—No es a él a quien he venido a ver.

La Elegida soltó el aire en una sola exhalación rápida…, aunque aquella admisión ciertamente no debería haberla sorprendido.

Y, Dios lo proteja, Xcor dio un paso hacia ella, aunque todo le indicaba que debería salir corriendo. Ella resultaba más peligrosa para él que cualquier Hermano, en especial cuando él percibió los temblores que recorrían el cuerpo de ella.

Xcor sintió que la polla se le ponía dura. Era imposible no reaccionar.

—Pero tú lo sabes, ¿no es así? —dijo él con voz ronca y suave—. ¿Me estabas

llamando para ver si podías ejercer influencia sobre mis actos? Vamos. Puedes hablar con sinceridad, aquí solo estamos tú y yo. Solos.

Ella levantó el mentón.

—Nunca entenderé tu odio hacia ese buen macho.

—¿Tu rey? —Xcor soltó una carcajada—. ¿Un buen macho?

—Sí —respondió ella con ardor genuino—. Él es un alma absolutamente buena, que siente verdadero amor por su pareja. Un macho que se dedica cada noche a hacer lo mejor que puede por la raza…

—¿De veras? ¿Y cómo hace para lograr ese objetivo tan loable? Nadie lo ve nunca, ya lo sabes. Él nunca sale ni se mezcla con los aristócratas o la gente común. Vive como un recluso que no ha logrado cumplir lo prometido en tiempos de guerra. Si no fuera yo, sería cualquier otro…

—Pero eso está mal. ¡Lo que has hecho está mal!

Xcor sacudió la cabeza, al tiempo que admiraba la ingenuidad y se entristecía por lo que ella iba a tener que soportar.

—Así es el mundo. La fuerza domina sobre la debilidad. Es tan universal como la gravedad y el ocaso.

Aun a través de la ropa que llevaba puesta, Xcor podía sentir cómo los senos de ella palpitaban contra sus brazos y luego bajó la mirada y cerró los ojos por un instante.

—Nunca me ha gustado la inocencia —murmuró.

—Entonces perdóname por ofenderte.

Xcor abrió los ojos y dijo:

—Pero resulta que, como me sucede cada vez que estoy contigo, las revelaciones no dejan de presentarse una tras otra.

La Elegida estiró sus largas manos hacia él.

—Por favor. Detente. Yo…

Al ver que ella solo pudo tragar saliva sin terminar la frase, Xcor se quedó inmóvil.

—Tú ¿qué?

La Elegida empezó a pasearse delante de él con movimientos nerviosos. Pero Xcor no podía mover ni un solo músculo.

—¿Qué es exactamente lo que vas a hacer? —preguntó él con voz profunda.

Ella se detuvo, levantó el mentón y lo desafió con su mirada y su cuerpo, aunque pesaba al menos cien kilos menos que él y no tenía ningún entrenamiento.

—Podrás hacerme tuya.

‡ ‡ ‡

—¿Hace calor aquí o soy solo yo?

Al ver que nadie le respondía, Beth miró hacia el estudio. Saxton, Rehv y Wrath

estaban todos en silencio, mientras permanecían sentados en los sofás azules. Los dos primeros miraban fijamente al fuego, pero era imposible saber qué era lo que veía Wrath.

Demonios, aunque estaba en la misma habitación que ella, Beth no tenía ni idea de qué estaba pensando Wrath.

Después de quitarse la bata, Beth la dejó sobre el gran escritorio tallado y volvió a leer la proclama. El asiento que eligió para sentarse fue el que normalmente ocupaba Rehv, la poltrona, como la llamaba Wrath, que estaba al lado del trono del rey.

A pesar del documento que tenía en sus manos, Beth se negaba a referirse a aquella silla con otro nombre que no fuera el de su compañero.

Al volver a concentrarse en el pergamino, Beth sacudió la cabeza ante todos aquellos símbolos que habían escrito con tanto cuidado. No se le daba bien leer los caracteres de la Lengua Antigua y tenía que pensar en la definición de cada uno antes de poder articular una frase.

Tras poner sobre el escritorio el rígido pergamino, con su colorido marco decorativo, Beth pasó los dedos por las cintas de satén que estaban pegadas allí con sellos de cera. Eran cintas tan delgadas y suaves como las que se usan para atar el pelo de las chiquillas.

Aunque no es que Beth estuviera pensando en niños.

—Entonces, ¿de verdad no hay nada que podamos hacer al respecto? —preguntó después de un rato.

Joder, estaba ardiendo. El camisón de franela no había sido buena elección. Tal vez era eso, o el estrés.

Saxton se aclaró la garganta cuando vio que nadie más parecía interesado en contestar.

—Desde el punto de vista del procedimiento, han seguido perfectamente las reglas. Y desde la perspectiva legal, sus fundamentos son apropiados. Técnicamente, tal como lo estipulan las Leyes Antiguas en este momento, cualquier vástago… —Saxton volvió a aclararse la garganta y luego miró de reojo a Wrath, como si quisiera calcular lo grande que sería su estallido—… nacido de la unión de vosotros dos estaría destinado al trono, y existe una disposición acerca de la sangre de nuestro soberano.

Beth se puso la mano sobre el vientre. La idea de que un grupo de gente estuviera atacando a su hijo, a pesar de que este todavía no hubiera nacido y quizás no llegara nunca a existir, era suficiente para despertar sus deseos de bajar al pabellón de tiro y vaciar un par de cargadores.

Cuando vivía todavía en el mundo humano, de vez en cuando la habían discriminado por ser mujer. Pero nunca había sufrido la discriminación racial. Al ser de raza blanca, nunca había tenido ese problema. Aunque, la verdad es que solo era mitad blanca porque solo era mitad humana.

Joder, eso de formarse una opinión de la gente en función de las características

con que te bendecía la lotería del esperma era una locura. La gente no podía cambiar el sexo con el que saldría del útero y tampoco podía cambiar la composición genética de sus padres.

—Esa maldita glymera —murmuró Beth—. Son una partida de imbéciles.

—Por cierto, lo más probable es que yo sea el próximo —dijo Rehv—. Ellos conocen mis vínculos con vosotros dos.

Beth miró al macho de la cresta y dijo:

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué. Solo conservé el trabajo para ayudaros a vosotros dos y a la Hermandad —dijo, y luego concluyó con amargura—: Además, yo ya tengo suficiente con lo que tengo en el norte.

Cierto, pensó Beth. Era fácil olvidar que Rehv no solo era el leahdyre del Consejo, sino el rey de los symphaths.

—¿Y tú no puedes expulsarlos a todos, o algo así? —le preguntó Beth a Rehv—. Quiero decir que, como leahdyre, ¿no podrías…, no sé, buscarte un nuevo equipo?

—Dejaré que nuestro buen amigo abogado, aquí presente, me interrumpa si me equivoco, pero, según tengo entendido, la participación en el Consejo está determinada por las familias. Así que aunque yo encontrara justificación para echar a esos cabrones, serían reemplazados por miembros de los mismos linajes, quienes, probablemente, tendrían la misma opinión sobre las cosas. Pero lo más importante es que lo hecho, hecho está. E incluso si cambiáramos totalmente el Consejo con gente nueva, lo que han hecho seguiría teniendo validez.

—Pero no dejo de pensar en que debe de haber algo…

—¿Podríamos dejar esto ya? —interrumpió Wrath—. Me refiero a que sería bueno dejar descansar esta mierda. No os vayáis a ofender, pero yo creo que ya hemos contemplado todos los ángulos, ya has leído lo que nos han enviado y… lo hecho, hecho está.

—Sencillamente no puedo creer que fuera tan fácil —dijo Beth, mientras miraba el trono—. Me refiero a que solo necesitaron un pedazo de papel.

—Tengo mucho miedo por el futuro —murmuró Saxton—. El sistema de valores de la glymera no es bueno para gente como yo. Ni para las hembras. Habíamos hecho tantos progresos en los últimos dos años… ¡Habíamos sacado a la raza de la Edad de Piedra! Pero ¿ahora? Van a borrar todo eso, estoy seguro de ello.

Wrath se levantó.

—Me tengo que ir.

Luego se acercó a Beth con largas zancadas y le acercó una mano para que ella lo condujera los últimos centímetros.

Cuando Beth le agarró la mano y tiró de él hacia ella, ladeó la cabeza hacia un lado para que él pudiera besarla en la yugular, y luego hacia el otro lado, para que pudiera hacer lo mismo por la izquierda, y después puso sus labios cerca de la boca de Wrath para que pudiera besarla también allí.

Cuando Wrath se marchó con George, Beth se quedó mirándolo. Odiaba ver lo acabado que estaba. Parecía débil y agotado… Aunque, a nivel físico, todo eso era resultado de lo que ella le había hecho durante su periodo de fertilidad, a nivel mental y emocional, había una larga lista de responsables.

Si bien ella también formaba parte de ese grupo.

—Tiene que haber una forma —dijo Beth, sin dirigirse a nadie en particular.

Dios, esperaba que su hellren no fuera camino del gimnasio. Lo último que necesitaba era más ejercicio; lo que su cuerpo necesitaba ahora era descanso y comida.

Pero Beth conocía muy bien la expresión de su rostro.

CAPÍTULO 45



Xcor nunca había sido un macho dado a las letras. No solo no tenía ninguna cultura literaria, sino que era, de hecho, analfabeto, y Throe usaba continuamente palabras en inglés o en su lengua materna que él no entendía.

Sin embargo, uno supondría que, a pesar del bajo nivel de sus capacidades, las palabras que acababa de escuchar no debían presentar ninguna dificultad de comprensión.

Pero su cerebro se negaba a procesarlas.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó Xcor con brusquedad.

Cuando Layla repitió lo que había dicho, a su olor se agregó un claro toque de miedo.

—Podrás hacerme tuya.

Xcor cerró los ojos y los puños al mismo tiempo. Su cuerpo ya había traducido las palabras de Layla y había respondido por voluntad propia, mientras sus músculos se morían por acercarse, tumbarla sobre el suelo frío y montarla para marcarla y afirmar su propiedad sobre ella.

—No sabes lo que dices —se oyó murmurar Xcor.

—Sí lo sé.

—Estás esperando un hijo.

—Yo… —Incluso con los ojos medio cerrados, Xcor se la pudo imaginar tragando con dificultad—. ¿Eso significa, entonces, que no me deseas?

Xcor se tomó un momento para respirar, pues sentía que sus pulmones estaban ardiendo.

—No —gruñó—. No significa eso.

En efecto, cuando se la imaginaba con otro macho, el dolor lacerante que atravesaba su pecho era suficiente para hacerlo palidecer. Sin embargo, a pesar de que

Layla llevaba dentro de su cuerpo la semilla de otro macho, él estaba dispuesto a tomarla, a tenerla y a protegerla…

Excepto por una cosa.

Xcor abrió los ojos y repasó todos los detalles físicos de Layla, desde su hermoso pelo recogido en lo alto de la cabeza, pasando por los delicados rasgos de su rostro, hasta ese cuello tan esbelto que se moría por tener junto a la boca. Por supuesto, había más cosas en las que fijarse, pero lo que más necesitaba grabar en su mente eran, sobre todo, los detalles de su cara.

Desde el principio, las cosas con ella habían sido una especie de locura. Desde el momento mismo en que él fue llevado hasta aquel arce de la pradera, desde que le había sido ofrecida su muñeca y él había bebido de la sangre de Layla, Xcor había quedado infectado por una enfermedad.

—Respóndeme una cosa —dijo Xcor, mientras sus ojos seguían recorriendo y midiendo cada matiz de la expresión asustada y congelada de ella.

—¿Qué? —preguntó ella al ver que él no seguía hablando.

—De no ser por los acontecimientos que ya conoces, ¿te me habrías ofrecido así alguna vez?

Layla bajó la mirada, apretó los brazos sobre su corazón y dejó caer la cabeza.

—Respóndeme —dijo él con suavidad—. Y di la verdad para que los dos podamos oírla.

—Pero lo hecho, hecho está y…

Xcor estiró la mano para levantarle el mentón con la mayor suavidad.

—Dilo. Debes prestar atención a tu propia verdad…, puedo prometerte que he recibido ataques mucho peores que este.

Los ojos de Layla se llenaron de lágrimas, lo cual los volvió tan luminosos como la luz de la luna sobre la superficie de un lago.

—No, no lo habría hecho.

Xcor sintió que su cuerpo se sacudía con fuerza, como si acabara de recibir un golpe. Pero, según lo prometido, se quedó allí, soportando estoicamente la agonía.

—Entonces mi respuesta es no. Aunque hubiese una manera de deshacer todo esto del rey, y no la hay, nunca te tomaría en contra de tu voluntad.

—Pero yo he elegido esto. Es mi decisión.

Xcor negó con la cabeza.

—Solo porque te has visto obligada a hacerlo.

Xcor dio un paso atrás.

—Deberías regresar a… —Xcor miró hacia la neblina que lo rodeaba, totalmente perdido todavía—. A donde sea que vayas.

—Tú me deseas. —Ahora la voz de Layla resonó con firmeza y seguridad—. Puedo verlo.

—Claro que te deseo. Pero no como si fueras un cordero llevado al sacrificio. Mi fantasía… no es esa.

—¿Y las razones sí importan?

—Algunos regalos son más dolorosos que los insultos. —Xcor tenía la intención de dar media vuelta, pero descubrió que estaba paralizado—. En especial cuando no hay nada que hacer con respecto a tu Wrath. Ya ha sido reemplazado.

—Si ya has derrocado a un rey bondadoso, podrás derrocar a otro. Y volver a poner la corona sobre Wrath.

—Tienes mucha fe en mí.

—Por favor.

La resolución de Layla le causaba irritación, a pesar de que, seguramente, se trataba de una virtud.

—¿Por qué te importa tanto? Tu vida no va a cambiar. Podrás estar segura aquí. O donde sea. La Hermandad no ha sido desmantelada…

—Ellos van a ir por ti.

—Entonces los mataremos. Tengo la esperanza de que vean los beneficios de retirarse con elegancia.

En realidad, Xcor no podía creer que estuviera diciendo eso. Pero, para no contrariarla, permitiría que Wrath siguiera vivo, siempre y cuando no interfiriera en su camino.

Layla negó con la cabeza.

—Su lealtad no se lo permitiría —dijo y se apretó las mejillas con las manos, como si se estuviera imaginando un horror—. De nuevo habrá guerra. Por culpa vuestra.

—Entonces ódiame. Todo será mejor para los dos si lo haces.

Layla se quedó mirándolo durante largo tiempo.

—Me temo que no puedo hacerlo.

Xcor hizo su mejor esfuerzo para ignorar la forma en que saltó su corazón.

—Debo marcharme.

—¿Cómo has hallado este lugar?

—Te seguí a casa no hace mucho. Estabas en el coche, regresando de la clínica. Estaba preocupado por ti.

—¿Y por qué… viniste esta noche?

—Debo irme.

—No, no lo hagas.

Por un momento, Xcor se dejó llevar por un sueño en el que ella decía eso de verdad y no solo con la esperanza de persuadirlo para que cambiara de posición.

Pero aquella locura no duró mucho. En especial cuando se vio aterrorizando a aquel humano herido en el restaurante desierto, solo porque podía hacerlo; y luego recordó cómo les había quitado las columnas vertebrales a todos aquellos restrictores para regalárselas luego a ¿qué miembro de la aristocracia? Como si el receptor tuviera alguna importancia. Después de eso, Xcor se vio decapitando restrictores. Apuñalándolos en las entrañas. Quebrándoles las extremidades…

Había tantos actos de violencia en su pasado.

Así como la depravación de lo que había vivido en el campamento de guerra del Sanguinario.

Y para rematarlo estaba su rostro.

Xcor tenía la intención de empezar a bajar la pendiente. A diferencia de ella, él no podía desmaterializarse; lo había intentado repetidas veces para acelerar el ascenso, pero había fallado a causa de la niebla.

Sí, tenía la intención de dejarla allí. Por todas las razones que acababa de explicarle, y por otras que se había guardado para sí.

Pero, en lugar de eso, se oyó decir:

—Encontrémonos en el arce, mañana a medianoche.

—¿Con qué… —Layla se cerró la parka, como si estuviera a punto de ser devorada viva—… propósito?

—No el que te preocupa.

Ahora sí: Xcor dio media vuelta y empezó a caminar, hasta que sus procesos mentales se aclararon lo suficiente como para detenerlo. Al mirar por encima del hombro, Xcor dijo:

—¿Elegida? ¿Conoces el camino de regreso a casa?

—Ah, sí…, claro… —Solo que, al mirar a su alrededor, Layla parecía cada vez más confundida—. Sí, está justo…

Layla no se detuvo porque quisiera mantener en secreto su localización. En realidad no parecía saber dónde se hallaba.

Xcor cerró los ojos y soltó una maldición. Nunca había debido ir allí, jamás.

Porque ¿qué pasaría si la dejaba ahí sola y ella no lograba encontrar refugio antes de que el sol saliera? ¿Y si estuvieran a medio camino del lugar donde ella debía estar?

Xcor se puso las manos sobre las caderas, alzó la cabeza y escudriñó el cielo, pensando que tal vez este pudiera darle un poco de sentido común, pues él claramente lo había perdido.

De todas las formas en que podía morir, pensó…

Nunca había pensado en que podría morir por una hembra.

‡ ‡ ‡

Mientras vigilaba a los góticos del Iron Mask, Trez no podía decir que se encontrara feliz de haber regresado. Su negocio siempre había sido importante para él. Bueno, primero era asunto de Rehv, pero cuando el Reverendo desapareció, o más bien destapó su identidad para desaparecer después, Trez se hizo cargo de toda la empresa que se ocupaba de los clubes. Y sin embargo, ya fuera suyo el lugar o de Rehv, a Trez le encantaba dirigir el funcionamiento, tratar con la gente, planear nuevos sitios, ver cómo crecía su dinero. Sí, claro, los humanos eran una mierda, pero eso era así tanto

si ibas conduciendo el coche o estabas haciendo compras en el supermercado como si tratabas de ganarte la vida.

Obviamente, las drogas y el alcohol no contribuían a mejorar esto último, pero…

Esta noche, sin embargo, mientras vigilaba a la docena o más de chicas que hacían su ronda, se sentaban en las piernas de los clientes, flirteaban y tomaban a los hombres de la mano para desaparecer después en los baños privados…, Trez se sentía asqueado por todo aquello.

En especial cuando pensaba en lo que había accedido a hacer por s'Ex.

Joder, era tan tentador pensar que había resuelto el problema…, que mantener feliz al verdugo iba a hacer que todo lo demás desapareciera.

Pero no.

La cosa era que Trez no dejaba de pensar que, si contaba con un poco más de tiempo, terminaría por encontrar una salida.

—¿No me estarás buscando a mí?

La humana que estaba frente a él tenía el pelo negro y largo —desde luego, muchas aquí tenían el mismo aspecto— y un cuerpo tan sinuoso que parecía una pista de carreras de coches. Un cuerpo que seguramente era así de rápido. Y con la piel pintada deliberadamente de blanco y los labios pintados del color de la sangre, la mujer parecía una vampira en ciernes en un mundo de impostores, todos excitados por una persona que parecía haber nacido de un paisaje emocional bipolar.

No es que Trez estuviera generalizando.

—No —dijo él—. No te estoy buscando a ti.

—¿Estás seguro? —preguntó la mujer y giró frente a él para mostrarle su culo gigante—. Porque valdría la pena que lo hicieras.

Lo único que Trez podía ver en su cabeza era a su Elegida, acostada frente a él, tan hermosa y pura.

—Lo siento —murmuró él, al tiempo que daba media vuelta y se alejaba.

Después de dejarlos a él y a iAm en la cocina, Selena no había regresado. Cuando habían convocado a todo el mundo al comedor para escuchar aquellas horribles noticias sobre el rey, Trez esperaba verla ahí. Pero nada.

Y quería ir a la casa de campo de Rehv en el norte para verla. Las cosas entre ellos habían quedado demasiado abiertas, pero Trez tenía la sensación de que cuando llegaran al meollo del asunto, solo se iba a sentir peor.

Y ella también.

En realidad, lo que él tenía que hacer era dejar que toda la situación con Selena…

Desde el otro lado del salón lo miró una de las putas profesionales, una morena vestida con ropa ceñida de cuero rojo, y Trez le devolvió el gesto contemplándola de pies a cabeza.

Sí, pensó. Ella podía servir.

Cuando le hizo señas a la mujer para que se acercara, esta obedeció enseguida, abriéndose paso entre la multitud.

—Hola, jefe.

Mierda, a Trez realmente le pesaba hacer esto.

—Tengo un cliente privado para el cual necesito unos servicios especiales. ¿Te interesa?

—Siempre. —La mujer miró a su alrededor—. ¿Está aquí ahora?

—No, está en otro sitio. Mañana a mediodía. Voy a llamar también a otras dos chicas.

—Genial. Pero no te molestes en buscar a Willow. Últimamente se ha vuelto una pesada.

—Entendido.

—Gracias por pensar en mí, jefe. —La mujer sonrió y le dio un golpecito con la cadera—. Estoy segura de que tu amigo lo va a pasar muy bien.

Mientras la mujer se alejaba, Trez pensó que, quizás, posiblemente…, sí, definitivamente…, estaba a punto de vomitar sobre el suelo negro del club.

Así que se abrió paso hasta la entrada en busca de aire fresco y se detuvo allí como si solo estuviera verificando que todo fuera bien con Ivan y el nuevo empleado que cuidaban el extremo de la cola de entrada. Y luego simplemente empezó a caminar, sin dirigirse a ninguna parte en particular, aunque no tenía puesto su abrigo y sus Ferragamos no fueran buenos para caminar sobre la acera llena de nieve.

En medio de su soledad, Trez no se sentía realmente solo: lo acompañaban sus pensamientos acerca de Selena, su hermano y sus padres. Y, la verdad, estaba empezando a considerar seriamente las ventajas de emborracharse como una cuba.

iAm le había dicho que el trato que había hecho con s'Ex era una pésima idea. Y luego se dirigió rápidamente a la cocina a preparar *cacciatore*.

Sin embargo, si consideraba el panorama completo, aquella conversación no había sido tan mala como algunas de las últimas…

—¿Quieres comprar *crack*? ¿M?

Trez levantó una ceja y miró al tío que estaba junto a un salón de tatuajes. Era un tío blanco y con clase.

Y justo cuando estaba abriendo la boca para decir que no, el viento cambió de dirección y Trez sintió en la cara el golpe del olor de un restrictor.

Eso lo hizo frenar en seco.

—Entonces, ¿quieres? —preguntó el asesino.

Trez miró a derecha e izquierda, interesado, de repente, en comprarle algo que nunca iba a usar a un imbécil que no tenía ni idea de que estaba hablando con el enemigo.

Trez entró a la penumbra del callejón y se metió la mano en el bolsillo de los pantalones, como si estuviera buscando su cartera.

—¿Cuánto es?

—¿Por cuál?

Trez mantuvo la fachada de la compra y miró a su alrededor como si estuviera

nervioso. Al acercarse confirmó que se trataba definitivamente de un restrictor, pues el olor dulzón se volvió peor que el de un obrero que llevara ocho días sin ducharse… y acabara de recibir, por casualidad, un baño de talco para bebé.

Y llevara, además, un zorrillo muerto debajo de cada sobaco.

—Los dos. Oye, ¿te molesta si entramos un poco más?

El asesino dio media vuelta y empezó a darle los precios, mientras se adentraba en el callejón que estaba junto al salón de tatuajes. Pero nunca llegaron a la parte del intercambio del efectivo por la mercancía.

Trez lo controló con facilidad, agarrándolo desde atrás y quebrándole la cabeza hasta que lo único que quedó pegado a la columna vertebral fue la piel. Cuando levantó el cuerpo muerto por el torso, lo llevó detrás de una pila de palés y empezó a registrarle los bolsillos.

Diez bolsas de polvo. Veinte o más piedras de coca, no muy grandes. Más o menos setecientos en efectivo.

No parecía un vendedor importante. De hecho, tenía más bien poca mercancía para estar en esta parte de la ciudad. Lo interesante era que se trataba de un restrictor.

Trez dejó caer al suelo el cuerpo que todavía se sacudía, sacó su móvil y marcó un número. Contestaron al tercer timbrazo.

—¿Butch? —dijo Trez—. Hola, tío, ¿qué hay? Ajá, ajá. Sí. Claro. —Trez le echó un vistazo al asesino y vio que seguía moviendo los brazos y las piernas—. Bueno, yo tengo aquí a un amigo al que me gustaría que conocieras. No, no se trata de alguien a quien quisieras invitar a cenar. Sí, él no se va a ir a ningún lado. Tómate tu tiempo.

Después de colgar, Trez miró los paquetes de droga que tenía en la mano. Estaban marcados con el símbolo en Lengua Antigua que representaba la muerte.

Alguien de la raza estaba traficando a lo grande con drogas. Y estaba trabajando con el enemigo.

La siguiente pregunta era de quién se trataba.

CAPÍTULO 46



Ya estaba casi amaneciendo cuando Beth decidió que tenía que salir de la habitación que compartía con Wrath. Él todavía no había regresado y la perspectiva de pasar otro minuto con el caos que se agitaba en su mente era sencillamente horrible.

La primera parada fue la habitación de Layla, pero la Elegida no estaba. Lo cual probablemente fuera bueno, pues Beth suponía que lo único que habría hecho sería importunar a la pobre hembra con preguntas acerca de los primeros síntomas del embarazo, lo que era una locura por dos cosas: en primer lugar, porque si se había producido la concepción, esta no debía tener más de, ¿qué?, ¿veinticuatro horas a lo sumo? Y en segundo lugar, porque Layla había tenido aquella horrible amenaza de aborto.

Por lo que este no era exactamente un buen tema de conversación si Beth no quería volverse loca.

Mientras caminaba por el pasillo de las estatuas, Beth pensó… en la cocina. Sí, la cocina podía ser una buena parada a continuación, ya que no quería molestar a Wrath en la sala de pesas del centro de entrenamiento.

Era evidente que él necesitaba un poco de espacio en este momento.

Al bajar las escaleras, Beth sintió que era imposible no procesar su realidad en paralelo. La primera capa era la que tenía frente a sus ojos: Wrath y la destitución, el triste silencio de la casa, el estrés por el futuro de la raza. El segundo nivel era totalmente interno y físico: un tirón en la pelvis —¿sería la implantación… o la llegada de su periodo…, lo cual significaría que no había quedado embarazada?—; un dolor en los senos —¿síntoma de la concepción… o el resultado de tanto sexo con Wrath?—; oleadas de calor —¿producto del desequilibrio hormonal… o del camisón de franela?—.

Lo único que evitaba que Beth se sumergiera por completo en las minucias de su

cuerpo era la gravedad de la situación en que los habían puesto los actos del Consejo. Y, mientras tanto, en el fondo de su corazón, Beth no sabía si desear estar embarazada… o no.

En realidad, eso era mentira.

Con la mano puesta en la parte inferior de su vientre, Beth se sorprendió rezando para que la cosa no hubiese funcionado. Lo único peor que el hecho de que Wrath hubiese perdido el trono… sería descubrir que iba a ser padre justo en este momento.

Si ya estaba sintiendo que había perdido el legado de sus padres, aquello sería como lanzarle una roca encima. Indudablemente sentiría que también estaba defraudando a su hijo.

En el vestíbulo, Beth cruzó hacia el comedor y luego entró en la cocina. Dios, estaba vacía; el lugar siempre solía encontrarse lleno de actividad incluso durante las pausas entre las comidas. Pero el hecho de entrar justo cuando las persianas metálicas se estaban cerrando, y ver que no había nada sobre el fogón, ni en el horno ni en las encimeras la asustó.

Maldición…, ¿qué iba a pasar ahora?

¿Se separaría la Hermandad? ¿A dónde irían ella y Wrath? Técnicamente, no deberían quedarse durante más tiempo en aquellas suntuosas recámaras de la tercera planta, considerando que ya no eran la Primera Familia.

De hecho…, sería todo un alivio salir de allí.

Aunque la causa de la mudanza fuera un horror.

Al abrir la nevera Sub-Zero, Beth vio… un montón de cosas que no quería comer. Pero debería tener hambre, ¿no? Solo había ingerido lo que Fritz le había llevado hacía ¿cuántas horas? Y ciertamente no se había alimentado nada durante el periodo de fertilidad.

Necesitaba ir al baño.

Después de desaparecer en el baño de la cocina, Beth se encargó del asunto, se lavó las manos y le echó otro vistazo a la nevera.

Alguien acababa de poner un gran recipiente con algo en el nivel inferior. Un rápido vistazo bajo la tapa y Beth descubrió… *cacciatore*. Normalmente era un entrante que valía la pena probar, en especial porque el cocinero debía de haber sido iAm. Sin embargo, el olorcillo que llegó hasta su nariz le hizo rechazarlo de inmediato. Lo mismo le pasó con los restos de jamón. Y con un plato de *linguini* con boloñesa que encontró guardado en un Tupperware. Y con la sopa de tomate…

Enseguida lo intentó con el congelador y sacó una bolsa de Eggos…, pero la devolvió de inmediato.

El helado no le atraía lo más mínimo. El solo hecho de pensar en toda esa crema le daba ganas de vomitar…

Beth vaciló mientras le echaba un vistazo a su cuerpo.

—¿Hay alguien ahí? —le dijo a su pelvis.

Muy bien, ya era oficial. Se había vuelto totalmente loca.

Después de recorrer la despensa, una excursión que resultó parecida a tratar de hallar algo comestible en la lavandería, Beth regresó a la nevera y se obligó a sacar un frasco de pepinillos.

—Son pepinillos, por favor —murmuró—. Pepinillos, eso es un cliché.

Solo que cuando le dio vuelta a la tapa y miró aquellas rodajas de pepinillos que bailaban en su pequeña piscina de vinagre, Beth puso una mueca de asco y tuvo que cerrar el frasco.

Como último recurso miró el cajón de las hortalizas…

—Sí —dijo al tiempo que estiraba la mano para coger algo—. Ay, sí, sí, sí…

Cuando llevó el manojo de zanahorias orgánicas hasta el cajón de los cuchillos, Beth no podía creer que estuviera a punto de ingerir todo ese betacaroteno.

Ella odiaba las zanahorias. Bueno, no del todo… Si las encontraba en la ensalada, se las comía. Pero nunca en su vida se le había ocurrido sacar una zanahoria de la nevera.

De pie junto al fregadero, Beth arrancó la primera, sacó el pelador y dejó una pequeña montaña de peladuras de zanahoria en el fondo del fregadero de acero inoxidable. La lavó rápidamente, la cortó por la mitad, luego la cortó dos veces más a lo largo y, *voilà, crudités*.

Después se la comió feliz.

Era algo tan fresco que crujía cada vez que ella le daba un mordisco, y tan dulce, con ese sabor a tierra que era mejor que el chocolate.

Una más, pensó cuando terminó el último cuarto. Solo que al llegar al final de la número dos, pensó… ¿y si tomo otra?

Mientras avanzaba con la tercera, Beth se acordó de la proclama del Consejo. Tratar de hacer algo se había convertido para ella en una obsesión. Aunque no tenía la culpa de la identidad racial de su madre, Beth se sentía responsable por haberle traído ese problema a Wrath.

Si solo pudiera encontrar una salida…

Por el lado del Consejo, evidentemente las cosas se estaban moviendo. Ya habían programado una ceremonia donde ese tal Ichan prestaría juramento… y Rehv se había enterado porque el imbécil del secretario del Consejo se había olvidado de eliminarlo de la lista de correos electrónicos.

Eso tendría lugar a medianoche.

Beth miró hacia donde estaban los hornos. El reloj digital azul decía que eran las cuatro y cincuenta y cuatro. Así que tenían diecinueve horas.

¿Qué se podía hacer en diecinueve horas?

Cuando se volvió a concentrar en sus zanahorias, Beth…

Oyó que el sistema de seguridad anunciaba que se acababa de abrir y cerrar una puerta exterior y se sorprendió. Frunciendo el ceño, Beth salió de la despensa por una de las puertas batientes que usaban los criados…

Layla estaba saliendo de la biblioteca y parecía como si viniera de un accidente

de tráfico: tenía el pelo todo desarreglado, la cara blanca como un papel y las manos en las mejillas.

—Layla —la llamó Beth—. ¿Estás bien?

La Elegida se sobresaltó tanto que tuvo que apoyarse en los dos brazos para no caerse.

—¡Ay! Ah…, sí. Sí, estoy bien. Estoy bien, gracias, sí. —La hembra frunció el ceño de inmediato—. ¿Y tú? ¿Estás…?

Considerando lo que estaba sucediendo, había muchas maneras de terminar esa frase cuando eras una hembra: ¿Estás… a punto de suicidarte? ¿Estás… tomando un descanso entre las sesiones de llanto? ¿Estás… embarazada?

—Ah, sip, estoy bien. Sí, bien.

Era tan fácil jugar a las apariencias.

—Bueno, ahora voy a subir. Me voy a la cama. Voy a darme una ducha y después a la cama. —Cuando Layla empezó a quitarse la parka, su sonrisa parecía tan auténtica como la de Courtney Stodden—. Te veo en…, bueno, más tarde. Te veo más tarde. Chao.

La Elegida subió las escaleras como si la estuvieran persiguiendo, aunque no hubiera nadie detrás de ella.

Cuando Beth regresó a la cocina, se sintió mal por no averiguar un poco más de lo que obviamente le ocurría a la Elegida, pero la triste realidad es que ella ya tenía suficiente con sus problemas…, no le quedaba espacio para preocuparse por los dramas de los demás.

De regreso al fregadero, peló otra zanahoria. La cortó por la mitad y la giró para…

La solución se le ocurrió con tal claridad que casi se corta un dedo.

Beth bajó el cuchillo y levantó las dos mitades… y las puso juntas, buscando la manera de que encajaran perfectamente.

Luego las separó deliberadamente. Y volvió a unirlas. Y las separó.

En las dos encarnaciones… las mitades seguían siendo la misma zanahoria.

Así que arrojó los trozos de zanahoria sobre la encimera y salió corriendo de la cocina.

‡ ‡ ‡

Lo que los salvó fue un grueso seto redondeado.

Cuando Xcor se materializó frente al jardín de su vivienda en un barrio residencial de la ciudad, tuvo que tomarse un momento para recuperar el control…, aunque el sol ya empezaba a salir por el oriente.

Hablando de prisas…, casi no logra que Layla regresara a tiempo. E incluso en ese momento no estaba seguro de haber tenido éxito.

Pero había hecho cuanto había podido.

Después de que se hiciera evidente que Layla estaba tan desorientada como él en medio de la neblina, Xcor decidió tomarla de la mano y empezó a subir la montaña con ella. No confirmó con Layla si efectivamente el refugio secreto de la Hermandad se encontraba en la cima, pues pensó que seguramente habían empleado el mismo principio con el que habían construido su hogar en el Viejo Continente.

Cuando más alto se encontraran, mejores serían las posibilidades de defenderse.

Caminando tan rápido como podía con ella de la mano, Xcor terminó encontrándose contra un muro de más de tres metros de alto y cubierto de estuco…, buena señal de que se encontraban cerca del hogar de la Elegida. El problema era que ella estaba demasiado agitada para desmaterializarse hasta el otro lado.

Enfrentado a decidir si giraba a mano derecha o izquierda, Xcor era muy consciente de que su seguridad dependía de aquella decisión.

En muchos sentidos.

Había pensado que incluso aunque lograra construir un refugio apropiado para ellos, algo capaz de protegerlos de la luz del sol durante el día, la ausencia de Layla no tardaría en hacerse evidente y eso le traería preguntas al día siguiente cuando regresara. ¿Cómo iba a responder algo que no complicara su vida de forma irreparable? No lo sabía.

Xcor eligió girar hacia la derecha, basándose en la teoría de que quería hacer lo correcto.

Cuando encontraron un arbusto bien podado y cuidado…, y luego otros semejantes a ese, Xcor tuvo la certeza de que estaban en el camino hacia la casa. Sin embargo, no la acompañó hasta el final. Siguió hasta encontrar la primera jardinera y luego la soltó y le dijo que se apresurara…

A él también se le estaba agotando el tiempo.

Xcor se quedó observándola solo un segundo antes de que ella se perdiera entre la neblina y dejaran de oírse sus pisadas.

Era como si ella hubiese desaparecido para siempre.

Y a pesar de que una parte de él había tenido la tentación de quedarse allí y dejar que el sol lo quemara, al final se obligó a marcharse, calculando el camino de descenso hasta que se tropezó, casi literalmente, con una carretera.

Aunque solo podía ver un metro más allá, la superficie nivelada le brindó la posibilidad de acelerar el paso. Luego corrió con la gravedad a su favor, preocupado solamente por la posibilidad de que alguien viniera subiendo la montaña y lo iluminara con los faros del coche.

Por fortuna eso no sucedió y finalmente llegó al final de la pendiente logrando salir de aquel paisaje brumoso y confuso.

La sensación de pavor que había experimentado al principio, después de entrar en aquella parte, volvió a golpearlo. ¿Qué pasaría si Layla no hubiera logrado llegar a tiempo? ¿Qué pasaría si alguien la hubiera encontrado e interrogado? ¿Qué pasaría si…?

Xcor había revisado su móvil varias veces, pero sin resultado alguno, y luego se vio forzado a cerrar los ojos, concentrarse y rogar que tuviera la energía suficiente para desmaterializarse.

Lo único que había hecho posible que sus moléculas se dispersaran por el aire era que no podía morirse sin saber qué había pasado con ella.

Xcor volvió a sacar su móvil, con la esperanza de que ella hubiese llamado y él no hubiera oído el timbre mientras escapaba por la montaña. Pero… no.

Mientras caminaba hacia la puerta de la casa de estilo colonial, el resplandor en el cielo hizo que le picara la piel y luego se le humedecieran los ojos…, lo que terminó cuando entró en la casa.

Para encontrar una escena de absoluta depravación.

Lo único que faltaba era la presencia de hembras. Pero, por el resto, el aire olía a ron y ginebra, y se oían risotadas groseras que se combinaban con la clase de violencia masculina que suele brotar después de una victoria.

—¡Habéis regresado! —gritó Zypher—. ¡Ha regresado!

Los gritos habrían despertado a los vecinos si los hubiera habido, pero lo cierto era que llenaban la casa.

—Y tenemos noticias —dijo Throe con satisfacción mezclada ligeramente con borrachera—. La ceremonia de investidura será a medianoche. En la biblioteca de Ichan. Y hemos sido invitados, desde luego.

Xcor tuvo la tentación de decirles que fueran ellos en su lugar, pero guardó silencio, asintió con la cabeza y desapareció escaleras arriba.

Por fortuna, sus soldados estaban acostumbrados a que él se retirara en soledad y lo dejaron marcharse.

Al cerrar la puerta de su habitación, el ruido de abajo se rebajó un poco, aunque no desapareció del todo; sin embargo, Xcor estaba acostumbrado a hacer caso omiso de aquel grupo de machos.

Xcor se sentó en la cama, que era un revuelto de sábanas y mantas enredadas, se quitó las armas y sacó su móvil. Acunándolo entre las manos, se quedó mirando la pantalla.

No tenía forma de llamarla: ella siempre usaba un número oculto.

Acostado, mirando al techo, Xcor experimentó un vacío que le resultó una revelación.

La idea de que ella pudiera estar muerta y él no lo supiera lo golpeó tan profundamente que sintió como si su personalidad se partiera en dos.

Para no volver a unirse nunca.

CAPÍTULO 47



¿Dónde estaba él?

Mientras Sola merodeaba por la cocina de Assail, hurgando entre las pocas cosas que había bajado para empaquetar, no dejaba de mirar por encima del hombro con la esperanza de verlo llegar para tratar de persuadirla de que se quedara.

Pero eso era algo que ya había hecho, ¿o no?

En la ducha.

Joder, por una vez, el recuerdo de haber estado con él no la excitó sino que la hizo llorar.

—No entiendo por qué tenemos que salir tan temprano —dijo su abuela al subir desde el sótano—. Ni siquiera ha amanecido.

Su abuela estaba vestida con la versión en amarillo de su ropa de casa, pero preparada para el viaje, con sus mejores zapatos y el bolso a juego colgando de su muñeca gracias a la correa de cuero falso. Tras ella, los guardias gemelos de Assail llevaban cada uno una maleta, y no parecían muy contentos. Aunque, vamos, con esa cara seguramente nunca lo parecieran.

—Es un viaje de veintitrés horas, vovó. Necesitamos salir temprano.

—¿No vamos a hacer paradas?

—No. —Sola no quería arriesgarse en compañía de su abuela—. Puedes conducir un rato a mediodía. A ti te encanta conducir.

Su abuela dejó escapar un sonido que cualquier otra persona habría reemplazado con un juramento.

—Deberíamos quedarnos aquí. Se está bien aquí. Me gusta la cocina.

Pero no era la cocina lo que había captado el interés de su abuela. Joder, su abuela podía cocinar en una estufa Coleman sin ningún problema…, y lo había hecho.

Pero él no es católico, quería decirle Sola. De hecho, es un narcotraficante ateo. Y

pronto se convertirá en el proveedor de…

¿Y si estuviera embarazada?, se preguntó Sola. Porque hacía dos días que no se tomaba la píldora. ¿No sería…?

Una mierda, como dicen.

Sola hizo un esfuerzo para volver a la realidad y cerró la maleta de ruedas.

—¿Y bien? —dijo su abuela—. ¿Nos vamos? ¿O no?

Como si supiera con exactitud qué era lo que Sola estaba esperando.

O a quién.

A Sola no le quedaba suficiente orgullo para tratar de disimular, mientras volvía a mirar a su alrededor y escrutaba la puerta que venía del comedor, el arco que separaba las escaleras de la oficina, el pequeño salón que había al subir del sótano. No había nadie allí. Y tampoco se oían pasos acelerados, ni pisadas en la planta superior que indicaran que había alguien poniéndose rápidamente una camisa para bajar a la planta inferior.

Aparte de aquel rato en la ducha, ¿cómo era posible que Assail no quisiera despedirse…?

En ese momento su abuela respiró profundamente y el crucifijo de oro que siempre llevaba al cuello captó la luz del techo.

—Nos vamos —se oyó decir Sola.

Y con esas palabras, cogió su maleta y se dirigió a la puerta trasera. Fuera, un Ford corriente y moliente estaba aparcado cerca de la casa, con un contrato de alquiler a nombre de la otra identidad de Sola.

Aquella que nadie sabía que tenía. Y en la guantera había otro conjunto de documentos y tarjetas de identificación para su abuela.

Sola quitó los seguros con el mando a distancia y abrió el maletero. Entre tanto, los hombres de Assail trataban a su abuela como con pinzas, ayudándola a bajar las escaleras y llevándole el equipaje y el abrigo, el cual, desde luego, se había negado a ponerse para expresar su protesta.

Cuando instalaron a la mujer en el asiento del pasajero y su maleta en la parte trasera, Sola escrutó la parte posterior de la casa. Al igual que antes, esperaba verlo, tal vez corriendo a través del salón para alcanzarla antes de que se marchara. Tal vez subiendo del sótano y atravesando el garaje a toda velocidad para salir. Tal vez patinando en una esquina al bajar de las escaleras…

En ese momento sucedió algo extraño. Todas las ventanas de la casa se estremecieron de repente y los paneles de cristal que se extendían entre las repisas de las ventanas y las puertas correderas se sacudieron levemente.

¿Qué era…?

Contraventanas, pensó Sola. Había contraventanas que cubrían las ventanas y cuyo sutil movimiento era algo que podías pasar por alto con mucha facilidad…, a menos que estuvieras mirando justo en el instante en que sucedía. ¿Y después? Era como si nada hubiese cambiado. Todos los muebles seguían a la vista, las luces

encendidas, todo normal, normal, normal.

Otro de sus trucos de seguridad, pensó Sola.

Después de tomarse un tiempo para abrir la puerta, Sola metió un pie en el coche y se giró para mirar hacia atrás. Los dos guardaespaldas habían retrocedido y tenían los brazos cruzados sobre el pecho.

Le habría gustado decirles…, pero no, ellos no parecían interesados en llevarle un mensaje a Assail.

De hecho, parecían absolutamente contrariados ahora que habían dejado a su abuela en el coche.

Sola esperó un momento más, con los ojos fijos en la puerta. A través de la apertura, vio los zapatos y los abrigos que colgaban en aquel salón trasero. Parecían tan comunes y corrientes…, bueno, comunes para una persona rica. Porque aquella casa no se parecía en nada a una casa americana media, y no solo porque probablemente costara cinco millones. O diez.

Sola dio media vuelta, se sentó tras el volante, cerró la puerta y respiró profundamente para aspirar el olor a limón del ambientador. Debajo del cual sintió un ligero tufo a humo de cigarrillo.

—No sé por qué tenemos que irnos.

—Lo sé, vovó. Lo sé.

El motor se encendió, Sola puso la marcha atrás, dio la vuelta y le lanzó un último vistazo a aquella puerta abierta.

Después, ya no hubo más excusas para seguir retrasándose.

Puso el pie sobre el acelerador y parpadeó con fuerza al ver que los faros del coche iluminaban el sendero de entrada y luego la carretera de un solo carril que las llevaría lejos de la península.

Assail no iba a salir a perseguirla.

—Estás cometiendo un error —dijo su abuela con un resoplido—. Un gran error.

No conoces toda la historia, pensó Sola, mientras se detenía frente a una señal y ponía el intermitente.

Lo que Sola no sabía, sin embargo… era que ella tampoco conocía toda la historia.

‡ ‡ ‡

Assail las vio partir desde un círculo de árboles que estaba detrás de la casa.

A través de las ventanas de la cocina, vio a Sola parada junto a la mesa, escarbando dentro de una maleta, como si estuviera buscando algo que estaba dejando atrás.

Aquí fuera, mi amor, pensó él. Lo que has perdido está aquí fuera.

Y luego apareció su abuela con los primos, y quedó claro que la hembra no estaba de acuerdo con que se fueran.

Un detalle más para adorarla.

También era obvio que sus primos estaban en contra de ello. Porque, claro, nunca habían comido tan bien y respetaban a cualquiera que fuera capaz de hacerles frente.

No había ningún problema con la grandmahmen de Marisol.

Mientras Assail veía cómo su hembra buscaba algo, como si estuviera esperando a que él se presentara, sintió una pequeña satisfacción en medio de su tristeza. Pero el imperativo superior era convencer a su bestia interna de que la dejara elegir el camino que quería seguir.

Assail no podía oponerse al sentido de autoprotección, así como tampoco podía comprometerse a acabar con su negocio. Había trabajado durante mucho tiempo y muy duro para conformarse con un estilo de vida de noches sedentarias…, aunque las pasara con Sola. Además, le preocupaba que las cosas con la familia Benloise todavía no hubiesen llegado a su fin. Solo el tiempo diría si había otro hermano por ahí, o tal vez un primo codicioso y con sed de venganza por lo que le había sucedido a su familia.

Sola estaría más segura sin él.

Cuando Marisol puso el equipaje en el maletero del coche, su abuela se acomodó en la parte delantera del vehículo. Y ahí hubo otra pausa. En efecto, mientras ella miraba a su alrededor, Assail sintió como si lo hubiese visto, pero no. Sus ojos pasaron sobre él, sin identificarlo en su escondite.

Una vez dentro del coche, cerró la puerta, encendió el motor y giró.

Luego, lo único que quedó fueron las luces traseras que desaparecían por el camino.

Los primos se quedaron allí solo un momento más. A diferencia de su hembra, ellos sí sabían con precisión dónde se encontraba él, pero no se acercaron. Se retiraron a la casa y dejaron la puerta abierta para que él entrara cuando ya no pudiera soportar más el sol.

El corazón le aullaba en el pecho cuando por fin salió de su escondite.

Mientras caminaba a través de la nieve, sentía el cuerpo tan flojo que se preguntó si se iría a desplomar allí. Y la cabeza le daba vueltas y vueltas, al igual que los intestinos. Lo único que se mantenía firme eran sus instintos masculinos, que lo impulsaban a salir al camino a buscarla, cruzarse delante del coche y exigirle que diera media vuelta y regresara.

Pero en lugar de eso Assail se obligó a entrar en la casa.

En la cocina, sus primos se estaban sirviendo unas sobras que habían sido cocinadas especialmente para ellos y que la abuela les había dejado envueltas en papel de aluminio dentro de la nevera. A juzgar por su estado de ánimo, parecía que alguien se hubiera muerto.

—¿Dónde están los móviles? —preguntó Assail.

—En la oficina. —Ehric frunció el ceño al quitar el *Post-it* que reposaba sobre el paquete—. Calentar a 190 grados.

Su hermano se acercó a la pared donde estaban los hornos y comenzó a oprimir botones.

—¿Horno de convección?

—No dice.

—Maldición.

Bajo cualquier otra circunstancia, Assail jamás habría creído que Evale gastaría las pocas palabras que le gustaba pronunciar en un tema relacionado con la cocina. Pero Marisol y su abuela lo habían cambiado todo…, a pesar del poco tiempo que habían estado ahí.

Assail dejó a sus primos en paz y no se sorprendió de que no le ofrecieran que comiera con ellos. Después de siglos de llevar una vida errante, tenía el presentimiento de que se iban a convertir en acaparadores de comida.

En la oficina, se sentó tras el escritorio y miró los dos teléfonos idénticos que tenía delante. Naturalmente, su mente recordó cómo los había conseguido y vio a Eduardo en el suelo y luego a Ricardo atado a aquella pared de tortura.

Assail les ordenó entonces a sus manos que los cogieran y…

Pero sus brazos se negaron a obedecer y, de hecho, su cuerpo cayó contra la silla como si se hubiese desplomado. Mientras miraba al vacío, Assail se dio cuenta de que su motivación en la vida había desaparecido.

Entonces abrió el cajón central del escritorio, sacó uno de sus frascos y esnifó un poco de coca primero por una fosa y después por la otra.

Por lo menos el golpe de la droga le permitió sentarse derecho y, un momento después, cogió los teléfonos… y los conectó a su ordenador.

Su concentración era artificial y tenía que obligarse a prestar atención, pero él sabía que tendría que acostumbrarse a eso.

Su negro corazón lo había abandonado.

E iba rumbo a Miami.

CAPÍTULO 48



Si corrías con la suficiente fuerza y durante el tiempo suficiente, era posible hacer que tu cuerpo se sintiera como si hubieses participado en una pelea a puñetazos durante toda la noche.

Mientras seguía aplastando sus Nike contra la cinta de correr, Wrath pensaba en su última sesión de entrenamiento con Payne.

Lo cierto es que le había mentido. Cuando finalmente había asumido el trono en serio, los Hermanos y Beth lo habían obligado a enfrentarse a una serie de «directrices» destinadas a sacarlo de su viejo perfil de vivir arriesgando la vida físicamente. No había sido una conversación muy amable y él había roto las reglas al menos en una ocasión que todo el mundo conocía y en otras cuantas en las que no lo habían pillado. Y después de que lo encontraran peleando en el centro, había aceptado de nuevo dejar las dagas solo para el trabajo ceremonial… y, desde entonces, el olor de la decepción de su shellan había sido suficiente para mantenerlo a raya.

Bueno, eso y el hecho de que había perdido totalmente lo que le quedaba de vista.

Sus Hermanos no estaban equivocados. Por encima de todas las cosas, el rey necesitaba estar vivo; matar a asesinos en el fondo de un callejón de Caldwell no podía seguir siendo su principal mandato.

Y tampoco entrenar con los Hermanos.

Ninguno de ellos quería arriesgarse a hacerle daño.

Solo que luego se había presentado Payne, y aunque al principio Wrath pensó que se trataba de un macho, cuando se reveló su verdadera identidad, le habían dado permiso…, precisamente porque se trataba de una hembra.

Wrath pensó entonces en la forma en que ella se había colado en el vestuario y le había puesto un cuchillo contra la garganta.

Suponía que ahora… podría combatir con quien quisiera. Y que le debía una

disculpa a Payne.

Wrath bajó la mano para subir la velocidad de la cinta. Esta máquina había sido equipada con ganchos en la consola y un cinturón acolchado que habían mandado hacer especialmente para él. Con resortes que unían los dos ganchos, Wrath podía soltarse y aun así seguir en la máquina, pues las sutiles presiones que sentía en la cintura le informaban de dónde se encontraba en relación con la superficie de la cinta.

Lo cual resultaba muy práctico para una noche como hoy. Ah, espera…, pero si ya era de día.

Mientras adoptaba un ritmo más acelerado, Wrath descubrió que, como siempre, su cabeza tenía la facultad de flotar por encima del ejercicio físico, como si el hecho de que el cuerpo estuviera trabajando le diera rienda suelta a su imaginación. Desgraciadamente, al igual que un helicóptero defectuoso, su cabeza insistía en estrellarse siempre contra las mismas paredes de roca: sus padres, su shellan, la posibilidad de que hubiese un bebé en el futuro, todos los años vacíos que tenía por delante.

Si tan solo conservara aún la vista… Al menos así podría salir a pelear contra el enemigo. Pero ahora estaba atrapado, por su ceguera, por Beth y por la posibilidad de que ella se hubiera quedado embarazada.

Desde luego, si Wrath no la tuviera a su lado, ya habría puesto en peligro su vida en un combate y probablemente habría muerto de manera honorable en el campo de batalla. Aunque, joder, sin ella, probablemente tampoco se habría molestado en hacer nada para ascender al trono, para empezar.

Wrath sabía que nunca debería haber intentado ponerse esa maldita corona en la cabeza.

Después de todo lo que había hecho su padre en un tiempo tan trágicamente corto, él debería haberle hecho caso a sus instintos y alejarse. La raza había estado bien sin timón durante un par de siglos y es probable que eso hubiera seguido siendo así.

Wrath pensó en Ichan. Tal vez el desgraciado terminara por descubrir que las poblaciones modernas no necesitaban reyes que las gobernaran.

O, más aún, tal vez Xcor y los Bastardos terminarían por aprender esa lección.

En todo caso…

Cuando Wrath trató de subir de nuevo la velocidad, descubrió que ya había llegado al tope de la máquina. Así que soltó una maldición y volvió a adoptar el ritmo anterior, mientras pensaba en su padre, sentado tras el mismo escritorio que él ya no podría ver ni usar, rodeado de pergaminos y tinteros, plumas y volúmenes forrados en cuero.

Solo podía imaginarse al macho detrás de todo aquello, con una media sonrisa de alegría, mientras derretía la cera él mismo y presionaba el sello real contra esta…

—¡Wrath!

—¿Qué…? —En ese momento se oyó un chirrido de goma, al tiempo que Wrath quitaba la llave de seguridad y saltaba para apoyarse en los rieles laterales—. ¿Beth?

—Wrath, ay, por Dios…

—¿Estás bien?

—Wrath, tengo la solución…

Wrath apenas podía respirar.

—¿Sobre… qué?

—¡Ya sé lo que tenemos que hacer!

Wrath frunció el ceño, mientras resoplaba y apoyaba los brazos en los rieles, por si acaso sus piernas de gelatina cedían y lo hacían desplomarse. Pero, a pesar de la hipoxia, el olor de su hembra presentaba un matiz tan claro de propósito y convicción que sus tonos naturales se acentuaban y lograban llegar hasta él con claridad.

Wrath agarró la toalla que había dejado sobre la consola y se secó la cara.

—Beth, por amor de Dios. ¿Tendrías la bondad de dejar de…?

—Divórciate de mí.

A pesar del sofoco inducido por el ejercicio, Wrath dejó de respirar.

—¿Perdón? —dijo con voz ronca—. Lo siento, pero no he oído lo que has dicho.

—Disolvamos nuestra unión. A partir de ayer, cuando todavía eras el rey.

Wrath empezó a negar con la cabeza mientras sentía cómo se acumulaban en ella toda clase de pensamientos.

—No quiero oírte decir que…

—Si te deshaces de mí, desaparecerán las justificaciones que han utilizado. Y sin argumentos, no puede haber destitución. Así recuperas el trono y…

—¿Acaso te has vuelto loca? —gritó Wrath—. ¿De qué diablos estás hablando?

Hubo una pequeña pausa. Como si a Beth le sorprendiera que él no estuviera de acuerdo con su brillante idea.

—Wrath, en serio. Esa es la manera de recuperar el trono.

Mientras el macho enamorado que llevaba dentro empezaba a gritar a todo pulmón, Wrath sentía que estaba a punto de explotar…, pero ya había destrozado un salón del complejo y sus Hermanos lo matarían si acababa con su sala de musculación.

A pesar de que trató de mantener una voz neutral, y fracasó estruendosamente, Wrath dijo:

—¡Ni de coña!

—Pero ¡si solo es un pedazo de papel! —le gritó ella a su vez—. ¿Qué demonios importa?

—¡Tú eres mi shellan!

—Es como con las zanahorias.

Yyyyyyyyy, eso lo hizo frenar en seco. Wrath sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas y dijo:

—¿Perdón?

Era un poco difícil pasar de hablar del fin de su relación a hacerlo de hortalizas.

—Mira, tú y yo estamos juntos porque nos amamos. Un pedazo de papel que diga

una cosa o la otra no va a cambiarnos…

—No, de ninguna manera. No voy a darles a esos cabrones la satisfacción de renunciar a ti…

—Escúchame. —Beth le agarró el brazo y se lo apretó—. Quiero que te calmes y me escuches.

Era la cosa más extraña. A pesar de lo alterado que estaba, cuando ella le daba una orden directa como esa, Wrath obedecía como un soldado raso.

—Fija la disolución del matrimonio, o apareamiento, o lo que sea, en una fecha anterior a esta. No les des ninguna explicación, no quieres que parezca una reacción a sus actos. Luego podrás decidir si deseas seguir siendo rey o no. Pero de esa manera ya no será culpa mía. Ahora mismo, te guste o no, yo soy la razón por la cual estás perdiendo el trono y no puedo seguir el resto de nuestra vida sintiéndome responsable por algo así. La culpa me mataría.

—Pero sacrificarte tampoco es el camino…

—No me estaría sacrificando en lo más mínimo. A mí no me importa en absoluto el tema de ser reina. Me importa estar a tu lado… y no hay corona o edicto o lo que sea que vaya a cambiar eso.

—Pero en este momento podrías estar llevando a nuestro hijo en el vientre. ¿Estás diciendo que quieres traer al mundo a ese bebé siendo un bastardo?

—No lo sería para mí. Y tampoco para ti.

—Pero para los demás…

—Como ¿quién? ¿Me estás diciendo que Vishous miraría con desprecio a nuestro hijo? ¿O Thor? ¿O Rhage? ¿O cualquiera de los Hermanos… o sus shellans? ¿Y qué hay de Qhuinn y Blay? Qhuinn no está casado con Layla. ¿Significa eso que vas a despreciar a su hijo?

—Los miembros de esta casa no son «los demás» de los que estoy hablando.

—Entonces, ¿a quién te refieres? Nunca vemos a la glymera, gracias a Dios, y no creo que alguna vez me haya cruzado con lo que vosotros llamáis la gente común. Bueno, a excepción de Ehlena y Xhex, supongo. Quiero decir que los ciudadanos de la raza…, ellos nunca vienen aquí, ¿y acaso eso va a cambiar? No lo creo. —Beth volvió a apretarle el brazo—. Además, te preocupaba el hecho de poner a nuestro hijo en el trono. Pues esto también se encarga de ese problema.

Wrath se soltó y quería caminar, pero no conocía suficientemente bien la distribución del salón de pesas y no quería terminar en el suelo.

Así que se conformó con secarse la cara de nuevo.

—Mi deseo de conservar el trono no es tan grande como para divorciarme de ti. Sencillamente no lo es. Es el principio, Beth.

—Bueno, si eso te hace sentir mejor, seré yo la que me divorcie de ti.

Wrath parpadeó tras sus gafas de sol.

—Eso no va a suceder. Lo siento, pero es algo que no haré.

A Beth se le quebró la voz.

—No puedo pasar el resto de mi vida pensando que es culpa mía. Sencillamente no puedo.

—Pero no lo es. De verdad no lo es. Mira, yo… simplemente tengo que soltar el pasado, ¿sabes? No me puedo aferrar a mis padres de esta manera. Esa mierda no es sana. —Wrath dejó caer la cabeza hacia atrás—. Maldición, quiero decir que uno creería que eso ya debería estar superado. Me refiero al hecho de perderlos.

—No creo que la gente supere nunca esa clase de cosas. En especial cuando ocurren de la manera en que te pasó a ti.

Wrath recordó fragmentariamente imágenes de sí mismo, con su cuerpo escuálido de pretrans, mirando a través de un agujero en el bosque mientras a sus padres los hacían picadillo. Siempre eran las mismas imágenes, el mismo brillo de las espadas y los gritos de dolor y pánico…, y siempre terminaban igual, con la desaparición de las dos personas más importantes de su vida.

Wrath no estaba dispuesto a perder a Beth. Ni siquiera figuradamente.

—No —dijo con contundencia para poner punto final a la discusión.

Luego estiró el brazo y le puso la mano sobre el vientre.

—He perdido mi pasado y no hay nada que pueda hacer para cambiar eso. Pero *no* voy a perder mi futuro…, ni siquiera por el trono.

CAPÍTULO 49



Uno de los problemas con los matrimonios, los apareamientos y demás… es que cuando la persona que amas pone un veto, no hay mucho que puedas hacer al respecto.

Cuando Beth salió de la sala de pesas con su hellren, se sentía tan desinflada como un globo reventado. Sin argumentos, sin planes, odiaba la situación en la que se encontraban, pero todos los caminos hacia una posible solución habían sido bloqueados por un «no» que no podía superar.

En lugar de seguir a Wrath a las duchas, fue a sentarse en el escritorio del despacho y se quedó mirando el protector de pantalla del ordenador portátil, con aquellas burbujas que flotaban en torno a la imagen de Outlook…

La oleada de calor le llegó de repente, estalló a través de la pelvis y se diseminó como el fuego hasta la punta de sus dedos, las plantas de sus pies y la coronilla en lo alto de su cabeza.

—Por Dios —murmuró—. Podría freírme un huevo en el pecho.

Abrirse el cuello del camisón ayudó un poco, pero entonces el estallido de calor se fue tan rápido como llegó, dejando tras de sí solo un sudor frío sobre su piel.

Beth quitó el protector de pantalla y observó cómo el Outlook actualizaba los buzones de envío y entrada. La cuenta que estaba configurada en ese ordenador era la cuenta oficial del rey y Beth se preparó para una larga lista de correos sin leer.

Pero solo había uno.

Lo cual constituía una representación tangible del cambio en el poder, supuso Beth…

Entonces frunció el ceño y acercó la silla. El asunto del mensaje decía: «Apesadumbrado», y era de un macho cuyo nombre reconoció solo porque lo había visto en la lista de firmas de ese maldito pergamino.

Al abrir el mensaje, Beth lo leyó una vez. Dos. Y después una tercera vez.

Para: Wrath, hijo de Wrath
De: Abalone, hijo de Abalone
Fecha: 04430 12:59:56
Asunto: Apesadumbrado

_____

Excelencia, espero el futuro con el corazón lleno de pesar. Estuve en la reunión del Consejo y participé en la votación para la impugnación de vuestro cargo, basada en esos argumentos tan anticuados y prejuiciosos. Me aterran las últimas medidas tomadas por la glymera, por mi bien y el de la raza, pero lo que más me asquea es mi falta de coraje.

Hace mucho, mucho tiempo, mi padre, Abalone, le hizo un servicio a vuestro padre. Según cuenta la tradición familiar, aunque algunos detalles ya no se conocen, cuando se formó un complot contra vuestros padres, mi padre se alineó con su rey y su reina y, al hacerlo, honró nuestro linaje para siempre. En agradecimiento, vuestro padre les proporcionó a varias generaciones de mi familia libertad financiera y posición social.

Pero esta noche yo no he estado a la altura de ese legado. Y he descubierto que no soy capaz de soportar mi cobardía.

No estoy de acuerdo con las acciones que se han tomado contra vos y creo que otros también sienten lo mismo. Trabajo con un grupo de gente común para ayudarles a sortear sus preocupaciones y dirigirse a la glymera en busca de la reparación apropiada. En mis tratos con estos ciudadanos, es evidente que hay muchos miembros de base de la raza que recuerdan todas las cosas que vuestro padre hizo por ellos y por sus familias. Aunque ellos nunca os han visto, esa reputación se extiende hasta vos y vuestra familia. Sé que ellos compartirán mi tristeza y mi preocupación acerca del futuro que nos espera ahora.

En reconocimiento de mi error, he renunciado al Consejo. Continuaré trabajando con la gente común, pues ellos necesitan un líder y, aunque no soy muy eficaz en ese papel, debo tratar de hacer algo de bien en este mundo, o no seré capaz de volver a dormir nunca más.

Desearía haber hecho más por vos. Vuestra Excelencia y vuestra shellan estarán para siempre en mis pensamientos y oraciones.

Todo esto es un desastre.

Cordialmente,

Abalone, hijo de Abalone

Qué tío tan amable, pensó Beth mientras cerraba Outlook. Y probablemente necesitaba deshacerse de la culpa. Pero considerando la manera arrolladora en que la aristocracia se aproximaba a todo, no tenía la menor oportunidad.

La glymera tenía formas de arruinar la vida que no tenían nada que ver con un ataúd.

Beth miró el reloj que colgaba de la pared y se imaginó que Wrath debía de estar al llegar en cualquier momento. Y luego ellos…, bueno, Beth no sabía qué iban a

hacer. Por lo general a esta hora se dirigían a la cama, pero eso no parecía ya una buena idea.

Tal vez pudieran cambiar de habitación hoy. Beth no creía que pudiera contemplar en este momento aquella *suite* llena de joyas.

Después de entrar distraídamente a Internet Explorer, Beth se quedó mirando la pantalla de Google, sacudiendo la cabeza mientras contemplaba aquello de *Voy a tener suerte*.

Sí, claro.

Dios, si V no detestara todo lo que tenía que ver con Apple, ella podría tener ahora en su mano un iPhone y preguntarle a Siri qué podía hacer.

Beth agradecía mucho que Wrath quisiera permanecer casado, pero, joder…

Sin ninguna razón en particular, Beth recordó aquella escena de *La princesa prometida* en que ellos se están casando en el altar, delante de un sacerdote…

Entonces se quedó paralizada.

Luego escribió algo rápidamente y presionó el botón de la suerte.

Lo que salió fue…

—Hola, ¿estás lista para subir?

Beth levantó lentamente los ojos para mirar a su marido.

—Ya sé lo que tenemos que hacer.

Wrath retrocedió, como si alguien le hubiese dejado caer un piano en el pie. Y luego parecía como si la cabeza estuviera a punto de reventársele.

—Beth. Por amor de Dios…

—¿Tú me quieres, a mí entera?

Wrath dejó caer su cuerpo inmenso contra la puerta de cristal del despacho, mientras que George se acostó, como si esperara quedarse ahí un largo rato.

—Beth…

—Bueno, contéstame.

—Sí —refunfuñó su hellren.

—Me quieres entera, la parte humana y la vampira.

—Sí.

—Y no discriminas una parte de la otra, ¿cierto?

—No.

—Es como con la Navidad. Me refiero a que tú no celebras esa festividad, pero como es algo a lo que Butch y yo estamos acostumbrados, tú nos dejas poner árboles de Navidad y adornos, y ahora todo el mundo en la casa también se da regalos, ¿cierto?

—Cierto —murmuró Wrath.

—Y en lo que se refiere al solsticio de invierno, si alguna vez quisieras hacer uno de esos bailes, tú no pensarías que es más o menos importante o significativo que la Navidad, ¿cierto?

—Cierto. —Wrath dijo esto en un tono que sugería que, mentalmente, estaba

contestando a la pregunta: *Si pongo el arma aquí, y aprieto el gatillo, puedo escapar a toda esta desgracia, ¿cierto?*

—No habría ninguna diferencia. Ninguna en absoluto.

—Ninguna. ¿Podemos dejar esto ya?

—Mis creencias, mis costumbres, son tan importantes como las tuyas, sin que haya ninguna diferencia, ¿cierto?

—Cierto.

—Absolutamente ninguna.

—Ninguna.

Beth se levantó de la silla de un salto.

—Nos vemos en el vestíbulo en dos horas. Y ponte algo bonito.

—¿Qué…, qué diablos estás haciendo?

—Algo sobre lo que hablamos hace un tiempo, pero que nunca hicimos.

—Beth, ¿qué sucede?

—Nada —dijo y salió corriendo hacia el armario para poder llegar al túnel antes que él—. Todo.

—¿Por qué no me dices qué pasa?

Beth vaciló antes de desaparecer.

—Porque me temo que te pondrías a discutir conmigo. En dos horas. En el vestíbulo.

Mientras salía del despacho a través del panel secreto, Beth oyó que su hellren maldecía, pero ahora no tenía tiempo para ponerse a discutir con su hombre.

Tenía que encontrar a Lassiter. Y a John Matthew.

Ya.

‡ ‡ ‡

Selena experimentó la primera parálisis de verdad esa mañana.

Sentada en la cocina de la casa de campo de Rehvenge, tenía entre las manos una taza de café y un panecillo, cuando su mente empezó a agitarse por el destino del rey, los besos de Trez, la mirada dura de iAm, su propio futuro incierto…

Pero muy especialmente por los besos de Trez.

No lo había visto en público ni en privado desde que salieron del baño y bajaron a la cocina a buscar a su hermano.

Y Selena se alegraba en parte.

Porque los asuntos sin resolver entre ellos —la tensión sexual no resuelta— eran demasiado intensos para ella en este momento. Cuando estaba inmersa en el asunto, todo parecía muy natural, incluso producto de la predestinación, pero al mirar las cosas con los ojos bien abiertos y la cabeza clara, después de ocurridos los hechos, Selena se preguntó en qué habría estado pensando.

El futuro se acercaba y ya iba a ser bastante difícil sin las presiones de

enamorarse.

Y hacia allí era hacia donde se dirigían las cosas con él…

Mientras su cerebro le daba vueltas dentro del cráneo, Selena le dio un sorbo a su café, se quemó el labio y, frustrada, decidió que su cafeína no tenía suficiente azúcar. Y también que había puesto demasiado café en el filtro. Y que el agua no estaba lo suficientemente fría, así que le había quedado un cierto regusto.

En realidad el café estaba casi perfecto. Lo que luchaba por recuperar el equilibrio era su sentido interno del yo.

Sin embargo, sí podía hacer algo por el café.

Al estirarse para agarrar la azucarera, Selena extendió el brazo desde el hombro, y ladeó el torso sobre las caderas cuando…

Su cuerpo pareció congelarse en aquella posición, como si todas las articulaciones involucradas se hubiesen vuelto sólidas al mismo tiempo.

El terror multiplicó por cuatro los latidos de su corazón, mientras el pecho y la cara se le cubrían de sudor. Y cuando trató de abrir la boca para respirar más profundamente, se dio cuenta de que incluso la mandíbula se le había quedado paralizada, aunque eso tal vez se debiera al terror.

De repente, el silencio que reinaba a su alrededor la aplastó.

No había nadie más en la casa. Las otras Elegidas habían subido al Santuario para visitar a Amalya, la directriz, después del derrocamiento de Wrath. Rehvenge estaba en Caldwell y los doggen que se turnaban ahora entre esta casa y la mansión de la Hermandad se habían quedado en la ciudad a la luz de las tristes noticias.

Mediante un cálculo frenético, Selena trató de recordar cuánto tiempo había pasado antes de que sus hermanas quedaran afectadas de forma permanente.

No habían sido días. ¿Tal vez meses tal como se medía el tiempo en la Tierra?

Querida Virgen Escribana…, ¿y si esto fuera todo?

Selena concentró toda su energía y trató de desbloquear las puertas cerradas de sus articulaciones, pero no tuvo éxito. De hecho, la única cosa que se movía eran las lágrimas que se apozaban en sus ojos y luego se escurrían de sus pestañas. Era algo increíblemente raro: a pesar de la inmovilidad que la afectaba, Selena podía sentirlo todo. El camino ardiente que dejaban las lágrimas en sus mejillas. El calor que partía de la parte superior de la cabeza y bajaba por las sienes hasta la punta de sus orejas. La brisa fresca que pasaba por debajo de sus zapatos. El ardor de la lengua y la parte posterior de la garganta.

Incluso sintió el hambre que la había traído a la cocina.

¿Qué iba a hacer si no…?

El temblor comenzó por las piernas, con una especie de comezón, y luego se fue expandiendo. Después fueron los brazos. Y luego los hombros.

Como si su cuerpo estuviera luchando por escapar de aquella prisión, y estuviera sacudiendo los barrotes metafóricos que se habían cerrado a su alrededor.

—¿Hola?

A lo lejos se oyó una voz masculina, que parecía provenir de la parte de la casa que daba al lago, y Selena trató de responder. Pero lo único que logró emitir fue un débil gemido, nada más. Todo le temblaba; desde los dientes hasta los dedos de los pies, todo su cuerpo se sacudía con violencia.

Cuando Trez entró, el cuerpo de Selena se liberó de sus confines invisibles y sus extremidades estallaron, golpeando cosas como si no tuvieran ningún control. Y luego ella se desplomó y su cabeza se estrelló contra el borde de la taza de café, mientras el panecillo salía volando del plato y el azucarero se tambaleaba y el impacto de su pecho contra la mesa resonaba como la explosión de una bomba.

—¡Selena!

Trez la agarró antes de que se cayera al suelo y sus brazos inmensos la levantaron y la abrazaron con fuerza, mientras en el interior del cuerpo de ella todo lo que se había puesto rígido se volvía ahora líquido. Selena pareció derretirse contra el pecho de Trez, y no porque estuviera excitada sexualmente.

—¿Qué sucede? —preguntó él, mientras la sacaba de la cocina y la acostaba sobre una cama que estaba frente al fuego.

Aunque ella abrió la boca para hablar, de sus labios no brotó ningún sonido. En lugar de eso, los detalles de los paneles de madera oscura, y la chimenea de piedra sacada del río, y el búho que había sobre la chimenea se volvieron totalmente nítidos, mientras los ojos prácticamente le ardían por la agudeza de su visión.

Selena cerró los ojos y gimió.

—¿Selena? Selena.

Ahora sentía un curioso letargo, un letargo tan intenso que podía notar cómo su energía era absorbida por un vértice del que temía no poder librarse nunca. Vagamente, se dio cuenta de que hasta ahora no había entendido bien la enfermedad. Siempre había pensado que era una enfermedad de las articulaciones, pero, en realidad, sentía como si el problema fueran los músculos.

Por pura superstición, ninguna de sus hermanas había hablado nunca sobre los detalles de la enfermedad. Lo único que le habían contado tenía que ver con la etapa final.

Ahora deseaba haber interrogado a aquellas hermanas que la habían padecido. En especial cuando sintió la primera rigidez en su cuerpo, ¿hacía cuánto tiempo?

Hacía tiempo.

Selena pensó que definitivamente debía de estar entrando en la etapa final…

De repente algo rozó su boca. Algo húmedo, tibio…, sangre.

—Bebe —le ordenó Trez—. Bebe, maldita sea, bebe…

Selena sacó la lengua y probó el sabor, y el sabor de la sangre de Trez la hizo rugir de sed. Sin embargo, no creía que pudiera tragar…

Sí, sí, de hecho, sí podía.

Selena apretó los labios para formar un sello alrededor del corte que él se había hecho en la muñeca y, ay, el glorioso alimento. Con cada sorbo sentía cómo volvía a

ella la energía, llenándola donde el letargo la había dejado vacía.

Y cuanto más bebía, más quería, pues cada vez se sentía más hambrienta.

Pero a Trez no parecía importarle. En absoluto.

Con manos amables, Trez la reacomodó para que quedara sobre su regazo, con las piernas estiradas y los brazos por encima de la cabeza. Y mientras Selena bebía de la vena de Trez, él era lo único que ella podía ver, con sus hermosos ojos almendrados, sus labios perfectamente moldeados, la piel oscura y el pelo cortado al rape.

Tal como le había sucedido cuando se encontraba antes en su presencia, Selena sintió cómo sus prioridades volvían a situarse en un estado de desesperación y regresaban a ese deseo sexual que la había privado del sentido común hasta el grado de hacerlo desaparecer por completo.

De hecho, en las profundidades de su conciencia, Selena sabía que lo más probable era que terminara por lamentar cualquier cosa que hiciera en el estado en que se encontraba, pero no le importó. Por el contrario, la primera manifestación real de su enfermedad la hizo querer seguir adelante con él, en lugar de detenerse.

Y tal vez lograra no enamorarse.

Tal vez… pudiera blindarse contra ello.

Después de todo, la rigidez era su futuro.

CAPÍTULO 50



Mientras permanecía de pie, en la puerta de su habitación, John Matthew podía sentir que un ataque estaba amenazando con estallar.

Entretanto, su hermana seguía hablando y él sentía que su cabeza asentía, aunque su conciencia parecía retirarse a aquel lugar donde tenía origen la epilepsia: una especie de maraña de impulsos eléctricos que amenazaban con apoderarse de todo. No obstante, John Matthew ya estaba harto de esa mierda y justo en el instante en que el zumbido empezó a aumentar, decidió aniquilarlo a fuerza de voluntad.

No iba a permitir que sucediera…

Era increíble que estuviera utilizando las mismas palabras que Dana Carvey, el de Saturday Night Live, pero ya ves lo que son las cosas…

Además, ¡funcionó! No de inmediato, pero sí gradualmente. El chisporroteo y el calor empezaron a desvanecerse poco a poco y la amenaza fue cediendo.

—Entonces…, ¿lo harás? —preguntó Beth con los ojos muy abiertos—. Es como en una hora. Lassiter necesita ese tiempo para prepararse.

Mientras volvía a concentrarse, John Matthew trató de reconstruir aproximadamente lo que Beth le había dicho, hilando mentalmente los sustantivos y los verbos hasta que…

Ay, por Dios, pensó.

Joder, por una vez en la vida se alegraba de ser mudo. Porque si hubiese tenido que hablar, ella se habría dado cuenta de que él no se encontraba bien. Pero por fortuna sus manos parecían más firmes de lo que habría estado su voz.

Algo en la solicitud de Beth resultaba muy significativo para él.

Será un honor, dijo con señas.

Antes de que pudiera bajar los brazos, su hermana lo abrazó con tanta fuerza que casi le arranca la cabeza. Y cuando él cerró los ojos y la abrazó, a su vez, el tiempo

pareció detenerse…

Y una visión cruzó por su mente de forma inesperada. En un minuto estaba de pie, fuera de la habitación que compartía con Xhex, y al siguiente lo único que podía ver eran lágrimas…, aunque no, era lluvia. Lluvia que caía sobre el parabrisas de un coche…, un coche que él adoraba. Y luego se vio encendiendo el motor y…

Beth se separó y John Matthew vio, desde una gran distancia, cómo su boca seguía moviéndose para decirle más cosas. Pero aunque él asentía en los momentos correctos, la verdad es que tan pronto como ella se fue y él cerró la puerta, no pudo reconstruir nada de esa última parte.

Cuando apoyó la frente contra los paneles de madera de la puerta, John Matthew no entendía por qué tenía los ojos llenos de lágrimas…, ni por qué sentía que su pecho rebosaba de orgullo y felicidad.

—¿Estás bien? —le susurró Xhex desde detrás.

John dio media vuelta en la oscuridad y asintió con la cabeza, pero luego cayó en la cuenta de que ella no podía verlo.

—Sí, lo sé —dijo ella—. Pero a veces tengo que preguntar en voz alta.

Cuando ella se giró hacia la lámpara que estaba de su lado de la cama, se oyó un clic. Parpadeando a causa del golpe de luz, John Matthew se restregó la cara, como si se estuviera quitándose algo de encima. Pero Xhex era symphath, así que, para ella, lo que John estaba sintiendo emocionalmente era tan claro como el agua.

No lo entiendo, dijo John con señas, *¿por qué me preocupa tanto ella?*

Los ojos color metal de su compañera se clavaron en él, pero John no hizo nada para evitar esa mirada láser: si quería más información sobre todo esto, ella era su mejor recurso.

—Tu red emocional tiene esa sombra —murmuró ella, mientras sacudía la cabeza —. Nunca había visto algo así. Es como si…, no sé, ¿tuvieras una vida paralela? O…

¿Qué?, preguntó John.

—Hubiera dos John Matthew dentro de ti.

Eso es lo que noto. John Matthew se pasó la mano por el pelo despeinado. *En especial cuando estoy cerca de ella*.

—Ella es tu hermana.

Pero ahí hay algo más, pensó John. No a nivel romántico ni nada parecido. Sin embargo…

—Vamos —dijo Xhex, al tiempo que se levantaba de la cama—. Tenemos que prepararnos. Gracias a la brillante idea de Beth.

Cuando su hembra empezó a caminar hacia él desnuda, John Matthew pensó que aquel cuerpo musculoso y apretado tenía la capacidad de aclarar las cosas, pues de repente empezó a pensar en el sexo y, la verdad, aquello fue todo un alivio. Al menos eso era algo de lo que sí podía ocuparse.

—Permíteme ayudarte en la ducha —dijo ella, al tiempo que metía la mano entre los pliegues de la bata de John y le tocaba la polla—. Debes quedar muy, muy limpio

para esto.

A John le encantó que ella lo llevara hasta el baño agarrado de la polla, y cuando salieron de allí, cuarenta y cinco minutos después, estaba más relajado… y limpio que un silbato.

—Sí, el esmoquin —dijo su hembra, cuando John se detuvo frente a su armario a mirar lo que colgaba de las perchas—. No cabe duda.

Asintiendo, John agarró la camisa blanca almidonada, la descolgó de la percha y se la puso sobre los hombros. Xhex tuvo que abrocharle los botones, pues por alguna razón las manos de John temblaban como si estuviera nervioso. Luego sacó los pantalones, aunque, no los tirantes. Ella tuvo que encargarse de estos últimos. Y ni hablar de la faja y la pajarita; John solo se quedó allí, como un pasmarote, mientras ella trabajaba a su alrededor rápidamente.

Lo bueno era que así John tenía la oportunidad de mirarla.

—Ahora la chaqueta. —Xhex la abrió para que él pudiera ponérsela, como si ella fuera el hombre, y luego se la acomodó sobre la espalda y lo hizo girar para alisar bien el fino paño de lana y las solapas de seda—. Maldición…

¿Qué?, preguntó John.

Los ojos de Xhex brillaban mientras lo miraba de pies a cabeza.

—Así estás muy *sexy*.

John infló sus pectorales como si fuera un pavo real. Era difícil no hacerlo cuando tu hembra te devoraba con la mirada de esa manera.

Y tú todavía estás desnuda. John sonrió. *Como más me gustas es como viniste al mundo*.

Solo que Xhex no estaba totalmente desnuda. De su cuello colgaba el collar que él le había dado, aquel que tenía un gran diamante cuadrado en el centro, y John estiró la mano para tocarlo.

Por lo general Xhex no era muy dada a las sensiblerías, pero enseguida cubrió la mano de John con la suya, se acercó la palma a la boca y mientras le besaba la mano, murmuró:

—Lo sé. Yo también te quiero. Para siempre.

Entonces John se inclinó sobre ella y le rozó los labios con la boca.

Un par de minutos después salieron del cuarto, Xhex vestida con pantalones y una camisa de seda negra. Lo cual, al igual que lo que llevaba puesto cuando vino al mundo, resultaba un atuendo bastante atractivo. En especial porque, por primera vez, calzaba unos espectaculares zapatos de tacón.

Algo que planeaba seguir haciendo cada vez que tuvieran un minuto a solas.

Más gente estaba saliendo también de las otras habitaciones: Blay y Qhuinn, los dos de traje. Z y Bella, con la pequeña Nalla vestida con otro adorable modelo rosa de seda y tul…, lo que la hacía parecer la cosa más adorable que John hubiera visto en la vida.

Y eso que ni siquiera le gustaban los niños.

Mientras recorrían el pasillo de las estatuas y bajaban las escaleras, nadie iba hablando mucho. La conversación había disminuido notablemente desde que Rehv había leído aquella proclama en el comedor. Y las cosas seguirían así durante un tiempo todavía.

Sin embargo, esto podría servir de ayuda.

En el vestíbulo ya se habían reunido otros miembros de la casa, pero todavía no había señas de Wrath ni Beth, y John se unió al grupo, que también estaba muy callado. Joder, hasta Rhage parecía serio, aunque todavía faltaba que apareciera el maldito ángel…

—¿Qué coño es eso?

Al oír la voz de V, John se giró con el resto de la concurrencia… y, cuando vio lo que se encontraba en lo alto de la gran escalera, parpadeó una vez. Dos veces. Doce veces.

Lassiter estaba a punto de empezar a bajar los escalones alfombrados, con su pelo rubio y negro peinado al estilo Elvis, una pesada Biblia bajo el brazo, y sus *piercings* brillando bajo la luz…

Pero eso no era lo más llamativo.

El ángel caído iba vestido con un resplandeciente disfraz de Elvis, que incluía pantalones de campana, mangas abullonadas y solapas lo suficientemente grandes como para cubrir el jardín posterior. Ah, y alas de arcoíris que se veían cuando abría los brazos como un predicador.

—Hora de que empiece la fiesta —dijo, mientras bajaba las escaleras corriendo y las lentejuelas se sacudían y resplandecían—. ¿Y dónde diablos está mi púlpito?

V se atoró con el humo que acababa de inhalar.

—¿Te ha pedido ella que presidas el servicio?

El ángel se arregló el enorme cuello.

—Dijo que quería que lo presidiera el mayor santo de la casa.

—Y por eso recurrió al más loco —murmuró alguien.

—¿Esa es la Biblia de Butch? —preguntó V.

El ángel mostró lo que llevaba en la mano.

—Sip. Y su Libro de Plegarias, ¿fue así como lo llamó? También tengo un sermón que escribí yo mismo.

—Que los santos nos protejan —se oyó que alguien decía desde el otro extremo.

—Espera, espera. —V agitó su cigarrillo recién liado—. Yo soy el hijo de una deidad… y ella ¿te ha elegido a ti?

—Puedes llamarme «padre»… Y antes de que el fanático de los Sox entre en pánico, quiero que todo el mundo sepa que soy un pastor legítimo. Hice un curso de ministro online que duraba menos de una hora y ahora soy un ministro ordenado, *baby*.

Rhage levantó la mano.

—Padre Gilipollas, tengo una pregunta.

—Sí, hijo mío, irás al Infierno. —Lassiter hizo la señal de la cruz y luego miró a su alrededor—. Y ¿dónde está nuestra novia? ¿Y el novio? Estoy listo para casar a alguien.

—No he traído suficiente tabaco para soportar esto —se quejó V.

Rhage suspiró.

—Hay Goose en el bar, tío… Ah, no, espera. Ya no tenemos bar.

—Creo que me pondré una inyección de morfina.

—¿Te la puedo clavar yo? —preguntó Lassiter.

—Eso es lo que dijo ella —comentó alguien.

—Ay…, caramba. Eso es, ay, eso sí que es un atuendo.

Todo el mundo miró por encima del hombro al oír la voz de Beth. Estaba saliendo de la biblioteca, acompañada de Saxton y Rehv. Este último llevaba un pergamino enrollado debajo del brazo y parecía totalmente perplejo.

—Lo sé, ¿vale? —dijo Lassiter, que dio un giro para hacer volar la capa.

Aunque John Matthew no estaba prestándole ninguna atención a nadie.

Sin pensarlo conscientemente, se adelantó hacia donde estaba su hermana. Beth llevaba un sencillo vestido blanco de tubo, que le cubría los hombros y le llegaba más abajo de las rodillas. Mientras se acercaba, John vio que el vestido era lo que había visto que usaban las Elegidas en casa, cuando querían sentirse cómodas. Sin embargo, a diferencia de las Elegidas, Beth llevaba el pelo suelto y este le caía por la espalda en ondas negras.

Parecía una muchacha inocente. Y adorable. Y perfecta.

Estás preciosa, le dijo John con señas.

—Ay, gracias. —Beth hizo volar el vestido—. Me lo ha prestado Layla. Entonces, ¿estás listo para llevarme hasta el altar?

Pasó un largo rato antes de que John lograra que sus manos dejaran de temblar. Y cuando respondió con señas, pensó que, a pesar de todas las mierdas que estaba haciendo la glymera, y el estrés que se vivía en la casa, y la tristeza por Wrath…, esto era algo que había esperado toda la vida. Algo que le había hecho recorrer una larga distancia. Una especie de meta que quería alcanzar, aunque no fuera consciente de ella.

Sí, lo estoy, dijo John con orgullo.

‡ ‡ ‡

Beth nunca había querido tanto a su hermano. Cuando John Matthew se detuvo a su lado, Beth pudo sentir cómo resonaba en su interior la tranquila energía que él irradiaba… y que ella tanto necesitaba.

Aunque había sido ella quien lo había organizado todo, Beth no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar Wrath.

Mirando por encima de los inmensos hombros de su hermano, Beth volvió a

fijarse en Lassiter y volvió a levantar las cejas. Al menos su hellren no tendría que ver al ángel en esa facha.

—Te encanta, ¿no? —preguntó Lassiter, mientras levantaba su Biblia—. Tú me dijiste que entrara en Internet. Y eso hice. Incluso imprimí el diploma, o como quiera que se llame.

Al abrir la tapa de la Biblia, Lassiter sacó una hoja de papel y la agitó en el aire.

—¿Estáis viendo? Todo es legal.

Beth se inclinó para mirar el papel.

—¡Caramba!

—Lo sé. Parece de Harvard.

—Impresionante.

—Definitivamente voy a mandarlo enmarcar. —Lassiter guardó el papel—. Y después de terminar, hice una pequeña investigación sobre las bodas humanas. Yo sabía que iba a necesitar un traje de ceremonia y esto fue lo que más me gustó. Lo encontré en Disfraces Gould y Mucho Más. ¡Eureka! Soy todo un sabueso.

Beth se masajeó las sienes. Vishous. Debería haberle pedido a Vishous que se encargara de esto.

—¿Cómo has logrado peinarte así?

—Con Aqua Net. Y horquillas. Y el número de diciembre de *Cosmo*, el que cubre las festividades. De nuevo, muchas gracias, señor Internet.

Rhage sacudió la cabeza.

—¿Tú tienes pelotas, o los ángeles nacen sin ellas?

Lassiter sonrió con sorna.

—Claro que tengo pelotas. En el Viejo Continente, solía jugar de día y de noche.

De veras, debería haberle pedido a Vishous que hiciera esto.

—Bueno, agradezco todo lo que has…

Al ver que todo el mundo guardaba silencio, Beth levantó la vista hacia las escaleras. Wrath acababa de aparecer, altivo y orgulloso, con George a su lado. A diferencia de John, no llevaba un esmoquin, pero se había puesto un traje que ella recordaba.

Era el mismo que había usado en su primera «cita» oficial en casa de Darius.

—¿Cuál es el propósito de la reunión? —preguntó Wrath.

—Solo baja —contestó ella.

Cuando Wrath comenzó a bajar, Beth sintió que le sudaban las manos y luego, un instante después, la golpeó un ataque de calor que recorrió todo su cuerpo.

Joder, estaba ansiosa por confirmar si finalmente estaba embarazada, o salir de una vez por todas de los estertores del periodo de fertilidad, pues este microondas interno ya la estaba volviendo loca.

Cuando el único par de zapatos distintos de unas botas de combate que tenía Wrath tocaron el suelo de mosaico, Beth pensó que no podía estar más magnífico. Con el pelo sobre aquellos hombros enormes y cayéndole hasta la cintura, y esa

corbata colgando del cuello…, parecía un poderoso hombre de negocios. Un hombre de negocios que podía matar si lo deseaba.

Y vaya si eso no estimuló sus hormonas.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Beth? —preguntó Wrath.

—Nos vamos a casar.

Al ver que Wrath daba un respingo, Beth se apresuró a explicarlo, antes de que él comenzara a enfurecerse.

—Tú dijiste que mis tradiciones humanas eran importantes; que eran tan importantes como las vampiras. Así que nos vamos a casar. Ahora mismo. A mi manera.

Wrath negó con la cabeza.

—Pero si ya estamos apareados. ¿Para qué…?

—Para que puedas divorciarte de mí y conservar el trono. —Al ver que Wrath abría la boca con asombro, Beth lo interrumpió—. Delante de nuestra familia, aquí presente. Con un ministro de verdad.

Lassiter levantó la mano.

—Me alegra poder ayudar. También presido bautizos. Para que lo sepan.

Wrath volvió a sacudir la cabeza.

—Esto es…

—¿Estás diciendo que mi lado humano vale menos?

—Bueno, no. Pero…

—Si hacemos la ceremonia aquí y ahora, no habremos perdido nada, ¿o sí? Podrás divorciarte de mí según las leyes vampiras, pero todavía estaremos casados, y podremos conservar el trono. —Beth levantó el mentón con orgullo, aunque él no pudiera verla—. Es un buen plan, ¿no crees?

A esto le siguió un largo silencio. Y luego uno de los Hermanos dijo:

—Adoro a esta hembra. De verdad que la adoro.

CAPÍTULO 51



Mientras Wrath se dejaba conducir por el vestíbulo, George, como siempre, permanecía a su lado.

Francamente, es muy posible que Wrath se hubiera dejado guiar de la misma forma aunque todavía pudiera ver.

Al parecer, seguía esperando un estallido interno, pero la verdad es que Beth lo había atrapado de una manera muy audaz. Ella tenía razón: si sus costumbres culturales humanas eran tan importantes para ellos como pareja, entonces, el hecho de estar «casados» al modo humano significaba que eran una pareja y punto.

Sin embargo, Wrath no sabía qué pensar. Desde luego, hasta ahora habían hecho todo de acuerdo con las tradiciones de la raza vampira, y aunque nada de eso tenía significado para ella, Beth había accedido a hacerlo.

Por eso parecía justo que él hiciera lo mismo por ella.

—¿Estás preparado? —le preguntó Lassiter en voz baja.

La gente seguía acomodándose en el gran espacio del vestíbulo.

—¿Qué es lo que hacen todos? —susurró Wrath.

—Se están organizando en dos filas para formar una especie de pasillo que empieza en el comedor y llega hasta donde estamos nosotros. Estamos a unos cinco metros de la sala de billar. La sala ya no existe, así que han cerrado las puertas para que no la veamos a ella.

Wrath pensó en el día en que celebraron su ceremonia de apareamiento. La Virgen Escribana todavía estaba por allí. Beth se había puesto el vestido rojo de Wellsie y casi se desmaya mientras los Hermanos tallaban las nueve letras de su nombre en los hombros de Wrath. John Matthew, Blay y Qhuinn todavía no estaban en el panorama. Tampoco Rehv, ni Xhex, ni Payne, ni Manny, ni los hermanos Sombra.

Ni Xcor y la Pandilla de Bastardos.

Y desde entonces habían perdido a Wellsie. A nadie más, por fortuna.

De repente, la música invadió el vestíbulo, un tema clásico que Wrath ya había oído antes, por lo general en cintas para chicas que incluían… bodas, por supuesto.

—¿Listo? —preguntó Wrath.

—Sí. —Por Dios, esto no era lo que Wrath esperaba hacer.

—Acabo de hacerle una seña a Fritz —susurró el ángel—. Y ahora está abriendo las puertas del comedor.

Wrath se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

—¿Qué lleva puesto Beth?

—Va de blanco. Un vestido que le llega hasta más abajo de la rodilla. Suelto. Va del brazo de su hermano y lleva una rosa rosada que Rhage ha tomado del jarrón que está sobre la chimenea. —Hubo una pausa—. Tiene los ojos clavados en ti y esa sonrisa suya… que vale todo el dinero del mundo, amigo mío. Todo el dinero del mundo.

En un segundo, toda la mierda acerca del trono y las otras razones para hacer esto desaparecieron: al percibir el olor de su leelan, Wrath solo pudo pensar en que ella lo era todo para él…, y no solo porque tal vez estuviera salvándole el trono en este preciso momento.

Ah, y…, joder, también era probable que estuviera embarazada.

—Queridos hermanos —empezó a decir Lassiter—, estamos aquí reunidos para ser testigos de la unión de Elizabeth, hija de Darius, y Wrath, hijo de Wrath.

Así que dejarían de lado los nombres vampiros formales. Genial. Eso lo hacía parecer más humano.

—¿Quién entrega a esta hembra, perdón, a esta mujer, en matrimonio?

Wrath esperaba que uno de los Hermanos tradujera la respuesta de John, pero el macho comunicó su contestación directamente y con toda su fuerza: silbó una nota ascendente que anunciaba sin lugar a dudas que él era quien presentaba a su hermana.

Por instinto, y porque no tenía ni idea de qué implicaba aquella ceremonia, Wrath le tendió la mano. Cuando John Matthew se la estrechó, los dos se apretaron las manos con fuerza e intercambiaron mediante este gesto una promesa: prometo-cuidarla-bien, más-te-vale.

Entonces se oyó que varias personas carraspeaban. Como si un par de Hermanos se estuvieran poniendo un poco emotivos.

Lassiter tosió y se oyó el sonido de páginas de un libro que alguien pasaba y volvía a pasar.

—Ah…, bien, mirad, voy a acelerar un poco las cosas, ¿vale? ¿Existe alguna razón por la que vosotros dos no podáis contraer matrimonio? ¿No? Genial.

Beth se rio.

—Creo que debes esperar a que nosotros respondamos.

—Entonces respondamos todos juntos, ¿vale? Y vosotros, que estáis entre el público, también vosotros podéis contestar: ¿alguna razón para no hacer esto?

Todos los miembros de la casa, al igual que su shellan y Wrath mismo, gritaron al unísono:

—¡No!

—Joder, esto va muy bien. —Se oyeron más páginas que pasaban—. Sí, aquí la ceremonia dura muchísimo. ¿Wrath?

Por alguna razón, Wrath empezó a sonreír.

—¿Sí?

—¿Aceptas a esta increíble mujer, que te acaba de salvar el pellejo, como tu esposa? ¿La amarás y la protegerás, la honrarás y la respetarás en la salud y en la enfermedad, y por encima de todo lo demás, le serás fiel hasta que la muerte os separe…? Mierda, se suponía que debía preguntártelo a ti antes que a él, Beth. ¿Qué tal si contestas?

—No —cortó Wrath con una gran sonrisa—. Yo primero. Sí, acepto.

Se oyó un suspiro por parte de la concurrencia y luego la voz de Rhage que decía:

—¿Qué? Esto es muy bonito, ¿no? Idos todos a la mierda.

—Ahora tú, Beth, ¿aceptas a este maldito gilipollas como tu marido? ¿Lo amarás y lo cuidarás, lo honrarás y lo respetarás, en la salud y la enfermedad, y por encima de todo, le serás fiel hasta que la muerte os separe?

—Acepto —dijo Beth—. Totalmente.

—Bieeeen. —Lassiter adelantó otras páginas—. ¿Anillos? ¿Tenemos anillos?

—Ponle mi anillo en el pulgar —dijo Wrath y se quitó el enorme diamante negro que usaba su padre—. Toma.

—Y él puede usar el mío —dijo Beth—. Era el de su madre.

—Ay, qué dulzura. —Lassiter tomó el anillo de Wrath—. Muy bien, terminemos con esto. Bendigo estos anillos. Beth, toma el tuyo y pónselo en el dedo en que le quepa. Perfecto, la última falange, muy bien.

—Eso es, repetid después de mí. Ay, mierd… Tenía que ir primero con Wrath…

—No —dijo Beth con una carcajada—. Así está perfecto.

—Perfecto —repitió Wrath.

Todo parecía tan… perfecto. Era natural y real, y la falta de formalidad resultaba tan apropiada, en especial a la luz del ridículo sistema de valores de la aristocracia.

Joder, pero Lassiter era un absoluto antídoto contra todo eso.

—Muy bien, entonces, Beth, repite conmigo. «Yo, Beth, una mujer absolutamente increíble…».

Beth soltó una risita.

—Yo, Beth…

—¿Por qué no dices lo de la mujer absolutamente increíble? ¿Qué? Vamos, tengo una licencia que obtuve por internet. Sé lo que me hago.

Wrath asintió.

—Él tiene razón. Eres realmente increíble. Creo que necesitamos oírlo.

—¿Podéis decir amén? —gritó Lassiter.

—¡Ameeeeeeeeeeeeeén! —se oyó que decían todos.

—Está bien, está bien —dijo Beth—. Yo, Beth, una mujer absolutamente increíble…

—«… recibo a este imbécil de Wrath…».

—… recibo a este imbécil de Wrath…

—«… como mi esposo, y me entrego a él y prometo serle fiel…».

—… como mi esposo, y me entrego a él y prometo serle fiel…

—«… en la prosperidad y en la adversidad…».

Y de repente dejó de sonar como una broma, y cuanto más avanzaban, más serio se ponía Lassiter, y más temblaba la shellan de Wrath, como si las palabras que estaba pronunciando tuvieran gran valor y significado.

Wrath se dio cuenta de que esto era una verdadera tradición para ella.

Y Beth continuó con voz ronca:

—… en la salud y en la enfermedad…

—«… y así amarte y respetarte todos los días de mi vida».

—… y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Lassiter pasó otra página.

—«Recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

De repente Wrath apretó los molares para controlar sus propias emociones, mientras ella repetía las palabras y deslizaba el rubí en su dedo meñique.

—Y ahora, Excelencia —dijo Lassiter con voz suave—. Recitad conmigo…

‡ ‡ ‡

Beth nunca había sido de esas chicas que se imaginaban su boda. Y la representaban con Barbies. Y compraban la revista *Novias* desde que cumplían los veinte años.

Y estaba muy segura de que, de haberlo sido, ninguna de sus suposiciones se habría parecido a esto en lo más mínimo: una boda rodeada de vampiros, posiblemente embarazada, con un ángel caído disfrazado de Elvis, que destrozaba la ceremonia que había encontrado en un Libro de Oraciones.

Sin embargo, mientras miraba a su próximo marido, Beth no se podía imaginar nada que le gustara más. Aunque, claro, cuando estás frente a la persona correcta, nada de las cosas sobre las que hablan en la tele, ningún vestido de Vera Wang, ningún champán, ningún DJ, ningún lugar ni ninguna fiesta importan.

—«Yo, Wrath, te recibo a ti, Beth…» —comenzó a decir Lassiter.

—Ya sé, ya sé —dijo Wrath con su voz de trueno—. Yo, Wrath, te recibo a ti, Beth, como esposa, y me entrego a ti y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Se oyeron varios sollozos.

Al sentir que Beth sollozaba y sonreía al mismo tiempo, Wrath puso el anillo gigante del rey en la parte superior de su pulgar. Y luego dijo, con solemne sinceridad:

—Beth, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti, y con todo lo que soy, y todo lo que tengo, prometo honrarte en el nombre de tu Padre, y del Hijo y de tu Espíritu Santo.

Se oyó una ronda de aplausos, espontáneos y sonoros. Y Lassiter tuvo que gritar para hacerse oír:

—Por el poder que me concede Google, ahora os declaro marido y mujer. ¡Puedes besar a la novia!

Los aplausos aumentaron y Wrath puso sus brazos alrededor de Beth y la empujó hacia atrás, de manera que lo único que la sostenía era su fuerza.

Era algo que él hacía regularmente, una manera inconsciente de afirmar y probar su capacidad física para protegerla.

—Quítame las gafas —le susurró a Beth, mientras la cortina de su pelo caía sobre ellos, dándoles un poco de privacidad—. Quiero que veas mis ojos, aunque ellos no puedan verte.

A Beth le temblaban las manos cuando le tocó la cara. Y cuando le quitó las gafas y dejó a la vista la extraordinaria mirada de Wrath, pensó en la primera vez que lo había visto, en la habitación de huéspedes del sótano de la casa de su padre.

Sus ojos no habían cambiado. De un color verde pálido, brillaban desde dentro hasta el punto que ella tuvo que parpadear, y no solo por las lágrimas que llenaban sus ojos.

—Hermosos —dijo ella entre jadeos.

—Inútiles —le respondió él con una sonrisa, como si estuviera recordando el mismo intercambio.

—No, ellos me dejan ver todo el amor que tienes en el corazón. —Beth le tocó la cara—. Y eso es muy útil.

Wrath le rozó la boca con los labios un par de veces y luego le dio un beso profundo y lento.

Cuando finalmente empezó a enderezarla, ella le puso las gafas de nuevo y, frente a todos los miembros de la casa, se ruborizó. Había tanto amor en el aire…

Que se sintió invencible frente a cualquier cosa que pudiera atacarlos.

Por encima del rumor, Lassiter gritó:

—Gracias, gracias, muchas gracias.

Wrath se inclinó hacia un lado, acarició las orejas de George y se agarró del arnés del perro; luego los tres caminaron por el pasillo hacia el comedor.

Milagrosamente, Fritz había logrado organizar un banquete de la nada y los doggen habían puesto la mesa durante la ceremonia.

Pero primero había que atender un asunto.

Cuando Rehv pasó el arco del comedor, le hizo una seña a Beth y ella se acercó a

su marido.

—Es hora de firmar —dijo Beth.

Fue difícil ver cómo la felicidad de su marido parecía interrumpirse de repente.

—Es lo mismo, ¿verdad? —susurró Beth—. Estamos casados. Estamos cubiertos.

—Sí… —Hubo una larga pausa—. Sí, puedo hacerlo.

Solo que Wrath se tomó un tiempo para acercarse al lugar donde Rehv estaba desenrollando un pergamino con cintas rojas y negras pegadas en la parte inferior.

—Tengo un bolígrafo azul para la firma —dijo Rehv y lo sacó de su abrigo de visón—. Este documento ha sido preparado por Saxton y tiene fecha de hace tres semanas. Él me ha asegurado que la redacción está blindada y no hay nada que ellos puedan objetar.

—Blindada —murmuró Wrath.

Rehv le tendió el bolígrafo.

—Firma y yo me encargaré de hacerlo llegar. Será un placer.

Beth soltó la mano de Wrath para darle a su hombre un poco de espacio, pero era evidente que él no quería eso. Así que la volvió a agarrar de la mano y se quedó allí, junto al pergamino.

—¿Qué dice? —preguntó con brusquedad.

Beth miró los símbolos, pero no entendió nada de aquel estampado azul.

—Dice… —Rehv se inclinó—. Que la unión queda anulada.

—¿Como si nunca hubiese existido? —murmuró Wrath.

Rehv le dio un golpecito al pergamino.

—Esto es una declaración política. Tiene un propósito funcional. No tiene nada que ver con vosotros dos.

—Pero se supone que lleva mi firma. Y el nombre de Beth está ahí. Así que sí tiene que ver con nosotros.

Rehv dio un paso atrás. Luego solo quedaron Wrath y el escrito que no podía ver.

Todos los Hermanos y miembros de la casa se quedaron en la periferia, todos en silencio.

Wrath no iba a hacerlo, pensó Beth. Sencillamente no iba a ser capaz de hacerlo…

CAPÍTULO 52



Mientras observaba a Selena alimentándose de su vena, Trez se sentía feliz de haber abandonado lo que fuera que estuviera ocurriendo en Caldwell para acudir allí.

Todavía estaba en el club, terminando unas cuentas de las que se debería haber encargado hacía días, cuando recibió el mensaje grupal acerca de la reunión. Y de inmediato se dirigió a la mansión, con la esperanza de encontrar allí a Selena. Al ver que ella no aparecía, se ordenó tranquilizarse y dejar que ella viniera cuando quisiera, bla, bla, bla.

Mantuvo esa decisión aproximadamente durante un minuto y medio, antes de desaparecer y dejar a iAm mirándolo con cara de reprobación en el vestíbulo, mientras sostenía en brazos a aquel Maldito Gato, como le había dado por llamarlo.

Tan pronto como llegó a la casa de campo, Trez sintió la presencia de Selena y empezó a excitarse, pero todo eso cambió cuando la encontró en la cocina, en medio de un extraño colapso. Vamos, cuándo habría sido la última vez que ella se había alimentado…

Trez sintió que su polla y sus pelotas protestaban de solo pensar en que ella pudiera compartir esto con alguien más, y para regresar al lado de los ángeles, se concentró en la manera en que ella bebía de su muñeca, y en la visión de los labios de ella contra su piel, y en el hecho de que él era, en efecto, quien se estaba ocupando de cuidarla.

Pero ¿durante cuánto tiempo?, se preguntó.

—Cállate —dijo entonces, pero al ver que los ojos de ella se clavaban en él, Trez movió la cabeza—. No, tú no.

Mientras le acariciaba el pelo con las yemas de los dedos, Trez se quedó maravillado de las diferencias que había entre ellos: lo suave que era todo lo de ella, cómo olía a fresco aire de primavera aunque estuvieran en invierno, y la forma en que

sus pestañas se alargaban sobre las mejillas pálidas cuando cerraba los ojos.

Podría haberse quedado así para siempre.

Pero, después de un rato, Selena lo soltó y sus colmillos se recogieron dentro de la boca. Luego vino una pequeña tortura: ver cómo sacaba aquella lengua rosada y lamía los pinchazos para cerrarlos, lo cual acabó de excitarlo.

Después Selena se recostó sobre los brazos de Trez, con los ojos vidriosos bajo los párpados pesados debido a la sensación de satisfacción.

—No he dejado de pensar en ti —dijo él con voz suave—. Ni un segundo.

—¿Sí?

—Sí —dijo Trez asintiendo, mientras le rozaba el labio inferior con el pulgar—. Y no solo porque tengamos algunos… asuntos sin resolver.

De no haber estado sentado, la sonrisa que ella le ofreció lo habría hecho desplomarse sobre el trasero.

—Así es.

Dios, a Trez le encantaba la paz que se respiraba allí. No había música a todo volumen, ni humanos apretados por todas partes, ni presiones del mundo exterior… o del s'Hisbe. Ni siquiera los Hermanos con sus shellans, a pesar de lo simpáticos que eran. Solo ellos dos.

Mientras su erección se hacía cada vez más gruesa, Trez tuvo que acomodar las caderas debajo de la cabeza de Selena. Y luego se oyó decir:

—Quiero hacerte el amor. Ahora mismo.

Mierda, ¿de verdad había sido capaz de decirlo? Y sin embargo, en este momento, todas las razones para guardarse sus deseos parecían tan distantes…, nada más que truenos lejanos en un cielo nocturno que estaba, por el momento, despejado y lleno de estrellas.

Solo que en ese momento una sombra oscureció la cara de ella; una sombra que reemplazó la dulce satisfacción de haberse alimentado por una duda que hizo que Trez quisiera darse una patada en las pelotas.

Aunque en lugar de alejarse, Selena levantó la mano para acariciarle la cara.

—Eso me gustaría mucho.

—¿Estás segura? —Joder, estaba cachondo. Demasiado cachondo para hacer lo correcto.

Al ver que ella asentía…, Trez supo que los dos estaban perdidos.

—Por favor —susurró ella con voz ronca—. No me hagas sufrir más y dame lo que deseo.

Cuando Selena bajó la mano por su cuerpo y la dejó apoyada en la entrepierna, Trez casi tuvo un orgasmo ahí mismo. Sintió que los testículos se le apretaban y la polla le hacía tanta presión contra los pantalones que tuvo que apretar los dientes para resistir.

El primer impulso fue follársela allí mismo. Pero eso no era buena idea.

No podría detenerse, ni siquiera si entraba alguien más.

Así que, con un brote de energía, se puso de pie, llevándola a ella delicadamente en sus brazos.

—¿Dónde es tu habitación?

—Arriba. Al fondo.

Trez la llevó hasta el segundo piso por las escaleras y se dirigió hacia la *suite* que estaba sobre la cocina, abriendo la puerta con el pie. Una vez dentro, vio los muebles victorianos de caoba con muchas curvas, y la espectacular cama, que constituía el marco perfecto para ella cuando la depositó sobre la colcha de terciopelo.

Luego se montó a horcajadas sobre ella, pero teniendo cuidado de no aplastarla.

—Quiero… verte.

Al ver que Selena movía las manos hacia el cinturón de su túnica, Trez la detuvo:

—No, quisiera hacerlo… yo.

El cinturón era tan blanco y suave como el resto de lo que ella llevaba puesto y, cuando sus manos morenas lo aflojaron, Trez se lamió los labios. Luego abrió las dos mitades de la túnica y se tomó un tiempo para contemplarla con reverencia.

—Joder…

Sí, los pezones de Selena se endurecieron todavía más cuando el aire frío los tocó.

Sin poder detenerse, Trez se inclinó y le lamió uno, metiéndoselo después dentro de la boca mientras seguía quitándole la ropa. Luego se encargó del otro pezón, al tiempo que le acariciaba los muslos.

El olor de Selena llegó directamente al sexo de Trez y su polla volvió a palpitar, tratando de encontrar una salida.

Y, mierda, el sonido de la voz de Selena gimiendo y diciendo su nombre lo hicieron estremecer. Pero luego volvió a la acción, tocándola entre las piernas y encontrando su núcleo ardiente y húmedo, el cual empezó a frotar. Cuando sintió las uñas de Selena en sus brazos, Trez sonrió contra los senos de ella.

—Córrete para mí —gruñó, mientras le chupaba los pezones.

Justo en ese momento el cuerpo de ella se puso tenso, como una cuerda, y su torso se sacudió contra el pecho de Trez, al tiempo que él empezaba a besarla en la boca, penetrándola con la lengua, mientras la ayudaba a disfrutar de su orgasmo. Cuando terminó, ella se derrumbó, respirando agitadamente.

—Por favor… —dijo ella con voz quebrada—. Sé que hay más.

—Sí, claro que hay más —dijo Trez y se echó hacia atrás, mientras se quitaba la camisa con brusquedad—. Joder, sí…, mierda, quiero decir…, maldición.

Sabía que tenía que controlar su lenguaje y prometió cuidar más su vocabulario.

Al igual que había sucedido con la camisa, casi rasga los pantalones al quitárselos, y luego los arrojó lejos, sin preocuparse de dónde caían.

—Tú eres… magnífico —dijo entonces ella.

Al oír esto, Trez se quedó paralizado y la miró a los ojos. Selena tenía la vista fija en la parte inferior de su cuerpo y un rápido vistazo allí abajo le confirmó a Trez que su polla estaba lista para cumplir con el trabajo.

—¿Puedo tocarte? —dijo ella tímidamente. Solo que ya estaba estirando la mano, aquella mano pálida…

Trez soltó un rugido tan fuerte que hizo temblar el espejo que colgaba junto a la puerta y luego se dejó caer hacia un lado.

—Ten cuidado…, ah, por Dios…

Estaba a punto de correrse, en especial cuando ella lo acarició…

—Ah, por Dios… —dijo él entre dientes, mientras se mordía el labio.

Selena se puso de rodillas, dejando balancear sus senos, mientras el pelo se le soltaba del moño. Acariciándolo con las dos manos, ella encontró un cierto ritmo que subía y bajaba, saltando desde la punta hasta la base, una y otra vez. Y mientras lo excitaba, las caderas de Trez se agitaban, al tiempo que ella iba acelerando el ritmo.

Con una sacudida repentina, Trez la empujó hasta acostarla sobre la cama y apartó las manos de ella de su cuerpo.

—Pero yo quiero…

Él la interrumpió con un beso y luego lamió sus labios.

—Quiero correrme dentro de ti.

Selena sonrió de manera muy seductora y los ojos le brillaron.

—¿Y luego puedo explorar?

—Vas a matarme, hembra.

Cuando Trez la montó, Selena abrió las piernas para facilitar la entrada.

—Eres la única en la que estoy pensando —se oyó decir.

Y fíjate que, esta vez, el pasado se quedó lejos, probablemente porque Trez llevaba todo este tiempo pensando en ella en el suelo del baño, retorciéndose bajo su boca y con deseos de más. Sí, y la desesperación por meterse en su vagina, por poseerla y correrse dentro de ella era más poderosa que todas las cosas que odiaba de sí mismo. Nada iba a detenerlo ahora.

En especial porque, durante el tiempo que habían estado separados, Trez se había recordado un hecho sobresaliente:

Selena también había estado con muchos machos.

Era parte de su trabajo, aunque él odiara pensarlo. Como Elegida que satisfacía las necesidades de sangre de otros, había sido entrenada sexualmente y había estado con los machos a los que les había prestado sus servicios. Así era como funcionaban las cosas.

Y a pesar de lo mucho que eso lo deprimía, Trez suponía que eso los ponía al mismo nivel, aunque el sexo que ella había tenido formara parte de una función sagrada que salvaba vidas. Lo suyo, en cambio, era pura adicción.

En pasado, pensó Trez. Genial.

Entonces Trez se agarró la polla, la acomodó en el ángulo correcto y cerró la distancia, haciendo presión hasta que encontró el lugar adecuado. Con un gruñido, subió los dos brazos para acunar la cabeza de Selena y, cuando sus ojos se encontraron, Trez notó que ella dejaba de respirar, como si se estuviera preparando

para el tamaño de la polla de él.

—Lo haré lentamente —murmuró Trez, mientras la besaba con delicadeza.

—Gracias —respondió Selena con un murmullo apenas audible.

Mientras él se acercaba, ella se quedó curiosamente quieta y con los ojos cerrados, mientras sus colmillos se alargaban. Y lo único que él podía hacer era contemplar lo hermosa que estaba contra la colcha de color rojo sangre, el pelo negro esparcido por la almohada y las mejillas rojas.

—Tienes una entrada muy estrecha —dijo él apretando los dientes—. Por Dios.

—No te detengas.

—No lo haré…

—Hazlo, tan solo hazlo.

Trez frunció el ceño y pensó que esa era una extraña manera de…

Todo sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de impedirlo: Selena lo agarró de las caderas, lo acomodó en el ángulo correcto y se impulsó contra él, llevándolo más allá de la barrera… que no debería haber estado ahí.

Al oír que ella soltaba un gemido de dolor, Trez no entendió nada.

—¿Qué…?

Pero no terminó la frase. Tampoco pudo terminar la idea. El abrazo de la vagina de Selena alrededor de su polla fue demasiado y el orgasmo que había estado postergando lo golpeó con toda la fuerza y se corrió dentro de ella.

En respuesta, Selena envolvió las piernas alrededor del trasero de Trez mientras suspiraba y él trataba de mantener el bombeo al mínimo. ¿Virgen? Virgen…

Y luego Trez recordó algo que ella había dicho en el baño: tómame, enséñame.

Virgen.

Trez se salió tan rápido que ella puso una mueca de tristeza, y casi termina no solo lejos de la cama sino del cuarto.

La sangre que vio sobre su polla hizo que se le formara un nudo en las entrañas.

—Selena…, por Dios, ¿por qué no me has dicho nada?

Ella bajó los ojos y se cerró la túnica. Incluso se ató el cinturón antes de sentarse sobre las almohadas.

—Te deseaba. Y todavía te deseo. Es tan simple como eso.

Trez levantó la mano para aflojarse la corbata que no lo dejaba respirar…, y recordó que estaba totalmente desnudo.

—Nada de simple —dijo él con voz ronca—. Esto no tiene nada de simple.

Lo último que Trez necesitaba ahora era otra hembra a la que tuviera que desposar. ¿Y si Phury, en su condición de Gran Padre, quisiera que él hiciera lo que le correspondía? ¿Qué diablos iba a hacer?

En especial porque… se estaba enamorando de Selena.

‡ ‡ ‡

Mientras Trez permanecía desnudo en un rincón de la habitación, Selena pensó que eso no era lo que quería.

Pero había tenido razón al quedarse callada. En el último minuto tomó la decisión consciente de no decírselo, precisamente por esta razón.

—¿Cómo es…, cómo…, por qué…? —El tartamudeo no era una buena señal—. Yo pensé que tú era una ehros.

—Lo soy.

—Entonces, ¿cómo es posible que seas virgen?

—Porque no me han usado de esa manera.

Trez levantó las manos en un gesto de frustración.

—¿Por qué yo? —Enseguida soltó una maldición—. Me refiero a que…

—Ya te lo dije, quería estar contigo. Y todavía quiero hacerlo. —Después del dolor, solo había tenido una corta prueba del placer y quería saber qué más se sentía al hacer el amor.

Trez se agarró la cabeza y se quedó allí.

—Por Dios.

—Solo para que nos entendamos —dijo ella con tono cortante—, quiero que sepas que no espero nada de ti. Si es eso lo que te preocupa. No habrá apareamiento.

No con el futuro que le esperaba. Aunque, a juzgar por la cara que tenía Trez, eso tampoco habría sido posible de todas maneras…

—¿Estás segura de que tu Gran Padre pensará de esa manera?

Selena levantó el mentón.

—¿Y quién se lo va a contar? —Al ver que eso parecía detener a Trez, Selena se encogió de hombros—. No seré yo. Y en esta casa no hay nadie más. Así que si tú no lo haces, él nunca lo sabrá.

En realidad, Selena no sabía qué haría Phury si lo averiguaba. Técnicamente, después de haber mantenido relaciones sexuales con alguien distinto del Gran Padre o un Hermano, ella había caído en desgracia. Pero era difícil saber cuánto de las viejas costumbres sobrevivía aún en estos nuevos tiempos.

Aunque tampoco importaba. Su tiempo se estaba agotando.

Lo cual explicaba por qué Selena había tomado el asunto en sus manos, cuando Trez se detuvo después de notar que su sexo era muy estrecho. Ella estaba decidida a no perder esa oportunidad, en especial después del episodio que había tenido lugar abajo, en la mesa de la cocina.

De repente Selena pensó en la persona a la que Trez estaba atado… y sintió una punzada de dolor en el pecho.

—No te preocupes —dijo con cansancio—. No tendrás que hacer nada.

—Pero yo también tengo algo de honor, ¿sabes? —respondió él con brusquedad.

—No fue mi intención ofenderte.

Trez cerró los ojos y murmuró:

—Tú no deberías estar disculpándote.

—Es que no veo el problema. Mi cuerpo es mío, yo decido a quién me entrego y te he elegido a ti. Y tú también me deseabas.

Al oír eso, Trez abrió los ojos.

—Pero te he hecho daño.

—Lo doloroso fue que te detuvieras.

Trez movió la cabeza.

—Esto es un desastre.

—¿Según quién?

—Tú no sabes ni la mitad de la historia —dijo, pero al menos ahí Trez vino a sentarse en la cama. Volvió a agarrarse la cabeza y exhaló con fuerza—. Yo no debería haber sido el elegido, Selena. Cualquiera menos yo.

—Te lo digo de nuevo, ¿no crees que eso es un juicio que me corresponde solo a mí?

—Pero tú no me conoces.

—Te conozco lo suficiente. —Después de todo, él le había contado sobre las humanas. Sobre sus padres. Sobre el compromiso que tenía con otra hembra. ¿Qué más podía haber?

—No. Tú no…

En ese momento se oyó un sonido que atravesó la habitación y a ella le llevó un momento darse cuenta de que era un móvil sonando.

—¡Joder! —se quejó Trez mientras se estiraba para agarrar el móvil que estaba sobre la almohada. Con la pantalla mirando hacia arriba, era evidente que se le había salido del bolsillo de los pantalones cuando habían terminado sobre la cabecera de la cama.

Trez miró el número… y luego miró el reloj.

—¿Qué hora es…? Ay, mierda.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Tengo que contestar. —Trez miró a su alrededor, como buscando un poco de privacidad—. Vuelvo ahora.

Al ver que él se salía al pasillo, Selena admiró su magnífico cuerpo desnudo y el solo hecho de verle la espalda la hizo preguntarse si alguna vez tendría la oportunidad de volver a estar con él.

Selena cerró entonces los ojos, se estiró y descubrió un dolor en la pelvis que nunca antes había sentido.

Sí, tal vez sí le había hecho daño. Pero no lo suficiente para hacer que ella se arrepintiera de nada… o para que no quisiera volver a hacerlo.

Sin embargo, algo le decía que ese no era su futuro.

Debería haberle dicho algo a Trez.

Pero ya no había manera de cambiar esa decisión.

CAPÍTULO 53



Al final Wrath sí firmó la maldita proclama de la disolución.

Lo que lo ayudó a decidirse fue ver el anillo de su madre en su meñique: ese rubí era un símbolo del solemne compromiso de Beth hacia él y lo hizo pensar en todo lo que su hembra había hecho por él. Con el fin de aparearse con él, había puesto su fe, su corazón y su futuro en él y en su pueblo, y había aceptado sus tradiciones y sus costumbres, dándole la espalda a su lado humano, hasta el punto de que ya no tenía contacto con esa raza, y con nadie más aparte de él y sus Hermanos, pues su trabajo se había apoderado de sus vidas.

Ella había ganado mucho, claro. Pero había perdido todo lo que había conocido. Y lo había hecho por él, por ellos.

En este momento lo más importante no era el trono. No, lo más importante era estar a la altura del nivel que ella había fijado: él necesitaba poner su firma en el documento para respaldar lo que había dicho con sus palabras. Aunque todo este maldito asunto le resultaba detestable, desde los aristócratas y la Pandilla de Bastardos hasta el sentido de pérdida que implicaba ese puto papel, Wrath tenía que honrar lo que le había prometido a su Beth.

Las tradiciones de ella eran tan significativas e importantes como las suyas propias.

Si no firmaba, la estaría tratando con la misma falta de respeto que los había tratado el Consejo.

Y esta era la manera más lógica de evadir a la glymera.

Una bonita venganza frente a sus maquinaciones.

—¿Dónde está el bolígrafo? —preguntó Wrath.

Cuando Rehv se lo puso en la mano con la que empuñaba la daga, Wrath apretó la mano de Beth.

—¿Dónde firmo?

—Aquí —dijo ella—. Aquí.

Wrath dejó que ella llevara la punta del bolígrafo al lugar en que debía de haber una línea y luego garabateó su nombre.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó.

Rehv soltó una carcajada llena de malicia.

—Voy a enrollar esta pequeña misiva y la haré llegar a donde el sol nunca brilla. —Se oyó el rumor del pergamino al ser enrollado—. Han programado la «coronación» para esta medianoche. Es una maldita pena que tenga que esperar hasta ese momento. Vamos, Saxton, necesitas comer algo. Pareces estar a punto de desmayarte.

Wrath miró hacia donde estaba la silenciosa concurrencia.

—¿Y bien? ¿Nadie va a comer nada?

Cuando la conversación brotó en medio del silencio, como si sus Hermanos supieran que él necesitaba un poco de espacio, Wrath tomó a Beth del brazo.

—Salgamos de aquí —dijo con voz apurada.

—Entendido.

Con rápida eficacia, su shellan lo llevó lejos del ruido y la comida, y cuando Wrath percibió un olor a leña quemada, adivinó que lo había guiado hasta la biblioteca.

—Acuéstate, George —dijo ella, mientras empujaba lo que Wrath suponía que era la puerta—. Ya sé que no quieres sentarte aquí fuera, pero necesitamos un minuto.

Buena señal, pensó Wrath, mientras se soltaba de la mano de Beth y caminaba solo, con la mano derecha extendida. Cuando sintió que estaba frente a la chimenea, deseó poder ver el fuego encendido. Le gustaría atizarlo para hacerlo chisporrotear.

Un *clic-clic* le informó de que Beth acababa de cerrar la puerta.

—Gracias —dijo su Beth.

Wrath dio media vuelta.

—Gracias a ti.

—Todo irá bien.

—Si estás hablando de la Pandilla de Bastardos, yo no estaría tan seguro. Siempre encontrarán otra salida. Hemos ganado algo de tiempo, pero el problema no está resuelto todavía.

Joder, la amargura que se sentía en su voz era una cosa muy extraña. Pero esta situación lo había cambiado.

Gracias a Dios, su padre estaba muerto, pensó Wrath…, y eso era algo que nunca había creído que llegaría a pensar.

Desde detrás, Beth se apretó contra su cuerpo, mientras hacía resbalar las manos por los hombros y le acariciaba los músculos tensos.

—Ha sido una ceremonia preciosa.

Wrath soltó una carcajada.

—Elvis ha hecho un gran trabajo.

—¿Sabes cuál es la tradición entre los humanos, después de que el matrimonio sea oficial?

—¿Qué?

Mientras deslizaba los brazos hasta la cintura de Wrath, Beth se detuvo frente a él y se puso de puntillas para besarlo a un lado de la garganta. Y, mira por dónde, el estado de ánimo de Wrath comenzó a mejorar.

—Consumar el matrimonio —murmuró Beth—. Es tradición que el marido y su mujer sellen el pacto, ya sabes a qué me refiero.

Wrath empezó a sonreír, pero luego recordó la última vez que habían estado juntos… y las circunstancias.

—¿Estás segura de que estás preparada para esto después de…, bueno, ya sabes?

—Muy segura.

Para demostrárselo, Beth se restregó contra él y Wrath tuvo que lanzar una maldición. Loco de deseo al instante, hizo un esfuerzo con contener su lado salvaje mientras bajaba la cabeza y se apoderaba de la boca de su esposa.

—Levántame —dijo ella con un suspiro.

Cuando él obedeció, ella se levantó el vestido hasta la cintura y abrió las piernas para rodear con ellas las caderas de Wrath.

—No llevas bragas —gruñó él.

—Quería estar preparada para esto.

—Por Dios, me alegra no haberlo sabido antes, porque habría…

Wrath no se molestó en terminar la frase. Mientras Beth le apretaba el cuello, él metió una mano entre ambos para desabotonarse los pantalones. Su polla quedó libre de inmediato, palpitante y ardiente, y cuando ella se acomodó un poco más abajo, Wrath encontró su centro…

—¡Mierda! ¿Y si estás embarazada? —dijo Wrath de repente, separándola un poco—. Mierda…

—Las mujeres embarazadas pueden practicar sexo. De verdad. Créeme.

Beth se estiró para besarlo en la boca y luego le mordisqueó el labio inferior con los colmillos.

—A menos que estés diciendo que no me deseas.

Wrath se tambaleó un poco.

—No, no es el caso.

Y enseguida Wrath se encargó de resolver cualquier confusión posible penetrándola lentamente, haciendo presión, hasta llegar al fondo con total delicadeza. Ella no pareció sentir ningún dolor, pero Wrath no quería arriesgarse y le agarró el culo con firmeza mientras empezaba a moverse dentro de ella.

—Te quiero —dijo Wrath contra el pelo de Beth—. Para siempre.

Al oír que ella murmuraba lo mismo en su oído, un ataque de paranoia lo hizo enfriarse un poco.

¿Acaso su padre le habría dicho lo mismo a su madre?

Y Wrath ya sabía cómo había terminado todo.

De repente, Wrath recordó la advertencia de V, sobre el campo blanco y aquello de que el futuro estaba en sus manos. ¿Qué…?

—Wrath —le susurró su esposa—. Regresa aquí. Concéntrate en el aquí y el ahora…

Con un gruñido de obediencia, Wrath se olvidó de toda esa mierda e hizo lo que ella le decía, sintiendo solamente cómo entraba y salía de ella. El orgasmo fue bastante silencioso, una oleada que se aproximó y se retiró con el trueno de una brisa de verano. Pero cuando Wrath se corrió dentro de su hembra y sintió cómo ella contraía los músculos alrededor de su polla, le pareció que aquel era el orgasmo más poderoso que había sentido hasta entonces.

Wrath no quería dejarla ir.

Nunca.

‡ ‡ ‡

Fuera de la habitación de Selena, Trez aceptó la llamada, pero no escuchó ningún saludo.

—¿Dónde demonios estás? —le preguntó furioso el verdugo de la reina—. ¿Y dónde está lo que me prometiste?

Trez cerró los ojos con fuerza.

—Voy de camino.

—No trates de engañarme.

La llamada se cortó.

—¿Trez? —preguntó Selena desde dentro—. ¿Va todo bien?

No. Ni lo más mínimo.

¿Cómo era posible que ya fuera mediodía?

Trez abrió la puerta.

—Sí, pero me tengo que ir.

Maldiciendo, Trez se dirigió al lugar donde estaban sus pantalones y se los puso. Cuando los testículos quedaron atrapados en la cremallera, Trez le dio un tirón deliberado y el dolor fue tal que atravesó su pelvis y le produjo náuseas.

Aquella breve llamada de s’Ex era un recordatorio de todas las razones por las cuales había sido una estupidez acudir allí.

Virgen.

Mierda.

Mientras agarraba la camisa y metía un brazo por la manga, Trez era consciente de que Selena estaba sentada en la cama, en silencio.

Virgen.

En ese momento recordó como en una catarata a todas las mujeres con las que había follado, llenando otra vez de gente el espacio entre ellos. Y luego pensó en las

que le iba a ofrecer a s'Ex hoy.

—Esto no volverá a ocurrir —dijo, mientras se acercaba a ella.

El que hubiese pasado una vez ya era demasiado.

En respuesta, Selena se quedó aparentemente impávida, pero su olor dijo todo lo que había que decir: la tristeza brotaba de cada uno de sus poros.

Y sin embargo, miró a Trez a los ojos y dijo:

—Como desees. Pero estaré aquí si cambias de opinión.

Joder, ella parecía tan segura de sí misma cuando lo miró que casi daba la impresión de estar desafiándolo a mantenerse lejos.

Trez no tenía tanto autocontrol. Pero la situación en que se encontraba era grave.

iAm ya estaba en riesgo. ¿Qué pasaría si Selena se liaba con él?

Trez no quería arrastrarla a su infierno.

Ah, y en cuanto a Phury, Trez se sentía como una mierda por no decirle nada. No era más que otra manera de deshonrar a Selena, pero de una revelación como esa no podía salir nada bueno.

—Tengo que irme —dijo entre dientes.

—Como desees.

De verdad, a Trez le encantaría que Selena dejara de decir eso…

Luego salió de la habitación corriendo, sin fijarse en la forma en que bajó las escaleras, y recorrió la casa en penumbra, y salió al jardín nevado. Después de cerrar los ojos, le tomó un momento concentrarse lo suficiente para desmaterializarse…

Pero después de un rato llegó al Commodore y tomó forma tras el contenedor de basura del área de servicio. Al salir de allí, pareció pasarles desapercibido a unos hombres que estaban entregando los suministros de aseo, lo mismo que a un mensajero que iba en bicicleta por el callejón.

Sin embargo, había mucha gente esperándolo arriba, en el piso dieciocho.

Tan pronto como salió del ascensor, Trez maldijo entre dientes.

iAm estaba recostado contra la puerta cerrada y parecía tranquilo, excepto por la mirada asesina de sus ojos. Y, junto a él, las putas que Trez había contratado para que atendieran a s'Ex.

Sin duda, el verdugo de la reina debía de estar fuera, en la terraza. O vagando por las habitaciones, después de haber entrado a la fuerza, en un ataque de ira.

Trez se metió las manos en los bolsillos…, pero no encontró las llaves. Mierda.

¿Acaso las había olvidado? ¿O estarían en el suelo de la habitación de Selena?

Joder.

—¿Te falta algo? —preguntó su hermano arrastrando las palabras.

—Hola, jefe —dijo una de las putas.

—Jefe…

—¿Qué tal?

Las mujeres se pusieron a hablar entre ellas, mientras se arreglaban las extensiones de pelo y las copas del sostén. Cada una llevaba una versión de ropa de

calle normal, pero todo era corto y ceñido y muy escotado.

Aunque seguramente no pasarían mucho tiempo vestidas.

—Permíteme —murmuró iAm y sacó su llave de cobre.

Después de abrir la cerradura, abrió la puerta de par en par y les hizo una señas a las chicas para que entraran.

Cuando ellas entraron, iAm entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Qué coño estás haciendo?

—Encargándome del problema —siseó Trez— de la única forma en que sé cómo hacerlo.

Trez se adelantó entonces a su hermano y entró al salón. Y haciéndole honor al fantasma que llevaba dentro, el verdugo estaba esperando tras el cristal, con sus ropas negras ondeando al viento.

Cuando las tres putas lo vieron, se quedaron tiesas, ya fuera porque estuvieran asombradas o muertas de pánico. Tal vez las dos cosas al tiempo.

—Dadme un segundo, señoritas —dijo Trez y se dirigió a las puertas correderas —. En un momento se lo enviaré a la habitación que está al fondo del pasillo.

—Sí, está bien, jefe —dijo la que estaba al frente.

Trez esperó a que ellas salieran del salón para dejar entrar a s'Ex. Lo bueno es que estaba tan molesto que se quitó la capucha de inmediato.

Apuntándole a Trez con un dedo, vociferó:

—Llega a tiempo en el futuro, o declararé nulo nuestro acuerdo.

Justo cuando Trez estaba a punto de contestarle en el mismo tono, iAm se interpuso entre ellos.

—Fuimos citados por el rey. No nos podíamos ir, pero eso no volverá a pasar.

s'Ex clavó sus ojos negros y centelleantes en su hermano.

—Será mejor que te asegures de ello.

iAm asintió con la cabeza, tenía una expresión engañosamente tranquila. Pero lo delataba cierto temblor en la ceja izquierda… Mierda, Trez iba a recibir un buen sermón tan pronto salieran de esta.

Genial. Otra cosa más en su futuro a la que no quería llegar.

s'Ex se soltó el broche negro que llevaba junto a la garganta. Tan grande como el puño de un guerrero, tenía incrustaciones de gemas negras y un marco metálico lleno de arabescos. Cuando lo desabrochó, todos esos ropajes negros cayeron al suelo.

Y s'Ex quedó vestido solo con una camiseta sin mangas bastante corriente y un par de pantalones negros de combate.

Lo que no era tan corriente era el resto de él: tenía cada centímetro de piel marcado con esos tatuajes rituales blancos, que cubrían de forma particularmente abigarrada los músculos de sus brazos y sus hombros. Sin embargo, aun así podía pasar por humano.

Buena noticia para las putas.

—A pesar de que has llegado tarde —dijo s'Ex con los dientes apretados—, os he

hecho a los dos un gran favor.

—Entonces, ¿nuestros padres todavía están vivos?

—Ah, sí, también eso. Sin embargo, van a perder su vivienda, por solicitud de la reina. La última vez que pregunté, tu madre estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa porque le estaban quitando sus joyas. —El verdugo sonrió lentamente—. En realidad Su Majestad está bastante contenta de verlos sufrir. Si no supiera que no fue así, diría que lo planeasteis todo a la perfección.

—Entonces, ¿cuál es el gran favor?

—Su Majestad va a estar ocupada durante un tiempo con cosas que no tienen nada que ver contigo.

Trez entrecerró los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Unos nueve meses.

—Perdón, ¿qué has dicho? No entiendo lo que estás…

—Está embarazada.

Trez dejó de respirar. Y luego tuvo que obligar a sus pulmones a seguir trabajando, mientras le echaba un vistazo a su hermano.

—¿Cómo diablos ha sucedido eso?

—No creo que tú, en particular, necesites que te haga un croquis.

—Pero pensé que su consorte había muerto hacía diez años.

—Sí. Fue una pena. —s'Ex hizo chasquear los dedos—. Sufrió una caída mortal.

—Entonces, ¿de quién es la criatura?

s'Ex sonrió con sorna.

—Es un milagro.

Joder…

s'Ex asintió y continuó diciendo:

—Todo esto es muy oportuno para ti porque ella tendrá que esperar a ver si da a luz a otra hija. En ese momento habrá que leer las cartas astrales para saber quién será la próxima reina. Obviamente, si es un hijo varón, estarás jodido. Pero si no, tal vez tengas una oportunidad. Después de todo, tú estás prometido con una hija en particular. Pero si la reina acaba siendo la otra, te habrás salvado.

iAm soltó el aire muy lentamente.

—Eso es… una excelente noticia. Potencialmente.

—Pero todavía estás en deuda conmigo —gruñó s'Ex—. De ahora en adelante, te vas a encargar de cuidarme… o yo me encargaré de vosotros dos.

—No te preocupes por eso. —Trez se subió los pantalones, mientras la cabeza le daba vueltas—. Lo que necesites.

—Eso está mejor.

Por Dios…, eso lo cambiaba todo. O, al menos, podía cambiarlo.

Ese era un resultado mucho mejor del que él podría haber imaginado.

Al ver que los ojos de obsidiana de s'Ex se clavaban en el pasillo por el que

habían desaparecido las mujeres, Trez se volvió a concentrar.

—Un par de reglas.

El verdugo le devolvió la mirada.

—Nada de reglas para mí.

Trez dio un paso al frente y se cuadró frente al macho cara a cara.

—Las reglas son estas: no vas a hacerles daño. El sexo duro está bien si es consensuado, pero nada de dejarles cicatrices o marcas permanentes. Y no te las puedes comer. Esas son mis únicas restricciones, y no son negociables.

Con las Sombras siempre había que poner límites. En especial con una Sombra como el verdugo.

—Espera, ¿ellas son tuyas? —preguntó el macho.

—Sí.

—Ay, mierda, ¿por qué no lo has dicho antes? —s'Ex le tendió la mano—. Tienes mi promesa. Nada permanente y nada de comérmelas.

Qué alivio, pensó Trez al estrechar con fuerza la mano del verdugo.

—Te las estoy cediendo durante todo el tiempo que quieras. Y el apartamento también, claro. Y cuando desees algo nuevo, ya sabes dónde encontrarme.

Cuando el verdugo sonrió y dio media vuelta para marcharse, Trez lo agarró del brazo.

—Una cosa más: ellas son humanas. Para ellas los vampiros son personajes de ficción… y debes procurar que sigan creyendo eso, si quieres que esto continúe.

s'Ex parecía desencantado.

—Está bien. Pero habría sido más divertido de la otra forma.

Mientras se alejaba hacia la habitación, sus pesados pasos resonaron por el pasillo y luego se oyeron voces. Seguidas de una puerta cerrándose.

Trez se dirigió al bar aunque solo era un poco más de mediodía, y cogió una botella de Maker's Mark. No se molestó en buscar un vaso, sino que empezó a beber directamente de la botella.

Mientras el licor le quemaba la garganta, camino al estómago, Trez solo podía pensar en que debería sentirse más aliviado de lo que se sentía. Pero, claro, todavía no estaba a salvo del problema.

Y hacía media hora que le había quitado la virtud a una buena hembra.

Una cosa que no podría cambiar ninguna tarjeta «para-salir-gratis-de-la-cárcel».

—Las siete vidas del gato —dijo iAm, mientras se acercaba y tendía la mano.

Trez le pasó el *bourbon*.

—Todavía no…

El gemido que se oyó a lo lejos parecía femenino. Al igual que el que siguió.

—Se las va a follar a todas al mismo tiempo —murmuró iAm.

Al imaginarse al verdugo acostado sobre la espalda, con una hembra sentada a horcajadas sobre sus caderas, otra sobre su cara y penetrando a la tercera con los dedos, Trez recuperó la botella y le dio otro sorbo.

Joder, pensó entonces Trez, esperaba poder mantener el ritmo de semejante apetito.

CAPÍTULO 54



La nieve empezó a caer a las seis, como si hubiera estado esperando que el sol se escondiera tras el horizonte para hacer su aparición. Y a medianoche, la tormenta no daba señales de ceder.

Mientras miraba por la ventana de su habitación, Xcor podía seguir el curso de los gruesos copos de nieve gracias a las luces de la calle que bordeaban el callejón sin salida en el que estaba la casa.

—¿Vienes?

Al oír la voz de Throe, Xcor miró por encima del hombro. Su soldado estaba de pie en el umbral, vestido con un traje apropiado.

Su Elegida estaría esperándolo, pensó Xcor. En medio de esta tormenta.

Suponiendo que se presentara.

Pero él no se podía perder la coronación.

—Sí —dijo bruscamente y se levantó de la silla que había acercado a la ventana.

Después de reunir todas sus cartucheras, se las acomodó en los hombros y la cintura, y enseguida deslizó en ellas varias pistolas y cuchillos. Pero cuando hizo el además de agarrar la guadaña, Throe sacudió la cabeza.

—Creo que deberías dejar eso aquí, ¿no?

—Ella viene conmigo.

Después de que Xcor se pusiera la guadaña en la espalda, cubrió todo con la funda de cuero.

—Procedamos.

Mientras caminaba al lado de Throe, se negó a mirar al macho a los ojos. Sabía lo que iba a encontrar en ellos y no le apetecía que lo sometieran a un examen.

Al reunirse con los Bastardos en la primera planta, Xcor guardó silencio mientras salían a la noche helada y se desmaterializaban desde el jardín trasero…

… hasta los terrenos de la moderna casa de Ichan, hijo de Enoch.

A través de la tormenta de nieve, Xcor pudo ver que otros ya habían llegado: miembros del Consejo, vestidos con traje formal, que se paseaban por el interior de la casa y junto a las ventanas iluminadas.

La celebración estaba garantizada, pues esto era, de hecho, un triunfo…, o así debería haber sido. Sin embargo, en lo único en lo que Xcor podía pensar era en la hembra que estaba en una pradera, ojalá bien equipada contra el invierno, esperándolo. Al levantar la vista hacia el cielo, Xcor sintió la nieve sobre sus ojos y parpadeó.

¿Cuánto tiempo se quedaría allí…?

—Por aquí —dijo Throe, indicando una entrada que tenía la sutileza de un aviso luminoso a la orilla de una carretera. Como si se pudiera pasar por alto.

Había muchos reflectores, todos enfocados hacia los cristales de colores que rodeaban una puerta pintada de rojo que tenía pegado una especie de símbolo similar al sol.

—¡Qué hortera! —murmuró Throe, cuando empezaron a caminar hacia la puerta a través de la nieve—. Desgraciadamente, el interior es peor.

Xcor, por el contrario, no tenía ninguna opinión sobre la decoración. Y tampoco lo impresionaron los criados uniformados que les abrieron la puerta, ofrecieron pequeños trozos de comida en bandejas de plata y tomaron nota de las bebidas.

No, él se encontraba en un campo muy lejano, debajo de un arce, esperando a que llegara una hembra para poder ofrecerle su abrigo y protegerla de la tormenta.

Xcor no estaba ahí…

—¿Me permitís el abrigo? —le preguntó un doggen que estaba a su lado.

Al sentir la mirada de Xcor, el mayordomo dio un paso atrás.

—No.

—Como deseéis, señor. —El macho hizo una reverencia tan pronunciada que casi toca el suelo brillante—. Por supuesto…

En ese momento se acercó Ichan, con los ademanes ostentosos del líder de una banda musical. De hecho, llevaba puesto un esmoquin de satén rojo sangre y un par de mocasines que tenían sus iniciales bordadas en hilo dorado. Todo un dandi, o así al menos se vería él.

—Bienvenidos, bienvenidos. Servíos algo… Claus, ¿ya los has atendido?

Xcor dejó que sus Bastardos contestaran por él y decidió pasar a otra habitación.

Y, cuando lo hizo, los aristócratas se silenciaron a su paso, mientras abrían mucho los ojos movidos por una mezcla de temor y respeto. Esa era la razón por la que había querido llevar sus armas. Xcor quería que su personaje violento fuera un poderoso recordatorio de quién estaba al mando.

Mientras seguía vagando sin rumbo, Xcor notó distraídamente que Throe tenía razón respecto a los muebles. El «arte» moderno asfixiaba todos los espacios, llenando rincones y paredes, y sillas y mesas y sofás que parecían tan distorsionados que uno se preguntaba dónde podían sentarse los invitados. Y había colores por todas

partes, que solo parecían tener en común ser los tonos más brillantes y estridentes para la retina…

¿Cuánto tiempo se quedaría esperándolo ella? ¿Llevaría un abrigo?

Desde luego que lo llevaría.

¿Y si alguien le preguntara a dónde iba? ¿Y si alguien la pillara regresando a la casa?

—¿Xcor? —dijo Throe en voz baja.

—Sí.

—Es la hora. —Throe hizo un gesto en dirección a la biblioteca, que por fortuna solo contenía estanterías y libros. Los muebles habían sido retirados.

O, al menos, la mayoría de ellos, pues en el centro del espacio había una silla grande similar a un trono y una mesa con un gran pergamino encima, además de cera para sellar y muchas, muchas cintas.

Ah, sí. El lugar del precioso apogeo de Ichan.

El cual no iba a durar mucho.

Xcor se acercó y se detuvo junto a la puerta para poder mirar a los ojos a cada miembro de la glymera a medida que iban entrando. Al ver que no quedaba nadie más, fijó su atención en el grupo y sus soldados lo rodearon, bloqueando con sus cuerpos la salida de la biblioteca…

Desde detrás, la puerta principal se abrió una última vez y entró una ráfaga de viento frío y seco que se instaló en la casa como si fuera un invitado perdido. Pero al mirar por encima del hombro, Xcor frunció el ceño.

En efecto, acababa de llegar un invitado extraviado: Rehvenge, el leahdyre titular del Consejo, entró caminando como si fuera el dueño del lugar, con su largo abrigo de visón arrastrando detrás de él y un bastón rojo que no era una sombrilla.

Venía sonriendo y sus ojos color púrpura mostraban una determinación que resultaba, de hecho, una advertencia.

—¿Llego tarde? —gritó. Luego se acercó a donde estaba Xcor y se le quedó mirando fijamente—. No quisiera perderme esto.

Quién demonios lo habrá invitado, se preguntó Xcor. El macho estaba sólidamente aliado con el antiguo rey, lo cual lo convertía en un infiltrado que parecía más bien un jaguar.

Desde la biblioteca, Ichan se dio media vuelta, agitando un cigarrillo que estaba incrustado en una antigua boquilla de ébano y, al ver quién había llegado, se quedó paralizado.

Rehvenge levantó el bastón en lugar de saludar formalmente.

—Sorpresa —dijo, al tiempo que se metía entre el grupo—. Oh, ¿acaso no me esperaban? Estaba en la lista de invitados.

Al ver que Throe daba un paso al frente, Xcor lo agarró y lo hizo dar marcha atrás.

—No. Es posible que no esté solo.

De inmediato, todos sus soldados metieron las manos en los bolsillos y la ropa. Al igual que lo hizo Xcor.

Y, sin embargo, no apareció ningún Hermano.

Así que esto era un mensaje, pensó Xcor.

Ichan lo miró desde el centro de la biblioteca, como si esperara que Xcor se encargara del intruso, pero al ver que ninguno de los guerreros se movía, el aristócrata se aclaró la garganta y se acercó a Rehvenge.

—¿Me permites un minuto, si eres tan gentil? —dijo Ichan—. En privado.

Rehvenge sonrió como si ya tuviera los colmillos en la garganta de aquel idiota.

—No, en privado, no. No para hablar de esto.

—No eres bienvenido aquí.

—¿Quieres echarme? —Rehvenge se inclinó sobre las caderas—. ¿Quieres intentarlo tú a ver qué pasa? ¿O vas a pedirles a esos matones de ahí que lo hagan por ti?

Ichan trató de contestar algo, pero se quedó sin palabras.

—No, no lo creo.

Al ver que Rehvenge metía la mano en el abrigo, Ichan soltó un chillido de alarma y los aristócratas que estaban en el salón se movieron nerviosos, como ganado a punto de ser sacrificado.

Xcor solo volvió a mirar por encima del hombro. La puerta se había quedado abierta, pues los criados estaban demasiado distraídos para cerrarla, o tal vez simplemente habían desaparecido.

Rehvenge la había dejado abierta a propósito, ¿no? Seguramente porque estaba planeando su retirada.

—Os traigo saludos de Wrath, hijo de Wrath —dijo Rehvenge, todavía con esa sonrisa en la cara—. Y tengo un documento que él desea compartir con todos vosotros.

Cuando sacó un tubo de cartón de debajo del brazo y le quitó la tapa, los aristócratas dieron un respingo, como si estuvieran esperando el estallido de una bomba.

Y tal vez fuera algo así lo que traía.

Rehvenge desenrolló un pergamino que tenía cintas negras y rojas colgando de la parte inferior. En lugar de leer lo que estaba escrito en tinta, Rehvenge solo le dio la vuelta al documento.

—Creo que tú deberías hacer los honores —le dijo a Ichan.

—Qué es lo que… —Al fijarse bien en lo que tenía frente a sus ojos, el macho se quedó sin palabras. Y después de un momento gritó—: Tyhm, Tyhm.

—Sí, creo que encontraréis que todo está en orden y es legal. Wrath ya no está apareado con ella. Se divorció de ella hace unas tres semanas… y, aunque yo no soy abogado, estoy bastante seguro de que un voto de destitución no puede estar basado en un hecho inexistente.

El abogado alto y delgado se acercó por fin y se inclinó sobre el documento, como si la proximidad ocular pudiera aumentar la comprensión de lo que decía allí.

Y, en efecto, la expresión de su cara fue la única traducción que necesitó la audiencia: la incredulidad se transformó en una especie de horror, como si, en efecto, acabara de estallar un explosivo frente a sus ojos.

—¡Esto es una falsificación! —declaró Ichan.

—Tiene los testigos adecuados, yo soy uno de ellos. ¿Te habría gustado que Wrath y la Hermandad vinieran aquí a testificar sobre la validez del documento? ¿No? Ah, no te preocupes. No estamos esperando una respuesta. No hay ninguna posible.

—Nos vamos ya —susurró Xcor.

Si él fuera Wrath, el siguiente movimiento sería atacar la casa, y no había suficientes escondites allí dentro, pues todo aquel arte de pacotilla y esos espacios abiertos resultaban muy malos como escudos.

Cuando las voces de los aristócratas subieron de volumen, Xcor y sus soldados se desmaterializaron hasta el jardín delantero y, preparándose para el combate, sacaron sus armas.

Pero no había nadie allí.

Ni Hermanos. Ni ataque. Ni… nada.

El silencio era ensordecedor.

CAPÍTULO 55



Tal como sucedía con todos los grandes cambios de la vida, el sol y la luna nunca les prestaban ninguna atención a los dramas del planeta y sus horarios continuaban inmutables, sin dejarse afectar por el cambiante destino de los que habitaban abajo.

Ya era más de medianoche cuando Wrath se despertó junto a su shellan, en su cama matrimonial, con el brazo alrededor de la cintura de Beth y la mano sobre sus senos. Y, por un momento, Wrath se preguntó si realmente había sucedido algo de todo aquello: el periodo de fertilidad, esa mierda del Consejo, la respuesta.

Tal vez todo había sido una maldita pesadilla.

Wrath se acercó un poco más, pero manteniendo su erección a raya. Iba a dejarle la iniciativa sexual a su leelan durante un tiempo, al menos hasta que supieran si estaba embarazada o no. Y si lo estaba…, bueno, ahí no sabía qué iba a hacer…

Joder, ¿de verdad estaba pensando en eso?

—Estás despierto —dijo Beth.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró él contra el pelo de Beth.

Ella se dio la vuelta entre los brazos de Wrath.

—Solo lo sé.

Se quedaron tumbados durante un rato largo y, joder, esos eran los momentos en los que Wrath más echaba de menos sus ojos. Pero, a cambio, tenía los dedos para recorrer los rasgos de su shellan.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Triunfante. —Wrath podía adivinar la sonrisa que Beth tenía en la cara—. Dios, adoro a Rehvenge. En efecto, él mismo llevó el pergamino al Consejo.

Al ver que él no decía nada, Beth suspiró.

—Esto es bueno, Wrath. Te lo prometo.

—Sí, lo es. —Wrath la besó en la boca y luego se separó un poco—. Me muero

de hambre. ¿Quieres comer algo?

—En realidad…, no. No tengo hambre, pero ya debe de ser hora de la Primera Comida. A menos que nos hayamos quedado dormidos.

—Yo creo que ya ha pasado la hora. Y vosotros la llamáis desayuno, ¿no es así? —Wrath se levantó de la cama y se dirigió al baño para dejar que George entrara desde allí—. No creo que haya nadie más levantado. La fiesta se alargó hasta las cinco de la tarde.

Al abrir la puerta, el golden retriever lo saludó con alegría, haciendo sonar el collar y golpeando con la cola la puerta, la pierna de Wrath y la pared, a medida que giraba una y otra vez y estornudaba de felicidad.

—¿Wrath?

—Hola, amigo —dijo Wrath y se arrodilló—. ¿Cómo estás? ¿Quién es…?

—Wrath.

—¿Sí?

—Vamos a trabajar después de comer.

—¿Acaso estás tratando de que vuelva al redil? —Wrath acarició la cabeza del perro y este volvió a estornudar.

—Sí, eso intento.

Wrath se restregó la cara.

—Ducha. Comida. Y luego hablamos.

—No, luego trabajamos.

La buena noticia, supuso Wrath, era que nadie iba a querer nada de él en el baño. Y cuando se metió a la ducha antes de que el agua se calentara, se preguntó por qué tenía que darse tanta prisa. Su esposa no iba a dejar de tirar su cadena hasta que él estuviera de vuelta en el trono, moviendo papeles de un lado para otro.

Con esa perspectiva frente a sus ojos, debería asearse en el lavabo y usar un secador de mujer para…

Al principio no supo con certeza qué era lo que estaba oyendo. Pero luego reconoció que se trataba de arcadas.

Salió tan rápidamente del cubículo de mármol que casi se cae sobre el suelo resbaladizo.

—¡Beth! ¡Beth!

—Estoy bien —dijo ella desde el otro lado del baño.

Wrath se abalanzó sobre el compartimento independiente donde estaba el inodoro, extendió las manos y empezó a tantear hasta encontrar a su compañera de rodillas, frente al wáter, agarrándose el pelo con una mano y abrazando la taza con la otra.

—Llamaré a la doctora Jane.

—No, no lo hagas…

Las palabras de Beth fueron interrumpidas por una serie de arcadas y, mientras permanecía al lado de ella, Wrath deseaba ser él quien estuviera enfermo.

—¿Cómo que no? —murmuró y se dirigió al teléfono.

Solo que este sonó antes de que Wrath pudiera agarrar el auricular y marcar la extensión de la clínica. Mierda, tal vez la mujer de V también fuera capaz de leer la mente.

—¿Jane?

—Ah, no, Su Excelencia, soy Fritz.

—Ah, escucha…, ¿podrías traerme…?

—Wrath, déjalo. Estoy bien —dijo Beth detrás de él.

Wrath dio media vuelta. El olor de su esposa ciertamente no indicaba una emergencia médica; además el tono de su voz mostraba que estaba incómoda, no aterrorizada.

—Ah…

—¿A quién debo llevarle, Excelencia? —preguntó el mayordomo desde el otro lado de la línea.

Beth volvió a interrumpir:

—Wrath, en serio. No molestes a Jane, ¿vale? No pasa nada.

—Entonces, ¿por qué estás vomitando?

—¿Perdón? —dijo Fritz—. ¿Señor?

—No, tú no —murmuró Wrath—. O bien ella viene aquí o…

—Sí, sí. Yo bajaré a la clínica —murmuró Beth—. Solo déjame vestirme.

—Iré contigo.

—Ya me lo imaginaba.

Mientras maldecía entre dientes, Wrath se preguntó cómo demonios iba a sobrevivir a eso… O bien Beth estaba embarazada, en cuyo caso él iba a vivir muerto de miedo durante ¿cuánto tiempo?, ¿dieciocho meses? O no estaba embarazada, en cuyo caso iba a tener que ayudarla a manejar la desilusión.

O…, mierda, también podía ser que Beth estuviera perdiendo al bebé.

Esa era la tercera opción… Ay, Dios, ahora era Wrath quien quería vomitar.

—Gracias, Fritz —dijo entonces Wrath—. Bajaré en…

—Señor, solo quería informaros de que esta noche habrá obreros en la casa.

—¿Obreros?

—Para arreglar la sala de billar. Los daños… fueron bastante importantes. Hay que reemplazar completamente el suelo, aunque la buena noticia es que pude encontrar a los artesanos originales. Los he contratado para que vinieran y he coordinado todo el asunto con Tohr. Él iba a discutirlo con vos.

—Han pasado tantas cosas últimamente…

—Pero no os preocupéis, señor. Hemos tomado las medidas de seguridad adecuadas. Vishous estudió los antecedentes de los obreros y los Hermanos estarán supervisándolo todo el tiempo. Me temo que no había más opción, suponiendo que queramos volver a usar ese espacio.

—Está bien. No te preocupes.

—Gracias, Excelencia.

Cuando Wrath colgó, volvió a concentrarse en el tema de su hembra. Se dirigió al armario y sacó sus pantalones de cuero y una camiseta.

—Vamos —anunció, mientras agarraba el arnés de George.

—Wrath, estaré bien… —Hubo una pausa—. Ay, mierda.

Beth pasó corriendo por su lado y se dirigió al baño.

Con gran tranquilidad, Wrath regresó al teléfono y le pidió al mayordomo que llamara a la doctora Jane.

‡ ‡ ‡

Era bastante difícil discutir con su marido sobre la conveniencia de una visita médica, cuando Beth no podía sacar la cabeza del inodoro. Cada vez que pensaba que ya había superado las náuseas, se ponía de pie y regresaba a la habitación, tenía que volver corriendo al baño dos minutos después, para ponerse otra vez de rodillas sobre el mármol y no poder vomitar nada.

—No necesito acostarme —se quejó Beth, mientras contemplaba el techo desde su cama.

Al ver que Wrath no contestaba, ella giró la cabeza sobre la almohada y le lanzó una mirada. Él estaba sentado a los pies del colchón, quieto como una estatua.

—Estoy bien —insistió ella.

—Ajá.

—Van a ser un par de meses muy largos si nos preocupamos por cada cosita.

—Estabas intentando vomitar el hígado.

—No es cierto.

—Ah, entonces, ¿era el páncreas?

Beth cruzó los brazos sobre el pecho.

—Puedo sentir que me estás mirando con odio —dijo Wrath.

—Pues sí, eso hago. Porque esto es ridículo.

En ese momento se oyó un golpecito en la puerta. Y luego, un «hola» casi inaudible.

—Entra —dijo Wrath, al tiempo que se ponía de pie. Luego extendió la mano hacia delante y esperó a que la doctora Jane entrara.

—Hola, chicos —dijo la hembra, al entrar…, y de pronto aminoró el paso para echarle un buen vistazo a la *suite*—. Por Dios, vaya sitio.

—Es increíble, ¿no? —dijo Beth.

—¿Es real? —preguntó Jane en voz baja mientras estrechaba la mano de Wrath —. Me refiero a… los rubíes y las esmeraldas… que hay en la pared.

—Sí, son de verdad —dijo Wrath encogiéndose de hombros como si no fuera gran cosa—. Formaban parte del tesoro del Viejo Continente y Darius los hizo instalar aquí.

—Pues tenéis un papel pintado muy elegante —comentó la doctora Jane y luego se concentró en Beth y sonrió, al tiempo que se acercaba con actitud profesional—. Entonces, entiendo que has estado enferma.

—Estoy bien.

—No, no lo está —cortó Wrath.

—Sí, sí lo estoy.

La doctora Jane puso su anticuado maletín de médico sobre la mesilla y se aclaró la garganta.

—Bueno, tal vez podamos ver cómo te encuentras, en todo caso. ¿Puedes decirme qué ha pasado?

Beth se encogió de hombros.

—Pues he vomitado…

—Como veinte veces —dijo Wrath.

—¡No fueron veinte!

—Bueno, entonces, treinta…

La doctora Jane levantó las dos manos y miró a uno y otro lado.

—Hmmm… ¿Sabéis qué me gustaría hacer si os parece bien, Wrath? ¿Qué tal si hablo con tu compañera a solas? No te estoy echando de tu propia habitación, es solo que creo que tal vez las cosas vayan un poco mejor si tenemos un segundo a solas.

Wrath se puso las manos sobre las caderas.

—Ella vomitó. Al menos una docena de veces. Si quiere endulzarlo, allá ella. Pero esos son los hechos.

—Muy bien, gracias por contármelos. De verdad te agradezco la información. —La doctora sonrió—. Oye, ¿sabes qué sería de mucha ayuda? Que bajaras a la cocina y le trajeras un poco de ginger ale y unas galletitas saladas.

Wrath pareció morirse de la rabia.

—Me estás poniendo una tarea para deshacerte de mí.

—Como macho enamorado, sé que querrás cuidar a tu compañera. Y creo que, si le vienen las náuseas, el hecho de tener esas cosas en el estómago podrá hacerla sentir mejor.

—Tú sabes que puedo llamar a Fritz.

—Sí, lo sé. O puedes hacerlo tú mismo y atenderla personalmente.

Wrath se quedó allí, frunciendo el ceño y apretando los dientes.

—¿Sabes algo, Jane? Estás pasando demasiado tiempo con Rhage.

—¿Porque te estoy manipulando? —La doctora sonrió con más libertad—. Quizás, pero si bajas ahora mismo, regresarás mucho antes de que yo termine.

Wrath todavía estaba mascullando maldiciones cuando silbó al perro y agarró el arnés.

—No tardo.

Aquello sonó como una advertencia.

Pero se marchó.

La doctora Jane esperó a que la puerta se cerrara antes de volver a concentrarse en Beth.

—Entonces déjame adivinar: tú crees que estás embarazada.

Beth sintió que no podía tener la boca cerrada.

—Bueno, pues yo…

Con un tono más suave, la doctora dijo:

—Mira, esto no es un asunto de supersticiones. El hecho de decirlo en voz alta no va a cambiar nada, te lo prometo. Solo quiero saber qué es lo que estás pensando.

Beth se puso las manos sobre el estómago.

—No lo sé, me siento como una tonta. Pero estas náuseas no son normales. Es como… si no fuera mi estómago. Es como si todo mi cuerpo estuviera indispuesto. Y Layla empezó a vomitar tan pronto pasó la amenaza de aborto.

La doctora Jane asintió.

—Es cierto. Pero antes de que te entusiasmes con las comparaciones, quiero recordarte que cada embarazo es distinto. Incluso para la misma mujer. Una vez dicho eso, es cierto que acabas de pasar por el periodo de fertilidad y puedes estar embarazada. Aunque probablemente sea muy pronto para decirlo.

—Eso es lo que pienso. Y sin embargo…, no sé…, me estoy tomando esto como si fuera quizás una señal. Pero, joder, tal vez no signifique nada.

—Bueno, te voy a decir una cosa. El hecho de que tengas un poco de humana en ti representa una complicación más y eso hace que el diagnóstico y el tratamiento sean complejos. Razón por la cual quería tener una conversación franca contigo. Creo que sería una buena idea que tú y yo pensáramos en la manera en que quieres que te tratemos si estás embarazada. Y que pensemos en quién quieres que te trate. Yo estaría encantada de supervisarlo todo, pero esta no es mi especialidad. Ahora bien, Layla fue donde Havers…

—Yo no puedo ir allí. Wrath querría acompañarme a todas las citas y nadie va a creer que ya no estamos juntos si él aparece conmigo embarazada en esa clínica. Me refiero a que lo último que necesitamos es que ellos nos acusen de fraude.

—Claro. Entonces, tengo una idea.

—¿Cuál?

—Hay una gran ginecóloga en Caldwell, una mujer. Todo el mundo solía hablar de ella en el hospital. Tiene una verdadera habilidad para los casos especiales y creo que deberíamos pedirle a Manny que la busque y vea si ella estaría dispuesta a atenderte como paciente privada. Con Ehlena y yo vigilando la parte vampira, y ella ocupándose del aspecto humano, yo me sentiré más cómoda con respecto a todo esto.

Beth asintió.

—Sí, es buena idea.

—Genial. Me pondré a ello. Entretanto, te haré una revisión general y te daré algo para las náuseas…

—Sinceramente, ahora estoy bien. Solo parece ocurrir cuando me pongo de pie.

—Muy bien, pero déjame tomarte la tensión, ¿vale?

—Adelante.

Cuando extendió el brazo, Beth tuvo un momento de absoluta incredulidad. ¿Sería posible que todo ese sexo hubiese funcionado?

¿Para cumplir su función biológica?

La doctora Jane deslizó el brazalete hasta su lugar y luego se oyeron unos resoplidos hasta que la cosa se infló, apretando su bíceps y haciéndola pensar en todas las cosas invasivas que tendría que soportar si estaba de verdad embarazada. Análisis de sangre. Ecografías. Palpaciones. Al ser alguien que había disfrutado de buena salud toda la vida, no estaba segura de cómo iba a llevar todo aquello.

Pero ya no había marcha atrás.

Se oyó un largo siseo mientras la doctora Jane observaba un pequeño reloj y escuchaba a través del estetoscopio.

—Perfecto. Déjame tomarte el pulso. —Después de un momento presionando con los dedos sobre la muñeca de Beth, la doctora asintió—. Sip. Todo bien.

La médica se recostó y se quedó mirándola.

—¿Me estás examinando con los ojos ahora? —preguntó Beth, súbitamente asustada.

—Lo siento, es un reflejo. —La doctora Jane volvió a guardar sus cosas en el maletín—. Este es el trato. Puedo ponerme agresiva y hacerte una revisión completa, pero tu presión arterial y tu pulso están bien, tienes buen color y ahora mismo no estás vomitando. Me gustaría dejarte en observación, siempre y cuando no estés sangrando allá abajo.

—No. En absoluto.

—Genial. Pero prométeme que me llamarás a gritos si algo cambia. Estaré pendiente.

—Trato hecho…

Wrath entró por la puerta en ese momento, con Fritz detrás.

—Ay, por Dios —dijo Beth cuando vio la cantidad de…, ah, de cosas… que los dos traían—. ¿Eso es ginger ale?

—Dos —anunció su marido—. Y dejamos una de repuesto en el pasillo.

La doctora Jane se rio al tiempo que se ponía de pie.

—Tu esposa está bien. Pero prometió llamarme si algo pasa, y tengo el presentimiento de que, si ella no lo hace, me avisarás tú.

Wrath asintió.

—Puedes estar segura de ello.

Beth entornó los ojos, pero, por dentro, la verdad es que no le importaba que él se portara de esa manera. Su marido iba a cuidarla de la mejor manera posible, estuviera embarazada o no.

Y eso era verdadero amor.

CAPÍTULO 56



Después de acompañar a la doctora Jane a la salida, Wrath regresó a la cama. Cuando se sentó, Beth le agarró la mano y se la apretó.

—Voy a estar bien —dijo.

Dios, eso esperaba, pensó Wrath.

—¿Estás bostezando?

—Sí, de repente me siento exhausta.

—Déjame alcanzarte un ginger ale…

—No, gracias… Solo quiero descansar un par de minutos. Luego afrontaré la idea de comer algo.

—¿Todavía tienes náuseas?

—No. Solo que no quiero volver a tenerlas. —Beth le acarició la palma de la mano con el pulgar—. Podemos hacerlo, Wrath. Todo.

Como no quería manifestar su paranoia, Wrath solo asintió con la cabeza.

—Sí, todo va a salir bien.

Solo que, por dentro, no era eso lo que sentía. En absoluto.

—Deberías bajar a trabajar —murmuró ella, como si tuviera mucho sueño—. Saxton se ha quedado a dormir. Así que podría ayudarte a revisar el correo y otras cosas.

Como si la glymera tuviera algo que decirle esta noche.

Cuando bajó a traer la comida, se encontró con Rehvenge, feliz de informarle sobre la malograda ceremonia de coronación de Ichan. Rehv no cabía en sí de gozo por la victoria: los aristócratas habían recibido un buen golpe y les habían cortado la pierna sobre la que se estaban sosteniendo.

Pero no había razón para ser ingenuos y suponer que ellos no se lo devolverían.

Simplemente encontrarían otra manera de atacarlo.

Gracias a Xcor.

Joder, si pudiera agarrar a ese hijo de puta…

—No puedo dormir así —dijo Beth—. Contigo mirándome así.

—Pero quiero quedarme.

—No hay nada que hacer aquí. Hasta que tengamos confirmación de una cosa o la otra, vamos a estar en ascuas.

—¿Y quién te dará de comer cuando quieras tomar algo?

Beth respondió con un tono realmente gentil.

—Pues antes de conocerte había logrado hacerlo bastante bien.

Está bien, joder.

Al final Wrath entendió que lo que ella necesitaba era descansar, más de lo que él necesitaba vigilarla. Después de darle un par de besos en la boca, Wrath dejó que George lo acompañara fuera de la *suite* y hasta las escaleras. Al salir a la segunda planta, se detuvo. El último lugar en el que quería estar era el estudio…

El sonido de un martilleo abajo llamó su atención. ¿Qué estaría…?

—Escaleras —le dijo al perro.

Cuando George lo llevó hasta la primera planta, los ruidos se volvieron más fuertes, pero todavía estaban amortiguados… y su nariz percibió un rastro de polvo de cemento en el aire. Y algo más…

—Hola —dijo Rhage—. ¿Qué haces?

Wrath extendió la mano y dejó que su Hermano se la estrechara.

—Nada. ¿Cómo van las cosas ahí dentro?

—Están levantando el suelo. Pusimos un plástico bastante grueso en la puerta para evitar el polvo, aunque Fritz tenía la esperanza de que lo dejáramos abierto para poder limpiar todas las mañanas después de que se fueran los obreros. Pero no le dejamos.

—Buena idea.

Al otro lado del plástico, se oían voces masculinas que charlaban por encima del ruido de los martillos con que estaban golpeando la piedra. Era una conversación casual, que mostraba una gran familiaridad.

—¿Cuántos obreros hay?

—Siete. Queremos que terminen lo más pronto posible porque todos estamos un poco nerviosos. John está aquí conmigo.

—Hola, JM —dijo Wrath y movió la cabeza hacia donde sentía el olor del macho.

—John también te dice hola y quiere saber cómo está Beth.

—Está bien. Muy bien…, gracias por todo, hijo.

—Dice que lo hizo con mucho gusto.

Buen chico. Ya se estaba convirtiendo en un gran macho, pensó Wrath.

—Quiero entrar y conocerlos —dijo Wrath de forma inesperada.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Wrath sabía que Rhage y John se estaban mirando con desconcierto.

—Genial, me alegro de que estéis de acuerdo —murmuró Wrath, al tiempo que le

daba una orden a George.

El perro indicó que habían llegado a una barrera al detenerse, pero Wrath estiró la mano y tocó un plástico duro y grueso. Entonces soltó el arnés y usó las dos manos para abrir la cortina de plástico sin desprenderla de donde estaba pegada.

Las voces guardaron silencio de inmediato.

Salvo por alguien que dijo entre dientes:

—Joder…

Luego se oyó un estruendo, como si hubiesen soltado todas las herramientas, y luego un susurro.

Como si siete machos de cierto tamaño acabaran de arrodillarse.

Por un momento, los ojos de Wrath se llenaron de lágrimas detrás de sus gafas de sol.

—Buenas noches —dijo Wrath, tratando de sonar casual—. ¿Cómo va el trabajo?

Nada. Wrath podía oler el asombro y el desconcierto de los machos; recordaba al aroma a cebollas salteadas, no era desagradable.

—Excelencia —dijeron los machos en voz baja—. Es un gran honor estar en vuestra presencia.

Wrath abrió la boca para quitarle la solemnidad a la escena…, pero cuando tomó aire, se dio cuenta de que era auténtica. Para todos y cada uno. Ellos estaban genuinamente emocionados y llenos de admiración.

Así que dijo con voz ronca:

—Bienvenidos a mi casa.

‡ ‡ ‡

Cuando John atravesó el plástico y se colocó detrás de Wrath, en lo único en lo que pudo pensar era en que ya era hora.

Los siete obreros estaban arrodillados sobre una pierna, con la cabeza inclinada y los ojos nerviosos, como si Wrath fuese el sol y ellos no pudieran contemplarlo durante mucho tiempo.

Luego habló el rey y las cuatro palabras que salieron de su boca fueron como una transformación, pues los machos se giraron para mirarlo al unísono con… una especie de adoración.

Wrath hizo como que miraba a su alrededor.

—Entonces, ¿cómo creen que va a quedar esto?

Los machos se miraron unos a otros y luego habló el que parecía el jefe de todos, quien había presentado a los trabajadores uno por uno, mientras los registraban al entrar.

—Vamos a levantar el suelo. Y pondremos uno nuevo.

Más miradas nerviosas mientras Wrath seguía moviendo sus gafas a derecha e izquierda, como si estuviera contemplándolo todo.

—¿Acaso Su Majestad…? —El jefe se aclaró la garganta, como si estuviera sufriendo—. ¿Acaso Su Majestad preferiría tener otro equipo de trabajo?

—¿Qué?

—¿Acaso os hemos causado alguna molestia y por eso estáis aquí abajo?

—Dios, no. Solo tenía curiosidad. Eso es todo. Yo no sé nada sobre construcción.

El jefe miró a sus compañeros.

—Bueno, eso es porque es algo que no es digno de vos, Excelencia.

Wrath soltó una carcajada.

—Claro que sí. Es un trabajo honesto y no tiene nada de vergonzoso. ¿Cómo os llamáis?

El jefe abrió los ojos como platos, como si eso fuera lo último que esperaba oír. Pero luego se levantó del suelo y se arregló el cinturón con las herramientas.

—Yo soy Elph. Este es… —El macho hizo las presentaciones rápidamente.

—¿Y todos tenéis familia? —preguntó Wrath.

—Yo tengo una hija y una compañera —dijo Elph—. Aunque mi primera shellan murió al dar a luz.

Wrath se puso la mano en el corazón, como si algo lo hubiese golpeado.

—Joder… Lo siento.

El jefe parpadeó.

—Yo… os lo agradezco, Excelencia.

—¿Hace cuánto que la perdiste?

—Doce años. —El macho se aclaró la voz—. Doce años, tres meses y diecisiete días.

—¿Y cómo está tu hija?

El jefe se encogió de hombros. Luego movió la cabeza.

—Está bien…

Luego habló el que estaba en el fondo, el mismo que había dicho «*joder…*» cuando entraron.

—No puede caminar. Pero es un ángel.

De inmediato, el jefe lo fulminó con la mirada, como si no quisiera molestar a Wrath con eso.

—Ella está bien —repitió.

—¿No puede caminar? —Wrath pareció ponerse pálido—. ¿Desde el nacimiento?

—Ah…, sí. Sufrió una lesión al nacer. No tuvimos asistencia. El único que estaba ahí para ayudar era yo.

—¿Y dónde diablos estaba Havers?

—No pudimos llegar a la clínica.

Wrath infló las fosas nasales.

—No puede ser cierto.

El jefe levantó las cejas con miedo.

—No fue culpa de nadie, Excelencia. Solo mía.

—Pensé que trabajabas en construcción. ¿O acaso has estudiado medicina?

—No.

—Entonces, ¿por qué iba a ser culpa tuya? —Wrath sacudió la cabeza con tristeza —. Lo siento. Mira, me alegra que tu hija haya sobrevivido.

—Es mi mayor bendición, Excelencia.

—No lo dudo. Y supongo que debes de extrañar mucho a tu compañera.

—Cada noche. Todos los días. Aunque mi segunda shellan me mantiene vivo.

Wrath asintió como si supiera exactamente de qué le estaban hablando.

—Lo entiendo. Claro que lo entiendo. Algo similar le sucedió a mi hermano Tohr.

Hubo una larga pausa. Luego el jefe dijo lentamente:

—No sé qué más decir, Excelencia. Aparte de que nos habéis honrado mucho con vuestra presencia.

—No tienes que decir nada. Y ahora os dejaré solos. Estoy haciéndoos perder el tiempo. —Wrath levantó la mano con la que manipulaba la daga con un gesto casual —. Hasta pronto.

Cuando la cortina de plástico volvió a quedar en su sitio después de que saliera el rey, los obreros quedaron sin palabras.

—¿Siempre es así? —preguntó el jefe con gesto aturdido.

Rhage asintió.

—Es un macho de gran valía.

—No creí que él fuera… de esa forma.

—De esa forma ¿cómo?

—Tan accesible.

—¿Y por qué no?

—Por los rumores. Dicen que es muy altivo. Que es intocable. Y que no se interesa por la gente como nosotros. —El jefe se estremeció, como si no pudiera creer que acabara de decir eso en voz alta—. Lo que quiero decir es que…

—No, no te preocupes. Puedo imaginarme de dónde ha salido eso.

—Se parece a su padre —dijo el macho mayor—. Es la viva imagen.

—¿Tú lo conociste? ¿Al padre de Wrath? —preguntó Rhage.

El anciano asintió.

—Y una vez los vi a los dos. Wrath, el joven, tendría unos cinco años. Siempre estaba junto a su padre cuando el rey tenía audiencias con la gente común. Yo tenía una disputa con el propietario de la tierra donde trabajaba, el cual pertenecía a la glymera. Y el rey me favoreció a mí, por encima del aristócrata. —Un aire de tristeza pareció apoderarse del aura del macho—. Recuerdo cuando el rey y la reina fueron asesinados. Estábamos seguros de que el heredero también había muerto… Pero cuando supimos que no era así… este Wrath ya se había ido.

—Oí que le dispararon recientemente —le dijo a Rhage el que parecía el jefe—. ¿Es eso cierto?

—Es un tema confidencial.

El jefe se inclinó en una reverencia y dijo:

—Desde luego. Por favor, excusadme.

—Ya te he dicho que no hay de qué preocuparse. Vamos, JM, dejemos trabajar a estos hombres. —Al ver que John asentía, Rhage siguió—: Avisadnos si necesitáis algo.

John hizo el además de seguir a Rhage, pero luego se detuvo en la división de la cortina plástica. Los obreros todavía estaban mirando fijamente el lugar en el que Wrath se había parado a conversar con ellos, como si estuvieran recreando todo en su cabeza otra vez. Como si hubiesen sido testigos de un hecho histórico.

Al salir, se preguntó si Wrath sería consciente del efecto que había tenido sobre ellos.

Probablemente no.

CAPÍTULO 57



Sentada frente a su tocador, Anha no notaba más que un ligero agotamiento después de su episodio: con cada noche que pasaba se sentía mejor y su cuerpo parecía estar recuperándose, mientras la mente recobraba su agilidad usual.

Pero todo había cambiado.

En primer lugar, la Hermandad se había mudado a la recámara contigua. Los doce. Y se turnaban para vigilar, de modo que la puerta hacia el espacio privado que ella y Wrath compartían nunca estuviera sola.

Y luego estaba el tema de la comida. Wrath se negaba a dejar que ella comiera nada que él o los Hermanos no hubiesen probado antes, después de lo cual había que esperar un rato para asegurarse de los efectos.

Y luego estaba la preocupación que ella observaba en el rostro de su hellren cada vez que lo pillaba descuidado.

Y hablando de preocupación, ¿dónde estaría Wrath?

—Vuestro rey no tardará en regresar.

Anha dio un respingo y miró por encima del hombro. Tohrture estaba sentado en el rincón, «leyendo» un libro de sonetos. Pero en realidad Anha no creía que él estuviera siguiendo los símbolos del libro. En lugar de eso, movía los ojos continuamente entre las ventanas, la puerta, ella, las ventanas, la puerta, ella. Ocasionalmente rompía el ritmo y hablaba con alguno de los Hermanos o se levantaba para probar la comida que estaban preparando en el hogar.

—¿A dónde ha ido? —volvió a preguntar Anha.

—Regresará pronto. —La sonrisa del Hermano tenía la intención de calmarla, pero la sombra que nublaba su mirada no resultaba en absoluto

tranquilizadora.

Anha entrecerró los ojos.

—Él no me ha explicado nada de esto.

—Todo está bien.

—No os creo.

El Hermano solo le sonrió con esa manera de hacerlo que no revelaba nada.

Anha dejó el cepillo del pelo sobre el tocador y se giró totalmente.

—Entonces, él cree que me envenenaron. De lo contrario, ¿por qué esta protección? Y los alimentos. Y la preocupación.

—Todo está bien.

Justo cuando ella levantaba las manos movida por la frustración, la puerta se abrió…

Anha se puso de pie tan rápido que el tocador se tambaleó y se cayeron algunos frascos.

—¡Querida Virgen Escribana! ¡Wrath!

Recogiéndose las enaguas, corrió descalza por el suelo de madera hacia el horror que tenía frente a sus ojos: su compañero colgaba de los brazos de dos Hermanos y estaba completamente cubierto de sangre. La camisa que llevaba estaba roja debido a la sangre que escurría de su boca y su cara llena de golpes; tenía los nudillos en carne viva y la cabeza colgaba totalmente derrumbada, como si no pudiera levantarla.

—¿Qué le habéis hecho? —gritó Anha, cuando la puerta de la recámara se cerró tras ellos.

Y antes de que pudiera detenerse, empezó a golpear a los que lo llevaban, aunque sus puños no causaban impacto alguno en aquellos machos gigantes que lo llevaron hasta la plataforma donde estaba la cama.

—Anha…, Anha…, detente… —Wrath levantó la mano izquierda, mientras lo acostaban en la cama—. Anha…, detente.

Ella quería agarrarle la mano y aferrarse a ella, pero no parecía haber ningún lugar que no estuviera lastimado.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Yo les pedí que lo hicieran.

—¿Qué?

—Me has oído bien.

Mientras se sentaba, Anha se dio cuenta de que ahora quería golpear también a Wrath.

Su marido tenía la voz tan débil que ella se preguntó cómo es que todavía estaba consciente.

—Hay un trabajo que es necesario ejecutar. Y que debo hacer con mis propias manos. —Wrath flexionó los dedos e hizo un gesto de dolor—. Solo

puedo hacerlo yo.

Anha miró a su marido con odio… y luego hizo lo mismo con los machos que se habían reunido a su alrededor y que seguían llegando, seguramente atraídos por los gritos.

—Tenéis que explicaros inmediatamente —ordenó ella—. Todos vosotros. O me marcharé enseguida de esta habitación.

—Anha. —Wrath hablaba con dificultad y también le costaba trabajo respirar—. Sé razonable.

Ella se levantó y se puso las manos en las caderas.

—¿Debo empaquetar mis cosas, o hay alguien entre vosotros que esté dispuesto a hablar conmigo?

—Anha…

—Hablad o me voy a empaquetarlas.

Wrath exhaló una maldición.

—No es nada por lo que debas preocuparte…

—Después de haberte visto llegar a nuestra habitación como si te acabara de atropellar un carruaje, ¡claro que debo preocuparme! ¿Cómo te atreves a excluirme de esto?

Wrath levantó una mano como si quisiera tocarse la cara y luego puso una mueca de dolor.

—Creo que tienes la nariz rota —dijo secamente.

—Entre otras cosas.

—En efecto.

Wrath finalmente la miró.

—Debo cobrar venganza por ti. Esto es todo.

Anha se oyó resoplar. Y luego sintió que las rodillas le temblaban y se agachó sobre la plataforma en la que estaba la cama. No era ingenua y, sin embargo, oír la confirmación de aquello que había sospechado la impactó.

—Así que es cierto. Alguien hizo que yo enfermara.

—Así es.

Al mirar con nuevos ojos las heridas de su hellren, Anha sacudió la cabeza.

—No, no voy a permitirlo. Si debes cobrar venganza, deja que uno de estos machos lo haga.

—No.

Anha miró el pesado escritorio tallado que reposaba en el otro extremo de la habitación y que habían trasladado recientemente allí. El mismo en el cual él se sentaba feliz, durante horas y horas, a gobernar y pensar y planear. Luego miró la cara lastimada de su marido.

—Wrath, tú no estás preparado para las tareas violentas —dijo ella con voz ronca.

—Pero lo estaré.

—No. Yo lo prohíbo.

Ahora fue él quien la miró con furia.

—Nadie le da órdenes al rey.

—Solo yo —lo contradijo ella con delicadeza—. Y los dos lo sabemos.

En ese momento se oyó un rumor de risas… de respeto.

—Ellos le hicieron lo mismo a mi padre —dijo Wrath con voz neutra—. Solo que lo envenenaron hasta el punto de causarle la muerte.

Anha se llevó una mano a la garganta.

—Pero no…, tu padre murió por causas naturales…

—No fue así. Y como su hijo, estoy obligado a vengar ese crimen, así como lo que te hicieron a ti. —Wrath se limpió la sangre de la boca—. Ahora escúchame, mi Anha, y oye esto con claridad… No permitiré que ni tú ni nadie me castre en esto. El alma de mi padre me persigue ahora, caminando por los pasillos de mi mente y hablando conmigo. Y tú harás lo mismo si ellos finalmente tienen éxito y logran llevarte a la tumba. El destino me ha obligado a vivir con lo primero. Pero no esperes que viva también con tu fantasma.

Anha se inclinó sobre su marido.

—Pero tú tienes a la Hermandad. Esa es su función, ese es su deber. Ellos son tu guardia privada.

Mientras que ella le imploraba a su marido, sintió la presión de los machos que la rodeaban, en el mejor sentido.

—Sé su comandante —le rogó Anha—. Envíalos al mundo a cobrar esta venganza.

Wrath movió la mano y Anha pensó que iba a agarrarle la suya, pero en lugar de eso la puso sobre su vientre.

—Estás esperando un hijo —dijo él con voz ronca—. Puedo olerlo.

Ella también había estado pensando lo mismo, aunque por distintas razones.

Wrath la miró con el único ojo que le funcionaba.

—Así que no puedo permitir que otros hagan lo que es mi deber hacer. Incluso si pudiera volver a mirarte a sabiendas de mi debilidad…, nunca podría mirar a un hijo o una hija a la cara con la conciencia de que me faltó el coraje para encargarme de mi linaje.

—Por favor, Wrath…

—¿Qué clase de padre sería?

—Uno que está vivo.

—¿Por cuánto tiempo? Si no protejo lo que es mío, alguien terminará quitándomelo. Y no estoy dispuesto a perder a mi familia.

Abrumada, Anha sintió las lágrimas que rodaban por sus mejillas y

dejaban surcos ardientes en su cara.

Luego dejó caer la frente sobre el diamante negro del rey y lloró.

Porque en el fondo de su corazón, ella sabía que él tenía razón…, y por eso odiaba el mundo en que vivían… y al que pronto traería un hijo.

CAPÍTULO 58



En el centro, en el corazón urbano de Caldwell, Xcor corría a toda velocidad por un callejón y sus botas de combate aplastaban el lodo cubierto de sal, mientras el aire helado le golpeaba en la cara y las sirenas y los gritos lejanos formaban una especie de coro para la batalla.

Delante, el asesino al que iba persiguiendo era tan rápido como él. Sin embargo, el bastardo no iba tan bien armado, en especial después de que vaciara su cargador y, llevado por la rabia de un chiquillo de quince años, le arrojara la pistola automática a Xcor.

Gran estrategia. Como si hubieras ido a llorarle a tu mamá.

Y luego siguió la cacería.

A Xcor no le importaba que el restrictor gastara sus últimas energías en aquella carrera. Siempre y cuando las cosas no terminaran en la clase de complicaciones en que se había metido la otra noche.

No tenía ganas de asustar a otro humano.

Después de otro medio kilómetro, el asesino llegó al final del callejón, donde se vio obligado a actuar como si estuviera grabando un vídeo musical y tuvo que lanzarse contra una reja de tres metros que comenzó a escalar con admirable habilidad.

Y es que el Omega lo había dotado con una especie de superpoder después de su reclutamiento.

Aunque eso tampoco iba a salvarlo.

Xcor dio tres saltos largos y lanzó su cuerpo hacia el aire, haciendo que su peso se elevara hasta aterrizar sobre la espalda del asesino, justo antes de que este alcanzara la parte superior de la reja. Entonces tiró de él con fuerza para separarlo de la valla, girando luego en el aire para aterrizar de manera que él quedara encima del muerto en vida.

La guadaña se moría de ganas de entrar en acción, pero, en lugar de liberarla de su funda, Xcor sacó un pequeño primo de esta que llevaba en la cintura.

El machete tenía mango de acero con un agarre de caucho y, al levantarlo por encima del hombro, a Xcor le pareció que era como una extensión de su brazo.

Podía terminar rápidamente con todo esto si apuntaba el machete directamente al centro del pecho. Pero ¿dónde estaría entonces la diversión? Así que agarró la cara del asesino con una mano y le torció la cabeza hacia un lado para cortarle una oreja…

El grito que lanzó el restrictor fue como música para los oídos de Xcor.

—Y ahora el otro lado —gruñó Xcor, mientras le giraba la cabeza—. Debe haber simetría.

La hoja del machete cortó el aire por segunda vez y la precisión de Xcor era tal que solo desprendió la oreja, sin tocar nada más. Sin embargo, el dolor fue suficiente para incapacitar a su presa. Bueno, eso y el hecho de que seguramente el asesino sabía que lo que vendría sería mucho peor.

El temor paralizaba a la gente.

Y el muerto en vida tenía motivos para estar aterrorizado.

Con una rápida serie de hachazos, Xcor bajó por el cuerpo del asesino, hundiendo la hoja en cada hombro para cortar los tendones e incapacitar el torso. Luego siguió con la parte posterior de las rodillas.

Después se sentó y se quedó observando cómo el asesino se retorcía, mientras él aspiraba la pestilencia, y el sufrimiento, de su víctima. Ser la causa de ese dolor alimentaba a su bestia interna; aquello era como una comida para su lado perverso, pero una comida que lo había dejado con hambre de más.

Hora de ponerse un poco más invasivo. Xcor decidió, entonces, cortar lentamente el pie izquierdo. Con la mitad de la fuerza, lanzó el machete una vez, dos…, tres veces antes de que la hoja terminara de hacer el corte. El pie derecho fue igual de divertido.

En medio de aquella labor, su mente se retiró hacia pensamientos que garantizaban que su depravación fuera en aumento.

Xcor no dejaba de pensar en la manera en que Wrath había evadido al Consejo. Tyhm, el abogado, había evaluado luego el documento que certificaba la disolución de su unión y había declarado que era legal, pero Xcor sabía que debían de haberle puesto una fecha anterior.

Que no le vinieran con el cuento de que el rey no había firmado sobre aquella línea tan pronto como había aterrizado sobre su escritorio el pergamino que ordenaba su destitución.

Xcor se concentró ahora en los tendones que estaban debajo de la rodilla y volvió a aplicarse en su trabajo, cuyo ritmo le recordaba aquella época en el Viejo Continente en que tenía que salir a cortar leña para poner a raya su frustración.

La pregunta que él quería que le contestaran era cuántas implicaciones tenía ese pedazo de papel. ¿Realmente el rey había renunciado a su compañera?

Él es un alma absolutamente buena, que siente verdadero amor por su pareja.

Al oír en su cabeza la voz de su Elegida, Xcor sintió un acceso de energía que se apoderó de él. Y en buen momento, porque había llegado a los muslos del restrictor. Ya no se iba a contener más: Xcor puso a trabajar todos sus músculos, que empezaron a cortar piel y huesos por igual, mientras chorros de sangre negra le salpicaban la cara y los colmillos asomaban por debajo del labio superior.

El asesino trataba de avanzar entre la nieve hacia el pavimento y sus uñas arañaban el asfalto, mientras los gritos se le ahogaban en la garganta y el dolor se apoderaba de su respiración y las palpitaciones de su corazón, dejándolo totalmente inanimado.

Pero así no se iba a morir.

En efecto, solo había una manera de matar a los restrictores.

Xcor hizo picadillo al asesino, dejando solo la cabeza unida a un pedazo de torso, mientras a sus pies se formaban pozos de sangre negra que brotaba del lugar donde solían estar sus extremidades.

Cuando ya no quedó nada que cortar, Xcor se apoyó sobre sus piernas y descansó un momento. Ahora que el asesino estaba en tal mal estado, ya no era tan divertido. El sufrimiento seguía ahí, pero no era tan obvio.

Sin embargo Xcor no quería terminar todavía. Como el adicto que se aferra a una dosis que ya no resulta suficiente para sus necesidades, Xcor quería seguir adelante.

Al oír el timbre de su móvil, Xcor decidió hacer caso omiso. No quería escuchar las protestas de Ichan, ese aristócrata que había estado dejando mensaje tras mensaje para tratar de recuperar su casi coronación. Ni a Tyhm, que también le había estado llamando.

Sin embargo, su pequeño complot había fracasado y Xcor todavía tenía que pensar en cuál sería su siguiente movimiento.

Cuando levantó el machete en el aire y enterró la hoja de acero en aquel pecho vacío, tuvo que retroceder de inmediato para cubrirse los ojos y la cara y protegerlos del estallido de luz y calor.

Mientras se recuperaba, su teléfono empezó a sonar de nuevo.

—Maldición —gruñó y metió la mano en el bolsillo interno para sacar el molesto aparato—. ¿Qué?

Hubo una pausa. Y luego la voz más dulce que él había oído en la vida llegó hasta su oído.

—Te estoy esperando.

Xcor sintió que perdía el equilibrio, aunque estuviera prácticamente tumbado en el suelo. Entonces cerró los ojos y exhaló.

—Voy de camino.

—No llegaste cuando dijiste que lo harías.

No era cierto. Tan pronto como pudo separarse de los Bastardos, voló hasta el árbol de arce y encontró las pisadas de Layla en la nieve. Sin embargo, ella debía de

haber regresado al punto de encuentro.

—Tenía un compromiso del que no pude escapar. —Esa maldita reunión. Y el caos posterior—. Pero ya acabó. Quédate tranquila.

Quería seguir hablando con ella por teléfono, pero colgó enseguida, se puso de pie, miró hacia el suelo y reconoció que parte de su rabia provenía del hecho de no haberla visto…

De repente, maldijo. Las extremidades que había hecho picadillo no habían sido incineradas.

Sin embargo, no iba a limpiar nada de aquel desastre. Los humanos que encontraran los restos disfrutarían de algo que los excitaría para siempre.

Cuando Xcor se desmaterializó hacia el norte, sus moléculas se dispersaron con el viento… y tomaron forma al pie de la pradera. Allí la vio de inmediato, de pie bajo el árbol gigante, con sus vestiduras blancas brillando a la luz de la luna.

Xcor trató de desmaterializarse hasta donde ella estaba, pues se sentía demasiado impaciente para recorrer la distancia a pie. Sin embargo, su mente estaba demasiado alterada para concentrarse.

Obligado a caminar, pronto empezó a correr.

Ella era el único objetivo que importaba en ese momento y, cuando llegó delante de ella, Xcor estaba sin aliento. Totalmente fuera de control.

Enamorado.

‡ ‡ ‡

Layla se tapó la nariz con la mano.

Cuando Xcor llegó delante de ella, el olor que lo rodeaba era tan asqueroso, tan repulsivamente dulce, que ella sintió que se ahogaba. Cuando él notó su reacción, escondió las manos ensangrentadas tras la espalda y se movió unos pasos para no quedar contra el viento.

—Discúlpame —dijo bruscamente—. Estaba en el campo de batalla.

Al sentir que nada en aquel olor indicaba que se tratara de sangre de los de su especie, Layla suspiró con alivio.

—¿Nuestros enemigos?

—Sí.

—Entonces todo está bien.

Al ver que los ojos de Xcor brillaban, ella movió la cabeza.

—No me molesta tu trabajo en defensa de nuestra raza.

—Eso es muy reconfortante.

Ella trató de imaginárselo combatiendo y descubrió que no era difícil. Con ese cuello tan grueso y sus enormes hombros, Xcor estaba destinado a la violencia. Y, sin embargo, aun empapado del hedor de los asesinos, Layla no sentía miedo de él.

—Te esperé en medio de la nieve —susurró ella.

—Sí, temí que lo hicieras.

—Entonces está hecho. El Consejo ya sabe lo de Wrath.

Xcor entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿esa es la razón por la cual insististe en verme aquí? ¿Para regodearte?

—No, no, en absoluto. Simplemente tenía la esperanza de que…

Al ver que ella no terminaba la frase, Xcor cruzó los brazos sobre el pecho; así su pecho parecía más grande que nunca.

—Dilo.

—Tú sabes exactamente de qué estoy hablando.

—Pero yo quiero oír las palabras.

—Dejaras a Wrath en paz.

Xcor se alejó de ella y empezó a pasearse.

—Respóndeme una cosa.

—Lo que sea.

—Esa no es una respuesta muy segura para ti, Elegida. —Xcor la miró con unos ojos que brillaban en medio de la oscuridad—. De hecho, esta reunión no es nada segura para ti.

—Tú no me vas a hacer daño.

—¿Como puedes creer tanto en un monstruo?

—Tú no eres un monstruo. Si lo fueras, me habrías matado aquella noche en el coche.

—Mi pregunta es esta —dijo él—. ¿Ha abandonado realmente Wrath a su hembra? Y puedes tratar de engañarme, pero yo sabré la verdad.

Tal vez no, pensó Layla. Porque había practicado su respuesta a esa pregunta. Durante horas.

Mirándolo a los ojos, y sin mostrar ninguna emoción especial, Layla dijo:

—Sí, la ha abandonado. A la proclama le pusieron una fecha anterior, pero es cierto. Wrath ha renunciado a su único amor con tal de conservar eso que tú te empeñas en robarle.

Había pasado horas frente al espejo. Se había sentado en el baño, sobre el pequeño banco acolchado, bajo todas las luces que podía encender, a repetir aquellas palabras una y otra vez. Hasta que le quedaron grabadas en la memoria y perdieron todo significado. Hasta que pudo decirlas sin vacilar ni enredarse, a pesar de que fueran mentira.

Y ella sabía que el hecho de decirle una verdad parcial le concedería más credibilidad.

—Vaya sacrificio —murmuró Xcor.

Él tampoco mostró ninguna emoción.

Luego hubo un largo, largo silencio, que el corazón de Layla se encargó de llenar con sus incesantes latidos.

—Abandona ese perverso objetivo —dijo Layla—. Por favor.

—¿Y qué hay de tu oferta anterior? ¿Se mantiene en pie?

Layla tragó con dificultad. En muchos sentidos, no se podía imaginar cómo sería practicar sexo con él. Xcor era un enemigo tan mortal como la Sociedad Restrictiva. Y tenía, además, una faceta realmente monstruosa. Más aún, ella nunca se había imaginado que llegaría a ofrecer su cuerpo por algo.

Y Layla no era tan ingenua. Sí, había sentido atracción por él cuando había ido a buscarla y la había encontrado en aquel coche. Pero este era un pacto de negocios.

Layla levantó el mentón.

—Sí, sigue en pie.

—Y si yo acepto tus condiciones, ¿tendría que esperar hasta que nazca tu hijo, o podría poseerte de inmediato?

Al oír eso, cambió el olor del aire, el cual se llenó de un aroma a especias que opacaron el hedor que tanto asco le había producido.

Layla se puso las manos sobre el vientre y sintió un súbito terror. ¿Y si ponía en peligro al hijo que estaba creciendo dentro de ella? Pero las otras Elegidas habían seguido teniendo relaciones íntimas con el anterior Gran Padre, ¿no? Y no les había pasado nada.

—Podrás tenerme cuando lo desees —dijo ella con voz débil.

—¿Y si te deseara aquí y ahora? En el frío. De pie, completamente vestidos.

Layla sintió las palpitaciones de su corazón y que el pecho se le cerraba cuando se dio cuenta de que estaba excitada… y asustada. No obstante, se mantuvo en lo dicho, afirmándose en la certeza de que ella poseía algo que él quería y que, en esas circunstancias, había una posibilidad de que Wrath y Beth, y el hijo que pudieran tener, estuvieran a salvo.

—Haría lo que me pidieras —se oyó decir.

—Todo esto por tu rey.

—Sí. Por él.

Xcor sonrió, pero sin humor.

—Prometo considerar tu propuesta. Reúnete conmigo mañana, aquí, a la medianoche, y te daré mi respuesta.

—Pensé que esa era la razón por la cual me habías citado aquí esta noche.

—He cambiado de opinión.

Layla esperaba que Xcor se desmaterializara enseguida, pero en lugar de eso le dio la espalda y bajó la cima caminando, tal como había subido, mientras sus pasos volvían a abrir la distancia entre ellos.

Entonces Layla cerró los ojos y…

—¿Qué le habéis dicho? —preguntó una voz masculina detrás de ella.

CAPÍTULO 59



Trez decidió que ya tenía suficiente.

Cuando se desmaterializó de regreso a la casa de campo de Rehv, estaba dispuesto a contarle a Selena toda la verdad, a hablarle largo y tendido y aclarar por fin las cosas con su Elegida. Él y Selena ya llevaban mucho tiempo caminando en círculos, uno alrededor del otro, y ahora que él tenía un respiro, aunque no sabía cuánto podría durar, necesitaba darle prioridad a su situación con esa hembra.

Mientras seguía complaciendo los apetitos de s'Ex, claro.

Mierda. Al parecer el verdugo se había follado a las putas con tanta brusquedad que ninguna había podido ir a trabajar esa noche. Las tres le habían mandado un mensaje, pero la buena noticia era que al menos ninguna parecía lamentar lo sucedido: todas le habían preguntado si podían volver a encontrarse con el verdugo.

A ese paso, terminarían pagándole por ver a ese hijo de puta.

Joder, ni siquiera había traído el dinero que había acordado pagarles por su esfuerzo.

Después de volver a tomar forma en el sitio de siempre, en el jardín lateral, Trez se sintió aliviado al ver luz en la habitación de Selena… y en ningún otro lado. Gracias a Dios. Cuando entró en la casa a través de la puerta de la cocina, no la llamó ni hizo ningún ruido. En lugar de eso, atravesó la casa desierta como un fantasma, rodeando la base de las escaleras y subiendo de forma que los peldaños no crujieran.

Al llegar arriba, giró hacia la izquierda y cuando llegó frente a la puerta parcialmente cerrada, sintió que el pecho se le cerraba.

—¿Selena…?

El olor de ella flotaba en el aire, así que Trez tenía la certeza de que estaba ahí dentro.

—¿Selena? —Trez empujó la puerta y fue entonces cuando oyó el ruido del agua.

Tuvo que bajar la cabeza para pasar bajo el dintel y, cuando volvió a girar a la derecha, percibió la humedad en el aire, y el calor…

Joder.

La encontró en la bañera. Con la cabeza sobre una toalla, el cuerpo estirado y sumergido en una piscina de agua transparente y las manos descansando a los lados de la antigua bañera de porcelana.

—Podría haber salido —dijo ella sin molestarse en abrir los ojos—. Pero quería que me vieras desnuda.

Trez se aclaró la garganta con un carraspeo, que es lo que uno hace cuando recibe un golpe en el plexo solar.

—Eh…, ¿podemos hablar?

—Creo que ya lo hemos hecho. —Selena abrió los párpados y lo miró—. O ¿acaso hay más?

Cuando ella movió las piernas, el agua hizo ondas por encima de aquel cuerpo increíble, cuyas curvas se veían amplificadas como si se estuviera moviendo… y los pezones recibieron entonces un lametazo de agua para quedar después expuestos al aire.

—Hay más —dijo Trez con voz ronca, al tiempo que se pasaba la lengua por los labios.

—Entonces, por favor alcanza un taburete. A menos de que quieras venir aquí conmigo.

Joder.

—¿Hay alguna forma de que aceptes salir de ahí y vestirte?

—Si quieres sacarme tú mismo, por favor no contengas tu impulso.

Sí, porque ponerle las manos encima ciertamente iba a ser de muuuuucha ayuda…

Maldiciendo entre dientes, Trez acercó un taburete, porque tenía miedo de que, si se quedaba de pie, terminaría tropezando y cayendo sobre ella. Literalmente.

Cuando se sentó, Trez se agarró la cara con las manos y se la restregó con fuerza… y luego se quedó así.

Se oyó un chapoteo, como si ella se hubiera sentado.

—¿Trez? ¿Estás bien?

—No.

Trez se había caído por muchos abismos en la vida, cada vez que las cosas que había hecho, o que le habían hecho, regresaban a patearle el trasero. Pero nunca se había enfrentado a nada como esto.

—¿Trez? —Al ver que él no respondía, ella agregó—: Me estás asustando.

—Yo… —Joder, ¿por dónde comenzar?—. Selena, yo lo lamento de verdad.

—¿Por qué? —La tensión de su voz era evidente—. ¿Por qué te estás disculpando?

La vergüenza hizo que se le cerrara la garganta y Trez sintió que apenas podía

respirar.

—Necesito ser honesto contigo. Cien por cien sincero.

—Pensé que habías sido honesto.

Lo único que Trez pudo hacer fue negar con la cabeza.

—Mira, tú sabes que yo he tenido… extensos tratos con los humanos.

—No fue así como lo planteaste la vez pasada —comentó ella.

Más movimientos de cabeza.

—Mi negocio es…, es un club. ¿Sabes qué es eso?

—¿De *rugby*? ¿O de béisbol?

—Un club de baile. Un lugar donde la gente va a beber… y a escuchar música. —Por Dios—. Y a hacer otras cosas.

—¿Y?

Trez dejó caer las manos. Ella se había sentado. Sus pezones de color rosa estaban justo por encima del nivel del agua y Trez pudo ver cómo esta los acariciaba de nuevo, aunque ella no pareció notarlo.

—¿Te molestaría salirte de ahí y ponerte una bata? —preguntó Trez.

—No tengo nada de qué avergonzarme.

Tenía toda la razón en eso.

—Lo sé. Solo que es difícil concentrarse.

—Tal vez quiero que hagas un esfuerzo.

Muy bien, no se suponía que las vírgenes fueran tan provocadoras. Pero, claro, ella ya no era virgen… Él se había encargado de ello.

Mierda.

—Misión cumplida —murmuró Trez.

—Me estabas hablando de tu trabajo.

Trez clavó los ojos en el suelo. Era de baldosín blanco y muy limpio, de esos que logran parecer nuevos a pesar de los desconchados ocasionales.

—¿Trez? —Él vio con el rabillo del ojo que ella extendía un pie y abría la llave del agua caliente—. ¿Decías?

Solo hazlo.

Genial, su vida se había reducido a un anuncio de Nike.

—Yo trafico con mujeres. ¿Entiendes lo que eso significa?

Selena frunció el ceño.

—¿Las llevas a la calle?

—Las vendo. Vendo sus cuerpos. Por lo general a hombres.

Silencio absoluto.

Trez la miró a los ojos.

—Y me pagan por eso. Yo las vendo. ¿Entiendes?

Después de un momento, Selena quitó las manos de los lados de la bañera y las cruzó sobre sus senos.

Exacto, pensó Trez.

—Y eso no es lo peor.

Hubo una pausa muy larga. Y luego ella dijo:

—Creo que quiero vestirme.

Trez se levantó y se dirigió a la puerta.

—Sí, eso pensaba.

‡ ‡ ‡

En el campo cubierto de nieve, Layla giró sobre sus talones. Estaba a punto de gritar cuando reconoció al macho que salió de detrás del gran árbol. Era el soldado, aquel al que habían herido y había sido llevado al centro de entrenamiento de la Hermandad. El que no la había corregido cuando ella pensó que era un aliado de los Hermanos.

El que la había llevado allí, para ayudar a Xcor, aquella noche hacía tanto tiempo.

—Lo siento —dijo él, mientras se inclinaba, pero sin quitarle los ojos de encima —. No ha sido un saludo muy formal.

Ella estuvo a punto de hacerle una reverencia, pero luego recordó que él no se merecía ese gesto de respeto. Al igual que Xcor, él estaba en el otro bando.

—Estáis excepcionalmente hermosa en esta fría noche —murmuró el macho.

Su acento no se parecía al de Xcor: en lugar de gruñir, él pronunciaba perfectamente cada palabra y tenía una voz modulada. Pero Layla no se iba a dejar engañar. Este macho ya la había utilizado una vez.

Y no le cabía duda de que estaba dispuesto a hacerlo de nuevo.

—Entonces, ¿sobre qué versaba la conversación que estabais teniendo? — preguntó y entrecerró los ojos.

Layla se cerró más el abrigo.

—Creo que, si deseáis saberlo, deberíais preguntárselo a él. Y, si me disculpáis, ahora tengo que marcharme…

La mano que se cerró sobre su brazo le apretó la carne, mientras la cara apuesta del macho se oscurecía hasta volverse amenazante.

—No, no lo creo. Quiero que vos me digáis qué era lo que hablabais con él.

Levantando el mentón, Layla miró al soldado a los ojos.

—Él quería saber si era verdad.

El macho apretó las cejas y pareció aflojar un poco la mano.

—¿Perdón?

—La proclama del divorcio. Quería saber si Wrath había renunciado a su reina… Y yo le aseguré que era cierto.

El soldado la soltó.

—Suponiendo que seáis de fiar.

—El hecho de que yo sea o no de fiar no cambia la verdad. Ya lo averiguaréis vosotros en otro lado, estoy segura.

De hecho, probablemente no, considerando el poco contacto que tenía Wrath con

el resto de la raza. Pero quizás este macho lo sabría.

—Así que se trataba de un apareamiento arreglado que no significaba nada para el rey.

—Por el contrario, su amor era evidente para todos. Él estaba realmente enamorado. —Layla se obligó a encogerse de hombros con indiferencia—. Pero, nuevamente, esto es algo que podréis saber por boca de otra gente, estoy segura.

Throe movió la cabeza.

—Entonces él no puede haberla dejado ir.

—Tal vez deberíais considerar esto frente a cualquier ambición que tengáis por el trono. —Layla dio un paso atrás disimuladamente—. Un macho que es capaz de dejar de lado a su compañera hará lo que sea para conservar aquello que otros buscan quitarle. El rival que estáis buscando a través de vuestros actos no se dejará vencer… y luego vendrá a buscaros a todos. Habéis de recordar mis palabras.

—Sois una criaturilla valiente, ¿no es verdad?

—De nuevo, se trata de un hecho que podréis descubrir en cualquier momento. O no. En todo caso, no es de mi incumbencia.

Al ver que el macho permitía que ella diera otro paso hacia atrás, Layla pensó que tenía una buena oportunidad de marcharse de allí.

—Había algo más —dijo él—. ¿No es así?

—No.

—Entonces, ¿por qué no se desmaterializó?

Layla frunció el ceño. No lo había pensado.

—Tendréis que preguntárselo a él.

—No es su costumbre. —El soldado la miró de arriba abajo—. Y creo que puedo imaginarme la razón. Tened cuidado, Elegida. Él no es quien vos creéis que es. Es capaz de traiciones que una hembra como vos no puede ni imaginar.

—Si me disculpáis, ahora sí debo marcharme. —Layla hizo una reverencia y luego un esfuerzo para concentrarse, concentrarse…

—Tened cuidado.

Aquellas palabras la persiguieron hasta que desapareció de la pradera… y encontró el camino de regreso hasta la entrada principal de la mansión.

Mientras contemplaba la pesada puerta, sintió un estremecimiento. Ese guerrero le resultaba más aterrador que el propio Xcor: este último nunca le haría daño. Layla no sabía cómo podía estar tan segura, pero era como los latidos de su corazón, algo que podía sentir en el centro del pecho.

En cambio, ese otro macho era completamente distinto.

Layla cerró los ojos y pensó que odiaba esta especie de interregno en el que se encontraba con Xcor. ¿Cómo iba a sobrevivir las horas que faltaban para llegar hasta la medianoche siguiente? ¿Y por qué él la hacía esperar?

Layla ya sabía cuál sería la respuesta de Xcor.

CAPÍTULO 60



Selena se vistió totalmente. Con ropa interior y todo. A pesar del hecho de que sus manos temblaban tanto que apenas podía controlarlas.

Cuando por fin salió a la habitación, encontró a Trez sentado en un asiento de respaldo recto, delante del escritorio que ella a veces utilizaba para escribir en su diario. Y, de hecho, se alegró de haber cerrado su diario forrado en cuero después de terminar el último pasaje de la noche anterior.

Naturalmente, todo el pasaje versaba sobre Trez.

Pero ahora tenía el presentimiento de que tendría que hacerle unas correcciones.

Trez la miró y sus ojos oscuros brillaron por un momento.

—¿Estás preparada?

Querida Virgen Escribana, de todas las cosas sobre las que ella había pensado que él podría hablarle… nunca se le había ocurrido algo así.

—¿Cómo puedes… venderlas? —preguntó ella con voz ronca.

Trez suspiró.

—Ellas quieren dinero. Y yo hago posible su trabajo. Yo hago que sea seguro.

—Y ellas…, ellas también te pagan por eso.

—Sí.

Selena tenía que sentarse porque, de lo contrario, sentía que se iba a caer. Así que se dirigió a la cama antes de pensar: *No, mejor ahí no*. En su lugar eligió un sofá de dos plazas que había frente a la chimenea. Se sentó con los pies debajo del trasero y luego se aseguró de que la falda le cubriera toda la piel.

—¿Durante cuánto tiempo? —se oyó preguntar.

—Años. Décadas. Primero fui supervisor. Pero ahora soy el jefe.

—No me puedo imaginar… eso.

Trez se masajeó las sienes.

—Ya sé que no puedes.

De repente, Selena se sorprendió haciendo un esfuerzo para quedarse quieta. Su brújula interna giraba con tanta rapidez que apenas podía articular una frase.

—¿Sabes qué? Solo cuéntamelo todo. En este momento me estoy imaginando toda clase de cosas horribles y yo…

—Lo peor es que yo he estado con unas dos mil mujeres. Fácilmente.

Al principio Selena pensó que había oído mal. Pero la oleada de frío que recorrió su cuerpo sugirió que, en realidad, había oído bien.

—Dos mil —repitió ella con voz débil.

—Y estoy calculando a la baja. El número podría ser más bien diez. Diez mil. Mierda, quizás incluso más.

Selena parpadeó. Muy bien, cuando él había dicho antes que había estado con «muchas» humanas, ella había pensado en un par de docenas, como máximo. Pero los números de los que estaba hablando ahora… eran inconmensurables, incluso para los estándares de una ehros.

Mientras ella trataba de imaginar todos los distintos escenarios en los que él…

—¿Y alguna de esas mujeres eran de las que tú…?

—Sí. Durante mucho tiempo. No vendía a ninguna puta que yo no hubiera probado antes.

Mientras sentía unas náuseas horribles, Selena solo pudo quedarse mirándolo.

—Tienes razón —se oyó decir—. No te conozco.

—Por Dios, Selena, lo lamento tanto. Nunca he debido estar contigo. Y no porque no te deseara, sino porque yo…, bueno, sí, porque yo sabía que esta era la reacción que obtendría si te decía la verdad. Y de hecho, anoche vine aquí para tratar de explicártelo todo, pero luego solo…

Selena metió la cara entre las manos y recordó imágenes de él besándola, acariciándola, follándosela.

—Creo que voy a vomitar.

—No te culpo —dijo él con aire lúgubre.

Y sin embargo, no había razón para reestructurar la realidad como una manera de reclamar la virtud que había perdido voluntariamente.

—Yo te seduje. —Selena dejó caer las manos—. Yo pedí lo que obtuve.

—No, con seguridad fue mi…

—Basta.

—Está bien. Lo siento.

Ella también lo sentía. Porque la triste realidad era que Selena había disfrutado de estar con él. De hecho, se había sentido en el paraíso mientras eso sucedía. Desgraciadamente, aquella ilusión fue tan fugaz como el acto sexual mismo, y ahora todo había acabado. El placer parecía haberse evaporado.

—Selena, por favor, di lo que estás pensando, lo que sea…

—Desearía haber nacido con otro destino —dijo de repente—. Me habría gustado enamorarme de un macho y encontrar con él un lugar humilde donde vivir. No creo

que hubiese querido nada más, independientemente de lo poco que tuviéramos.

—Pero eso todavía es posible para ti —dijo Trez con un tono particularmente tenso—. Eso puede suceder…, cualquier macho te desearía.

Ah, sí, pero solo había una persona a quien *ella* deseaba. E incluso si Trez fuera un santo, lo que claramente no era el caso, ella carecía de tiempo.

—Está bien. —Selena luchó por controlar las lágrimas… y tuvo éxito. Después de todo, pronto estaría sola—. Las cosas son como son. Hace tiempos que aprendí que no hay manera de negociar con el destino.

Los dos se quedaron en silencio durante un rato.

—Yo no la amo —dijo Trez entre dientes—. No sé por qué, pero siento que tengo que decirlo.

—¿A la hembra con la que estás comprometido? Sí, eso me has dicho ya. —De repente, Selena se quedó mirándolo y vio que Trez tenía la cabeza gacha y toda su aura emanaba tristeza—. Resulta irónico, pero tú y yo no somos tan distintos.

Al ver que él levantaba la vista para mirarla, ella se encogió de hombros.

—Yo tampoco he tenido ninguna influencia sobre mi destino. La tragedia es que algunas cosas nos siguen como sombras… y permanecen con nosotros adondequiera que vayamos.

—Sí. Solo que nunca me había importado. Hasta que te conocí.

Selena pensó en el cementerio del Santuario, y en todas sus hermanas que habían sido condenadas a tener una vida breve y habían tenido que esperar a morir en la prisión de sus propios cuerpos. Luego recordó lo que había sentido mientras él se movía dentro de ella y la tibieza que fluía por sus músculos y sus huesos.

—¿Las amaste? —preguntó ella.

—¿A quiénes? Ah, a esas mujeres…, no. Nunca. En absoluto. Joder, la mitad de las veces ni siquiera lo disfrutaba. —Trez torció el cuello, como si los músculos de sus hombros se estuvieran poniendo tiesos otra vez—. En realidad no sé en qué coño estaría pensando. Estaba fuera de control y solo trataba de escapar de mis propios pensamientos. El problema es que ahora todas esas mujeres están dentro de mí.

—¿Dentro…?

—Mi pueblo cree que te puedes envenenar si tienes…, si estás con gente de la manera en que yo lo hice. Y por eso… yo mismo me envenené. Y eso me ha devorado por dentro hasta no dejar nada aquí.

Cuando Trez se tocó el centro del pecho, Selena se dio cuenta de que él estaba, en realidad, vacío. Ya no tenía luz en los ojos, su alma había abandonado su cuerpo y su aura se disipaba, como si nunca hubiese existido.

Abrumada por la tristeza, Selena sacudió la cabeza.

—Estabas equivocado.

—Sobre ¿qué?

Trez estaba tan vacío… que no tenía alma.

—Lo que veo ahora… es en realidad la peor parte de todo.

‡ ‡ ‡

De pie, a la orilla del Hudson, Assail iba nuevamente de negro y llevaba una máscara negra sobre la cara. Tras él se encontraba Ehric, quien, vestido igual que su primo, guardaba silencio y permanecía alerta.

Los dos tenían las armas en la mano.

—Llegan tarde —dijo su primo.

—Sí. —Assail aguzó el oído—. Vamos a darles cinco minutos. Ni uno más.

A su izquierda, unos cuatro metros más allá de la fila de árboles, se encontraba su Range Rover blindado, con la puerta trasera hacia el río, con Evale sentado tras el volante y el motor en marcha.

Assail levantó la vista hacia el cielo nocturno. Después de la tormenta de nieve, varias nubes perezosas cubrían la cara de la luna y Assail deseó que se quedaran allí un buen rato. No necesitaban más luz, aunque el lugar era suficientemente discreto: remoto, sobre una curva del río, con un bosque que llegaba casi hasta el borde congelado del agua. Además, la entrada era un sendero tortuoso que había sido difícil de transitar aun para el Range Rover…

—Estoy preocupado por ti.

Assail miró por encima del hombro.

—¿Perdón?

—No duermes.

—No estoy cansado.

—Y consumes mucha coca.

Assail dio media vuelta y rogó para que apareciera lo que estaban esperando.

—No te preocupes, primo.

—¿Sabes si llegaron a su destino?

Hacía tanto que Ehric no preguntaba por nadie, que Assail tuvo que girarse de nuevo. Y, en efecto, su primer instinto fue bloquear la pregunta, pero la preocupación genuina que vio en la cara de su primo lo detuvo.

Así que volvió a concentrarse en el agua congelada.

—No, no lo sé.

—¿Vas a llamarla?

—No.

—Ni siquiera para asegurarte de que están bien.

—Ella no quiere que lo haga. —Y las razones de esta espera junto al Hudson eran prueba de lo prudente que había sido la decisión de Marisol de dejarlo—. Las cosas entre nosotros han terminado.

Pero hasta Assail podía oír el vacío que transmitía su voz.

Dios, cómo deseaba no haber conocido nunca a esa mujer…

Al principio, fue imposible distinguir el sonido de los otros ruidos de la noche,

pero, rápidamente, el zumbido se volvió muy claro: venía de la izquierda y anunciaba que, tal vez, la espera había llegado a su fin.

El bote pesquero que apareció al salir de un recodo era tan bajo que parecía apenas una hoja que flotara sobre el agua, y no hacía casi ruido. Tal como les habían informado de que sucedería, había tres hombres en él, todos ellos vestidos de color oscuro, y cada uno tenía un sedal que se hundía en las profundidades, como si solo estuvieran navegando en busca de alimento.

Entonces se acercaron, después de dirigir la proa hacia la orilla.

—¿Han pescado algo? —preguntó Assail, tal como le habían dicho que hiciera.

—Tres truchas.

—Anoche pesqué dos.

—Y quiero una más.

Assail asintió con la cabeza, guardó el arma y dio un paso adelante. Desde ese momento, todo sucedió en silencio y rápidamente: levantaron una lona y cuatro bolsas de tela cambiaron de manos, pasando del bote a las manos de Assail y luego a Ehric, quien se las colgó de los hombros. A cambio, Assail les pasó a los hombres un maletín negro de metal.

El más alto tecleó el código que le habían dado, abrió la tapa, inspeccionó el despliegue de billetes y asintió.

Hubo un rápido estrechón de manos… y luego Assail y Ehric se metieron entre los árboles. Pusieron las bolsas en la parte trasera del Range Rover, Ehric se subió atrás y Assail, en el puesto del pasajero.

Mientras se alejaban, saltando sobre los baches del sendero de tierra, abrieron las ventanas para estar atentos a cualquier ruido u olor especial.

Pero no había nada.

Al salir a la carretera, se detuvieron a esperar un momento, mientras todavía estaban entre los árboles. Pero no se oía ningún coche yendo ni viniendo. Como suele decirse, no había moros en la costa.

Siguiendo una orden de Assail, Evale pisó el acelerador y se adentraron en la noche.

Con quinientos mil dólares en cocaína y heroína.

Hasta ahí todo iba bien.

Después de extraer toda la información de los teléfonos móviles de los Benloise, Assail estudió los números y los mensajes, en particular los internacionales. Encontró dos contactos en Sudamérica, con quienes parecía haber mucha comunicación, y cuando Assail llamó desde el móvil de Ricardo, lo introdujeron en una red de conexiones seguras, de las que se dio cuenta por la cantidad de clics que sonaron antes de que se oyera un timbre normal.

Ni que decir tiene que al otro lado de la línea se sorprendieron mucho cuando Assail se presentó y explicó el propósito de su llamada. Sin embargo, Benloise les había informado a sus compatriotas acerca de su nuevo cliente importante, así que

tampoco les supuso un *shock* enterarse de que el antiguo distribuidor se había vuelto superfluo… y había sido eliminado.

Assail les ofreció un trato diseñado para empezar la relación con buen pie: un millón de dólares en efectivo por medio millón en mercancía; como gesto de buena fe.

Después de todo, había que cuidar a los socios.

Además, a Assail le habían gustado los hombres con los que había hecho la transacción. Representaban un nivel más alto que los matones callejeros de Benloise, eran más profesionales.

Ahora él y sus primos solo tenían que dividir y empaquetar el producto para la venta en las calles, y entrar en contacto con el jefe de los restrictores para que los asesinos se encargaran de la distribución. Y el negocio podría seguir su curso, como si Benloise nunca hubiese existido.

Todo perfectamente planeado.

—Esto ha ido bien —dijo Ehric, cuando salieron a la carretera que los llevaría hasta la casa de cristal de Assail.

—Sí.

Assail debería estar más complacido. Después de todo, la operación iba a abrir un enorme potencial de ganancias para él. Y a él le gustaba el dinero, con todo su poder. Realmente le gustaba.

Sin embargo, la única cosa en la que podía pensar era dónde estaba su hembra, y si habría logrado llegar a Miami sana y salva con su abuela.

El problema era que él no podía hacer nada al respecto.

Ella se había ido.

Para siempre.

CAPÍTULO 61



Cuando despertó, lo primero que hizo Beth fue analizar si sentía urgencia de salir corriendo al baño. Al ver que no tenía náuseas por el momento, se incorporó y puso los pies en el suelo. ¿Cuánto tiempo habría dormido?

Las persianas metálicas seguían levantadas, lo que significaba que todavía no era de día, pero, joder, sentía como si llevara días durmiendo.

Al echarle un vistazo a su cuerpo, se llevó las manos al vientre…

Joder, no recordaba haberse comido un balón de baloncesto.

Bajo las palmas de las manos, notaba el estómago hinchado y duro, y sobresalía tanto que no creía poder ponerse unos pantalones.

Su primer instinto fue buscar el teléfono y llamar a la doctora Jane, pero luego se tranquilizó y se puso de pie.

—Me siento bien —murmuró—. Me siento bastante bien.

Mientras caminaba hacia el armario, sentía como si su cuerpo fuera una bomba a punto de estallar…, y, joder, era una sensación horrible. Beth no sabía cuántas cosas había dado siempre por sentadas en lo referente a la salud hasta que deliberadamente había tratado de complicarlo todo…

Sin tener una razón aparente, el rubí saturnino se deslizó y se salió de su dedo.

Beth bajó la mirada y lo vio rebotar contra la alfombra, y frunció el ceño cuando se agachó a recogerlo. Ella y Wrath habían vuelto a intercambiar los anillos por conveniencia, debido a que los dos se habían quedado con algo que no les ajustaba bien, y los símbolos de su matrimonio tenían mucho significado, sin importar en qué mano estuvieran.

O de qué mano se estuvieran cayendo…

—¿Qué demonios sucede? —murmuró Beth.

Cuando trató de ponerse el anillo de nuevo, se dio cuenta de que sus dedos parecían los de un esqueleto, con la piel tensa sobre los nudillos huesudos y la palma

de la mano hinchada.

Cuando su corazón empezó a palpitar como loco, Beth corrió al espejo del baño, encendió las luces y…

Dio un respingo. El reflejo que le devolvía el espejo era un error; estaba totalmente distorsionado. De la noche a la mañana, literalmente, tenía la cara chupada y le había desaparecido la grasa de las mejillas y las sienes, mientras que el mentón le sobresalía como un cuchillo y los tendones del cuello brotaban como si fueran un altorrelieve.

Un pánico absoluto se apoderó de su pecho. En especial cuando levantó el brazo y se agarró la piel que cubría sus tríceps. Estaba floja. Muy floja.

Era como si hubiese perdido unos diez o doce kilos en unas pocas horas, excepto en el vientre.

Mientras trataba de no entrar en pánico, Beth se dirigió de nuevo al armario para encontrar algo que ponerse. Al final sacó un par de pantalones de chándal y una de las pocas camisas de Wrath. Esta última parecía una nube de fino algodón blanco alrededor de su cuerpo, lo que significaba que gozaría de plena ventilación si le venía otra de esas oleadas de calor.

Al menos las bragas le quedaban bien.

Beth se dirigió entonces al rellano de la segunda planta asomó la cabeza al estudio de Wrath, pero no lo encontró sentado en el escritorio. ¿Tal vez estaba haciendo ejercicio?

Iba bajando la gran escalera cuando se lo encontró.

Wrath y George estaban saliendo del comedor, junto con una fila de doggen que llevaban toda clase de bandejas de plata y empezaban a atravesar el suelo de mosaico.

Tan pronto como captó el olor de Beth, Wrath se detuvo.

—¡Leelan! ¿Estás segura de que puedes estar levantada?

Pero resultó que el olor de la comida distrajo totalmente a Beth, hasta el punto de que tuvo que detenerse en seco debido al hambre que sintió.

—Ah…, sí, me siento bien. De hecho, tengo hambre.

Y estoy muerta del susto.

Mientras los doggen seguían su camino hacia la sala de billar, y pasaban a través de la pesada cortina de plástico, Wrath se acercó al pie de las escaleras.

—Entonces vamos a la cocina.

Cuando Beth terminó de bajar, dejó que Wrath la tomara del brazo y se apoyó en su fuerza, respirando profundamente para tratar de calmarse. Probablemente había imaginado todo lo que había sentido allí arriba. De veras.

Mierda.

—¿Sabes? He dormido bien —murmuró, como si quisiera tranquilizarse primero a sí misma. Pero no funcionó.

—¿Sí?

—Ajá.

Beth y Wrath pasaron junto a la larga mesa del comedor y entraron a la cocina por la puerta batiente del fondo. Al otro lado, iAm estaba otra vez junto al fogón, revolviendo algo dentro de una olla enorme.

La Sombra se giró y frunció el ceño tan pronto como la vio.

—¿Qué? —Beth se tocó el vientre—. ¿Qué estás…?

—Nada —dijo él, mientras golpeaba la cuchara de madera contra el borde de la olla de acero inoxidable—. ¿Os apetece un poco de sopa de pollo?

—Ay, sí, eso suena muy bien. —Beth se sentó sobre uno de los taburetes—. Y tal vez un poco de pan…

De inmediato, Fritz se materializó a su lado con una *baguette* y un plato con mantequilla.

—Para vos, *madame*.

Beth no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Cómo has sabido…?

Cuando Wrath se sentó en el taburete contiguo, George se sentó entre ellos.

—Le pedí que estuviera alerta.

En ese momento, la Sombra puso delante de ella un humeante plato de sopa.

—Que aproveche.

—¿A él también? —preguntó Beth refiriéndose a iAm.

—Sí, la Sombra también estaba alerta.

Beth agarró entonces la cuchara que Fritz le ofreció y la hundió en la sopa, consciente de los tres machos que la miraban fijamente. Wrath, en particular, la observaba con tanta intensidad que era como si hubiese recuperado la vista.

—Mmmmm —dijo Beth, y lo decía en serio. La sopa estaba perfecta, sabrosa, pero no muy pesada, y caliente, caliente, caliente.

Tal vez lo que pasaba era que hacía mucho que no comía después de pasar por el periodo de fertilidad.

—¿Y qué está pasando en la sala de billar? —preguntó Beth, para tratar de distraer a los machos.

—Están arreglando mis desastres.

Ella se estremeció.

—Ya veo.

Wrath tanteó la encimera en busca de la *baguette* y le quitó el currusco. Luego cortó para ella un trozo que tenía el centro blandito, pero estaba crujiente por fuera. Y después lo untó con mantequilla.

La combinación con la sopa era perfecta.

—¿Os gustaría algo de beber? —preguntó Fritz.

—¿Vino? —dijo iAm, antes de arrepentirse—. No, vino no. Leche. Necesitas el calcio.

—Buena idea, Sombra —dijo Wrath, al tiempo que le hacía señas a Fritz—. Que sea entera…

—No, no, eso me produciría náuseas… —Lo que hizo que todos frenaran en seco —. O al menos eso me pasaba antes de todo el, bueno, ya sabéis. Pero si es desnatada, perfecto. Gracias.

Y así siguieron, atendiéndola entre los tres: ¿Más sopa? iAm se llevó el plato enseguida. ¿Más pan con mantequilla? Su marido estaba encima. ¿Más leche? El mayordomo corría hasta la nevera.

El hecho de estar rodeada por todas las cosas normales le ayudó a calmarse. Pero Beth sentía la necesidad de tratar de poner un límite antes de que terminaran llenándola casi hasta explotar.

—Chicos. De verdad os agradezco todo esto, pero no sabemos si estoy emba…

Beth no llegó a terminar la idea, mucho menos la frase.

De repente, todo lo que había comido se dirigió a la salida de emergencia al mismo tiempo, y su estómago se contrajo sin previo aviso.

Casi no alcanza a llegar al baño del servicio.

Sí, y devolvió todo, desde la sopa hasta el pan. Y luego, a pesar de que podría haber jurado que no solo su estómago sino también toda su cavidad abdominal estaban vacíos, las arcadas la mantuvieron sobre el inodoro hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas, la cabeza empezó a dolerle y sintió fuego en la garganta.

—Hola, ¿cómo vamos?

Por supuesto, era la doctora Jane.

—Hola, ¿qué tal?

Pasó un largo rato antes de que Beth pudiera decir algo más. Y, posdata, de verdad odiaba cómo resonaban sus arcadas contra el inodoro.

Cuando por fin tuvo un respiro, por decirlo así, apoyó la frente acalorada y sudorosa sobre el brazo y estiró el otro para tirar de la cadena…, pero descubrió que no tenía la energía para accionar el mecanismo.

—Creo que tenemos que llevarte al médico —dijo Jane.

—Creí que tú eras médico —dijo Wrath con tono tajante.

—¿De verdad crees que es necesario? —protestó Beth…

Cuando comenzó a vomitar de nuevo, la respuesta a esa pregunta se hizo evidente.

‡ ‡ ‡

Mientras esperaba fuera del baño del servicio en la cocina, Wrath sentía ganas de gritar por causa de su ceguera: no había nada como tener enferma a tu compañera para hacerte ver lo horrible que era estar ciego.

Con sus pupilas de mierda, Wrath no podía verle la cara, ni juzgar el color de sus mejillas, o la expresión, o los ojos. Y su agudo sentido del olfato también había desaparecido, pues el vómito le había bloqueado los senos nasales, impidiendo la posibilidad de sacar algunas conclusiones sobre su estado emocional.

Lo único que le funcionaba eran sus oídos, y así cada nueva ronda de arcadas llegaba directamente a su cerebro.

—Está bien, vamos —dijo por fin Beth con voz ronca.

—Un momento —graznó Wrath—. Ir ¿a dónde?

—Al médico —dijo Jane con voz neutra.

—Pero sí tú eres un maldito médico…

La compañera de V le puso una mano sobre el brazo.

—Wrath. Beth necesita un especialista y ya hemos encontrado una.

¿Qué? Un momento.

—No parece que estéis hablando de Havers —dijo Wrath entre dientes.

—No, no es Havers. Es una humana.

—Ahhhhh, no, nada de eso, eso no va a ocurrir.

Yyyyyy en ese momento, estalló otra ronda de arcadas.

Tras sus gafas de sol, Wrath cerró los ojos.

—Mierda.

Contra el horrible telón de fondo del sufrimiento de su esposa, la doctora Jane empezó a darle a Wrath toda clase de razones sensatas por las cuales su shellan necesitaba un cuidado especial. Pero, joder, la idea de que ella saliera al mundo humano, durante el día…, porque, vamos, las malditas persianas acababan de cerrarse…

¿Sabes qué? Wrath realmente deseaba que la vida lo sacara de este infierno. Se estaba empezando a hartar de encontrarse frente a situaciones inevitables.

—… mestiza, complicaciones desconocidas, no me es posible hacer una evaluación completa…

Después de un momento, Wrath interrumpió el discurso de la doctora Jane.

—No te ofendas, pero no pienso dejar que mi esposa salga sin que vaya bien protegida… y nadie puede salir de esta casa en este momento…

—Entonces yo iré con ella.

Wrath miró por encima del hombro al oír la voz de iAm. Su primer instinto fue reaccionar como un macho enamorado y decirle a la Sombra que todo estaba bien, que gracias. Pero el problema era que nada estaba bien y solo un imbécil impediría que su compañera recibiera un tratamiento médico adecuado.

Wrath dejó caer la cabeza hacia atrás y lanzó un juramento.

—¿Estás segura de que esto es necesario? —preguntó, sin saber muy bien con quién estaba hablando.

—Sí —contestó la doctora Jane con tono serio—. Estoy totalmente segura.

iAm volvió a hablar.

—Nada le sucederá mientras yo esté con ella. Te lo prometo por mi honor.

Wrath tuvo la sensación de que la Sombra le estaba tendiendo la mano y, claro, él también estiró la mano a ciegas y el otro macho se la estrechó.

—¿Qué puedo hacer yo por ti? —se oyó preguntar Wrath mientras se estrechaban

la mano.

—Nada por ahora. Solo déjame acompañarla.

—Está bien. Está bien. —Solo que cuando dio un paso atrás, Wrath se sintió muy inquieto con respecto a todo esto. Pero ¿qué otra opción tenía?

Mientras sacudía la cabeza, Wrath pensó que esa era precisamente la razón por la cual no quería tener hijos. Esta mierda de soportar un embarazo no era para él.

¿Qué demonios iba a hacer en la vida si perdía a Beth…?

—Wrath —dijo entonces Beth con voz débil—. Wrath, ¿a dónde has ido? —preguntó, como si supiera que su marido estaba a punto de enloquecer.

—Aquí estoy.

—¿Me acompañas arriba? Creo que primero debería tratar de alimentarme de la vena y no quisiera hacerlo en público.

—Además —murmuró la doctora Jane—, tengo que llamar para ver si ella nos puede atender.

—¿Wrath? ¿Me acompañas arriba?

De repente, Wrath pareció salir de sus pensamientos y se acercó a Beth, la levantó del suelo y la alzó en sus brazos.

Y fíjate que eso volvió a centrarlo al instante, y se sintió tranquilo y preparado para mantener el control, aunque solo fuera por no preocupar a Beth.

—Gracias… —susurró ella, mientras recostaba la cabeza contra el brazo de Wrath.

—¿Por qué?

Beth solo contestó después de que George los guiara hasta las escaleras y empezaran a subir.

Y su respuesta fueron solo dos palabras:

—Por todo.

CAPÍTULO 62



Eran las siete y veintitrés de la mañana cuando Sola salió a su terraza y vio el océano.

—Esto casi hace que el viaje valga la pena —murmuró para sus adentros.

Mientras el sol subía en el cielo, la vasta extensión de agua azul se mezclaba con los colores del amanecer, y solo las nubes de color melocotón marcaban el horizonte entre el firmamento y la Tierra.

Sola se sentó en una silla y gruñó al notar que cada una de sus articulaciones, tanto las conocidas como las desconocidas, aullaban de dolor. Joder, estaba tiesa. Pero, claro, eso era lo que les sucedía a las chicas que pasaban veinticuatro horas al volante de un coche. Y no solo le dolían los huesos. Tenía espasmos en la pantorrilla derecha, como si esta estuviera considerando acalambrarse, a pesar de que había viajado en velocidad de crucero al menos un ochenta por ciento del tiempo.

Caramba, cómo era de suave y agradable el aire en el sur, incluso en diciembre.

Y la humedad era increíble. Sola sentía que su piel podía beber directamente del aire, y su pelo ya empezaba a encresparse por las puntas.

—Me voy a dormir —anunció la abuela.

Sola miró hacia atrás a través de la puerta de malla.

—Yo también. Ahora entro.

—Nada de fumar —la regañó su abuela.

—Lo dejé hace más de dos años.

—Y no lo vas a volver a hacer.

Con esas palabras, su abuela hizo un gesto con la cabeza y abandonó la estrecha zona común del apartamento.

Sola volvió a concentrarse en el océano. Su piso de Miami se encontraba en la quinta planta de un inmueble viejo y el lugar era bastante sencillo, ciento cuarenta

metros cuadrados de espacio que había comprado hacía un par de años, al contado, y que luego había decorado con muebles baratos de Rooms To Go. El bloque de apartamentos tenía una piscina y canchas de tenis, pero se encontraba básicamente desierto, gracias a la proximidad de las festividades y a que las aves aún no habían migrado hacia el sur para pasar el resto del invierno.

Arqueando la espalda, Sola trató de aliviar un poco el dolor. Pero no tuvo suerte. Probablemente necesitaría consultar a un fisioterapeuta después del esfuerzo que acababa de hacer.

Lo bueno era que ya nunca tendría que preocuparse por volver a hacerlo.

Mierda, eso era deprimente.

Sola se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó su iPhone. Ninguna llamada. Ningún mensaje.

No pensó que dejar atrás a Assail fuera a ser tan doloroso. Y, sin embargo, tampoco podía decir que se arrepintiera de haberlo hecho.

¿Qué estaría haciendo Assail ahora?, se preguntó Sola. Probablemente descansando, después de una noche de ajetreo en las oscuras alcantarillas de la economía de Caldwell.

¿Acaso regresaría con aquella mujer? ¿Con la que lo había visto follar?

Sola cerró los ojos, respiró profundamente un par de veces y el hecho de poder oler a mar le sentó genial. Ya no estaba en el norte, se recordó. Ya no estaba con él, aunque, la verdad es que tampoco habían estado nunca juntos.

Así que lo que él hiciera, y con quién lo hiciera, no era de su incumbencia.

Ya no.

Esto iba a funcionar bien, se dijo Sola, mientras volvía a guardar el teléfono y miraba el océano. Había hecho lo correcto…

Y, sin embargo, las imágenes de Assail acechaban su mente, interponiéndose y privándola de la hermosa vista que tenía frente a ella.

Sola se inclinó, puso la mano sobre el muslo y se hizo presión con los dedos en las vendas. Cuando un dolor agudo brotó de su torso y le llegó hasta el corazón, se recordó cómo había terminado ahí. Y por qué había decidido mudarse.

Y cómo habían sido escuchadas sus plegarias.

Sí, el viaje le había brindado más cosas que un cuerpo dolorido y una mente cansada: todos esos kilómetros recorridos le habían sentado de maravilla a su forma de verlo casi todo.

Cuando estaba en el norte, había llegado a pensar que su escapada había sido producto de sus propios esfuerzos.

Pero ahora, mientras aquel sol se elevaba frente a ella, los rayos se reflejaban en el agua y los delfines jugueteaban entre las olas matutinas…, Sola se daba cuenta de que no era así. Aquello había sido un pretexto.

Porque admitirse a sí misma que creía en Dios era demasiado aterrador, una completa locura.

Lejos de todo lo que había dejado atrás en el norte, en un territorio neutral donde tenía la intención de empezar de nuevo, Sola era capaz de ser honesta consigo misma. Aquella plegaria que había ofrecido al cielo había sido realmente escuchada…, y al viajar hacia el sur, estaba cumpliendo con su parte del trato.

Lo cual había resultado un gran sacrificio… porque Sola sabía que le llevaría mucho tiempo dejar de consultar el móvil.

Sola se levantó de la silla y regresó dentro y, cuando se detuvo para cerrar la puerta, miró las puertas correderas de cristal… y se acordó del primer piso de la casa de Assail. Y cuando levantó la maleta que había dejado junto a la puerta…, en lo único en lo que pudo pensar era en que había empaquetado aquella ropa cuando todavía estaba con él.

Lo mismo ocurrió cuando se cepilló los dientes: la última vez que había usado el cepillo de dientes había sido en el baño del segundo piso de Assail.

Y cuando se metió entre las sábanas blancas, se vio acostada junto a él, después de que él fuera a buscarla a la ducha y se la follara con esa increíble energía.

Sola cerró los ojos y se quedó escuchando los ruidos desconocidos que la rodeaban: alguien hablaba en voz alta desde el aparcamiento, el vecino de arriba estaba bañándose, un perro ladraba al otro lado de la pared.

La casa de Assail era tan tranquila.

—Mierda —dijo en voz alta.

¿Cuánto tiempo le llevaría dejar de comparar todo con lo que había dejado atrás?

Así había sido cuando murió su madre. Durante meses, el metrónomo de la vida había estado dominado por recuerdos de ella: la última película que habían visto juntas, el último regalo de cumpleaños que le había dado y que ella había recibido, aquella Navidad que, desde luego, nadie había sabido que sería la última.

Todos esos recuerdos implacables la habían atormentado durante un año largo hasta que se agotaron todos los aniversarios, los internos y los externos. Atravesarlos había sido como traspasar una pared cada vez, pero ella lo había logrado, ¿no? Había ido poniendo un pie delante del otro hasta que la vida había recuperado una cierta normalidad…

Ay, mierda. Realmente no debería estar comparando su despedida de un narcotraficante con el dolor que le causó la muerte de la mujer que le dio la vida y que la crio durante varios años, antes de que su abuela se hiciera cargo.

Pero así eran las cosas.

Antes de que Sola se durmiera por fin, terminó estirando el brazo hacia la mesilla, para abrir el cajón, sacar la Biblia de su padre y ponerla bajo su almohada.

Era importante mantener un vínculo con algo, cualquier cosa.

De otra manera le aterraba ceder a la tentación de volver a meter todo en el maldito Ford que había alquilado y regresar hacia el norte. Pero esa estupidez sencillamente no era una opción.

Después de todo lo que había sucedido últimamente, Sola en realidad no quería

saber qué le ocurría a la gente que rompía un pacto con el jefe.

Y no, no estaba hablando de San Nicolás.

CAPÍTULO 63



¡Menos mal que Beth nunca había tenido una fantasía hipotética sobre lo que sería descubrir que estaba embarazada!

Mientras esperaba en una sala muy agradable, rodeada de sillas acolchadas de tono neutro, revistas sobre la maternidad y la menopausia, y mujeres que tenían veintitantos o cincuenta y tantos años, Beth tenía muy claro que cualquiera que fuera el resultado de esta cita (positivo, negativo o es-demasiado-pronto-para-saber), nunca podría haber imaginado una situación como aquella.

Estar sin su marido. Escoltada por una Sombra que llevaba suficientes armas escondidas como para volar un tanque, o quizás un portaviones. Después de haberse alimentado de la vena, por Dios santo, unos veinte minutos antes de salir de una casa del tamaño y el lujo de Versalles.

Sí, esa no era exactamente la situación que encontraría descrita, digamos, en…, Beth tomó la revista que tenía más próxima, *Maternidad moderna*, por ejemplo.

Ojeando las coloridas páginas de la revista, Beth vio toda clase de Madres Felices y Satisfechas, que sostenían en brazos a sus Angelitos en la Tierra, mientras predicaban sobre las bondades de la lactancia, la importancia del contacto piel con piel y la primera cita médica después del nacimiento.

—Voy a vomitar —murmuró Beth, haciendo a un lado la propaganda.

—Mierda —dijo iAm, al tiempo que se ponía de pie de un salto—. Buscaré dónde está el baño…

—No, no. —Beth lo agarró del brazo—. Quiero decir que, sí, no, fue solo un comentario.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Y la próxima vez que algo me moleste, prometo decirlo tal cual y no usar una metáfora.

iAm tuvo que volver a acomodarse en la silla: era tan grande que casi no cabía entre los apoyabrazos y el cojín de atrás, y atraía mucha atención.

Aunque no necesariamente por su tamaño.

Cada mujer que entraba, pasaba al lado o trabajaba en la recepción le echaba una mirada que probaba que no estás muerta del cuello para abajo aunque estés embarazada, o tus ovarios estén llegando al final de su labor, o estés acosada por teléfonos que suenan, millones de pacientes y toneladas de papeles.

—¿Alguna vez has estado casado? —le preguntó Beth a iAm.

iAm negó con la cabeza de forma distraída, mientras inspeccionaba constantemente a su alrededor, como si estuviera listo a defenderla con su vida.

Lo cual era, en realidad, muy tierno.

—¿Y alguna vez has estado enamorado?

Otro movimiento de cabeza.

—¿Quieres tener hijos?

Después de girarse para mirarla, iAm soltó una risita.

—Me parece haber escuchado que solías ser periodista.

—¿Por qué? ¿Te parece que hago muchas preguntas?

—Sí. Pero está bien, no tengo nada que ocultar. —iAm cruzó las piernas apoyando el tobillo sobre la rodilla—. Ya sabes, con todo lo que ha sucedido con mi hermano en estos años, ni siquiera pienso en eso, ¿me entiendes? Yo tengo que estar pendiente de él y, joder, la verdad es que ha sido difícil.

—Lo siento mucho. —Beth había oído suficientes chismes en la casa como para saber de qué estaba hablando iAm—. Para serte sincera, no me sorprendería que una de estas noches ya no estuvierais en la mansión.

iAm asintió.

—Bien podría suceder…

—¿Marklon, Beth? —dijo una enfermera desde una puerta abierta que estaba al fondo.

—Esa soy yo. —Beth se puso de pie, se colgó el bolso del hombro y avanzó hacia allá—. Aquí estoy.

Por Dios, y hablando de náuseas: ante la perspectiva de encontrarse por fin con la doctora, Beth sintió ganas de vomitar, esta vez de verdad…

La enfermera sonrió y dio un paso atrás mientras señalaba una pequeña salita detrás de ella.

—Solo voy a tomarle la tensión y a anotar su peso, siga.

—¿Puedes sostenerme esto? —le preguntó Beth a iAm, al tiempo que le alcanzaba su bolso Coach.

—Sip.

Cuando iAm agarró el bolso, la enfermera le echó una mirada de arriba abajo. Luego se puso roja y tuvo que aclararse la garganta.

—Bienvenido —le dijo entonces a la Sombra.

iAm solo asintió y siguió inspeccionando el lugar. Como si un grupo de ninjas fueran a aparecer en cualquier momento en aquella sala de revisión o algo así.

Beth no pudo evitar reírse cuando la enfermera volvió a concentrarse en su trabajo.

Después de terminar, la enfermera los acompañó por un pasillo flanqueado por una docena de cuartos numerados. Mientras avanzaban, Beth notó que la decoración continuaba el mismo esquema de color de la sala de espera: marrón y crema, con la misma clase de «arte» texturizado y montado sobre cristal, cuyo propósito era darle a un lugar lleno de equipos médicos y gente en pijama quirúrgico y bata blanca la apariencia menos institucional posible.

—Entren en el cinco, por favor —dijo la enfermera y nuevamente se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Cuando iAm pasó junto a ella, la enfermera dio otro paso hacia atrás y abrió mucho los ojos, como si le gustara el olor de la Sombra.

Luego ella pareció recuperar el control, entró y cerró la puerta.

—Usted, por favor, siéntese en la camilla. Y usted puede sentarse donde quiera, señor.

La Sombra eligió el asiento que estaba justo frente a la puerta, la cual vigilaba como si estuviera desafiando a alguien a entrar.

Con otra sonrisa, Beth pensó en qué diría la enfermera si supiera que iAm estaba dispuesto a matar a cualquiera que no le gustara mucho.

Y, tal vez, a convertirlo en picadillo para cocinarlo después.

Dios, esperaba que la sustancia de la sopa fuera realmente pollo…

—¿Señora Marklon? ¿Hola?

Beth volvió a concentrarse en el presente.

—Ay, perdón, ¿qué me decía?

La parte del historial médico fue muy rápida, pues después de la transición Beth había gozado de perfecta salud, y tampoco les iba a contar que hacía apenas dos años se había convertido en vampira.

—¿Y desde cuándo cree que lleva embarazada? —le preguntaron.

—No sé si estoy embarazada o no, para serle sincera. Aunque es una posibilidad, pues tengo muchas náuseas. Solo quiero asegurarme de que todo está bien.

—¿Se ha hecho una prueba de embarazo casera?

—No. ¿Debería?

La enfermera negó con la cabeza.

—No, aquí podemos hacerle un análisis de sangre, si la doctora lo pide. Y, en cuanto a las náuseas, si está embarazada, muchas mujeres tienen mareos matutinos que son, más bien, mareos de todo el día, durante el primer trimestre… y eso es perfectamente normal.

—Por Dios, no puedo creer que esté diciendo esto.

La enfermera sonrió y terminó de rellenar la historia clínica.

—Muy bien, ahora, por favor, tenga la bondad de ponerse esta bata —dijo, y puso sobre las piernas de Beth un cuadrado de papel—. La doctora pasará en un minuto.

—Gracias.

Cuando la enfermera salió, la puerta se cerró con un clic.

—No puedo dejarte sola —dijo iAm al tiempo que se ponía de pie, daba media vuelta, se quedaba mirando la pared… y metía la cabeza entre las manos—. Pero sugiero que no le cuentes a tu marido que te desnudaste mientras yo estaba en el cuarto. Me gustan mis brazos y piernas donde están, muchas gracias.

—De acuerdo.

Mientras se apuraba a quitarse la ropa y ponerse aquella ligera bata, Beth deseó que Wrath estuviese con ella. Y, de hecho, aquello le hacía ver con claridad la forma en que la presencia de él la tranquilizaba. Como casi nunca estaban lejos el uno del otro, era fácil olvidar lo mucho que él significaba para ella, en especial cuando las cosas estaban tan tensas.

Luego salió y empezaron a esperar.

—Entonces, si quisieras casarte, ¿qué clase de hembra querrías para ti?

iAm miró a Beth.

—¿No podemos hablar sobre béisbol o algo así?

Ay, mierda.

—¿O de macho, si fuera el caso? Lo siento, no quise ofenderte.

iAm volvió a reírse.

—No soy gay.

—Entonces, ¿cómo sería ella?

—Joder, tú no te das por vencida, ¿no?

Ahora fue Beth la que se rio.

—Mira, estoy sentada aquí, congelándome de frío con esta bata de papel y esperando a que me digan que solo tengo un resfriado y no debería haberme molestado en venir hasta aquí. Hazme un favor y ayúdame a pensar en otra cosa para olvidarme de mi realidad, ¿vale?

iAm se recostó en la silla.

—Bueno, como ya te he dicho, no he pensado mucho en eso.

—¿Podría emparejarte con alguien…?

—No —gritó iAm—. Noooooooo. No, no, no, ni se te ocurra, amiga.

Beth levantó las manos.

—Está bien, está bien. Es solo que, no sé, me pareces un buen tío.

iAm no respondió.

Y cuando se quedó callado, Beth pensó que, maldición, quizás lo había hecho sentir incómodo…

—¿Puedo contarte algo que nadie sabe? —dijo él de repente.

Beth se enderezó.

—Sí, por favor.

La Sombra soltó un largo suspiro.

—La verdad es que…

Ay, Dios, por favor que la doctora no entre antes de que él…

—Nunca he estado con una hembra.

Cuando Beth sintió que sus cejas se alzaban por voluntad propia, les echó una buena regañina. No quería que iAm viera esa expresión de sorpresa en su cara.

—Bueno, eso es…

—Patético. Ya sé.

—No, no, en absoluto.

—Pero Trez ha hecho todo lo posible por compensarlo —murmuró iAm—. Si sumamos su vida sexual y la mía, el promedio todavía nos situaría en los estándares de Wilt Chamberlain.

—Caramba. Quiero decir que…

—Antes de que mi hermano huyera del s'Hisbe, yo era muy tímido. Y luego, después de que las cosas se fueran a la mierda, he estado tratando de que él no se salga totalmente de control. Además, no lo sé, a mí no me gustan las putas. Nuestra tradición dice que honras tu cuerpo al compartirlo solo con alguien con quien sientes afinidad… Supongo que no puedo quitarme eso de la cabeza.

Después de un momento, iAm miró a Beth con gesto inquisitivo.

—¿Qué pasa?

—Yo…, es solo que nunca te había oído decir tantas palabras seguidas. Es genial que te abras así conmigo.

—Pero ¿podemos mantenerlo entre tú y yo?

—Claro, desde luego.

Beth esperó un par de minutos.

—Pero si conociera a alguien que, ya sabes, una chica que pudiera ser adecuada, ¿podría presentártela?

iAm negó con la cabeza.

—Te lo agradezco. Pero no soy un buen partido.

—Entonces, ¿piensas vivir toda tu vida solo?

—Tengo a mi hermano —dijo con brusquedad—. Y, créeme, con eso me basta para estar ocupado.

—Sí, me imagino.

Cuando iAm volvió a guardar silencio, Beth supuso que habían llegado al final de la conversación. Pero, para su sorpresa, iAm volvió a hablar:

—Solo tengo otro secreto.

—¿Y cuál es?

—No se lo digas a nadie…, pero me gusta ese maldito gato tuyo.

Beth ladeó la cabeza y le sonrió a la Sombra.

—Y yo tengo el presentimiento… de que él también te quiere mucho.

‡ ‡ ‡

Pasó toda una hora antes de que la puerta volviera a abrirse.

Y ahí apareció solo una enfermera.

—Hola, soy Julie. La doctora Sam está atendiendo una emergencia. Les ruega que la disculpen y me ha pedido que le haga un análisis de sangre para ir adelantando.

Durante una fracción de segundo, Beth se asustó con la idea. Había diferencias anatómicas entre las dos especies. ¿Y si encontraban algo…?

—¿Señora Marklon?

iAm dijo que se encargaría de cualquier problema, se recordó Beth. Y ella sabía bien cómo iba a hacerlo.

—Sí, claro. ¿De qué brazo?

—Déjeme ver sus venas.

Cinco minutos, un algodón, dos banditas y tres tubos llenos de sangre después, Beth y iAm volvieron a quedarse solos.

Durante un rato.

—¿Esto siempre dura tanto? —preguntó iAm—. ¿Entre los humanos?

—No lo sé. Nunca he estado enferma antes y, ciertamente, nunca había tenido dudas sobre si estaba embarazada o no.

La Sombra se acomodó en la silla.

—¿Quieres llamar a Wrath?

Beth sacó su móvil.

—No tengo cobertura. ¿Tú sí?

iAm miró su móvil.

—No, tampoco.

Lo cual no era raro. Se encontraban en uno de los nuevos edificios del Hospital St. Francis, una torre de doce a quince plantas hecha de acero y cristal, y ellos solo estaban en la segunda planta. En el centro.

Sin ninguna ventana a la vista.

Dios, Beth deseaba estar con Wrath…

De repente se abrió la puerta y, mucho más tarde, Beth recordaría lo primero que le impresionó:

Me gusta esta mujer.

La doctora Sam medía metro y medio, tenía cincuenta años… y mostraba una preocupación absoluta por sus pacientes.

—Hola. Soy Sam, siento mucho que hayáis tenido que esperar.

Después de cambiarse a la otra mano la carpeta que llevaba, les tendió la mano derecha y sonrió, mostrando unos dientes bonitos y una cara que había envejecido muy bien de forma natural. Tenía el pelo corto, teñido de rubio, y llevaba unos lindos pendientes de oro y un anillo de diamante en la mano izquierda.

—Tú debes de ser Beth. Manny es un viejo amigo. Yo solía hacer consultas de obstetricia para él cuando estaba en Urgencias.

Sin tener ninguna razón en particular, Beth sintió unas ganas locas de llorar, pero las contuvo.

—Sí, soy Beth. Marklon.

—¿Y tú eres? —le dijo la doctora a iAm, tendiéndole también la mano.

—Un amigo.

—Mi marido no ha podido venir —dijo Beth, mientras la doctora y iAm se estrechaban la mano.

—Ay, lo siento.

—Lamentablemente no podrá venir a las citas.

La doctora Sam apoyó una cadera contra la camilla.

—¿Está en el ejército?

—Ah… —Beth miró de reojo a iAm—. De hecho, sí.

—Dale las gracias de mi parte, ¿quieres?

Dios, Beth odiaba mentir.

—Lo haré.

—Muy bien, ahora sí, a trabajar. —La doctora abrió la carpeta—. ¿Has estado tomando suplementos vitamínicos para embarazadas?

—No.

—Entonces eso será lo primero en nuestra lista. —La doctora Sam levantó la vista—. Tengo unas orgánicas que no te causarán náuseas…

—Espera, ¿entonces estoy embarazada?

La doctora frunció el ceño.

—Yo…, lo siento. Pensé que venías para una ecografía.

—No, vine para saber si tenía un trastorno estomacal o si estaba… ya sabes.

La doctora acercó la silla en la que se había sentado la enfermera y luego tomó la mano de Beth.

—Definitivamente, estás muy embarazada. Y llevas embarazada una buena temporada. Esa es la razón por la cual es urgente que empieces a tomar los suplementos vitamínicos… y también debes tratar de subir de peso.

Beth sintió que la sangre se le iba a los pies.

—Yo… pero eso no es posible.

—A juzgar por tus niveles de HGC, diría que estás en el segundo trimestre, aunque, claro, los niveles pueden variar mucho. Pero en este momento tienes más de cien mil. Así que, como ya te he dicho, espero que me dejes hacerte una ecografía para que podamos ver cómo va todo.

—Yo…, yo…, yo…

—Sí, por favor —dijo iAm desde lejos—. ¿Podríamos hacerla ahora mismo?

—Yo…, yo…

—Sí, ahora mismo —dijo la doctora Sam, pero no se movió—. Sin embargo,

primero quisiera estar segura de que Beth está de acuerdo. ¿Quieres que te deje sola con tu amigo un momento?

—No puedo llevar cuatro meses embarazada. Tú no entiendes…, no es posible.

Tal ver fuera una particularidad vampira, pensó Beth. Tal vez los resultados no fueran precisos debido a que ella era…

—Bueno, como he dicho, los niveles de HGC solo son una indicación al principio…, y solo debido a lo mucho que aumentan. —La doctora se puso de pie, abrió un cajón y sacó un aparato similar a una caja, que tenía un sensor al cual lo unía un cable grueso—. ¿Puedo ver si se oye el corazón?

—No es posible —se oyó decir Beth—. Sencillamente no lo es.

—¿Me permites ver si podemos oír las palpitaciones del corazón?

Beth se dejó caer sobre la mesa y sintió que la doctora le ponía algo del tamaño de un pulgar sobre el estómago…

Entonces se oyó un lejano ritmo cardiaco.

—Sí, se oyen los latidos del corazón. Con claridad y suficiente fuerza. Lo que esperamos es ciento cuarenta, y tú tienes exactamente eso.

Beth solo era capaz de parpadear mientras contemplaba los azulejos del techo.

—Traed el ecógrafo —dijo de repente—. Ya.

CAPÍTULO 64



Mientras se paseaba sobre el mosaico del vestíbulo, John era muy consciente de dos cosas: una, que ya hacía varias horas que su hermana había salido. Y dos, que a Wrath se le estaba empezando a acabar la paciencia.

El rey se había sentado en el último escalón de la gran escalera y movía el torso hacia delante y hacia atrás, como si estuviera midiendo el paso de los segundos con todo su cuerpo.

Sin ninguna razón en especial, John atravesó la cortina de plástico que cubría el arco hacia la sala de billar. El trabajo había progresado mucho durante la noche anterior; a pesar del tamaño del salón, ya habían retirado casi todo el suelo. Se suponía que esta noche traerían parte del nuevo mármol y empezarían a instalarlo. Luego tendrían que empezar a trabajar en las paredes, lo cual probablemente llevaría más tiempo…

Caramba. Realmente estaba tratando de distraerse.

John volvió a dejar la cortina de plástico cerrada y miró a Wrath. Uno pensaría que, en momentos como este, John sería la peor compañía para Wrath, considerando que él era mudo y el rey era ciego.

Pero Wrath no quería conversar, así que la cosa funcionaba muy bien.

Todos los demás habían desaparecido del panorama después de que Beth se fuera con la Sombra. Y John había tenido la intención de hacer lo mismo. El marido estaba por encima del hermano, en especial tratándose de una mierda como esta. Pero después de subir a su habitación, e incluso después de estar un rato con Xhex, sus pies habían vuelto a llevarlo abajo.

Así que estaba esperando.

Era curioso, pero John tenía la impresión de que, si se hubiera tratado de otro, Wrath ya lo habría echado de allí.

—¿Te ha sonado el teléfono? —preguntó Wrath sin levantar la vista.

John hizo un silbido corto y en tono descendente con la intención de indicar que no. Aunque, claro, si hubiese recibido una llamada, los dos habrían oído el timbre.

—¿Y mensajes?

John negó primero con la cabeza, pero luego recordó que tenía que volver a silbar…

De repente, se oyó el timbre del vestíbulo y apareció una imagen en el monitor discretamente instalado junto a las molduras en yeso de la entrada.

Beth y iAm estaban en la puerta.

Mientras Wrath se apresuraba a ponerse de pie, John corrió a oprimir el botón de acceso, antes de que llegara Fritz, silbando con un tono ascendente para indicarle al marido que la esposa acababa de regresar.

Tan pronto como oprimió el botón, la puerta interna del vestíbulo se abrió de par en par.

John nunca olvidaría la apariencia de Beth cuando entró a la casa: tenía la cara pálida y escuálida, con los ojos muy abiertos y se movía con torpeza. Llevaba la chaqueta en la mano y, tan pronto entró, la dejó caer al suelo, igual que el bolso.

Entonces se desparramaron por el suelo una serie de objetos mundanos: una cartera. Un cepillo de pelo. Una barra de cacao para labios Chapstick.

¿Por qué estaba fijándose en todo eso…?

Y luego lo único en lo que pudo fijarse fue en la forma en que su hermana empezó a correr por encima del mosaico… como si la persiguiera un loco.

Cuando Beth saltó sobre Wrath, no parecía muy feliz.

En respuesta, Wrath la recibió en sus brazos sin esfuerzo y la levantó del suelo, sin que la tensión de su mentón tuviera nada que ver con el peso de su hembra.

—¿Qué sucede, leelan? —preguntó Wrath.

—Estoy embarazada. Voy…

—Ay, Dios…

—… a tener un varón.

John tuvo que agarrarse a algo para no caerse. No podía haber oído bien. No era posible que…

Wrath bajó a Beth al suelo muy lentamente. Y luego se sentó un segundo, como si se le hubieran aflojado las rodillas.

Y, joder, John hizo lo mismo, mientras una curiosa combinación de desesperación, incredulidad y dicha le quitaban la fuerza hasta hacerlo sentarse en el suelo.

¿Cómo podía ser posible…?

‡ ‡ ‡

Durante el silencio que siguió al gran anuncio de Beth, Wrath no logró que su cerebro

empezara a funcionar de nuevo. Ni sus brazos, ni sus piernas. Cuando se sentó sobre el escalón que había estado calentando, se sentía como si estuviera en una especie de pesadilla.

—No… lo entiendo. —¿Un hijo varón? ¿Iban a tener un hijo?—. Tu periodo de fertilidad fue hace solo una…, dos noches, a lo sumo.

—Lo sé, lo sé —dijo ella con voz ahogada.

Al instante, Wrath entró en acción. Y olvidándose de su propia confusión, entendió que su shellan lo necesitaba. Así que se controló y volvió a ponerla sobre sus piernas, feliz de saber que los únicos que estaban presentes eran John y iAm.

—Dime qué ha dicho la doctora.

El olor de las lágrimas de Beth le causó un gran dolor, pero Wrath se mantuvo firme mientras Beth se aclaraba la garganta un par de veces.

—Solo fui allí para que me dijeran que era demasiado pronto para saberlo. Nunca imaginé que estuviera embarazada de cuatro meses…

—¿Qué?

—Eso fue lo que dijo la doctora. —Beth volvió a sacudir la cabeza contra el pecho de Wrath—. Yo recuerdo que me sentía rara, pero pensé que era solo por la proximidad del periodo de fertilidad. Pero en lugar de eso, supongo que me quedé embarazada antes de que me llegara el periodo de fertilidad.

Por… Dios… Santo…

Beth se echó hacia atrás.

—La verdad es que hace un mes empecé a notar que la ropa me quedaba apretada. ¿Tal vez hace un poco más de un mes? Pero luego pensé que estaba comiendo mucho por la tensión, o que no estaba haciendo suficiente ejercicio. Y luego empecé a tener cambios de ánimo y, ahora que lo miro en perspectiva…, también sentía los senos hinchados. Pero nunca tuve el periodo ni nada. Así que, no sé. Ay, Dios, ¿y si le he hecho daño al bebé por estar con Layla? ¿Y si…?

—Beth, shhhh… Beth, escúchame. ¿Qué dijo la doctora sobre el bebé?

—Dijo que… —Wrath resopló—. Dijo que estaba precioso. Que es perfecto. Que tiene el corazón de un león…

Al decir esto, Beth estalló en sollozos de emoción. Y mientras Wrath la sostenía entre sus brazos, se quedó mirando al vacío por encima de la cabeza de Beth.

—¿Un hijo? —dijo con voz ronca.

—La doctora dijo que está grande y fuerte. Y yo lo vi moverse —dijo Beth entre lágrimas—. No sabía que era un bebé, pensé que era una indigestión…

—Así que estabas embarazada ya antes del periodo de fertilidad.

—Esa es la única explicación que se me ocurre —aulló ella.

Wrath la apretó contra su pecho palpitante.

—¿… un hijo?

—Sí. Un hijo.

De repente, Wrath sintió que esbozaba la sonrisa más grande, amplia y feliz, y

que esta se extendía a sus mejillas hasta hacerlas doler, llenarle los ojos de lágrimas y hacerle palpitar las sienes. Pero la felicidad no se reflejaba solo en su cara. A continuación Wrath sintió en el cuerpo un rubor tan intenso que lo quemó vivo y purificó todos sus pliegues, quitando las telarañas que habían aparecido en los rincones y haciéndolo sentir más vivo de lo que se había sentido en mucho, mucho tiempo.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Wrath se puso de pie con Beth en sus brazos, se inclinó hacia atrás y gritó a todo pulmón, con más orgullo del que podía contener en su enorme cuerpo.

—¡Un hijooooooooooooooooo! ¡Voy a tener un hijooooooooooooooooooo!

CAPÍTULO 65



Beth se enamoró de su hijo en ese momento.

Mientras Wrath le aullaba a la luna con orgullo paterno, ella sonrió en medio de las lágrimas y la preocupación. Hacía tanto tiempo que no veía a Wrath verdaderamente feliz, y sin embargo ahí estaba, después de recibir una noticia que ella esperaba que lo asustara, resplandeciente como el sol.

Y la causa de ello era su hijo.

—¿Dónde diablos está todo el mundo? —renegó Wrath, mientras miraba hacia arriba.

—Los has llamado hace solo dos segundos…

La gente llegó corriendo de todos lados: un montón de personas bloquearon las escaleras, a pesar de lo grandes que eran; y en el vestíbulo se sentían las pisadas de los Hermanos que llegaban con sus compañeras de la mano.

—Mira —dijo Beth, al tiempo que sacaba un pedacito de papel—. Muéstrales esto: es una imagen de la ecografía.

Wrath pasó el peso de Beth a uno solo de sus brazos y con la otra mano tomó la imagen y la levantó como si fuera del tamaño de una pizarra y estuviera hecha de oro.

—¡Mirad! —rugió—. ¡Mirad! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Beth no pudo contener la risa ni las lágrimas.

—¡Mirad!

Los Hermanos formaron un círculo alrededor de lo que Wrath les estaba enseñando y Beth estaba asombrada… Todos tenían un cierto brillo en los ojos y su sonrisa masculina y tensa indicaba que estaban conteniendo sus emociones.

Y luego Beth miró a Tohr, que estaba un poco atrás, con Otoño a su lado. Mientras su pareja lo miraba con preocupación, Tohr pareció reunir fuerzas para acercarse.

—Estoy tan feliz por vosotros —dijo el Hermano con voz ronca.

—Ay, Tohr —dijo Beth acercándole las manos.

Cuando el Hermano se las tomó, Wrath bajó el brazo, como si quisiera ocultar la imagen.

—No —le dijo Tohr—. Sigue mostrándola, siéntete orgulloso. Tengo un buen presentimiento sobre esto y me alegro con vosotros.

—Ah, mierda —dijo Wrath, al tiempo que abrazaba con fuerza a Tohr—. Gracias, Hermano.

En medio de tantas voces y felicitaciones, había otra cara que Beth quería ver.

John también se había quedado en la periferia, pero cuando su mirada se cruzó con la de Beth, empezó a sonreír, aunque no tanto como Wrath. John estaba preocupado.

—*Voy a estar bien* —le dijo Beth articulando las palabras en silencio.

Aunque ella misma no estaba segura de creerlo. Beth se culpaba por no haberse dado cuenta de que estaba embarazada, por tratar de acelerar artificialmente su periodo de fertilidad y, especialmente, por haber tenido éxito. ¿Y si las náuseas le hubiesen provocado un aborto? ¿Y si…?

Beth hizo un esfuerzo por controlarse y se aferró a dos cosas: en primer lugar, había oído los latidos de aquel corazón, claros y sonoros; y en segundo lugar, la doctora había elogiado la fortaleza del bebé.

De repente, el mar de gente se abrió… y ahí estaban.

Bella, con Nalla en los brazos, y Z junto a sus chicas.

Beth volvió a estallar en lágrimas, mientras Bella se acercaba. Dios, era imposible no recordar que Nalla era la que había comenzado todo aquello, poniendo en movimiento un deseo que se había vuelto innegable.

Bella también estaba llorando.

—Solo queríamos decir que estamos felices por vosotros.

En ese momento, Nalla le echó los brazos a Beth, con una sonrisa que irradiaba pura felicidad.

Y aquello era una cosa imposible de rechazar.

Beth tomó a la chiquilla de los brazos de su madre y la acomodó contra su pecho, agarrándole una manita para darle muchos besos.

—¿Estás lista para ser una hermana… —Beth miró a Z y luego a su marido—… mayor?

Sí, pensó Beth. Porque eso era lo que eran la Hermandad y sus familias. Tan unidos como hermanos de sangre, y aún más unidos porque habían sido elegidos.

—Sí, claro que lo está —dijo Bella, mientras se secaba los ojos y miraba a Z—. Está completamente lista.

—Mi Hermano —dijo Z y le tendió la mano a Wrath, con un esbozo de sonrisa en la cara y un brillo cálido en sus ojos amarillos—. Enhorabuena.

Pero en lugar de estrechar la mano de Z, Wrath le mostró la imagen de la ecografía.

—¿Lo ves? ¿Ves a mi hijo? Es grande, ¿no es cierto, Beth?

Beth le dio un beso a Nalla en el pelo.

—Sí.

—Grande y sano, ¿no?

Beth se rio.

—Grande y sano. Absolutamente perfecto.

—¡Perfecto! —gritó Wrath—. Y lo ha dicho la doctora, es decir, alguien que estudió medicina.

En ese momento, hasta Z soltó una carcajada.

Beth entregó a Nalla a sus padres.

—Y la doctora Sam me ha dicho que ella ha llevado más de quince mil embarazos a lo largo de su carrera…

—¡Veis! —gritó Wrath—. Ella sabe de estas cosas. ¡Mi hijo es perfecto! ¿Dónde está el champán? ¡Fritz! ¡Trae el champán!

Sacudiendo la cabeza, Beth respiró profundamente y decidió dejarse llevar por el momento. Todavía les quedaba un largo camino por delante, al final del cual estaba el alumbramiento, el cual, por Dios, era horriblemente aterrador. Con tantos obstáculos delante, y tantas incertidumbres, era fácil dejarse llevar por la angustia.

Pero durante la próxima hora ella solo quería vivir con Wrath este momento de alto voltaje y ser parte de la celebración de ese milagro.

Era muy gracioso: mientras discutían la conveniencia de tener o no un hijo, la verdad es que ya estaban esperando uno.

A veces, la vida era realmente irónica.

Mientras se relajaba en los brazos de su marido, Beth disfrutaba de ver a Wrath dándose palmaditas con sus Hermanos e incluso aceptó una de las copas de cristal que trajo Fritz.

Su hellren era un tío alto. Pero ahora mismo parecía más alto que el Everest.

—Ya me puedes bajar —dijo Beth con una sonrisa.

Pero la cara con la que Wrath la miró fue como estrellarse con una pared.

—¡Por supuesto que no! Tú eres mi esposa y llevas a mi hijo dentro. Así que tendrás suerte si te dejo tocar el suelo en los próximos tres años.

Y con esas palabras, Wrath se inclinó hacia delante y la besó en la boca.

Ah, joder, tal vez ella debía empezar con el discurso de que aquel bebé no era solo de él, que era de los dos, pero eso no era lo que Beth sentía. Tenía tanto miedo de que Wrath no aceptara y quisiera al niño que se sentía feliz de verlo adoptar esa actitud posesiva.

De verlo enamorándose desde ya de su hijo.

Lo cual era la mejor noticia que podía recibir su niño aún no nato. Porque cuando Wrath, hijo de Wrath, decidía declarar posesión sobre algo, era capaz de arrastrar la luna a la Tierra si era necesario.

La reacción de Wrath era exactamente la que ella deseaba, pero que tanto le

asustaba desear.

Wrath levantó su copa.

—Por mi hijo —gritó—. Y, sobre todo, por mi esposa.

Cuando Wrath se volvió a mirarla, el amor que sentía hizo que sus ojos brillaran con tal ferocidad que Beth podía ver aquellos iris verde claro aun a través de las gafas de sol.

La casa entera gritó también con alegría… y todo el mundo bebió champán.

Excepto Beth, claro.

Porque estaba embarazada, pensó con una gran sonrisa que competía con la de Wrath.

‡ ‡ ‡

Wrath disfrutó al máximo de ese momento de felicidad. Rodeado de sus Hermanos y con un nuevo propósito empujándolo, sabía que esta era una de las mejores noches de su vida. O…, joder, todavía era de día, ¿no?

¿A quién le importaba?

Era difícil explicar, incluso ante sí mismo, qué era exactamente lo que había cambiado. Pero de repente todo parecía diferente, desde la manera en que estrechaba las manos de sus Hermanos, pasando por la forma en que les sonreía a sus compañeras, hasta la intensidad con la que abrazaba a Beth.

Y ella era lo mejor de todo.

Mientras corría el champán y las carcajadas resonaban en el vestíbulo, Wrath no podía creer que hubiese alcanzado este momento en su vida. Justo una noche antes lo habían privado del trono y era posible que también perdiera a su compañera. Pero ahora estaba ahí, con la corona todavía sobre las sienes y su esposa embarazada y esperando un bebé.

Desde hacía cuatro meses…

Wrath hizo un esfuerzo por recordar, filtrando las imágenes a través de las semanas y los meses. Hubo una noche, cuatro meses atrás, en la que Beth bajó a buscarlo al estudio durante el día. Llevaban un tiempo sin estar juntos, lo cual era lógico debido a todo lo que había pasado recientemente. Pero Wrath recordaba que le había llamado mucho la atención, en el buen sentido, la forma tan agresiva como ella lo había buscado. Después de aquello…, ahora que lo pensaba, su aroma había cambiado: se había vuelto más profundo, aunque no de la forma en que cambia el olor de una vampira cuando está embarazada.

Todo este tiempo, Beth había estado esperando un hijo.

El destino había cumplido con los dos: a ella le había dado lo que quería pero temía que nunca tendría, y a él le había dado lo que no sabía que necesitaba.

Al oír que su compañera bostezaba, Wrath se puso alerta.

—Muy bien, hora de subir.

El grupo se calmó de inmediato y Wrath pudo sentir que todos estaban pendientes de Beth. De ahora en adelante iba a ocurrir siempre eso, y no solo por parte de él, sino de los Hermanos. Ellos tenían el instinto de protegerla. Y si estaba embarazada, aquel instinto se multiplicaría por veinte.

—Y creo que tengo que alimentarme de nuevo —dijo su Beth cuando comenzaron a subir las escaleras, con George guiándolo mediante una presión sutil contra la pierna.

—De acuerdo. —Wrath frunció el ceño—. ¿Y qué ha dicho la doctora sobre las náuseas?

—En realidad piensa que tengo un malestar estomacal. Pero, claro, ella no sabe nada sobre el periodo de fertilidad y quizás esa sea la razón.

—Hablaré con Havers; pero no es necesario que vayas a verlo.

—Eso estaría muy bien, de hecho. Porque estoy bastante nerviosa.

—No te preocupes. Lo tengo todo bajo control.

Y era cierto. Wrath se sentía en control del universo, mientras una parte de él volvía a despertar.

George los guio hasta la puerta que llevaba a las escaleras que subían al tercer piso y, cuando llegaron arriba, Wrath giró a mano izquierda.

Como la puerta estaba abierta, Wrath entró enseguida y se dirigió a la cama, donde la depositó.

—¿Quieres que te prepare un baño? ¿O prefieres darte una ducha? ¿O quieres que te lleve al lavabo?

Beth se rio.

—Solo quiero quedarme un rato aquí acostada. Me siento como si acabara de bajarme de una montaña rusa que iba muy rápido.

Wrath se sentó junto a ella y le puso la mano sobre el vientre.

—Adoro esto.

—Adoras ¿qué?

—Esta cosita que llevas dentro. —Wrath sonrió—. Nuestro bebé.

—Así es.

—Cómo me gustaría poder ver la imagen.

—Yo también quisiera que pudieras verla.

—Pero está bien. —Wrath la acarició formando círculos, mientras trataba de imaginar cómo sería su hijo—. Y él es fuerte.

—Sí. Como su padre.

—Ven, bebe de mi vena. —Wrath estiró el brazo y acercó su muñeca a la boca de Beth—. Por favor.

—Ah, gracias.

Al sentir que los colmillos de Beth se clavaban en su piel, Wrath pensó que le gustaría que bebiera de su garganta, pero no confiaba tanto en sí mismo. Estaba muy excitado y esa clase de intimidad tendía a terminar de una manera en particular… y

eso no iba a ocurrir mientras ella estuviera embarazada. No. No con su hijo allí dentro…

La mano de su esposa aterrizó sobre su polla dura y Wrath casi da un brinco.

—¡Mierda!

Beth hizo una breve pausa.

—Podemos hacer el amor.

—Ah, no, nada de eso.

—Wrath, no estoy enferma… Y ya no tenemos que preocuparnos de si me quedo embarazada o no. —La sonrisa que iluminaba su rostro también se reflejaba en el tono de su voz—. Ese trabajo ya lo terminaste y lo hiciste muy bien.

—Así fue, ¿no?

—Estoy tan feliz con todo esto —dijo Beth, mientras acariciaba la cara de Wrath —. Sobre todo con tu reacción.

Sí, pensó Wrath, en realidad a él también le había sorprendido su reacción.

Mientras le acariciaba el vientre a su esposa, Wrath pensaba en lo que estaba sucediendo dentro de ella.

—¿Y quieres saber cuál es la mejor parte de esto?

—Dime —susurró ella.

—Que me has dado algo… que yo ni siquiera sabía que necesitaba. Es el mejor regalo que voy a recibir en la vida. Es como completarme en lugares que no sabía que tenía vacíos. Y sin embargo…, a pesar de todo eso, no siento que te quiera más. Porque sigues siendo tan importante para mí como lo has sido siempre. —Wrath se inclinó y le dio un beso sobre la camisa; de hecho, era una de sus camisas, lo cual era genial—. Estaba totalmente enamorado de ti antes de esto, y seguiré estándolo después… y para siempre.

—Me vas a hacer llorar de nuevo.

—Entonces llora. Y déjame cuidarte.

—Te quiero tanto.

Wrath le dio un beso en la boca, dos, tres.

—Muy bien. Ahora termina de alimentarte y pediré que te suban algo de comer.

—No, nada de comida, por favor. No ahora. Tu energía es lo único que necesito.

Amén, pensó Wrath.

Wrath se quedó en el borde de la cama mientras ella seguía alimentándose de la vena de su muñeca. Luego la ayudó a darse una ducha, a secarse y la volvió a meter entre las sábanas.

—Solo voy a descansar un poco —dijo Beth, que ya estaba empezando a quedarse dormida, mientras las persianas empezaban a subir.

—Todo lo que quieras.

Un hijo. *Un hijo*.

—Voy a ir a trabajar un rato —dijo Wrath, antes de contenerse.

Era curioso. Eso era lo que él le decía todas las noches, después de la Primera

Comida, para indicar de manera jocosa que se iba a poner la corona para ocuparse de las mierdas del gobierno.

—Me alegra tanto —dijo Beth con voz soñolienta.

Era curioso cómo, ahora, todo ese rollo de ser rey ya no le parecía una carga tan pesada.

De hecho, al agarrarse del arnés de George, Wrath sintió lo fácil que era bajar las escaleras y dirigirse al estudio. Y cuando entró en él, y encontró el escritorio, y caminó alrededor de sus esquinas talladas…, se detuvo antes de sentarse en la silla de su padre.

Al sentarse con gran reverencia, Wrath oyó que el trono crujía, como siempre, y se preguntó si también crujiría cuando su padre se sentaba en él. No recordaba ese detalle y deseó tener mejor memoria.

Así que en lugar de llamar a Saxton, o revisar el correo electrónico a través de la aplicación de voz del ordenador, Wrath frunció el ceño y trató de recordar la mayor cantidad de cosas del pasado que pudiera identificar. Sin embargo, todo se veía borroso, debido a su ceguera incipiente.

Dios, realmente nunca había pensado en el aspecto humano de su esposa, pero esperaba con todas sus fuerzas que el nuevo ADN que ella estaba aportando pudiera contrarrestar su defecto físico. Sería genial que su hijo naciera con buena vista.

Pero si no era así…

Él ya había recorrido ese camino y estaría ahí para apoyar a su hijo. Ser ciego no era maravilloso, pero tampoco implicaba que tuvieras que desperdiciar tu vida.

Mieeeeerda, pensar que había estado dispuesto a sacrificar a su hijo solo porque tenía miedo de que él o ella heredaran su defecto. Qué estupidez. Y qué patético por su parte.

Gracias a Dios, el destino había sido más sabio…

—Excelencia —dijo Fritz.

—¡Adelante! —Vaya si estaba contento, pero ya era hora de rebajar un poco la euforia, aunque fuera para no quedar como un tonto.

—Uno de los obreros desea una audiencia, Su Excelencia.

Ah, sí. Y por un momento, Wrath volvió a caer en su hábito de rechazarlo todo, pero luego se puso de pie.

—Perfecto. Voy a bajar… Aunque, no.

Wrath se volvió a sentar en el trono con gran determinación.

—Dile que suba. Aunque es mejor que alguien lo acompañe. Pídeles a los Hermanos que ayuden.

Todavía no estaba listo para confiar en nadie fuera de los miembros de la casa.

—Enseguida, Excelencia —dijo el mayordomo—. ¡Será un placer!

Parecía que él no era el único que estaba feliz…

Wrath miró hacia el suelo.

—No sé qué estoy haciendo aquí, George.

El ruido que oyó en respuesta era exactamente el voto de confianza que necesitaba. ¡A la mierda con la glymera!

Un poco después, la voz de Vishous cortó el aire del estudio.

—Aquí está tu visitante.

—Hazlo pasar.

Se oyeron unos pasos y luego, de repente el aire de la habitación cambió de una manera tan abrumadora que Wrath dio un respingo.

Nunca había sentido tanta… ¿gratitud? ¿Era eso? ¿O reverencia? Era un *bouquet* compuesto por emociones muy profundas, de eso no cabía duda.

—El jefe de los obreros está haciéndote una reverencia, Excelencia —dijo V—. Y se ha quitado la gorra.

El hecho de que el obrero estuviese llorando fue algo que Vishous omitió.

Wrath se puso de pie y caminó alrededor del escritorio. Antes de que pudiera decir nada, una retahíla de palabras salió de la boca de aquel humilde macho.

—Sé que fuisteis vos. Sé que solo pudisteis ser vos —dijo el macho con voz entrecortada—. No tengo con qué pagaros. ¿Cómo lo supisteis?

Wrath se encogió de hombros.

—Solo pensé que tu hija probablemente necesitaba una silla de ruedas mejor. Y un par de rampas.

—Y la furgoneta. Esa furgoneta… ¿Cómo…?

—Supongo que no te sobra el dinero, aunque cuidas bien a tu familia. Y en cuanto a la razón por la que lo hice… Tú me estás ayudando aquí, así que yo quería ayudarte allí.

—Mi segunda shellan no tiene palabras para expresar su gratitud. Y yo tampoco. Pero queremos ofreceros esto. Aunque no es un tributo digno de vos, Majestad.

Wrath frunció el ceño y, de repente, sintió cómo un trozo de pasado regresaba a él.

Y eso lo hizo parpadear.

Wrath recordó que la gente solía hacer eso mismo con su padre, ofrecerle al rey regalos como muestra de su gratitud.

—Me siento honrado —dijo Wrath con voz ronca, al tiempo que estiraba las manos.

Lo que le pusieron sobre las palmas era muy suave.

—¿Qué es?

Ahí se produjo una incómoda pausa. Como si el obrero no entendiera.

Y eso fue el momento en que Wrath supo que había llegado a una encrucijada. Extrañamente, en ese momento pensó en su hijo.

Así que pasó el regalo de una mano a la otra, y…

… se quitó las gafas de sol.

—Soy ciego —le dijo al macho—. No puedo ver. Esa es la razón por la que supe que podría ser importante para ti y para tu familia. Tengo algo de experiencia en tener

que acomodarme al mundo.

El hombre no salía de su asombro.

Wrath sonrió.

—Sí, eso del Rey Ciego no es solo un rumor. Es la realidad…, pero no me avergüenzo de ello.

Joder… Wrath nunca se había dado cuenta de lo inferior que se sentía hasta que pronunció esas palabras. Nunca se había dado cuenta de todo lo que escondía. Cuántas disculpas había ofrecido por algo que estaba más allá de su control. Pero eso era algo del pasado.

Pero ya fuera ciego o tuviera una buena visión, tenía que dar ejemplo en este mundo y se sentiría fracasado si no era capaz de asumir su responsabilidad.

—Así que, por favor —le dijo al macho, que seguía perplejo—, descríbeme el regalo que acabas de darme.

Hubo una pausa muy larga. Y el obrero no fue el único sorprendido. Wrath podía percibir que Vishous tampoco podía creerlo, mientras fumaba como una chimenea en un rincón.

El obrero se aclaró la voz.

—Es…, ah, mi compañera, ella hace telas siguiendo la tradición del Viejo Continente. Y las vende dentro de la comunidad de la raza, para estandartes y ropa. Este es…, es su tejido más fino, uno que hizo hace muchos años, pero no había tenido corazón para vender. Le tomó un año entero tejerlo… —Al macho se le quebró la voz —. Dijo que ahora sabe por qué no había querido venderlo. Dijo que os contara que ahora sabe que lo estaba guardando para ofrecéroslo a vos.

Wrath dejó las gafas a un lado y pasó la mano por la tela.

—Nunca había tocado algo tan fino. Es como satén. ¿De qué color es?

—Roja.

—Mi color favorito. —Wrath hizo una pausa y luego lo decidió. Mierda—. Voy a tener un hijo.

El macho dio otro respingo.

—Sí, mi compañera y yo… hemos tenido suerte. —De repente, Wrath se dio cuenta de que su hijo no sería el heredero al trono… y se sintió triste. Pero también sintió una especie de alivio—. Usaré esta tela para recibirlo. Cuando nazca.

Yyyyyyyyy ahí se oyó otra exclamación.

—No, él no es el heredero al trono —dijo Wrath—. Mi esposa es en parte humana. Así que él no se podrá sentar donde yo me siento…, pero todo está bien.

Su hijo se labraría su propio camino. Era… libre.

Y mientras decía la verdad, sin tener que disculparse ni explicar, mientras se cubría con el manto de la sinceridad, mientras pronunciaba las palabras que llevaba tanto tiempo escondiendo, sin darse cuenta…

Wrath descubrió que él, también, había encontrado por fin la libertad. Y que sus padres, si tenían la oportunidad de mirar por encima de su hombro, aprobarían lo que

estaba haciendo.

Y cómo era él en este momento.

CAPÍTULO 66



El centro comercial Caldwell estaba abierto hasta las diez de la noche.

Cuando Xcor se materializó en un rincón escondido de su enorme aparcamiento, empezó a caminar entre las filas de coches aparcados hacia una entrada que tenía un gran letrero rojo sobre una multitud de puertas.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí, a punto de entrar a un lugar lleno de humanos. Con un propósito que, si se lo hubiese planteado alguno de sus soldados, jamás lo habría siquiera considerado.

Al atravesar las puertas de cristal, Xcor frunció el ceño. Había tanta ropa femenina a derecha e izquierda, de toda clase de colores brillantes, que se le despertaban las ganas de atacar todo el lugar con un lanzallamas para proteger sus retinas de aquel espectáculo.

Frente a él había una sección de vitrinas de cristal con extrañas cosas, bufandas que colgaban de perchas y espejos, maldición, había espejos por todas partes.

Al pasar junto a ellos, Xcor bajó los ojos. No deseaba que le recordaran su fealdad. En especial no esta noche…

¿Tendrían en este lugar lo que él estaba buscando?

Mientras recorría la primera planta, podía sentir los ojos de los clientes sobre él, y era evidente que todos se preguntaban si irían a terminar en las noticias. Xcor hizo caso omiso de ellos y siguió hacia arriba, ascendiendo sobre unas escaleras que se movían.

Fue en la segunda planta donde encontró el departamento de ropa masculina.

Sí, aquí había toda clase de camisas y pantalones y jerséis y chaquetas para hombre, colgados en perchas y desplegados sobre mesas. Y como sucedía abajo, la música zumbaba mientras las luces del techo destacaban la mercancía.

¿Qué demonios estaba haciendo ahí?

—Hola, ¿puedo ayudarte? ¡Caramba!

Cuando Xcor giró sobre sus talones y se puso en posición de ataque, el vendedor humano y negro dio un salto hacia atrás y levantó las manos.

—Perdonadme —murmuró Xcor. Al menos no había sacado ninguna de sus armas.

—No hay problema. —El hombre, de cara atractiva y bien vestido, sonrió—. ¿Buscas algo en especial?

Xcor miró a su alrededor y casi retrocede hacia la curiosa escalera.

—Necesito una camisa nueva.

—Ah, perfecto, ¿tienes una cita romántica?

—Y pantalones. Y calcetines. —Ahora que lo pensaba, nunca usaba ropa interior —. Y ropa interior. Y una chaqueta.

El vendedor sonrió y levantó una mano, como si fuera a darle una palmadita en el hombro, pero luego se contuvo y claramente lo pensó mejor.

—¿Qué clase de *look* estás buscando? —preguntó.

—Vestido.

El tío hizo una pausa, como si no estuviera seguro de que fuera una broma.

—Ah…, bueno, seguro que encontramos algo. Además, así no te meterás en líos. Ven conmigo.

Xcor lo siguió, porque no sabía qué más hacer. Ya había puesto a rodar la bola y no había razón para no seguir adelante.

El hombre se detuvo frente a un muestrario de camisas.

—Entonces voy a imaginarme que se trata de una cita, a menos de que me corrijas. ¿Casual? No me has pedido un traje.

—Casual. Sí. Pero quiero verme… —Bueno, lo menos parecido a él mismo, en todo caso—… presentable.

—Entonces creo que lo que buscas es una camisa tradicional.

—Una camisa tradicional.

El tío lo miró detenidamente.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, no lo soy.

—Se nota por el acento. —El vendedor pasó una mano por el confuso muestrario de cuadrados doblados con cuellos—. Estos son nuestros cortes tradicionales. Puedo apostar, sin medirte, que el estilo europeo no te sentaría bien; tienes los hombros muy musculosos. Aunque acertáramos con el cuello y los brazos, te quedaría pequeña. ¿Te gusta alguno de estos colores?

—No sé qué me gusta.

—Mira. —El hombre tomó una camisa azul que le recordó a Xcor el protector de pantalla de su móvil—. Este te hace juego con los ojos. No es que a mí me gusten los hombres, pero debes fijarte en este tipo de cosas. ¿Tienes alguna idea de cuál es tu talla?

—XXXL.

—Necesitamos ser un poco más precisos. —El vendedor sacó un metro de tela—. ¿Cuello? ¿Brazos?

Como si quisiera explicar un poco más, el hombre hizo un pequeño círculo frente a su propia garganta.

Xcor se miró. Solo llevaba puesta la camiseta más limpia que tenía, un par de pantalones militares de combate y sus botas.

—No lo sé.

El hombre estiró la cinta métrica, pero luego vaciló.

—Te diré lo que vamos a hacer, ¿qué tal si te doy esto y tú te lo pones alrededor de tu cuello y yo anoto el número?

Xcor agarró el metro e hizo lo que le pedían.

—Muy bien, caramba. —El vendedor cruzó los brazos sobre el pecho—. Bueno, no llevarás corbata, ¿verdad?

—¿Corbata?

—Tomaré eso como un no. ¿Me dejas medirte el brazo?

Xcor extendió el brazo izquierdo y el hombre se movió rápido.

—Al menos este es casi normal. ¿Ancho? Pareces una roca, pero tengo una idea.

Minuto y medio después, Xcor tenía tres camisas diferentes para probarse.

—¿Y los pantalones? —preguntó el vendedor.

—No conozco la talla ni sé decir qué prefiero. —Y lo mejor era ser eficientes—. Y lo mismo me ocurre con las chaquetas.

—Tenía el presentimiento de que dirías eso. Ven conmigo.

Antes de darse cuenta, estaba completamente desnudo en un probador, metiendo su cuerpo entre la ropa, con las armas escondidas debajo de la pila de cosas que llevaba puestas al entrar.

—¿Qué tal? —preguntó su nuevo mejor amigo desde el otro lado de la puerta.

Xcor se miró al espejo y sintió que sus cejas se levantaban por voluntad propia. Estaba…, no estaba bien, no. Eso nunca se podría decir de él. Pero no parecía tan estúpido como se sentía, ni tan rudo como resultaba con su propia ropa.

Luego se quitó la chaqueta negra que le habían sugerido, se puso las armas y los cuchillos y volvió a ponerse la chaqueta. Le quedaba un poco ajustada en la espalda, y no se la podía abotonar, pero era mucho mejor que su chaqueta de cuero manchada de sangre. Y los pantalones apenas se ajustaban a sus muslos.

Al salir, Xcor devolvió las otras dos camisas.

—Me llevaré todo esto.

El vendedor aplaudió.

—Genial. Mucho mejor. ¿Necesitas zapatos?

—Tal vez después.

—Tendremos rebajas a fin de mes. Regresa entonces.

Xcor lo siguió hasta el punto de pago y tomó un par de tijeras para cortar las etiquetas que colgaban de su muñeca y su cintura.

—¿Tenéis aromas?

—Ah, ¿te refieres a agua de colonia?

—Así es.

—Eso está en otra sección, allí enfrente. Te puedo mostrar dónde están, de hecho, mira esto. —El vendedor abrió un cajón—. Aquí tengo algunas muestras: sí, la tradicional Drakkar. Égoïste, esa es buena. Polo, la original. Ah, prueba esta.

Xcor aceptó un frasquito diminuto, abrió la tapa y aspiró. Olía a fresco, a limpio…, a lo que olería un tío atractivo que se echara agua de colonia.

Básicamente, todo lo que él no era.

—Me gusta esta.

—Calvin Klein Eternity. Muy tradicional, y a las chicas les encanta.

Xcor asintió como si supiera de qué estaba hablando. Vaya mentira.

El vendedor lo sumó todo.

—Muy bien, en total son quinientos noventa y dos.

Xcor sacó los billetes que se había metido en el bolsillo posterior.

—Tengo esto —dijo y desplegó el dinero entre sus manos abiertas.

El vendedor levantó las cejas.

—Sí, bueno, no es tanto. —Hubo una pausa—. ¿Quieres que…? Bueno, necesito cinco de estos, cuatro de estos y dos de estos.

Xcor trató de facilitar el proceso sacando las denominaciones específicas que, al parecer, tenían algún significado.

—Y aquí tienes tu cambio y tu recibo. ¿Quieres una bolsa para guardar la ropa vieja?

—Sí, por favor. Gracias.

El vendedor le pasó por encima del mostrador una gran bolsa blanca, con una estrella roja.

—Gracias por visitarnos. Mi nombre es Antoine, por cierto. Por si quieres volver a buscar los zapatos.

Después de meter su ropa vieja dentro de la bolsa, Xcor se sorprendió haciendo una reverencia.

—Os agradezco mucho la ayuda.

Antoine levantó la mano como si, otra vez, fuera a darle una palmadita, pero nuevamente se contuvo y sonrió.

—Vas a dejar a tu chica asustada, amigo.

—Ah, no. —Xcor negó con la cabeza—. Eso no será necesario. Esta hembra me gusta.

‡ ‡ ‡

Layla salió de la mansión a las once y cuarenta y ocho por las puertas francesas de la biblioteca. Nadie pareció notarlo; pero, claro, Rhage y John Matthew estaban

vigilando a los obreros que trabajaban en la sala de billar, Wrath se encontraba arriba en su estudio con Saxton, Beth estaba descansando, los otros Hermanos combatiendo, y Qhuinn y Blay disfrutando de un rato de intimidad en su noche libre.

Ah, y los doggen estaban ocupados limpiando después de las celebraciones de la Primera Comida.

Aunque tampoco es que Layla estuviera pendiente de todos en la casa.

No.

Al desmaterializarse desde la terraza, viajó hasta la pradera que se le estaba volviendo tan familiar y volvió a tomar forma al pie del arce.

Vestida con su ropa tradicional, llevaba un abrigo para mantener el calor y, en el bolsillo, un espray de gas pimienta.

Qhuinn había insistido en enseñarle defensa personal y también en darle clases de conducir. Para que, en caso de que apareciera ese otro macho, estuviera preparada.

Layla se metió la mano en el bolsillo del abrigo, agarró el espray, caminó con cuidado alrededor del árbol e inspeccionó la pradera cubierta de nieve.

Estaba sola.

Querida Virgen Escribana, ¿de verdad iba a…?

Una figura apareció de repente al pie de la colina y, cuando la brisa cambió de dirección, Layla percibió el olor.

Era él. Y… ¿algo más? Una especie de fragancia que era al mismo tiempo masculina… y deliciosa.

Xcor tardó un rato en acercarse, con pasos lentos y constantes. Llevaba algo bajo el brazo. Layla sintió cómo su cuerpo respondió al instante a la presencia de Xcor y el corazón se le aceleró, las manos le empezaron a sudar y la respiración se le volvió irregular.

Layla se dijo que era miedo. Lo que en gran parte era cierto… Pero también había algo más…

Cuando Xcor llegó frente a ella, Layla se dio cuenta de que su ropa era distinta. Más refinada. Atractiva.

Como si tal vez se hubiese vestido para ella.

Para tratar de aliviar el ardor de los pulmones, Layla inhaló profundamente y frunció el ceño.

—Hueles… distinto.

—¿Mal?

Layla negó con la cabeza.

—No. No. En absoluto. Y tu ropa…, estás muy bien.

Xcor no respondió nada y tampoco demostró ninguna emoción, para que ella no pudiera sacar ninguna conclusión.

El silencio volvió a imponerse. Hasta que ella no aguantó más.

—¿Y bien?

Al menos él no fingió no entenderla.

—He pensado en todo lo que me has ofrecido.

Ahora a Layla el corazón le latía tan fuerte que apenas podía oír la voz profunda de Xcor.

—¿Y qué dices? —le preguntó ella con voz ronca.

—Acepto tus condiciones.

Era lo que ella esperaba. Y, sin embargo, empezó a temblar de manera incontrolable.

—A cambio de que me permitas usarte, pondré fin a mi lucha por el trono.

Al menos, Layla se tranquilizó un poco con esa declaración. Pero luego recordó que tendría que cumplir con su parte del trato.

—No te preocupes —dijo él bruscamente—. No será esta noche.

Layla respiró aliviada, lo cual hizo que el rostro de Xcor se ensombreciera.

—Pero el aplazamiento no será indefinido. —Xcor tomó lo que llevaba debajo del brazo—. Tarde o temprano, me darás lo que deseo.

Con un movimiento rápido, sacudió lo que resultó ser una manta y la puso sobre el suelo.

Al mirar la manta sobre el suelo, Layla no supo qué hacer.

—Siéntate —le ordenó él—. Y cúbrete con esto.

Cuando ella obedeció y recibió otra manta, se preguntó qué iba a hacer…

Xcor se sentó junto a ella y se abrazó las rodillas. Mientras observaba el paisaje, tenía una expresión inescrutable.

Layla siguió el ejemplo de Xcor e incluso adoptó la misma posición.

Al menos había salvado a Wrath. Y siempre y cuando su hijo no corriera peligro, seguiría haciendo lo que fuera necesario por el rey.

Sin que le importara el coste.

CAPÍTULO 67



La noche siguiente, Beth estaba en su cama matrimonial, con una extraordinaria pieza de tela en las manos.

—¿De verdad esto fue hecho por alguien?

—Sí, por la shellan del jefe de los obreros.

Entrecerrando los ojos, Beth trató de imaginarse cómo se podía tejer una trama tan increíblemente fina y perfecta sin contar con la ayuda de una máquina.

—Es totalmente increíble.

—Les dije que la usaríamos para nuestro hijo, cuando nazca.

Beth trató de pasar por alto la punzada de temor puro que la atravesó. Wrath, al que le aterraba todo el asunto del alumbramiento antes de que ella se quedara embarazada, parecía olvidar ahora esa parte. Pero ella no dejaba de pensar en eso.

—Sí, claro —murmuró Beth—. Me encanta el color.

—Tenía que hacer algo por esos dos. Él es un buen tío. Pero, la verdad, no esperaba nada a cambio…

Al salir del baño, Wrath iba vestido con su uniforme y Beth tuvo que tomarse un segundo para admirar la vista. El pelo le caía, suelto, casi hasta el trasero. Sus magníficos brazos mostraban todos los músculos que tenían gracias a la camiseta sin mangas. Y esos pantalones de cuero…

—Me dijeron que ella trabajó en esa tela durante un año…

—¿Algún día vas a volver a hacerme el amor? ¿O tendré que esperar cinco meses?

Wrath se detuvo en seco.

Pero al menos Beth se dio cuenta de que su esposo le estaba prestando atención.

—Vamos, Wrath. Como te dije ayer, estoy embarazada, no enferma.

—Ah…

Beth se quedó mirando las caderas de Wrath, observando cómo su erección

tomaba forma y deseando aquella larga polla suya.

—Bueno, al menos sé que me deseas —murmuró Beth.

—Nunca lo dudes.

—Entonces, ¿qué te parece si lo hacemos ahora? Porque estás… muy bien. —Beth volvió a hacer una inspección general—. ¿Has crecido de un momento para otro? Me refiero a ese bate de béisbol que llevas en el bolsillo. ¿O es que te alegras de verme? Ven aquí y déjame probar tus atributos, grandullón.

Wrath dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Beth…

—¿Quéeeeeee? ¿Cuál es el problema? Mira, tenemos que hablar de esto. Porque esta abstinencia no es buena para ti ni para mí.

—Mi hijo está ahí dentro, ¿no? Así que, sencillamente, no me parece… apropiado.

Beth no tenía la intención de reírse, pero no pudo evitarlo.

—Lo siento. —Beth levantó las manos al ver que Wrath parecía molesto—. De verdad, no me estoy burlando de ti.

—Ah, ¿de veras?

—Ven aquí. —Beth extendió los brazos—. Y no, no voy a seducirte. Palabra de *scout*.

Wrath caminó descalzo hasta la cama, con los calcetines negros en la mano. Parecía absurdo sentar al rey de los vampiros para echarle un discurso, en especial viendo su envergadura. Pero Beth se volvería loca si no podía tener la conexión sexual. Y él también la echaba de menos.

—Quiero estar contigo —dijo ella—, pero solo si tú te sientes cómodo. Eso no le va a hacer daño al bebé, puedes llamar a la doctora y preguntárselo tú mismo. O hablar con Z. Él y Bella tuvieron relaciones mientras ella estaba embarazada. Ella me lo dijo. Habla con quien tengas que hablar, pero por favor piensa de nuevo qué es lo que quieres. No podemos dejar de estar juntos.

Cuando Wrath hizo chasquear los dedos, como si estuviera pensando de nuevo las cosas, ella se quedó mirando los tatuajes que cubrían la parte interna de sus antebrazos.

Beth trató de imaginar a su hijo con esos tatuajes y giró la mano de Wrath para poder pasar las yemas de los dedos por aquellos símbolos.

—¿Él también tendrá estos? —Tantos nombres, pensó Beth—. O como yo soy su madre, no estará autorizado para…

—A la mierda con eso. Claro que podrá tenerlos. Le pediré a V que se los haga. Pero solo si él quiere tenerlos.

—Estoy sorprendida.

—¿Por?

—Porque quiero que los tenga. Quiero que sea idéntico a ti.

Hubo una larga pausa y Wrath tuvo que aclararse la garganta.

—Ese es el mejor cumplido que me han hecho en la vida.

—No lo sé… Sencillamente siento que eres perfecto.

—Ahora me estás poniendo colorado.

Beth soltó una carcajada.

—Es cierto.

—Pero yo digo groserías. Constantemente. Y tengo mal humor. Y soy mandón. Incluso a ti te doy órdenes.

—Pero también eres un gran guerrero. Y un gran amante… Aunque mi hijo nunca jamás practicará sexo, no, nada de nada en ese campo…, y si tenemos nietos, habrán sido concebidos milagrosamente. Espera, ¿dónde estaba? Ah, sí, también eres muy fiel. Nunca has mirado a otra mujer.

Wrath levantó su índice y comentó:

—Y eso seguiría siendo cierto aunque pudiera ver.

—Y eres inteligente. Y guapo…

Wrath se inclinó sobre Beth.

—¿Estás tratando de halagarme para que me acueste contigo?

—¿Está funcionando?

—Quizás. —Wrath la besó en los labios—. Solo dame un poco de tiempo. No hace ni un día que tuviste que ir al médico porque estabas vomitando sin parar.

Beth le acarició la mejilla y el mentón.

—Te esperaré. Siempre.

—Me alegro. —Wrath se enderezó—. Y ¿cómo está tu estómago? ¿Quieres comer algo? La doctora dijo que tenías que subir de peso, ¿no?

—No me apetece nada. Pero voy a intentar tomar unas galletitas saladas y un poco de ginger ale. Layla dice que eso es lo máximo.

—Perfecto. ¿Cuándo tienes que volver a ver a la doctora?

—Bueno, esa fue la otra parte de la cita. iAm tuvo que hacer su magia con la pobre mujer. Naturalmente, mis resultados eran totalmente extravagantes, aunque los niveles de la hormona del embarazo salieron bien. Ella quiere que regrese en un mes, a menos que se presente algún cambio. La doctora Jane dice que va a tratar de conseguir un ecógrafo para la clínica. Ellos tienen equipos para ortopedia, pero no hay uno específicamente para el embarazo que permita hacer imágenes en tres dimensiones. Desgraciadamente, el equipo puede ser horriblemente caro…

—Tendrán lo que sea que necesiten.

Beth asintió y guardó silencio.

Después de un momento, tomó la mano de su marido y pasó su pulgar por el diamante negro.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Voy a trabajar un rato.

Beth sonrió.

—Me encanta cuando dices eso ahora.

—¿Sabes? A mí también. —Wrath se encogió de hombros—. Es curioso, antes me sentía totalmente inadecuado para ese trabajo. Ya sabes, cuando me comparaba con mi padre, y bla, bla, bla. Pero el que no estaba contento consigo mismo era yo, no él. Y, no sé, creo que ya me olvidé de toda esa mierda.

—Me alegro.

—Sí, es bueno. —Wrath frunció el ceño—. Solo quisiera que hubiese alguna manera de… No sé, me gustó ayudar a ese obrero. Y hay mucha más gente como él ahí fuera…, tiene que haberla. Pero no sé cómo llegar hasta ellos. Mi padre solía ser muy juicioso con toda esa mierda, siempre hablaba con la gente, pero con gente de verdad, no con esos gilipollas de la glymera…

Beth se sentó de un salto.

—Tengo una idea. Ya sé exactamente qué podemos hacer.

Wrath la miró de reojo, y la sonrisa lenta que esbozó fue de lo más *sexy*.

—¿Sabes qué? —dijo—. Me encanta tu inteligencia. De verdad.

‡ ‡ ‡

Wrath lanzó una patada voladora que trazó un círculo completo. Y pegó justo donde quería que lo hiciera: arriba, en la cara.

Tohrture soportó el impacto girando sobre los talones y blandiendo la espada al mismo tiempo, de modo que la hoja brillara justo cuando se acercara al pecho de Wrath. Solo que no logró cubrir toda la distancia. Y no hubo sangre, ni ropa cortada.

Pero Wrath sabía que era muy pronto para celebrar esa pequeña victoria. Así que se puso de pie dando una voltereta en medio del aire y aterrizó con firmeza, adoptando la posición de combate y levantando las dos dagas…

—¡Suelta las dagas! —gritó Ahgony.

Sin perder ni un instante, Wrath arrojó las dagas y enfrentó a su oponente con las manos desnudas.

Tohrture se abalanzó sobre él con todas sus fuerzas y Wrath se quedó muy quieto. Pero en el último segundo, cuando el grito de guerra del Hermano resonaba ya contra las paredes de la caverna iluminada con antorchas, Wrath se agachó y agarró al guerrero de los tobillos con una embestida por sorpresa.

Tohrture se fue hacia delante… y, tal como Wrath había aprendido, lo último que quieres en la vida es un Hermano con una espada en la mano y encima de ti. Así que se apresuró a quitarse del camino y volvió a ponerse de pie. Era el momento crítico. Siempre había que volver a ponerse de pie.

Tohrture hizo lo mismo: se levantó un segundo después, con la espada en alto, al nivel de los ojos. Los dos respiraban con dificultad, pero por fin, después de muchas semanas de entrenamiento, Wrath no era el único que tenía magulladuras.

La espada silbó en el aire cuando Tohrture empezó a darle vueltas alrededor de su inmenso tronco.

Wrath ni siquiera se daba cuenta de la cantidad de cosas en las que se estaba fijando: dónde se apoyaba el peso de su oponente, adónde apuntaban sus ojos, cómo se contraían los pequeños grupos de músculos. Pero todo aquello era parte de su entrenamiento, cosas que alguna vez le habían parecido extrañas, pero que ahora se habían vuelto parte de su naturaleza.

De repente fue atacado desde atrás, y un enorme peso lo tumbó al suelo. Antes de que pudiera tomar aire, le dieron la vuelta y lo agarraron de la garganta mientras un guante se cerraba en un puño.

¡Crac!

El impacto lo dejó inconsciente durante un instante y sus brazos cayeron al suelo de tierra compacta.

—¡Atención! —gritó Ahgony.

El peso se quitó de encima de él enseguida y Night se apartó con expresión de preocupación, no de agresión.

Wrath se obligó a darse la vuelta y levantó el torso del suelo. Luchando por respirar a través de la boca, llena de sangre, dejó que esta cayera al suelo con la ayuda de la gravedad.

El dolor le había encendido la cara y, mientras esperaba a que desapareciera, recordó cómo, al principio de todo aquello, la sensación de estar herido lo había hecho sentir frustrado y asustado. Pero eso ya no sucedía. Ahora conocía cómo funcionaba el alivio: cómo el adormecimiento llegaría de modo inevitable, y luego su mente se aclararía en segundos y podría volver a levantarse.

Gotas. Gotas. Gotas.

La sangre tenía un color rojo brillante mientras formaba un pozo debajo de su cara.

—Suficiente por esta noche —anunció Ahgony—. Buen esfuerzo, señor.

Wrath se levantó por sí mismo apoyándose en las rodillas hasta enderezar el tronco. Sabía que todavía no debía ponerse de pie. Su cráneo todavía estaba aturdido. Esperar…, esperar…

—Venid, señor, permitidme —dijo Night y le ofreció una mano.

—¿Deberíamos llamar al sanador? —preguntó alguien.

Wrath cerró los ojos y sintió que su cuerpo estaba a punto de renunciar. Pero luego se imaginó a su amada shellan, acostada en su cama, con esa piel del color de las nubes.

Y enseguida se puso de pie sin ayuda, y escupió el resto de la sangre que le quedaba en la boca.

—Otra vez —les dijo a los demás—. Lo haremos… otra vez.

Hubo un momento de pausa, mientras la luz de las antorchas iluminaba a los otros machos que se encontraban en la cueva secreta de entrenamiento.

Y luego los Hermanos le hicieron una venia, como las que Wrath había notado que le hacían últimamente. No era una reverencia formal, no como cuando estás

saludando o despidiéndote de alguien, según la costumbre aristocrática.

Esta era una venia de respeto.

—Como deseéis, mi lord —dijo Ahgony, antes de volver a llamar a todos otra vez:

—¡Atención!

CAPÍTULO 68



—¿Adónde vas tú?

Abalone se detuvo mientras se ponía el abrigo. Cerró los ojos y verificó su expresión antes de dar media vuelta y mirar a su hija.

—A ningún sitio, querida. —Abalone sonrió—. ¿Vas a clase?

—¿Por qué esta carta? —La muchacha mostró un sobre abierto que tenía en la palma de la mano—. A dónde vas.

Abalone pensó en la proclama que colgaba encima de la chimenea. La que llevaba el nombre de su padre. Y luego se preocupó por lo que ella sostenía en su delicada mano.

—He sido llamado a ver al rey —dijo con voz tensa—. Y debo obedecer.

Su hija palideció y se envolvió entre los brazos.

—¿Vas a regresar?

—No lo sé. —Abalone se acercó y la abrazó—. Eso depende de Su Majestad…

—¡No vayas!

—No te faltará de nada. —Siempre y cuando los bienes que le había dado a su padre el padre del presente rey siguieran siendo suyos. Pero, además de eso, Abalone había escondido dinero en lugares secretos—. Fedricah está al corriente de todo y se encargará de cuidarte. —Abalone dio un paso atrás—. No puedo avergonzar nuestro linaje. Tu futuro depende de esto.

Si no resarcía su cobarde acto, sabía que ella sería la siguiente. Y que él no lo soportaría.

—Cuídate —le dijo Abalone a su hija con voz temblorosa.

—¡Padre! —gritó ella, mientras él daba media vuelta y se dirigía a la puerta.

Después de hacerle una seña al mayordomo, Abalone se marchó sin ver cómo el doggen se interponía en el camino y agarraba a su hija.

Fuera, Abalone todavía podía oír sus gritos. Y pasó un rato antes de que pudiera

concentrarse lo suficiente para desmaterializarse. Aunque, después de un rato, lo logró.

Abalone se dirigió a la dirección que le habían dado y tomó forma en frente de…

Bueno, si ahí era donde iba a ser ejecutado, pensó, era un lugar lo suficientemente elegante para perder la vida. La mansión se encontraba en la mejor parte de Caldwell, una belleza de estilo federal llena de luz, que brillaba a través de las ventanas, y tenía una simpática lámpara que colgaba frente a la entrada.

Abalone podía ver a varias figuras que se movían dentro. Figuras de gran tamaño.

Con el miedo atenazándole la garganta y las rodillas temblorosas, caminó hasta la puerta principal. Había un timbre, junto al picaporte de bronce de la puerta, y tan pronto lo tocó, la puerta se abrió de par en par.

—¡Hola! Tú debes de ser Abalone.

Abalone solo pudo parpadear. La morena que estaba frente a él llevaba ropa suelta, el pelo se le enroscaba en las puntas y tenía unos ojos azules y brillantes, que parecían amables y atentos.

—Yo soy Beth —dijo ella al tenderle la mano—. Me alegra que hayas venido.

Abalone miró la mano que le tendían y dio un respingo. ¿Acaso ese era… el rubí saturnino? Querida Virgen Escribana, esta era la…

Abalone cayó de rodillas ante ella e inclinó la cabeza casi hasta tocar el suelo.

—Majestad, no soy digno de…

Dos botas negras inmensas entraron en su campo de visión.

—Hola, tío. Gracias por venir.

Esto tenía que ser un sueño.

Abalone levantó los ojos, muy, muy arriba… hacia el más tremendo vampiro que hubiera visto en la vida. Y, en efecto, con ese pelo negro y largo, y esas gafas de sol, Abalone sabía exactamente de quién se trataba.

—Majestad, yo…

—No te ofendas, pero ¿podrías levantarte? Quisiera cerrar la puerta. Mi esposa se está enfriando.

Mientras se levantaba, Abalone recordó que había olvidado quitarse el sombrero. Así que se despojó de él con un movimiento brusco y luego lo puso delante de su pecho.

Y luego lo único que pudo hacer después fue mirar a uno y otro lado, y luego hacia atrás, cuando dos machos tan enormes que tenían que ser Hermanos movieron unas sillas al fondo del vestíbulo.

—¿Es él? —preguntó un macho espléndidamente atractivo.

—Sí —contestó el rey y movió la mano hacia la derecha—. Entremos aquí, Abe…

—¿Vais a matarme? —preguntó Abalone sin moverse.

La reina levantó las cejas.

—No, por Dios, no. ¿Por qué íbamos a hacer algo así?

Wrath le puso una mano sobre el hombro.

—Te necesito vivo, amigo. Porque necesito tu ayuda.

Convencido de que iba a despertar en cualquier momento, Abalone siguió de manera aturdida hasta una agradable habitación que debía de haber cumplido la función de comedor, a juzgar por el candelabro de cristal y la gran chimenea. Sin embargo, no había mesa de comedor, ni filas de sillas, ni mesas auxiliares para servir. En lugar de eso, había un par de sillones ubicados uno frente al otro junto a la chimenea, y otros sofás cómodos y algunos asientos organizados a los lados. Había también un escritorio que reposaba en la esquina más próxima, en el cual estaba sentado un macho rubio y apuesto, que iba vestido con un perfecto traje de tres piezas y trabajaba en unos papeles.

—Toma asiento, Abe —dijo el rey, mientras él se sentaba en uno de los sillones.

Abalone obedeció. Era mejor que la guillotina, después de todo.

El rey sonrió y su rostro duro y aristocrático se suavizó un poco.

—No sé cuánto sabes sobre mi padre. Pero él solía organizar audiencias con la gente común. Mi esposa leyó el correo que enviaste la noche en que tuvo lugar la reunión del Consejo… y en él mencionabas tu trabajo con una organización de gente común, ¿verdad?

Abalone miró alternativamente al rey y a su compañera, que se había sentado en uno de los asientos y se estaba sirviendo un ginger ale.

Habían mentido, pensó de repente. Ellos seguían juntos, pues su deferencia y su devoción mutua eran evidentes.

—¿Abe?

—Ah… —No era lo que esperaba de esto en ningún sentido, pero se alegraba mucho al pensar que la glymera había sido burlada—. Sí, pero es…, es más una afiliación informal. Hay temas que necesitan solución y…, aunque no pretendo asumir vuestras funciones…

El rey levantó las manos.

—Mira, yo estoy muy agradecido. Solo quiero ayudar.

Abalone tragó saliva, pues tenía la garganta seca.

—¿Quieres un refresco? —preguntó alguien.

Era un Hermano que tenía el pelo muy negro, perilla y ojos del color del hielo, así como un conjunto de tatuajes en una de las sienes.

—Por favor. Gracias —contestó Abalone con voz débil.

Dos segundos después, el guerrero le entregó una Coca-Cola fría en un vaso. Lo que resultó ser la mejor bebida que Abalone había probado en la vida.

Después de hacer un esfuerzo para recuperar la compostura, Abalone murmuró:

—Perdonadme. Temí haber caído en desgracia con vos.

—En absoluto. —Wrath sonrió de nuevo—. Tú vas a ser muy, pero que muy útil para mí.

Abalone se quedó mirando su vaso lleno de burbujas.

—Mi padre sirvió al suyo.

—Sí. Y lo hizo muy bien, debo decir.

—Mi familia ha prosperado gracias a la generosidad de vuestra sangre. —Abalone le dio otro sorbo al vaso y su mano temblorosa hizo que el hielo tintineara —. ¿Puedo decir algo acerca de vuestro padre?

El rey pareció ponerse tenso.

—Sí.

Abalone levantó la vista hacia aquellas gafas de sol.

—La noche que él y vuestra madre fueron asesinados, una parte de mi padre murió con ellos. Nunca volvió a ser el mismo. Puedo recordar que nuestra casa estuvo de luto durante siete años consecutivos. Los espejos cubiertos con un paño negro, el incienso ardiendo, el umbral marcado con una puerta negra.

Wrath se restregó la cara.

—Eran buenas personas, mis padres.

Abalone dejó la Coca-Cola a un lado y se movió en la silla, hasta ponerse de rodillas ante el rey.

—Y yo os serviré tal como lo hizo mi padre, hasta los huesos y la médula.

Abalone apenas se dio cuenta de que en la habitación había entrado más gente y lo estaban observando. Pero no le importó. La historia se había cerrado… y él estaba preparado para seguir adelante con orgullo.

Wrath asintió una vez.

—Os nombro mi consejero principal. Justo aquí y en este instante. Saxton —llamó—. ¿Qué tengo que hacer?

Una voz de acento culto respondió:

—Acabáis de hacer todo lo necesario. Yo haré el documento oficial.

El rey sonrió y le tendió la mano a Abalone.

—Eres el primer miembro de mi corte. ¡Bum!

‡ ‡ ‡

—Ya sé a dónde fuiste anoche.

Xcor se detuvo en la mitad del callejón, pero no dio media vuelta.

—¿Sí?

La voz de Throe se mantuvo estable.

—Te seguí. Y la vi.

Ahora sí giró sobre sus botas y, entrecerrando los ojos mientras clavaba la mirada en su segundo al mando, Xcor dijo:

—Ten cuidado con lo que vas a decir ahora. Y nunca más vuelvas a hacer eso.

Throe dio una patada contra el suelo.

—Hablé con ella. ¿Qué demonios estás haciendo…?

Xcor se movió tan rápido que pasó menos de un segundo antes de que el otro

macho estuviese contra la pared de ladrillo, luchando por respirar.

—No es asunto tuyo juzgar eso. —Xcor se prometió no sacar la daga, pero era difícil—. Lo que ocurre en mi vida privada no es de tu incumbencia. Y déjame establecer esto con claridad: nunca jamás te acerques a ella de nuevo, si quieres vivir y morir de forma natural.

Throe habló con dificultad.

—Cuando nos apoderemos del trono…

—No. Eso ya no sucederá.

Throe levantó las cejas.

—¿No?

Xcor lo soltó y se alejó.

—Mis ambiciones han cambiado.

—¿Debido a esa *hembra*?

Antes de que pudiera contenerse, Xcor sacó una de sus pistolas y la apuntó contra la cabeza de Throe.

—Cuidado con el tono que usas.

Throe levantó lentamente las manos.

—Solo estoy cuestionando el cambio de planes.

—No es por ella. No tiene nada que ver con ella.

—Entonces, ¿con qué?

Al menos Xcor pudo decir la verdad ahí.

—Ese macho renunció a la hembra de la cual estaba enamorado con el fin de retener el trono. Sé de buena fuente cómo fueron los hechos. Y si él está dispuesto a hacer eso, pues puede quedarse con su maldito trono.

Throe soltó el aire con fuerza.

Y no dijo nada más. El guerrero solo se quedó mirando a Xcor a los ojos.

—¿Qué? —preguntó Xcor.

—Si quieres que diga algo más, tienes que bajar esa pistola.

Pasó un rato antes de que el brazo de Xcor le hiciera caso a su cerebro.

—Habla.

—Estás cometiendo un error. Pudimos llegar muy lejos… y seguro que encontraremos otra salida.

—Pero no participaremos nosotros.

—No tomes esta decisión debido a un capricho.

Ese era el problema. Xcor temía que había llegado más lejos que eso.

—No lo hago.

Throe caminó a su alrededor, con las manos en las caderas y sacudiendo la cabeza.

—Esto es un error.

—Entonces forma tu propia camarilla y trata de imponerte. No va a funcionar, pero te prometo que tendrás un buen entierro si todavía estoy por aquí.

—Tus ambiciones también alimentaban mis ambiciones. —Throe lo miró fijamente—. Yo no quiero renunciar al futuro con tanta despreocupación.

—No entiendo la palabra «despreocupación», pero no me importa la definición. Esto es lo que pienso. Puedes marcharte si lo deseas, o puedes quedarte y pelear con nosotros como siempre lo hemos hecho.

—Hablas en serio.

—El pasado ya no me interesa tanto como me interesaba antes. Así que vete si quieres hacerlo. Y llévate a los otros, si lo deseas. Pero nuestra vida en el Viejo Continente fue suficiente durante muchos años, así que no veo por qué la identidad del rey ha de preocuparte tanto.

—Porque mi daga no ha sido afilada en la piedra de la corona…

—¿Qué vas a hacer ahora? Eso es lo único que me importa.

—Me temo que ya no te conozco.

—En el pasado, eso habría sido una bendición.

—Pero ya no.

Xcor se encogió de hombros.

—Depende de ti.

Throe miró hacia el cielo, como buscando inspiración.

—Está bien —dijo con voz tajante.

—¿Qué?

—A pesar de lo mucho que me gustaría cambiar —dijo Throe y su expresión se volvió lúgubre—, mi lealtad está contigo.

Xcor asintió una vez.

—Tu promesa es aceptada.

Pero Xcor no se engañaba. La ambición de Throe se interponía ahora entre ellos y ningún intercambio de palabras, o incluso pergaminos, iba a cambiar eso.

Todavía no habían terminado con esto, ni por asomo. Y quizás pasaran noches, o semanas, o años antes de que la división se hiciera evidente…, pero lo que estaba destinado a suceder, sucedería tarde o temprano.

Y Xcor tenía miedo de que el botín fuera una hembra.

CAPÍTULO 69



Sentado en su escritorio del Iron Mask, Trez pensaba que ya estaba harto del club. El ruido, los olores, los humanos…, demonios, hasta el papeleo lo enervaba.

Mientras hacía a un lado un centenar y medio de recibos y se restregaba los ojos, Trez sintió que estaba a punto de estallar. Y luego, cuando bajó las manos y sus ojos se reacomodaron a la luz fluorescente, sintió un resplandor que nublaba su visión.

¿Otra migraña?

Tomó un pedazo de papel al azar, para comprobar si podía leer el texto.

No, todavía no tenía un punto ciego.

Entonces renunció a la idea de hacer algo, se recostó en la silla, cruzó los brazos y se quedó mirando la puerta cerrada. El estruendo lejano de los bajos lo hizo pensar que debía hacerse con unos tapones para los oídos.

Lo que realmente quería hacer era salir corriendo de allí. Y no solo del club. O del que estaba organizando en aquella bodega al otro lado de la ciudad. Trez quería abandonar toda la maldita empresa, desde las ventas de alcohol hasta las prostitutas, desde el dinero hasta la locura.

Por Dios santo, cada vez que cerraba los ojos veía la cara de Selena. Y oía su voz cuando dijo que quería vestirse. Y sentía el olor de su decepción.

Al pensar retrospectivamente en su «relación», si se podía llamar así, Trez la definía en términos de retiradas. Conversaciones fallidas. Medias verdades. Secretos ocultos.

Todo esto por parte suya.

Y era raro. ¿Cuántos años hacía que su hermano venía insistiéndole en que tenía que revisar su vida? Diciéndole que tenía que recuperar el control y dejar de lado el sexo, advirtiéndole de que el tiempo se le estaba acabando y rogando para que se

presentara un cambio de rumbo, aunque eso pareciera imposible. Entretanto, él se pasaba el tiempo follándose putas en lugares públicos, teniendo migrañas y adelantando una exitosa campaña de autodestrucción, mientras hacía caso omiso de todo lo demás.

A pesar de los esfuerzos de iAm, Selena había sido la única que realmente lo había hecho mirarse a sí mismo.

Y aunque parecía poco respetuoso con su hermano admitir eso, era la verdad.

Dios, Trez esperaba que la reina tuviera una hija y que ella fuera la elegida. Tal vez así terminaría al menos una parte de esta pesadilla…

En ese momento se oyó un golpe muy suave en la puerta y Trez sintió el olor de un espray corporal incluso antes de abrir.

—Entra —dijo.

La chica que entró tenía unas piernas lo suficientemente largas para ser modelo, pero la cara no estaba a la altura. Tenía la nariz un poco muy grande, labios un poco pequeños y los ojos un poco desviados. Y eso incluso después de muchas operaciones de cirugía plástica. Sin embargo, desde lejos, o en la oscuridad, era todo un bombón.

—Me dijeron que querías verme.

Tenía una voz apta para un servicio de sexo por teléfono, profunda y ronca, y el pelo, que llevaba por detrás de los hombros, era espeso de forma natural.

—Sí. —Menos mal que ella no lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que estaba medio muerto—. Tengo un cliente especial que…

—¿Es el tío del que han estado hablando? —La mujer abrió los ojos de inmediato —. ¿El que es una especie de dios del sexo?

—Sí. Quería saber si puedes ir a un piso mañana para estar con él. —Trez y s'Ex habían acordado un horario de una vez por semana, pero cuando tu chantajista te llama y te dice que quiere una cita, pues tú cumples—. Yo te lo presento y luego…

—Joder, claro. Las otras chicas han estado hablando de él. Es un semental.

La mujer empezó a pasarse las manos por el cuerpo, acariciándose los senos y el sexo.

—Mañana al mediodía. —Trez le dio la dirección del Commodore—. Te veo allí.

—Gracias, jefe.

Al ver que la mujer entrecerraba los ojos, Trez se imaginó lo que veía. Y, en efecto, un segundo después ella dijo:

—¿Qué puedo hacer para mostrarte mi gratitud?

Trez negó con la cabeza.

—Nada. Solo llega a tiempo mañana.

—¿Estás seguro?

Mientras miraba a la mujer, una parte de Trez quería ceder. Así era todo era mucho más fácil: como caer de espaldas en una piscina en julio, *splash*, y ya no tenías calor. El problema era que, en esa situación hipotética, él no sabía nadar. Y cada vez que se dejaba caer para refrescarse, terminaba debajo del agua, sin poder

respirar.

Y la lucha para salir a la superficie sencillamente no compensaba el momento de alivio.

—Gracias, cariño. Pero paso.

La mujer sonrió.

—¿Tienes mujer, jefe?

Trez abrió la boca para decir que no.

—Sí, así es.

Ja, pensó. Sí, claro.

Después de su última conversación, Selena no había vuelto a la mansión de la Hermandad y él, obviamente, tampoco había ido a la casa de campo.

Todavía podía recordar con exactitud la cara de Selena mientras lo miraba. Después de un rato él se había levantado y se había marchado. Después de que el silencio se hiciera muuuuuy largo. Sí, claro, él podría haberla presionado para tener una especie de respuesta final o algo así. Pero la conclusión era que, independientemente de que él tuviera que regresar al s'Hisbe o no, seguía estando contaminado.

Lo que tenía para ofrecerle a ella, o a cualquiera, no valía la pena.

—Ay, esa es una información explosiva —dijo la puta—. ¿Puedo contárselo a las otras chicas?

—Sí, claro. Como quieras.

La mujer se fue feliz.

Cuando la puerta se cerró, Trez volvió a quedarse mirándola. Sin embargo, lo único que podía ver sobre el panel de madera era la cara de Selena, como si ella hubiese muerto y su fantasma hubiese venido a acecharlo.

Durante un momento, Trez realmente deseó tener algo pendiente con Selena para poder usarlo como excusa y volver a verla. Pero, claro, la realidad era que aunque podía ir a buscarla con miles de pretextos…, lo único que tenía para ofrecer seguía siendo él mismo.

Y eso no era suficiente… Ni ayer. Ni hoy. Ni mañana.

En el fondo de Trez empezó a operarse un cambio. Al principio le pareció un pensamiento pasajero. Pero luego, cuando aquella idea siguió resonando en su cabeza, se dio cuenta de que era algo que iba mucho más lejos.

Al mirar hacia el futuro, Trez no veía nada importante en su vida salvo a su hermano. iAm era lo único valioso que tenía en este mundo. Y de repente la idea de entregarse a la reina y a su hija, y volverse un esclavo sexual que viviera preso entre los muros del palacio y solo fuera usado por su polla y su semen… no le pareció algo muy distinto de la manera en que había llevado su vida hasta ahora.

Había estado follando todo el tiempo sin que nada le importara.

Ninguna de esas mujeres había tenido significado para él.

¿Por qué la hija de la reina tenía que ser distinta?

Bueno, mierda, la única cosa que no sería igual es que su hermano quedaría en libertad para vivir su vida.

Liberado.

Y eso era lo único honorable que Trez podría hacer.

Al recostarse en la silla, Trez se dio cuenta… de que esa no era una mala forma de ponerle fin a todo aquello.

‡ ‡ ‡

Sola salió del bloque de apartamentos aunque era ya medianoche. Sencillamente no podía soportar más los confines del piso, y la terraza no bastaba para satisfacer su deseo de salir a deambular.

Después de bajar los escalones de cemento, pasó junto a la piscina resplandeciente, rumbo al camino que atravesaba unos arbustos. Al otro lado, la playa se extendía como un kilómetro en ambas direcciones y el viento fuerte y cálido le golpeó la cara.

Sola giró a mano derecha sin tener una razón en particular y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta ligera, palpando el teléfono.

El móvil había permanecido totalmente en silencio.

Y mientras miraba el océano y escuchaba el golpe de las olas en la playa, Sola sabía que no iba a sonar.

Ah, claro, recibiría llamadas de su abuela. Tal vez de la compañía telefónica. Tal vez del taller donde estaban reparando la carrocería de su nuevo coche.

Pero ninguna llamada con el código de área 518.

Sola se detuvo y observó cómo la luz de la luna que venía de detrás de ella tocaba la superficie del mar. Aunque aquello le producía mareo, deliberadamente se acordó de lo que había sentido en el maletero de aquel coche y experimentó de nuevo el frío y la vibración, y el miedo de saber que lo que le esperaba sería muy doloroso.

Aferrándose a aquella sensación, se recordó una vez más por qué lo mejor era que el teléfono permaneciera en silencio…

Al principio, no supo exactamente qué fue lo que la hizo reaccionar.

No fue un olor, no; pues estaba en contra del viento. Y tampoco fue que viera algo, pues al observar el paisaje que tenía detrás, solo encontró arbustos, otro bloque de apartamentos, un jardín, una piscina… y nada se movía. Tampoco fue un sonido.

—¿Assail? —preguntó en voz alta al viento.

Sola caminó hacia la fila de arbustos. Luego comenzó a trotar.

Pero cuando llegó, Assail no estaba ahí.

—¡Assail! —gritó—. ¡Sé que estás ahí!

Su voz no llegó muy lejos debido al viento. Así que Sola retrocedió y se fue corriendo a casa.

—¿Assail?

Sentía los latidos del corazón en el pecho mientras una esperanza traicionera vibraba en su cuerpo hasta hacerla sentir como si flotara sobre la arena.

Sin embargo, aquel optimismo era como gasolina en un tanque. Cuanto más tiempo tardaba en obtener una respuesta, más bajaba el nivel de la gasolina, hasta que Sola se detuvo por completo.

—¿Assail?

Sola miró a su alrededor, implorando verlo, aunque sabía que era lo último que necesitaba.

Pero el hombre de pelo negro que estaba buscando no respondió a su llamada…, y después de un rato la sensación de que alguien la miraba desapareció.

Como si el viento se la hubiese llevado.

Como si nunca hubiese existido.

Al regresar a su piso, Sola dejó que las lágrimas resbalaran desde sus ojos sin molestarse en secarlas. Era de noche. Nadie lo notaría.

Y no tenía que esconderse de nada.

Estaba… totalmente sola.

CAPÍTULO 70



Y así fueron pasando las semanas y los meses, y las estaciones fueron cambiando del frío helado del invierno a la humedad y el viento de primavera, y a las noches de olor dulce que prometían la llegada temprana del verano.

En mayo Wrath ya se había acostumbrado a medir el tiempo no con el calendario, o la ceremonia diaria de las persianas que subían y bajaban, o las comidas.

Medía el tiempo por las noches que pasaba oyendo las historias de su pueblo.

Las historias de verdad. Historias sobre la vida y la muerte. Y sobre apareamientos y divorcios. Y enfermedades y buena salud. Era curioso: a pesar de lo importante que había sido para él la ceremonia de apareamiento vampira, la boda humana que había celebrado con Beth era la que captaba mejor el metrónomo de la existencia.

Sus audiencias con la gente común eran organizadas por el callado y confiable Abe, más conocido como Abalone, pero las respuestas de Wrath eran de su propia cosecha. Y había tanto por hacer: mediar en discusiones familiares, bendecir a los niños y las niñas que nacían, compartir el dolor de aquellos que habían sufrido pérdidas y la alegría de los que habían tenido un golpe de buena fortuna.

Como siempre, Beth permanecía a su lado, sentada con Abe durante las audiencias, revisando papeles con Saxton cuando era necesario… mientras su barriga creía a cada momento.

—Ya hemos llegado, Excelencia —dijo Fritz desde la parte delantera del Mercedes—. Es la casa de Su Excelencia Darius.

—Gracias, amigo.

Cuando se bajó con George de la parte trasera, Wrath se detuvo un momento y se inclinó.

—Oye, ¿podrías ir a comprar más de esas fresas? Y otra vez tiene antojo de

zanahorias. Y de pepinillos. Será mejor que traigas un par de frascos de esos también.

—Regreso enseguida, Excelencia. Y creo que también le voy a comprar un poco de yogur helado. ¿Lo toma con chips de chocolate?

—Ah, mierda. Sí. Y no olvides las remolachas. Ni la carne.

—No las olvidaré.

—Y date prisa, ¿vale? iAm ya la está trayendo del Pottery Barn.

Wrath cerró la puerta.

—Vamos —le dijo a George.

Y el perro sabía exactamente a dónde ir y lo llevó hasta la entrada, la cual abrió con el pensamiento.

—Hola, querida, ya he llegado —gritó.

—¿Has traído flores? —le respondió Lassiter.

—Pero no a ti.

—Joder. Bueno, esta noche estoy de guardia con Tohr, así que ¿podemos empezar? Hay una larga lista de citas, pero quiero regresar a tiempo para ver *Hell's Kitchen*.

—¿Acaso no la dejas grabando? —preguntó Wrath, mientras él y George entraban al antiguo comedor.

—Sí, pero no se me da bien controlar mis impulsos. Lo ponían a las nueve, ¿no? Y no me gusta esperar. Dejé agua fresca para George junto a tu silla.

—Al menos te gustan los perros. Es lo único que te salva.

—¡Ja! Tengo alas y un halo, maldito hijo de puta. Y yo ya estoy salvado para siempre.

—Sí, para fortuna nuestra.

—Hola, Hermano —dijo V, al entrar a través del arco y encender uno de sus cigarrillos liados a mano—. ¿Dónde está tu mujer?

Lassiter metió baza.

—Se supone que debe regresar pronto, ¿no?

Wrath sonrió al tomar asiento. Los únicos momentos en que ese maldito ángel se ponía serio era cuando hablaba de Beth… Y Wrath tenía que admitir que eso le parecía muy conmovedor.

—¿Beth todavía no ha llegado? —preguntó Rhage, que acababa de entrar.

—¿Cuánto tiempo puede tardar uno en comprar muebles de bebé? —preguntó Butch, que también acababa de aparecer.

—Semanas —respondió Z—. No os lo imagináis.

Y así siguieron, todos haciendo la misma pregunta a medida que iban llegando, desde Blay y Qhuinn, hasta Phury y Rehvenge.

El único que no preguntaba era John, pero él no tenía que hacerlo. El hermano de Beth se había convertido en una presencia silenciosa y preocupada desde que ellos habían hecho el anuncio del embarazo sorpresa. Y Wrath lo quería más por eso. John nunca interfería, pero siempre estaba ahí, escuchando a Beth, apoyándola, hablando

con ella, llevándole películas.

Era curioso, la seriedad con que John trataba la situación hacía que Wrath recordara a Darius.

Dios, cómo le gustaría que su Hermano hubiera sobrevivido para ver lo que estaba por llegar… ¿en solo cuatro semanas?

Por Dios…

Cada vez que Wrath pensaba en el acontecimiento inminente, sentía que no podía respirar. Pero luego se forzaba a recordar todos los controles médicos a los que iAm había estado llevando a su esposa. Beth estaba teniendo un embarazo perfecto. Estaba bien de salud, feliz, comiendo y bebiendo bien, y alimentándose bien de la vena, aunque la doctora Sam, la médica humana que la veía, no sabía de eso. Pero el ritmo cardiaco era perfecto. Y su hijo se encontraba de maravilla.

Era casi demasiado fácil.

Solo faltaban cuatro semanas…

—Leelan —gritó Wrath, al tiempo que se levantaba de la silla.

En ese momento se oyeron toda clase de saludos masculinos, pero los Hermanos se apresuraron a quitarse del medio para que ella tuviera acceso directo a los brazos de Wrath. Y cuando él la alzó, tuvo cuidado de no hacerle presión sobre el vientre.

—¿Cómo estás? —le susurró Wrath al oído, sabiendo que uno de estos días ella iba a responder que tenía contracciones.

—Perfectamente. Ay, por Dios, ¡conseguí comprar lo más bonito! Tuve que decidirme por el azul, en fin, después de todo es un niño. La cuna y el cambiador son perfectos, ¿no crees, iAm?

—Perfectos —respondió la Sombra.

No cabía duda de que ese pobre diablo no tenía ningún interés en el asunto, pero no importaba. Él también se había comprometido a fondo con Beth y era su protector en el mundo humano. Y el rey sabía por qué lo hacía, claro. Era su forma de agradecerle el hecho de que Wrath les hubiese permitido, a él y a su complicado hermano, irse a vivir a la mansión, después de que su piso en el Commodore dejara de ser seguro para ellos. Además, era bastante obvio que a iAm le gustaba Beth, aunque no en un plano romántico.

—Perfecto. —Beth se abrazó al cuello de Wrath con tanta fuerza que le costaba trabajo respirar—. ¡Estoy tan feliz! ¡Ya quiero conocer a nuestro hijo!

—¿A esto es a lo que llaman construir el nido? —preguntó Wrath en dirección a donde había oído la voz de Z.

—Sí. Y espera un poco. Todavía tienes que resolver el tema de los pañales y los biberones.

—Vamos a usar Born Free —le dijo Beth, como si él supiera de qué le estaba hablando—. En caso de que mi leche no baje bien.

Wrath se sentó de nuevo y acomodó a Beth sobre sus piernas, feliz de relajarse y dejar que ella disfrutara de su historia. Y los Hermanos y los guerreros, todos

formaron un círculo para oírla, y hacían preguntas, como hacen los hermanos mayores.

Cualquiera de ellos habría arriesgado su vida por ella o el niño que crecía en su vientre.

Y eso era suficiente para hacer que un macho tuviera que parpadear un poco más rápido.

Mientras abrazaba a su hembra, Wrath se sorprendió trazando un círculo sobre su vientre duro y su cerebro se transportó a lo que había sucedido antes del atardecer. Después de superar sus preocupaciones acerca del sexo, las cosas habían vuelto a ser como eran justo después de conocerse.

Las necesidades hormonales eran lo que eran y punto.

A estas alturas, sin embargo, tenían que follar con ella encima, pero eso a él no le importaba. A Wrath le encantaba agarrarle los senos ahora hinchados y sentir cómo su vagina tomaba posesión de él de una nueva forma, porque su cuerpo había cambiado.

De hecho, tal vez tuvieran tiempo de echar un polvo rápido ahora…

—Qué tal, Abes.

—Hola, Ab.

—¿Cómo va todo, Albacore?

Naturalmente, Lassiter era el único que se negaba a decir el nombre como era.

Al oír cómo Abalone tartamudeaba cuando lo saludaban, era imposible no sonreír. El tío todavía no se acostumbraba a los Hermanos, pero ellos sí se habían habituado a él. Al igual que Wrath.

—Majestades, buenas noches.

—Abalone, ¿cómo está tu hija? —preguntó Beth.

—Sí, Abe, ¿cómo salió esa cita de anoche?

Silencio absoluto. La Hermandad había adoptado al macho y a su única hija, y el problema era el joven Turk, con quien la hija había salido anoche, pero que al parecer no la había tratado bien.

—Bueno, no creo que hicieran buena pareja. Pero ella regresó treinta minutos antes de lo establecido.

—Bien. —Wrath asintió—. Eso significa que el chico puede conservar las piernas. ¿Y qué tenemos para hoy?

—Muchas cosas —informó el aristócrata—. La primera pareja que veremos acaba de tener un nieto y quieren preguntaros si pueden traer a la madre con el pequeño. Su hija no está casada con el padre y a ellos les preocupa que eso os ofenda, Excelencia.

—Desde luego que no.

Abalone siguió hablando con tono sereno.

—Pero es importante para ellos pedir permiso y solicitaros esto en persona.

—Bien, claro. ¿Y cuándo conoceré al bebé?

Abalone se rio.

—¿Mañana por la noche?

—Aquí estaré. ¿Y quién viene después?

—Un primo mío. Quiere pedir permiso para…

Mientras el macho seguía y seguía, detallando las relaciones de cada familia, Wrath volvió a sentirse maravillado. Abe era muy respetuoso y le gustaba mantener un perfil bajo, nunca se extralimitaba y, sin embargo, cada noche demostraba ser una fuente inagotable de conocimiento y compasión.

Era muy impresionante.

Y mientras Wrath escuchaba todo el preámbulo, pensó en lo increíble que le pareció sentir que podría hacer eso durante toda la vida. De verdad.

En especial con su shellan junto a él, y su perro y sus Hermanos rodeándolo.

‡ ‡ ‡

Mientras experimentaba una horrible sensación de pánico, Anha se puso la mano en el vientre y observó a su compañero preparándose para la noche.

Bajo la luz titilante del hogar y las velas, todo parecía diferente en él. Anha había notado el cambio que se había operado durante los últimos meses, pero esta noche, todo lo que hasta ahora había sido una modificación sutil parecía haberse fundido, como si hubiera llegado un momento culminante.

El cuerpo de Wrath era diferente ahora, más duro, más definido. Más grande.

Y su expresión tampoco era la misma. Al menos, no cuando adoptaba este nuevo estado de ánimo.

Como si hubiese percibido la mirada de su compañera, Wrath se giró para mirarla.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó ella—. Y no mientas. Ya sé cuál es tu propósito.

Wrath le dio la espalda y se volvió a concentrar en la mesa de roble sobre la que había aparecido una ropa que Anha nunca antes había visto y que había traído la Hermandad. Todo era negro.

—Regresaré al amanecer.

Wrath hablaba con un tono más bajo que el normal, y también más frío. Y ahí ella se dio cuenta de que él se estaba poniendo un arnés de cuero sobre el pecho. Igual al que usaban los Hermanos.

—¿Vas a combatir? —susurró Anha pues tenía cerrada la garganta.

Después de ponerse dos dagas negras, con el mango hacia abajo, sobre el corazón, Wrath por fin le contestó:

—Regresaré al amanecer.

—Vas a matarlos, ¿no es así?

—¿De verdad quieres que te responda a eso?

—Sí.

Wrath, su compañero, su amor, el padre del niño que estaba por nacer, se acercó a Anha, que estaba sentada frente al espejo de su tocador. Cuando se arrodilló, ella sintió una especie de alivio, pues así casi volvía a ser el de antes. En especial cuando la miraba a los ojos.

—Haré lo que haya que hacer —dijo.

Anha le puso las manos en la cara y empezó a acariciarlo, mientras pensaba en todos esos amaneceres en los que él había regresado ensangrentado y cojeando, con la cara hinchada y el cuerpo tieso. Pero últimamente había seguido entrenando con la Hermandad, y no había regresado lastimado.

Así que ella debería haber sabido que había llegado la hora.

—¿Estarás bien? —preguntó ella—. Te necesitamos.

—Regresaré a tu lado. Siempre.

Con esas palabras, le dio un beso apasionado y salió por la puerta. Antes de que esta se cerrara, Anha alcanzó a ver que los Hermanos habían formado una especie de pasillo a cada lado de las paredes de piedra, y que cada uno llevaba una antorcha.

Y todos se inclinaron ante su hellren cuando él se marchó…

… solo.

Al hundir la cara entre las manos, Anha sabía que lo único que podía hacer ahora… era rezar.

CAPÍTULO 71



Mientras Wrath atendía su primera cita, Beth se coló en la cocina para agarrar un plato de fresas frescas de las que Fritz acababa de comprarle en el Hannaford de la zona.

Joder, en los últimos meses se había acostumbrado a que la mimaran; un beneficio que Bella le había dicho que tenía que disfrutar, pero que le había costado trabajo; todo el mundo había sido, y seguía siendo, muy amable: los Hermanos y sus compañeras, los empleados, John Matthew, las Sombras. Era increíble.

Al igual que el embarazo.

Por algún milagro extraño, su embarazo seguía el ritmo de un embarazo humano normal, y ya estaba en el octavo mes y se sentía de maravilla. Tenía mucha energía, no se le habían hinchado los tobillos, no tenía estrías y su bebé daba vueltas bajo su caja torácica cada vez que comía. En especial si se trataba de algo con azúcar.

Beth no se había preparado para nada de esto.

En cambio sí se había imaginado toda clase de desastres. Después del impacto inicial en la consulta, naturalmente había consultado en Internet y se había asustado al leer sobre las distintas cosas que podían salir mal. Lo único que la había salvado era que, para ese momento, ella ya había superado ese espantoso primer trimestre, que es cuando tienen lugar la mayoría de las pérdidas. Aunque, desgraciadamente, las consecuencias del periodo de fertilidad seguirían siendo motivo de preocupación al menos durante un mes más.

Pero, sí, las preocupaciones se habían disipado casi por completo ahora que estaba entrando en las últimas cuatro semanas. Y, claro, el parto sería un momento difícil, pero no lo iba a empeorar con uno de esos planes que no incluían anestesia. Y cada vez que se ponía nerviosa, se recordaba que millones y millones de mujeres y hembras habían hecho todo esto antes que ella.

Lo que sí estaba incluido en sus planes era que iAm y Trez estuvieran disponibles en cualquier momento durante las próximas cuatro semanas. La doctora Sam había prometido atenderla a cualquier hora del día o de la noche, un pequeño compromiso que Beth creía que le había sido infundido por iAm gracias a su pequeña magia.

Porque iAm había tenido que usar su magia muchas veces, aunque siempre de forma discreta.

Y así habían logrado mantener oculta la identidad de la raza.

Beth tenía la esperanza de empezar a tener contracciones durante la noche, como muchas mujeres, con el fin de que Wrath pudiera estar presente por lo menos al principio. Pero los dos habían acordado, aunque probablemente eso lo fuera a matar, que su seguridad y la del bebé eran la prioridad.

Y eso significaba que ella tendría que ir a donde la doctora Sam…

—¿Las fresas son de su gusto, *madame*? —preguntó Fritz.

Beth lo miró desde el otro lado de la cocina y asintió.

—Están perfectas.

Mientras veía cómo el mayordomo resplandecía de felicidad, como si le hubiera tocado la lotería, Beth terminó las fresas y dejó que Fritz se llevara el plato.

Luego regresó al comedor, teniendo cuidado de no hacer ruido mientras iba a sentarse a su puesto.

Wrath estaba sentado en el sillón que más le gustaba, el de la izquierda, detrás del cual estaba el escritorio de Saxton. Enfrente de él, en la silla compañera, había un macho de hombros caídos y expresión lúgubre, que se agarraba las rodillas con las manos como si estuviera muy tenso. No llevaba ropa elegante, más bien la clase de cosas que compras en Target, y su reloj no era un Rolex, sino un reloj corriente con correa de plástico.

Wrath se inclinó hacia delante y le tendió la mano.

—¿Qué sucedió?

El macho empezó a mecerse en la silla.

—Ella… —De repente miró a Beth y palideció aún más.

Beth también se puso tensa y se llevó una mano al vientre.

Ay…, joder.

—Cuéntame —dijo Wrath en voz baja.

—Ella… —En ese momento, el macho empezó a susurrar, de modo que Beth no oyera nada.

Pero estaba claro que Wrath entendía cada palabra. Y cuando Beth vio que su marido cerraba los puños y los músculos de sus antebrazos empezaban a sobresalir a través de la piel, entendió de qué se trataba la historia.

Muerte. Mujeres que morían al dar a luz.

Llevaba años oyendo historias sobre cómo la raza vampira sufría mucho al dar a luz, pero antes no podía apreciar lo que significaban realmente esas muertes. Y ahora, gracias a las audiencias con la gente común, vivía horrorizada.

Tantas muertes. De las madres y sus hijos.

Igual que había muerto su madre.

Era una tragedia que la ciencia médica no parecía poder controlar. Por ejemplo, Havers: tenía una clínica equipada con toda clase de tecnología moderna y, sin embargo, seguían pasando cosas malas. Al parecer todo el tiempo.

Wrath puso las manos en los hombros del macho y empezó a hablarle también muy bajo, mientras el macho que lo había perdido todo asentía con la cabeza.

Se quedaron así durante un buen rato.

Cuando la audiencia llegó a su fin, los dos se levantaron y se abrazaron, y Beth notó que el civil era mucho más bajito que su marido.

Antes de marcharse, el macho besó el anillo de Wrath.

Abalone acompañó al macho a la salida, hablándole en voz baja, mientras Wrath se volvía a sentar lentamente. Tenía el ceño fruncido y un gesto de tristeza en la boca.

Cuando ella se puso de pie, sintió un tirón en la espalda. Entonces se acercó a Wrath con la intención de abrazarlo, pero supuso que lo último que necesitaba ahora era que le recordaran todo ese tema del embarazo…

—No puedo ayudarlo —dijo Wrath con voz quebrada—. No puedo… ayudarlo con lo que le sucedió.

—Algunas veces es suficiente saber que no estás solo.

—No estoy tan seguro de eso.

Pero Wrath tomó las manos de Beth y se las llevó a los labios para besarle los nudillos uno a uno. Y cuando ella sintió un cansancio repentino, él pareció darse cuenta.

—¿Y si te vas a casa? —dijo Wrath.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque acabas de bostezar.

—¿En serio?

—Pídele a Fritz que te lleve.

Beth estiró la espalda y, aunque quería quedarse, tenía que ser realista.

—Tal vez fuera un exceso quedarme caminando tanto rato por el centro comercial.

—Vamos, ve y descansa. Yo iré en un par de horas y veremos alguna mierda en la tele, ¿vale?

—Eso suena glorioso.

—Bien. —Wrath la besó una vez y luego pareció sentir la necesidad de hacerlo de nuevo—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¡Fritz! —gritó Wrath—. El coche.

Beth se aseguró de acariciar a George un par de veces antes de irse. Y luego salió, se subió a la parte trasera del Mercedes y partieron hacia la mansión.

Cuando dejó caer la cabeza hacia atrás, podía sentir que empezaba a dormirse.

—Me temo que hoy no soy muy buena compañía —le dijo a Fritz.

—Solo descanse, señora.

—Buena idea, Fritz.

‡ ‡ ‡

Cuando Beth se marchó, Wrath se recostó en el sillón, pero no se sentía cómodo.

… ella murió ante mis ojos…

… sostuve a mi hijo sin vida entre mis manos…

—¿Excelencia?

—Perdón, ¿qué sucede? —Wrath se estremeció—. ¿Qué?

Abalone se aclaró la garganta.

—¿Deseáis tomar un descanso, señor?

—Sí, dame un minuto. —Wrath agarró el arnés de George y dijo—: Cocina.

Cuando atravesó la puerta batiente con George, Wrath se alegró de que Fritz ya se hubiera marchado y los Hermanos guardaran distancia.

Mierda, tan pronto como sintió el olor a dolor y tristeza de ese civil, Wrath supo que ese macho lo había perdido todo… y no en el sentido material. La gente no sufre esa clase de agonía por las cosas. Y, como siempre, Abalone sabía todo lo que había ocurrido, pero Wrath prefería que la gente le contara los detalles en persona, porque quería oír las historias directamente de sus labios.

De hecho, esta vez la hembra no había muerto al dar a luz.

Había sido un accidente automovilístico.

Wrath esperaba que fuera lo primero, pero el destino obró distinto esta vez. No, la hembra había sobrevivido al alumbramiento, al igual que el bebé. Pero murieron cuando un conductor borracho se estrelló contra ellos mientras regresaban a casa al salir de la clínica de Havers.

La crueldad casual del destino era, a veces, como una patada en las pelotas.

Increíble.

Al acercarse a la mesa, Wrath sacó una silla y se sentó. Estaba muy seguro de estar frente a las ventanas, aunque no pudiera ver nada.

Había oído muchas historias, pero esta… Por Dios, le había llegado al alma.

Wrath no sabía cuánto tiempo había pasado allí, pero después de un rato V asomó la cabeza.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Quieres reprogramar las citas?

—Sí.

—Muy bien.

—V.

—¿Sí?

—¿Recuerdas esa visión sobre la que me hablaste? ¿En la cual yo estaba viendo una cara en el cielo y el futuro estaba en mis manos?

—Sí.

—¿Qué…?

De repente Wrath sintió la angustia de ese civil.

—No, no importa. No quiero saberlo.

A veces disponer de información no era tan bueno. Si ese macho pudiera haber visto el futuro, el resultado no habría cambiado. Solo habría pasado el tiempo que le quedaba con su hembra y su hijo aterrorizado pensando en lo que iba a llegar.

—Lo organizaré todo —dijo el Hermano después de un momento.

La puerta batiente se cerró con un golpe seco.

Sin tener ninguna razón aparente, Wrath pensó en su padre y su madre, y se preguntó cómo habría sido la noche de su nacimiento. Ellos nunca habían hablado de eso, y él tampoco había preguntado. Siempre había algo más urgente…, además, él era muy joven para preocuparse por ese tipo de cosas.

Mientras trataba de imaginar cómo sería la llegada de su propio hijo, no podía hilar los distintos eventos. Era una especulación demasiado cargada de emociones.

Pero sí sintió que tenía una cosa muy clara.

Solo que no sabía cómo solucionarla.

Mientras reflexionaba sobre todo aquello, los recuerdos de los últimos dos meses se fueron colando en sus pensamientos. Historias y problemas, regalos que se daban y se recibían. Después de lo difícil que le resultaba el trabajo de rey antes, había sido toda una revelación descubrir que realmente le gustaba lo que estaba haciendo.

Ni siquiera echaba de menos el combate.

Joder, había tantos otros retos que afrontar y superar: batallas que no siempre se ganaban en el campo y enemigos que a veces nos atacaban con armas no convencionales. A veces el enemigo éramos nosotros mismos.

Finalmente sabía con exactitud por qué su padre había disfrutado tanto de ser rey. Finalmente lo entendía.

Y era curioso: lo único que mucha gente tenía en común era el amor por su familia. Por sus compañeros, sus padres, sus hijos; todo eso parecía tener prioridad.

Siempre.

Primero la familia.

Primero la nueva generación.

Wrath pensó en la noche en que sus padres fueron asesinados. Lo único que habían hecho antes de que sus enemigos tumbaran aquella puerta fue esconderlo. Ponerlo a salvo. Preservarlo… y no para asegurar el futuro del trono. Eso no fue lo que le dijeron cuando lo encerraron en aquel espacio diminuto.

Te queremos.

Ese fue el único mensaje que importó cuando sintieron que su tiempo se agotaba.

No: *Sé un buen rey*. Ni: *Sigue mis pasos*. Ni: *Haznos sentir orgulloso.*…

Te queremos.

Ese era el vínculo que nos unía, aun a través de la muerte y el tiempo.

Al imaginarse a su hijo llegando a este mundo, Wrath estaba seguro de que esa sería una de las primeras cosas que le diría: *Te quiero*.

—¿Wrath?

Wrath se sobresaltó y se giró hacia donde oyó la voz de Saxton.

—¿Sí? Lo siento, estoy un poco distraído.

—Ya he acabado con todo el trabajo de anoche y de hoy.

Wrath volvió a contemplar las ventanas que no podía ver.

—Trabajas rápido.

—En realidad, son las tres de la mañana. Llevas aquí unas cinco horas.

—Ah.

Y sin embargo no se movió.

—La mayoría de los Hermanos se han marchado hace horas. Fritz todavía está aquí. Está arriba limpiando.

—Ah.

—Si no necesitas nada más…

—Sí hay algo —se oyó decir Wrath.

—Claro. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito hacer algo por mi hijo.

—¿Un legado?

Cuando empezó a maquinar todo el asunto en su cabeza, Wrath se sintió un poco asustado. Dios, uno pensaría que los momentos importantes de la vida debían llegar con una señal junto a la carretera, un pequeño número amarillo que anunciara la dirección que vas a tomar, y que, quizás, aconsejara reducir la velocidad.

Pero, claro, él y su shellan llevaban meses embarazados antes de que se presentara el periodo de fertilidad.

Así que la vida hacía las cosas a su manera.

—Sí, más o menos.

CAPÍTULO 72



Fue tal como Wrath lo prometió.

Fiel a la palabra que le dio a su shellan, Wrath regresó, de hecho, al amanecer.

Mientras cabalgaba lentamente sobre su caballo, se sentía exhausto, casi hasta el punto de la agonía, incapaz de sostenerse en la montura si el caballo aceleraba el paso. Aunque, claro, había otra razón para que avanzaran tan lento.

A pesar de que se había marchado solo, no regresaba solo.

Traía seis cuerpos que su caballo venía arrastrando por el suelo y dos más que venían sobre la parte trasera de la silla. A los primeros los había atado con cuerdas de los tobillos y los dos últimos se sostenían con ganchos y una red.

De los otros que había matado no habían quedado suficientes restos para traer.

Wrath no podía oler otra cosa que la sangre que había derramado.

No oía más que el rumor de los cuerpos que arrastraba por la tierra.

No podía pensar en nada distinto al hecho de que los había matado a todos con sus propias manos.

El pantano boscoso en el que acababa de entrar era el último tramo antes de llegar al castillo… Y, de hecho, al salir a un claro, puedo verlo alzándose sobre el suelo.

Wrath no se alegraba por lo que había hecho. A diferencia de un gato de granero, que disfrutaba de su deber, los ratones que él había asesinado no habían sido una fuente de felicidad para él.

Pero al pensar en su hijo aún nonato, Wrath sabía que había hecho que el mundo fuera un lugar más seguro para su hijo o hija. Y mientras pensaba en su amada compañera, así como en la muerte de su propio padre, era muy consciente de que aquello que parecía tan ajeno a su naturaleza había sido necesario.

El puente levadizo aterrizó de un golpe, permitiéndole la entrada al castillo,

como si lo estuvieran esperando.

Y en efecto.

Anha salió corriendo hacia las tablas de madera, mientras la luna iluminaba su pelo oscuro y sus vestiduras rojas.

Wrath pensó en el poco tiempo que hacía que la conocía, si se juzgaba por el paso de las estaciones. Sin embargo, debido al curso de los acontecimientos, sentía como si llevaran juntos toda una vida.

La Hermandad estaba con ella.

Al tirar de las riendas, Wrath supo que ella ya lo había visto todo cuando se llevó las manos a la boca y Tohrture tuvo que sostenerla de un codo para que no se cayera.

Preferiría que ella no hubiera venido. Pero ya no había vuelta atrás.

Wrath desmontó del caballo aun antes de pisar el puente, dejó al animal donde estaba y corrió hacia las tablas de madera.

Por un instante pensó que Anha iba a salir corriendo cuando lo viera, pero no, fue todo lo contrario.

—¿Estás bien? —le preguntó al tiempo que se arrojaba sobre él.

Wrath la abrazó con brazos débiles.

—Sí.

—Me estás mintiendo.

—Sí.

Al menos con ella no tendría que fingir. La verdad era que todavía tenía miedo del futuro. Se había vengado de estos traidores, pero siempre habría más.

Los reyes eran los blancos perfectos de las ambiciones de los demás.

Esa era la realidad.

Wrath cerró los ojos y deseó que hubiera alguna manera de escapar de aquella herencia… y se preocupó por su futuro hijo, si es que tenía uno. Las hijas tenían una posibilidad. Pero los varones estaban condenados.

Sin embargo, él no podía cambiar lo que era por nacimiento. Solo esperaba que el valor que había necesitado hoy volviera a presentarse cuando fuera necesario.

Al menos ahora se había demostrado a sí mismo, y a su amada, que no era solo un líder para los tiempos de paz. En la guerra también podría empuñar la espada si era necesario.

—Te quiero —dijo Wrath.

Al sentir que su compañera se estremecía contra él, Wrath supo que se volvería a estremecer al día siguiente, cuando viera lo que él iba a hacer con las cabezas de aquellos cuerpos.

Con el fin de que los mensajes fueran recibidos correctamente, había que mandarlos de la misma forma.

—Vamos a nuestra recámara —dijo él, mientras la abrazaba contra su pecho.

Al hacerles una señal a los Hermanos, Wrath sabía que ellos se encargarían de

su caballo… y de su presa. Ya habría tiempo para la decapitación. Pero ahora solo necesitaba un poco de cordura en medio de tanta locura.

Mientras entraban al castillo, Wrath pensó que ella era su único apoyo, como siempre.

—Si tenemos un hijo varón… —murmuró él.

—¿Sí? —Anha levantó la vista hacia su compañero—. ¿Qué le ocurrirá?

Wrath miró la cara de su amada, la hermosa cara que definía sus horas y sus años.

—Espero que encuentre a alguien como tú.

—¿De veras? —susurró ella.

—Sí. Ruego para que él tenga al menos la mitad de la suerte que he tenido yo.

Mientras le apretaba la cintura, Anha dijo con voz ronca.

—Y si es una hija…, un macho al menos la mitad de bueno que su padre.

Wrath la besó en la cabeza y siguieron adelante, a través del inmenso vestíbulo y hacia su recámara, seguidos por la Hermandad, pero a una discreta distancia.

Sí, pensó Wrath, para sobrevivir uno no debe estar solo.

Y debe tener un compañero de valía.

Si posees eso, serás más rico que cualquier rey y reina que hayan pisado la Tierra.

CAPÍTULO 73



Al día siguiente, Wrath vio a su madre por primera vez en trescientos treinta años.

En cierta forma sabía que tenía que ser un sueño. Llevaba mucho tiempo ciego como para dejarse seducir por la idea de que la realidad había cambiado de repente.

Además, ella llevaba muerta varios siglos.

Sin embargo, cuando se acercó a él en la oscuridad, parecía tan viva como Wrath desearía que estuviera, y se movía tranquilamente, ataviada con un vestido antiguo de terciopelo rojo.

—¿Mahmen? —preguntó Wrath con asombro.

Cuando levantó la cabeza de la almohada, Wrath se dio cuenta de que estaba en su habitación, lo sabía por el ruido sutil que producían las paredes.

Su primer instinto fue girarse para…

Beth se encontraba junto a él, acostada bajo las mantas, con la cara hacia él y el pelo negro extendido sobre la almohada. Y al tocar su vientre, Wrath supo que sí, todavía estaba embarazada.

Por Dios, podía verla.

—Beth —dijo bruscamente—. ¡Beth! Te puedo ver, leelan, despierta, te veo, te veo…

—Wrath.

Al oír la voz de su mahmen, Wrath se giró de nuevo. Ella estaba ahora junto a su cama, con los brazos cruzados y las manos metidas entre las voluminosas mangas del vestido.

—¿Mahmen?

—No sé si recuerdas esto, pero tú viniste una vez a mí.

Dios, su voz era tan gentil, tal como la recordaba… Y Wrath casi cerró los ojos

para poder memorizar el sonido. Pero no, no quería perderse ese nanosegundo de visión.

Espera, ¿qué le había dicho ella?

—¿Lo hice?

—Yo estaba muriendo. Y tú apareciste en medio de la niebla del Ocaso. Y me dijiste que te siguiera a casa. Me hiciste detenerme y regresar contigo.

—No lo recuerdo…

—Es una deuda que tengo contigo desde hace mucho tiempo. —Su sonrisa era tan serena como la de la Mona Lisa—. Y ahora quiero pagarte. Porque te quiero mucho, mucho…

—¿Pagar la deuda? ¿De qué hablas?

—Despierta, Wrath. Despierta ya mismo. —De repente la voz se volvió una llamada de alerta—. Llama al sanador… Debes llamar al sanador si deseas salvarle la vida.

—¿Salvar la vida… de Beth?

—Despierta, Wrath. Ahora mismo, llama al sanador.

—¿De qué estás…?

—*Wrath, despierta*.

De repente, como si lo hubiese catapultado el sueño REM, Wrath se enderezó en la cama.

—¡Beth! —gritó.

—¿Qu-qu-qué?

Al girarse hacia su esposa, Wrath maldijo la oscuridad que lo rodeaba. Maldito sueño, lo había ilusionado con algo que no tenía.

—¿Qué? —gritó Beth.

—Mierda, perdona, lo siento. —Wrath estiró las manos para consolarla y consolarse él—. Lo siento, fue un maldito sueño.

—Ay, me has asustado. —Beth se rio y Wrath oyó que se dejaba caer de nuevo en la cama—. Menos mal que dormimos con la luz del baño encendida.

Wrath frunció entonces el ceño y se giró hacia el lado de la cama donde había estado su madre y…

—No, no ha estado realmente aquí.

—¿Quién?

—Lo siento. —Wrath estiró el cuello y bajó las piernas de la cama—. Ahora vuelvo.

Wrath estiró un poco los músculos y, cuando su columna dejó escapar un *snap, crac, pop*, pensó en la conversación que había tenido con Payne tan pronto regresó a casa. Empezarían a entrenar de nuevo, y no porque ella fuera una hembra.

Sino porque era una guerrera excepcional y él quería volver al juego.

En el baño, acarició a George, que estaba acostado en la cama Orvis que Butch le había regalado por Navidad… y luego orinó y se lavó la cara.

Cuando regresó a la cama, trató de volver a dormir. Pero, entonces, frunció el ceño y dijo:

—Ah, oye…, ¿estás bien?

Beth bostezó.

—Sí, perfectamente. Pero me alegra haber regresado cuando lo hice. El sueño ayuda. Y cuando estoy acostada me siento mejor… Todavía tengo la espalda un poco tensa por la caminata en el centro comercial.

Tratando de sonar casual, Wrath preguntó:

—¿Cuándo es tu próxima cita con la doctora?

—El viernes. Ahora estamos yendo cada semana. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Cuando Wrath se quedó callado, Beth se acomodó contra él y suspiró, como si estuviera a punto de volver a dormir. Pero Wrath solo guardó silencio durante un minuto y medio más.

—¿Qué te parece si llamamos a la doctora?

—Llamarla…, espera, ¿hablas de llamarla ahora?

—Bueno, sí.

Wrath sintió que Beth se echaba hacia atrás.

—Pero ¿por qué?

Sí, como sí él le pudiera contar que su adorada madre se lo había dicho.

—No lo sé. Solo pienso que tal vez te podría examinar, o algo así.

—Wrath, eso no está bien. En especial considerando que no tengo ninguna molestia. —Wrath notó que ella jugueteaba con su pelo—. ¿Esto tiene que ver con ese civil? ¿El que perdió a la esposa y el hijo?

—No fue durante el alumbramiento.

—Ah, pensé que…

—Tal vez podríamos llamarla.

—No hay razón para llamarla.

—¿Cuál es el número? —Wrath estiró la mano para agarrar su móvil—. La voy a llamar.

—Wrath, ¿acaso te has vuelto loco?

Mierda, tendría que llamar a Información.

Beth seguía hablándole, mientras él esperaba que le contestara una operadora.

—Sí, hola, llamo de Caldwell, Nueva York. Quisiera el número de la doctora Sam… ¿cuál es su apellido?

—Estás loco.

—Voy a pagar la visita… No, no usted, operadora. —Cuando recordó el apellido, Wrath se lo dijo a la mujer y tuvo que deletrearlo dos veces—. Sí, conécteme con el consultorio, por favor, gracias.

—Wrath, esto es…

Cuando la llamada entró, Beth se quedó callada.

—¿Beth? —llamó Wrath.

—Lo siento —dijo—. He sentido una punzada en la espalda. ¿Sabes qué? La próxima vez que vaya a caminar tanto, usaré zapatillas. Ahora cuelga y…

—Sí, hola, esto es una emergencia médica. Necesito que la doctora Sam venga a nuestra casa, mi esposa es paciente de ella…, treinta y seis semanas… ¿Síntomas? Mi esposa está embarazada, ¿cuánto tiempo tiene?

—¿Wrath? —dijo Beth con voz débil.

—¿Qué quiere decir con que no puede…?

—*Wrath.*

Y ahí fue cuando él se calló… y supo que su madre tenía razón. Al girar la cabeza hacia su esposa, dijo con terror.

—¿Qué?

—Estoy sangrando.

‡ ‡ ‡

La definición de terror cambia cuando las cosas no solo tienen que ver contigo. Y nada es menos personal que cuando tienes treinta y seis semanas de embarazo, sientes una humedad entre las piernas… y no estás rompiendo aguas.

Al principio, Beth pensó que había perdido el control de su vejiga, pero cuando quitó las mantas y cambió de posición, vio algo en las sábanas.

Nunca había visto una sangre tan brillante.

Y, mierda, la parte baja de la espalda la estaba matando.

—¿Qué sucede? —preguntó Wrath.

—Estoy sangrando —repitió ella.

Las cosas ocurrieron muy rápido a partir de ese momento. Fue casi como estar en la parte trasera de un coche de carreras, donde ves pasar las cosas demasiado rápido para captarlas bien. Wrath gritando por teléfono, luego otra llamada, la doctora Jane y V entrando a toda velocidad. Y luego todo se volvió más rápido: mucho movimiento, todos alrededor de ella, mientras ella se sentía extrañamente quieta y lejana.

Cuando la pasaron a la camilla, miró hacia donde estaba acostada en la cama y se estremeció al ver la mancha de sangre. Era inmensa, como si alguien hubiera desparramado cinco litros de pintura debajo de ella.

—¿El bebé estará bien? —masculló Beth, mientras sentía una especie de *shock* que se apoderaba de ella—. ¿Él…, Wrath estará bien?

La gente le ofrecía consuelo, pero nadie le daba una respuesta.

Pero Wrath, el padre, estaba a su lado, sosteniéndole la mano, orientándose con la ayuda de la camilla.

John apareció cuando llegaron al rellano del segundo piso. Solo llevaba bóxers y tenía el pelo enredado, pero los ojos alerta. Y le agarró la otra mano.

Después, Beth no recordaría casi la premura con que entraron al túnel, excepto porque el dolor se volvió más intenso. Ay, y las luces del techo pasaban a toda velocidad, mientras ella yacía bocarriba y se sentía como si estuviera dentro de *La guerra de las galaxias*, a punto de despegar en una nave espacial.

¿Por qué no oír nada?

Al mirar a la gente que la rodeaba, veía que sus bocas se movían y la observaban con angustia.

—¿El pequeño Wrath estará bien? —Beth no oía ni su propia voz. Todo parecía atenuado al máximo. Entonces trató de hablar más fuerte—. ¿Mi bebé estará bien?

Y luego siguieron más allá de la entrada normal hacia el centro de entrenamiento, para usar la puerta de emergencia que habían creado solo para ella, para esta situación.

Solo que nada de esto estaba en sus planes. Se suponía que tendría a su bebé en el mundo humano, donde había gente que podría cuidarla a ella y al pequeño Wrath, que podría ocuparse de cualquier problema que él pudiera tener, y estar a disposición de ella y iAm si era de día, o de ella, Wrath padre y John, si era de noche.

El pequeño Wrath, pensó Beth.

Parecía que ya le había puesto nombre a su hijo.

Al llegar a la clínica, Beth seguía pensando que no debería estar allí. En especial cuando vio, gracias a la enorme lámpara, que se encontraba en el quirófano.

Por alguna razón, pensó en todas las ocasiones en que había estado ahí abajo, apoyando a un Hermano herido en el campo de batalla, o acompañando a Layla a hacerse un examen, o…

La doctora Jane le acercó la cara. Sus labios se movían lentamente.

—… eth? ¿Puedes oírme, Beth?

Ay, qué bien, alguien le había subido el volumen al mundo.

Pero Beth no oyó su respuesta. No podía oír su propia voz.

—Muy bien. —La doctora Jane articulaba todo con gran claridad—. Quiero hacer una ecografía para descartar que sea una placenta previa. Eso es una complicación en la cual la placenta termina en la parte baja del útero. Pero me preocupa que tengas un desprendimiento prematuro de la placenta.

—¿Qué… eso? —masculló Beth.

—¿Tienes dolor?

—Parte baja de la espalda.

La doctora Jane asintió y puso las manos sobre la barriga de Beth.

—Si hago presión…

Beth gimió.

—Solo asegúrate de que Wrath está bien.

Entonces acercaron el ecógrafo y le cortaron el camisón. Cuando le aplicaron gel sobre el estómago y bajaron las luces, Beth no quiso mirar el monitor. Se quedó observando la cara de su marido.

Aquella cara apuesta y masculina estaba totalmente aterrorizada.

Wrath no llevaba sus gafas de sol. Y los ojos color verde pálido daban vueltas por toda la habitación como si estuvieran desesperados por ver algo.

—¿Cómo lo has sabido? —le susurró ella—. Que yo tenía problemas…

Wrath miró en su dirección.

—Mi madre me lo dijo. En un sueño.

Por alguna razón, eso la hizo llorar, mientras la imagen de su marido se volvía borrosa y la naturaleza incontrolable de la vida los golpeaba de la manera más horrible posible. A Beth no le importaba más que el bebé, pero no había nada que pudiera hacer para influir en el resultado. Su cuerpo y su bebé eran los que tiraban los dados.

Mientras su mente, su voluntad y su alma, todos su sueños y deseos y esperanzas…

… ni siquiera se hallaban en el tablero de juego.

La cara de la doctora Jane volvió a aparecer frente a sus ojos.

—… eth? ¿Beth? ¿Estás conmigo?

Cuando levantó la mano para quitarse el pelo de la cara, se dio cuenta de que le habían puesto el brazalete para tomarle la tensión y ahora tenía un catéter conectado a la vena. Y que no era pelo lo que tenía sobre la cara, sino sus lágrimas.

—Beth, la ecografía no nos está mostrando lo que necesitamos ver. Pero el ritmo cardiaco del bebé está disminuyendo y tú sigues sangrando copiosamente. Necesitamos sacarlo, ¿de acuerdo? Estoy segura de que tienes un desprendimiento de placenta y que tanto tú como el bebé estáis en peligro. ¿De acuerdo?

Lo único que Beth pudo hacer fue mirar a Wrath.

—¿Qué hacemos?

Con una voz tan quebrada que apenas se podía entender, Wrath dijo:

—Deja que te operen, ¿vale?

—Está bien.

La doctora Jane volvió a aparecer en su cara.

—Vamos a tener que dormirte. No quiero ponerte la epidural porque no tenemos tiempo.

—Está bien.

—Te quiero —le dijo Beth a Wrath—. Ay, Dios…, el bebé…

CAPÍTULO 74



Lo único que tenía Wrath para saber qué estaba pasando eran los olores que circulaban por la sala. Antiséptico en el aire. Sangre, lo cual lo aterrorizaba. Miedo, por parte de Beth y de todos los que lo rodeaban. Tranquilidad y frío raciocinio por parte de la doctora Jane, Manny y Ehlena.

Con suerte, esto último sería lo que salvaría la situación.

De repente, Wrath sintió una nueva fragancia en la mezcla. Un olor astringente.

Luego oyó un chirrido junto a él, como si alguien hubiese acercado una silla. Después una mano grande lo empujó hacia abajo para que se sentara y le estrechó la mano con tanta fuerza que casi le rompe los huesos.

John Matthew.

—Qué tal, amigo —dijo Wrath, consciente de que el tiempo parecía haberse detenido—. Hola.

Al final, lo único que Wrath pudo hacer fue estrechar la mano de John y después los dos se quedaron uno junto al otro, paralizados, mientras seguían el intercambio de términos médicos y se oían sonidos metálicos y siseos y ruidos como de succión.

La voz de la doctora Jane era perfectamente neutra. Al igual que las respuestas de Manny.

Como si ellos funcionaran a la inversa de la situación: cuanto más aterradoras eran las cosas, más concentrados y con las cosas controladas estaban ellos.

—Perfecto, ya lo tengo…

—Un momento, ¿ya está sucediendo? —preguntó Wrath.

El silbido ascendente que oyó junto a él fue la única respuesta que obtuvo.

Y luego…, el sonido de un llanto infantil.

—¿Está vivo? —preguntó Wrath de manera estúpida.

Otro silbido.

Y luego se olvidó por completo de su hijo.

—¿Y Beth? ¿Qué pasa con Beth?

Nadie respondió.

—¿Y Beth? —vociferó—. John, ¿qué coño sucede?

El olor de la sangre se volvió más denso. Muy denso.

Wrath no podía respirar. Ni pensar. Ni siquiera se sentía vivo.

—Beth… —susurró en medio de su ceguera.

Pasó una eternidad antes de que la doctora Jane se le acercara. Y a juzgar por lo cerca que la oía y la dirección de su voz, supo que ella se había arrodillado frente a él.

—Wrath, tenemos un problema. El bebé está bien, Ehlena lo está examinando. Pero Beth sigue sangrando incluso después de que cerráramos el útero después de la cesárea. Tiene una hemorragia muy fuerte y no hay señales de que vaya a parar. Lo más seguro es hacer una histerectomía. ¿Sabes qué es eso?

Le estaba hablando como si fuera un estúpido… ¡Afortunadamente!

—No. —Aunque había oído la palabra. Demonios, a estas alturas, tendrían que explicarle hasta las palabras más comunes.

—Necesito sacar su útero. Si no lo hago, se va a morir, Wrath. Eso significa que no podrá tener más hijos…

—No me importa nada más que ella. Haz lo que tengas que hacer. Hazlo… Ya.

—Muy bien, adelante, Manny.

—¿Dónde está mi hijo? —gritó de repente—. ¡Traedme a mi hijo!

Un segundo después le pusieron en los brazos un pequeño paquete. Muy ligero. Tan ligero que no parecía vivo… y sin embargo, su hijo estaba calentito y respiraba. Estaba lleno de vida.

Wrath quería abrazarlo porque su shellan estaba en ese niño. En cada molécula de su cuerpo, ella estaba con él… y eso significaba que, mientras tuviera al niño contra su corazón… estaría abrazando a su Beth.

—¿Qué está sucediendo? —susurró, aunque no esperaba una respuesta.

Wrath dejó que sus lágrimas rodaran libremente. Probablemente sobre la cara de su hijo.

A quién le importaba.

CAPÍTULO 75



Beth salió del marasmo como un corcho que sale a la superficie. Meciéndose hacia arriba y hacia abajo, mientras las cosas parecían borrosas.

Pero tan pronto como su cerebro entró en funcionamiento de nuevo, gritó:

—¡Wrath!

—Estoy aquí, estamos aquí.

Beth se giró en la cama de hospital y enseguida sintió un dolor horrible en el vientre.

Pero luego nada importó. Sentado junto a su cama, en una silla que no era lo bastante grande para él, su marido y su hijo parecían dos gotas de agua.

Beth comenzó a llorar sin parar, y sentía que el llanto brotaba directamente de su alma. Y, joder, el vientre le dolía mucho.

Cuando estiró los brazos desde la cama, sintió que le tiraba el catéter, pero no le importó. Y sus hombres se acercaron a ella, Wrath de pie, con el recién nacido en brazos, sentándose junto a ella en la cama de hospital.

—Ay, por Dios, ese es mi bebé —se oyó decir.

El pequeño Wrath —sí, realmente ya le había dado nombre— era una copia idéntica de su padre. Incluso el pelo formaba el mismo pico de viuda en el centro de la frente. Y como si la hubiera reconocido de alguna manera, el bebé abrió los ojos al tiempo que su padre se lo pasaba.

—Hola, grandullón.

Porque aunque el pequeño Wrath pesaba, ¿cuánto?, ¿tres kilos?, la manera en que ese pequeño la miró la hizo sentir como si ya fuera más alto que su padre.

—Eres hermoso —le dijo Beth.

Y luego ella vio sus ojos. Las pupilas eran normales y los iris eran de un color azul oscuro, no verde claro.

Beth miró a su marido.

—Es perfecto.

—Lo sé. Me dicen que se parece a mí.

—Así es.

—Excepto por los ojos. Pero lo habría querido igual.

—Yo también.

Beth lo envolvió bien en la tela roja que había tejido la shellan del jefe de los obreros. Hasta que se dio cuenta de que algo no estaba bien.

Su marido estaba muy callado para estar viviendo un momento tan especial.

—¿Wrath? ¿Qué es lo que no me has dicho?

Cuando él se restregó la cara, el terror que ella había sentido regresó.

—¿Qué? ¿Le pasa algo malo?

—No.

—¿Cuál es el pero?

—Tuvieron que sacarte el útero. Estabas sangrando demasiado.

Beth frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Perdón?

Wrath tanteó un poco hasta encontrar su brazo.

—Te sacaron la matriz.

Beth sintió un viento frío que la golpeaba.

—¿Una histerectomía?

—Sí. Así dijeron que se llamaba.

Beth soltó el aire. Otra cosa que no estaba en el plan. Y era impactante enterarse de que esa parte de lo que la definía como mujer…, como hembra…, ya no formaba parte de ella.

Pero luego miró a su pequeñín perfectamente formado y saludable y pensó que, de no haber sido así las cosas, tal vez no habría podido disfrutar de este momento. Estar aquí con su marido y su hijo.

Al diablo con el útero.

—Está bien —dijo Beth—. No hay problema.

—Lo siento…

—No. —Beth negó con la cabeza—. No, no vamos a estar tristes. Tenemos una familia y somos muy, pero que muy afortunados. Nada de sentir pena por nada.

Y ahí fue cuando Wrath empezó a llorar, y sus lágrimas transparentes le caían por el mentón hasta los tatuajes de la parte interna del antebrazo.

Mientras Beth observaba todos esos nombres, sonrió y se imaginó al pequeño Wrath, grande y alto, fuerte como su padre.

—Lo hemos logrado —declaró, con un súbito ataque de optimismo—. ¡Lo hemos logrado!

Wrath empezó a reírse y luego encontró la boca de Beth y la besó.

—Sí. Lo has logrado.

—Hacen falta dos. —Beth le acarició la cara—. Tú y yo. Juntos.

—Pero a mí solo me tocó la parte divertida —dijo con una sonrisa.

‡ ‡ ‡

Horas más tarde, Beth se levantó de la cama y se dio un baño. Luego se puso un camisón de franela y, con la ayuda de Wrath, salió de la habitación con el pequeño Wrath en brazos…

Para recibir una gran ovación.

Tenía la intención de regresar a la mansión para saludar a los empleados, pero tuvieron que venir hasta allí ellos. Había casi cincuenta personas, desde los Hermanos hasta los doggen, todos apretujados en el pasillo del centro de entrenamiento, en una fila que se extendía hasta el fondo.

Era difícil no llorar.

Pero, qué más daba. Todos eran de la familia.

—¡Que viva el rey! —empezaron a cantar.

Mientras apretaba a su hijo contra el pecho y le cubría los oídos, Beth empezó a reírse. Y ahí fue cuando vio a su hermano. Estaba radiante, tenía una sonrisa amplia y orgullosa, y las manos delante del corazón, como si se estuviera muriendo de ganas de alzar al bebé.

Beth fue cojeando hasta donde estaba John y, sin decir nada, le pasó al bebé.

La felicidad que vio en respuesta, mientras John abrazaba con torpeza aquel paquete rojo, fue una de las mejores cosas del mundo. Solo superada por ver a Wrath haciendo lo mismo.

De repente la multitud empezó a cantar en Lengua Antigua:

—*¡Salve al rey!*

—Bueno, en realidad no.

Cuando Wrath dijo eso, fue como si hubiese desconectado el sonido de todo el mundo.

Frunciendo el ceño, Beth y todos los demás se quedaron mirando al último vampiro de sangre pura del planeta.

Wrath se aclaró la garganta y se quitó las gafas de sol para masajearse el puente de la nariz.

—Anoche abolí la monarquía.

Silencio absoluto.

—¿Qué? —dijo Beth.

—Tú me dijiste que no querías ser la causa de que yo renunciara al trono. No lo has sido. Al final, ha sido decisión mía. Tarde o temprano, alguien más iba a querer atacarme… y, por extensión, a ti y a él. ¿Y si yo muero? Mi hijo iba a tener que pelear por conservar algo que no debería heredarse. Debería decidirse por méritos.

Beth se llevó las manos a la cara.

—Ay, por Dios…

—Así que ahora somos una democracia. Saxton me ayudó a hacerlo legal. Y dentro de un tiempo celebraremos elecciones. He hablado con Abalone y él va a coordinarlo todo. Joder, ese tío ya tenía una buena cantidad de candidatos. Ah, y lo mejor es que la glymera se ha quedado sin trabajo. También he disuelto el Consejo. Que se jodan esos malditos.

—Me alegro tanto de que me jubilen —dijo Rehv—. De verdad.

Wrath miró hacia donde estaba Beth.

—Es lo mejor para nosotros. Para el pequeño Wrath. Y, ¿quién sabe? Tal vez él decida hacer política. Pero entonces será una elección suya. No una carga… y nadie, de ningún segmento de ninguna sociedad, podrá decirle que la hembra que elija no es lo suficientemente honorable. *Jamás*.

Al decir eso, Wrath se metió la mano en el bolsillo de los pantalones que llevaba puestos… y sacó un puñado de… ¿trocitos de papel?

No, eran trozos de pergamino.

Y mientras los desparramaba por el suelo, dijo:

—Ah, y también he roto el falso decreto de divorcio. La ceremonia humana es absolutamente legal. Pero ya que nuestro hijo tiene dos clases de sangre dentro de él, me imagino que querrá que las dos tradiciones cuenten.

Beth abrió la boca para decir algo, pero al final solo pudo acercarse a su marido y abrazarlo.

Naturalmente, nadie tenía los ojos secos en todo el centro de entrenamiento.

Pero eso era lo que ocurría cuando un mortal común y corriente… hacía algo digno de un superhéroe.

CAPÍTULO 76



Poco más de un mes después, Wrath se dio cuenta de qué significaba realmente la visión de V. La cara en los cielos, el futuro en sus manos…

El pequeño Wrath se había adaptado perfectamente al horario, dormía durante el día y estaba despierto durante la noche, lo cual era genial. Beth se había recuperado de la cesárea como un cohete, se alimentaba y comía bien, y era la mejor mamá del planeta.

Era una madre totalmente natural. Era increíble… y vivía muy feliz.

La realidad de tener un hijo era incluso mejor de lo que había sido el sueño de tenerlo.

Y, ah, sí, el pequeño Wrath se iba apropiando del mundo como un absoluto guerrero. Comía, hacía popó, dormía, hacía popó, comía. Rara vez lloraba o gritaba y no tenía problema en que, durante las comidas, se lo pasaran de mano en mano pues todos querían alzarlo.

Había hecho buenas migas incluso con el perro y el gato. El bebé dormía en una cuna en la *suite* de la Primera Familia y, al parecer, George y Boo habían entendido que esa era la estación de guardia. Cuando el retriever no estaba ayudando a Wrath a encontrar su camino, se encontraba junto al pequeño, acostado frente a la cuna, vigilando las veinticuatro horas del día. Y cuando George estaba de servicio con su otro amo, el felino asumía la responsabilidad de vigilar mientras el niño dormía.

Así que, sí, era una noche felizmente normal de junio cuando Beth dijo que iría a correr después de la Primera Comida, y Wrath decidió sacar al pequeño W, y a su perro y al gato, a dar un paseo por el primer piso. Al niño siempre parecía gustarle eso y, como de costumbre, tan pronto comenzaron a caminar, empezó a mover la cabeza a uno y otro lado, como si estuviera revisando la propiedad.

Estaban en la biblioteca, junto a las puertas francesas, cuando el pequeño W dejó escapar un graznido y se estiró, como si hubiera visto algo.

—¿Qué sucede, grandullón?

Wrath reacomodó a su hijo —por Dios, le encantaba esa palabra, *hijo*— y luego pensó en qué podría ser.

—¿Estás mirando la luna? Debe de ser…, sí, supongo que será eso.

Wrath abrió entonces la puerta y respiró profundamente. El verano llegaba y la noche era tibia como un baño de agua caliente. Al ver que su hijo estiraba los brazos hacia arriba, Wrath pensó que sí, que debía de estar mirando hacia el cielo.

Buscando la luna… o, quizás, la cara.

Con la sensación de que la realidad se estaba fusionando de forma mágica, Wrath puso a su hijo derecho y lo acomodó mirando hacia delante.

Luego lo levantó en el aire.

Era como sostener el futuro… en sus manos.

Después su hijo vio la luna por primera vez, y la miró con ojos que funcionaban perfectamente, al igual que el resto de su organismo.

—Voy a darte todo lo que pueda —dijo Wrath con voz quebrada, feliz de que no hubiese nadie alrededor—. Te proporcionaré lo que necesites. Y voy a quererte hasta el último día de mi vida.

De repente, se dio cuenta de que no estaba solo.

Había gente saliendo de la casa. Una gran multitud.

Entonces giró sobre sus talones, mientras abrazaba a su hijo con gesto protector y se preparaba para recibir una mala noticia.

—¿Qué?

‡ ‡ ‡

Vinieron a buscar a Beth cuando estaba en la cinta de correr. Todos ellos. Todos los miembros de la Hermandad.

Pero quien habló esta vez no fue Tohr. Fue Saxton.

Y cuando terminó de hablar, ella se quedó paralizada y casi se cae.

El recorrido de regreso por el túnel, en dirección a la casa, le produjo la misma sensación que un sueño que había tenido cuando tenía problemas antes de nacer el pequeño W. Después, Beth no recordaría nada de las prisas, ni de la gente que la acompañaba, ni de lo que decían.

Y cuando llegó al vestíbulo y vio a los otros miembros de la casa reunidos de nuevo, cada uno de ellos tenía la misma expresión que ella sentía en su propia cara.

El destino había tomado las riendas de nuevo.

Y lo único que ellos podían hacer era ir en la nueva dirección.

Beth iba adelante del grupo, mientras caminaban por el primer piso de la casa, esperando encontrar a Wrath y al pequeño W en cualquier momento.

La puerta abierta hacia la terraza les indicó dónde debían de estar.

Al salir a la noche, Beth vio a su esposo sosteniendo a su hijo hacia la luna más

llena de la temporada, un círculo tan brillante como el sol, que bañaba todo el paisaje con su luz blanca.

Era como si él estuviera haciendo una ofrenda sagrada…

Con un movimiento rápido, Wrath giró sobre sus talones, mientras protegía a su hijo con sus brazos enormes.

—¿Qué?

Aunque fue Saxton quien llevó la noticia a la casa, todos miraron a Beth.

Ella dio un paso al frente, deseando tener encima algo más elegante que su ropa de hacer ejercicio. Tal vez un vestido de baile.

—Beth, ¿qué coño está pasando?

Beth trató de pensar bien las palabras, eligiendo sustantivos y verbos en su cabeza a toda velocidad. Al final, sin embargo, decidió hacer una declaración breve y dulce.

Entonces se arrodilló sobre una pierna, bajó la cabeza y dijo:

—¡Larga vida al rey!

Al unísono, los que estaban detrás de ella hicieron lo mismo, y esas cuatro palabras se elevaron hacia la noche mientras los cuerpos se agachaban hacia el suelo.

—¿Perdón? —Wrath sacudió la cabeza—. ¿Qué es lo que estoy oyendo?

Beth se levantó. Pero fue la única.

—Has sido elegido por unanimidad para el resto de tu vida. Rey de la raza. Abalone fue quien lideró la campaña y todas esas personas comunes a las que ayudaste pusieron los votos. Cada uno de ellos. Has sido elegido por tu pueblo para ser el líder. Eres el rey.

Cuando empezaron los cánticos de alabanzas al rey, parecía como si Wrath no supiera cómo responder. Cánticos de alabanza y de dicha, en los que las voces femeninas y masculinas se elevaban al cielo de la noche, en celebración del presente y el futuro.

—¿Y quién sabe? —dijo Beth mientras miraba a su hijo—. Si cuando crezca el pequeño W es como su padre, tal vez él también sea elegido. Pero eso dependerá del pueblo. Tú pusiste en sus manos el derecho al voto y ellos te dieron el trono.

Wrath se aclaró la garganta. Varias veces.

Al final lo único que pudo hacer fue susurrar:

—Desearía que mi padre y mi madre estuvieran vivos para ver esto.

Beth abrazó a su esposo y a su hijo, envolviéndolos con sus brazos. Y cuando miró por encima del hombro de Wrath y vio la cara de la luna, tuvo la súbita sensación de que el realineamiento había terminado y la nueva era por fin había llegado.

—Creo que lo están —dijo ella en voz baja—. Creo que los dos están viendo este momento… y están muy, pero muy felices.

Después de todo, los padres se sentían especialmente orgullosos cuando veían que el mundo recompensaba a sus hijos por su valor.

Y cuando sabían que el amor los rodeaba en abundancia.

Por todas partes.
Para siempre.



J. R. WARD, seudónimo de JESSICA ROWLEY PELL BIRD, nació en 1969 en Massachusetts, EE.UU., es la hija de W. Gillette Bird, Jr. y Maxine F. Bird. Empezó a escribir cuando era niña, escribiendo sus pensamientos en sus viejos diarios, así como la invención de historias cortas. El verano antes de ir a la universidad, escribió su primer libro, una novela romántica. Después de eso, ella escribió con regularidad, pero para sí misma. Bird, asistió al Smith College donde se especializó en historia del arte, concentrándose en la época medieval. A continuación, se licenció en Derecho en la Escuela de Leyes de Albany y trabajó en la administración de la salud durante muchos años, incluyendo el Jefe de Estado Mayor en el Beth Israel Deaconness Medical Center en Boston, Massachusetts.

En 2001, Bird se casó con John Neville Blakemore III. Su nuevo esposo la animó a tratar de conseguir un agente en el mercado para sus manuscritos. Ella encontró a un agente, y en 2002 su primera novela, un romance contemporáneo llamado *Salto del Corazón*, fue publicada. Varios años después, Bird inventó un mundo poblado por vampiros y comenzó a escribir un solo título de las novelas de romance paranormal en el marco del seudónimo de J. R. Ward. Estas novelas son una serie, conocida como *la Hermandad de la Daga Negra*.

A Bird, le gusta escribir novelas de la serie que incorporan los personajes de sus libros anteriores. Compara el proceso de creación a una serie de «reuniones con amigos a través de otros amigos». Sus héroes son a menudo los machos alfa, «el más duro, el *cockier*, el más arrogante, el mejor», mientras que las heroínas son inteligentes y fuertes.

Romance Writers of America, otorgó el *Premio Rita* al Mejor Corto Contemporáneo Romance en 2007 por su novela, *El primero*.